



ALMACEN

DE

PAPEL Y OBJETOS DE ESCRITORIO

Libros para el Comercio

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN

B. VALVERDE

Paseo de Colón, 4 y 9

IRUN



Comptes

A.T.V.
2530

[Faint handwritten scribbles]

[Faint handwritten scribbles]

Handwritten signature or initials in the top left corner.



1.54

2

2

2

2

2

Completz G. H.

PORTADA



LIT. MATEU, 4307

¡ Cobardes ! veinte contra uno !

M. - 6002
R. - 2132

A.V.V.

2530

CASA EDITORIAL DE LA VIUDA DE MUÑOZ



PÁGINAS DE GLORIA

ó

2 tomos

EL HEROÍSMO DEL PUEBLO

POR

J. CONDE DE SALAZAR Y SOULERET

~~~~~  
Tomo I  
~~~~~

ADMINISTRACIÓN
CALLE DEL FÚCAR, NÚM. 3
TELÉFONO NÚMERO 1.080

—
MADRID

PÁGINAS DE GLORIA

EL RECOLECCIÓN DEL PUEBLO

Esta obra es propiedad del Editor,
y nadie, sin su consentimiento, podrá
reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca
la ley.

Tomo I

ADMINISTRACION

CALLE DEL PUEBLO N.º 1

LIBRO PRIMERO

CÁDIZ

CAPÍTULO PRIMERO

Los nobles hijos de Cádiz.

MUERA el traidor!—gritaban unos.
—¡Llevémosle á la horca!—añadían otros.
—¡Al parque!... ¡Al parque por fusiles y municiones!...—exclamaba con voz ronca un novicio de la Cartuja de Jerez, llamado Olaechea.

—¡A las armas! ¡A las armas, ciudadanos! Basta ya de sufrir tamaña vergüenza.

Así decía una hermosa mujer, como de veinte años, de apostura varonil y bizarro continente, á quien el pueblo respondió diciendo:

—¡Viva la Cayetana!

Un viva compacto resonó en los aires.

Cayetana y el novicio partieron en dirección al parque.

Y cual si fueran imán, y acero el pueblo, corrió

tras aquellos dos seres, en quienes reconocían algo superior.

—¿Has visto qué infamia?—preguntó el novicio á Cayetana sin dejar de correr.

—Sí: el traidor Solano se ha vendido al enemigo y trata de entregarnos atados de pies y manos; pero cara pagará su vileza y su traición—respondió Cayetana.

—¡Nos ha llamado locos porque pretendemos salvar la honra de la patria!

—¿Qué entiende de honra quien ha vendido la suya?

En esto llegaron al parque: las puertas les fueron franqueadas, y el pueblo tuvo lo que buscaba.

Armados todos, acudieron de nuevo frente á la Capitanía general, en demanda de justicia.

Solano debía comprender que cuando el pueblo pide con razón, y ésta se le niega, si determina convertirse en juez, no se da por satisfecho con pronunciar el fallo...

Sino que, dictada la sentencia, se convierte en ejecutor de ella.

Y mandó publicar un bando.

Había anochecido, y el pregonero, rodeado de hachas de viento, cumplió con su misión.

En aquel bando se prometía complacer las exigencias del pueblo.

«La escuadra francesa—decía—será atacada por la plaza, tan luego como la armada española se separe de ella.

»Que no hemos de hacer fuego contra nuestros hermanos.»

El pregonero siguió su camino.

Pero la mayoría de los allí congregados rodearon á Cayetana y al novicio, haciéndoles tantas preguntas referentes al bando, que imposible hubiera sido contestarlas una por una.

Pero era fácil contestar á todas de una vez.

Y Cayetana, subida sobre una mesa que sacaron de una taberna, se dirigió á la multitud de este modo:

—¡Compañeros! Deseáis conocer mi opinión sobre el bando que se acaba de publicar, y voy á complaceros. Yo creo que se trata de ganar tiempo para perdernos: yo opino que se quiere engañarnos una vez más por ese traidor á su patria...

—¡Sí, sí!—respondieron cien voces.

Y Cayetana prosiguió diciendo:

—Las escuadras no se separan en tanto que pidamos justicia con las armas en la mano, por voluntad ó por mandato de Solano, de ese vil español que nos deshonra y trata de humillarnos, de ponernos á su nivel.

—¡Viva Cayetana!—gritó el pueblo.

—Si los restos de nuestra escuadra no se separan de sus falsos amigos, y al par de nuestros tiranos, será por haber hecho causa común con los enemigos de la patria... Y siendo así, justo es que perezca á nuestras manos envuelta en el baldón de su conducta.

El pueblo aplaudió las últimas palabras de Cayetana, que con acento firme añadió:

—Pero no temáis que los bravos marinos españoles nos abandonen... Solanos hay pocos... No es posible ceder; si el general no decide el ataque en toda la noche, mañana al romper el alba será nuestro prisionero y las balas rasas harán entender á esos infames extranjeros cuánto puede un pueblo como el gaditano, cuando lucha por su libertad, por su honra y por su independencia.

Los vítores y las aclamaciones enardecieron los aires.

Solano pudo enterarse por sí propio de lo que pasaba, pues desde los balcones de la Capitanía general se oía perfectamente á Cayetana.

Y comprendió que aquella mujer, por sí sola, se bastaba para truncar todos sus planes.

Planes infames: indignos de un español, y más indignos aún de él, puesto que ceñía espada y su deber era morir en defensa de la patria.

Pero aquel hombre tan denodado en Badajoz pocos días antes, había sucumbido ante las dádivas y las promesas...

Tal conducta, cuando ni siquiera había sido seguida con franqueza, sino que la había adoptado ocultándola con la máscara de la hipocresía, era digna de un ejemplar castigo.

Solano había puesto el pie en la pendiente que conducía al precipicio, y para llegar hasta él, pensó en otra infamia.

En apoderarse de Cayetana.

Porque teniéndola prisionera, podía decir al pueblo:

—La vida de esta mujer me responde de vuestra cordura.

Porque llamaba *cordura* á entregar á España en manos de su mortal enemigo.

Y dió las órdenes para que con astucia, y si ésta no bastaba, por la fuerza, se apoderasen de la que tanto quería el entusiasta y valiente pueblo gaditano.

Cuando los esbirros del traidor salieron para cumplir las órdenes de su jefe, se hallaba Cayetana en la taberna de la cual sacaron la mesa, descansando un tanto de las fatigas del día.

A su lado estaba un anciano, conocido por el señor Paco el zapatero.

Aquel hombre era el padre de Cayetana.

También estaba con ella el novicio.

Los dos hombres hablaban en voz baja, pues Cayetana se había recostado contra la pared, y parecía dormida.

En la taberna había poca gente.

La ocasión pareció oportuna á los perseguidores de la heroína, y penetraron pidiendo unos vasos de vino.

Uno de ellos se acercó al tabernero, y poniéndole una pistola en el pecho le dijo en voz baja:

—Ya es hora de cerrar la puerta.

—Pero...

—O cierras sin que nadie se aperciba hasta que esté hecho, ó te abro yo á tí las puertas del infierno.

Toda resistencia era inútil, y el tabernero se dirigió á cumplir el mandato.

La empresa era arriesgada en extremo.

Pero aquellos hombres, con el valor que da la impunidad, no temieron trabar lucha á puerta cerrada con los que estaban allí.

¡Bien servían al traidor!

Cuatro eran los encargados de apoderarse de Cayetana.

Iban bien armados y mejor defendidos por cotas de malla, y con amplias autorizaciones para todo, con tal de que la varonil doncella quedara en su poder.

Difícil era que el novicio no se enterara de que cerraban la puerta, pues sólo lo separaban de ella algunos pasos.

Si el tabernero hubiera ido solo, nada le llamara la atención; pero como le acompañaba otro hombre que desde luego le inspiró desconfianza, abandonó rápidamente su asiento, y con voz imperativa preguntó:

—¿Por qué cierras?

Tres pistolas apuntaron á su pecho por toda respuesta.

—¡Canallas!—exclamó.—Si sois asesinos, ya podéis disparar.

A estas palabras, el anciano se levantó.

Cayetana también se puso de pie, al despertar sobresaltada.

—Al primero que se mueva le mato—dijo uno de aquellos hombres.

—Pues ese soy yo—dijo el novicio arrojándose sobre el que había hablado.

Y sonó un tiro, luego un ¡ay! y el golpe de un cuerpo que cae sobre el suelo, arrastrando en pos de sí una mesa y un taburete de madera.

En aquel mismo instante dieron un golpe al candel que alumbraba la estancia, y se trabó una lucha desesperada entre las tinieblas.

Por espacio de algunos minutos sólo se oyó el jurar y maldecir, las más violentas imprecaciones y dos disparos más de arma de fuego.

Cuando trajeron luces, el cuadro que presentaba la taberna causaba espanto.

Los hombres y los muebles rodaban por el suelo en medio de una lucha desesperada.

Pero los que penetraron, vieron desde luego quiénes eran los ofensores y quiénes los ofendidos, pues bastaba con presenciarse que dos hombres se habían apoderado casi de Cayetana, que parecía una leona.

A ella acudieron, al par que al novicio, que tenía bajo sus pies y golpeaba con violencia á uno de los asesinos autorizados.

Terminado el combate, se vió un hombre muerto y otro herido.

Éste era el padre de Cayetana.

El muerto, uno de los criminales.

Cayetana tenía algunos rasguños; el novicio, tan luego como soltó su presa, cayó al suelo extenuado de fatiga.

Que sólo le pudo sostener el coraje y la indignación.

Pero estaba satisfecho: veía á Cayetana libre de criminales intentos, y esto le bastaba.

Aún no habían tenido espacio ninguno de los autores de aquel drama para darse cuenta de lo que había pasado, cuando se oyeron algunos disparos en la plaza.

Cayetana miró á su padre y al novicio, y con voz enérgica, dijo:

—¡Padre!... La patria en peligro me llama...

Y luego:

—¡Olaechea!... Ahorca los hábitos, y romperé mi promesa de morir soltera.

Dicho esto, se lanzó hacia la Capitanía general.

Las puertas del edificio estaban cerradas, y los soldados dispuestos á defender cualquiera agresión.

Con rápida mirada comprendió Cayetana lo que sucedía, y vió que sólo un acto de audacia, una resolución extrema, podía dar término á aquella situación.

Esta no podía tener más términos que dos.

Ó ceder en la demanda, ó imponerse á sangre y fuego.

Para Cayetana no hubo dudas, por lo cual exclamó:

—Compañeros: hasta donde no alcanzan nuestras justas peticiones ni las balas de nuestros fusiles, que lleguen las de los cañones. Todo por España, todo para la libertad.

Un rugido lanzado por la muchedumbre fué la respuesta.

Y mientras unos se quedaban custodiando las salidas de la Capitanía general, otros fueron por los cañones.

El novicio se presentó á Cayetana, y antes de que ésta pudiera preguntarle cosa alguna, le dijo:

—Tu padre no corre peligro: su herida no es mortal... Yo... yo estoy ya bien... Los criminales fueron apresados en la bodega de la taberna... ¡Querían apoderarse de tí!

—¡Cobardes!

—Culpan á Solano: dicen que él les mandó que te prendieran.

—Está bien; pero ¿qué ha pasado aquí mientras estábamos en la taberna?

Uno de los oyentes contestó:

—Que el general traidor se asomó á los balcones; que el pueblo, indignado, hizo fuego contra él, y que ya no hay manera de que nos volvamos atrás.

Esto no era exacto; el pueblo había padecido una alucinación, confundiendo á Solano con el hombre que salió al balcón.

Pero en aquellos momentos, lo dicho á Cayetana pasaba por artículo de fe.

En esto llegaron los cañones arrancados de las murallas y arrastrados por el pueblo.

Por cada hombre había tres mujeres.

Tres hijas del baluarte inexpugnable de las libertades patrias.

Las piezas, cargadas, pero sin municiones de reserva, fueron enfiladas á la puerta del edificio.

Cayetana dió la voz de fuego... las mechas tocaron el oído de aquellas terribles armas, y sonó una detonación espantosa.

Las puertas cayeron hechas astillas; y dando gritos amenazadores, la masa popular se lanzó en la Capitanía general.

Solano había huído.

Acompañado de un ayudante, saltó por los tejados buscando refugio en una casa inmediata.

El novicio le hubo de ver, y se lanzó sobre él precipitadamente.

Los que le vieron correr por los tejados y azoteas, pretendieron seguirle; pero menos diestros que él, quizás por impedírsele las armas que llevaban, se quedaron un poco atrás.

Cayetana también saltó á los tejados, siguiendo al novicio, que gritaba:

—¡Por aquí va el traidor!

Solano, al verse perdido, hizo frente á su enemigo, que á puñetazos y mordiscos pretendía vencer á dos hombres armados.

La lucha fué breve: el novicio, dominado por la superioridad de la fuerza, fué levantado en alto,

y arrojado al patio á la vista de aquellos que le seguían de cerca.

La indignación popular creció entonces hasta el delirio.

Olaechea quedó tendido sobre el suelo sin acción para moverse... moribundo.

Así, al menos, lo parecía.

—Así lo creyeron todos.

Pero afortunadamente no fué así.

Y por señas pudo indicar á sus amigos dónde se ocultaba el traidor.

Contra él fueron todos.

Y le encontraron.

Quiso defenderse; pero también quedó dominado por la fuerza numérica.

—¡A la horca! ¡A la horca!—gritaba el pueblo.

Cayetana no quería que ahorcaran á aquel hombre, como se opuso á que quitaran la vida á los que intentaron prenderla.

Le repugnaba que un hombre muriera privado de la defensa.

Pero ¿quién contiene las olas del mar?

Y ¿qué es el pueblo enfurecido más que la montaña de agua que impulsada por el huracán todo lo invade, todo lo avasalla?

Viendo perdido á su enemigo, y deseando salvar su vida, gritó:

—¡A encender los hornillos: que las balas rasas caigan sobre la escuadra francesa! ¡El enemigo está en el puerto!

Su voz fué escuchada; pero como había gente para todo, en tanto que unos iban á la muralla, otros, apoderándose de Solano, le sacaban á la calle, y otros á su vez levantaban la horca en punto desde el cual fuese vista desde el puerto.

La hora de la expiación había sonado para el traidor Solano.

Con paso firme, con frente serena, salió camino de la horca.

¡Lástima de valor tan mal empleado!

Puesto á disposición de la patria, hubiera sido una gloria para España; pero á favor del enemigo se convirtió en un baldón que eternamente cubrirá su tumba.

Al llegar á la plaza de San Antonio el sentenciado á muerte por el pueblo, la multitud cayó sobre él.

Los que deseaban ahorcarle no pudieron resistir la acometida, y Solano acabó sus días á palos, á pedradas y á pinchazos.

El cadáver fué abandonado, y el pueblo corrió á la muralla.

En los barcos franceses se había enarbolado la bandera de guerra.

Aquel reto al pueblo de Cádiz, no podía quedar impune.

Y Cayetana exclamó:

—¡Gaditanos!... á ellos. ¡Viva España!

La tragedia que se preparaba, iba á ser digna de un pueblo de héroes.

La actividad desplegada por las gentes que seguían las órdenes de Cayetana, puede calificarse de vertiginosa.

Pero el trabajo material requería tiempo, y la imaginación vuela como el águila.

La voz de ataque se había dado; mas los hornillos estaban apagados, las balas frías, y forzoso era esperar un tanto.

Muchos hombres avivaban la lumbre, y otros muchos preparaban los demás elementos de combate.

Las gaditanas tampoco estaban ociosas.

Que mientras unas transportaban desde el parque municiones de guerra, otras disponían camas y vendajes para los heridos.

Pues no era de esperar que la escuadra francesa, tan arrogante, que casi parecía que deseaba acometer de nuevo á la inglesa, que estaba enfrente, permaneciera impávida ante la agresión.

En aquellos momentos no había envidias ni rencores entre los habitantes de la heroica isla gaditana; pero, en cambio, dominaba el estímulo en todos para pelear.

Que ni hubo hombre ni mujer que deseara ir más allá que otro, por el gusto de hacerse visible, y sí por el deseo de contribuir á romper las cadenas del tirano y vil opresor, que poco á poco iba debilitando las fuerzas naturales de que España disponía para su defensa.

Desde los barcos españoles, restos gloriosos de

nuestra marina de guerra, se hubo de notar el movimiento que había en el puerto.

Alarmado Gravina, el insigne marino que milagrosamente había escapado con vida en Trafalgar, dispuso que una lancha se dirigiera á Cádiz en el acto.

En ella penetró él mismo.

Quería conocer la verdad por sus propios ojos.

Al ver al denodado marino, todos se dispusieron á recibirle.

Antes de que llegara á tierra, ya conocía en su principal fase lo que pasaba, pues los gritos de ¡mueran los franceses! llegaron hasta él.

Cuando atracó la lancha, dirigiéndose al pueblo, preguntó:

—¿Tenéis confianza en mí?

Mil voces contestaron afirmativamente.

Entonces saltó Gravina á tierra, y dijo al pueblo:

—Vuestro deseo de venganza es justo; pero dejadme que hable con Solano.

—Solano ha muerto por traidor á la patria: no tenemos jefe—le respondió Cayetana.

—Yo lo seré, si así lo acordáis.

—¡Sí, sí!—respondió aquella masa compacta de hombres, mujeres y niños.

—En ese caso, suspended vuestras determinaciones por una hora no más; que yo os prometo, como caballero, y os juro sobre la cruz de mi espada como soldado, que vuestras legítimas aspiraciones tendrán exacto cumplimiento.

Dicho esto, se encaminó á la Capitanía general, donde estaban reunidos algunos jefes y oficiales deliberando sobre lo que debía hacerse.

Al llegar Gravina, decía uno de los congregados:

—Creo lo más oportuno avisar á Gravina y á Valdés.

—Gravina está herido—respondieron.

En esto se presentó el aludido, y con voz firme contestó:

—Sí, herido; pero no inútil para servir á la patria.

Pocos minutos bastaron para que aquellos hombres se pusieran de acuerdo.

Y menos aún para que supiera la muchedumbre apiñada en derredor de la Capitanía general, el resultado de las deliberaciones.

Según éstas, el general don Tomás de la Morla, el hombre que poco tiempo antes había librado á Cádiz de la rapiña de Inglaterra, tomaría el mando de la plaza, en tanto que Gravina tornaba á la escuadra para disponer que los navíos españoles se aprestaran al combate, en caso de que los franceses no se rindieran.

El pueblo acogió con entusiasmo lo acordado, y dispuso esperar.

Pero no con los brazos cruzados, sino trabajando con febril actividad.

Morla conocía al pueblo.

Sabía, por lo tanto, que si bien es tigre en el combate, es cordero cuando se le sabe conducir.

Había visto, á más de esto, lo que había sucedido á Solano...

Y con el fin de compaginarlo todo á la vez, dictó un bando.

La parte sustancial de aquel documento era ésta:

«Gaditanos:

»La patria está en peligro: ya no se trata de defender una ciudad, sino á España entera; y los que supieron rechazar á los ingleses, no habrán de sucumbir ante la traición del gobierno de Francia.

»Esos barcos que véis ahí, despiertan vuestro coraje con doble motivo.

»Nos traicionaron en Finisterre y en Trafalgar, y ahora pretenden deshonorarnos, para que no tengamos derecho á quejarnos en ningún tiempo.

»El honor y el amor de la patria nos ordena tomar justa venganza.

»Yo, el primero, deseo dar mi sangre por la honra de todos.

»Al efecto, se ha intimado la rendición al enemigo encubierto; si su respuesta no fuere satisfactoria, callaremos nosotros para que hablen los cañones.»

Mientras el pueblo leía entusiasmado lo que nosotros hemos dado en extracto, Gravina se avistaba con el almirante francés, para darle cuenta de las pretensiones del pueblo.

La discusión no podía ser larga, pues el tiempo apremiaba.

Los ingleses, sospechando que algo de lo que

ocurría era posible que fuera contra ellos, determinaron averiguarlo.

Al efecto, y con bandera blanca, atracó un bote al muelle.

Un oficial conferenció con Morla.

Enterado de lo que pasaba, el oficial dijo:

—La escuadra inglesa permanecerá neutral si se traba el combate.

Estas palabras animaron mucho al general Morla, pues desvanecían las sospechas de que los ingleses desearan aprovechar la ocasión para apoderarse de Cádiz, cosa en la cual tenían tanto empeño desde tiempos muy lejanos.

En realidad, el enemigo declarado era la Inglaterra; pero más por odios á la Francia imperial, que por rencores contra España.

La exigencia hecha por Gravina al almirante francés en nombre del pueblo, era la de la rendición absoluta, incondicional.

El francés se negó en un principio.

Pero poco á poco fué cediendo, hasta el punto de decir:

—Saldré al mar; allí os espero; si me vencéis, sufriré resignado mi suerte; pero otra cosa no esperaréis de mí.

—No puedo acceder; el pueblo no os dejará salir del puerto sino á cañonazos; pero si queréis, podemos resolver el caso de otro modo.

—¿De cuál?

—En vez de batirnos en alta mar, buque contra

buque, podemos hacerlo los dos sobre la cubierta de un navío.

—¡Un duelo!

—A muerte; si perezco, podéis buscar las costas francesas libremente; pero si os mato, vuestros barcos serán míos.

—Esa no es ley de guerra.

—Pero es ley de caballeros.

—Los españoles entendéis las cosas de distinto modo que yo.

—Justo; por eso supimos ocupar nuestro puesto en el combate, en tanto que cuatro de vuestros mejores navíos nos abandonaban cobardemente, dejando espacio á la escuadra inglesa, para que rompiera nuestra línea de combate y nos aniquilara con fuegos por los flancos.

—¡Esa ofensa!...

—Esa verdad, querréis decir. No perdamos el tiempo; ó rendirse á discreción, ó tocar zafarrancho de combate.

—Zafarrancho.

—Gravina saludó militarmente y descendió por la escala á su bote.

Acto contínuo dispuso que la escuadra española izara bandera de combate, y que se separase de la francesa.

¡La lucha dentro de un puerto!

También el almirante francés se dispuso á rechazar la agresión, dirigiéndose á los Caños de la Carraca.

Pero al notar el movimiento iniciado en el puerto, tan luego como los navíos españoles levaron anclas dirigiéndose á la boca del puerto, tuvo miedo, se juzgó perdido, y con bandera de parlamento se dirigió á Cádiz.

Allí pudo persuadirse de que toda resistencia era inútil, y falto de valor para morir peleando, suplicó, invocó lo más santo...

Todo inútil.

Don Tomás la Morla no quiso ni aun que quedara prisionero en Cádiz como el francés deseaba, pues le dijo:

—Los españoles, ó hacemos las cosas bien hechas ó no las hacemos. De quedaros aquí, podría decirse que habíamos cometido una traición, puesto que llegásteis con bandera de parlamento hasta nosotros.

—Yo prometo...

—Os cansáis en balde. Tornad á vuestros navíos, y una vez al frente de vuestras tropas, ó aceptad el combate ó rendíos á discreción.

—El pueblo puede matarme al salir de aquí, general.

—Este pueblo, que sabe matar á los traidores á la patria, no cometerá el más ligero desmán contra el que confía en su hidalguía; pero ya que tanto teméis, yo mismo os acompañaré.

Los dos salieron juntos, y en medio del más completo silencio atravesaron por entre la muchedumbre.

Ya embarcado el francés y á algunas brazas del muelle el bote, gritó Morla con voz sonora:

—¡Viva España!

Un ¡viva! atronador resonó en el puerto.

Al ver alejarse el bote, comenzaron las incertidumbres.

¿Qué decidiría el general francés?

Los ingleses, impasibles, indiferentes ante lo que pudiera pasar, estaban subidos en las vergas y en los castillos para no perder un detalle de lo que sucediera.

Los navíos franceses comenzaron á maniobrar, y los españoles hicieron lo mismo.

El pueblo se agitaba furioso: creía llegada la hora del combate, y reclamó la presencia del general.

Y éste compareció, y sereno ante el peligro, dijo:

—Conviene que la agresión parta del enemigo.

—Bastante hace con aprestar las armas—le dijo Cayetana.

—Esperemos unos instantes.

En esto se destacó un navío francés, y se oyó el redoble de los tambores de á bordo.

—¡Esto ya es demasiado tolerar!—exclamó Cayetana mirando á Morla.

—Es verdad—respondió éste.

Y luego añadió:

—Enviémosles una bala.

—¡Como esta!—exclamó Cayetana, dirigiéndose

á un hornillo, cogiendo uno de los proyectiles enrojecidos, y dejándole rodar por la boca de un cañón.

El efecto fué instantáneo.

La bala roja, al ponerse en contacto con la pólvora, se inflamó, produciendo una formidable detonación.

El proyectil rojo cruzó el espacio, y fué á perderse entre las aguas á poca distancia del navío *El Héroe*.

Con mejor fortuna partió otra bala del cañón en que ejercía de jefe el novicio de la Cartuja de Jerez, un tanto restablecido, pues destrozó las velas, rompiendo muchas jarcias.

Pero un segundo más tarde, Cayetana metía una bala en el castillo de popa.

El navío hizo fuego también contra la plaza; pero sus balas quedaban cortas.

Las que alcanzaron más, sólo llegaron á la muralla.

Los marinos españoles no quisieron disminuir ni en un ápice las glorias del pueblo gaditano, y permanecieron mudos espectadores, pero apercebidos al combate.

La lucha parecía que se iba á generalizar, pues los navíos franceses adelantaron todos, cual si pretendieran romper la línea española y ponerse en franquía.

—¡Huyen!—exclamó el general.

—¡Fuego!—gritó Cayetana.

Y ¡fuego! repitieron en toda la muralla.

El estrépito ensordeció los espacios, y el humo de la pólvora, enrareciendo la atmósfera, formó una densa niebla que ocultaba los barcos de la vista.

Cádiz, como toda España, se levantaba contra el tirano opresor de Europa.

CAPÍTULO II

La primera victoria.



¿QUÉ había pasado?

¿Qué pasaba en los navíos franceses?

¿A qué obedecía su actitud?

¿Estaba su jefe dispuesto á vender cara su vida y á sostener el pabellón de su patria y el honor de su uniforme?

Nada de eso.

Tan luego como llegó á bordo, reunió á los jefes y oficiales para consultarles.

La respuesta fué unánime: lo más prudente era rendirse, pues conocido el carácter español, no había esperanza de que desistieran de la empresa.

Pero había que cubrir las apariencias, y para ello simular el ataque.

Si les dejaban franca la salida, eso se habían encontrado.

Si, por el contrario, las cosas no variaban, tiempo tenían para rendirse.

A esto obedecieron las maniobras que ocasionaron aquel conato de acción de guerra.

Y decimos «conato,» porque cuando aún había sido derramada poca sangre de los unos y de los otros, y en el momento en que, despejada la atmósfera, la plaza se disponía á largar otra andanada, en el buque almirante se distinguió la bandera española, en el mismo punto en el cual estuvo izada la de guerra.

El almirante francés, tan luego como por las señales de la plaza supo que se había suspendido el fuego, se dirigió al navío español en el cual estaba el intrépido Gravina, para hacerle entrega de su espada.

Pero el general de la armada española era tan bravo soldado y experto marino como cumplido caballero, y dijo al visitante:

—El honor de recibir vuestra espada corresponde de derecho al pueblo de Cádiz; si cuando os hablé de rendición me la hubiérais dado, yo mismo la habría llevado á la ciudad, porque élla, y no yo, es la que ha vencido.

—¿Queréis humillarme?

—Culpa vuestra será, pero no mía. Habéis hecho fuego... Sufrid las consecuencias de vuestra conducta.

Esto no admitía réplica, y el francés se encaminó á la ciudad.

Varios botes españoles se adelantaron hacia el francés.

En uno de ellos iba Cayetana, que ciega de entusiasmo y de alegría al ver prisionera la escuadra francesa, al pasar por delante de los navíos ingleses, gritó en son de reto:

—¡Viva España!

A este grito respondió el inglés dando tres *hurras* en honor al pueblo de Cádiz.

El valor y la energía de los gaditanos, despertó el entusiasmo de los apáticos ingleses.

Verdad que para ellos era una gran satisfacción ver la derrota de sus implacables enemigos.

El peligro había pasado, y en tanto que el francés entregaba su espada y Gravina se hacía cargo de los buques franceses, enarbolaba en ellos la bandera española, y cambiaba las tripulaciones, la escuadra inglesa saludaba con veintiún cañonazos el estandarte de Castilla en la cofa del buque almirante, y el pueblo se entregaba al regocijo y á comentar lo ocurrido.

Cayetana, su padre y el novicio, decidieron descansar.

El trabajo constante, la falta de sueño y la mala y escasa alimentación que habían tenido, llegaron á dominarles tan luego como se calmó el coraje y se templó el entusiasmo.

Ninguno de los tres ambicionaba recompensa; que hartos tenían con haber vengado á la patria de las insolentes arrogancias del francés.

Cayetana y su padre vivían humilde, pobremente.

Hijos del trabajo, con el sudor de su frente ganaban el pan.

Pero la situación por que España venía atravesando era desastrosa, y el trabajo personal no producía sino para mal vivir.

Unido á esto que llevaban tres días de no ocuparse más que del bien de la patria, resultó que cuando llegaron á su casa, carecieran de pan y de dinero para adquirirlo.

El novicio tampoco era rico ni mucho menos; y al notar que aquellos dos seres tan bravos en el combate, se acobardaban ante la idea de pedir prestado, dió media vuelta, y sin pronunciar una sola palabra, se alejó.

En un principio ninguno de los dos hubo de apereibirse de la desaparición del novicio.

Pero poco tiempo después, preguntó el padre de Cayetana á ésta:

—¿Dónde está ese muchacho? Entró con nosotros, estuvo aquí un rato, y...

—Debe haberse marchado.

—¿Es cierto que te ama?

—Sí.

—¿Y tú le correspondes?

—Es digno de ello; pero en tanto que vista los hábitos...

—Es un valiente: mejor que en el convento le vería con espada al cinto. Pero ¿dónde estará?

—Poco debe tardar... supongo á dónde habrá ido.

—¿Por qué?

—Porque ha visto que no teníamos pan ni dinero.

—¡Ah!...

En efecto, el novicio se había dirigido á un convento en demanda de auxilio.

Si pedía á un particular, más tarde ó más temprano habría que pagar, que devolver lo que le dieran.

Pero lo que sacara de los conventos no se lo reclamaría nadie.

Su traje de novicio le autorizaba para mucho, sobre todo en aquellos días en que los frailes se olvidaban de su natural egoísmo, para ser españoles.

Pronto encontró el joven lo que buscaba, por más que pareciera que pretendía hallar mendrugo en cama de galgos, y bien provisto de lo más indispensable, tornó á casa de Cayetana, diciendo:

—¡Buenas noticias corren!

—¿Cómo buenas? ¿Pues qué pasa?

—Que los ingleses, no contentos con lo que vimos que hicieron, han ofrecido á don Tomás su apoyo para cuanto pueda hacer falta.

—No hay que fiar mucho en esa gente: podrán ser sinceros sus ofrecimientos, pero yo no los tendré por amigos mientras no nos devuelvan á Gibraltar.

—Yo no lo querría.

—¿Cómo que no?

—No me gusta vivir de limosna: por eso renunció á ser fraile. En mi opinión hay que quitarles el Peñón por la fuerza.

—Eso no es posible.

—Pues por traición, como ellos lo hicieron. Pero vamos á tomar algo, y luego á descansar. Si los tiempos se normalizan, bueno; y si no, que nos cojan prevenidos.

—Pero esta comida...

—Si la rechazáis porque la traigo yo...

—No, la aceptamos—dijo Cayetana, que hasta entonces había permanecido callada.

Dicho esto, se sentaron á la mesa los tres.

Pero llamaron á la puerta en aquel instante, y Cayetana dijo desde su asiento:

—Adelante quien sea.

Acto seguido apareció un hombre del pueblo, como de cuarenta y cinco años, de mediana estatura y de porte marcial.

Parecía un militar disfrazado.

—¡Hola, veterano!—le dijo el padre de Cayetana en cuanto le vió.—¿Qué vientos te han echado por aquí?

—Vengo con una misión del general Morla.

—¿Para mí?

—No, para tu hija.

—¿Para Cayetana?

—Para la misma.

- Pues tú dirás.
- El almirante francés quiere conocerla de cerca.
- ¿De cerca?
- Sí; porque de lejos la conoce perfectamente.
- ¿Quién te lo ha dicho?
- Él mismo, que hablando de lo pasado, consiguió que desde su barco vió que una mujer hizo el primer disparo.
- ¡Ya!
- Y desea hablar con ella.
- Pues ahora no puede ser.
- No corre tanta prisa: cuando acabéis de comer...
- O quizás nunca.
- ¿Por qué? ¿Temes que la pase algo?
- No; pero me gusta poco complacer á los enemigos.
- El que lo desea, el que me envía, es don Tomás.
- Eso es otra cosa: en fin, ya veremos.
- Y cambiando la conversación, añadió:
- ¿Han llegado noticias de la corte?
- Pocas... pero malas.
- Mucho me temo que estemos trabajando para el diablo.
- Sí, España está medio dominada: dicen que la misma corte ha entregado á San Sebastián; que Barcelona quedó al fin en poder del enemigo; que Pamplona y el castillo de Figueras fueron tomados por traición; que...

—Pero nada de eso será cierto. ¿No es verdad, amigo mío?

—Desgraciadamente lo es: de otro modo, Solano no se hubiera decidido por los franceses como lo hizo, cuando menos lo esperábamos.

—Pues en Cádiz no entran.

—Como Castaños no logre cerrarlos el paso, me temo que...

—Antes seguiremos la conducta de Sagunto y de Numancia—dijo aquel anciano, lleno de fuego del entusiasmo patrio.

Cayetana oía y callaba.

En su interior, sin embargo, rugía la tormenta. Y levantándose de pronto, exclamó:

—Vamos á ver al francés.

—¡Cayetana!—exclamó su padre.

—Si cuanto acabo de oír es cierto, hemos firmado la sentencia de destrucción para esta ciudad. Toda la Francia vendrá sobre nosotros, y es preciso estar bien dispuestos para morir con honra.

—Detente.

—¡Imposible!

—Te lo ruego, hija mía.

—Quisiera obedeceros como siempre lo hice, pero...

—Te lo mando como padre.

—¡Ah!... perdonadme; pero la patria es mi madre y no puedo abandonarla.

El anciano cruzó las manos y miró al cielo como invocando su auxilio.

Cayetana cayó de rodillas á sus pies, y con acento dulce de súplica, dijo:

—Perdón, padre mío, perdón.

El pobre padre colocó ambas manos sobre su cabeza, vertió una lágrima, y entre sollozos, dijo:

—Procede como lo creas mejor; pero si llegas á ser víctima de una infamia...

—Yo te respondo de tu hija con mi cabeza—dijo el llamado el veterano.

—Y yo sabré reclamarla—añadió el novicio, en cuyos ojos se veía el fuego de la indignación.

Cayetana partió y el novicio siguió sus pasos.

Las noticias que aquel hombre de aspecto militar había llevado, no eran ni con mucho un átomo de lo que pasaba.

España había sido abandonada por su rey, por toda la familia real y por los principales personajes de la corte.

Pero como nuestro objeto está circunscrito en este libro á tratar de Cádiz, como en los siguientes nos ocuparemos de los heróicos hechos de Valencia, donde más de una vez estrelló el usurpador su poderío; de la heróica Bilbao y de la inmortal Cartagena, cuya accidentada vida es muy poco conocida, por más que uno de sus períodos más álgidos corresponde á la primera república española, al trazar los cuadros inmortales, *páginas de gloria* del noble pueblo español, tenemos que hacer algunas

indicaciones respecto á aquello que dió origen á las escenas que nos hemos propuesto trazar, para una vez más vanagloriarnos de haber nacido en España.

Los hechos de nuestros padres en los campos de batalla, han sido descriptos muchas veces; pero lo pasado en los recintos cerrados por murallas, en el hogar doméstico, eso es bien poco conocido.

Y esto no obstante, podemos asegurar que en las ciudades, las villas y las aldeas, se encierran mayores enseñanzas, accidentes más conmovedores que en el estampido del cañón, al herir de las armas, el ruido de los tambores y el relinchar de los caballos.

Donde se reza por la patria al par que se maldice al extranjero opresor; donde el tañido de la campana toca á muerto; donde la voz del verdadero ministro del Señor señala el camino de la gloria peleando por la independencia; donde el amor es pospuesto, se desprecia el hambre y se combaten las epidemias, hay más heroísmo si se quiere que empuñando un fusil; hay tanta gloria como dando la vida en las batallas.

Pero los que luchan á la luz del día, son vistos; y los que mueren en un rincón sin consuelo, pasan inadvertidos.

De estos vamos á ocuparnos con preferente predilección.

Que no es justo que queden ignorados aquellos que, porque no llegaron á lo alto, nadie hasta ahora

se hubo de fijar en ellos, sin que sea culpa de los historiadores haber callado sus hechos.

Para todo hay que tener fortuna en la tierra.

Y como esa deidad mitológica es tan esquiva por regla general, resulta que el montón anónimo de los mártires es mucho mayor que el conjunto de los conocidos.

La patria les rinde tributo á todos juntos... pero ¿por qué no sacar á la luz pública á cuantos sea posible?

Este es nuestro trabajo.

Honrar á los hijos del pueblo no menos dignos de ello que cuantos alcanzaron que sus nombres fueran esculpidos en mármoles y bronces.

Cádiz ofrece gran plantel de héroes y de mártires ignorados.

¿Quién se acuerda del señor Paco el zapatero?

¿Quién del novicio de la Cartuja de Jerez, cuya lengua «no entraba en paladar» según él mismo decía, y cuyo corazón era un cráter hirviente para adorar á Cayetana?

De esta quizás se acuerden algunos; pero de seguro que no le rinden completa justicia.

¿Y quién conoce al joven Pedro Herria, á uno de los héroes de Bailén, y uno de los que más entusiasmo y abnegación demostraron en Cádiz durante los dos sitios y el constante bloqueo?

Grandes son los elementos de que disponemos para trazar esta obra, que comenzamos confiados en la benevolencia del público, tan galante siem-

pre con nuestros pobres escritos, hijos, sí, del corazón y del mejor deseo, así como del amor á la patria...

Pero no tan bien trazados como deseamos y como procuramos que sean.

Cayetana llegó á la Capitanía general, donde la aguardaban don Tomás Morla y el almirante francés.

Aún no habían cambiado los saludos, cuando un oficial español anunció la visita de un capitán de navío inglés.

Morla le mandó pasar.

—Dispensadnos, Cayetana—dijo don Tomás;—pero algo grave debe ocurrir, y esto me obliga á rogaros...

La presencia del inglés detuvo al general, que dirigiéndose al visitante, le dijo:

—Tened la amabilidad de pasar.

Y levantando un cortinón, dejó franca la entrada de un gabinete.

—No es asunto reservado—dijo en mal español el inglés.

Y añadió:

—Mi general almirante ha recibido noticias de que el gobierno de mi país ha formado alianza con una comisión española procedente de Asturias, y de la cual formaba parte el conde de Toreno.

—Y vuestro jefe...

—Mi jefe me envía para participaros, que como amigos de España, cuyo valor y abnegación nos complacemos en reconocer, estamos á vuestras órdenes para todo aquello que no contravenga las leyes inglesas.

—Hoy mismo tendré la alta honra de ir á visitar al almirante, al cual os ruego que saludéis en nombre de Cádiz; de este pueblo que puede sucumbir á las intrigas... pero que no se rinde ante las amenazas.

—Eso lo sabemos por experiencia; y no le guardamos rencor por ello; que hay más gloria en perder en lucha con un valiente, que en ganar combatiendo con un cobarde.

Dicho esto, saludó, diciendo:

—A la orden, mi general.

Don Tomás le tendió la mano, que el marino estrechó con más afecto del que suelen demostrar los ingleses.

Morla le acompañó hasta la puerta, y luego que le hubo despedido, se volvió á Cayetana para decirle:

—Ya lo habéis oído: Inglaterra ha formado alianza con España; ignoro los términos; pero sin duda serán honrosos, cuando intervino en ellos el conde de Toreno. Vamos ahora al objeto para el cual os he llamado.

—Lo supongo: *alguien* desea conocerme de cerca, y por eso...

—Sabéis una parte nada más.

—¡Ah!

—Porque, en efecto, el almirante francés que tenéis presente...

—Y prisionero—añadió el aludido.

Morla, sin hacer caso de la interrupción, añadió siguiendo hablando:

—... deseaba conocer á la gallarda mujer del pueblo que le envió la primera bala. Pero yo no hubiera consentido en molestaros por tal deseo, pues esto nos hubiera hecho poco favor á todos.

—Me agrada oíros hablar de esa manera.

—Pues prosigo. La causa por la cual os he llamado, es ésta: deseo recompensar los muchos y buenos servicios que habéis prestado á la patria en cuanto esté al alcance de mis fuerzas.

—Gracias, pero...

—Dejadme terminar.

—Os escucho.

—Mis facultades son más de lo que lógicamente os podéis figurar; pues estando España sin rey y sin verdadero gobierno, lo que yo haga, si triunfamos, será respetado por todos. Sólo una cosa no puedo ofrecer: dinero. Como que estamos careciendo hasta de municiones para la defensa.

—Os suplico que, si no queréis ofenderme, demos por terminada esta conversación. Soy pobre, mi padre lo es también... ambos carecemos de aspiraciones... que España triunfe, es nuestro anhelo... ¿Qué mayor recompensa que la tranquilidad del alma?

El francés, que sin duda no hubo de entender bien lo hablado entre Morla y Cayetana, dijo:

—Yo, Mr. Roselly, almirante, tengo á disposición de la que disparó contra mi navío el *Héroe*, todo el dinero que pueda hacerla falta.

Cayetana enrojeció hasta parecer que la sangre iba á brotar de sus mejillas.

Y en actitud enérgica se dirigió á Roselly, diciéndole:

—¡Vuestro navío!... ¿Dónde está? Los cinco que teníais y la fragata, anclados están con bandera española en los Caños de la Carraca, donde los metisteis para resguardaros de los fuegos de la plaza. ¡Vuestro dinero!... La que rechazó toda oferta de un español; la que temió que la ofendieran cuando se habló de dinero, ¿creéis que pudiera aceptarlo vuestro? Si en vez de estar vencido, fuérais vencedor, aprenderíais cómo toma venganza una española de ultraje semejante... Pero fuera indigno de mí cebarme en quien no supo defenderse antes, ni puede, aun cuando quisiera hacerlo ahora.

—¿Y si os ofreciera mi mano?

—No lo hagáis, Mr. Roselly, almirante francés... La hija del pueblo sabe morir soltera antes que dar su corazón á un... verdugo de su patria.

Cayetana iba á decir «á un cobarde.»

Pero se contuvo á tiempo.

—Sabría ser buen español—respondió el almirante.

—Estoy segura de que no seríais buen español

y que, en cambio, podríamos llamaros mal francés.

El almirante bajó los ojos, sin duda para ocultar el enojo que brotaba en ellos.

El general Morla sonrió, y tendiendo la mano á Cayetana, le dijo:

—Olvidad lo pasado, yo os lo ruego, y, en cambio, aceptad mi amistad y mi admiración.

—Gracias, general.

—Estamos muy próximos á días de terribles pruebas: cuanto ha pasado no puede conceptuarse más que como un incidente del prólogo del drama, quizás de la tragedia que ha de desarrollarse.

—Mucho temo que acertéis; pero no me espantan las contingencias del porvenir.

—¡Tal vez del presente!... Que nada sabemos á punto fijo de lo que ocurre en el resto de España, pues ni por mar ni por tierra tenemos comunicaciones fidedignas.

Y cambiando de entonación, añadió:

—Mañana necesitare de vuestra ayuda.

—¿De la mía?

—Sí; los barcos apresados deben contener un arsenal de armas y municiones, y es preciso aligerar esa carga, por si nos viéramos obligados á restituirlos.

—¿Que tal digáis?

—Es indudable que Madrid está en poder de los franceses... ¡No quiero ni aun pensarlo! Contáis con gente del pueblo que hará la descarga con brevedad, y para eso os necesito. Si después contamos

con marinos para esos barcos, ya les devolveremos cuanto les haga falta.

—¿Tenéis algo más que disponer?—preguntó Cayetana á Morla.

—No, confío en que mañana...

—Cuantos hombres y mujeres pueda reunir, irán á los Caños.

Al pasar Cayetana por delante del almirante Roselly, le saludó con un movimiento de cabeza, al cual respondió el despechado francés diciendo:

—No os guardo rencor.

Mentía.

En su alma ruín había germinado la semilla funesta de la venganza; de esa venganza indigna que arroja lodo sobre el verdugo, sin lograr que manche la frente de la víctima.

¿Podría realizar sus aspiraciones?

Difícil era en aquellos momentos; pero el malvado sabe esperar, acecha las ocasiones y se lanza como el tigre sobre su presa.

Tigre era Roselly; tigre sanguinario, acorralado y herido...

¡Pobre Cayetana!

Su heroísmo, su belleza, su entusiasmo por la patria, ¡qué caros iban á costarle en breve espacio!

CAPÍTULO III

El cabo Pedro Herria.

BAJO la dirección del señor Paco los hombres, y de Cayetana las mujeres, se sacaron de los cinco navíos y la fragata apresados á los franceses, un botín superior á lo que se podía pensar.

¡Bien pertrechados iban aquellos barcos; nadie diría que unas semanas antes habían sido derrotados, y que llevaban bastante tiempo sin recibir auxilios!

Pero lo que más llamaba la atención, era que casi todo lo que se encontraba era español.

Esto decía muy alto, que, ó la miseria de un rey tirano y de un hijo desnaturalizado se había convertido en largueza para los extranjeros, ó que éstos habían trocado el águila imperial en ave de rapiña, muy parecida al buitre, que cuando halla

que comer, se atraca hasta el punto de no poder ni moverse.

De cualquiera de los dos modos, aquellas riquezas, ocultas en los fondos de los navíos, eran un robo hecho á la nación.

Y robo tanto más criminal, cuanto que consistía en pertrechos de guerra arrancados á una nación empobrecida por las guerras y los malos gobiernos, en los momentos en que más falta hacía la pólvora para rechazar al más terrible de los enemigos.

El pueblo entero de Cádiz ayudó á la operación de descarga, dando por resultado que con orden y actividad, en dos días quedó hecho lo que más importaba.

Por este lado todo iba bien.

Pero en cambio el almirante Roselly no perdió tampoco el tiempo, y pudo encontrar un infame que secundara sus fines.

Era éste un marinero italiano que llevaba largos años en España, á quien ni por el acento ni las costumbres, se podía descubrir su origen.

Nacido en Nápoles, de padre quizás español, puesto que su madre fué una mujer de malas costumbres, y los españoles abundaban en aquella ciudad, creció entre lo peor del pueblo.

Su mala vida, algunos hurtos de los cuales se le acusaba, dieron origen á que un día desapareciera, viniendo á dar en Cádiz, donde entró de marinero en un buque mercante.

Por medios reprobados obtuvo dinero, y compró una barca pescadora.

El trabajo no le convenía y dejó el oficio.

Pero una leva le cogió, y fué conducido, como otros muchos, á reforzar la armada francesa, de igual modo que nuestro ejército fué llevado al Norte de Europa para servir los intereses de la astuta raposa, oculta entre los pliegues del *gabán gris*.

Al entregarse Roselly, quedó la marinería desarmada, pero en libertad.

El napolitano, prevalecido de sus relaciones en Cádiz entre la gente de mar, y contando conque el que más y el que menos le tenían por un desgraciado, víctima del despotismo del gobierno, fingiéndose buen español y siendo creído, era el mejor elemento para servir á Roselly.

Y como los españoles hemos pecado toda la vida de tener demasiada confianza en cualquiera, resultó que el napolitano entraba y salía en todas partes sin que nadie sospechara de él.

Roselly debía conocerle bien, pues le llamó y le dijo:

—¿Eres muy amigo del dinero?

—Me gusta bastante—respondió.

—Pues puedes ganar una fortuna.

—¿Pensáis en fugaros?

—Quién sabe.

—Difícil es eso.

—Ya veremos.

—Los ingleses guardan la boca del puerto, y la

vigilancia en la parte de tierra es muy grande. Sin embargo, habiendo oro y valor, podrían salvarse todas esas dificultades.

—Oro ha de sobrar por mucho que pueda hacer falta.

Al decir esto, puso en manos del napolitano algunas monedas.

—¿Cuándo deseáis fugaros?

—Vamos por partes.

—Como gustéis.

—No quiero partir solo.

—¡Ah!...

—Deseo que me acompañe una mujer.

—No hay inconveniente.

—Creo que en eso estriba la dificultad.

—¿De quién se trata?

—Debes conocerla: de una joven llamada Cayetana.

—¡Demonio!

—¿Qué te asusta?

—¿Está conforme ella?

—No.

—Pues entonces...

—¿Qué?

—Cayetana es una leona, su padre un león, y el maldito novicio de la Cartuja un tigre, un perro de presa.

—Busca quien te ayude.

—Para eso no hay quien me siga.

—¿Luego no cuento contigo?

—Conmigo, sí; pero hay que dar tiempo al tiempo.

—Mata al novicio y al padre.

—Eso sería fácil; lo difícil sería que yo quedara vivo. Dejadme proceder: donde no llega la fuerza alcanza la astucia... Quizás mientras tanto lleguen á Andalucía los ejércitos imperiales, y entonces yo os juro que Cayetana quedará en vuestro poder.

—Eso me indica que tienes algunas noticias.

—Espero tenerlas hoy ó mañana: hasta ahora no pude avistarme con un cabo que llegó hace poco, y que está hablando con el general.

—Pero ese soldado...

—Es un hijo de Cádiz; según pude entender, ha quedado cojo en un encuentro entre las tropas mandadas por Dupont y las del general Castaños.

—¿Y qué resultó?

—Ya os dije que no tuve tiempo de hablar con el cabo.

—¿Estás seguro de que habla ahora con el general?

—Sólo lo supongo, puesto que desde Puerta de Tierra se dirigió á la Capitanía.

—Tenme al corriente de todo.

Al decir esto, puso otras cuantas monedas en manos del italiano.

—Bien se sirve—respondió éste—á quien bien paga.

Y saludando, salió.

El napolitano, el llamado ó conocido por Nicolás entre los que fueron sus compañeros de mar, y con cuyo nombre constaba inscrito en todas partes, había dicho la verdad en cuanto se relacionaba con el cabo.

Aquel joven de buena figura y de porte marcial que se filió como voluntario en Sevilla á las órdenes del general Castaños, llegaba al punto donde había nacido con una herida en una pierna, que recibió en la batalla de Bailén.

El hecho de armas había ocurrido una semana antes, y aun cuando parezca absurdo, no se conocía en Cádiz con el verdadero carácter y significación que tenía.

Un encuentro, una escaramuza...

Nada, en total.

Pero todos esperaban, conociendo al general Castaños, que hubiera una acción importante.

El cabo llegó á Cádiz, y antes de tomar descanso se encaminó á la Capitanía general; pero no pudo ser recibido por Morla, á causa de que no se le concedió á la visita del cabo herido tanta importancia como á los preparativos que se hacían en la plaza, por lo que pudiera ocurrir.

Y Pedro Herria, aquel valiente cuya herida no podía ser más gloriosa, pues la recibió en lucha con cuatro enemigos que le atacaron cuerpo á cuerpo, se dirigió á un mesón, con objeto de ver si por caridad querían darle algo que le sirviera de alimento.

Porque estaba herido, y había dejado pliegos en Sevilla que el general le dió para la Junta, así como para Solano, pues le juzgaba al frente de las fuerzas de Cádiz; pero ni su situación, ni las noticias de que era portador, fueron lo bastante para que obtuviera más que un socorro de marcha, lo cual equivalía á *veintiún cuartos*, ó sean unos *sesenta céntimos* de peseta.

Con tan mezquina cantidad emprendió la marcha y llegó á Cádiz desde Sevilla.

Si el pueblo tuviera presente la ingratitud constante de aquellos que ocupan el poder, posible fuera que la pobre España hubiese quedado, cuando menos, feudataria de la Francia.

Pero los que nacieron en la indigencia y crecieron entre la pobreza que proporciona un trabajo honrado, cuando oyen el grito de la desgracia, y máxime si quien demanda auxilio es la patria, todo lo olvidan, y son tan pródigos de su sangre como mezquinos los poderosos en otorgar recompensas.

El mesón al cual llegó abrió sus puertas para recibirle.

Allí sólo había pobreza; pero en cambio sobraba la voluntad.

Era un hijo de Cádiz, un soldado herido en defensa de la patria, y esto bastó al mesonero para que le dijese:

—Come lo que quieras de lo que hay en la casa, que el día en que nos ataque á todos el hambre, ya

iremos á buscar pan donde lo amasen los franceses.

—¡Mal negocio creo que tenemos! Y eso que... pero no puedo hablar hasta que vea al general.

—¿Por qué?

—Porque los pliegos que traigo son para Solano, y como ha muerto...

—Era un traidor.

—Ya lo sabíamos allá. Le encontramos en el camino, y por poco lo fusila Castaños, porque hubo de notar algo en él.

—Más vale que no lo hiciera: la muerte fusilado no deshonra.

Así hablaban, cuando enterado el pueblo de la llegada de Pedro, acudió al mesón.

Cayetana, su padre y el novicio, que fueron de los primeros, le interrogaron.

Pero él hizo un movimiento negativo, y siguió comiendo.

Cayetana insistió, y entonces le dijo el cabo:

—Si el general me hubiera recibido esta mañana en cuanto llegué... pero...

—¿Tienes que hablar con el general?

—Eso es lo primero.

—Pues ven conmigo.

—Vamos.

Y se levantó, dirigiéndose á la puerta.

—Por ahí no—dijo Cayetana;—nos seguirán muchos; pueden creer que vamos en son de tumulto, y esto no conviene.

—Pues vamos por donde quieras.

—Por aquí.

—Cayetana, Pedro, el señor Paco y el novicio, se dirigieron al interior de la casa: pasaron un corredor, luego atravesaron un patio, y, por último, abrieron una puerta que comunicaba con la calle.

Siguieron andando, y ya cerca de la Capitanía general, dijo Pedro:

—En cuanto hable con el general, os contaré lo de Bailén.

—¿Pero hubo acción?—preguntó Cayetana con marcado interés.

—Y grande.

—Pero...

—Luego, luego.

Penetraron en la morada de Morla, y sin dificultad llegaron hasta él.

Pedro, tan luego como hubo saludado, dijo al general:

—Estos pliegos—y mostró dos—vienen dirigidos al general Solano, gobernador militar de Cádiz; como el cargo reside hoy en vucencia, le hago entrega de ellos.

—¿Quién te envía?

—El general Castaños.

—¿Estuviste en el encuentro de Bailén?

—Fuí herido durante la batalla.

—¿La batalla?

—Como que jugaron en ella las tres armas:



Lit, J. Maten- Madrid

- En cuanto salga de la capitania.....

—¿Y qué resultó?

—La derrota de los enemigos de España.

—¿Es posible?

—Todo el ejército, con su general á la cabeza, se ha rendido. El mismo Dupont pidió el término de las hostilidades al general Reding, tan luego como éste forzó el paso de Menjíbar.

—¿Pero esto es un sueño?

—Es una realidad, y hasta puedo aseguraros que el general francés, al entregar su espada al general Castaños, le dijo: «Os entrego esta espada vencedora en cien combates.» Á lo cual respondió el general Castaños con acento natural: «Pues yo puedo aseguraros, que esta es la primera batalla que gano.»

—¿Y después?

—Seguramente os lo podrán decir mejor que yo esos pliegos que os he entregado.

—Tienes razón.

Rompió los sobres, y no bien hubo leído algunos renglones del primero, exclamó:

—¡Llega tarde el consejo! Un error le hizo pasar como enemigo de la patria, y pagó con la vida su conducta, harto transparente para el pueblo. ¡La expiación superó quizás á la falta!

Se trataba de consejos dados por Castaños á Solano, y Morla creyó atenuar en lo posible la conducta de su compañero de armas.

Rompió el escrito, y leyó el otro.

Era el parte detallado de la batalla.

Tanto fué el entusiasmo de Morla, que dispuso festejos públicos y funciones religiosas en acción de gracias al Dios de las victorias.

Pedro fué socorrido con largueza dados los tiempos, y en compañía de Cayetana tornó al mesón, dispuesto á decir lo que había ocurrido.

Pero las campanas fueron echadas á vuelo, las músicas recorrían las calles, los cohetes atronaban los aires, y cerca de Pedro y de Cayetana, sólo quedaron el señor Paco, el novicio y el traidor Nicolás.

Éste hizo un convite á todos los presentes en celebración de la victoria.

Y tratando de engañar mejor, dijo al cabo:

—Compañero: yo dispongo de algunos recursos, y tú por lo visto solo traes una pierna herida... No te ofendas, y acepta lo que te da el compañero de armas. Quizás mañana tengas tú ocasión de hacerlo con otro... tal vez conmigo mismo.

Pedro aceptó desde luego la oferta, mostrándose agradecido.

En esto había cerrado la noche, y desde la Capitania general hacían señales con faroles á la escuadra española para comunicarle la fausta nueva.

Mas el tiempo estaba borrascoso, la atmósfera empañada por la niebla, y aunque algo se distinguían las señales, no era lo suficiente para satisfacer los deseos de los de Cádiz, y la curiosidad ansiosa de los marinos.

Lanzarse al mar con un tiempo semejante y den-

tro del puerto, donde existen tantos peligros, era temerario.

Los pescadores más expertos, se negaron á llevar la noticia.

El mismo Gravina no juzgó oportuno exponer las vidas de tres ó cuatro hombres enviándoles á la ciudad, cuando después de todo había deducido de las señales que pudo distinguir, que las noticias eran buenas.

Harto hacían los marineros con cuidar de las amarras y de las anclas; con el fin de no irse sobre los otros navíos, y producir serios destrozos.

La noticia de que nadie quería aventurarse al mar, llegó hasta donde conversaban nuestros conocidos.

Y Cayetana, en uno de aquellos arranques tan frecuentes en ella, dijo:

—Si hay quien me siga, yo iré.

—¿Estás loca?—le preguntó su padre.

—Sé remar como el primero; si hay quien maneje el timón, vamos andando.

—No me gusta exponer mi vida sin utilidad—dijo Nicolás;—pero tampoco quiero que se diga que una mujer sola vale más que todos los hombres juntos. Yo llevaré el timón.

Aquel infame había formado su plan en un segundo, y creía haber logrado su objeto.

Pero el novicio, terciando en la conversación, hubo de decir:

—Yo también soy de la partida.

Esto contrarió mucho á Nicolás; pero se dijo á sí mismo:

—A este le tiro al agua: con la otra desembarcaré donde me convenga.

Las súplicas y los consejos del señor Paco fueron inútiles.

Y los tres se encaminaron á la Capitanía general, para recibir órdenes.

En tanto que Cayetana y el novicio hablaban con Morla, Nicolás, so pretexto de tenerlo todo dispuesto, se avistó con Roselly y le dijo:

—Que dentro de una hora haya quien me ayude por el lado de las peñas de San Antonio.

—Yo mismo iré.

—Procurad que os acompañe alguno más: esa mujer vale por tres hombres.

—Por eso la quiero mía.

—Lo será, si antes no pierdo la vida.

Minutos más tarde, una falúa en las mejores condiciones estaba lista para lanzarse entre la niebla, cada vez más espesa, el viento huracanado y el fuerte oleaje.

Cuantos presenciaron el embarque temían una catástrofe, y procuraron disuadir á los tres tripulantes.

Pero ya era caso de honra para Cayetana, y afianzándose á un remo, en tanto que el novicio manejaba el del lado opuesto, se alejaron del muelle.

El pobre señor Paco se quedó llorando al par que rezaba.

Hábil sin duda alguna era Nicolás en el manejo del timón, pues desde luego se pudo notar que guiaba con singular acierto.

El práctico del puerto más experimentado no haría más que Nicolás.

Las corrientes, las boyas... todo lo salvaba, y la debil embarcación parecía enseñorearse y despreciar el peligro.

¿Qué hacía en tanto Roselly?

Abusando de un modo inícuo de la libertad en que se le dejaba, cuando en rigor sólo era digno de estar amarrado en las bodegas de su famoso *Héroe*, salió disfrazado en busca de algún marinero francés que le acompañara.

Algunos de ellos, como él, estaban dentro de Cádiz, bajo la salvaguardia de las autoridades.

Pero la mayor parte, al conocer el motivo de las fiestas que celebraba el pueblo, se marcharon á los barcos, temiendo que el pueblo desease matarles ó escarnecerles.

¡Juzgaban el corazón ajeno por el propio!

¡Qué mal conocían al pueblo!

El almirante recorrió algunas calles y se fijó en algunas tiendas de bebidas, con objeto de ver si por algún lado oía hablar en francés ó en español chapurrado.

Y ya desesperaba de lograr su objeto, cuando tropezó con dos marineros que estaban borrachos.

Sin reparar en ello, les habló como jefe, y los marineros, temiendo que les esperaba un castigo,

pues conocieron al almirante, comenzaron á disculparse.

—No se trata ahora de imponeros un correctivo por vuestra falta, sino de que vengáis conmigo para prestarme ayuda si es que la necesito.

El susto pasado hubo de despejar un tanto las cabezas de aquellos hombres.

Susto justificado, pues según su ordenanza, la borrachera en tiempo de guerra era castigada con *cincuenta palos* en las espaldas, montada la víctima sobre un cañón, y desnuda de cintura arriba.

Esto es, morir á palos.

Los marineros se dispusieron á seguir á su jefe, diciendo uno de ellos:

—A la orden, mi general.

—Seguidme.

Los tres se dirigieron á las peñas situadas por la parte llamada de San Antonio, punto en el cual había de desembarcar Nicolás con Cayetana.

La bajada fué peligrosa, pues no sólo aquellos picos y aquellas hendiduras ofrecían serias dificultades para caminar, sino que también hacía resbaladizo el paso el constante salpicar de las olas.

Contemplando Roselly las dificultades que había para que la falúa atracara por aquel lado, dijo:

—Mi plan ha fracasado: por esta parte no hay manera de arribar sin estrellarse contra las rocas. Nicolás es un infame que me ha engañado, ó pensó lo absurdo.

Creyendo más factible esto que aquello, dispuso

que uno de los marineros se encargara de buscarlos salvavidas por si la barca zozobraba y era preciso lanzarse al agua para librar á Cayetana de la muerte.

Porque Roselly, más que codicia y que deseo de venganza, sentía algo que se asemejaba á la pasión.

Que en Francia no había contemplado jamás actos de valor femenino como los que pudo presenciar en Cádiz, y su alma de soldado experimentó el entusiasmo que despiertan las cosas extraordinarias.

Mientras tanto, seguía la débil navecilla el derrotero de la escuadra española.

Pero de pronto la falúa dió una virada hacia la derecha, y cambiando de dirección, enfiló la boca del puerto.

—¿Qué pasa?—preguntó Cayetana.—¿Por qué cambiamos el rumbo?

—Porque una corriente nos impide seguir el mismo derrotero—respondió Nicolás.

—¿Una corriente?

—Sí, que nos llevaría á una muerte segura.

No quedó muy conforme Cayetana, pero siguió remando.

Algunos momentos después, la falúa adquiría mayor movimiento, mientras que el viento se iba calmando.

La noche era oscura; pero la vista de Cayetana era de lince, y se fijó con insistencia en el mar.

Masas negras enormes pudieron distinguir sus ojos, á no mucha distancia de ellos.

—Díme, Nicolás—preguntó la apuesta doncella, —¿aquellos barcos no son de la escuadra inglesa?

—Deben ser los que buscamos.

—¡Nos engaña!—gritó el novicio. —¡Estamos fuera del puerto!

—¡Vira en redondo!—gritó Cayetana á Nicolás con acento amenazador.

—Viraré hacia donde convenga—le respondió el aludido, amartillando una pistola y soltando el timón.

El novicio había soltado también el remo que manejaba, y lanzándose sobre el traidor, gritó:

—¡Miserable... muere!

Y con los puños cerrados, se fué hacia él.

Pero Nicolás hizo un disparo á quemarropa, y el novicio vaciló y cayó, exclamando:

—¡Dios me ampare y te defienda, Cayetana!

El traidor creyó terminado el asunto en favor suyo, pues supuso que Cayetana, dominada por las circunstancias, si oponía alguna resistencia sería débil.

Y ya se disponía á apoderarse de ella, aprovechando los momentos de espanto y de angustia, cuando recibió un golpe en la cabeza que le hizo vacilar.

Era Cayetana, que, enarbolando el remo, lo había dejado caer con violencia sobre su enemigo.

Pero Nicolás se repuso antes de que Cayetana

pudiera darle el segundo golpe, y saltando sobre el cuerpo del novicio, asió á su víctima para luchar con ella y derribarla al fondo de la falúa.

La heróica joven luchó con desesperación y con denuedo; pero sus fuerzas no podían compararse con las de un hombre de mar.

Dispuesta estaba á morir, pero matando.

—¡Los dos al agua!—gritó.

Y al decirlo, se inclinó hacia la izquierda, haciendo inclinar la falúa hasta entrar el agua en ella.

Nicolás tuvo miedo en aquel instante; y como al propio tiempo la sangre que corría de la herida recibida en la cabeza le bañaba el rostro, el instinto de propia conservación le hizo soltar á Cayetana para hacer contrapeso hacia la derecha y evitar que la falúa zozobrara.

Al hacer esto gritó con energía:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Sólo Dios puede socorrerte!—gritó Cayetana arrojándose sobre él.

Una ola obligó á dar una cabezada á la falúa y favoreció los intentos de la joven, pues Nicolás cayó al agua.

De aquel peligro se había salvado; pero ¿y de los que ofrecía el mar?

¿En qué sitio se encontraba?

Las tinieblas no le permitían distinguir ni barcos, ni población sobre la línea del horizonte.

La falúa, abandonada algunos minutos á merced

del mar y del viento, se había alejado tanto, que ni la silueta de Cádiz se divisaba.

—¡Sea lo que Dios quiera! ¡La Virgen santa de la Esperanza me acompañe!

Dicho esto con el corazón, como lo expresan los verdaderos y buenos católicos, se inclinó, creyendo encontrar en el fondo del bote el cadáver del novicio.

Pero notó que estaba vivo.

La bala le había rozado el cráneo, produciendo una de esas heridas que quitan el conocimiento, pero que curan rápidamente.

Cayetana no podía saber esto.

Mas en su impericia rompió sus vestidos, y con aquellas tiras procuró atajar la sangre que salía de la herida.

Y en tanto el viento había vuelto á desencadenarse huracanado, y la falúa continuaba sin gobierno, unas veces amenazando tocar las nubes, otras pareciendo que descendía al abismo.

CAPÍTULO IV

¡Desesperado!

HABÍA mediado la noche.

La ciudad entera, rendida de los regocijos del día, trocó en silencio el bullicio.

Las músicas cesaron, los voladores no remontaban los aires, las canciones no se escuchaban, y hasta las luces iban desapareciendo como por encanto.

El vecindario se entregaba al descanso, bien ajeno del drama que se desarrollaba en el mar.

Sólo velaban, el señor Paco que había quedado en el muelle, y Roselly y sus esbirros, que sufrían entre las peñas los embates del mar.

Y el francés maldecía por la tardanza, y el pobre padre rezaba lleno de angustia, persuadido de que una desgracia inmensa, irreparable para él, era el término de aquella funesta expedición.

Y pasaron las horas y creció la incertidumbre, llegando á presentarse como realidad.

Mas como la esperanza es compañera inseparable de la desgracia, el pobre padre tuvo la idea de que los marinos españoles no habrían consentido que aquellos osados navegantes tornaran al desembarcadero con tiempo tan duro.

Y ya de madrugada buscó quien le condujera á donde estaba fondeada la escuadra española.

¡Difícil empresa!

Ningún pescador había pasado la noche á bordo de su lanchón.

Las pequeñas embarcaciones estaban aún amarradas; pero solas.

Forzoso era aguardar á que llegara el día, y comenzara el movimiento en el muelle.

¡Qué noche tan espantosa para todos!

Cayetana, atormentada por el remordimiento de haber matado á un hombre, pues su corazón era bueno, generoso y compasivo...

Preocupada al propio tiempo por la herida del novicio, y llena de incertidumbres por su situación.

El señor Paco, luchando con la angustia que le causaba tener por evidente una catástrofe, si bien no le pasó por la imaginación lo que ya conocemos.

Y el almirante Roselly, desesperado, viendo llegar el día, y muertas sus ilusiones y sus esperanzas.

Porque si Nicolás hubiera arribado con Cayetana,

de seguro salta á la falúa y en ella se dirige hacia cualquier punto de la costa en demanda de un barco mercante que les condujera á un puerto de Francia.

El día llegaba, y él no podía permanecer por más tiempo allí, sin ser visto y sin hacerse sospechoso.

—Quedáos ahí por lo que pueda suceder—dijo á los marineros,—hasta que sea bien de día. Luego... id á verme.

Tan luego como amaneció, fué del dominio público que Cayetana había desaparecido.

Y cuantos la conocían, que era casi todo el vecindario, quisieron salir en su busca.

Pero el tiempo no amainaba, y lanzarse al mar era ir en busca de una muerte cierta.

No reparó en ello el señor Paco, ni tampoco el cabo Pedro.

Pues ambos se embarcaron, poniendo la proa á la escuadra española.

No sin grandes trabajos lograron ponerse al habla con las embarcaciones y saber «que por allí no había parecido nadie.»

El señor Paco cayó de rodillas.

Pero Herria le animó, diciéndole:

—Quizás el temporal les haya arrojado hacia los *Caños*. Ánimo, y vamos á buscarles: yo tengo confianza en encontrarles.

En los navíos apresados tampoco se tenía noticia alguna de los atrevidos navegantes.

—¡Han perecido!...—exclamó el pobre anciano con amargo desconsuelo.

—Los botes no se van al fondo—dijo el cabo—y como por el puerto no se ve... ¿quién sabe? tal vez la fuerza de la corriente les arrojó fuera del puerto, ó hayan sido auxiliados por la escuadra inglesa.

Las palabras del cabo no encerraban ningún absurdo, por lo cual decidió el señor Paco salir á la mar.

En realidad, más bien que encontrar á su hija en los navíos británicos, lo que esperaba ver, era la falúa abandonada, ó algún cadáver flotando sobre las aguas.

En breve rato llegaron á estar al habla con los ingleses.

Y preguntaron si habían visto una falúa tripulada por tres personas, entre ellas una mujer.

La respuesta fué negativa; lo único que se había escuchado durante la noche, era un disparo de arma de fuego.

La noticia no podía ser más alarmante para el señor Paco.

En tanto que era buscada Cayetana por su padre y el cabo Herria, dentro de Cádiz tenía comienzo la alarma.

Cayetana no parecía ni viva ni muerta; los que fueron á buscarla tampoco volvían, y el pueblo reclamaba á voz en grito á la que llamaban la *heroína*, la vencedora de Francia.

Pero Morla estaba gravemente ocupado con las noticias que iba recibiendo; pues mientras el cabo hizo el camino á pie, y estando herido, otros lo realizaron á caballo, y en plena salud, lo cual les hizo adelantar mucho.

Y si bien aquellas noticias le decían que el pánico era indescriptible en las tropas napoleónicas, hasta el punto de haber huído de Madrid el intruso rey José I, y que se dirigía hacia el Ebro, como consecuencia de la batalla de Bailén, lo cierto es, que sabedor de que llegaban *cien mil* franceses más como refuerzo, amenguó en gran parte el entusiasmo y la esperanza en la victoria.

¿Qué le importaba á él en aquellos momentos la suerte de tres personas, las cuales, si bien como brazos activos podían valer, y valían mucho, comparadas con España entera eran el grano de sal disuelto en las inmensidades del Atlántico?

Las demandas, las súplicas y hasta las exigencias del pueblo, tenían poco eco en la Capitanía general.

Sí se dispuso que personas correspondientes al puerto hicieran averiguaciones.

¿Pero podía satisfacer esto al pueblo?

Cuando se discutía con más calor la actitud de Morla; cuando casi estaba acordado obligarle á proceder con mayor energía, y exigirle que saliera al mar un navío en busca de los que desde luego se creían náufragos, quedó suspendido el pueblo viendo que se embarcaba Roselly en compañía de ocho

marineros españoles, y que la embarcación se dirigía hacia el puerto.

¿Qué significaba aquello?

Ya hemos hecho constar, que el almirante francés se había enamorado de Cayetana.

Que la codicia y el deseo de venganza no existían ya en él.

Pues bien: arrepentido de las órdenes que hubo de dar á Nicolás, y deseando contribuir directamente á los trabajos que se realizaban, solicitó hablar con Morla.

Éste le recibió, y en corto espacio supo la verdad de los hechos.

—¡Merecéis un severo castigo!—exclamó don Tomás.

Y Roselly le respondió:

—Sí; pero dejadme antes que la busque; autorizadme para que, acompañado de marineros españoles, remedie en la medida de mis fuerzas los males que he causado. Después, yo mismo me entregaré al pueblo para que sacie en mí sus deseos de justísima venganza.

Tanto y tan de veras rogó y suplicó aquel hombre, que Morla hubo de acceder á sus deseos.

Á esto obedecía la salida de aquella nave, que, provista de una vela latina, como barco que era de pescador, se encaminaba en demanda de Cayetana hacia la boca del puerto.

Si el pueblo hubiera conocido los motivos que impulsaban al almirante francés á proceder de

aquel modo, lo probable hubiera sido que no saliera con vida del muelle.

Pero sólo Morla era conocedor de la verdad, y como no había de hacerla pública, pues su deber, si bien era castigar á los culpables, también le ordenaba no despertar con aquel motivo las iras del pueblo, si bien le sorprendió lo que pasaba, no le produjo irritación contra el enamorado Roselly.

El viento había perdido la fuerza que le cambiaba en huracán: el oleaje disminuía, y en cambio el estímulo entre los pescadores creció, siendo muchos los que decidieron salir también al mar.

Los ingleses, curiosos, aun cuando indiferentes á lo que pasaba, pues los resultados les tenían sin ansiedad alguna, echaron también sus botes al mar para seguir en lo posible á aquella población flotante que emprendía un reconocimiento detenido por toda la costa, ó sea por las inmediaciones de las islas San Fernando, de León y de otras.

Pero á todo esto, ¿qué había sido de Cayetana y del novicio?

Sólo Dios y ellos lo sabían.

Nosotros lo sabremos más adelante.

Por lo pronto produjo un efecto detestable el hallazgo del cadáver del italiano Nicolás.

Cadáver que causó tanto mayor efecto, cuanto que la herida de la cabeza claramente indicaba que había sostenido lucha cuerpo á cuerpo con el novicio ó con Cayetana.

Y lógico era deducir, al menos para Roselly, que

así habría sido, puesto que nadie como él sabía y conocía el plan infame fraguado con el marinero italiano.

También era lógico deducir, en vista de aquel cadáver, que sería fácil encontrar los otros dos, y que la falúa que tomaron en el puerto, había ido á estrellarse contra las rocas.

El pobre señor Paco desfalleció ante el cadáver de Nicolás.

Fué acometido de una congoja, y se hizo necesario volver con él á Cádiz.

Los demás continuaron buscando.

Ya bien entrado el día, un marinero de los que iban en la barca pescadora mandada por Roselly, al encaramarse al palo de la vela con el fin de descubrir más horizonte, gritó:

—¡Barco á la vista!

—Pero, ¿qué clase de barco?—preguntó el almirante.

—La distancia no me permite verlo: parece pequeño.

—¡Proa al barco!—gritó Roselly.

Y el timón gobernó, la vela hubo de sufrir un cambio para recoger bien el viento, y la barca partió hacia suroeste como una flecha.

Conforme se iba acercando, crecía la ansiedad de la tripulación, pues no se distinguía persona alguna á bordo, y, sin embargo, estaba averiguado que aquella era la navecilla que salió de la capinía del puerto la noche anterior.

El almirante estaba pálido como un cadáver, pues contemplaba perdidas sus esperanzas, y á más sentía remordimientos por haber sido él la causa de la catástrofe.

Mas como la vida es una serie de emociones encontradas, la desesperación y el desaliento de Roselly se trocó de repente en la más viva alegría.

Que hubo de ver que del fondo de la falúa se alzaba una figura de mujer.

Y no dudó que era Cayetana.

Ella era en efecto, que acababa de curar la herida que el novicio hubo de recibir en la cabeza, y que le hizo rodar por el fondo de la nave.

—¡La Santísima Virgen de la Esperanza me ha oído!—exclamó Cayetana al ver el barco de vela que se acercaba.

Pero de igual modo que el almirante cambió en un segundo de la desesperación á la alegría, así Cayetana, desde la mayor satisfacción, cayó en las dudas más espantosas.

Porque se preguntaba:

—¿Me salvé de un peligro, ó he caído en otro mayor?

Alguna tranquilidad le ofrecía ver que los marineros eran españoles.

Pero como jamás falta un traidor, no quedó satisfecha del todo.

Desde la lancha pescadora tiraron un cable á la falúa.

Poco después Cayetana pasaba de un barco á

otro, después de haber logrado que trasladaran al novicio.

Roselly dirigió un sinnúmero de preguntas á Cayetana, referentes á lo que les había ocurrido.

Y para disimular, dijo:

—Á bastante distancia de aquí, cerca de la embocadura del puerto, hemos encontrado el cadáver de un hombre. ¿Se embarcó alguien con vosotros?

Con la mayor ingenuidad, sin tener la menor sospecha de que el muerto fuera un delegado de Roselly, refirió lo ocurrido.

—Pero bien: luego que arrojásteis ó que se cayó el hombre al agua, ¿qué ha pasado?—preguntó.

Á esta pregunta de Roselly, respondió Cayetana:

—¿Qué había de pasar? Yo sola no podía manejar la falúa, y me resigné con lo que la suerte me tuviera designado. ¡Cuántas veces me ví estrellada sobre las peñas, y cuántas á largas distancias de tierra firme! El pobre Olaechea estaba inútil para ayudarme... Cerré los ojos, encomendé mi alma á Dios, y me dediqué al herido.

—¡Cuánto valor el vuestro! ¿Cómo no admiraros? ¿Cómo dejar de amaros todo aquel que tenga la dicha de conoceros?

Estas palabras recordaron á Cayetana lo que había ocurrido en la Capitanía general cuando fué llamada por el general gobernador de la plaza, y adoptando una actitud grave, dijo:

—Espero, señor almirante, que de igual manera

que yo os he referido lo que ha pasado, digáis vos qué móviles os impulsaron á salir al mar en busca mía.

Á esto caminaba la lancha hacia el puerto, é iban sirviéndole de escolta las otras barcas que también salieron al mar.

El viento era favorable: poco tardarían en llegar á Cádiz, y Roselly, que deseaba no desperdiciar la ocasión que se le presentaba, respondió lacónicamente:

—Me impulsaba el amor.

La joven sonrió irónicamente, y señalando á Olaechea, dijo:

—Señor almirante, tengo el honor de presentaros á mi prometido esposo.

—¡Un fraile!...

—Un novicio de la Cartuja de Jerez, que tan pronto como se restablezca «ahorcará los hábitos» por mí.

—¡Qué locura!

—La vuestra lo será.

—¿Qué porvenir os ofrece ese hombre, que quizás no pueda sobrevivir á su estado?

—Ignoro ese porvenir; pero conozco el presente, y puedo jurar que me satisface.

—Yo, en cambio, os presento un porvenir envidiable: días tranquilos, llenos de comodidades y de...

—Pero sin amor de presente.

—Os adoro.

—Pero yo ni puedo ni quiero amar á un enemigo de mi patria.

—Pensadlo bien.

—Está pensado: antes que unirme á un francés, prefiero la muerte.

—Y yo, antes que perder por completo la esperanza de ser vuestro esposo, aceptaré también la muerte.

Y falso ó cierto, añadió:

—Cádiz os debe no estar en mi poder: el miedo que me causaba la idea de que una bala mía pudiera heriros, me decidió á cometer un acto indigno de un marino francés. Que no había motivo que justificara la rendición incondicional, y, sin embargo, acepté... pensando en vos.

—No quiero poner en duda vuestras palabras; pero tened entendido que no admito esa explicación, ni toleraré que la sostengáis. La gloria de haberos rendido corresponde, en primer lugar, á España; después, á Cádiz... á mí, una parte igual á la de cualquier ciudadano.

—¡Por Dios, Cayetana, no desoigáis mis ruegos; no me quitéis toda esperanza!... Por vos fuí capaz hasta de la infamia tramada en las sombras de la noche.

—¿Qué decís? ¿Tratáis de intimidarme, caballero? Pues sabed...

—Sabed vos que Nicolás, el hombre ahogado, iba dispuesto á servirme... á traeros á las peñas de San Antonio, desde donde...

—¡Qué infamia!

—Os amo, y el amor no reconoce murallas ni peligros. Quería llevaros á Francia, y allí haceros mi esposa y la heredera de una inmensa fortuna.

—No os amaba, pero ahora os aborrezco.

—¡Desdichada!... ¿qué has dicho?

Cayetana temió que aquel hombre se arrojara sobre ella, y se apercibió á la defensa, en la confianza de que, trabada la lucha, los marineros acudirían en su socorro.

Pero Roselly llevó ambas manos á su cabeza, y oprimiéndola, dijo:

—¡La muerte para mí; para tí, el remordimiento eterno!

Vaciló unos segundos, y se arrojó al mar.

La joven lanzó un grito que llamó la atención de los cuatro marineros, que, dedicados á sus faenas, no habían hecho alto en el animado diálogo que sostenían el almirante y Cayetana.

Y siguiendo la costumbre de á bordo, exclamaron:

—¡Hombre al agua!

CAPÍTULO V

A sangre y fuego.



ADA más incomprensible que el hombre, de cuanto existe sobre la tierra.

Con frecuencia vemos que mientras las grandes desgracias son sobrellevadas con resignación admirable, cosas pequeñas determinan en aquel mismo ser sacudidas violentas.

El por qué de estas cosas, no está bien definido.

Indudablemente las fibras sensibles son opuestas entre sí, y mientras en unos el dolor se produce por un golpe material, en otros no se siente sino por el golpe moral.

De aquí que en unos consista la desgracia en aquello mismo que para otro casi no le molestaría.

De igual manera que á éste le gusta un determinado color, y á aquél le sea agradable y simpático otro.

Esto dió lugar á que se dijera que «sobre gustos no hay nada escrito.»

Pero en cambio, sobre afectos del alma está escribiendo de continuo la humanidad, y esta es la hora en la que permanecemos en las tinieblas.

De la discusión no ha nacido la luz, en lo relacionado con los efectos.

El almirante francés debería, en concepto general, morir ó matarse antes que rendirse á discreción, y en cambio nadie se podía explicar que se arrojara al agua en busca de una muerte angustiosa y larga, porque una hija del pueblo, á la cual sólo había hablado una vez, le negara su corazón y su mano.

Pero si reflexionamos un poco, nada nos debe llamar la atención de cuanto ocurre en la vida material y social.

El hombre es la fiera más terrible de la creación.

Y al decir el hombre, incluimos á la mujer, de igual modo que en los libros santos del cristianismo, pues tenemos presente que el texto hebreo dice: «Dios hizo al hombre macho y hembra.»

Lo cual parece indicar que no fué exacto aquello de «haberle sacado una costilla á Adán» para hacer á Eva.

Hombres y mujeres, pues, lo repetimos, constituyen las fieras más terribles de la creación.

Sólo así se explica y se comprende, que en medio de la Europa, de la *culta* Europa, se cometan tantos y tan grandes crímenes.

Dice el refrán «que los lobos de una manada no se muerden.»

En cambio, podemos asegurar que los hijos de una misma mujer y de un mismo hombre se matan y se destrozan.

Y que sólo al ser humano se le ha ocurrido santificar los duelos colectivos que se llaman «bataallas,» y en los cuales se realizan hechos tan espantosos como impropios de la civilización que constantemente estamos ensalzando.

En cuanto al hombre en estado salvaje, nada tenemos que decir; llega á comer carne de sus semejantes... ¡es antropófago!...

Ni el tigre, ni el chacal, ni la hiena, hacen otro tanto.

De la persuasión íntima que nació del estudio hecho del hombre por el hombre, emanaron las leyes.

Esto es, el freno que nos sujeta dentro de un círculo de hierro, como al caballo el bocado y las riendas.

Triste es confesar nuestros malos instintos; pero ¿cómo negar la evidencia?

¿Cómo ponerla en duda?

En Roselly estaban más desarrolladas las fibras del amor material que las del amor á la patria y al uniforme que vestía.

Y tan luego como vió á Cayetana, fué dominado por el corazón.

Así al menos lo dijo él, si bien nosotros creemos

que aquel amor nació de la contrariedad que le produjo la noble entereza de la joven.

Si Cayetana hubiera admitido las ofertas del almirante, deslumbrada por la ambición de ser rica, probablemente Roselly la hubiera despreciado en breve.

Pero tropezó con una mujer cuyas ambiciones estaban limitadas á la independendencia de la patria, y lo que era chispa se convirtió en hoguera.

De todos modos, lo que no admite duda, es que tanto efecto le produjo saber que Cayetana le aborrecía, que se arrojó al mar desesperado.

¿Hubiera ocurrido lo mismo al ser franceses los hombres que tripulaban la barca pescadora?

Seguramente no.

Entonces es de suponer que al agua hubiera ido el novicio, y que la barca tornase rumbo hacia cualquier puerto francés, sin reparar en la exposición que había en hacer un largo viaje en tan malas condiciones, y faltando á la palabra de honor que hubo de empeñar al quedar prisionero.

La voz de «hombre al agua» fué seguida de las operaciones propias del deseo de arrancar una víctima al mar.

Y sobre Roselly cayeron cables á los cuales pudiera asirse, y se procuró aproximarse á él, con el fin de sacarle del agua.

Todas las lanchas que estaban próximas hicieron esfuerzos inauditos para salvar al almirante.

Que en aquellos momentos nadie reparó en que se trataba de un enemigo de la patria, para acordarse de que era un prójimo el que estaba necesitado de auxilio.

Pero Roselly no se asía á ninguna de las cuerdas que le rodeaban, mientras que luchando con la muerte, se le veía realizar movimientos rápidos para sumergirse y acabar de una vez.

Luchaba con la muerte, sí; pero no para librarse de ella, sino para otorgarle con más rapidez la presa que el abismo parecía rechazar.

Entonces se arrojó al agua un marinero, llevando una cuerda amarrada á la cintura.

Y con poco esfuerzo llegó hasta el punto en el cual había aparecido pocos segundos antes el cuerpo del almirante.

Y cual si su elemento propio fuese el agua y no la tierra, por medio de una rápida evolución, metió la cabeza en el agua, y aparecieron los pies en la superficie, desapareciendo casi en el acto.

Un segundo después reaparecía aquel marinero sacando por los cabellos el cuerpo del almirante, y tirando hasta dejar la cabeza fuera del agua.

Para esto no hacen falta grandes fuerzas.

El cuerpo humano, cualquier cuerpo dentro del agua, pierde su peso para tomar el del agua que desaloja.

De aquí que, si un hombre pesa seis arrobas, y el agua que cabría en el volumen de su cuerpo sólo pesa una, esta sea la resistencia que opone.

Un niño puede sostener dentro del agua un objeto insuperable á sus fuerzas fuera de ella.

Con la mano derecha había agarrado por los cabellos á Roselly, y con la izquierda se asió al cable que llevaba sujeto á la cintura.

Los de la lancha tiraron de él, y sin riesgo alguno, ambos hombres subieron á bordo.

Pero el almirante había perdido el conocimiento, si bien no había principiado el colapso, ó sea la paralización del corazón.

Que dentro de aquellos pulmones aún quedaba oxígeno, y la sangre no hubo de paralizar por completo la circulación.

Sin reparar en cosa alguna, el suicida fué desnudado, puesto boca abajo y oprimido para que arrojara el agua y pudiera entrar libremente el aire atmosférico en el pecho.

A todo esto, las lanchas, los botes y las barcas seguían navegando hacia Cádiz, sin que muchas de aquellas embarcaciones se dieran cuenta de lo que había pasado.

Al llegar al muelle las navecillas que habían salido en demanda de Cayetana, se hallaban allí todas las autoridades y un gentío inmenso.

Como desde larga distancia se pudo distinguir á la joven, el señor Paco, que la lloraba por muerta, fué avisado de que llegaba sana y salva.

El pobre viejo corrió hacia el puerto, sin querer dar crédito á lo que le decían.

Que el corazón se muestra siempre más propicio

á creer lo malo que á aceptar lo bueno, porque en la tierra, por cada hora de satisfacción, vienen días y aun años de amargura.

El encuentro del padre con la hija fué conmovedor; pero más impresión causaba aún la actitud del pueblo y su entusiasmo.

Cayetana no podía atender á tantas felicitaciones como se le hacían, y como el mejor medio de poner término al clamoreo, dijo:

—Los que bien me quieran, que acudan al novicio, que viene herido, y al cual debo la vida.

En breve fué sacado del fondo del bote, y conducido á la capitanía del puerto.

Y más en breve, dos médicos se encargaron de su asistencia.

Desde luego declararon leve la herida, si bien resultaba grave por la sangre que el paciente había perdido.

—Padre—dijo Cayetana al oír la opinión facultativa:—yo quiero tener un legítimo derecho para velar á la cabecera de su cama.

—¿Eso quiere decir...?

—Que deseo casarme con él.

—Es un novicio.

—Pero que tiene vocación de casado.

—No creo que baste con eso, para que encuentres sacerdote que quiera uniros en lazo indisoluble.

—¿Me autorizáis vos para que yo dé los pasos?

—Tiénes mi consentimiento.

—Pues ya veréis cómo lo arreglo.

Sin perder momento fué en busca de Morla, con el cual habló por espacio de media hora no más, que fué lo bastante para que le refiriera lo ocurrido.

Relatados los hechos, añadió:

—De cuanto dejo expuesto he deducido, que sólo puedo librarme de las asechanzas de ese hombre dejando de ser libre: esto es, casándome.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Mucho.

—Cuanto esté en mi mano y más, contad con ello.

—Gracias: eso esperaba.

—Hablad.

—El hombre elegido es el novicio Olaechea: no ha recibido órdenes, pero sin autorización de los cartujos de Jerez no habrá sacerdote que autorice...

—Yo pediré esa autorización de los padres cartujos; pero temo que la nieguen.

—Hay un medio para que sucedan las cosas á medida de mi deseo.

—¿Cuál?

—Afirmar una mentira.

—¿Y qué mentira es esa?

—Una que sólo me perjudica á mí. Decir que el novicio y yo hemos olvidado los preceptos de la moral, y que la única manera de evitar el escándalo es que nos casemos.

—¿Y creéis?...

—Como un novicio puede dejar de serlo cuando le acomode, temerosos los padres cartujos de que proceda como puede hacerlo en derecho...

—¿Y no sería mejor que empezáramos por ahí?

—No.

—¿Por qué?

—Porque está enfermo no puede ir á Jerez, y sin que personalmente haga constar que renuncia al claustro, es imposible que quede libre de los compromisos cantraídos... Además, yo deseo poder cuidarle sin que la maledicencia se cebe en mí, y por eso.

—Descuidad: hoy mismo quedaréis satisfecha por mi parte.

La orden de los cartujos fué fundada por San Bruno en 1086.

Desde su fundación fué una orden rara, pues el vulgo la llamó «de los melancólicos.»

Según la creencia general, los cartujos no hablaban los unos con los otros, pues tenían que ocupar el tiempo única y exclusivamente en meditar sobre la muerte.

Por esto, cuando se encontraban por los claustros, se saludaban de este modo:

—¡Hermano: morir habemos!

Y el aludido respondía:

—¡Hermano: ya lo sabemos!

Seguramente, no fué San Bruno el autor de este ridículo saludo.

Pero ellos lo estuvieron repitiendo por espacio de *setecientos cincuenta años*.

En cuanto á que los cartujos no hablaban ni pensaban más que en la muerte, habría mucho que decir.

Pero como no corresponde á este lugar ocuparse de tales cosas, nos damos por satisfechos con consignar que aquellos señores, mudos y todo, tomaron siempre una parte muy activa en la política de todos los tiempos, lo cual prueba que charlaban por los codos, y que pensaban en vivir cómoda y holgadamente, en vez de cumplir con los preceptos del santo fundador.

En cuanto á San Bruno, podemos decir que nació en 1030 y murió en 1101, y que tuvo por patria á Colonia.

De sus hechos para la canonización, sólo se sabe que fundó la orden de los Cartujos, y que, como todos los fundadores de aquella época, llegó al calendario romano.

Porque se ha escrito mucho sobre San Bruno; pero lo único positivo, lo que no admite duda es, que fundó la orden cuando tenía cincuenta y seis años, ó sea cuando á los hombres se les quitan por ley de naturaleza las ganas de hablar y de que les hablen, y en cambio se despiertan más que nunca los deseos de la vida pacífica y regalada.

De aquellos que llevan su egoísmo al extremo de

negar hasta la palabra del prójimo, poca caridad debe esperarse.

Esto no obstante, y como todo lo hemos de sacrificar á la verdad, diremos que los cartujos, si bien en menor escala que otras comunidades, hicieron bastante por la causa de la independencia.

Ante la invasión extranjera rompieron el sistemático silencio, y algunos hablaron con lenguas de fuego y de metralla.

Entre estos se encontraban los de Jerez.

Ya nos ocuparemos de ellos como patriotas, ya que hemos dado al público algunos apuntes como frailes.

Morla escribía á los cartujos solicitando lo que deseaba Cayetana.

El escrito era enérgico al par que respetuoso.

En él se hacía resaltar la imperiosa necesidad de evitar un escándalo, sobre todo en aquellos tiempos, en que la base fundamental de los conventos, y lo que les daba importancia, era la *santidad con que vivían* aquellos humildísimos siervos del Señor.

Los cartujos hubieron sin duda alguna de hablar, y no poco, entre sí, antes de dar solución al asunto.

Y nos fundamos para creerlo así, en la respuesta, que fué la siguiente:

«...Hace tiempo que el llamado Olacenea pidió, con arreglo á los estatutos y constituciones de la Orden, su separación de los santos ejercicios.

»Seguramente ignora él que tales peticiones están concedidas en el mero hecho de solicitarlas, y de aquí el paso que ahora da por conducto de vucencia, cuya vida guarde Dios muchos años, para esplendor de la religión y de las armas españolas.

»No necesita, pues, nuestro permiso el exnovicio; pero para tranquilidad de todos, se lo otorgamos amplio y cabal, si bien imponiéndole como penitencia haga oraciones y ejerza obras de caridad, á fin de que Dios nuestro Señor, compadecido de él, le perdone, y le haga tan digno de la gloria en medio del mundo corrompido, como lo fuera en los silenciosos claustros de esta santa casa de Dios.

»En todas partes, bajo cualquier estado, se puede ser buen cristiano y buen patricio.

»Que el señor le ilumine y le bendiga, como esta comunidad lo hace en su santo nombre.»

En el extracto que hemos hecho de la comunicación original, se ve claramente que no dejaban ningún cabo suelto los frailes.

Bajo una falsedad se les había pedido el permiso, y con otra falsedad por fundamento salían airosos del paso.

Que la comunidad y la religión quedaban á cubierto, haciendo constar que Olaechea había pedido *hacia tiempo* su separación del claustro.

Por lo cual, al entablar relaciones amorosas, impropias del estado religioso, era libre para proceder como mejor le viniera en voluntad.

Los frailes jamás fueron casados, como lo habían sido los sacerdotes.

El matrimonio, origen moral, según los filósofos, de la conservación de la especie humana, no constituyó una falta hasta León VII, que en su corto reinado de tres años decretó el celibato eclesiástico.

Data, pues, la prohibición, de novecientos treinta años, en que fué elegido pontífice, á novecientos treinta y seis, en que murió.

Esto no obstante, algunos frailes exclaustrados lograron bulas, por las cuales se les autorizaba para contraer matrimonio, por ser esta autorización *menor* en males que una negativa rotunda.

Dichas autorizaciones costaba mucho trabajo obtenerlas, tiempo y dinero.

De aquí que fueran pocos los que las solicitaban.

Cayetana pudo ver satisfechos sus deseos de ocupar legítimamente una silla á la cabecera del ex-novicio de la Cartuja de Jerez, y se apresuró á que la boda se realizara.

Olaechea estaba grave; pero en peores circunstancias estaba Roselly, pues la ciencia creía inútiles todos los esfuerzos que para salvarle se realizaban.

Pero nadie, fuera de los médicos y de algún marino francés, se ocupaban de él.

Su vida no interesaba á España, porque, lejos de

ser un brazo que la defendiera, era un brazo que pretendía aprisionarla.

Así las cosas, llegaron á Sevilla los prisioneros de Bailén, los cuales debían ser embarcados para Francia, según el convenio firmado sobre el campo de batalla.

Pero la Junta de Sevilla, en la cual, si bien había buenos patriotas, predominaba el odio al extranjero y el deseo de venganza, en vez de cumplir lo estipulado por Castaños, trató á los prisioneros cual si fueran criminales.

Bajo el punto de vista verdadero, criminales eran, puesto que, como el astuto ladrón, habían entrado en España.

Pero el hombre debe atenerse á lo que pacta, si desea conservar la autoridad y la fuerza moral.

De aquella conducta resultó, que hubieron de quedar en España los que por los tratados debían salir de ella, y, por lo tanto, que no disminuyese el número de enemigos.

En todas partes se peleaba como requería el honor nacional, desconocido y pisoteado por el francés.

Zaragoza había escrito muy alto su glorioso nombre durante el primer sitio, el cual fué levantado con precipitación por los franceses, como consecuencia de las noticias que llegaron de la derrota que en Bailén habían sufrido las águilas imperiales.

A aquella vergonzosa retirada del ejército *vence-*

dor de Europa, contribuyó en gran parte el arrojo, la decisión y el entusiasmo de los aragoneses, á cuyo frente estaba el hijo del país, brigadier entonces, don José de Palafox.

Aquel bravo y pundonoroso militar, auxiliado por el pueblo, y en especial por una hija del pueblo llamada Agustina Domenech, y conocida por Agustina de Aragón, ó Agustina Zaragoza, así como por la condesa de Bureta, Manuela Sancho y otras ciento, ornamento imperecedero de nuestra historia, logró rechazar siempre al enemigo.

Pero tanto valor, tanta abnegación, tanto heroísmo, de no tener efecto la batalla de Bailén y el triunfo de los españoles, es indudable que hubiera tenido por término el funesto del segundo sitio.

Que Zaragoza sucumbió, pero emulando las glorias de Sagunto y de Numancia.

Cayó como los gladiadores romanos: fué dominada por la fuerza bruta, el hambre y la peste... pero causó envidia hasta al vencedor, que hubo de decir:

—Con dos victorias como esta, pierdo la corona imperial.

Para evitarlo envió nuevos refuerzos y obligó á su hermano José á que tornara á Madrid, donde se había proclamado por Castaños á Fernando VII.

Nada menos que la presencia del mismo emperador y *cien mil* hombres, fueron necesarios para que los franceses recuperaran una plaza indefensa, como lo era Madrid.

La corte de España fué del francés...

Pero ¿á qué costa?

Á la de estampar en la hoja militar del emperador la primera mancha que la ensucia.

Porque el coloso huyó á Chamartín, falto de valor para pisar las calles de la ínclita villa del oso y del madroño.

Pero así y todo, cambiaron los tiempos: el ejército francés se reorganizó, y si bien no era dueño más que del terreno que pisaba, y para esto hasta las piedras se volvían contra él, como Francia entera se había metido en España, puede decirse que eran los dueños y señores de horca y cuchillo.

Lo único que había libre del opresor era Andalucía; y aunque el emperador tenía puestas sus miras sobre el Norte, José el intruso se fijó en el Mediodía, y en persona se dirigió contra aquellas regiones.

La resistencia era imposible.

Sin ejército, pues casi no se podía disponer más que de *cuarenta mil* hombres mal armados, peor vestidos y municionados, y flacos, anémicos por carecer de alimento, y para colmo de males, repartidos por toda España, mal se podía hacer frente al ejército aguerrido, con buenas armas y perfectamente racionado, que, cual plaga de langosta, apareció en Despeñaperros con su rey á la cabeza.

Y sucedió lo que era natural.

De victoria en victoria, unas fáciles y otras sangrientas, llegó José hasta Sevilla, donde se halla-

ban los hombres de significación que huyeron de Madrid y otros puntos.

Pero Sevilla tampoco pudo resistir, y todos los que se negaron á reconocer á José tomaron el camino de Cádiz.

Y hé aquí reunidos en aquella última esperanza de la patria, en aquel postrer baluarte de la libertad, á cuanto de notable había quedado en España con vida, fuera del elemento militar, que vagaba por sierras y campiñas, sosteniendo enhiesto el estandarte de la independencia.

Poco tardó el francés en amenazar á la muy noble, muy leal y muy heróica ciudad de Cádiz, y menos tardaron sus habitantes en disponerse á la defensa.

No faltaba quien, sin elementos para cerrar el paso á los invasores, tratara de hacerlo.

Tal era Alburquerque, que, si bien en retirada, no dejaba de molestar al enemigo en cuantas ocasiones podía.

Pero tan pocos eran los medios materiales de que disponía, como grande su voluntad y su decisión.

El enemigo, desposeído de la nobleza del alma, y siempre temeroso de los españoles, no pensó jamás seriamente en vencer por las armas al caudillo español.

Que prefirió la astucia de la serpiente.

Al efecto, trató de atraerle con promesas sin cuento; procuró engañarle para cogerle prisionero.

y hasta hubo de llegar al extremo de enviarle un parlamentario con la noticia de que Cádiz había capitulado.

Pero Alburquerque respondió:

—Si Cádiz ha capitulado, yo ni aun después de muerto transigiré con el extranjero.

Estas nobles y altivas palabras correspondían á las esculpidas por Palafóx en Zaragoza, por Álvarez de Castro *el Bueno* en Gerona, y por Contreras en Tarragona.

Esto es, por toda España.

Porque hemos de advertir, que desde el día en el cual fué rendida la escuadra francesa, hasta la presencia en Sevilla de José el intruso, pasaron dos años.

Dos años gloriosos, pero de los cuales sólo daremos ligerísimos apuntes, pues todos aquellos sucesos sólo han de servir de marco al objeto principal de esta obra.

¿Qué había pasado durante aquel tiempo en Cádiz?

De ello vamos á ocuparnos ahora, pues tanto Cayetana como su anciano padre y su esposo Olachea, fueron protagonistas de sucesos dignos de quedar consignados.

El francés había llegado á las puertas de Cádiz á sangre y fuego desde Madrid; pero Cádiz está rodeada del mar, y en aquellas aguas era forzoso que ahogara su soberbia y su avaricia.

Y natural también, que los que tanto habían he-

cho por la independencia, continuaran contribuyendo á las grandezas de la patria.

Tarde, muy tarde para poder remediarlas, iban llegando las noticias.

Muchos franceses morían, pero más llegaban de su patria.

En cambio, los refuerzos que recibían los españoles eran bien escasos...

Pues todos consistían en los soldados que, al servicio del emperador, sacudieron el yugo, y con el marqués de la Romana al frente llegaron á la Península.

Y como no era posible acudir á todas partes, y no había ni un pedazo de España que no estuviera amenazado, resultaba imposible llevar socorros á los que, como héroes, habían de sucumbir al número, pues contra fuerzas iguales jamás hubieran sido arrollados.

Por esto decimos que las noticias venían tarde para poner remedio.

Cuando llegaba una, todo estaba terminado y consumado.

Y cuando por casualidad se podían enviar refuerzos, llegaban tarde ó se veían envueltos en la traición del enemigo.

Pero el valor no amenguaba ni un instante; por el contrario, puede decirse, y decirse muy alto, que el pueblo español crecía en entusiasmo, y centupli-

caba su coraje y sus deseos de venganza á cada revés que sufrían las armas españolas.

Que desde los primeros encuentros, tan luego como se comprendió que aquello no podía tener el nombre de guerra, pues esto se entiende de la lucha de dos ejércitos regulares, sino el de «exterminio» de un hombre que, cual otro Luzbel, pretendía dominar el cielo y la tierra, surgió el general invencible; aquel general que aterraba al ruín extranjero más digno de apellidarse «capitán de bandidos» que el capitán del siglo XIX, y que tuvo por sobrenombre el «general *No importa.*»

Que sucumbe una ciudad...

No importa; adelante.

Que se pierde una acción...

No importa; se dispone otra.

Que faltan armas y municiones...

No importa, en tanto que las tenga el enemigo.

Que el hambre diezma al pueblo y al ejército; que la peste barre los campos, villas, aldeas y ciudades...

No importa, con tal de presentar siempre al enemigo la cara, aun cuando esté macilenta y demacrada.

Contra un pueblo que piensa y que discurre de este modo, sólo Dios, con su poder infinito, puede dominarlo por la fuerza.

Y esta es, esta fué y esta será España.

¡Bien lo sabía el tirano!


Pero quiso olvidarlo, y caro le costó.

Si había vencido en cien combates, fué, en primer término, porque llevó soldados españoles que sostuvieran el fuego.

Demostración de ello, que tan luego como le faltaron los auxilios en hombres y en dinero de la península Ibérica, su gloria comenzó á anublarse y la ruina á cernerse sobre su cabeza.

CAPITULO VI

Hechos históricos.

UINCE días después de la tragedia del mar que hemos consignado, el cabo Pedro, aunque inútil para el servicio militar, se hallaba ágil y dispuesto para pelear como en Bailén.

Y en cuanto al exnovicio, estaba por completo bueno y sano.

Dentro de Cádiz, poco ó nada era dable hacer de provecho, pues ni por mar ni por tierra podía llegar el enemigo por sorpresa.

Sobre todo por mar, bien podían estar tranquilos los gaditanos.

Francia había perdido lo mejor de su escuadra en Trafalgar, y el resto de aquella armada quedó, como hemos visto, por España.

A más de esto, el entusiasmo que había despertado en Inglaterra ver al grano de arena levantar-

se contra la montaña, ó á la hormiga contra el águila imperial, era otro elemento de seguridad por agua, pues los que habían perdido á mano de los españoles á su genio guerrero, al par que náutico, ó sea al general Nelson, lo habían olvidado todo al contemplar admirados el heroísmo de «la tierra escondida,» de la antigua Speria, de la indomable España.

Ni el cabo, ni el novicio, ni Cayetana, eran hombres á propósito para permanecer indiferentes ante las desdichas de la patria.

Por otra parte, iban careciendo de recursos para vivir, pues el trabajo honrado no producía lo indispensable para la vida, y Olaechea dijo una noche á Herria:

—Siempre se ha dicho, que el que roba á un ladrón, há cien años de perdón.

—¿Y qué quieres significar con eso?

—Que no hay pecado alguno en robar á los franceses.

—¡Ya la creo que no!

—Pues manos á la obra.

—¿Qué intentas?—le preguntó Cayetana.

—No te alarmes: lo que á nosotros nos falta, les sobra á los invasores. No pretendo asaltar, como un bandido, la casa de éste ó de aquel ciudadano, sino seguir el ejemplo de aquellos que por Castilla y por Navarra, y por otras partes, causan bajas al enemigo, y cuando pueden les aligeran del peso de la impedimenta.

—Por mi parte—dijo el cabo,—podemos empezar cuando gustes.

—No podrá ser tan deprisa como yo quisiera, pues no vamos á salir de Cádiz con los brazos cruzados y los bolsillos tan vacíos, que nos muramos de hambre antes de disparar un tiro.

—Pues entonces no salimos de aquí.

—Eso lo veremos. Si Cayetana quisiera, pronto tendríamos dinero; bastaría con pedirselo á Roselly.

—Eso, jamás—respondió la aludida.

—Ya lo suponía; pero veré á Morla, y éste, cuando menos, me dará un par de fusiles y algunas municiones.

—Pídele tres, Olaechea;—dijo Cayetana con decisión.

—¿Tres? y ¿para quién es el tercero?

—Para mí.

—¿Estás loca?

—La mujer debe seguir á su marido; así lo dijo el señor cura que nos casó.

—Pero...

—Yo quiero seguirte... pero si tú me mandas que me quede...

—¿Mandártelo?... de ninguna manera. Te aconsejo que te quedes cuidando de tu anciano padre; pero no te lo mando ni te lo mandaré jamás.

—Entonces... pide tres fusiles ó no pidas ninguno.

—Pediré tres.

—¡Gracias, esposo mío!

El general Morla no tuvo dificultad alguna en facilitarles las armas, y hasta les dió de su bolsillo particular algunas monedas de oro.

Pero les impuso la condición de que le enviaran cuantas noticias recibieran ó averiguaran por ellos mismos.

También les dijo:

—Esta misma tarde saldrá de Cádiz el almirante francés, pues colocado en la disyuntiva de admitir á su familia en Cádiz, ó de enviarle á él á Francia, he preferido esto. Sospecho que se muera por el camino.

—¿Tan malo está ese infame?

—Tan malo, que se ahoga por momentos, y llama desolado á su anciana madre... Por un momento me coloqué en su situación y he cedido.

—Toda alma bien nacida aprobará vuestra noble conducta.

—Mucho me satisface oiros hablar de esa manera, pues en realidad, nadie más lastimados por ese hombre que vosotros.

—Yo le perdono—dijo Cayetana.

—Y yo olvido lo pasado—añadió el exnovicio.

Como no era posible salir de noche de la ciudad, pues la Puerta de Tierra se cerraba al toque de oraciones, y Cayetana tenía que proveerse de un traje masculino para poder caminar en compañía

de su esposo y del cabo, dejaron la partida para el amanecer del día siguiente.

Debido á esto, pudo llegar hasta la recién casada una carta firmada por el almirante francés.

En aquella carta le pedía perdón y le juraba no empuñar más las armas contra pueblo que tales heroínas producía; y al propio tiempo le rogaba, encarecidamente, que, en prueba de un generoso perdón, aceptase la cantidad que por conducto de Morla recibiría.

La carta terminaba diciendo:

«Si, lo que Dios no permita, cualquiera de vosotros cayese prisionero, y fuera conducido á Francia, acordáos de mí, pues os juro por lo más santo, que sabré conducirme como cumple á un caballero que está arrepentido de haber dejado de serlo cuando más falta le hacía producirse como tal.»

Dudó Cayetana sobre si debía ó no aceptar aquel dinero; pero dadas las circunstancias en que llegaba y del modo que se le ofrecía, aceptó.

Ya contaban con armas y con algunos elementos pecuniarios.

Ya el pobre señor Paco podía vivir una larga temporada, por más que su hija no le mandase recursos...

Y tan luego como amaneció, y la Puerta de Tierra fué abierta, y el puerto á libre plática, emprendieron el camino los tres.

Cayetana parecía un hombre; un joven imberbe, hijo del cabo ó de Olaechea.

Sólo un hombre conocedor de la mujer muy á fondo, hubiera descubierto en ella su sexo.

Pues sabido es que al hacer una aspiración, la mujer levanta el pecho, en tanto que el hombre lo que dilata es el estómago.

Esto depende del traje; no de la contextura de las mujeres.

Éstas, desde niñas, se acostumbran á sujetar su cintura, y, por lo tanto, el estómago; y como el aire respirado obliga á la dilatación, el pecho se levanta de un modo harto visible, mientras que en el hombre de manera que casi no se advierte.

Con armas y con dinero, tomaron el camino de Sevilla.

Pero por aquella parte aún había poco que hacer, pues las Andalucías no habían sido invadidas y, faldeando Sierra Morena, se encaminaron hacia Despeñaperros.

Hasta llegar allí, ningún percance habían sufrido.

Pero entre aquellos despeñaderos vivían ocultos algunos restos del ejército francés derrotado, los cuales no eran perseguidos activamente por falta de elementos.

Aquellos hombres vivían á salto de mata; haciendo la vida del ratero: sorprendiendo caminantes, y muchas veces teniendo que comer hierbas y raíces.

Pero más adelante las cosas variaban.

Que Madrid había tornado á poder del invasor,

y Castaños y su ejército andaban como Dios les daba á entender y sin manera de tornar á Andalucía.

Cuando la necesidad les obligaba, ya por falta de comestibles, ya por necesidad de descanso, se dirigían á los pueblos, cuidando de dejar las armas escondidas.

Y se presentaban pidiendo trabajo, en la seguridad de no obtenerlo, pues por aquellos días nadie labraba los campos ni emprendía obras de ninguna clase.

Todos los pueblos que visitaban eran testigos de la barbarie del invasor.

Poblaciones enteras habían sido pasto de las llamas, y la que había logrado escapar del incendio no se libró del saqueo.

¡Qué horror!

Esto había ocurrido antes de la batalla de Bailén, y ni el tiempo transcurrido, ni el buen deseo y laboriosidad de sus habitantes, pudo lograr haber borrado algo de la funesta huella que dejó el invasor.

Aquellas ciudades arrasadas, aquellos campos incultos, aquel aspecto triste y macilento de sus moradores, entre los cuales no se veían hombres en la plenitud de la vida, como no fueran inútiles para empuñar un fusil, enardecía á nuestros conocidos hasta el punto de exclamar una noche Olaechea:

—Poco ó nada hemos hecho hasta ahora, y en

verdad que no salimos de Cádiz para andar de paseo.

Al hablar de este modo, estaba sentado al amor de la lumbre, y frente por frente se hallaba un joven, cuyos ojos, cubiertos por cataratas, no podían gozar de la luz del día. ¡

Este joven, al oír hablar al exnovicio, exclamó cruzando las manos:

—¡Dios mío! ¡Bien decía yo! ¡No me engañaba: el uno es Pedro Herria, el otro...!

—Según eso, ¿me has conocido por el metal de la voz?—le preguntó Herria al que supuso ciego del todo.

—Te conocí en cuanto llegaste, Pedro; pero como no tenía seguridad por verte cojo, y no tuve noticias de...

—¿Pero ves?

—Por los lados; de frente, nada.

—¿Y de qué me conoces?

—De que somos paisanos. ¿No te acuerdas del herrador de la calle Ancha?

—¡Ya lo creo!

—Pues yo soy su hijo.

A partir de este punto, refirió el joven algunos detalles de su vida, que, por carecer de interés para el objeto de esta obra, pasamos por alto.

Y sólo diremos que el joven partió con su padre, que éste había desaparecido, que le creían muerto, y que el muchacho enfermó de la vista, quedando reducido á vivir de la caridad.

Caridad que en aquellos días era imposible ejercer, pues todos y cada uno se encontraba en idénticas circunstancias.

Terminada aquella conversación, y dicho por Pedro lo que se había propuesto hacer, les dijo el hijo del herrador:

—Pues para lograr el objeto, nada mejor que presentarnos como mendigos los cuatro, y encaminarnos hacia Madrid. Yo creo que pronto tendremos á los franceses camino de Andalucía, y que esto nos proporcionará medios para lograr nuestro objeto. Como mendigos podemos meternos por todos lados. Tres franceses llevo muertos sin que se entere la tierra.

—¿Y cómo?

—Aprovechando ocasiones. Ahora andaba pensando en matar al intruso, pero...

—¿Pero qué?

—¡Ni una bala de cañón le alcanza! Se conoce que tiene mucho miedo á morir, y va siempre rodeado de muchísimas personas.

—Pero ¿le has visto?

—No; pero tened por seguro que no se llega hasta él con tanta facilidad como fuera lógico tratándose de un hombre que se las echa de valiente y de buen general. Pero como venga á Andalucía con el ejército invasor, ó poco puedo, ó, por lo menos, le doy un susto.

No agradó mucho á Cayetana seguir los consejos del ciego; pero como todas las precauciones

eran pocas, y todas las astucias necesarias para salir adelante con la empresa, desde aquel día adoptó Cayetana el traje de mujer, desgredió sus cabellos, buscó actitudes adecuadas al traje, y sirviendo de lazarillo, pues Olaechea también aparecía como ciego, emprendieron el camino.

Fidedignas eran las noticias del hijo del herrador, pues para explorar los campos habían salido algunas avanzadas de Madrid, que, como de costumbre, iban cometiendo todo género de tropelías.

La ferocidad de aquellos soldados que, según el emperador, «llevaban la civilización en las puntas de las bayonetas,» solo podía compararse con su rapacidad y su deseo de pisar y enlodar la honra de cuantas mujeres veían.

Esto fué causa de que muchas familias huyeran despavoridas, prefiriendo morir de hambre por los campos ó ser destrozadas por los lobos, á caer en manos de aquellos bandidos de la civilización.

En cambio, otras familias se fingían afectas á la causa napoleónica, fundándose en que «lo que hacía Fernando estaba siempre bien hecho.»

Cinco días llevaban caminando sin haber tropezado con un francés, cuando supieron por los que huían «que la gente, que los *gabachos* estaban cerca.»

—¡Gracias á Dios que vamos á verles!—exclamó Olaechea.

—Cuidado con lo que hablas: como te olvides de que eres ciego, vas á perder la vista para siempre— le replicó el de las cataratas.

Siguieron caminando, y á poco llegaron á un cortijo abandonado, de cuyas casas pajizas habían tomado posesión unos cuantos franceses con un oficial á su cabeza.

Como las puertas estaban abiertas, y ningún signo exterior les hizo comprender la presencia del enemigo, entraron sin reparo alguno, pidiendo una limosna por amor de Dios.

La sorpresa que recibieron al verse rodeados de tropas enemigas, fué grande.

Pero el hijo del herrador, para disimular, extendiendo los brazos en cruz, exclamó con tono dramático:

—¡Gracias á Dios que estoy entre los enemigos de la terrible Inquisición! Hermanos, una limosna por caridad.

Aunque mal, aquellas gentes iban entendiendo el español, y comprendieron que se trataba de gente, cuando menos, inofensiva.

Y les despreciaron, obligándoles, con malos modos, á alejarse.

Pero ellos se ocultaron entre los jarales de un arroyo hasta que llegó la noche, que con sus sombras podría favorecer sus planes.

Cuando las tinieblas eran más densas, salieron del escondrijo, llevando cada uno bien estudiado el papel que tenía que desempeñar.

El de las cataratas, aullaría como el lobo, caminando hacia el cortijo.

Cayetana y Herria, preparados con pajuelas, intentarían poner fuego á las casas pajizas, y Olaechea, como el más ágil, caso de que hubiera algún centinela, procuraría cogerle de improviso y matarle.

Para esto, caminaría en dirección opuesta á la que marcara el aullido del lobo, por ser lo natural que el vigilante se apercibiera á la defensa del enemigo conocido.

Había vigilancia, pero no en el campo.

Dentro de aquellas casas, compuestas de una armadura tosca, pues la formaban troncos de árboles delgados, y cuyas cubiertas las constituían varias capas de paja, por lo cual les llamaban «pajizas,» era donde un centinela, encaramado á la armadura, y sentado junto al hueco que servía de salida á los humos, inspeccionaba los alrededores.

Tan luego como se dejó escuchar el lobo, el vigilante recibió orden de espantarle á tiros, á fin de librar á las ovejas que llevaban consigo los franceses, como producto de un robo hecho aquella misma tarde.

El lobo se acercaba, y el centinela disparó su fusil hacia el lado que le parecía que sonaba.

De vez en cuando aullaba de nuevo el lobo, y el centinela tornaba á disparar.

Mientras tanto se preparaban las pajuelas y se prendía fuego á la paja.

Por tres puntos opuestos entre sí, comenzó el incendio: en el cuarto se situaron los tres, decididos á matar ó á morir.

El viento favoreció los deseos de los gaditanos, y cual si aquellas casas estuvieran impregnadas de sustancias inflamables, se convirtieron en un volcán.

Sobre los confiados franceses comenzó á llover fuego y á caer pedazos de madera, pues las sogas con las cuales estaba sujeta la techumbre, al quemarse, dejaron caer, primero un palo, luego seis, y en breve toda la armadura.

Dos hombres lograron salir de aquella hoguera...

Los dos perecieron á manos de los que les aguardaban.

Ya entrado el día, el incendio se extinguió por sí solo.

Cayetana sintió espanto ante el cuadro que se presentaba ante su vista.

No era aquello lo que ella había soñado.

Lo que codiciaba era la lucha cuerpo á cuerpo, no la traición y la impunidad.

Para ella, lo que había hecho era cometer un delito.

En la nobleza de su corazón no cabía usar de las armas infames que esgrimían los franceses.

Pero Olaechea, Herria y el hijo del herrador, opinaban de otro modo.

Y tranquilamente se metieron entre las cenizas y los escombros para desbalijar á los muertos.

La mayoría de aquellos hombres estaban ahogados por el humo de la paja.

Algunos, pocos, aplastados por los maderos al caer encendidos.

El botín fué bueno.

El oro ni se ahoga ni se aplasta, y en los bolsillos de las víctimas no faltaba el precioso metal.

—¡No estoy conforme!—dijo con energía Cayetana.—A este paso no tendremos ni aun el derecho de quejarnos de cuanto hagan con nosotros.

—Tú dirás lo que quieras—le replicó Herria;—pero comprende que la caridad bien ordenada comienza por uno mismo. Además, ten presente lo que dijo tu esposo al hablar de salir de Cádiz... Contempla todas estas monedas, y verás que son españolas... es decir, que hemos robado á ladrones.

—Sí, es verdad; pero...

—Pero si no te agrada esta vida y estos procedimientos—le dijo Olaechea,—lo mejor es que nos volvamos á Cádiz, y allí esperaremos á que nos sitien.

—Yo preferiría luchar.

—Y todos nosotros también; pero ¿cómo? ¿Qué significamos cuatro personas ante un ejército numeroso? Lo único que podemos hacer por la patria es esto que has visto y que tanto te desagrada.

La joven calló como aquel que se resigna, pero que no está convencido, y los cuatro siguieron caminando.

Pero ya era imposible avanzar sin tropezarse con

fuerzas numerosas y marchar á una muerte cierta é ignorada.

- Las noticias que recibían eran en confirmación de lo que se había sospechado.

- El titulado «José I por gracia de Dios y la Constitución,» según consignaba el código napoleónico de 1808, el cual no se llegó á promulgar por más que se imprimió, al frente de fuerzas considerables, y llevando por asesor al general Junot, iba á invadir las Andalucías, en momentos en los cuales no había de tropezar á Castaños que le obligara como á Dupont á entregar, en los campos de Bailén, la espada vencedora en cien combates.

El ejército español estaba desorganizado por falta de tiempo y de elementos para hacerlo.

En cambio las legiones enemigas disponían de todos los elementos.

Para formar una idea de la situación de la península, baste decir que José tuvo que pedir á su hermano *dos millones de francos* mensuales para sostener el ejército, pues en España no había ni dinero, ni comestibles, ni nada.

El hambre y la miseria eran el patrimonio de aquellos que supieron morir por no ceder: que fueron vencidos muchas veces; pero en ninguna humillados...

Y que al fin lograron, no sólo arrojar al enemigo de España, sino perseguirle dentro de la misma Francia, y determinar la caída y la muerte del tirano.

Forzoso era retroceder, toda vez que avanzar resultaba imposible.

Pero el hijo del herrador, fijo en su idea de matar á José I, pudo convencer á sus amigos de que se situasen en Andújar, donde, dedicados á implorar la caridad pública, quizás les fuese posible conseguir su objeto.

—Donde no alcanza el puñal, donde tampoco llega una bala, no hay más que el veneno.

Así dijo el de las cataratas, y desde luego trató de ponerse en relaciones con los encargados de la cocina del intruso.

El plan era vastísimo.

El casi ciego había ideado, tan luego como José enfermara ó muriese, salir á las calles dando vivas, proclamando á Murat, que estaba despechado por no ser él el rey de España.

Esto produciría una división entre los mismos franceses; se formarían dos bandos, y quizás la lucha entre ellos mismos, y España, aprovechando el momento, posible era que pudiese traer á Fernando.

Esto es: ceñir á su cuello un dogal del mismo temple del que tenía, ó quizás peor, pues en el mal siempre cabe un más.

¡Qué ceguedad la del pueblo español!

Amaba, adoraba á Fernando: al que felicitaba al emperador por sus triunfos en España, y de quien solicitaba «la honra» de que le diese por esposa á una *princesa* de su familia.

Mayor degradación no se había conocido.

Los aventureros no tienen princesas en su familia.

Podrán contar con mujeres más ó menos hermosas, más ó menos honradas...

Pero jamás con princesas dignas de enlazarse con los reyes de derecho divino.

Pero Fernando sabía que el derecho divino y la carabina de Ambrosio, eran una misma cosa.

Y buscaba enlazarse por parentesco con el águila dominadora, creyendo inmortal al que en breve sufriría en Santa Elena el castigo que merecía su soberbia y sus increíbles maldades.

Y el pueblo sabía lo que estaba haciendo Fernando... y esto no obstante le miraba como á un ídolo...

Y jamás se pronunciaba su nombre sin descubrirse la cabeza, cual si se tratara de Dios vivo.

Era indudable que si el plan se realizaba tal y como se había concebido, la revolución sería espantosa en todas las esferas sociales.

Cuando la comitiva real ó sea el centro del ejército de operaciones llegó á Andújar, estaba andado mucho camino para llegar al fin que se apetecía.

El hijo del herrero, al cual conoceremos con el nombre de *Manoliyo*, había intimado mucho con el jefe de la cocina, gracias á su habilidad y destreza para engañar.

Aquel hombre, como todos en el mundo, tenía su lado vulnerable, su parte flaca.

Y esta era el vino.

Desde que entró en España no hizo otra cosa de provecho, más que catar cuantas marcas había entonces, que eran muy pocas, y emitir su opinión sobre el cultivo de las cepas.

Con esto por base, pues antes de tratarle fácil le fué conocer su debilidad ó su monomanía, desde luego se dedicó á explotarle.

Buscó al efecto vinos superiores que pagó á buen precio, y con ellos le hizo un regalo al jefe de las cocinas.

Sospechando éste algo de aquel regalo tan intempestivo, hizo que llamaran al donante.

La conversación fué breve.

Manoliyo puso en juego todos sus recursos, bebió, y no poco, antes que el cocinero, y persuadido éste de que no había engaño, hizo también los honores al vino.

Dos borrachos son amigos aun cuando jamás se hayan visto, pues no hay cosa en el mundo que allane más y que iguale más á las personas que los vapores del alcohol.

Ya amigos, pues el vino era superior, el cocinero quiso proteger al ciego.

Pero éste le hizo creer que contaba con los recursos necesarios para vivir holgadamente, si bien aceptaría gustoso algunos platos sobrantes de la comida del intruso.

—Supongo que me traerás más vino de este, aun cuando el coste de cada botella...

Así dijo el cocinero.

Y *Manoliyo*, sin dejarle terminar, le respondió:

—Mientras estéis en Andújar no ha de faltarnos.

—¡No lo bebe mejor el rey!

—Ni lo beberá tan bueno, porque hay poco y lo guardo como oro en paño.

—Alguna botella habrá que ponerle en la mesa.

—Si es empeño... pero por mi gusto, no. Los reyes disfrutaban de muchas cosas de que carecemos los que no lo somos. Yo, sobre todo, desde que casi perdí la vista, soy algo egoísta. Me gusta obsequiar á un amigo; pero me molestan todos los que han nacido para disfrutar.

—Pues entre ellos no debes contar al rey.

—¿Cómo que no?

—Si le valiera, pondría algo bueno encima de la corona, por tal de que se la quitaran.

—¿Esas tenemos?

—Su hermano le engañó: en Etruria sí que estábamos bien y á gusto. Allí nadie nos oponía resistencia, sobraba el dinero, y... pero en España voy sospechando que no acabaremos jamás.

—Pues si lo sabe Murat, de seguro que se alegra.

—Ese es un ambicioso que tendrá mal fin. Por él están las cosas tan mal. ¿Quién le mandó cometer las atrocidades del 2 de Mayo? Su ambición: creyó dominar por la fuerza, y que esto obligaría al emperador á que le diera la corona de España.

¡Buen chasco se ha llevado! En vez de la corona, cayó en el desagrado del emperador.

Manoliyo iba enterándose de detalles que juzgaba de gran valía.

Y siguiendo su plan, dijo:

—Nunca me fueron simpáticos los reyes, porque los juzgué los seres más dichosos de la tierra; pero ya veo que estaba en un error, y quiero demostrar mi arrepentimiento, obsequiando al rey con una botella, que al efecto dispondré con los mejores adornos que encuentre.

—No te canses en nada de eso: el mejor adorno de una botella, es el polvo y las telas de araña, pues ambas cosas atestiguan su antigüedad: mientras más sucia por fuera, mucho mejor.

—¿Cuándo llega el rey?

—Esta noche.

—¿Y cuándo sigue el camino?

—Pasado mañana.

—Pues mañana estará aquí la botella.

Cayetana se opuso á que *Manoliyo* realizara su proyecto.

Según ella, lo mejor era, ya al llegar, ya al partir, acometerle al grito de viva la independencia, y á ser posible cogerle prisionero, para que su vida respondiese de la de Fernando.

Fácil le fué á Olaechea persuadirla de que deseaba un imposible.

¿Cómo entablar lucha con *cincuenta mil* hombres cuatro personas?

Cayetana cedió una vez más, si bien protestando del procedimiento.

Al día siguiente, la botella, bien empolvada y llena de telas de araña, quedaba en poder del cocinero.

El intruso había llegado con tanto sigilo, que el vecindario ni aun se enteró de que semejante huésped había entrado en Andújar.

Pero la botella no llegó á la mesa real, como deseaba *Manoliyo*.

Que como sucede con frecuencia donde son muchas las manos por que pasan las cosas, la dejaron escondida los mozos de comedor, para bebérsela ellos.

Cinco probaron aquel vino, y los cinco sufrieron los síntomas de la intoxicación.

Como *Manoliyo* estaba seguro de los efectos que el preparado hecho por él había de producir, tan luego como se apercibió de que había movimiento desusado en la casa que servía de palacio real, comenzó á dar vivas á Murat y á proclamarle rey de España.

Al principio se creyó borrachera lo que era envenenamiento; pero tan luego como los médicos declararon la verdad, y los envenenados dijeron lo que habían hecho, el cocinero delató á *Manoliyo*, y al mismo tiempo que él proclamaba á Murat, se daban las órdenes para prenderle.

Sus tres compañeros se habían echado á la calle, con objeto de ayudar los planes del hijo del herre-

ro, y juntos se hallaban en la plaza, cuando se presentaron á prender «al asesino del rey.»

Los que les rodeaban, afectos á la causa de Murat, opusieron resistencia á la prisión.

Y tanto Pedro como Olaechea, arremetieron contra los que se acercaban.

Había llegado lo que tanto deseaba Cayetana: la ocasión de matar frente á frente y cara á cara.

Por medio de un rápido movimiento logró apoderarse de un fusil, y disparó á quemarropa.

Aquel tiro fué la señal de la lucha entre los mismos franceses.

El momento era oportuno para huir; pero se habían separado los unos de los otros, y era harto difícil encontrarse.

Desesperada combatía Cayetana, y en su entusiasmo, al par que con el deseo de encontrar á su esposo, avanzó tanto, que después de heróicos esfuerzos quedó prisionera.

¿Y Olaechea, y *Manoliyo*, y Herria? ¿Dónde estaban?

CAPÍTULO VII

Horas de angustia.



AN luego como las tropas se enteraron de la verdad, esto es, de que se había intentado matar á José, y que Murat no estaba allí ni por asomo, comenzaron á dar vivas al rey y á protestar de cuanto había pasado.

Pero era tarde para el arrepentimiento, y se hicieron muchas prisiones, comenzando á funcionar el consejo de guerra á los pocos momentos.

Entre los juzgados estaba Cayetana, sobre la cual había un segundo delito.

El de ser española.

La sentencia no se hizo esperar: los delincuentes serían pasados por las armas.

La gentil gaditana supo la suerte que le cabía, y, aunque la impresionó mucho, no por eso dejó de mostrarse digna de ser considerada como un tipo varonil, como buena española.

Y con la sonrisa en los labios pidió un confesor, pues deseaba morir como cristiana.

José había oído hablar mucho de las esforzadas matronas que en Aragón y en Cataluña habían inmortalizado sus nombres, y sentía curiosidad por contemplar á una de esas mujeres cuyo valor y arrojo supera á veces á la energía de los más renombrados capitanes.

Y dispuso que se la presentaran.

El intruso tenía varios vicios muy arraigados.

El uno era la bebida, á lo que debió el sobrenombre de *Pepe Botella*.

Y el otro, que no le iba en zaga, los placeres lividinosos.

Creía el rey intruso, que una mujer que era capaz de empuñar un fusil y de dispararlo, tenía que ser alta, delgada, de rostro anguloso, de mirada de tigre, de modales descompuestos, y sobre todo muy velluda.

De aquí, que cuando vió á Cayetana, blanca, rubia y con ojos negros, de actitudes distinguidas, de mediana estatura y sin vello en el rostro, quedara admirado hasta el punto de parecerle una mujer ideal, hermosísima, incomparable.

De buen grado le hubiera ofrecido la libertad en aquel momento á cambio de la honra; pero se contuvo, limitándose á decir:

—¿Á qué hora es la ejecución?

—Á las cinco de la tarde, señor—le respondieron.

—Pues cúmplase lo mandado; ya la he visto: que se la lleven.

Cayetana no tuvo tiempo de hablar, pues cuando ella creyó que la iban á interrogar, la obligaron á salir.

En cambio, llamaba José á un hombre de su confianza, esto es, á uno de esos hombres que tienen á gala halagar las malas pasiones de los reyes, y le dijo:

—Perdono á esa mujer la vida: esta noche, cuando partamos, cuida de que venga con nosotros.

—Puedo ofrecerle...

—Cuanto quieras.

El palaciego saludó, y salió.

Á las cinco de la tarde sonaban las descargas que privaban de la existencia á unos cuantos soldados y á tres paisanos que fueron cogidos con ellos.

¿Era alguno de nuestros conocidos?

Olaechea estaba escondido en casa de un buen español.

Y Pedro y *Manoliyo* lograron abandonar la ciudad tan luego como se apercibieron de que habían errado el golpe.

No del todo; pues, por lo menos, habían logrado que perecieran cincuenta franceses, si bien había que contar también tres españoles.

En cuanto á Cayetana, recibió la visita del palaciego en los instantes en que esperaba que la sacasen del encierro para fusilarla.

Y aquel hombre, en español poco correcto, pero inteligible, le dijo:

—Puedes dar gracias á tu hermosura.

—¿Gracias de qué?

—Tu bello rostro te ha librado de la muerte, pues has logrado la gracia del soberano.

—¿Á qué precio?

—No te pide dinero—respondió aquel hombre, por no haber entendido bien el significado de la pregunta.

—Ya supongo—dijo Cayetana—que ese hombre no me pedirá dinero; mas puede pedirme algo que tenga que negarle.

—Serás gran señora.

—Podéis disponer que me fusilen.

—Tendrás coches, joyas, criados...

—Pero no tendré honra.

—¡Honra!

—Es verdad: como vosotros la habéis perdido hace tiempo, pensáis que ya nadie puede tenerla en el mundo.

—Las ofensas en labios de la mujer escogida por el soberano, no pueden molestarme. De todos modos ha de ser lo que su majestad disponga: la diferencia consistirá en lo que pase después.

—¿Cómo es eso?

—Cediendo de buen grado, seguirá á la complacencia la abundancia y las comodidades; pero si hay que emplear la fuerza, detrás de eso que llamas «la deshonor» vendrá el castigo y la muerte.

—¡Qué infamia!

—Esta noche volveré; y de buena voluntad, ó atada y amordazada, tomaremos el camino de Córdoba. Hasta dentro de algunas horas. Veremos si al volver tengo que hablarte como á una mujer ó como á una señora: lo primero, si persistes en negarte; lo segundo, si accedes gustosa á los deseos del soberano.

Y sin saludar salió aquel hombre, dejando á Cayetana sumida en el caos de mil ideas y de otros mil pensamientos.

¿Qué resolución adoptar?

Cualquiera, con tal de no sucumbir y mancharse al par que enlodaba á su marido.

¡Su marido!

Este era otro tormento.

Cayetana perdió la serenidad y la calma pensando en estas cosas.

Su cabeza no regía bien.

Su corazón latía con extremada frecuencia, y sus labios se movían cual si fueran á pronunciar palabras.

Y en tanto, su rostro estaba amarillento como la cera, ó rojo como la amapola.

Los dos sistemas; el sanguíneo y el nervioso, cuyo equilibrio determinan la vida y la salud del cuerpo, rompían sus moldes y amenazaban terminar por una catástrofe. Si en tal estado hubieran llegado por ella ¿qué habría sucedido?

Difícil es de calcular si los nervios hubieran pre-

dominado, ó si la sangre se apoderara del organismo.

De ambos modos, el término hubiera sido la muerte.

Ó la congestión, ó el colapso.

Pero tenían que transcurrir algunas horas hasta aquella en la cual el rey intruso se pusiera en marcha para Córdoba, y la voluntad, unido á lo próximo del peligro, llevaron al pecho de la hermosa joven alguna calma.

La suficiente para que pudiera reflexionar sobre su situación.

Y hubiera adoptado una determinación, al tener base cierta de la cual partir.

Y esta base, no era otra que conocer la suerte que había cabido á su esposo.

Tenía, pues, que caminar de hipótesis en hipótesis, y sobre cada una hacer su composición de lugar y de modo.

¿Vivía Olaechea?

Y si vivía ¿estaba prisionero ó libre?

Sobre los tres puntos meditó, terminando por decir:

—De todos modos necesito conservar la vida hasta saber lo cierto. Pero la vida y la honra. ¡La honra! ¿La pierde, acaso, aquélla que es víctima de un brutal atropello? Para su conciencia, no: donde no tiene parte la voluntad, no hay falta. Pero ¿qué pensará el mundo? Dirá que Cayetana sucumbió, no á la violencia, sino á la ambición ó al vicio.

Oprimió la cabeza con ambas manos como para estrujar el pensamiento y obligarle á dar de sí cuanto pudiera, y algo más, y pasados unos instantes añadió:

—Si Olaechea vive y está libre, él me vengará; debo morir antes que exponerme á los peligros en que está mi honra. Pero si cayó prisionero, hasta la honra debo sacrificar por salvarle la vida... Y si murió, estoy en el deber de vengar su muerte hasta con ensañamiento.

Tornó á pensar, y prosiguió diciendo:

—Sí; ofreceré falsas caricias á ese hombre si fuese necesario, hasta que tenga ocasión de matarle. Mi cuerpo será suyo, pero en cambio yo le arrancaré su miserable existencia.

Después de esto acudieron á su cerebro otra porción de ideas, pero una por una las fué desechando para decidir su muerte si Olaechea vivía y estaba libre, ó la muerte de José en caso contrario.

De todos modos correría la sangre.

Al propio tiempo pensaba Olaechea en los medios que podría poner en práctica para saber algo de Cayetana.

Y en todo pensaba menos en que estuviera presa, pues desde luego calculó que, cogida con las armas en la mano, la habrían fusilado, y entre los que sufrieron la pena de muerte no había ninguna mujer.

Tan luego como oscureció, y convenientemente disfrazado, comenzó las pesquisas.

Entre los cadáveres y los heridos que se habían recogido en las calles, y los hombres fusilados, no estaba Cayetana.

Esto le tranquilizó, haciéndole suponer que su esposa estaría con *Manoliyo* ó con Pedro, bien esperando á que las tropas se alejaran, ó bien habiéndose adelantado á ellas.

También las sombras de la noche fueron aprovechadas por Herria y el hijo del herrador, pues determinaron penetrar en Andújar, con el fin de averiguar qué era ó qué había sido del exnovicio y de su esposa.

Y como el mejor medio era ir á la posada donde habían vivido, pues el dueño no era afecto á los invasores, y podían estar seguros de que no había de delatarles, allí enderezaron sus pasos sin dilación alguna.

Cuanto pudieron averiguar, fué bien poco, pero grave.

Que Olaechea buscaba á Cayetana; que Cayetana no parecía ni viva ni muerta.

Esto fué todo.

Manoliyo era harto conocido para andar por las calles, y se acordó que Pedro saliera en busca de Olaechea, acompañado del posadero, al cual creían amigo los franceses.

Poco tardaron en encontrarle.

La desilusión del exnovicio fué terrible al perder la esperanza de que su esposa estuviera al lado de sus amigos, pues recordando frases cogidas al vue-

lo, dedujo lo que hasta entonces no le pasó por la imaginación.

Esto es, que Cayetana estaba presa.

Más aún; que su belleza la había librado de la muerte.

Al pensar de este modo, creyó que su razón se extraviaba.

—No obligo á nadie—dijo;—si alguno quiere seguirme, hágalo en buena hora.

—¿Qué intentas?—le preguntó Pedro.

—Asaltar la cárcel, incendiarla y que allí perezca Cayetana, antes que consentir en que sea víctima de esos infames. Y morir yo también entre las llamas, y...

—Calma, calma—dijo el posadero:—con arrebatos no se logra nada bueno ni de resultados favorables.

—¡Si estuviéseis en mi lugar!...

—Pensaría en matar, pero no en morir. Si mi esposa fuera víctima de un ultraje, ten por seguro que había de vengar la afrenta con la sonrisa en los labios... halagando al infame causa de mi desgracia.

—Pero antes procuraríais evitar...

—A eso vamos. Conozco, es amigo mío el alcaide de la cárcel: por él puedo saber si tu esposa está presa... dejadme averiguar, y después procederemos.

El posadero, acompañado de Olaechea, penetró en las prisiones.

El alcaide sólo pudo decirle, que hacía una hora que habían sacado de allí á una mujer joven y hermosa, con una orden firmada y sellada por el mismo José.

Olaechea sufrió un síncope, pensando en que era tarde para librar á su esposa de la infamia que se pretendía cometer con ella.

Pues no dudaba de que, como había pensado, conservaba la vida como consecuencia de su rara hermosura.

Cuando recobró los sentidos decidió emprender la marcha en seguimiento del cuartel real, persuadido de que allí debía encontrarse.

Pedro y *Manoliyo* opinaron como él, y le siguieron.

En efecto: Cayetana iba cómodamente viajando con la impedimenta del rey intruso.

Al efecto se le había dispuesto un carro, en el cual se le preparó todo lo necesario para que caminara rodeada de cuanto era posible en aquellas circunstancias.

De buen grado la llevara José en su coche, pues en coche viajaba.

Pero dentro del vehículo iba una dama que José hubo de traerse de Italia, y que el vulgo denominaba «la favorita.»

El carro iba escoltado, y al cargo de la viajera, el palaciego que hubo de visitarla en la prisión, para hacerle conocer las intenciones de su soberano.

Hasta aquellos momentos había logrado Cayetana cuanto se propuso, menos adquirir un puñal.

Que fingió vender sus caricias, regateó las condiciones, y hasta pudo saber que ninguno de los tres que la habían acompañado estaban entre aquellos que fueron pasados por las armas.

Tranquila por lo que se refería á su esposo, aceptó, después de imponer muchas condiciones, ser la manceba del rey.

Y como todo el que no piensa cumplir, el palaciego fué otorgando cuanto se le pedía.

Desde entonces, aquel servidor de la majestad de dublé, la trató con todo miramiento y respeto, llamándola «señora» á boca llena, y hasta dándole tratamiento de alteza.

Lo cual no era obstáculo para que también pretendiera los favores de Cayetana.

Esta sonrió irónicamente al comprender de lo que se trataba, y le dijo:

—Cinco hombres han muerto por codiciar una botella de vino destinada al rey... tened cuidado de que no os cueste la vida levantar los ojos delante de mí.

Tal efecto produjeron aquellas palabras en el palaciego, que poco le faltó para pedir perdón llorando.

Temió también Cayetana haber ido demasiado lejos con su amenaza, y deseando que aquel miserable no fuera su enemigo declarado, y truncara sus planes, le dijo:

—Creo en vuestro arrepentimiento, y no os guardo rencor: en prueba de ello, os permito que me beséis la mano.

El palaciego dió un apasionado beso en la diestra de Cayetana, y exclamó:

—Os juro por mi ilustre familia, pues soy duque de Quik, que jamás besé la mano de ninguna reina experimentando la honra que en este momento.

—¿Habéis besado la de la favorita?

—Muchas veces; pero en ese punto disto bastante de opinar como su majestad. La italiana es muy orgullosa, trata con desprecio á todo el mundo, y á más ha perdido sus atractivos desde que llegó á España.

—¿Por qué?

El duque bajó la voz, y acercándose á Cayetana, le dijo:

—Porque se embriaga con frecuencia, y en ese estado se conduce como una mujerzuela.

—¡Ah!

—¡Qué dicha si su majestad le enviara á Nápoles cuanto antes, y si vuestra alteza ocupara en el corazón del rey el puesto de esa mujer impúdica!

—Vos podéis contribuir mucho á que eso llegue —dijo Cayetana haciendo un gran esfuerzo de voluntad, para no manifestar la repugnancia que le causaba aquella conversación.

—Haré los imposibles; pero la favorita es una mujer temible.

—Para mí, no.

—Para todos: dicen que tiene el veneno de los Borgias: se asegura que mató á una francesa, en la cual el rey había puesto los ojos.

—¿Y cómo no mata á la esposa de José?

—Porque no le estorba.

—De modo que tratará de matarme á mí.

—Sí; pero la francesa no contaba con simpatías en la corte, y vos seréis la reina de todos los corazones como ya lo sois del mío. Mandad, disponed... soy vuestro esclavo.

—Prefiero que seáis mi buen amigo.

—¡Amigo!... ¡Qué dulce palabra!

—Y cuya amistad deseo poner á prueba.

—Hablad.

—En la primera ocasión vais á decirle al rey, que he averiguado que viaja con una favorita, y que las españolas no sufrimos que nadie se nos ponga por delante.

—Así se lo diré.

—Y añadiréis, que tendré paciencia hasta Córdoba, pero que allí, ó tendrá que olvidarme, ó darme en su coche el puesto que ocupa esa mujer.

—Temo que no acceda. Y no por falta de voluntad, sino porque tiene miedo á la italiana.

—Pues ved cómo os arregláis; en la inteligencia, que si desde Córdoba ocupo yo el coche, en llegando á Sevilla, veréis colmados vuestros deseos. Que gusto de pagar con usura los favores que recibo de mis amigos.

El duque de Quik se quedó como alelado.

Jamás pudo pensar en que Cayetana le brindase con lo que pretendido por él, estuvo á punto de producir un cataclismo algunos momentos antes.

Y un tanto repuesto de su sorpresa, exclamó:

—Aun á costa de la vida, procuraré hacerme digno de vuestro afecto.

Al tratar de la italiana no había exajerado el duque.

Era hermosa, pero tan depravada en sus costumbres como es difícil imaginar.

Y tantos vicios, marchitaban su belleza cuando aún estaba en la primavera de la vida.

Que aquella mujer sólo tenía veinte años.

José iba hastiándose de ella, pues nada cansa como los placeres cuando se abusa de ellos.

El borracho comienza á beber con repugnancia, pero luego bebe sin darse cuenta de ello.

Pasada la borrachera, se promete, se jura no beber más; pero no bien huele el vino, el instinto, ya depravado, le induce á beber.

Lo mismo pasa con todos los vicios.

Y esto sucedía á José con la italiana.

El vicio le llevaba hacia ella; pero pasada la embriaguez de los placeres, hubiera premiado á quien le alejara para siempre de su lado.

¿Por qué no lo hacía él?

Sin duda alguna, porque temía al veneno de los Borgias.

No hay nada más inexplicable que el miedo.

Hombres que jamás temblaron ante las balas,

sufren síncofes al ver hacer una sangría, y tiemblan como azogados sólo de pensar que tienen que habérselas con un dentista.

¿En qué consiste esto?

Muchas veces lo hemos preguntado y nadie nos dió una respuesta satisfactoria.

Otras muchas hemos procurado estudiar los efectos del miedo y su origen en nosotros mismos, y tampoco hemos adelantado cosa alguna.

El miedo es, en nuestro concepto, lo mismo que el paladar y que la vista.

Hay quien no puede mirar un color determinado sin estremecerse, mientras contempla otro con placer.

Hay quien encuentra desabrido, lo que otros hallan gustoso.

Pero aún esto se comprende con más facilidad que se explica el miedo.

Porque con respecto á José, podía ordenar, cuando le viniera su voluntad, que mataran á la italiana, que la encarcelasen, que la echaran fuera de España.

Y nada de esto hacía.

El miedo coartaba su voluntad.

CAPITULO VIII

El momento crítico.

DESPUÉS de algunas marchas en las cuales tuvieron efecto tres conatos de acción de guerra, la comitiva real hizo alto en el Carpio.

José deseaba descansar un día, y al mismo tiempo recibir noticias, antes de avanzar, de las contingencias del viaje.

Podía marchar tranquilo, y no por falta de enemigos.

Que Olaechea, Pedro y *Manoliyo*, eran elementos bastantes para tenerle con cuidado.

Raro era el día, y más rara la noche, en la cual no se escuchaban algunos disparos que producían bajas en el ejército invasor.

Más de una vez se habían destacado algunas fuerzas, con el fin de perseguir á los que tan de continuo molestaban á los soldados franceses, pero sólo se logró aumentar el número de bajas.

Esto impacientaba á José, y le obligaba á pensar lo que siempre pensó desde que su hermano hubo de obligarle á ceñir la corona de España.

Y esto era, que un país en el cual no se cede al hambre ni á las epidemias, existe algo superior imposible de dominar.

En el Carpio tuvo ocasión el duque de hablar á solas con su rey y señor, y de referirle cuanto Cayetana le había dicho respecto de la italiana.

Y el estúpido de José le respondió:

—Puesto que tiene celos, y toda vez que algo se sospecha de que traigo otra mujer, lo mejor sería juntarlas á las dos, y que la vencedora se lleve la palma.

El duque, que no era tan necio como José, le respondió:

—Opino como vuestra majestad; pero no ahora, sino después de que hayáis elevado á la española hasta vos. Porque pudiera suceder que resultara vencida, y en ese caso habríamos perdido tiempo y trabajo.

—Pues entonces... otra idea.

—¿Cuál, señor?

—Hoy mismo vas á declarar tu pasión á la italiana.

—¿Yo, señor?

—Tú la amas; yo te mando que la ames.

—Pero élla...

—Tú te arrojarás á sus pies pidiéndole que corresponda á tu pasión...

—Pero...

—Pero yo me presento de improviso y os mando matar á los dos.

—¡Señor!... ¿Qué mal os hice?

—Ninguno, hombre; contra tí no va cosa alguna. Te prenden, y tan luego como no exista la *infel*... Vamos, no pierdas el tiempo.

—Y mientras tanto ¿quién cuidará de la española? ¿A quién la confiaréis que no abuse de vuestra confianza? Tened presente que su hermosura produce admiración; que si ella lo deseara, promovería otra como la de Andújar.

—¡Demonio! Pues eso no me conviene.

—Porque lo juzgo así, hube de permitirme hacerlo presente á vuestra majestad.

—Y no hay medio de que yo vea á la prisionera antes de llegar á Córdoba; esa maldita napolitana que se empeña en descender por línea recta del duque de Gandía, del tercer general de los jesuitas, no me deja á sol ni á sombra en estas estancias tan cortas.

—Todo se puede arreglar.

—¿Cómo?

—Esta noche, y pretextando sorprender á unos conspiradores, saldréis de vuestro alojamiento. Ya en la calle, honráis el mío con vuestra presencia, y aunque sólo por algunos instantes, podréis verla y hablarla.

—¡Tienes mucho talento! No en balde te conservo á mi lado.

—Procuro complacer á vuestra majestad.

—Y yo sabré premiarte.

—En efecto; aquella noche salió José acompañado de algunos altos personajes de su corte, con el pretexto indicado por el duque de Quik.

Pero la italiana tuvo noticias ciertas de lo que pasaba, pues no bien había salido el rey intruso, se presentó en su cuarto un oficial francés, joven, de arrogante figura, y la saludó diciendo:

—Mi adorada Idleta; tu regio amante acaba de partir en busca de aventuras, pues por lo visto se va cansando de tu amor.

A lo cual respondió ella:

—No tanto como yo del suyo desde el momento en que te conocí; pero me ofende y me molesta que haya otra mujer que...

—¡Y una española!

—¿La que viene con nosotros desde Andújar, quizás?

—La misma.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Y es hermosa?

—Lo es; pero no tanto como tú.

La favorita reflexionó, y dijo:

—Quiero sorprenderles.

—Eso equivale á que firmes mi sentencia de muerte.

—No.

—Tenlo por seguro.

—Tú te quedarás aquí. ¿Sabes dónde se encuentran?

—En el alojamiento del duque de Quik.

—Ya sé bastante.

—Reflexiona...

—Todo está pensado.

Abandonó su asiento; guardó muchas y valiosas alhajas en un cofrecillo, y entregándoselo al joven oficial, le dijo:

—Si vuelve José solo á su alojamiento, esto es, si yo no le acompaño, retrocedé á Andújar con este cofrecito. Allí estaré yo; desde allí, partiremos juntos para Italia.

—Pero...

—¿No dices que me amas?

—¡Con locura!

—Pues obedecer es amar.

Idleta se rebujó en un largo manto negro, guardó un puñal en el pecho, y seguida de dos hombres de su servidumbre, mandó que la condujeran al alojamiento del duque.

Mientras tenía efecto lo que queda narrado, José estaba en presencia de Cayetana.

Pero no á solas con ella, como fueran los deseos de aquel soberano de guardarropía.

Que Cayetana exigió la presencia del duque, para que hubiese un testigo de las condiciones que imponía, y de las promesas á cuyo cumplimiento se obligaba el que aspiraba á ser su amante.

Buen cuidado tuvo José, con el fin de acortar el

tiempo, de ir diciendo que sí á cuantas exigencias exponía la joven.

Mas como no era eso lo que Cayetana se había propuesto, le dijo:

—Debo dudar y dudo de la sinceridad de las palabras que escucho.

Y José respondió:

—¿Por qué, bella española? Si me pidieras la corona á cambio de tu amor, serías reina de España, y yo el último de tus esclavos.

Cayetana guardó silencio, y José, aprovechando los instantes, estendió la mano para indicar al duque que podía retirarse.

El momento crítico había llegado.

La disyuntiva terrible se aproximaba.

Sola estaba con su odioso opresor...

Y Cayetana se preguntó:

—¿Mato, ó muero?

El vicioso José la contemplaba gozándose en ver la actitud que creyó ruborosa de una hija del pueblo.

Entre las altas damas, nunca hubo de encontrar nada que se le pareciera á aquello.

Todas, y cada una, habían codiciado *el honor* de ser deshonradas por él...

Sólo aquella hermosura, nacida en pobres, pero limpios pañales, presentaba obstáculos, se alejaba, pretendía dilatar lo que otras hicieran lo posible porque se adelantara.

Cayetana había cerrado los ojos, para ver si su

cerebro le representaba por anticipado lo que podía y debía suceder.

José se aproximó á ella...

La contempló...

Luego tendió el brazo derecho para rodearlo á la cintura de la joven...

Pero la puerta de la estancia se abrió con estrépito, y el duque apareció, diciendo:

—¡Idleta, señor, Idleta!

Al mismo tiempo aparecía la italiana, llevando en la mano derecha, y oculto por los pliegues de las mangas, el puñal desenvainado.

José, en un arranque de energía, impropio de él, exclamó:

—Sal de aquí: te destierro.

—No me sorprende tu enojo: esperaba más de tí al sorprenderte en los brazos de esa mujer.

Cayetana dió un paso hacia ella.

Pero se detuvo al oír que exclamaba José enfurecido:

—¡Prendedla!

—¿Quién osará tocarme?—preguntó la italiana mostrando el puñal.

El duque retrocedió espantado: José hubo de quedarse inmóvil como una estatua; y Cayetana, al ver que aquella mujer dominaba la situación, con voz ronca y enérgica contestó diciendo:

—Yo me atrevo á todo.

—¿Tú? Una...

No pudo terminar la frase, pues ligera como el

rayo, Cayetana se arrojó sobre ella, y con gran violencia le dió una sonora bofetada.

Creyó José que iba á presenciarse aquella lucha que hubo de desear; pero bien pronto vió que Idleta quedaba desarmada y dominada por la heróica Cayetana.

Llegado este caso, el duque se atrevió á poner sus manos sobre la manceba de José, al tiempo que decía:

—En nombre del rey, quedáis presa.

—Queda en libertad—dijo Cayetana.

El duque y el rey se miraron asombrados.

Idleta casi había perdido el conocimiento, más como consecuencia de la sorpresa que le produjo el valor de Cayetana, que como consecuencia del golpe recibido.

Pues comprendió que había perdido su autoridad sobre José, cuando aún no había realizado lo que ella llamaba «su negocio.»

Este consistía en ser la poseedora de la mayor parte de las alhajas que se robaban en las iglesias.

Que á tanto llegó el cinismo de aquella mujer, que se jactaba de ponerse alfileres, brazaletes y hasta coronas, que la piedad ó el fanatismo, ó el deseo de aparecer filántropos, habían colocado en los altares dedicados á la imagen de la Madre de Dios-Hombre, bajo sus múltiples advocaciones.

Aquella cínica y descreída mujer ignoraba que la falta que en realidad merece el nombre de pecado, es el escándalo, como lo demuestran las pala-

bras de San Pablo, cuando dice en sus famosas epístolas:

«No hay pecado en comer la carne sacrificada á los ídolos, con tal de que no se haga en menosprecio á Cristo.»

Ni aun de ser buenos y honrados se debe hacer gala y ostentación, pues sabido es que nada envilece tanto como la propia alabanza.

Esas personas que al salir del templo se ponen á repartir entre los indigentes un puñado de monedas de cobre; las que con cualquier motivo que sea arrojan puñados de dinero al pueblo, en vez de hacerse dignos de la clemencia divina por su caridad, atraen sobre sí, por su filantropía, el desprecio de los mismos que resultan favorecidos.

Que no es favor aquel que se arroja al rostro, sino ofensa.

Que no puede haber virtud, donde predominan el orgullo y la soberbia.

Idleta estaba bien castigada con el perdón que Cayetana le ofrecía.

Aquel golpe moral, le había causado más daño que sentir sobre su mejilla la mano de la que juzgaba su rival.

Pero más sufrió aún cuando oyó decir á Cayetana, dirigiéndose á José:

—Esa señora tiene derechos que vos le habéis concedido como rey, y otorgado como caballero.

Sed caballero y rey para con ella: hasta que yo quede satisfecha de vuestra conducta, no esperéis verme más.

—Pero...

José fué interrumpido por Cayetana, que añadió con firmeza:

—Si estáis cansado de ella como mañana os hastiaréis de otra cualquiera, nadie como vos puede quedar en libertad cuando guste...

—Pero tú...

—Yo exijo que desde este momento se me trate como prisionera: hasta el instante presente, nada me liga á vos; hasta que yo quiera, tampoco me ligará. Sabéis que vengo en vuestra compañía cediendo á la imperiosa y cruel ley de la fuerza. Y esto debe advertiros que dispuesta me hallo á huir de vuestro lado tan pronto como la ocasión se me presente. Soy noble por mis acciones: abro mi corazón con lealtad para que todos puedan leer en él... Disponed que me aprisionen cuanto antes, y tornad á vuestra morada en compañía de aquella que puede en justicia exigir de vos la hidalguía del hombre bien nacido.

Con estas palabras, Cayetana había logrado lo que se proponía, que era producir en sus oyentes efectos y afectos encontrados.

—Yo no quiero mandarte prender—dijo el intruso;—pero tampoco he de consentir que te escapes. Mañana mismo quedarás satisfecha de mi conducta con la que hasta hoy fué mi favorita: maña-

na mismo tornaré á verte: en mi coche, y al lado de mi persona, entrarás en Córdoba.

La italiana estaba lívida.

Jamás pudo ni aun soñar que José tuviera energía bastante para proceder ni aun siquiera para hablar de aquel modo, y el coraje la ahogaba.

Pero tanta influencia llegó á adquirir sobre él Cayetana, que de cobarde se había trocado en valiente.

Y dirigiéndose á Idleta, dijo:

—Vamos, señora.

Y volviéndose á la arrogante española, añadió:

—Hasta mañana.

El duque, como nada escuchó de los labios de su rey, permaneció al lado de Cayetana.

Y tan luego como ambos quedaron solos, cayendo á los pies de la heroína, exclamó con entusiasmo:

—Es preferible recibir la muerte de vuestra mano, que el amor de todas las mujeres de la tierra juntas.

—Alzad del suelo: si viéseis mi corazón, si os fuera dable contemplar mi alma, segura estoy de que habríais de aborrecerme.

—No.

—Amarme á mí, es firmar la propia sentencia de muerte.

—¿Y qué me importa la vida después de haber logrado vuestras caricias?

—¡Insensato! ¡Cómo os domina el vicio!

—No: vuestro valor y vuestros nobles sentimientos, sólo son comparables con vuestra belleza.

—Luego seríais capaz...

—De todo.

—¿Hasta de la traición?

—Hasta de los mayores crímenes.

—Dejadme reflexionar unos minutos á solas: pronto os llamaré.

El duque salió lleno de risueñas esperanzas, y Cayetana quedó diciendo mentalmente:

—José, ese imbécil al par que infame usurpador, hará los imposibles por lograr su deseo. La italiana será arrojada de España, y yo habré llegado á los extremos que vienen amenazándome desde hace días. Para matarle, obligada tengo que mostrarme, y rendida á sus impúdicos antojos... Si doy el golpe en falso, sólo habré conseguido morir sin beneficio para la patria... Y con la vida habré perdido la honra, pues nadie podrá conocer la verdad.

Al discurrir de este modo, un copioso sudor invadió su frente.

Luego añadió:

—El duque es un necio, que más merece compasión que enojo. Segura estoy de burlarme de él todo el tiempo que me convenga... Sí, esto es lo mejor, que no hay espacio que perder.

Agitó la campanilla, y el duque, el orgulloso duque de Quik, se presentó en la puerta como si fuera el último de los criados de Cayetana.

Ésta, que se había propuesto dominarle desde el primer momento halagando sus esperanzas, con acento familiar le dijo:

—Mi buen amigo: he reflexionado, y estoy decidida á no dar al rey motivo para que abrigue ni la más remota esperanza.

—Pero eso es...

—Es morir.

—Después de sucumbir á la violencia.

—No; antes.

—¡No lo consentiré!

—¿Y qué medio hay para evitarlo? La mujer que comete una falta y la oculta, es delincuente; pero ¿hay modo de ocultar esas faltas, tratándose de un rey y viajando con él en su propio coche de camino? Mi afrenta sería pública, y...

—Me habíais dicho...

—Sí, pero la escena que ha pasado hace poco me obligó á cambiar de pensamiento.

—Pues sólo queda un camino.

—¿Cuál?

—Dispuesto estoy á ser traidor á mi rey antes de ver en sus brazos á la mujer á quien amo.

—¡Huir! Eso no será posible.

—Sí, tan luego como nos pongamos en marcha.

—¿Pero ignoráis que he de viajar con el rey desde aquí hasta Córdoba?

El duque quedó pensativo, y Cayetana, haciendo el último esfuerzo, se acercó á él, le oprimió una mano y con acento desesperado, le dijo:

—¡Duque... sálvame... yó no puedo, yo no quiero la *honra* de que el rey me eleve hasta él!

El aristócrata abrió mucho los ojos, y más aún la boca, al oír que Cayetana le hablaba familiarmente, y medio loco le respondió:

—Dentro de media hora, en marcha.

—¿Hacia dónde?

—Vamos á Córdoba.

—Pero...

—Nadie me cerrará el camino por donde haya tropas francesas; nadie sospechará de mí, en tanto que lleve el mismo camino que ha trazado el rey.

—Eso no es bastante.

—¿Pues qué queréis?

—El rey nos mandará buscar y prender.

—Pero no en dirección á Córdoba: esto en primer lugar; y en segundo, que sólo yo respondería con mi cabeza, pues vos sois irresponsable, porque vuestra custodia me está encomendada.

—Es cierto, mas...

—Mi cabeza peligrá tan sólo: yo os mandé en nombre del rey que me siguiérais, y vos obedecísteis. No perdamos el tiempo en discusiones: me amoldo á vuestra voluntad, y obedezco vuestros mandatos. ¿Qué deseáis? ¿Ir á Córdoba en el coche del rey?

—No, eso no. Dispón nuestra marcha.

Creyendo José conquistar el aprecio de Cayeta-

na procediendo del modo que le había dicho, acompañó hasta su morada á Idleta.

Y con el fin de prevenirlo todo, y no correr el peligro de que aquella mujer le envenenara, dispuso que fuese conducida á su aposento con guardias de vista, y que tan pronto como amaneciera, partiese bien escoltada para la frontera francesa.

También dispuso que la acompañara todo su equipaje, pudiendo recoger lo que hubiera dejado en Madrid.

Esto le pareció aún poco, y, por medio de un ayudante, le envió una respetable suma de dinero en oro.

Para una mujer de las condiciones de Idleta, se pasaba de fino y de caballero José, llegando hasta ser pródigo, si bien con el dinero y las joyas de España.

Idleta se acordó de su otro amante y del tesoro que le había confiado.

Y deseó despedirse de él, y recoger el cofrecito, dentro del cual, y sin estuches para que no hubiera tanto bullo, iban mil preciosidades artísticas y un capital en pedrería.

Pero ¡oh desengaño!

El apuesto militar, el enamorado doncel, no parecía por ninguna parte.

Idleta creyó que no le buscaban; que ya nadie la obedecía en la corte ambulante del rey intruso, y pensó en todo menos en la verdad.

En la triste verdad.

Hasta llegó á pedir á José que buscaran al oficial, como la última gracia que de él solicitaba.

Aún creía oír José las recomendaciones que le había hecho Cayetana, y, deseoso de cumplir bien hasta el último momento, dispuso que se llamara al oficial.

El joven se presentó al intruso, y éste le dijo:

—¿Pero es que no quieres acudir al llamamiento de Idleta?

—Señor, no quiero... porque no debo.

—Explicate.

—Sé á lo que me expongo al decir la verdad; pero toda vez que vuestra majestad me manda que la diga...

—Sí, te lo mando.

El oficial sabía las órdenes que se dieron respecto á la favorita, y por ende que había caído en desgracia de su regio amante.

Y concibió la idea de quedarse con el cofrecito, el cual encerraba lo bastante para comprar el amor de muchas mujeres.

De aquí que respondiera de este modo á los mandatos de José:

—Señor, seré breve: esa señora aparenta haberse enamorado de mí, y me asedia por todas partes.

—¡Ah!...

—De buen grado hubiera correspondido hasta con entusiasmo á sus manifestaciones; pero ¿cómo ofender á vuestra majestad á sabiendas? Esto ha motivado que me odie y que desee perjudicarme:

para ver si puede hacerme daño, deshonorarme como soldado ó como hombre, es para lo que me llama: por eso no he ido; por eso ruego encarecidamente á vuestra majestad que no me mande ir.

—¿Conque te pretendía?

—Puedo ofreceros pruebas irrecusables en algunos presentes que me ha hecho.

—Pues si yo estuviera en tu lugar, iría á despedirme de ella. •

—¿Á despedirme?

—Sí, porque estoy cansado de esa mujer, y tan luego como amanezca partirá con dirección á Francia.

—¡Ah! Lo ignoraba.

—Tienes, pues, mi permiso para verla ó para dejarla de ver. Pero te lo repito: en tu lugar iría.

Y sin experimentar vergüenza, añadió:

—Nunca es desagradable despedirse en secreto de una mujer hermosa.

—El respeto que vuestra majestad me inspira...

—Bueno, bueno; no vayas. Así rabiará un poco más.

José se retiró á descansar, y el joven militar, tranquilo por el resultado de su entrevista con el rey, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Señora:

»Mi amor al soberano no me permite acudir esta noche á vuestra cita, como me lo impidió otras veces.

»He hablado con su majestad respecto de vos y

de mí, y estoy tranquilo por el desquite que penséis tomar.

»El augusto soberano me ha autorizado para que os ame, para que complazca vuestros deseos; pero aun cuando sois hermosa, no llenáis los deseos de un hombre joven, que aspira á una mujer honrada, aun cuando sea pobre, antes que á la rica manceba de un rey.»

Escrito lo que antecede, lo cual, si lo unimos á las escenas anteriores, da por resultado que la corte de José era el conjunto de ramerías y de rufianes, firmó la carta, la remitió á su destino y se acostó, en la persuasión de que había robado á Idleta con toda impunidad.

Cuando la italiana recibió la carta, no supo qué pensar de ella.

Y se inclinó á creer que, obligado por José, trazó aquellas líneas.

Que el joven la amara ó no, cosa era que le importaba poco.

Si no era él, otro la amaría.

Pero las alhajas formaban cuenta á parte, y la cosa no podía quedar así.

Al efecto, contestó la carta diciendo:

«Prescindo de vuestro escrito, pues ignoro si expresa vuestros sentimientos ó si encierra los mandatos de otro.

»Pero sea esto ó aquello, os ruego que vengáis á traerme, ó que me remitáis con persona de vues-

tra confianza, el tesoro que encerrado en el cofrecito os entregué.

»Tan luego como amanezca partiré, y confío en que no daréis lugar á que os delate como ladrón.»

La carta era breve, pero terminaba de un modo harto expresivo.

Cuando el escrito llegó al alojamiento del oficial, éste dormía.

Mas como era originaria la carta de Idleta, el asistente no tuvo reparo en despertarle.

El joven tomó la carta, vió por el sobre de quién era, y, dejándola cerrada sobre una silla próxima al lecho, dijo tapándose bien:

—Lo mismo dirá mañana.

Y luego añadió:

—Sólo si me llaman en nombre del rey, estás autorizado para despertarme antes de que haya amanecido.

Con pocos minutos de diferencia al momento en que el joven oficial recibió la carta, Cayetana y el duque se ponían en camino hacia Córdoba.

El duque, antes de partir, dejó escrito, en cifras convenidas, unas cuantas líneas para que se las entregaran al rey tan luego como se levantara.

Al salir del Carpio, iban escoltados por algunas fuerzas de caballería; pero antes de llegar á Montoro, dispuso el duque que se retiraran los soldados.

Tan luego como quedaron solos, el duque hubo de decir:

- Hemos llegado al momento crítico.
- No comprendo...
- Quise decir «al instante tan deseado por mí y tan ofrecido por la belleza á quien adoro.»
- Despacio, señor duque.
- ¿Cómo despacio?
- Nos encontramos entre franceses, y esto me inspira poca confianza.
- No comprendo lo que significa...
- Hablaré más claro. Vamos á ver: ¿qué motivos tengo yo para fiarme de vos?
- Con más confianza nos hablábamos antes, Cayetana.
- Es verdad; pero eso consiste en que me iba familiarizando con el papel de favorita y comenzaba á producirme con la mala educación de los reyes.
- ¡Pruebas!... ¡Pruebas de mi lealtad! ¿Es poco haber engañado á mi rey y señor á quien tanto debo?
- Precisamente me fundo en eso mismo para dudar. El que así engaña al que tan obligado le vive ¿qué hará con aquella de la cual no recibió favor alguno?
- ¿Es poco, por ventura, alcanzar la dicha de tu amor? ¡Ah, Cayetana! No me atormentes de modo tan cruel; consiente en pasar por mi esposa en Montoro, y yo te juro que lo serás en realidad dentro de breve plazo. ¿No te satisface ser duquesa?

—Hace poco que me casé en Cádiz: no puedo, aun cuando quiera, ser título en Francia.

—Si hace poco que te casaste, menos puedes tardar en quedarte viuda.

Cayetana se indignó.

Pero supo dominarse y responder:

—Ignoro dónde y cómo se encuentra mi marido desde que caí prisionera.

En esto pisaron las calles de Montoro.

El pueblo, aunque compuesto de gentes acaudaladas en su mayor parte, no presentaba nada que aparentase riqueza.

Los hombres y mujeres que se veían por las calles iban mal vestidos.

Que tan luego como se supo que estaban cerca las avanzadas del ejército invasor, recordando lo que había pasado cuando Dupont estuvo allí, cuantos pudieron se alejaron, llevándose consigo dinero y alhajas, y sólo se quedaron aquellos que por sus achaques ó por carecer por completo de recursos, no pudieron abandonar sus casas.

Un día entero llevaban allí los franceses, y se disponían á seguir el camino, en los momentos en que llegaban el duque y Cayetana.

El cortesano habló con el jefe de las fuerzas, y como era tan conocido, cuanto indicó fué hecho en el instante.

Como consecuencia se suspendió la salida de las tropas por una hora, y se llamó al alcalde para

que diera cómodo alojamiento á los viajeros, pues tenían la misión de disponer alojamiento para José.

El alcalde preguntó qué habitaciones necesitaba el duque, y éste respondió:

—Poca cosa: la duquesa y yo nos acomodamos bien á todo. En lo que seremos exigentes es, en en cuanto se relaciona con la estancia en este pueblo de su majestad el rey.

—Entonces—respondió el alcalde, tendré el gusto de alojar en mi casa á los señores duques, y dispondremos la casa-ayuntamiento para vuestro soberano.

El duque no hizo alto en las últimas palabras del alcalde; pero para Cayetana, aquel «vuestro soberano,» fué un rayo de esperanza.

Las tropas partieron haciendo la descubierta del grueso del ejército, y Montoro quedó reducido á tan escaso vecindario, que más que un pueblo rico y populoso, parecía una población asolada por la epidemia.

Como la noche se acercaba, dijo el duque al alcalde:

—Deseamos descansar la señora duquesa y yo, y os agradeceríamos que nos dispusiérais algo de cenar.

No dejó de llamar la atención del alcalde aquella afabilidad con que el duque pedía las cosas } pues era la primera vez que un francés se producía ante él cortesmente.

Y también hubo de llamarle la atención, que el tipo de Cayetana, ó sea para él la duquesa, era español y no francés.

Y en tanto que cenaban los tres juntos, halló ocasión de decir el alcalde en tono de pregunta:

—Por lo que veo, la señora duquesa es española...

—Lo es—respondió el duque.

—Nací en Cádiz, me llamo Cayetana... y soy duquesa... porque así le place al señor duque de Quik.

—Tuve, y tengo á mucho honor, haberos elevado al rango de mi familia,—respondió con tono altanero el duque.

En su interior, al oír á ambos supuestos cónyuges, dijo el alcalde:

—Aquí hay gato encerrado... esto es, una mala española á quien Dios confunda.

Cayetana tenía confianza en dominar, al menos por aquella noche, al duque, y tan luego como el alcalde se retiró, le dijo:

—Supongo que sabréis tener paciencia hasta llegar á Córdoba.

Astuto el duque, le respondió:

—Como deseo á toda costa que tengáis confianza en mí, podéis dormir tranquila, pues yo velaré vuestro sueño.

—Pero... desde aquí.

—Desde donde gustéis.

Cayetana cayó en el lazo.

No hasta el punto de seguir las indicaciones de su supuesto marido, ó sea de acostarse y dormir tranquila.

Pero sí lo bastante para que cuando menos pensaba en el duque, éste se presentase exigiendo con imperio los derechos de supuesto marido.

Si arrogante fué la demanda, enérgica fué la negativa.

Y se trabó la lucha cuerpo á cuerpo.

Cayetana comprendió su inferioridad en fuerzas, y apurando sus recursos hubo de gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

El alcalde no andaba lejos, y se apercibió de los gritos de Cayetana.

Pero como no oyó más, encogiéndose de hombros exclamó:

—Bien merece lo que le pasa por mala española: el alcalde no ha oído cosa alguna: mañana sabremos lo que haya pasado... Si el duque la mató, la enterraremos y... y si tengo ocasión le mato yo á él.

CAPÍTULO IX

Otra vez en peligro.

HOSTILIZANDO á la descubierta de las tropas francesas andaban Pedro y Olaechea, en tanto que *Manoliyo* se había adelantado hacia Córdoba para llevar noticias.

Y bien ajenos por cierto de que tenían á Cayetana á tan corta distancia, y en circunstancias tales, que á haberlo sabido nada más hacedero que reunirse con ella.

Pero la juzgaban en el centro del cuartel real de José, y esperaban á la llegada á Córdoba, pues como población de más de *treinta mil* almas por aquellos días, juzgaron que les sería más fácil armar otra algarada como la de Andújar, pero que en vez de aquellos funestos resultados, diera los contrarios.

En una seria resistencia hecha por España, no tenían confianza alguna.

La mayoría de las fuerzas españolas estaban por el Norte y las Castillas, así como por Aragón y Cataluña.

En Andalucía, á duras penas se podrían reunir ocho ó diez mil hombres.

Y para eso mal armados, peor municionados y casi muertos de hambre y desnudos.

Más que ejército regular, parecían las tropas españolas, espectros vivientes armados con escopetas de caña.

Que á tal extremo nos habían reducido los invasores.

¿Cómo esperar que como en Bailén pudiera encontrar una derrota el ejército real?

Por eso Olaechea y Pedro confiaban en la astucia y no en la fuerza armada.

El exnovicio tenía la confianza de que Cayetana vivía; pero también le asaltaba la idea de que hubiera sucumbido bajo el peso de la deshonra.

Ocultos por las peñas ó por las espesuras de los matorrales, iba cazando franceses.

No eran ellos solos.

Que en más de una ocasión se tropezaron con otros que habían tomado por oficio la misma ocupación, pero que, como ellos, preferían andar de dos en dos, pues de esa manera les era más fácil esquivar las persecuciones.

Sin embargo; se organizaba un cuerpo de ejército en Andalucía, que había de dar no poco que hacer á los franceses.

Olaechea y Herria, lo ignoraban.

Cincuenta franceses llevaban matados según su cuenta, desde la noche fatal en que Cayetana cayó prisionera.

Y confiaban en que cada uno podría escribir el número ciento en lo que faltaba de camino hasta Sevilla.

Porque allí tenían esperanzas de que la ciudad haría una heroica resistencia... Algo parecido á lo de Zaragoza, Tarragona, Gerona y otros pueblos, lo cual alejaría de Cádiz al francés, por dos ó tres meses.

Así debió ser; pero ya veremos que no hubo tal cosa.

Desde que el alcalde oyó la demanda de socorro hasta el día, faltaba poco.

Y tan luego como amaneció, preocupado á pesar de su aparente desprecio, con lo que había oído, llamó á tres vecinos y al escribano, y con ellos se dirigió á la habitación ocupada por los duques.

Antes refirió al escribano y los testigos cuanto había pasado.

La puerta de la habitación estaba entornada.

El alcalde la empujó de pronto, dejándola de par en par.

Y todos vieron al duque tendido en el suelo y bañado en sangre, y á la supuesta duquesa inmó-

vil como una estatua, teniendo en la diestra un puñal ensangrentado.

Tan aturdida estaba de su propia obra, que permaneció horas enteras contemplando aquel cadáver ducal; y tan abstraída se encontraba, que ni notó que habían abierto la puerta, aunque fué practicado con violencia.

Puede decirse que no recobró los sentidos, hasta que el alcalde, tocándole con la vara de autoridad en el hombro, le preguntó:

—¿Habéis matado á vuestro esposo?

Cayetana se estremeció, y con voz balbuciente dijo:

—Yo no soy, no he sido jamás duquesa.

—Pero ¿habéis matado á ese hombre?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque atentó á mi honra: porque era un enemigo de la patria.

—Pero á quien vos acompañábais pasando por su esposa.

—¿Queréis escucharme?

—Como que vais á prestar declaración ante testigos.

—Lo haré en presencia de este cadáver; pero antes deseo jurar como cristiana sobre los Santos Evangelios, decir verdad en cuanto fuera preguntada.

Arrojó al suelo el puñal que aún conservaba en las manos, y dijo:

—Desde que os expusísteis á morir al consignar que el intruso José no era vuestro rey, os creí un hombre honrado, un buen patricio: ahora oídme á mí, y formad el concepto que mejor os parezca.

Con brevedad, refirió cuanto conocen nuestros amabilísimos lectores, consiguiendo que los oyentes la creyeran, si bien con ciertas reservas.

Interin se averiguaba algo respecto á la completa veracidad de la narración hecha por Cayetana, se dispuso guardar silencio, dar sepultura clandestina al muerto, y ocultar á la matadora.

Porque si cuanto había dicho resultaba comprobado, dijo el alcalde, aquella mujer era digna de un premio en vez de un castigo.

Y el único medio de averiguarlo, era esperar la llegada de José, pues de seguro preguntaría por el duque.

José venía de camino hacia Montoro, donde sabía que no estaría el duque á su llegada.

La carta cifrada que recibió al levantarse, decía textualmente:

«Los partidarios de Idleta lo saben todo, y han jurado matar á la española.

»Como el medio mejor de evitar esto, ó por lo menos los primeros arrebatos, parto precipitadamente para Córdoba, pues no tengo tiempo para consultar á vuestra majestad.

»No nos detendremos en Montoro.

»Vuestro más humilde súbdito,

»EL DUQUE DE QUIK.»

En comprobación de esta carta llegó una denuncia contra el oficial que se había quedado con las joyas, y el oficial mismo, haciendo presente á José la carta que acababa de recibir de Idleta.

Todo contribuía al engaño, y José deploró haber sido harto indulgente con su favorita, pues según se dejó decir «era digna de la muerte.»

Y emprendió el viaje despreciando la denuncia formulada contra el oficial, al que, en premio de «su lealtad á su augusta persona,» dió un ascenso por méritos de guerra.

En este punto, José se hacía digno de ceñir una corona real: como la inmensa mayoría de los reyes, premiaba con el dinero de la nación los servicios particulares que se le prestaban, ó que se le fingían bien.

Y se puso en marcha para Montoro, pero no en compañía de sus ayudantes, sino de una *ayudanta* que se buscó, ó, mejor dicho, que le buscaron, la cual podía ocupar por algunas horas el codiciado puesto de favorita de José.

Desgraciadamente no faltan entre las altas servidumbres quienes se disputan el *inapreciable honor* de que un rey las mancille.

Era una francesa: José no pudo lograr una española de las condiciones que deseaba.

Porque haberlas, las había, y no en número pequeño.

Todas aquellas desdichadas que tenían por oficio el comercio con su honra, se hubieran brindado

muy gustosas á desempeñar el papel de reina consorte, aunque sólo hubiera sido por una hora.

Pero se deseaba algo que, aun cuando fuese peor, al menos no lo pareciera.

Con su nueva acompañanta llegó la comitiva á Montoro, y acto seguido dispuso José que le llevaran noticias del duque.

El alcalde, con maña y con astucia, supo del emisario lo que se proponía, ó sea la comprobación de lo expuesto por Cayetana.

Y á las preguntas que se le hicieron, respondió diciendo:

—El señor duque de Quik, y su bellísima esposa, partieron muy de mañana. Ignoro en qué dirección, aun cuando sospecho que llevan la de Córdoba.

Cuando José supo que Cayetana y el duque se habian presentado como marido y mujer, se enojó hasta el punto de mandar gentes que buscaran al duque para que, atado codo con codo, se le presentaran.

Y también ordenó que llamaran al alcalde.

Aleccionado éste por Cayetana, que estaba oculta en los desvanes de la casa-ayuntamiento, lindante con la del alcalde, se presentó la autoridad local á la real facciosa.

—Vamos á ver—dijo José al alcalde,—¿cómo y cuándo llegó y vivió, y partió de aquí el duque? Dímelo todo, pues como me ocultes ó me exajeres algo, te mando fusilar.

—Juro decir verdad, por la dicha de España.

—Pero bajo mi reinado.

—Bajo la voluntad de Dios, ante el cual no es nada la criatura.

—Por su divina gracia soy rey de España, rey constitucional.

—Así lo he leído.

—Jura creerlo.

El alcalde, ateniéndose á las circunstancias, extendió la diestra y exclamó:

—Lo juro.

—Habla ahora cual si estuvieses en presencia del mismo Jesucristo.

—Con su santa imagen grabada en el corazón, y los ojos fijos en vuestra majestad, doy comienzo á mi relato. Seré breve, porque breve fué la estancia del duque en este pueblo.

—Ya te escucho.

—Sin tropas, sin acompañamiento de ninguna especie, llegaron.

—¿Pues y la caballería que sacó del Carpio?

—Aquí no llegó.

—Prosigue.

—Detuvo, por una hora, y en nombre vuestro, la salida de las tropas que van de vanguardia haciendo la descubierta.

—¿Conque en mi nombre?

—El jefe que las manda puede testificar.

—Continúa.

—Me pidieron alojamiento, asegurando que

traían órdenes para disponer el de vuestra majestad.

—¡Farsante!... Habla, habla.

—Los alojé en mi propia casa; cenaron tranquilos y alegres; se retiraron á sus habitaciones...

—¿Cuántas les diste?

—Dos: una alcoba y un gabinete, que se improvisó en tocador.

—¡Bien por el señor duque y por la bella duquesa! En cuanto les encuentre, que tardaré bien poco, los mando ahorcar á los dos. ¡Me han burlado! El duque osó poner los ojos donde los tenía su soberano, y tal infame delito se paga con la vida.

—Yo creí que eran esposos: de haber sospechado algo...

—Mal comencé el viaje y mal lo continuó; pero juro y prometo que le terminaré bien á mi gusto.

Después de la entrevista con el alcalde, dispuso José la marcha.

Tenía grandes deseos de llegar á Córdoba, donde ya suponía preso al duque y á Cayetana, y sentía placer al pensar cómo iba á vengarse.

Gracias á las preocupaciones de que estaba poseído, ni se acordó de imponer una contribución al pueblo.

Y la corte, convertida en lupanar, prosiguió su derrotero.

Cayetana se juzgó libre.

Y si bien no abandonó su escondrijo hasta que no quedó en Montoro ni un francés, por lo que pudiese ocurrir, se disfrazó, cuidando además de no ser vista por las pocas personas que quedaron en el pueblo.

Porque fácil era que llamase la atención de alguno una cara desconocida, y que esto trajera perjuicios para ella y para el alcalde.

Un día pasó allí, al cabo del cual dijo de un modo resuelto:

—No he nacido para vivir con las manos cruzadas ante los peligros de la patria, y por lo tanto creo faltar á mis deberes permaneciendo ociosa. Sola ó acompañada, en cuanto cierre la noche, tomaré el camino de la sierra. Deseo llegar á Sevilla antes que las tropas francesas.

Inútiles fueron todos los esfuerzos que hizo el alcalde y el escribano para detenerla.

Tan luego como oscureció, vestida de hombre, y armada con dos pistolas y el puñal conque había dado muerte al duque, abandonó á Montoro, reconocida y agradecida al alcalde.

La noche pasó sin contratiempo alguno, pues hasta los lobos habían huído de las faldas de la sierra desde que Dupont estuvo por allí saqueando y matando impunemente.

Cuando amaneció, pudo divisar, aunque muy de lejos, la silueta de Córdoba, y la línea negra que por la carretera formaban las tropas francesas.

Y también oyó algunos disparos.

Eran los que unos veinte paisanos hicieron al grueso del ejército en la cuesta de la Lancha.

Veinte no más eran; pero desconcertaron lo bastante al invasor para retrasar su entrada en la población cerca de dos días.

Después los franceses se burlaban de los osados cordobeses.

Vergüenza debió darles de contemplar cómo veinte hombres del pueblo, mal armados, detenían á un ejército de más de *veinticinco mil* soldados.

La noche primera que José pasó en Córdoba, después de haber tenido que capitular, otorgando los honores de guerra á dos compañías que se hicieron fuertes en la torre llamada *Malmarta*, por corrupción de *La mala Marta*, no faltó español degenerado que al són de su guitarra cantase bajo los balcones del alojamiento del intruso:

«Pensaron los cordobeses
 »que iban á vencer á Francia...
 »¡Si los viérais correr
 »por la cuesta de la Lancha!»

Imposible parece que en un país donde los poetas nacen como las flores, sólo por voluntad de la naturaleza, porque la inspiración germina espontánea bajo los caliginosos rayos de aquel sol africano, hubiera un hombre de tan torpes pensamientos y tan mezquina inspiración, que por buscar algunas monedas francesas, ocupara sus ocios de modo tan indigno.

Las crónicas no han querido ó no han podido consignar el nombre de aquel hijo espúreo de la «gentil sultana, que bañando sus pies en las mansas aguas del caudaloso Guadalquivir, reclina su blanda cabellera sobre el verdor mágico de Sierra Morena.»

Caiga sobre su memoria nuestro desprecio y nuestra execración, y prosigamos.

El duque... «no fué habido.»

Pero con justa causa; no como hoy en día «nuestros más acreditados estafadores, ladrones y asesinos.»

Aquella decepción, aquel desengaño, «hizo perder los estribos» á José, según él mismo aseguró.

Si hubiera conocido la verdad, se hubiese tranquilizado un tanto.

Pero alma ruín, juzgó á la gentil Cayetana por su corazón, y se desesperaba pensando que el duque era dueño de las caricias con que tanto había soñado.

Para desahogar su ira, dispuso un saqueo general, del que fueron víctimas muy particularmente los templos.

La mayor parte de las alhajas, en especial las de la Mezquita, estaban ocultas siete estados debajo de tierra, desde que Dupont estuvo en Córdoba.

Así y todo, José pudo recoger bastante, siendo lo principal el *Viril*, cuyo valor artístico no tenía

precio, y cuyo valor material se hace subir á *cuatro millones* de reales.

A distraerle un tanto también de las preocupaciones que le producía Cayetana y su desaparición, vino la noticia de que el duque de Alburquerque se aprestaba entre Lora del Río y Posadas, para cerrarle el paso.

La noticia llegó bastante abultada.

Según dijeron á José, las fuerzas repartidas entre la sierra y la campiña, y que tenían por defensa natural el cauce del río, pasaban de *quince mil* hombres.

Pero en realidad, cuanto se había podido juntar, no llegaba á la mitad.

Era una osadía propia de españoles lo que se intentaba.

Persuadidos todos de que no era posible cerrarles el paso, no por eso desistieron de intentarlo, si bien dispusieron las cosas de modo de tener segura la retirada sobre Sevilla, donde estaba reunida la Junta que tomó luego el nombre de «Gobierno nacional.»

La seguridad de que habría combate, dió origen á que se tomaran precauciones y se redoblara la vigilancia.

Al efecto, tropas francesas faldeaban la sierra, en tanto que la caballería caminaba por la campiña, y la artillería por la carretera.

Antes de ponerse las fuerzas en movimiento, había llegado Cayetana al sitio denominado *Las Ermi-*

tas, donde aquellos solitarios monjes le dieron franca hospitalidad.

Los ermitaños de Córdoba, como todas las comunidades religiosas, salvo algunas despreciables excepciones, defendían la independendencia de la patria. .

¿Por solo amor á España?

¡Ah!...

En aquel patriotismo había un fondo egoísta.

El ejército francés era constitucional, y las comunidades todas eran absolutistas, como lo demuestra que tan luego como terminó la guerra de la Independencia, tuviera comienzo la lucha fratricida.

Pero en aquellos momentos servían á la patria; y su apoyo, no hay que negarlo, sirvió de mucho.

Hasta tales alturas no llegaron los franceses, pues era arriesgado entrar por entre montes y vericuetos desconocidos.

Además, en aquellos lugares no existía ciudad ni fuerte alguno, y lo único que se podía esperar era una sorpresa.

Pero en cambio las Ermitas eran un magnífico observatorio.

Sin necesidad de molestarse, á la simple vista se distinguía, no sólo la falda de la sierra y el cauce del río, sino una gran extensión de campiña, y la silueta de la carretera hasta pasado el punto denominado *El Viso*.

Como las tropas se pusieron en marcha al ama

necer, Cayetana vió que la sierra quedaba libre, pues sólo exploraban los franceses hasta Almodóvar del Río, pueblo que, como su nombre lo indica, dista poco del Guadalquivir.

Este pueblo tiene un castillo.

Pero derruído, inútil para la defensa.

Sin embargo, es una posición estratégica natural, y los franceses quisieron asegurarse de que no dejaban enemigos á la espalda.

En vista de esto, decidió Cayetana ponerse de nuevo en camino, y forzando la marcha, llegar á Sevilla antes que José con sus fuerzas.

Tanto caminó, y tan deprisa, que al llegar la noche se hallaba en el olivar de los *Frailes*, magnífica posesión, que aún existe á la orilla del río.

Allí pensó descansar de la larga travesía que hubo de hacer.

Descanso forzoso al par que necesario, pues andaban por allí algunos de los franceses rezagados, y de los que iban hacia Almodóvar.

Fácil era ocultarse en el mismo olivar, pues entre las ramas de cualquiera de aquellos corpulentos olivos, podía esconderse una persona sin temor de ser descubierta.

Esto hizo Cayetana; el ascenso á la copa ofrecía pocas dificultades, pues ya se sabe que el tronco de estos árboles es pequeño.

Y lo mejor que pudo se colocó entre las ramas.

Una hora llevaría en aquel lugar, cuando sintió que hablaban.

Prestó oído, y comprendió que se trataba de franceses.

Instintivamente amartilló una pistola, dirigiendo el cañón hacia el lugar de donde procedía el ruido de palabras, ruido ó eco, que cada vez escuchaba más cercano.

Pero como le sobraba valor para arrostrar los peligros, supo tener calma y esperar.

Aun cuando la noche era oscura, distinguió que se acercaban cuatro hombres, pues éste era el número de bultos que, más oscuros que la noche, se destacaban de vez en cuando entre los olivos.

Hablaban en francés, y en voz alta.

Cayetana no dominaba aquella lengua; pero comprendía bastantes palabras.

Los cuatro soldados se paraban cada dos ó tres pasos, para permanecer quietos dos ó tres minutos á lo más.

Seguramente no tenían prisa para incorporarse á su regimiento.

Debido á esto, pudo enterarse Cayetana de que venían de perseguir á dos hombres con los cuales no pudieron tropezar por más que hicieron.

Y también que renegaban de España y de la hora en que el emperador había dispuesto penetrar en ella.

También renegaban de José, que, lejos de haberse encaminado á Portugal en busca de los ingleses, les había metido en punto del cual nada de provecho podían sacar.

Ya se alejaban tranquilos, pues Cayetana no juzgó prudente hacer fuego sobre ellos, pues no disponía de elementos para luchar con los cuatro, cuando sonó un disparo de escopeta.

Los franceses se guarecieron detrás de los olivos, y se pusieron á observar.

Poco después, sonó otra detonación por distinto sitio, y uno de los cuatro lanzó una interjección bastante violenta.

Y los cuatro desaparecieron como por encanto de la vista de Cayetana.

Esto consistió en que los olivos no habían sido labrados aquel año, el pasto era bastante alto para ocultar á un hombre sentado en el suelo, y los franceses se habían tendido y se arrastraban como culebras, á fin de no hacer blanco, al par que intentaban descubrir á los que les hacían fuego impunemente.

Pasó un rato en el más completo silencio.

Pero de repente sonó un grito, que más pareció un aullido, y á continuación dos disparos.

El corazón se le salía del pecho á Cayetana.

Había lucha, y ella no podía tomar parte en ella, pues si bien oía, no veía cosa alguna.

En esto distinguió un bulto que, arrastrándose, se acercaba hacia ella.

¿Quién era aquel hombre?

¿Un francés?

¿Un español?

¿Y cómo, sin tener certidumbre, disparaba?

No siendo dueña de contenerse, exclamó con voz ronca:

—¿Quién va?

El que llegaba se quedó inmóvil.

Y Cayetana exclamó:

—Si fueras español, hubieras respondido.

Y al decir esto, descerrajó un pistoletazo sobre aquel hombre, que rápidamente se alejó de allí.

Después... nada.

En cuanto el día comenzó á dibujarse en el Oriente, Cayetana abandonó el olivo, y superando en valor á cualquier hombre, comenzó á explorar el terreno.

Y encontró dos rastros de sangre.

Uno, hacia donde ella había disparado la pistola.

Otro en el sitio en que vió juntos, y juntos desaparecer, á los cuatro franceses.

Siguió el reconocimiento dirigiéndose hacia donde sonó el grito, y encontró el cadáver de un frances, y junto á él una escopeta descargada y una cartera de badana sujeta con una cinta de algodón.

Ante aquel objeto inofensivo, Cayetana dió un paso hacia atrás.

Aquella cartera era idéntica en el exterior á la que usaba Olaechea.

Repuesta de la sorpresa y deseando cerciorarse de la verdad, la tomó y la abrió con mano temblorosa.

No se había engañado.

Aquella cartera era la de su esposo.

El exnovicio había dado muerte á un francés aquella noche; su esposo había estado á pocos pasos de élla...

Y la que no temblaba ante las balas, lloró amargamente su infortunio.

Guardó la cartera cuidadosamente, y dominándose dijo:

—Yo le encontraré.

Cuando aún no llevaba una hora haciendo pesquisas entre los pastizares, buscando rastros cual el perdiguero en las huellas de las pisadas, notó que por el vado que había al terminar los olivos, pasaban en dirección á élla muchos soldados de caballería.

—¡Esto es peor!—exclamó, y como la corza perseguida por la jauría, á todo correr tornó á internarse en el olivar.

De vez en cuando volvía la cabeza para calcular las distancias.

Quizás en algunos de aquellos movimientos hubieron de verla, más como sombra que como ser humano, pues los caballos penetraron directamente en el olivar.

Allí no podían caminar tan de prisa.

Las copas de los olivos casi se tocaban las unas con las otras, y por ende, la pequeñez de los troncos no dejaban espacio para pasar por debajo de las hojas.

Y á más, como los pastos ocultaban el terreno,

los caballos caminaban violentos y no con el desembarazo que por la carretera.

Todo esto favorecía á Cayetana, que podía correr sin riesgo alguno.

Pero en cambio, eran muchos contra élla, y como el cansancio la rendía, era de temer que la alcanzaran.

—No—se dijo;—yo no caigo otra vez prisionera; prefiero morir de cualquier modo... ¡Morir, cuando sé que Olaechea vive, que me busca, que no debe estar lejos de aquí! ¡Esto es más espantoso aún que la misma muerte en el patíbulo!

Y torciendo un tanto la dirección que llevaba, se dirigió al río.

Detrás de la caballería llegaron infantes.

Los dos franceses que se habían salvado, hubieron de decir que les habían hecho fuego desde los olivos, y mientras la caballería buscaba de un modo, la infantería iba registrando las copas de los árboles.

La operación era larga y pesada.

Aquel olivar contenía *ocho mil* pies, y quizás no baje hoy de *seis mil*, y para mirar uno por uno hacía falta gran paciencia y perseverancia.

Apoyado contra un tronco, y moribundo, tropezaron con el soldado sobre el cual disparó Cayetana.

Y á bastante distancia el cadáver del que perdió la existencia á manos de Olaechea, á juzgar por la cartera.

Mediaba el día, y los franceses no cesaban de registrar por todas partes.

Cayetana se juzgó perdida, no obstante estar con medio cuerpo metido en el agua, asida á unas ramas, y bien cubierta por las juncias y zarzales que crecían á la orilla del río.

Porque aquellos hombres no dejaban palmo de tierra sin registrar.

¡Pobre Cayetana! Salía de un peligro para caer en otro mayor.

CAPITULO X

Rasgos de valor.

MIENTRAS habían tenido lugar los acontecimientos que quedan relatados, fué Cádiz teatro de algunos accidentes.

Y decimos accidentes y no incidentes, porque, si bien las cosas no llegaron á tener gravedad, no fué por falta de codicia por parte de Inglaterra.

El gobierno de Londres pensó, al ver el giro que llevaba la guerra y las derrotas que su ejército había sufrido en Portugal, que España no podría resistir el empuje de las águilas imperiales por mucho tiempo, y decidió «quedarse con carne entre las uñas.»

Al efecto puso de nuevo sus ojos sobre Cádiz, plaza fuerte que, protegida por su marina, se convertía en inexpugnable.

Pensando de este modo, y siguiendo la conducta

de Francia, solicitó hacer allí un desembarco, con objeto de llamar la atención de los franceses hacia Andalucía, debilitando las fuerzas aglomeradas sobre Portugal, Cataluña y Aragón.

Al propio tiempo enviaba José un delegado especial á la ínclita isla, que, en vez de procurar atraer simpatías hacia el intruso, sólo logró irritar al pueblo.

Éste le sentenció á muerte, le prendió y le condujo al Ayuntamiento, sólo por cubrir las formas.

Entre un fraile y un comandante del resguardo lograron salvar al marqués de Vilied, que era el comisionado.

El fraile, gracias á sus hábitos, fué respetado; pero el comandante murió á manos del pueblo.

Visto aquel acto de energía, y habiéndose negado la Junta á consentir el desembarco en Cádiz, el inglés se retiró, persuadido de que mientras existiese un español, habría un enemigo de los franceses que empuñara las armas.

Por aquellos días llegaron á Cádiz un número considerable de desertores del ejército francés, por más que ninguno había nacido en Francia.

Austriacos, polacos, italianos... todo, menos franceses.

Aquellos hombres servían á la Francia en España, como España la había auxiliado en el Norte de Europa.

Es decir, contra su voluntad, deseando encontrar una ocasión en la que les fuera dado sacudir

el tiránico yugo del asesino de la primera república francesa.

Aquella república debía morir, porque al nacer sus hombres la deshonraron.

Pero no asesinada.

El asesinato mancha siempre al que lo realiza.

Pero hartó castigado el pueblo, y hartó experimentado en la desgracia, comprendió que aquellas gentes no debían inspirarles confianza.

Y las rechazaron, sin dar lugar á sangrientos combates.

Mientras tanto, se situaba Alburquerque en Écija con sus *ocho mil* hombres, dispuesto, no á detener, sino á contener al ejército invasor de Andalucía.

Como desde Córdoba á Écija sólo hay nueve leguas por la carretera, temió José un golpe de mano, y precipitadamente reconcentró las fuerzas.

Á más de Junot, se le había unido Soult; y los tres deliberaron juntos.

De aquella reunión resultó un plan de ataque contra Alburquerque.

Un general español, de no escaso crédito como militar y como patriota, estaba á la vista.

Disponía de escasas fuerzas comparadas con las francesas; pero conocido el temple de los soldados españoles, había que buscar en la traición y la sorpresa lo que el valor y el entusiasmo podía negar.

Lo dispuesto era envolver á Alburquerque.

Y como males mayores quitan menores, los sol-

dados que andaban por el olivar de los *Frailes* recibieron orden de retirarse.

Cayetana vió desde su escondrijo que aquellos hombres se reunían bajo la voz de sus jefes, y que se encaminaban de nuevo á pasar el vado por el cortijo de *Rojas*.

Y respiró con libertad, y se dispuso á salir del agua.

Pero no contaba con el adormecimiento de sus músculos.

Que brazos y piernas estaban insensibles, como consecuencia de haber permanecido largas horas en una misma posición.

Estaba en la orilla; y, sin embargo, no tenía fuerzas para sacar el cuerpo del agua.

Irritada contra su propia flaqueza, y persuadida de que allí tenía que morir, pues no era creíble que nadie acudiera en su auxilio, ni aun pensó en dar voces pidiendo socorro.

¿Quién había de oirla?

Á raíz de la presencia de los franceses, no existía esperanza de que ningún español osara aparecer por allí.

Y quiso soltar la mano con la cual estaba asida á las ramas, y aquella mano permaneció quieta.

Deseó buscar en los pies las fuerzas que las manos le negaban, y tampoco accedieron los tendones, inobedientes á todo mandato.

¿Qué recurso le quedaba?

Los dientes.

La cabeza regía, el corazón palpitaba, y no sin esfuerzo logró morder en un tronco.

Un sabor desagradable le hizo estremecerse.

Otra cualquiera hubiera soltado la rama que tan mal efecto le producía en el paladar.

Pero ella cuidó sólo de seguir mordiendo.

Que su cuerpo, insensible antes, había respondido á aquel sabor que producía náuseas.

Y masticó con insistencia la corteza de la rama, experimentando cierta convulsión nerviosa y náuseas de muerte.

En aquel instante cruzó por su imaginación la idea de haber mordido alguna planta venenosa...

La sacudida fué tan violenta, que, sin que élla comprendiera el cómo, se encontró fuera del agua.

Y le acometió un temblor espantoso; y la cabeza, firme hasta entonces, se perturbó.

Cayetana quedó tendida en el suelo, inmóvil, rígida, muerta al parecer.

Olaechea y Pedro Herria habían sido los que dieron lugar á los sucesos que conocemos.

Ambos habían venido produciendo bajas á los franceses desde la salida de Córdoba, en cuya ciudad no realizaron los proyectos preconcebidos, porque tuvieron noticias de algo de lo pasado en Montoro, y retrocedieron, con el fin de conocer la verdad.

No se la dijeron entera, por más que manifesta-

ra Olaechea que él era el esposo de aquella mujer varonil.

Porque los tiempos no andaban para fiarse de nadie, y el alcalde guardó algunas reservas.

La aflicción del exnovicio movió un tanto á compasión á uno de los hombres que fueron testigos de lo ocurrido, y, llamándole á su casa, le hubo de decir:

—Quizás ponga mi vida en peligro; pero se me parte el corazón al veros; creo sincero vuestro dolor, y voy á calmarlo un poco.

—¡Hablad: os lo suplico de rodillas!

—Pues sabed, que la supuesta duquesa marcha libre y sola camino de Sevilla, y estad seguro de que no tornará á ser acompañada por el duque.

—Pero...

—Es cuanto puedo deciros; y os juro, por la salvación de mi alma, que no he dicho una sola palabra que deje de ser exacta.

Con tales antecedentes, Pedro y él tomaron por por la sierra el camino para Sevilla.

Y puede decirse que, desde aquel día, Olaechea y Cayetana estaban siempre cerca el uno del otro, pero sin lograr encontrarse.

Convenientemente ocultos, y á larga distancia del olivar, habían presenciado cuanto pasó.

Pero no creyeron prudente hacer fuego sobre la caballería, porque, siendo aquel terreno poco accidentado, lo natural era que les cogiesen y les mataran.

Mas tampoco querían alejarse.

Olaechea había perdido su cartera, en la cual llevaba documentos de interés en aquellos días, y deseaba buscarla, aunque sin grandes esperanzas de éxito.

Tan luego como vieron ambos que las tropas repasaban el río, y que se alejaban precipitadamente, se encaminaron al olivar.

Con corta diferencia habían calculado el lugar en que combatieron con los cuatro franceses, y hacia allá se encaminaron.

El paso de la caballería y de la infantería había aplastado el pasto.

Esto dificultaba la operación de buscar la cartera.

Dos largas horas estuvieron registrando sin fruto alguno por el olivar, al cabo de las cuales dijo Olaechea:

—¡Perdemos el tiempo! Cayetana no debe haberse detenido: quizás está ya en Sevilla, y nosotros permanecemos aún aquí.

—Tú lo has dicho: «quizás.»

—¡Si pudiera afirmarlo!

Y dejándose caer contra el tronco de un olivo, ocultó el rostro entre las manos.

¿Y la voz de la sangre?

¿Y el grito del corazón?

¿Y todas esas cosas que hemos inventado para

engañarnos cual pudiera hacerlo nuestro más mortal enemigo?

El olfato del perro, la vista del lince, el oído del león...

Todas estas cosas son exactas.

Pero el hombre, tan rey de la naturaleza como *Pepe Botella* de España, carece de la finura de sentidos corporales con que están dotados sus rebeldes vasallos.

Y para ocultar nuestras deficiencias, hemos inventado lo de «la voz de la sangre y el grito del corazón.»

Si fuera de otro modo, indudablemente aquellos dos seres que tanto se amaban, que tan dispuestos vivían á sacrificar la existencia el uno por el otro, se hubieran encontrado sin duda alguna.

Pero no fué así, pues sobre carecer los dos de sentidos corporales parecidos á los de los *seres inferiores*, ni el corazón ni la sangre les supieron inducir hacia el lugar en que se encontraban.

Ni el hueco de tres olivos había entre el punto en que, extenuado de cansancio, se dejó caer en el suelo Olaechea, y aquel en el cual se encontraba la infeliz Cayetana en actitud semejante á la de un cadáver.

Pedro Herria estaba aún más cansado que su amigo y compañero; pero no se había atrevido á manifestarlo, temeroso de contrariar á Olaechea.

Mas tan luego como le vió arrojar la escopeta y dejarse caer en el suelo, le imitó diciendo:

—Buena falta nos hace el descanso, tomar algún alimento, y calma para determinar lo que hemos de hacer.

—Eso lo tengo pensado, y creo que opinarás como yo.

—¿Qué es ello?

—Adelantarnos, llegar á Sevilla antes que los franceses, luchar allí con ellos si la ciudad cuenta con elementos y resiste... y si no, seguir el camino hasta Cádiz.

—Todo eso está bien; pero y de tu esposa ¿qué piensas?

—No lo sé: mi última esperanza es encontrarla á nuestra llegada á Cádiz.

—Mejor que yo debes saber lo que te haces sobre el particular.

—¿Según eso, tú opinas de otro modo?

—¿Por qué no decirlo con franqueza? Sí; pienso de manera distinta. Creo que Cayetana no puede habernos adelantado hasta el punto que tú supones, á juzgar por tus deseos.

—¿En qué te fundas?

—En que al caminar tan deprisa se exponía á caer otra vez en manos de sus enemigos. Por esto me parece á mí que en lugar de avanzar habrá retrocedido, ó cuando más, se habrá ocultado por la sierra.

—Puede que tengas razón: todo está en lo posible.

—Pues como no podemos tener certeza alguna,

atengámonos á las probabilidades más factibles. ¿Cuáles son estas?

—¡No lo sé!

—Es natural tu respuesta: tienes que discurrir y que pensar sobre asunto propio, y te embrollas en un mar de ideas. Yo tengo ahora sobre tí la ventaja de no estar impresionado como tú, y voy á ver si te propongo algo que sea de tu agrado. Pero comamos algo al mismo tiempo; y con el fin de que no nos falte agua, acerquémonos si te parece á la orilla del río.

Olaechea se levantó con pesadez, y en compañía de Pedro tornó á tomar asiento muy cerca del agua.

La comida era bien frugal.

Un poco de queso y pan.

Esto era todo.

Mientras comían, prosiguió diciendo Pedro de este modo:

—Supongamos que, como tú dices, Cayetana nos tomó la delantera y está en Sevilla ó camino de Cádiz. En este caso, ningún peligro corre; pero supongamos ahora que se quedó rezagada, oculta... que tal vez nos busca, que necesita nuestro auxilio... ¿Es justo que la abandonemos?

—¡Si yo supiera!...

—Por lo mismo, porque no sabemos cosa alguna es por lo que nos ocupamos del asunto. En un par de días podemos hacer muchas pesquisas: si no dan resultado, proseguimos el camino... Está tran-

quilo por lo que respecta á los franceses; que tiempo nos ha de sobrar para darles disgustos.

—Déjame descansar un rato: el sueño me acosa, no puedo dominarlo, y mi cabeza no está para discurrir.

—Bien: duerme en tanto que yo velo: después velarás tú y yo dormiré. Aquí hay que dormir como las grullas.

Los propósitos de Herria eran buenos, pero el hombre propone, y las circunstancias, unidas á los fenómenos naturales, disponen.

Que Pedro deseaba, quería estar en vela, y el sueño le acometió á traición, y sentado como estaba, se quedó dormido como Olaechea.

La noche estaba cercana, y ninguno de los dos había despertado.

En cambio, el guarda del olivar, hombre enérgico, pero cauteloso, creyó de su deber dar una vuelta por la posesión, para apreciar los daños que se hubieran causado en ella, y ponerlo en conocimiento de los frailes.

Aquel hombre, desde que Dupont estuvo en Córdoba antes de la batalla de Bailén, se había construido una morada semejante á la de los lobos.

Vivía, pues, debajo de tierra, y cubría la boca de la madriguera con un espeso zarzal.

No era fácil que tropezaran con él.

Buen conocedor del terreno, sabía los puntos en los cuales los daños podían haber sido mayores.

Y hacia ellos se dirigió.

El guarda llevaba consigo un perro pequeño de los llamados zarceros, porque penetran en las zarzas y espantan los gazapos ó conejillos jóvenes que se guardan en ellas.

Y como por entonces no era posible ir á poblado por comida, ni al convento por el ato semanal, iba viviendo de los conejos y perdices que cazaba, y que, asados sobre las ascuas, constituían su principal alimento.

Y el perrillo gruñó como si notara algo extraño; luego, ladró una vez.

—¡Calla, infame!—le dijo el guarda.—¿Quieres que sepan que anda gente por aquí y que me maten?

El pobre animalejo, cual si hubiera comprendido á su amo, no volvió á ladrar; pero siguió gruñendo.

—¿Habrá por aquí algún cadáver?—se preguntó.

Y hubo de añadir, dirigiéndose al perro con voz imperativa:

—¡Busca, busca!

El perro clavó las narices en el suelo, fué á las malezas que habían ocultado á Cayetana, salió de ellas, y tomando hacia la derecha, se quedó parado, con el hocico hacia adelante y el rabo extendido á lo largo.

—Ahí está lo que sea—se dijo el guarda.

Y disponiendo la escopeta, dijo:

—¡Anda!

—Pero el perro no se movió.

—¡Anda, *Chispa!*—tornó á decir el guarda con enojo.

Mas tampoco fué obedecido.

—¿Qué demonio será eso? ¿Por qué no avanzará *Chispa?*

Dió algunos pasos hacia el perro, y al descubrir un cuerpo humano, exclamó:

—¡Lo que supuse! ¡El cadáver de un español!... ¡Malditos franceses!...

Se acercó á Cayetana, y viendo que no había sangre en su cuerpo, al menos que se viera, se acercó más.

—¡Calla!—exclamó,—¡pues si parece un joven, casi un niño! ¿Estará muerto?

Colocó la mano sobre la boca de Cayetana, y al notar que respiraba, añadió:

—No, vive. ¿Quién será? Su aspecto es de persona *fina*.

Con esto quería indicar que no se trataba de un artesano, y mucho menos de un trabajador del campo.

Intentó incorporarla, y vió que aquel sujeto estaba empapado en agua de medio cuerpo abajo.

—¡Vaya por Dios! Pero esto se cura con aguardiente, y por fortuna yo lo tengo bueno.

Y dirigiéndose á *Chispa*, le dijo:

—Vamos á la madriguera: hay que traer la *pita*.

Amo y perro se alejaron.

Si Olaechea y Herria no hubieran cambiado de

sitio cuando se pusieron á comer, el perro les hubiera visto ú olfateado; pero en el lugar que ocupaban no pudo suceder esto.

En tanto que el guarda iba por el aguardiente, despertó Herria sobresaltado.

Miró el sol, y al verle próximo al ocaso, exclamó:

—¡Me he dormido! ¡Este es el hombre!... ¡y luego nos dirán que somos dueños de hacer el bien ó el mal según nos plazca!

Sin saberlo acababa de negar el libre albedrío, en el cual se fundan, católicamente hablando, los premios y los castigos en la vida eterna.

No es este lugar oportuno para hablar de este tan debatido asunto, causa principal que disgregó de la Iglesia Católica, á los llamados «protestantes.»

Pero sí juzgamos oportuno decir, que en la práctica resultó lo que Herria había dicho; y es, que el hombre podrá ser ¡todo lo libre que se quiera; pero que también es verdad que vive sujeto á los fenómenos atmosféricos y á los fisiológicos de un modo tal, que no basta que quiera para que pueda.

Y demostración palmaria, que el hombre, «cuando mejor va pensando,» llega la muerte y trueca todos sus planes...

Según la *ley escrita*, «Dios amó á Jacob y aborreció á Esaú, cuando ambos estaban en el vientre de su madre...»

Y añade San Agustín, en una nota á este pasaje:

«Entiéndase bien: cuando aún no habían podido hacer el bien ni el mal.»

¿Dónde está, pues, el libre albedrío?

Pero el Evangelio de Jesús no dice nada de eso.

Cristo recomendó y practicó las buenas obras, mostrando la caridad, como el mejor camino de la vida eterna.

Y descartó de la *ley escrita* y de la *ley oral* casi la totalidad, para enseñarnos la *santa ley de gracia*...

La que después predicaron los apóstoles, y en particular San Pablo.

Cuando tornó el guarda con el aguardiente, ya se habían marchado Pedro y Olaechea camino de la sierra.

La opinión de Herria predominó, y se dispusieron á buscar á Cayetana por aquellos terrenos.

¡Buscarla! ¡Buscarla cuando tan cerca la tenían y en situación tan crítica!

El guarda aplicó algunas gotas de aguardiente á los labios de Cayetana.

Hecho esto descalzó los pies de la paciente, y se puso á darle fricciones, á fin de restablecer en lo posible, y á medida de sus escasas fuerzas y conocimientos, la temperatura y la circulación.

Mientras tanto, *Chispa* se entretenía en lamerle las manos.

Al guarda hubo de llamarle la atención la tersura de las extremidades de Cayetana.

Y fijo en ella, exclamó:

—¡Estas manos y estos pies, parecen más de mujer que de hombre! ¡Cómo crían á los jóvenes del día! ¡Parecen madamas! Así se desmayan por cualquier cosa ó se mueren de un susto.

Como tenía tiempo para observar bien y despacio, pues llegaba la noche, y no era de suponer una sorpresa, pudo notar ciertas indicaciones, tales como abultamiento ó desarrollo del pecho, por lo cual dijo con asombro:

—¡No hay duda alguna, es una mujer! ¡Una mujer disfrazada, que sabe Dios y ella quién será, y por qué motivos estará en estos sitios después del tiroteo de anoche y del registro hecho hoy por esos malditos franceses. Y ¿qué hago yo con ella, que no me cause perjuicio?

Reflexionó un poco, y terminó por decir con resolución:

—Es lo mejor: ya que la hallé no es cosa de dejarla abandonada.

Y agarrándola por debajo de los brazos, la dejó sentada en el suelo, y le hizo beber otro poco de aguardiente.

Cayetana hizo un movimiento.

El aguardiente, al ponerse en contacto con la garganta, le había producido una sensación de ardor.

—Parece que le hace efecto la *pita*—dijo el guar-

da,—y haciéndole inclinar un poco la cabeza hacia atrás, le dejó caer entre los labios otro poco de aquel líquido.

El estremecimiento fué mayor que antes, y hasta hubo de exclamar con voz debil:

—¡Agua... me abraso!

—Bien se conoce que no tienes costumbre de beber. Vamos, ánimo; ponte de pié y vamos á mi escondrijo, donde haremos lo posible porque te salga el susto del cuerpo.

¿Oía y entendía Cayetana?

¿Se daba cuenta de su situación?

Algo oía y algo entendía; pero de modo tan imperfecto, que no respondió.

—¡Vamos, arriba!—dijo el guarda volviendo á cogerla por debajo de los brazos y procurando ponerla de pie.

—No puedo—dijo Cayetana abriendo los ojos.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Te tiraron al río? ¿Quién fué?

Como las piernas se negaban á sostenerla, pues aún no había entrado la reacción, Cayetana se inclinó hacia atrás.

Y hubiera caído, sin el rápido auxilio del guarda.

La noche cerraba, y no convenía permanecer allí.

Y como Cayetana no podía andar, el guarda la tomó en sus brazos, y no sin gran trabajo pudo conducirla á su guarida.

Allí hizo por ella cuanto pudo aquel alma caritativa, ennoblecida por el trabajo y la honradez,

logrando reaccionarla, y que al amanecer fuera dueña de sus facultades, si bien con alguna torpeza.

Durante la noche refirió lo pasado, y el guarda, entre admiraciones demostradas en la voz y en las actitudes, dijo:

—¡Bien dicen los frailes! La mujer que sale valiente, vale por cuatro hombres: el demonio, cuando se mete en el cuerpo de una mujer, la convierte en irresistible... ¡Ni aun los santos pueden librarse de pecar!

Cayetana se juzgó descubierta.

Pero aquel hombre no le inspiraba desconfianza alguna, y le respondió:

—Cuando llora la patria, sus hijos, ya sean varones, ya hembras, obligados están á enjugar sus lágrimas.

—Pero ni tú ni yo haremos nada. «Un grano no hace granero.»

—Es verdad: pero ya sabéis que «ayuda á su compañero.»

—Eso sí.

—Pues vamos reuniendo granos, y ya veréis cómo logramos una buena cosecha.

Y se levantó, disponiéndose á salir.

—¿Pero te marchas?

—¿Qué remedio me queda? Mi esposo estará á estas horas en Sevilla, quizás en Cádiz... me buscará... Yo debo buscarle también. Quizás algún día pueda pagaros lo que habéis hecho por mí...

Interin esto llega, contad con mi eterna gratitud...

Y advirtiéndole que llevaba algunas monedas en el bolsillo, añadió:

—Y no os ofendáis porque reparta con vos los recursos de que dispongo.

—¡Quita, quita! ¡Pues no faltaba más!

—Os lo ruego, aceptad...

—Y después de todo, ¿para qué quiero yo esas monedas? ¿En qué puedo invertirlas? El dinero, cuando no hay en qué gastarlo, es inútil por completo. Lo que yo deseaba era que permanecieras aquí hasta que estuvieses buena del todo; hasta que recibiéramos noticias de las barbaridades que hacen por ahí los malditos franceses.

—Imposible: el deber me llama á la defensa de mi patria, y en particular á la del pueblo en que nací. Dadme, si es que lo tenéis, un poco de pan.

—Lo único que puedo darte son algunos granos de trigo y de maíz: pan, hace dos semanas que no lo como.

—¡Qué vamos á remediarle!

—Tú eres joven, y podrás partir con las muelas los granos. Yo tengo que machacarlos antes con una piedra.

Guardó en los bolsillos los puñados de grano que el guarda le dió, y se dispuso á partir.

Pero al salir notaron que sobre el vado se veía gente francesa.

Eran soldados que realizaban una contramarcha,

para después contramarchar de nuevo, y caer sobre el ala izquierda de las tropas españolas mandadas por Alburquerque.

Como los soldados franceses habían tomado á España por esclava del emperador, siempre que la ocasión les favorecía, se trocaban en bandidos.

Y no dejaban cortijo ni casa de campo que no saquearan.

El guarda quiso tornar á su escondite; mas enardecida Cayetana, opinó que lo justo y lo digno era hacer lo posible por matar algún francés.

Los soldados se habían dirigido hacia la sierra.

Por aquellos sitios había molinos aceiteros, y desearon visitarlos para ver de recoger algún botín.

Pero fueron recibidos á tiros.

Los que hacían fuego estaban parapetados en unas ruinas.

Por los disparos que hacían, era de suponer que eran veinte ó más hombres, y que disponían de buenos fusiles, y no de escopetas, como las gentes del país.

Como los que recibían el fuego eran tres compañías de granaderos, pues el resto de las fuerzas se habían adelantado, juzgándose muy superiores en número, aceptaron el reto, y dieron frente á las ruinas.

Pero aquella decisión se amenguó un tanto, al notar que cada disparo de los que partían de las ruinas, dejaba un hombre fuera de combate.

Y que, en cambio, las descargas que ellos ha-

cían no daban resultado alguno, pues las balas rebotaban contra las piedras ó, cuando más, se incrustaban en las uniones de los peñascos.

Y decidieron dar el asalto.

Cayetana, pistola en mano, pues no disponía de otra clase de armas, avanzaba ocultándose entre los olivos.

El guarda la seguía como un autómatas, pues era tanta la admiración que aquella mujer le causaba, que ni cuenta se daba de sus actos.

La compañía que avanzó sobre las ruinas, fué rechazada y puesta en dispersión.

En la fuga, tres soldados se escondieron en el olivar.

Cayetana les vió pasar por su lado, se agazapó en el suelo, y dijo para sí.

—Á estos no hay que temerles... huyen como cobardes... puente de plata.

Pero si á ella no la vieron, en cambio cogieron de sorpresa al guarda, que ni aun tiempo tuvo para echarse la escopeta á la cara.

Pero que, lejos de rendirse y de acobardarse, rugió como un león, dispuesto á morir, pero no con los brazos cruzados por completo.

—Eso es otra cosa, dijo Cayetana.

Y avanzando, disparó la pistola contra los enemigos.

La bala partió, haciendo vacilar á uno de los tres franceses.

Y se trocaron los papeles.

Que entonces los sorprendidos eran los que sorprendieron al guarda.

Éste no se durmió, por cierto, y encarando la escopeta, echó á rodar á otro de los enemigos, mientras Cayetana, puñal en mano, exclamaba:

—¡Muere como el duque de Quik!

Y el tercer francés rodó por el suelo.

El guarda, admirado, abrazó á Cayetana, y besándola en la frente, le dijo:

—¡Soy viejo!... ¡No puedo ofenderte!... Recibe este beso como podrías recibirle de tu padre.

Mientras tanto, las dos compañías de granaderos y los restos de la dispersa, se ordenaron para caer de una vez sobre las ruinas.

Pero seguramente aquel puñado de españoles que habían hecho fuego, no contaban con elementos para tan largo asedio, y cuando los franceses fueron dueños de las ruinas, estaban abandonadas y sin un rastro de sangre.

En cambio, contaban ellos veinte bajas, entre las cuales figuraba el jefe de las fuerzas.

Cayetana y el guarda tornaron al escondrijo, pues la prudencia aconsejaba proceder de aquel modo.

Ya en lugar seguro, dijo el guarda:

—Mira, hija mía: á mí me conocen en estos contornos por un apodo muy feo; pero me llamo Patricio Encinas, he nacido en Córdoba, y ya ves de lo que vivo. Pues bien: ahora voy á pedirte un favor.

—Vos diréis.

—Todos los rateros de estos contornos me conocen y me temen: ellos me pusieron el apodo. Pero en cambio las gentes de los cortijos, los hombres honrados, me estiman y me aprecian.

—Y ¿qué queréis decir con eso?

—Que pudiéramos levantar una partida, de la cual tú serías el jefe y yo tu segundo. Para ello convendría que pasaras por un marquesito cualquiera, ó por sobrino de algún canónigo ó fraile de campanillas.

—Os agradezco la deferencia; pero lo que yo deseo es llegar á Sevilla cuanto antes.

—Lo cual no es un obstáculo ni mucho menos. Tú serás el jefe: lo que tú dispongas, eso se ha de hacer... De modo que si aceptas, cuanto antes mejor.

Cayetana vaciló un momento, y luego, con voz firme dijo:

—Acepto.

CAPÍTULO XI

Un desengaño funesto.

DIFÍCIL era que ignorase Alburquerque los planes de su enemigo.

Que los campesinos, y hasta las gentes acomodadas, huían llenas de espanto en todas direcciones, y estas actitudes, así como el espionaje establecido por el general español, daban por resultado conocer las operaciones que realizaba el enemigo, y de las cuales se deducían sus intenciones.

Y como aquellos ocho mil hombres que mandaba no pretendían derrotar á José, pues conocedores de los elementos de que disponía el intruso, mal podían hacerse ilusiones, se daban por satisfechos con ir entreteniendo al invasor, obligándole á efectuar movimientos que retrasaran su llegada á Sevilla, y dar tiempo á que la población se pusiera en estado de defensa.

Satisfecho podía estar Alburquerque de lo que estaba realizando.

Gracias á él, ni en quince días le era dable á José mirarse ante las murallas de la capital de Andalucía.

Alburquerque trabajaba bien y con entusiasmo; pero como partía de un supuesto falso, no obtuvo los resultados que se propuso.

Según le habían dicho, Sevilla opondría una seria resistencia, si bien sus elementos no le permitirían defenderse más de un mes, pues sólo contaba con *diez mil* hombres, cuando el recinto murado necesitaba *quince mil* por lo menos para tener la esperanza de vencer.

Estas noticias le hicieron formar el siguiente plan.

Si los sevillanos se pueden sostener un mes, en ese tiempo yo les obligaré á que levanten el sitio.

Y al efecto, dió las órdenes oportunas para situar bien sus tropas, y pidió auxilios á cuantos generales pudieran en tan apuradas circunstancias venir en su ayuda.

Pero la verdad era que los diez mil hombres de que disponía Sevilla, no eran ni cuatro mil.

¿Qué podían hacer los niños y los ancianos?

Todos tenían armas más ó menos servibles.

¿Era esto suficiente?

La Junta, ó Gobierno nacional, reunido en sesión, comprendió que Sevilla sería en plazo muy breve del intruso, y dispuso trasladarse á Cádiz,

plaza fuerte que ofrecía más elementos de defensa.

Esta determinación, de seguro había de sentar mal al pueblo.

Y aun cuando el acuerdo era definitivo, se aplazó hasta que vinieran algunos actos á justificar tal determinación.

Las murallas se reedificaban con toda urgencia, y los depósitos de municiones se situaban en puntos convenientes.

Pero sólo para demostrar al pueblo sevillano que era una temeridad resistir con tan pocos elementos.

El pueblo no podía comprender lo que aquellos, en los cuales había cifrado sus esperanzas, pretendían ponerle ante la vista.

En cambio, se criticaba á Alburquerque, porque al acudir rápidamente en socorro de Andalucía desde Extremadura, donde supo la expedición que había salido de Madrid, no se encaminó desde luego á Sevilla.

Las censuras no tenían justificación.

Ocho mil hombres encerrados dentro de malas, muy malas murallas, tras de las cuales había de carecer de todo en plazo corto, lejos de favorecer, agravaría la situación de los sitiados.

En cambio, aquel cuerpo de ejército, siempre amenazando al enemigo, protegía á todas las poblaciones andaluzas, pues era un freno constante para el invasor, que no se atrevía á dividir sus fuerzas, por miedo de sufrir una derrota parcial.

Además; los hombres que se habían colocado al frente de la nación, no le llamaban, lo cual le hacía creer que procedía, aun cuando sin previo acuerdo, del modo que opinaba el Gobierno nacional.

Cuando las gentes de José llegaron á Écija, la población estaba casi abandonada.

Écija es quizás la población de España que cuenta con más casas solariegas.

Fué en tiempos pasados un plantel de la aristocracia de la sangre.

Hoy en el día es difícil ver una casa sobre cuya puerta no campee la heráldica, y aún se conservan algunos edificios que con sus dos columnas colocadas ante los pórticos, indican que fueron «refugios.»

Fué, y aún lo es, una población rica.

El invasor juzgó que de allí podía sacar tanto como de otras poblaciones, y esto le indujo á la creencia de que el ejército de Alburquerque le esperaría entre las montañas que cercan la población.

Y ordenó avanzar tropas por los flancos, para que el ataque fuera simultáneo por derecha é izquierda, en tanto que él tomaba la población por la carretera y sin bajarse del coche.

Ya hemos visto lo que ocurrió en las ruinas del caserón con aquellos franceses que partieron por la derecha.

Veamos ahora cómo prosiguieron la persecución aquellos que, sin táctica y sin elementos, buscaban con empeño al enemigo, y le batían siempre que la ocasión se les presentaba.

El guarda del olivar logró en sólo un día el objeto que se había propuesto.

Cayetana capitaneaba catorce hombres, y con ellos emprendió la marcha.

Desde luego se dedicaron «á caza de rezagados.»

Esto no era obstáculo para que, valiéndose de las sombras de la noche, realizaran algunos actos de valor temerario, que preocupaban mucho á los que resultaban víctimas de ellos.

Pero á los cuales les quitaban importancia los que sólo los conocían por referencias.

Soldado que con cualquier motivo se quedaba un poco atrás, de seguro no se incorporaba á su batallón.

Bagaje que sufría un percance que le separaba del resto de la impedimenta, pasaba á poder de la partida de Cayetana.

Partida que se iba aumentando de una manera considerable, pues disponiendo de cuarenta hombres, osó molestar, no ya la retaguardia del enemigo, sino su flanco derecho.

En uno de aquellos días, en los cuales la lucha fué más encarnizada, en el cual la partida se vió seriamente en peligro, hubo de lograr nuestra he-

roína, secundada por el guarda, el resultado que menos podía esperar.

La partida, al salir de una cañada, tropezó de manos á boca con un grupo de soldados.

Y sin contar el número, Cayetana mandó hacer fuego.

Trabada la lucha, acudieron en defensa de los suyos los franceses.

El guarda, que había tomado una altura, vió los refuerzos que llegaban; y juzgando á Cayetana en inminente peligro, corrió hacia ella á fin de que dispusiera la dispersión de las fuerzas, único modo de poderse salvar.

Pero la arrogante matrona distinguió en aquellos momentos que los enemigos conducían á dos españoles presos.

Y sospechando que alguno de ellos fuese Olaechea, reunió la partida, y en vez de la dispersión, ordenó una carga.

Como el rayo cayeron aquellos hombres sobre el enemigo, que se puso en dispersión hacia los que venían á socorrerles, abandonando en la fuga armas, municiones y los dos prisioneros.

Cayetana tuvo un momento de alucinación, que á poco más le cuesta perder la existencia.

Pues la que no había flaqueado ante los peligros y los sinsabores, perdió el conocimiento al reconocer en los dos prisioneros á Olaechea y á Pedro Herria.

Estos corrieron hacia sus libertadores, y al reco-

nocer á Cayetana, creyeron perder también los sentidos.

Pero el guarda tomó el mando y dispuso la retirada á todo correr.

La partida recibió algunos disparos; pero no una seria persecución, pues á tanto no se atrevieron los franceses, escarmentados de lo que en otras ocasiones análogas les había sucedido.

El ejército de José continuó su camino sin haber logrado recoger en Écija el botín con que soñaba; pero animado con la esperanza de que en breve llegaría á Sevilla, población que desde luego les ofrecía satisfacción á su insaciable deseo de robar.

Avanzaba aquel ejército de aves de rapiña, que con sus actos deseaba justificar el emblema del emperador, ó sea el águila cuyo férreo pico y aceradas garras, sólo gozan destrozando carne, siendo la preferida la humana.

Pero avanzaba dejando el camino sembrado de cadáveres, y los pozos negros de las poblaciones, rellenos de franceses mutilados.

Esto importaba poco al matarife de Europa, y menos aún á su hermano José, que sólo se ocupaba en buscar placeres, y que sólo soñaba con llegar á Jerez, en cuyas bodegas pensaba solazarse largas horas y quizás días enteros.

Sí; llegaría á Jerez: pero no tan pronto y tan cómodamente como suponía.

Que Alburquerque hubo de provocar combates parciales, en los que la peor parte fué para los franceses, si bien obligado se veía á ceder el campo ante el número de enemigos.

Esto dió lugar á que, organizada la partida de Cayetana, y contando con elementos de tanta valía como Olaechea y Pedro, de los cuales huyó el decaimiento que dió origen á que les sorprendieran aun cuando sin armas, por lo cual no les fusilaran en el acto, decidieran ir en busca de Alburquerque, para, de acuerdo con él, proceder.

La operación no era arriesgada.

Bastaba salvar alguna distancia, y colocarse delante de las avanzadas francesas.

Así lo hicieron, logrando alcanzar al general español.

Por él supieron lo que ya hemos referido respecto á Sevilla, y lo que se proponía hacer, de lo cual había dado cuenta al Gobierno nacional.

En vista de esto, decidió Cayetana ir sobre Sevilla, para, en sus alrededores, prestar los servicios que le fueran posible; pero cuando se despedía de Alburquerque, se presentó *Manoliyo*, llevando noticias verbales para el general.

Nadie mejor que él, en la apariencia completamente ciego, podía andar por los caminos sin gran riesgo de ser fusilado por los franceses.

Al entrar el hijo del herrador conoció á los que se despedían del general, y lleno de entusiasmo les abrazó.

Y acto seguido dijo:

—General: vengo en nombre del Gobierno nacional, para comunicar á vuecencia que dicho Gobierno ha dispuesto refugiarse en Cádiz, por no ofrecer garantías de defensa suficientes la ciudad de Sevilla.

—Pero, ¿quién eres?

—Respondemos de él con nuestras cabezas— dijo Cayetana.

—Bien: sigue hablando.

—El Gobierno—añadió *Manoliyo*,—desea que vuecencia proteja su retirada á Cádiz, y que vaya sobre aquella ciudad, donde se reunirán Cortes Constituyentes.

—¡De modo que Sevilla se rendirá al enemigo sin pelear!

—No tanto: el pueblo está entusiasmado para el combate, y rabioso contra el gobierno. Temo que alguno de sus individuos pague caro su viaje.

—¡Sí, pero Sevilla!...

—Sucumbirá: no tiene elementos para defenderse contra veinticinco ó treinta mil hombres que traen artillería gruesa.

—¿Y si yo fuera á Sevilla con mi gente?

—Regularmente lograríais honra y recogeríais laureles como lo venís haciendo; pero sin murallas y sin municiones capaces de resistir arriba de quince á veinte días...

—Sí: establecerían un bloqueo con poca gente, y mientras tanto el grueso del ejército marcharía

libremente sobre Cádiz. ¡Pobre Sevilla!... ¡Hay que abandonarla á sus propios esfuerzos!

Y dirigiéndose á Cayetana y á Olaechea, les dijo:

—Amigos míos: es preciso que marchéis á Sevilla cuanto antes, y que comunicuéis á aquellas autoridades que en vista de las noticias que habéis oído, detendré cuanto pueda el ejército invasor; pero que estoy imposibilitado para hacer otra cosa.

—¿Y después?—preguntó Cayetana.

—Juzgo lo más acertado que con cuantos recursos tengáis os encaminéis hacia Cádiz. Porque si aquella plaza cae en poder del enemigo, ya no queda esperanza alguna de salvación... al menos por mucho tiempo.

Alburquerque iba á decir «no queda salvación alguna: seremos franceses...» pero se arrepintió á tiempo, y dió otro giro á su pensamiento.

Descorazonados salieron de allí nuestros conocidos, y llenos de preocupaciones emprendieron la marcha.

Durante el camino hablaron Cayetana y Olaechea de lo ocurrido en el olivar y de cuanto á ambos había pasado antes.

—¡Ya sé matar!—exclamó Cayetana.—Tomé la primera lección arrojando al agua á Nicolás... después herí en el corazón al estúpido duque... Lo que siento es no haber dado muerte á José.

—Yo, en cambio, he aprendido lo que sospecha-

ba creyendo saberlo... Lo mucho que vales como esposa y como española.

Sin contratiempo ni accidente alguno llegaron á Sevilla.

Más que una población, parecía aquello un volcán hirviente de carne humana.

Por todas partes, hombres armados; mujeres que auxiliaban los trabajos de las murallas; niños que llevaban ropas ó comidas á éstos ó á aquéllos; ancianos que, en la medida de sus fuerzas, transportaban municiones...

Y por doquiera, voces de mando, redobles de tambores y toques de campanas.

Que para nadie era un misterio que José avanzaba con un ejército poderoso, dispuesto á dominarlo todo á sangre y fuego, y el valiente pueblo sevillano prefería morir en la pelea á aceptar el yugo del opresor.

Pero sobre el coraje que despertaba la impunidad con que los franceses caminaban por Andalucía, vino á ponerse la indignación y el enojo, al saber que la Junta abandonaba la ciudad y se disponía á tomar el camino de Cádiz.

Un poco tarde se dieron cuenta de ello, pues ya se habían marchado algunos.

Al entrar Cayetana en la ciudad, pidió ver á las autoridades, para cumplir el encargo de Albuquerque.

Pero las autoridades estaban reducidas al alcalde, que no quiso, bajo ningún pretexto, abandonar la ciudad.

Á él se habían unido los jefes y oficiales de la guarnición.

Cuando unos y otros conocieron el mensaje de que era portadora Cayetana, acabaron de perder todas las esperanzas.

—En realidad—dijo el alcalde,—Albuquerque tiene razón. Si acude á Sevilla, deja el paso franco hasta Cádiz; y como dueño de la isla gaditana el francés, Sevilla tendría que rendirse: preferible es, por más que por el momento nos cause perjuicios, que nos deje abandonados.

—Pero ¿vamos á abrir las puertas al enemigo?—preguntó un oficial.

—Eso, jamás: podrán vencernos; nos vencerán seguramente... pero no han de decir que les tuvimos miedo.

En la plaza de San Francisco se oyó un vocerío inmenso.

El pueblo pedía ver al alcalde.

Éste se asomó al balcón principal, y oyó lanzar anatemas sobre la Junta, acusando de traidores á los individuos que la componían.

En aquellos momentos no era oportuno echar leña al fuego, y el alcalde arengó al pueblo, llamándole á las armas.

El entusiasmo renació como por ensalmo, y por el momento el tumulto fué dominado.

Pero esto, no obstante, algún individuo de la llamada Junta cuando ya era Gobierno nacional, hubo de pasarlo mal al salir de la población.

Y uno, sobre todos, á punto estuvo de perder la vida á manos del pueblo.

Cayetana y los suyos debieron alejarse aquella misma noche; pero aguardaron al día siguiente, pues en él debían llegar los enemigos á la vista de Sevilla.

Así fué.

Poco después de haber amanecido, las campanas de la Giralda y algunos voladores anunciaron al vecindario todo, que había llegado el instante supremo.

Á las diez se presentó un parlamentario para intimar la rendición.

Tan altiva fué la respuesta, que, avergonzado el emisario, se contentó con pronunciar algunas amenazas.

Y el día pasó sin novedad.

Mas al siguiente pudo verse que durante la noche se habían emplazado veinte piezas de batir, y que las tropas se encontraban tan lejos, que difícilmente podía llegarles el fuego.

Y habló el cañón con su ronco estampido.

Una ciudad es un blanco inerrable...

En cambio, una pieza de artillería aislada era en aquellos tiempos, en los cuales estaba casi desconocida la balística, un objetivo tan pequeño, que casi constituía un imposible desmontar un cañón.

La táctica de los franceses estaba conocida ya.
Mucha artillería.

¿Qué les importaba á ellos arrasar las ciudades enteras?

En Zaragoza pisaron ruinas no más.

En Gerona, en Tarragona, y en otras mil partes, les había sucedido lo mismo...

Y, sin embargo, aquellas vergüenzas para ellos y aquellas glorias para España, las han cantado como laureles inmarcesibles.

Hoy mismo tienen el descaro, el necio cinismo de conservar, sobre el Arco de la Estrella, los nombres de las ciudades en las cuales entraron por capitulaciones que no cumplieron.

Luego no fué el emperador, fué la Francia la que trató de humillarnos, y la que sufrió en España la más vergonzosa de las derrotas.

¡Y no faltan quienes pretendan que suprimamos la fiesta cívico-religiosa del 2 de Mayo de 1808!

¡Y quien lo pida en nombre de la confraternidad humana!

Los que tales cosas pretenden, si han nacido en España, deben ser mirados como hijos espúreos y sacrílegos de la patria, y deben caer sobre ellos nuestras maldiciones y execración.

Podemos perdonar, porque nacimos hidalgos; pero ni el nombre merece de español aquél que olvide la infamia y la villanía cometida con nosotros en los principios del siglo presente.

¡Olvido y perdón!

Bien hemos sabido otorgárselo á nuestros hermanos de América.

Porque para ello había muchas razones.

Que no echaron mano de la astucia ni de la traición; que pedían una cosa justa... su independencia... lo que nosotros ambicionábamos, y por la cual vertíamos torrentes de sangre...

Y como si aún esto fuera poco, está aún por ver el primer alarde que hayan hecho de sus victorias sobre nosotros.

Fueron y son nobles y dignos, y digna y noblemente debemos corresponderles.

¿Pero estamos en igualdad de circunstancias con nuestros vecinos?

De ningún modo.

Ni aun siquiera *nos otorgaban el honor* de batirse cuerpo á cuerpo.

Cañones y más cañones.

Ni un rasgo de valor que justificara su arrogancia...

En cambio, ¡cuántos actos de verdadero vandalismo!

Los templos profanados, las honras pisoteadas, la hacienda del pobre español, patrimonio común del invasor...

Ni aun los museos se salvaron de la rapiña...

Que los mejores cuadros fueron enviados á París, como botín recogido en el combate.

¡Y hay quien arroja la culpa de aquellos sucesos sobre el pueblo!

¡Qué infamia!

Y al efecto dicen:

«El culpable fué Fernando VII y su padre Carlos IV, y como el pueblo les sostuvo en vez de lanzar anatema sobre ellos, en el pueblo, esto es, en su ignorancia ó torpeza, es donde radica el mal, su principio al menos.»

¡Donosa teoría!

Si el pueblo era ignorante ó torpe ¿á quién se debía?

A los que obligados á ilustrarle, á darle buenos consejos, abusaban de él hasta el punto de convertirle en máquina para sus fines particulares.

El pueblo se opuso heroicamente á que Fernando saliera de Madrid...

Y salió.

Pero ¿por qué?

Porque el emperador fraguó la trama indigna que todos conocemos.

No hay motivo ni pretexto para culpar al pueblo de nada malo de cuanto ha pasado en España, y en cambio sobran razones y motivos para colocarle en el lugar de aquellos pueblos heroicos, que son el asombro y la admiración del mundo.

El pueblo español no dejó jamás de ser digno y valiente, y más valiente y más digno llegó á ser en la desgracia, que en los días en que la tierra entera se postraba á sus pies.

Por eso hoy en día, pequeña, empobrecida, anémica, gracias á sus malos gobiernos y al predomi-

nio que la política ha tomado sobre la administración, ó, mejor dicho, á la amalgama funesta, al consorcio nefando de la administración y la política, alcanza aún respeto y logra consideración ante las potencias europeas.

España será siempre temida; saben las grandes potencias que es fácil destruirla; pero saben también que no existe medio humano de humillarla.

Los cañones franceses seguían vomitando bombas y balas rasas contra la ciudad.

Cada una de las primeras sembraba la muerte, pero no el miedo entre aquellos valientes.

Y cada una de las segundas derribaba con estrépito un pedazo de aquella débil y carcomida muralla.

Sobre todo por la puerta de San Juan de Dios, en breve espacio quedaría el paso franco para el asalto.

Y no había hombres con que cubrir las bajas, ni pechos que sirvieran de muralla.

Cuantos esfuerzos se hacían resultaban inútiles, como desde un principio se creyó que sucedería.

El francés esperaba que los sevillanos le pidieran suspensión de hostilidades, y entraran en un acomodo del cual él sacaría grandes ventajas.

Pero pasó el día, y los cañones sevillanos no cesaban de responder á los franceses.

Y José no deseaba el asalto: no quería la guerra

en las calles, porque allí las ventajas estarían de parte del valor personal y del entusiasmo, y bajo tales conceptos poco le era dable confiar en los suyos.

Por la noche continuó el fuego, si bien no con la intensidad que durante el día.

Y mientras las autoridades deliberaban respecto á lo que convenía hacer, en el campo enemigo se produjo una gran alarma, que á poco más determina el levantamiento del sitio.

Hubiera bastado que los promovedores conocieran los efectos que causaban, para que al rayar el día no se hubiera distinguido un francés ni aun con los anteojos de larga vista.

Pero lo ignoraron, y como el objeto que se propusieron estaba conseguido, en vez de continuar, determinaron volver á la ciudad.

¿Qué había sido ello?

Lo diremos en pocas palabras.

Cayetana con su partida estuvo todo el día acudiendo á los puntos de mayor peligro.

Pero al llegar la noche, y en vista de que el fuego disminuía, se dispuso para descansar.

Varias mujeres del pueblo de aquellas que espontáneamente se habían dedicado á recoger heridos, le brindaron con hospedaje en una posada de la cual era dueña una de ellas.

Aceptó la gaditana, y ya se disponía á recostarse contra la pared, para «descabezar el sueño,» cuando oyó decir:

—Según el capitán Mendoza, si lográramos que desapareciera la pieza de artillería que manda las granadas hasta la calle de la Sierpe, tendríamos mucho adelantado para la defensa.

Estas palabras habían sido en efecto pronunciadas por un capitán.

Pero no porque aquel pundonoroso militar creyera que con la desaparición de aquella pieza se salvaba Sevilla; sino porque acosado á preguntas, y no queriendo contribuir al desaliento si decía la verdad, buscó un subterfugio para no decir nada, hablando algo.

Mas el pueblo formó castillos en el aire, y las mujeres allí reunidas no se quedaron cortas en deducir consecuencias de las palabras del capitán.

Cayetana, que oía y que experimentaba deseos de hacer algo de provecho, incorporándose preguntó:

—Y ¿dónde está situada esa pieza?

—En las inmediaciones del barrio llamado de la Carne.

—Ayer me extravié en aquel laberinto de calles y callejuelas; pero eso no obstante, si hay quien me guíe, yo os prometo que esta noche desaparece la pieza de artillería que manda sus granadas hasta la calle de la Sierpe.

Estas palabras fueron acogidas con grande entusiasmo, y media hora más tarde, Cayetana con su partida, con el aumento de algunos sevillanos y seis ú ocho sevillanas, salían en dirección á los Ca-

ños de Carmona, por la llamada Puerta de la Carne.

La oscuridad de la noche y el descuido con que vivían los franceses, pues les constaba que en Sevilla no había tropas bastantes para intentar una salida, fueron elementos suficientes para que al sonar una descarga cerrada y seguir el fuego granado, se pronunciaron en precipitada fuga los soldados que servían aquella pieza, sembrando la alarma en todo el campamento.

Porque lo que creyeron fué, que Alburquerque con sus ocho mil hombres, les había cogido de sorpresa.

Tan luego como el famoso Pepe Botella tuvo noticias, no de lo ocurrido, sino de lo que se pensó que pasaba, dió las órdenes más apremiantes para que le dispusieran el coche, en el cual partiría hacia Córdoba.

Pero Cayetana era dueña, con las otras mujeres, del cañón, y sin persistir en el ataque, arrastraron la pieza hasta Sevilla.

Y la calma se restableció en el campo enemigo.

Hé aquí cómo pudo salvarse Sevilla, al menos por unos días, del terrible invasor.

Pero si esto no se logró, dió lugar á que José, al celebrar consejo, determinara enviar parlamentarios que tratasen de la entrega de la ciudad.

Los emisarios partieron, llevando amplios poderes para ajustar las paces.

Pero tales fueron las exigencias de los sevilla-

nos, tales las cláusulas de la capitulación, que los emisarios no se creyeron con poderes para llegar á tanto.

Según aquel documento, no parecía sino que las ventajas estaban de parte de Sevilla.

Leyó José las pretensiones de los sitiados, y sin empacho ni pudor alguno, dijo:

—Lo que importa es entrar en Sevilla: las capitulaciones se cumplen ó se dejan de cumplir, según conviene.

Y autorizó el documento.

Cuando la forma en que la capitulación fué conocida del pueblo, se produjo alguna demostración de desagrado, por ponerse en duda la lealtad de los franceses.

Motivos sobraban para ello.

Que en ninguna parte habían cumplido lo pactado, y de temer era que en Sevilla pasara lo mismo.

Por otra parte: el cañón, que, según se había dicho, constituía el mayor peligro, estaba dentro de Sevilla.

¿Por qué capitular?

Cayetana sufrió un desengaño funesto al conocer las capitulaciones.

Según ella, había perdido el tiempo.

Y hasta llegó á creer que cuanto se hiciera para salvar á España, resultaría inútil.

El desaliento se apoderó de ella por unos instantes.

Pero al saber que los franceses, en columna ce-

rrada, se disponían á entrar en Sevilla, rugió como la leona, y dijo:

—¡Aquí no tenemos nada que hacer; pero aún nos queda Cádiz!

Como la salida con armas de la población era libre, según lo pactado, Cayetana y los suyos no encontraron inconveniente en embarcarse, para, por el río, encaminarse á Cádiz.

Algunas horas después, el intruso pisoteaba las capitulaciones, y Sevilla, entregada al pillaje, lloraba en su impotencia su credulidad y su buena fe.

Y los soldados franceses robaban, asesinaban y violaban impunemente.

Mas cuando un padre, un esposo ó un hermano, lavaba con sangre del infame un brutal atropello, se le juzgaba como delincuente.

Y de la formación de la causa á la ejecución de la sentencia, no mediaba sino una hora.

¡Cuánta vileza!

CAPÍTULO XII

Mano de hierro.

LA llegada á Cádiz de los que, huyendo de Sevilla, se presentaban, hubiera causado el más espantoso terror en cualquier pueblo que no tuviera el temple y el coraje que los hijos de la ínclita isla.

Porque la presencia de aquellos señores significaba que, una por una, todas las esperanzas habían desaparecido, y que sólo quedaba Cádiz, no como punto de partida para la reconquista de lo perdido, sino como tumba de nuestra independencia.

Los viajeros eran todos hombres de posición política y social.

Algunos de ellos, tales como Calvo de Rosas, habían sabido defender á Zaragoza del modo imperecedero que consigna la historia.

Y allí estaba Argüelles, y Toreno...

¿Cómo dudar del valor ni del patriotismo de ninguno de ellos?

¿Y cómo esperar la victoria tampoco, cuando con muchos más elementos de los que contaba Cádiz habían caído otras poblaciones bajo el yugo del tirano y cruel opresor?

Lo natural era creer que no quedaban en el resto de España brazos que la defendieran, y que en Cádiz iba á tener término la grandiosa epopeya de la guerra de la Independencia.

¿Qué pueblo del mundo se sobrepone á pruebas tan rudas?

Sólo el español; bien podemos decirlo con orgullo.

Que en España entera se batía bien el cobre, no solo por los generales al frente de tropas mal racionadas, mal vestidas y peor armadas, sino por aquellos famosos guerrilleros que, como por ensalmo, brotaban de la tierra.

Mas esto se ignoraba en Cádiz, ó, si se sabía, era por referencias á las cuales se daba poco crédito y menos importancia.

En los días sucesivos fueron llegando los representantes elegidos por los pueblos para formar las Constituyentes.

Todos ellos arribaron por mar.

Las noticias de que eran portadores, reanimaron las creencias, las esperanzas de que no se había perdido todo.

Corriendo mil riesgos, pues el barco en que iba

Cayetana no tenía condiciones para luchar con las olas del Atlántico, logró entrar en el puerto.

La presencia de la joven y de sus amigos, produjo un efecto asombroso.

No parecía sino que acababa de llegar la salvación de la patria.

El señor Paco lloraba de alegría como antes había llorado de pena, pues las lágrimas son el desahogo del corazón, y éste se oprime más con las alegrías que con las desgracias.

Más, sí; porque, como hemos dicho en otra producción nuestra, las penas no matan, porque siempre les acompañan la esperanza.

Y las alegrías sí, porque tras ellas sólo pueden llegar los desengaños.

Todos los viajeros, cuantos acompañaban á Cayetana, iban rendidos de fatiga.

Pues sobre lo mucho que habían sufrido en Sevilla y antes, vino la travesía cuyas penalidades no tuvieron cuento.

Pero nada fué obstáculo para que Cayetana se presentara á don Tomás Morla, y se pusiera á sus órdenes con la gente que le acompañaba.

Esta fué conceptuada como tropa, y, por lo tanto, recibió ración.

Pero quedando bajo las órdenes de Olaechea, pues Cayetana, como mujer, no podía obtener el mando.

Sin embargo, había un precedente.

El insigne don José Palafóx, había colocado la

charretera de alférez sobre el hombro de una mujer.

De Agustina la *Artillera*, como la llamaban en Zaragoza.

Y como tal alférez mandó fuerzas dentro del recinto murado.

Y como tal alférez, venía en defensa de Cádiz unida á su regimiento.

Pero Morla no se juzgó autorizado para hacer tanto, y Cayetana tornó á vestir su traje femenino, si bien conservando sus influencias entre el pueblo.

Pocas horas le bastaron para descansar y menos tiempo aún para referir á su padre todo cuanto había pasado desde el día en que salió de Cádiz.

A la mañana siguiente llegaron noticias alarmantes.

Los franceses estaban camino de Cádiz.

—¿Y Alburquerque?—preguntaban todos.

Mas nadie respondía á esta pregunta.

La falta de noticias ciertas con respecto al valiente general, hizo temer que habría sido cortado ó derrotado, y que no podría acudir en defensa de la isla.

Estaban en un error los que tal pensaban.

Alburquerque realizaba en aquellos momentos movimientos arriesgados, para evitar una batalla que nada bueno podía ofrecerle.

Y buen táctico, simulaba ataques por la derecha y cargaba por el frente ó por la izquierda,

y tan luego como había conseguido desconcertar un tanto al enemigo, tomaba nuevas posiciones para simular otro ataque; pero sin arriesgar la batalla.

Así iba ganando días unas veces, y otras horas nada más.

Así producía en el enemigo diez bajas, por cada una de las que sufrían sus tropas.

No era mucho; pero á contar desde Écija hasta Cádiz, el ejército invasor había retrasado quince días su llegada al mar, y contaba con más de mil doscientas bajas en sus tropas.

Junot, tan mal consejero como mal rey y peor general era José Bonaparte, encargó á Soult que cortara á toda costa la retirada á Cádiz al general español.

Éste creyó fácil la empresa, y destacó sus tropas dividiéndolas en dos columnas.

La una presentaría el combate, y simularía una retirada, en tanto que la otra se corría por la retaguardia de Alburquerque.

Pero éste, comprendiendo las intenciones del enemigo, hizo la misma operación.

Y se trabó el combate.

Cuando supieron en Cádiz lo que estaba pasando, hubo un momento de incertidumbre.

El pueblo y el ejército se aglomeró á las puertas de la Capitanía general, y grandes corrillos de gente se reunían por todos lados.

El Gobierno nacional, no creyéndose en com-

pleta libertad en Cádiz para deliberar, dispuso trasladarse á la isla de León.

El pueblo tomó á mal aquella que parecía más bien una fuga, un pretexto para embarcarse y huir, que aquello que se decía.

Pero como con Gobierno y sin él, los gaditanos estaban dispuestos á batirse, dejaron á los «señores» que se marcharan.

En cambio desembarcaron bastantes ingleses, que deseaban, más que ayudar á España, ver cómo se batían aquellos héroes que habían sabido rechazarles en más de una ocasión.

La autoridad militar publicó un bando tan patriótico y entusiasta como requerían las circunstancias.

Pero en el fondo, innecesario, toda vez que el pueblo estaba sobre las armas, y disponía de tantos bríos ó más que en otras ocasiones.

A todo esto Alburquerque no llegaba, y en cambio se dijo que los franceses estaban en la Cortadura, y que había cesado el fuego.

La noticia no podía ser más terrible.

La autoridad militar tomó sus precauciones, y Puerta de Tierra quedó cerrada.

Entonces se desató el pueblo.

Cayetana solicitó salir por la lengua de tierra que une á Cádiz por la Península, á fin de reñir combate con los franceses.

Pero le fué negado, por ser temerario y estéril su pensamiento.

Como por mar no había nada que temer, toda la artillería se llevó hacia la costa y Puerta de Tierra, desde donde los enemigos habían de hostilizar la plaza.

En medio de aquel ir y venir de las gentes, de aquel conjeturar sobre el porvenir y de aquella efervescencia de las pasiones, entre las que se mezclaban las súplicas al Todopoderoso y las palabras obscenas, sonó la campana de San Antonio.

Nueve golpes dió la esquila.

Desde el primero todos quedaron en silencio.

Algunos se descubrieron; otros se encaminaron al templo.

Segundos después, un sacerdote apareció en los umbrales del recinto sagrado.

Iba bajo el palio.

A su lado llevaba cuatro faroles, y antes de que pisara la calle el ministro del Señor, se presentaron como unos veinte hombres, llevando velas encendidas en las manos, y debajo del brazo una escopeta ó un fusil.

Delante de todos iban dos monaguillos, haciendo sonar de vez en cuando las campanillas, que indicaban al vecindario la augusta ceremonia que se había de realizar en breve.

Al ver tantas luces y sobre todo el palio, cualquiera hubiese creído que se trataba de administrar los Santos Sacramentos á algún potentado.

Nada de eso.

El hombre en cuya casa iba á entrar Dios vivo.

era un humilde hijo del trabajo, pero que pertenecía á la Hermandad del Santísimo Sacramento.

Detrás del sacerdote marchó una numerosa comitiva.

La prueba era evidente.

El pueblo gaditano era tan buen católico, como esforzado paladín de la independencia.

Por donde quiera que pasaba el sacerdote, las gentes se descubrían, se arrodillaban, y el silencio era sepulcral; pero tan luego como el eco de las campanillas se perdía en el espacio, todos tornaban á sus faenas con ardor y entusiasmo.

Al tornar el sacerdote de cumplir con su sagrado ministerio, y ya en la puerta del templo, se volvió al pueblo y le dijo:

—Hermanos míos: hay más valor en ejercer la caridad, que en morir en los campos de batalla. Un hombre, un honrado ciudadano, baja á la tumba dejando en la más espantosa miseria á los seres queridos. Muere á consecuencia de las heridas que recibió defendiendo á la patria. ¿Abandonaréis á su viuda y á su hijo?

A esta pregunta respondió un *no* tan nutrido, que parecía aquella «voz de trueno» con que el Señor habló á Moisés desde la zarza ardiendo.

Conmovido el sacerdote mostró el copón al pueblo, y con voz entrecortada por el entusiasmo, exclamó:

—¡Hijos míos! Dios está siempre con aquellos que le aman y que cumplen sus santos mandatos...

Cádiz no puede ser vencida, porque el Señor pelea en su favor; en favor de un pueblo que sabe ejercer la caridad.

Quiso terminar, pero bajo aquellos sagrados ornamentos latía un corazón español, y no siendo dueño de dominarse, gritó:

—¡Gaditanos!... ¡Viva España! ¡Viva la religión!... ¡Viva la independencia de la patria!

El entusiasmo fué indescriptible.

El señor cura fué vitoreado y aclamado por todos.

¿Quién se acuerda tampoco de aquel humildísimo sacerdote; de aquel ejemplo vivo de caridad y mansedumbre que, fiel á los mandatos y preceptos divinos y humanos, dió la vida por la patria en el cumplimiento de su sagrado ministerio?

¡Ay!...

Del padre Gil Bealo ya no se acuerda nadie.

Su nombre no figura en ninguna parte...

Si recibe algún homenaje de la patria, es confundido entre los heroicos hijos de la ínclita isla.

Nuevas noticias y cada vez más pesimistas iban llegando á Cádiz, respecto á la situación de Alburquerque.

Tanto era así, que ya no dudaba nadie que estaba cortado y por ello imposibilitado de penetrar en la ciudad.

Y se formaron los batallones de voluntarios, al

propio tiempo que se reunían las tropas y se encaminaban á los puntos que les estaban designados de antemano.

Olaechea, al frente de los suyos, se puso en marcha.

Al pasar por la Capitanía general le preguntó el señor Paco:

—¡Hijo mío!... ¿A dónde vas?

El exnovicio contestó:

—¡Padre!... ¡Á morir!

Y siguió andando.

La pregunta obedeció al deseo de seguirle en los peligros.

La respuesta, al amor á la patria.

Cayetana estaba hablando con el general.

Á esto obedecía que el señor Paco estuviera en la puerta del edificio militar.

La joven salió, y dirigiéndose á su padre, le dijo:

—Voy á casa: buscadme un caballo, y que lo tengan en Puerta de Tierra, en el ventorro de *Mano de hierro*.

—Pero...

—Haced lo que os digo: quizás de la prontitud en ejecutar lo que pienso, depende la libertad de Cádiz.

El anciano corrió cuanto pudo en demanda de lo que le habían pedido, y Cayetana tornó á vestirse de hombre, y con aquel traje se encaminó al ventorro de *Mano de hierro*.

—¡Conque estamos perdidos!—le dijo aquel hombre rudo con voz llena de ira.

—Aún no; la desesperación no conduce á nada bueno: tengamos fe en la bondad de nuestra causa.

—Lo que hay que tener son puños y más intención que un toro.

—Todo hace falta.

—¿Sabes que hay traidores dentro de las murallas de Cádiz?

—Lo sospechaba, pero no he logrado conocer á ninguno.

—Pues yo dí ya cuenta de...

Bajó la voz, y añadió:

—Mañana flotará en el agua el cadáver de uno de ellos.

—¿Le habéis matado?

—De un puñetazo: ya sabes que me llaman *Mano de hierro*.

El señor Paco se presentó con el caballo.

El dueño del ventorro notó que le seguían dos hombres.

Pero no hubo de darle gran importancia por el momento.

Cayetana montó con la ligereza y gallardía de un buen jinete, y poniendo el caballo al galope, dijo:

—Pronto sabremos la verdad.

El señor Paco siguió con la vista á su hija hasta que desapareció en el camino.

Cuando ya no se distinguía ni la nube de polvo

que levantaba el caballo, enjugó una lágrima, y despidiéndose del ventorrero, se dispuso á tornar á Cádiz.

Pero el hombre le dijo:

—La noche está cercana, y no perderíais gran cosa en quedaros aquí hasta el nuevo día.

—Me espera mi hijo: deseo estar á su lado.

Tratando de entretenerle, le preguntó *Mano de hierro*:

—¿Pero ese muchacho es el novicio de la Cartuja de Jerez?

—El mismo.

—¿Pues no le mató Solano arrojándole á un patio desde el corredor?

—Así se ha dicho; así lo creen muchos, y por eso no falta quien asegure que este Olaechea no es aquel que vistió los hábitos de novicio.

—De modo que estáis seguro de que...

—Tan seguro como de que va á sonar el cañón. Quedad con Dios, y que Él no me abandone.

—Esperad: vamos juntos. Yo también quiero pasar la noche en Cádiz.

Cogió un palo de un rincón, y sin cuidarse de tomar un sombrero, echó á andar.

Tasado llevaban el tiempo, pues no bien hubieron pasado la muralla, el estampido del cañón anunció que ya no era posible, sin una orden especial del capitán general, entrar ni salir de Cádiz.

Como la gente, ó estaba en los fuertes y murellas, ó congregada en los puntos más céntricos de

la ciudad, las calles extremas se encontraban desiertas y sumidas en el mayor silencio.

Mano de hierro, como hombre valiente, se aconsejaba de la prudencia.

Y trató de salir de aquellas calles lo más pronto posible.

Al efecto dijo al señor Paco:

—Debemos apretar el paso: hacia el centro se oye ruido de gentes, y...

—Sí; pero yo voy ahora á mi casa. Las penas, más que los años, me tienen rendido, y deseo levantarme con el alba, si es que antes no me levantan los cañonazos.

—Yo creo que no deberíais ir esta noche á vuestra casa.

—¿Por qué?

—Os lo diré sin reparo. Temo que se atenta contra vos.

—¿Contra mí?

—Eso he dicho.

—¿Y quiénes pueden aborrecerme? ¿Á quién hice daño en el mundo?

—No faltan malvados en ninguna parte.

—Sí, pero yo...

—Al presentaros con el caballo, os seguían dos hombres.

—Ya les ví. Esos, en tal caso, irían en contra de Cayetana, la cual va teniendo muchos envidiosos.

Al decir esto, sonó un pistoletazo.

Mano de hierro salió corriendo en dirección al punto del cual había partido el disparo.

Y vió á dos hombres que escapaban.

—¡Á esos!—gritó.

Uno de aquellos hombres hizo alto.

El otro siguió corriendo.

Mano de hierro no se detuvo; y ya cuando estaba bien cerca del que le aguardaba, sintió en el rostro el fogonazo de otro disparo.

Pero no le hirió la bala.

El asesino tenía la seguridad de no haber errado el tiro; pero pronto se persuadió de que había hecho mala puntería; pues su contrario llegó hasta él, y de un puñetazo le derribó en tierra.

Al ruido acudió gente.

Pero no pudo evitar que de un segundo golpe, aquel desconocido arrojara á torrentes la sangre por la boca.

El otro delincuente había sido preso.

Al llegar las autoridades, todo había terminado.

Y se acudió en demanda de noticias del señor Paco.

Este fué hallado en el suelo, moribundo.

La bala le había entrado por la espalda, y respiraba por la herida.

La indignación popular no reconoció límites; y lanzándose sobre el preso le hicieron pedazos.

Después se pudo averiguar que aquellos dos hombres eran dos marineros franceses, que habían jurado fidelidad á la causa de España.

Pero no fué posible saber por orden de quien habían procedido de aquel modo, ni los fines que se proponían al desear la muerte de Cayetana, y en su defecto la del señor Paco.

Este recibió los auxilios espirituales, pues los de la medicina eran inútiles, y falleció nombrando á su hija, y pidiendo á Dios que no consintiera en el triunfo del tirano.

Olaechea llegó tarde para ver con vida á aquel anciano tan valeroso y tan amante y entusiasmado por la patria.

Y lloró sobre el cadáver.

—Con eso no consigues cosa alguna—le dijo el del ventorro.—Lo que importa es averiguar dónde hay un francés ó un mal español que les defienda, y quitarle la vida.

—Sí; tienes razón.

Y besando con cariño las manos del difunto, salió con el ventorrero.

Mientras tanto había salvado Cayetana la distancia que separa á Cádiz de tierra firme y refrenaba el caballo ignorando qué camino tomar.

Que la noche había cerrado por completo, y tan fácil era extraviarse, que temió caer en una emboscada.

Echó pié á tierra, y aplicó el oído al suelo, para ver si de este modo percibía algún ruido.

Todo estaba en el más completo silencio.

Y sin embargo, españoles y franceses no debían andar muy lejos de las orillas del mar.

Con mucha cautela prosiguió andando por espacio de una hora, y siempre el mismo silencio.

Durante aquella hora, no había caminado ni media legua.

Y tornó á escuchar, colocando el oído en la tierra, sin resultado alguno.

Y volvió á montar á caballo, por si colocada sobre los estribos, distinguía algo en medio de la oscuridad.

Puede decirse que «devoraba las tinieblas con los ojos.»

Y fija en el horizonte, creyó distinguir un resplandor débil y lejano.

—Allí hay gente—se dijo.—La luz que he visto, parece como el resplandor que despide un cigarro. Si no estoy equivocada, si lo que ví es lo que imagino, la distancia debe ser corta por más que me haya parecido larga.

Y luego añadió:

—Debo estar encima de los centinelas avanzados, pues de seguro estos no se permitirán fumar. La luz, el débil resplandor, debe haber tenido efecto en el campamento. ¡No hay duda! Los franceses están aquí... Alburquerque ha sido cortado.

Cayetana hacía deducciones lógicas.

Y en vista de ellas, decidió esperar en aquel sitio hasta tener señales evidentes de que no se había engañado.

Cerca y bien cerca tenía á los franceses y á los españoles.

Unos y otros andaban buscando el medio de sorprender al enemigo.

Ó, mejor dicho, buscaban los franceses y esperaban los españoles.

Porque estos habían andado, en número de cinco mil hombres, el camino, más de prisa que sus contrarios.

Y dispuestos á morir, se posesionaron de los puntos sobre los cuales pretendían dominar los franceses.

Alburquerque seguía haciéndose visible, á fin de alentar á los invasores á realizar su empresa.

Soult y Junot, se disponían mientras tanto á empujar á Alburquerque sobre Cádiz, á fin de que cayera inevitablemente en la emboscada que le tenían preparada.

Pero una espantosa tempestad les obligó á detenerse algunas horas.

La lluvia era torrencial, los truenos espantosos, y los relámpagos tan intensos de luz, que materialmente cegaban.

Pero los españoles no repararon en ello, y ganando tiempo, llegaron con oportunidad al punto que deseaban.

Pocas horas faltaban para amanecer, y Cayetana proseguía inmóvil y escudriñando con la vista por todos lados.

Ni la tormenta, ni la lluvia que calaba su cuerpo, amenguaban su valor, ni destemplaban su entusiasmo.

Sólo una cosa le obligaba á permanecer estacionada.

La idea de caer de nuevo en manos del infame José, y perder la honra material, pero no moralmente.

Y pasaba el tiempo.

El día estaba cercano, y Cayetana determinó proseguir el camino.

No bien hubo puesto al paso su caballo, oyó un disparo: luego otro, después mil.

El combate se había trabado.

Esto alentó más y más á Cayetana, pues la hizo comprender que Alburquerque no estaba tan lejos como se había supuesto.

¿Qué sucedía?

Que el valiente general español, aquilatando los minutos, tan luego como pudo calcular que los cinco mil hombres estaban dispuestos, arremetió con los tres mil que le quedaban á las fuerzas mandadas por Soult, las cuales eran las destinadas á cortarle la retirada sobre Cádiz.

Estas le hicieron frente en la seguridad de rechazarle, obligándole á tomar otro camino, pero ¡cuál no sería su desencanto al ver que al par que por el frente eran atacados por la espalda!

La confusión fué espantosa.

El mismo Soult escapó á uña de caballo, sin mirar el abandono en que dejaba á sus soldados.

Al oír el fuego no pudo contenerse la heroína, y picando espuelas se dirigió al lugar del combate.

El día clareaba, y con la luz llegó la alegría para ella.

Los que huían apresuradamente, sin dirección y sin concierto, eran aquellos hijos de San Luis, tenidos por invencibles.

Los mismos que en Bailén se rindieron á discreción en lucha con soldados bisoños, pues jamás habían entrado en fuego hasta entonces.

La derrota del enemigo fué completa, pero á tomar el desquite acudía José en coche y Junot al estribo, con el grueso del ejército.

Esperar, resultaba temerario.

No podía tener otro resultado que perder hombres inútilmente.

Desarmó á los prisioneros, mandó recoger los heridos, y dispuso la marcha sobre Cádiz en buen orden pero á paso ligero.

Aún duraba el fuego cuando Cayetana se presentó á Alburquerque.

Éste la reconoció en el acto y le dijo:

—Reventad el caballo si es preciso y marchar á Cádiz, anunciando mi pronta llegada.

—Seréis servido, mi general,—respondió la valiente gaditana.

Pero Alburquerque la detuvo para hacerle algunas preguntas, referente al Gobierno y á los elementos de defensa con que contaba la isla.

A todo contestó con brevedad y exactitud.

—¿Conque en la isla de León es donde se halla el Gobierno nacional?

—Dicen que así lo exigen las circunstancias, y por eso...

—Puede que hayan tenido razón; después lo averiguaré.

Y Cayetana, poniendo el caballo al galope, partió para Cádiz.

Al propio tiempo que ella, las tropas se pusieron en movimiento.

Y José renegaba y maldecía como un carretero, al ver fallidos sus planes...

Quizás los únicos extratéticos que formó en toda su vida.

CAPITULO XIII

Independencia y libertad.

Los gaditanos, aquellos que tan alto supieron escribir una página de gloria en la historia de España, no por ser valientes y buenos y honrados patricios, pudieron librarse entonces de proceder como españoles.

Esto es, dividirse en dos bandos.

El pueblo había lanzado á los vientos una palabra, que asustaba á principios del siglo, tanto como hoy decir «anarquía.»

Y muchos pensaron en poner dique á los que gritaban: ¡Viva la libertad!

Lo mismo ha pasado después con la palabra «república,» y luego con la de «socialismo.»

Los que preocupan ahora son los anarquistas...

Mañana aparecerán otros que con sus palabras y sus actos, demuestren que los Ravachol, Caserios,

Pallás y otros, son unos «reaccionarios despreciables,» y á los que jamás debió dárseles importancia.

Porque un más, siempre puede esperarse.

Los hombres mueren, pero las ideas son eternas é invencibles.

Sobre el pensamiento, no hay autoridad ni ley humana.

Al cerebro no se ponen mordazas.

Pero contra los que pedían patria y libertad, estaban los que sostenían independencia y Fernando VII.

Es decir, el absolutismo.

Al frente de estos últimos se encontraban el clero y las comunidades religiosas.

Debemos hacer constar, que hasta la llegada de los prohombres políticos, nadie se había ocupado en Cádiz más que de librar á España del yugo de los opresores.

Que ni al pretender y conseguir la rendición de la escuadra francesa, ni menos algún tiempo antes, al repeler con la fuerza y con la astucia á los navíos británicos, se oyó decir cosa alguna que se relacionara con banderas distintas de la nacional.

Pero llegaron aquellos fogosos oradores en cuyas cabezas bullían pensamientos bien diferentes, aun cuando teniendo por fundamento una idea común, y perturbaron los cerebros.

Á las puertas de San Felipe, edificio destinado á figurar mucho en los anales de la historia, los

sacerdotes hablaban en nombre de la religión, hollada por los que pretendían traer la civilización en las puntas de las bayonetas, haciendo, ó procurando hacer ver al pueblo, que la invasión obedecía al odio del tirano hacia las santas doctrinas católicas.

No se atrevían á decir «contra el Evangelio de Jesús,» pues era fácil que se tropezaran con alguno que les demostrase que Cristo predicó la paz, y no los tormentos de la Inquisición, ni los procedimientos infames de aquellos que tenían á su cargo el Santo Oficio.

Esto es, la terrible misión de proceder contra el prójimo con el mismo ó mayor ensañamiento que los emperadores romanos contra los discípulos de Jesús Crucificado.

En cambio, en otros puntos de la ciudad, las predicaciones, si bien nunca atacaban los principios religiosos, tampoco los ponían en primer lugar.

Lo que allí ocupaba el primer puesto, era la libertad bajo ambos conceptos de individual y colectiva de la patria.

Algún orador llegó hasta el punto de lanzar anatemas contra los procedimientos inquisitoriales.

Y habló de que era *impropio*, nada más que *impropio*, «freir á los hombres en manojos cual si fueran boquerones de Málaga.»

Este pequeño desahogo produjo una protesta de parte del clero, que, alzando la voz, anunció la

ruina de Cádiz y la de España entera, pues el estandarte de los Reyes Católicos no servía de escudo y de defensa... sino la bandera del diablo.

La autoridad militar, que era la suprema, comprendió que aquella división perjudicaba más á los intereses de la nación que los mismos invasores.

Y al propio tiempo que esto debilitaba de un modo ostensible los esfuerzos que habían de hacerse para la defensa de la plaza, llegaban noticias de que José había pedido refuerzos antes de medir sus fuerzas con el enemigo.

En el Puerto de Santa María, como en San Fernando, habían desembarcado algunas tropas procedentes de distintos puntos de la Península, que acudían en defensa de la ciudad que estaba destinada á ser cuna de las libertades patrias.

Entre aquellas tropas figuraba la *Artillera*.

Esto es, el alférez de infantería doña Agustina Domenech, heroica personalidad en los dos sitios de Zaragoza.

Pero tornemos á Alburquerque y á la denodada Cayetana, que á escape tendido llegó á Cádiz con la grata noticia de la derrota de Soult y la proximidad de las tropas españolas.

Cuando penetró la apuesta joven en la isla, fueron muchos los que la esperaban.

Desde larga distancia la habían visto, y presurosos salieron á conocer la verdad de las circunstancias.

Y la alegría se esparció por el recinto murado; y los voladores subieron por los aires; y las campanas dejaron oír sus lenguas de metal, que en aquellos instantes eran aquellas otras lenguas de fuego que descendieron sobre los apóstoles llevándoles la sabiduría que, desgraciadamente, no transmitieron á los que se llaman hoy sus legítimos sucesores en la tierra.

El momento era oportuno para buscar la unión que, en parte, se había perdido entre los elementos allí reunidos, y el sacerdote Muñoz Torrero, uno de los hombres más instruidos y más patrióticos de cuantos deseaban el triunfo de la Independencia, se brindó á realizar tan noble propósito.

Al efecto, sin aparato alguno, se sacó un púlpito á la plaza de San Antonio, cosa por entonces muy corriente, y Muñoz Torrero, con traje talar, subió á él para dirigir la palabra al pueblo, «no solo como español ó como sacerdote, sino como ambas cosas juntas, pues la *Religión* y la patria debían marchar unidas como hermanas gemelas dentro del claustro materno.»

Esta fué la síntesis de su discurso.

Y tal efecto produjo, que al menos, por el momento, la reconciliación fué completa.

Que llevó al ánimo de sus oyentes, que ni la religión se oponía á las distintas formas políticas que tuvieran las naciones, ni la política podía ser un obstáculo para que fuesen cumplidos los preceptos divinos, si bien podía tasar con moderación los

preceptos de los hombres, porque como tales, sujetos estaban á errores.

Y el pueblo aplaudía al orador, y el clero le escuchaba en silencio, mientras la infeliz Cayetana, seguida de su esposo y de *Mano de hierro*, rezaba y lloraba ante el cadáver de su padre.

¡Qué contrastes los de la vida!

Todo Cádiz salió á recibir á Alburquerque, en quien se podía sintetizar el triunfo.

El inepto José, y su más inepto consejero el general Junot, creyeron que era factible tomar una isla sin barcos de guerra, por más que hubiera un camino de tierra que ponía á la ciudad en comunicación con la Península.

Su desengaño tenía que ser espantoso, desde el momento en que Cádiz contase con defensores.

Y éstos los tenía ya, y la subsistencia de todos estaba asegurada por el mar.

Pero ciegos por la soberbia, no veían las dificultades, ni deseaban mirar hacia el pasado, el cual les enseñaba cómo se batían los españoles en todos los terrenos en que se les presentaba la batalla.

Si faltos de recursos habían resistido el brutal empuje de la fuerza numérica, ¿qué no harían con elementos suficientes?

Las tropas imperiales llegaron á San Fernando, sin encontrar resistencia que pudiera llamarse seria...

Pero allí había un puñado de valientes dispuestos á morir, y desde luego demostraron el temple

de sus almas rompiendo el fuego con energía y entusiasmo.

El francés respondió á cañonazos, pues sabido es que la táctica del emperador consistía en destruir, para dar las batallas sobre escombros.

Cuando creyeron los franceses que había llegado el momento de que funcionara la infantería, lanzaron seis batallones contra aquellos que sólo podrían llegar á tres, contando como tropas regulares á los paisanos.

Pero lo que faltaba en hombres sobraba en valor, y después de una lucha de tres horas, el enemigo comenzó á retroceder.

La célebre Agustina alcanzó en San Fernando tantos laureles como en Zaragoza y en sus correrías por todo el Norte de la Península.

Pues cuando el combate era más rudo y sangriento, se lanzó heroicamente sobre una compañía de granaderos, y con bien poca gente logró desalojarla de la ventajosa posición que ocupaba.

Aquella compañía era la depositaria de la bandera.

El oficial que la llevaba trató de esquivar un encuentro personal con Agustina, que á todo correr se dirigía hacia él; pero no pudo lograrlo, y se colocó á la defensiva.

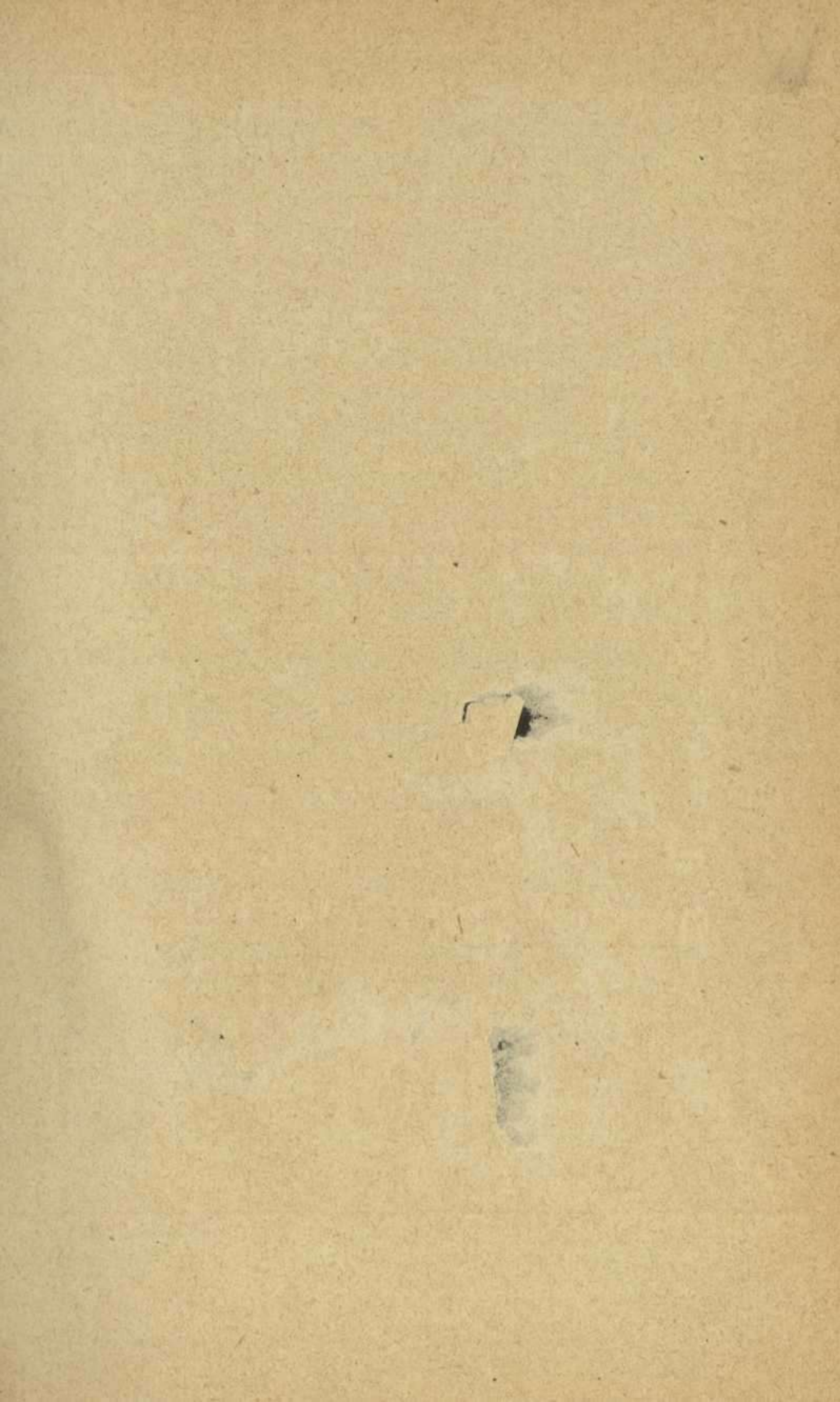
Quizás si hubiera visto llegar á tres ó cuatro hombres, no hubiera experimentado tanto pánico como al distinguir que era una mujer con insignias de oficial la que avanzaba, al par que decía:

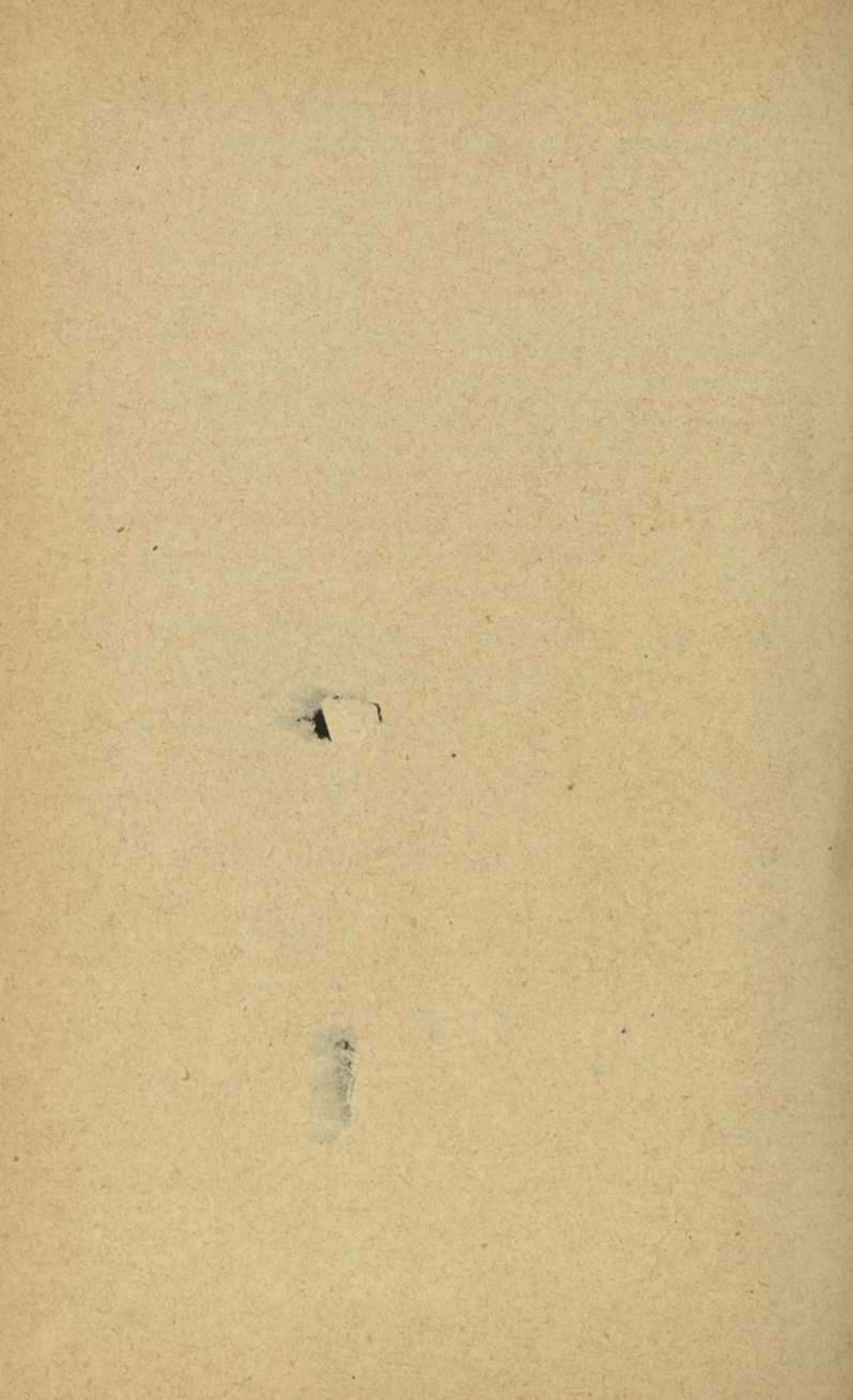




Lit J. Mateu - Madrid

Yo te quitaré esa bandera.





—Yo te quitaré esa bandera.

—El francés la recibió con la punta de su espada; pero Agustina, de un quite violento, desvió el arma del pecho, al par que hundía su sable en la garganta del enemigo.

Éste ahogó un gemido; la sangre brotó á torrentes por la ancha herida, y Agustina fué dueña de aquel pedazo de trapo que simbolizaba el honor del regimiento á que pertenecía el francés.

La victoria había sido completa, pero pasajera.

Que el enemigo recibió grandes refuerzos, y á los dos días siguientes logró posesionarse de San Fernando.

El intruso comenzaba á desesperarse y á poner en duda el feliz término de la expedición á Andalucía.

Pues sin que él lo pidiera, le presentaron la relación de las bajas sufridas desde Despeñaperros hasta dar vistas á Cádiz.

Y tuvo que enterarse de que entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados, había disminuído su ejército en más de *cinco mil* hombres.

Pero hubo otra cosa que le afectó más aún, pues le tocaba más de cerca.

Y fué, habérsele presentado Soult dándole cuenta de que el emperador le había otorgado facultades extraordinarias con respecto á la dirección de la campaña contra Cádiz.

José, aquel hombre que deseó renunciar la corona cuando se persuadió de que España no podía

darle todo el dinero que él necesitaba, no arrojó el cetro al mar en el momento en que se hubo de mirar postergado ante un general; ante un subordinado suyo.

¿Qué ideas tendría de la dignidad?

Otro cualquiera, abandona en el acto el campo de batalla.

Y si deseaba manifestar su desagrado de un modo indudable, delega todas sus facultades en Soult, y se pone á sus órdenes.

La lección hubiera sido muy dura para el emperador.

Seguramente destituye á Soult.

Porque al fin y al cabo, José era su hermano, y como soldado le había servido siempre mejor que los otros parientes.

Pero en todo pensó José, menos en cumplir como el propio decoro le exigía, y siguió siendo rey nominal y general en jefe nominal también.

Bajo la dirección de Soult se emplazó la artillería.

Y por su orden, sin aguardar á que se cumplieran las condiciones propias del caso, rompió el fuego.

Un ¡viva España! resonó en la ciudad al estallar en los aires la primera bomba enemiga.

Y un ¡mueran los franceses! al disparar la plaza contra el enemigo.

Mano de hierro formaba parte de los voluntarios capitaneados por Olaechea, siendo un poderoso

elemento para transportar municiones y arrastrar los cañones que se inutilizaban, así como para suplirlos con otros.

Manoliyo fué nombrado «maestro de fragua,» y estaba á su cargo el caldeo de las balas rasas.

Estas no se consumían en tanto número como todos deseaban, pues eran pocas las piezas que desde la rasante del mar se habían subido á la muralla.

Pero menos aún esperaban recibir los franceses, pues no creyeron que fueran capaces los españoles de haber realizado empresa tan difícil y arriesgada como aquella.

Esto disgustaba á Cayetana.

Matar y morir no siendo cuerpo á cuerpo y cara á cara, le producía poco entusiasmo.

Pero como no había posibilidad de hacer una salida, se resignó.

Las balas enemigas producían desperfectos en la población, pero causaban pocas bajas.

En cambio los franceses las tenían por cientos.

Durante la primera noche, no cesó ni un instante el fuego.

El enemigo era tenido á raya.

Así pasaron tres días, en los cuales hubo de exclamar José:

—Ya estoy tranquilo: llegué hasta Cádiz siempre victorioso... Ahora que Soult dé cuenta á mi hermano de este estancamiento que puede ser nuestra ruina.

Y los días y las semanas pasaban, y la situación era la misma.

No en absoluto, pues por Puerta de Tierra habían sufrido un desengaño espantoso los franceses.

Que dispuestas bien las cosas, se aparentó flaquear en la Cortadura, y aquellos infames se juzgaron dueños de Cádiz.

Mas cuando ya cantaban victoria, una lluvia de balas cayó sobre ellos.

Pensaron en retroceder, en pedir refuerzos...

¡Tiempo y trabajo perdidos!

Que no les quedaba más recursos que morir á bayonetazos ó arrojarse al mar.

Dos mil hombres perecieron en aquella emboscada.

Pero el sitio se prolongaba demasiado, y la escuadra unió sus fuegos á los de la plaza.

El primer barco que disparó, fué el *Héroe*, esto es, aquel en el cual había izado Roselly la insignia almirante.

Soult se indignó, y experimentó vergüenza; en cambio José hubo de burlarse de él tan descaradamente, que el interesado llegó á saberlo.

Nada podía hacer directamente contra el que estaba en España en categoría de rey; pero, en cambio, escribió al emperador, haciéndole conocer el papel desairado que allí hacía.

La respuesta no se hizo esperar.

Que José recibió órdenes de su hermano para

que tornara á Madrid, y se diera cumplimiento á lo que tenía manifestado, ó sea mirar con preferencia la parte de España más próxima á la frontera del imperio.

Al mismo tiempo le mandaba que entregase inmediatamente el mando en jefe del ejército de Andalucía á Soult.

Cumplió el intruso lo mandado, y entre burlas y chacota hizo entrega del mando.

Al efecto, habló por escrito al ejército en un documento, que desde cien leguas se veía sus deseos de poner en ridículo á su sucesor en la jefatura.

Sólo una pena llevaba José al tomar de nuevo el camino de Madrid.

Esta pena era no haber encontrado una andaluza que le brindara sus caricias.

En segundo término, deploraba no llevarse á la corte muchas arrobas de buen jerez, pero los cosecheros consintieron en perder sus productos, antes que consentir en que José se los bebiese.

Durante el camino de retorno, sufrió no pocos sustos el tal *Pepe Botella*, pues en más de una ocasión penetraron las balas en su carruaje, sin que por fortuna para él le partieran el corazón.

En tanto que caminaba recordando al duque y á Cayetana, y bien ajeno de la sorpresa que le estaba reservada antes de terminar el viaje, había cambiado Soult el cerco por bloqueo, persuadido de que sin barcos se perdía por completo el tiempo ante Cádiz.

Y dedicó la mayor parte de las fuerzas á correrías, pues sólo robando era posible mantener aquel ejército.

Mas no desistía de atacar nuevamente á la isla donde se reunían las Constituyentes, y en nombre de don Fernando VII, daban comienzo á legislar en sentido democrático.

En realidad no se veían enemigos á simple vista, ni sus cañones molestaban por el momento.

Pero como para nadie era un misterio cómo y dónde estaban, los gaditanos se divertían á costa de sus vidas, en molestar á los franceses.

De vez en cuando se destacaban dos ó tres batallones, que rara vez volvían á la plaza sin algunos trofeos.

Pero los que más daño hacían eran los capitaneados por Olaechea.

La partida había llegado á contar con un número respetable de hombres, pues pasaban de setenta.

De sus excursiones por mar y por tierra, ningún daño podía venir sobre la isla, y bajo tal persuasión se dejaba á aquellos valientes «que trabajaran por su cuenta y riesgo.»

Y así lo hacían.

Por regla general, se dividía la partida en dos grupos.

En uno iba Olaechea y *Mano de hierro*, y en otro Cayetana y el guarda del olivar de los frailes.

En cuanto á *Manoliyo*, se había constituido en

el cantinero y administrador general de aquella gente.

Nadie que hubiera presenciado la alegría del pueblo y la tranquilidad con que las Cortes funcionaban y discutían, é ignorase cuál era el estado de España, hubiera dudado en afirmar que la Península disfrutaba una paz octaviana.

El día en el cual se supo que el ejército aliado, ó sean ingleses y españoles, habían tomado á Ciudad-Rodrigo, dispuso Cayetana celebrarlo dando un susto á los franceses.

Y con doble motivo, puesto que las Cortes, sabedoras de que el alférez doña Agustina Domenech, había logrado apoderarse de una bandera, luchando cuerpo á cuerpo con un francés, no sólo ratificaron el nombramiento de alférez dado por Palafox, sino que la ascendieron á teniente, por acción de guerra, otorgándole todos los beneficios del empleo.

Por ser doble el motivo del «susto,» decía Cayetana que doble tenía que ser lo que realizaran en el campo enemigo.

Al efecto, á la caída de la tarde, la partida, formando dos columnas, se embarcó.

Una de las lanchas puso la proa á San Fernando, remontándose mucho.

La otra salió una hora después con el mismo rumbo, pero lo más próxima que podía hacia la costa.

Estaba visto que deseaban atacar por dos pun-

tos y al mismo tiempo á los franceses, que acampaban en los terrenos próximos á la isla.

Los franceses habían mandado construir dos barcos de poco calado, pero que les servían perfectamente para transportes.

El general Soult deseaba tener hasta diez de aquellos barcos, con el fin de procurar una sorpresa á la plaza.

En los diez barcos podían acomodarse, por poco tiempo, hasta siete mil hombres.

Pero para poner en práctica sus deseos, era preciso tiempo.

Y esperaba, saqueando la provincia de Cádiz y parte de la de Sevilla.

Cuando la segunda lancha iba á atracar entre unas peñas, vió que otro barco se le acercaba.

Mas como no sabía Cayetana que los franceses dispusieran de embarcaciones, dejó que se aproximase, si bien desembarcó y ocultó la gente.

Algún tiempo después, un bote se acercaba á la lancha.

Los que venían en él, al ver abandonado aquel barco, hubieron de pronunciar algunas palabras en español, pero con acento francés tan marcado, que Cayetana sintió que le latía presuroso el corazón, y le asaltaban ideas de acometer.

Pero si tal hubiera hecho, sin duda alguna comprometería á su esposo.

Y dominando su entusiasmo y su ardor bélico, esperó.

Aquellos hombres pasaron desde el bote á la lancha, y de ésta á tierra.

Cayetana dió sus órdenes, y de improviso, los tres que habían saltado quedaron prisioneros.

Dos eran franceses y uno español.

Éste juró y perjuró que sólo á la fuerza estaba con aquellos hombres, terminando por decir:

—Si no fuera porque mi anciana madre se moría de hambre sin mí, hubiera muerto antes que servir á los enemigos de España.

Como Cayetana acababa de perder á su padre, conmovida le respondió:

—Eso te salva por el momento; pero como hayas mentido...

—Dí, ¿qué pruebas quieres?

—Por lo pronto, torna sólo al barco, y dí que tus dos compañeros tardarán en volver, pues lo harán acompañados de fuerza armada destinada á un servicio especial.

—¿Y qué más?

—Y vuelves aquí, asegurando que te esperan.

El hombre cumplió lo ofrecido.

Que entró en el bote.

Se dirigió al barco.

Llegó á él, y trepando por la escala subió á bordo sin dificultad.

Un cuarto de hora después, tornaba en el bote, diciendo:

—Me han creído, puesto que les pedí armas y me las dieron.

—Pues ahora, en marcha: quizás nos hayamos retrasado y...

Los dos prisioneros deseaban hablar con el jefe que mandara aquellas fuerzas; pero Cayetana no creyó oportuno detenerse más, y emprendió la marcha, diciendo para sí:

—Como el final sea tan bueno como el principio, no podremos quejarnos.

CAPÍTULO XIV

El fin de la jornada.

BIEN tranquilos y descuidados estaban los franceses dentro de San Fernando.

Pues si bien la escuadra española podía atacar la isla, como tenían aquella especie de cruceros que les diera aviso de cualquier intento, no temían una sorpresa.

Por otra parte, les constaba que los barcos españoles no tenían la pólvora para gastarla sin provecho, y de haber bombardeado á San Fernando, lo único que hubieran logrado era destruir una población y nada más.

De los alardes de valor y de patriotismo de que con tanta frecuencia veían claras demostraciones, tampoco temían cosa alguna.

Cuanto hasta aquellos días se realizó, fué siempre por tierra.

¿Cómo no entregarse tranquilamente al descanso?

Tan seguros se juzgaban en la isla los franceses, que el mismo José decidió establecerse allí, cuando aún no había recibido la carta de su hermano.

¡Lástima que no pudiera realizar sus deseos; pues de haber estado en San Fernando, posible hubiera sido que cayera en poder de las gentes mandadas por Olaechea y Cayetana!

Que si bien salieron del muelle de Cádiz sólo basados en cálculos, en cambio iban á tiro hecho desde que cogieron prisioneros á los dos franceses.

Que uno de aquellos dos hombres tenía más apego á la vida que amor á su bandera, y con tal de que le garantizaran la existencia y le prometiesen la libertad, se prestó gustoso á servir la causa de los que acometían tan extraña como arriesgada aventura.

Debido á esto supieron dónde y cómo se alojaba el jefe militar de las fuerzas, y hasta se brindó á facilitarles la entrada.

Cayetana y Olaechea, con sus segundos jefes, meditaron y discutieron sólo lo que sería más conveniente hacer.

El primer plan consistía en armar una asonada dentro de San Fernando, ver de matar algunos franceses, y como Pulgar en Granada, fijar un tarjetón en la puerta del templo.

Hecho esto, tornar á sus lanchas y volver á Cá-

diz, llevando algunos trofeos de la expedición nocturna.

Pero las cosas se presentaban de otra manera, y cambiaron el plan.

Por lo pronto, casi tenían asegurado apoderarse de uno de aquellos costeros de que tanto beneficio sacaban los franceses.

Y esto era algo más de lo que en un principio se propusieron.

A más, podían apoderarse del jefe de las fuerzas, y captura era aquella que satisfacía á todos más que la muerte de algunos soldados.

Y se aceptaron las proposiciones del soldado francés, siendo *Mano de hierro* el encargado de acompañarle y de aplastarle de un puñetazo á la primera sospecha.

Pero el francés cumplió bien cuanto ofreció, y la morada del jefe fué allanada, y preso éste con cuantos vivían con él.

Ni aun tiempo tuvo el francés para intentar la defensa.

Como que el soldado le avisó de que tenía noticias muy graves que comunicarle; y como dió el santo y seña convenido, pudo llegar sin dificultad hasta él.

No bien estuvo en su presencia, le dijo:

—Vamos á ser atacados.

—¿Quién se atreverá?...

—Quien ya se atrevió: varias lanchas han atracado entre los peñascos, y temo...

Aquel hombre no le dejó terminar, pues arrojándose del lecho, dijo:

—¡Ay de tí, como mientas!

—Prueba de que no es así, que aquí traigo un prisionero.

Y señaló á la puerta, donde estaba *Mano de hierro*, aparentando ir atado, á cuyo efecto llevaba las manos á la espalda.

—¡Que le fusilen!—gritó.

Pero *Mano de hierro* estaba prevenido para realizar una sorpresa, y al efecto, dando un salto, cayó sobre el jefe.

Y le apretó la garganta con tal violencia, que poco faltó para que le ahogara.

Bien amordazado y sujeto, la partida era de *Mano de hierro*.

El soldado salió, dió órdenes en nombre del jefe, y los resultados fueron que la partida pudo entrar y apoderarse de personas y de cosas.

El jefe, cuatro asistentes, dos ordenanzas y una mujer anciana, fueron los prisioneros.

En cuanto á lo demás, el botín fué respetable por hallarse en aquella casa la caja con los caudales.

Imposible parecía que nadie se hubiera apercibido de lo que pasaba; pero tanto fué así, que los españoles salieron de San Fernando sin tropiezo alguno.

Como había que pensar en todo, y no era prudente exponer lo seguro, el dinero y los apresados

entraron en las lanchas, custodiados por Olaechea y algunos de la partida.

Y mientras tanto, Cayetana, en el bote del barco costero, con sólo ocho hombres y el soldado francés, pues no era posible llevar más gente, se dirigieron al codiciado barco, que, cumpliendo con las órdenes recibidas, esperaba á la capa.

El soldado francés habló á los de á bordo desde el bote, y sin dificultad alguna subieron Cayetana y los suyos.

La tripulación consistía en catorce hombres, de los cuales había que descartar los tres que cayeron prisioneros al saltar á tierra.

La esposa de Olaechea, así como sus amigos, subieron en concepto de gente afrancesada, á quien el jefe había destinado á los barcos, pues como prácticos en el manejo de embarcaciones, y conocedores de aquellos mares, podían prestar buenos servicios á la causa del emperador.

El bote había vuelto á tierra para recoger más gente.

Hasta que ésta llegara no debía hacerse cosa alguna; pero Cayetana, al ver que no le superaban en número, dió la señal para acometer.

La sorpresa no evitó que uno de los franceses hiciera un disparo, que hirió á uno de los de la partida.

Cayetana, al ver esto, mandó hacer fuego.

Ella deseaba no producir ruido; pero no se contuvo al ver cómo caía uno de los suyos.

La lucha fué cuerpo á cuerpo: como le gustaba á Cayetana.

Y la victoria también fué suya.

Cinco hombres fuera de combate, tuvo por resultado aquella lucha á bordo.

Desde San Fernando se oyeron las detonaciones, y los centinelas dieron la voz de alarma.

Todos se pusieron en conmoción.

Mas el ruido cesó, nada se veía tampoco, y, deduciendo que habría sido cosa de poca importancia, quizás efectos de una ilusión de los del barco costero, ó el resultado de algún alijo de efectos de guerra, la población militar recobró la calma.

Dueña del barco Cayetana, mandó desplegar velas y dirigirse á Cádiz.

Casi no se había puesto en marcha, cuando se notó la proximidad de una lancha.

Era en la que iba Olaechea, que al oír los disparos temió por Cayetana, y volaba en su socorro.

Pero en vista del feliz resultado, dispuso que los prisioneros salieran de las barcas, pues estas ofrecían poca seguridad, por llevar demasiada carga y estar el mar algo picado con el viento Sur.

Al rayar el día fueron muy distintas las emociones, tanto en Cádiz como en San Fernando.

Las señales hechas por el vigía anunciando un barco sin bandera á la vista, llevó mucha gente al puerto.

Pero mayor extrañeza causó, que aquel barco

viniera en compañía de las dos barcas de la matrícula de Cádiz, y ser las mismas en que se habían embarcado Cayetana y su marido.

El desembarco ofreció aún mayores novedades. Y cuando fué conocida la importancia de los prisioneros y el rico botín que traía, la admiración fué completa.

Las autoridades desearon premiar el valor, la temeridad de aquellas gentes; pero todos se negaron á recibir recompensa alguna.

Y de tal modo insistieron, que hubo de darse Cádiz por satisfecho, con declarar á aquellas gentes «beneméritas de la patria.»

En realidad no se dió al acto realizado toda la importancia que tenía, porque los prohombres andaban muy atareados en discutir sobre política, y más aún con buscar recursos para atender á tantas y tan urgentes necesidades.

Porque es verdad que los ingleses se batían bien; pero era cuando llevaban de repuesto buenas raciones de carne, pan y vino.

Que en caso contrario, no había quien les hiciera dar un solo paso.

Y racionar bien á aquellos súbditos de la Gran Bretaña, era hartó difícil, por carecerse de dinero.

Por el soldado español, no se apenaban las Cortes mucho.

Que sabían que desnudos, descalzos y sin comer, siempre estaban dispuestos á pelear.

¡Cuántas veces les sirvió de alimento la ración

de algún inglés que encontraban muerto por los campos!

¡Cuántas veces apretó tanto el hambre, que no sólo se comieron animales inmundos, sino que hubo quien masticó aquella carne antes de asarla siquiera.

Carne cruda y carne muerta: yerbas, y raíces, y tubérculos...

Hé aquí los manjares de que disfrutaban los pobres soldados españoles, en premio á su heroísmo.

Pero la culpa era del invasor, que todo lo había arrasado: que de todo se apoderaba sin verse jamás hartos.

En San Fernando, la escena era bien diferente.

El jefe, los que con él estaban, el dinero y un barco, habían desaparecido.

Y lo más extraño, era aquel cartel fijado en la puerta del templo, en el cual se leía en caracteres rojos:

¡VIVA ESPAÑA!

Al principio no se quiso dar crédito á la verdad, ni aun por los mismos franceses, que tocaban bien de cerca los resultados.

Y mientras lo averiguaban, no titubearon en afirmar que el jefe había cometido una traición, fuggándose con el dinero y con el barco.

En cuanto al cartel, aseguraban que era obra

del mismo traidor, para desfigurar las huellas de su delito.

Pero en el ánimo de todos estaba que los españoles habían realizado una vez más uno de esos actos de audacia y de valor tan característicos de nuestra raza, y son y serán incomprensibles para los que nacieron bajo otro ambiente y otras circunstancias.

Porque ¿dónde está el país que haya tenido una edad media como España?

En aquellos días en los cuales la capa y la espada eran el emblema; en aquella época en que cada hombre era un don Quijote de cuerpo entero, esto es, con su lanza y su yelmo de Mambrino, alcanzamos tal renombre y tal fama de emprendedores y osados, que en vano han pretendido disputarnos otros países.

Italia, por ejemplo, ofrece en su historia bandidos tan célebres como los que más.

Pero no como idealistas, y tal como lo fueron los españoles.

Porque en Italia, el ladrón era ladrón siempre; pero en España, hubo muchos ladrones que en más de una ocasión se portaron como nobles caballeros, en particular con las señoras, sobre todo si eran madres y conducían á sus hijos.

Alemania, nos presenta soñadores, ilusionistas admirables; mas la España romántica, sobre soñar como los alemanes, solía despertar para esparcir destellos de luz verdadera.

Si Alemania nos ofreció cien soñadores, España puede presentar miles.

La unidad italiana nos señala como un modelo á Garibaldi.

Es decir, á un sólo hombre.

En cambio ¿cuántos guerrilleros podemos presentar nosotros cuyos hechos igualen y aun superen á los *hombres de la blusa roja*?

A más de esto podemos decir, que en España cambian los hombres sólo de traje y de manera de expresarse; pero que en el fondo somos hoy tan Quijotes, tan soñadores y tan osados, como en otros tiempos.

No ceñimos la espada y la daga ni vamos recatando el rostro con el embozo de la capa.

No andamos á cintarazos con las rondas.

No cometemos raptos en los templos...

La luz eléctrica ha borrado la noche en las grandes poblaciones, y las rondas se han transformado en agentes de la autoridad sin linterna sorda.

Pero á falta de la espada, anda la navaja y el revólver.

Y si no profanamos el lugar sagrado, es porque aquellas dueñas han desaparecido, si bien tienen una legítima sucesión, algo modificada, en la astuta y pizpireta doncella, mil veces más hábil que el rodrigón.

Han cambiado los tiempos, y los españoles hemos acomodado nuestro quijotismo al brillo de la luz que nos alumbrá.

Pero nada más.

Á principios del siglo presente, se vivía en un término medio entre lo que ocurría dos siglos antes, y lo que pasa ahora mismo.

Que hemos caminado muy deprisa...

Pero siempre Quijotes, siempre trovadores, siempre idealistas.

Pocos días después de los sucesos ocurridos en San Fernando, fué conocida la verdad.

Esto es: se conoció al verdadero traidor: al que antepuso su vida á las conveniencias del emperador.

Soult estaba ciego de ira.

Era dueño de Andalucía, y sin embargo no le era dable andar por ella sin correr graves peligros, ni dormir una sola noche tranquilo.

José no cesaba de molestarle cuanto podía.

Y podía con bastante frecuencia, negándole hombres y dinero.

En cambio el emperador tampoco le enviaba barcos de guerra.

¿Cómo hacerlo?

En Francia eran pocos todos los brazos para las guerras terrestres, y en sus arsenales no se trabajaba.

Y como por otra parte le faltaba la buena y leal amistad de toda Europa, en vano era que pretendiese adquirir navíos en número suficiente para

arrostrar un encuentro por la poderosa escuadra británica.

Tan convencido estaba Soult de que no entraba en Cádiz, que decidió levantar el cerco, y acudir con aquella gente á otros puntos en los cuales no fuera preciso sostenerles en la inacción, y perdiendo cada día un número de soldados sin utilidad alguna.

Y consultó á José y al emperador.

Las respuestas no se hicieron esperar.

La de José, era una serie de tonterías y de necesidades para aquel que como militar y leal al emperador, valía tanto como indigno fué para los españoles bajo todos conceptos.

En cuanto al emperador, la respuesta era otra cosa.

«Creo, como tú—le decía,—que una plaza fuerte como Cádiz, no se puede tomar sin escuadra, siempre que esté defendida por españoles.

»Por eso mandé á mi hermano que no pensara siquiera en la expedición á Andalucía; pero no me obedeció, y ya estamos tocando los resultados.

»Mas hoy no conviene abandonar el Mediodía de España, después de los trabajos realizados y la sangre vertida.

»Levanta el bloqueo si te parece bien; mas no pierdas de vista, que donde no alcanzan las fuerzas humanas, es fácil que llegue la astucia y que venza.

»Recuerda lo ocurrido en Gibraltar, y ten pre-

sente que no hay hombre que no tenga su lado débil.

»Los medios importan poco, con tal de que los resultados sean los que se apetecen.»

Soult estaba autorizado para todo.

Respondió al emperador comunicándole lo que pensaba hacer, y á José le envió una misiva algo irrespetuosa.

También recibió el intruso carta de su hermano, en la cual afeaba su conducta, y le hacía responsable de los males que pudieran venir sobre el imperio, por haber realizado la expedición á Andalucía.

«Lo que sucede en España—le decía—ha dado lugar á que Europa entera se avergüence de estar bajo mi dominio, cuando cualquiera potencia cuenta con más y mejores elementos que España para sacudir mi dominación.

»Y se piensa en alzar la voz; y cuentan para ello en que no puedo sacar tropas de España, gracias á tí, que en vez de atacar y destruir á los aliados, te fuiste sobre Cádiz para tener el gusto de pasearte por tierras indefensas, y estrellarte ante el primer obstáculo.»

José quiso indignarse.

Pero no pudo.

Lo que no halló en el pueblo, lo tuvo sobrado entre la nobleza.

Y rodeado de mujeres hermosas y con la bodega bien dispuesta, los disgustos se le pasaban pronto.

Pero si encontró ramerías de alta alcurnia, en cambio hasta barbero tuvo que traer de Francia.

Porque según cuentan las crónicas de aquel reinado, que ni aun figura como tal en la historia, deseando adquirir popularidad el intruso, decidió que todos los que trabajaran para palacio, fueran españoles.

Pero no logró lo que deseaba, por más que no ponía tasa en el precio de las cosas que mandaba ejecutar.

Que si un zapatero le hacía un par de botas, de seguro no le servían.

Si un sastre le tomaba medida de un traje, ó tardaba mucho en concluirlo, ó se lo hacía mal.

Esto le contrariaba en extremo; pero lo que más le llegó al alma, fué lo que le ocurrió con un barbero.

El hombre se había negado á servir al titulado rey.

Pero le obligaron, y temeroso de incurrir en desagrado, lo cual equivalía cuando menos á perder su tienda, y cuando más á que le matasen y persiguieran á su familia, cedió, pero con tan marcada violencia, que al llegar delante del rey intruso, éste le hubo de decir en mal español:

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo á herirme con tu navaja? En verdad que serías el primero.

—Y el último—respondió el barbero.

—¿Cómo el último?

—Porque de herir, heriría de muerte.

La energía conque habló el barbero, puso tan en cuidado á José, que le despidió, mandando que le abonaran el servicio que no había prestado.

Y decidió no afeitarse, hasta tanto que le enviaran un barbero parisién.

Las protestas contra el intruso eran tan claras, y se repetían con tanta frecuencia, que José no se fiaba ni aun de sí mismo.

Desde que había vuelto de Andalucía, comenzó á ver las cosas de peor color que antes.

Y su miedo no era producido por los de arriba, sino por los de abajo.

Esto es, por el pueblo.

En vano se esforzaban unos y otros en persuadirle de que el pueblo era lo de menos.

Inútilmente el célebre poeta Moratín, le quería explicar la cogida de Pedro Romero como un accidente de la lidia.

Porque José le contestó:

—Romero juega con los toros: yo le ví llamarle con la muleta, y dejarse coger... Prefirió la muerte, á doblar la rodilla ante mí.

A los espectáculos á que asistía José, no faltaba aristocracia; pero nunca había pueblo.

Que los teatros, por ejemplo, los palcos y las

lunetas, hoy butacas, estaban llenas de gente, de *currutacos*; pero en cambio la cazuela, ó sea la entrada general del último piso, era un desierto.

Por las calles, ningún español le saludaba.

Y si por casualidad lo hacía algún afrancesado, no le quedaban ganas de repetirlo, pues dos ó tres bastones caían sobre su cabeza descubierta.

Colocado en tal situación, y enojado con él el emperador, comprendió que el cetro, á fuerza de apretarlo, se le iba de entre las manos.

Y como el emperador comenzaba á perder terreno en la opinión pública, pues la resistencia de España le quitaba prestigio ante Europa, comprendió que de perder la corona de España, no podría tener otra...

Y echó mano del último recurso.

Este fué enviar á un canónigo á Cádiz, para que propusiera á las Cortes soberanas una transacción, que consistía en que le reconocieran rey, á cambio de volver él las armas contra su hermano.

¿Puede darse mayor bajeza ni más grande falta de dignidad?

Cuando el emisario llegó á Cádiz, cuidó mucho de que sólo los regentes supieran á lo que iba.

Pero algo se hubo de traslucir.

Y mal lo hubiera pasado el canónigo, á no ser porque las Cortes hicieron pública la repulsa que le habían dado, al par que le facilitaron la salida de la ciudad.

España, representada por las Cortes, «no reco-

nocía más rey que Fernando VII, ó sus legítimos sucesores.»

Esta contestación, hizo exclamar á Moratín:

—¡Ilusos!... Con Fernando nos irá peor.

Miradas las cosas con los ojos del porvenir, fundados en lo pasado y en lo presente, tenía razón el gran poeta.

Todo, incluso José, era preferible á Fernando.

¿Cuál era su historia?

De niño, se complacía en martirizar á los animales.

De joven, gustaba de mortificar á cuantos andaban á su lado.

Y ya de hombre, ó sea al cumplir los veinte años, conspiraba contra su padre, era procesado en El Escorial por intentar la muerte de su madre, y terminó por arrancar en Aranjuez la corona de las sienes de su padre.

Ya rey, fué cruel con Carlos IV, pues hasta le desterró y le negó recursos para vivir...

Y en el poco tiempo que fué rey, sólo actos dignos de un tirano se habían podido registrar.

Por último: ya en Francia, y prisionero del emperador, fué el enemigo más encarnizado de la península Ibérica.

¿Era posible esperar algo bueno de un hombre semejante?

Pues sin embargo, el pueblo español, hacía sinónimas las palabras patria y Fernando.

La rotunda negativa de los regentes, debió des-

concertar á José; pero al parecer la recibió con frialdad.

Por aquellos días logró grandes victorias el emperador sobre Austria, y pactó la paz, teniendo por base una infamia digna de un Bonaparte.

Pues consistió en el repudio de Josefina, su esposa, á quien la historia señala como modelo de virtudes, para contraer matrimonio con una princesa.

Aquel segundo golpe de Estado, pues trocaba la democracia en aristocracia de media sangre, atrajo sobre el falso republicano y más falso demócrata el enojo de muchos.

Y se pensó en establecer la República y hundir el imperio.

Pero la sedición fué ahogada en sangre poco tiempo después.

Vencedor en Austria, fijó de nuevo toda su atención en España.

Mas si bien hablaba mucho de venir á la Península para terminar la guerra, tales manifestaciones fueron como las del enano de la venta, que siempre estaba diciendo que iba á bajar, pero que no llegó á bajar nunca.

El emperador aprendió en la famosa toma de Madrid, que había que hilar muy delgado para dominar en España: que le era fácil arrasarlo todo; pero que aun así, no dominaría.

También le constaba que su vida corría serios peligros, pues los españoles no encontraban obstáculos en acometer las más arriesgadas empresas.

Debido á esto seguía amenazando, y para dar más carácter á las baladronadas envió más refuerzos.

Con ellos se pensó en Cádiz de nuevo, y la isla vió cómo se establecía el bloqueo, y cómo se convertía en sitio.

Una vez más iba á correr peligros la cuna de las libertades patrias.

Pero no era bastante la guerra traidora para dominar á España, y su mala fortuna le envió una epidemia.

El cañón atronó los espacios; su mortífero fuego destruía hombres y murallas...

Y la epidemia, penetrando en lo más recóndito del hogar y la familia, sembraba el espanto entre aquellos que con tanto denuedo defendían la independencia de España.

Sólo faltaba el hambre para completar aquel triste cuadro...

Y comenzaba á amenazar.

Las Cortes seguían funcionando, como si el cañón no atronara los espacios, y la peste no diezmará la población.

El espectáculo no podía ser más grandioso ni conmovedor.

Pero tampoco el cuadro podía alcanzar más relieve y grandeza á los ojos de toda Europa.

El mundo entero estaba admirado de aquella lucha incomprensible; de aquel esfuerzo titánico llevado á cabo por los españoles.

Podría España sucumbir; pero su gloria alcanzaría la inmortalidad.

En cambio, el emperador, al vencer, lograría tan sólo su deshonra.

Porque no hay laureles para el vencedor, cuando lanza á la pelea veinte contra uno.

En España podía decirse: *ciento contra medio*.

Y ni aun así venció.

CAPÍTULO XV

Guerra, hambre y peste.

ENTRE los prisioneros hechos por Cayetana y Olaechea, estaba, según hemos dicho, una mujer anciana.

Era una de tantas francesas como se habían domiciliado en España.

Pero aquella mujer no había traído miras egoístas á la Península.

La impulsó el amor maternal.

Que el jefe de las fuerzas alojadas en San Fernando, era hijo suyo.

Viuda, y sin más afecciones en el mundo que aquel hijo, tan luego como José vino á España, emprendió la marcha, en la creencia de que la guerra sería cosa pasajera.

El emperador era para ella, como para la mayoría de los franceses, invencible en donde quiera se presentara.

Una vez al lado de su hijo, vió «que la cosa iba para largo.»

Pero como no puso en duda el poder de Bonaparte, y amaba á su hijo como madre, amor que no reconoce climas ni costumbres, pues es innato en todos los seres que pueblan la tierra, ni pensó siquiera en abandonar el suelo español.

El jefe preso, llamado Viley, tan luego como llegó á Cádiz, rogó al gobernador militar que hiciera presente á las Cortes, «que confiaba á su anciana madre á la hidalguía del pueblo español.»

Tan poco acostumbrados estábamos á escuchar palabras semejantes, que produjeron no poco efecto.

—Ignoro—le dijeron—dónde y cómo se encuentra vuestra madre; lo único que os puedo asegurar, es que no figura entre los prisioneros.

Esta manifestación apenó mucho al francés, pues supuso que la anciana habría muerto arrojada al mar.

Tal suposición indignó á las autoridades, que le respondieron:

—Seguramente hace poco que estáis en España, pues de otro modo no se explica que habléis ni que penséis de tal modo. Se harán las averiguaciones oportunas: el jefe de las fuerzas que realizó la sorpresa podrá darnos razón de lo ocurrido. Mientras tanto suspended vuestros juicios, propios de aquel que ignora que España no es un país de asesinos.

Viley guardó silencio, sin duda avergonzado de

lo que había dicho últimamente, tan contrario al fundamento de su súplica.

Tampoco tuvo tiempo para formar su composición de lugar, y responder con arreglo á las circunstancias; porque la puerta de su prisión se abrió, y, presentándose Cayetana, dijo al jefe de las prisiones:

—Os buscaba, y me felicito de encontraros aquí.

—¿Qué deseáis?

—Un permiso.

—¿Pues no estáis dentro?

—Es para otra persona.

—¿De quién se trata?

—De la madre del prisionero que tenemos delante.

—¡Mi madre! ¿Luego vive?—preguntó Viley.

—No ha dispuesto Dios aún de su vida.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que vivirá hasta que Dios lo disponga de otro modo, y libre estará en tanto que no cometa algún delito contra España. Vive en mi casa, á mi lado, no como prisionera, sino como madre desgraciada.

—¿Cómo podré pagaros...?

—Teniendo esto presente para si algún día podéis proceder del mismo modo que los españoles.

—¡No haré más armas contra España!

—Podéis hacerlas. ¿Qué nos importa un francés más ó un francés menos? Pero luchad como hombre, no como fiera; tomad ejemplo del pueblo español, y enseñádselo á vuestros hijos, para que

traten de borrar las manchas que el emperador ha arrojado sobre Francia.

Y volviéndose al jefe de las prisiones, le preguntó:

—¿Puede venir esa señora?

—No hay inconveniente alguno: nada se me ordenó en contrario, y á más, siendo Cayetana la que lo pide...

—Gracias, señor.

Al oír «Cayetana,» preguntó Viley:

—¿Pero es una mujer?

—Sí; una mujer, una hija del pueblo que, vestida con traje masculino, es jefe de una partida, á cuyo frente realiza actos incomprensibles de valor.

Cayetana salió al dar las gracias, y tornó en compañía de la anciana.

Hijo y madre se abrazaron, y las lágrimas corrieron en abundancia.

Al establecerse por segunda vez el cerco, hubo que pensar, no sólo en los medios materiales de defensa, sino también en reunir provisiones para el mantenimiento de tanta gente.

Y se pensó en limpiar á Cádiz de gente inútil.

Los que más estorbaban eran los prisioneros, y se dispuso establecer un canjeo.

Pero no pudo tener efecto.

Los franceses no tenían prisioneros, como era de suponer.

Los enviados á Francia eran pocos; los demás perecieron á manos de los invasores desalmados.

Esto debía dar lugar á un desquite.

Pero siguiendo con nuestro natural quijotismo, se dispuso dejarles en completa libertad.

Mas Viley no quiso salir de Cádiz.

Tan agradecido estaba á los favores que hubo de recibir, y tan codicioso de demostrar su reconocimiento, que solicitó un puesto en la muralla, no para hacer la guerra á su patria, sino al tirano emperador.

No era el primer francés que reconocía los legítimos derechos de España á su independencia.

Que otros muchos habían hecho lo mismo.

Y si todo el ejército no siguió aquellas huellas, fué porque aún era ídolo el emperador.

Pero ídolo en el cual el oro y el bronce se había trocado en oropel y barro.

Esto no obstante, le miraban sobre el pedestal de granito, y le adoraban.

Viley logró su objeto: en calidad de soldado, pues renunció á sus empleos en el ejército imperial, fué destinado á uno de los fuertes que defienden Puerta de Tierra.

Soult intimó la rendición de la plaza, ofreciendo cuantas garantías se le pudieran pedir; pero al mismo tiempo comenzó á poner en práctica los consejos del emperador, á fin de ir por doble camino.

Los traidores son pocos en España.

Los ingleses pudieron encontrar uno que les facilitara la subida al Peñón de Gibraltar.

Pero como, para honra de España, tales casos no se repiten, los trabajos de Soult dieron los resultados que ahora veremos.

Fácil le fué tropezar con hombres de esos que, refractarios al trabajo honrado, porque produce muchas molestias y pocos beneficios, son materia disponible para cualquier cosa, con tal de que no sea buena.

Y que aceptan todo encargo por el que se les paga adelantado y con largueza, sin fijarse en que después les espera el castigo merecido.

Creer que no trabajan, porque no empuñan una herramienta y pasan las horas poniendo los músculos en tensión y la sangre en movimiento.

Porque para ellos no hay más trabajo que el material.

Incluso exponer la vida les parece preferible á tomar una azada, un hacha ó un zapapico.

De estos hombres se puede decir lo que se atribuye á Moratín respecto á los frailes.

Que es fama que decía:

«Son unos hombres que pasan muchos trabajos con tal de no trabajar.»

De esta clase de sujetos, abunda en Andalucía.

Y no por depravación ó perversidad de costumbres, sino por influencias directas del clima y de la producción.

El andaluz se mantiene con bien poca cosa, y está gordo y saludable.

Un cargador del muelle almuerza con una ó dos sardinas y un pedazo de pan.

Un albañil lo hace en verano con un tomate ó un pepino, y en invierno, por regla general, con una naranja agria.

Tan escasa alimentación y un sol abrasador, africano, unido á los caliginosos aires del desierto de Sahara, determinan la indolencia.

Y como la ambición, el deseo de tener oro, es innato en el ser humano, resulta que los andaluces, por regla general, sean indolentes, perezosos, y materia más dispuesta que otros españoles á dejarse seducir, cuando la educación no ha moderado las perniciosas imposiciones que la naturaleza les impone.

Pero con todo esto, sólo entre aquellos seres desgraciados que nacieron y crecieron en el vicio, y aun en el crimen, pudo encontrar Soult hombres que le ayudaran, al parecer, con decisión y hasta con entusiasmo.

Y decimos «al parecer,» porque en el fondo solo había malos españoles entre las clases acomodadas, y en particular entre los aristócratas.

El pueblo español no ha desmentido jamás, ni su valor ni su honradez.

La clase media, por efecto de su roce con las gentes de «sangre azul,» ofreció algunos desengaños...

En cambio, la llamada nobleza presenta bien pocos casos dignos de elogio y de aplauso.

Palafóx era aristócrata...

Honró á la clase.

Pero, ¿cuántos nombres podríamos consignar de hijos del pueblo que escribieron con su sangre la historia de sus acciones?

Los criminales abundaban en aquellos días de tristeza y de luto para España.

A lo mejor, un presidio entero forzaba el paso, y los criminales se esparcían tranquilamente por todas partes, pues nadie podía ocuparse en perseguirles.

Y estas gentes merodeaban al lado del ejército francés.

Debido á ello, le fué fácil, como hemos dicho, encontrar hombres á Soult, hombres que se prestaran á cometer una traición.

Uno de los escogidos llevaba el mismo apodo que un criminal moderno, pues era conocido por *Cencerrita*.

El apodo procedía de su hecho más célebre; esto es, de su crimen más espantoso.

Porque con una cencerrita de ganado lanar, realizó lo que se proponía.

¿Cómo?

Lo diremos en breves palabras.

Una familia rica tenía un cordero en grande estima, por ser el capricho del hijo mayor, niño de siete años.

La familia se trasladó al campo con objeto de pasar una temporada, y el criminal concibió el proyecto de robar la casa de campo.

Al efecto, y aprovechando un descuido, se apoderó del cordero, que pastaba en las inmediaciones de la finca.

El disgusto de la familia fué grande por el extravío de la res.

El niño, caprichoso y mal educado, lloró mucho.

Varios criados fueron despedidos.

Todo esto lo supo el ladrón, y á la noche siguiente, seguido de otros de su calaña, se presentó á la puerta de la posesión cuando las sombras eran más espesas.

Bien situada su gente, se colgó una cencerilla al cuello, la misma que tenía el cordero cuando lo robó, y andando á gatas para imitar mejor el golpeo del artefacto colgado al pescuezo del ganado lanar, se puso á andar por sitios desde los cuales pudiera ser oído.

Los resultados no se dejaron esperar.

El dueño y todos los criados, á más de algunas mujeres, salieron al campo en la seguridad de recuperar el cordero.

Y salieron sin armas.

Sin la menor sospecha del engaño.

La puerta quedó abierta.

Los criminales entraron...

Pero había gente dentro que, al ver á los forajidos, comenzó á gritar.

—¡Los muertos no chillan!—dijo el jefe,—y corrió la sangre.

Los que buscaban el cordero oyeron algo que les aterró, y bajo las órdenes del amo se fueron hacia la casa.

Pero ya salían los ladrones y asesinos.

Todo resistencia era inútil, y los dejaron marchar.

El robo no era de importancia, pues en el campo no tenía mucho dinero ni muchas alhajas el dueño de la finca.

Lo sensible era que al robo acompañó la muerte de dos seres, y heridas en tres.

Los muertos eran: el hijo del dueño y la criada que le asistía de continuo.

Los heridos, un hombre y dos mujeres de los que se ocupaban en las labores de la finca.

Las sospechas recayeron sobre los criados despedidos, y fueron presos.

Su inocencia estaba demostrada; pero como la justicia histórica suelta tarde cuando agarra, y á más no daba con las huellas de los verdaderos criminales, encerró á los inocentes.

Algún tiempo después, comenzó á figurar como capitán de bandidos uno al cual le llamaban los suyos por el apodo de *Cencerrita*.

Era, en efecto, el autor del robo y asesinatos de la finca.

Pero ya estaban los franceses en España; y aun cuando fué preso, como nada se le pudo probar del

hecho al cual debía el nombre que le servía de distintivo, fué condenado á presidio.

Pero logró evadirse, y ahora le encontramos nosotros sirviendo de traidor al lado de Soult.

¡Tal para cual!

Soult fué en España otro *Cencerrita*, si bien ilustrado con galones de oro, faja y espada.

Como *Cencerrita* era el principal de los que se habían brindado á Francia para entregarle la plaza de Cádiz, de él sólo nos ocuparemos.

Seguido de cuatro más, y blasonando de patriota, se presentó en Cádiz para afiliarse como voluntario con sus otros compañeros.

Desde el primer momento no dió buena espina á Cayetana la «catadura» de aquel hombre.

Y decidió espiarle.

Soult unía á su maldad su torpeza.

Los ingleses sedujeron al jefe de Gibraltar, y lograron su objeto.

El francés se valía de criminales, sin fuerza moral ni material para disponer, ordenar, y que sus palabras fuesen obedecidas.

De Gibraltar era dueño un sólo hombre: su gobernador militar.

Pero en Cádiz estaban, á más de los regentes, las Cortes.

Un sólo hombre no podía entregar la plaza.

Cencerrita comenzó sus trabajos.

Pero con tanta torpeza como Soult.

Su primer amigo fué Olaechea.

Pero cauteloso en un principio, cuidó de no dar motivos para infundir sospechas.

Su trabajo era estéril, pues nadie se fiaba de él.

Pasados algunos días, el francés rompió el fuego, pero de un modo mucho más violento que la otra vez.

Cádiz no podía responder debidamente á la agresión, y fué preciso que la escuadra le ayudara.

¡Cuántos hechos heroicos se registraron allí durante los primeros días!

Pero la prueba más terrible no tardaría en llegar.

Y no tardó.

En un sólo día se vieron los hospitales llenos de soldados y de paisanos enfermos.

¿De qué?

Los médicos no sabían explicarlo en un principio.

El mal comenzaba con los caracteres de una fiebre intermitente; pero los atacados sucumbían al tercer ataque de la calentura.

La mortandad era terrible.

Según las estadísticas que se conservan, llegó á morir hasta el *ochenta por ciento* de los atacados.

Y como toda comunicación con tierra estaba cortada, y por mar carecíamos de elementos para aprovisionar la plaza, pues faltaba dinero, así como tras la guerra vino la peste, tras ésta llegó el hambre.

¡Guerra, peste y hambre!

Pero Cádiz no se rendía.

En tanto que España entera continuaba dando gallardas pruebas de su valor incomparable, el emperador sufría su primera derrota palpable.

Los rusos supieron engañarle, y con la astucia vencerle.

Desde el primer día ganó batallas; y á fuerza de vencer, fué vencido.

No por las armas; sí por la astucia,

Que conquistaba un pueblo, y pisaba escombros: tomaba una ciudad, el mismo Moscou, y sólo halló escombros por todas partes.

Y su ejército supo apreciar lo que habían sufrido los españoles, acosados por el fuego de los cañones, el hambre y la miseria.

El emperador retrocedió, dejando los campos sembrados de hombres que se morían de frío y de hambre.

Durante su regreso, fué hostilizado sin cesar...

Y daba frente al enemigo...

Y el enemigo huía, pues sus propósitos no eran otros que hacerle andar y desandar el camino, con el fin de que el hambre y el frío acabara con todos.

Aquella derrota arrojó al ídolo del pedestal.

Demostrado estaba en España que no le bastaba como á César, ver y llegar para vencer; pero lo ocurrido en Rusia hizo aún más patente que aquel hombre no era invencible...

Sino un general aventurero, hasta entonces protegido de la fortuna, endiosado por sus adeptos.

¡La soberbia le ahogaba!

La guerra en España le privaba de *cuatrocientos mil* hombres, y no podía tornar sobre Rusia para vengar su derrota, por falta de elementos.

España era la piedra angular.

Como en otro tiempo había dicho, «la guerra interior en la península Ibérica, podía ser la ruina del imperio.»

Y no obstante pensar de este modo, dispuso la invasión.

Y estando persuadido de ello, envió sobre España otros *cien mil* soldados más, de aquellos que lograron tornar de la expedición á Rusia.

¡Medio millón de bayonetas!...

¡Qué lujo de fuerzas contra un país empobrecido, anémico!

Contra aquellas fuerzas, peleaban unos *cuarenta mil* soldados españoles nada más.

Pero ¿y el pueblo?

¡Ah!... El pueblo era la eterna muralla de carne que cerraba el paso al invasor, y que arrollado y vencido reaparecía de nuevo á la espalda del enemigo haciendo fuego.

Que del mismo modo que en América el camino abierto por el talador, está de nuevo cerrado por la vegetación á los ocho días, como efecto de la exuberancia de savia y de lozanía, así en España, el camino andado por los franceses, se encontraba cortado á la espalda, antes de dos días, como consecuencia del amor á la patria y á su independencia.

Porque los guerrilleros se habían convertido en su mayoría en expertos generales, no por eso menos guerrilleros que antes.

Mina era dueño de Pamplona, y contaba con ocho mil hombres.

Porlier, Lacy y otros, con cinco mil.

El barón de Eroles, llegó á seis mil.

El Empecinado á más de cuatro mil.

Y por este estilo los demás de aquellos que alcanzaron justa fama.

En cuanto á los que podían denominarse «de segunda fila,» pocos contaban con trescientos hombres.

Pero tanto los unos como los otros, eran un obstáculo constante para los franceses.

Así estaba España, cuando el emperador hizo su último envío de fuerzas para dominar la Península.

¡Cuán grande fué su desengaño!

Al propio tiempo que reforzaba sus huestes en la Península, los españoles se metían en Francia, se apoderaban de pueblos importantes, les cobraban contribuciones de guerra, y con buen botín, tornaban á España para continuar la lucha.

Y españoles é ingleses, reunidos contra franceses, italianos, portugueses y suizos, lograban victorias tan señaladas, que José se creyó en el caso de salir de Madrid para atajar á los aliados en Salamanca.

¡Pobre José!

Y Cádiz seguía luchando contra todos los elementos.

Y las Cortes, dando el más grande ejemplo de abnegación, proseguían deliberando y legislando...

¡Oh torpeza inaudita!...

En nombre de Fernando VII.

¡Pecado espantoso, cuyo castigo no había de tardar en descender sobre España, cual si ella fuera la culpable!

¡Aberración espantosa, que hacía estéril la sangre que con tanta generosidad había vertido y seguía vertiendo el pueblo!

CAPÍTULO XVI

¡Viva la independencia!

LA situación desastrosa por que atravesaba Cádiz, las justísimas lamentaciones que salían de todos los labios, fueron tomadas como una buena ocasión por los traidores enviados por Soult, para probar fortuna.

Y un día, en el cual deploraba Cayetana la muerte de *Mano de hierro*, y la enfermedad del guarda, dijo *Cencerrita*:

—La verdad es que desgraciadamente perdemos el tiempo y la vida, que resulta lo peor.

Olaechea comprendió por dónde iba el nuevo amigo, y le dijo:

—Algo de eso voy sospechando.

—Yo, desde que supe que los ingleses se habían vuelto á las fronteras de Portugal y que José había entrado de nuevo en Madrid, he perdido las esperanzas y las ilusiones.

—Sí; hemos perdido todo lo ganado.

—Y lo que nos queda que perder; porque al paso que vamos, tenlo por seguro, de grado ó por fuerza, tendremos que sucumbir.

—Aún podemos...

—Desengáñate: al que no le mate una bala, le matarán las calenturas ó el hambre. Por eso me he dicho algunas veces: ¿no sería mejor cortar esta angustiosa situación?

—Indudablemente, pero ¿de qué modo?

—Ahí está lo difícil. Porque de seguro los franceses serían pródigos con aquellos que les sirvieran bien; pero no con todo Cádiz, y menos aún con los regentes y los legisladores.

Olaechea llamó á un lado á *Cencerrita*, y le dijo:

—Delante de Cayetana no se puede hablar de ciertas cosas: capaz sería de ponerse frente á frente de mí.

—Pero ¿no comprende la razón?

—Para ella no hay más razón que un fusil, en tratándose de los franceses: es ya más bien una manía que otra cosa.

—Pues ten por seguro que Soult es hombre que paga bien. Y... ¡qué diantre! si pudiéramos defendernos, bueno; pero si hemos llegado á estar peor que en Zaragoza y Tarragona ¿á qué no ceder como aquellas heróicas ciudades cedieron?

—Pensar en una capitulación es un desatino: ni los regentes ni las Cortes pasarían por ello.

—¿Y si nos imponíamos negándonos á batirnos por más tiempo?

—Nos fusilarían.

—Pues yo, en ese caso, opino que debemos jugar el todo por el todo.

—¿De qué manera?

—Arreglándonos de modo que por sorpresa se metan tres ó cuatro mil franceses dentro de Cádiz.

—Eso sería mejor; pero ofrece muchas dificultades.

—Veamos de vencerlas.

—No ha de quedar por falta de intentarlo.

Con esto se separaron Olaechea y *Cencerrita*, yendo el primero al encuentro de Cayetana, á la cual le dijo cuanto habían hablado.

—Y bien: ¿qué hacemos con ese hombre?—le preguntó la arrogante joven.

—Eso es lo que deseo tratar con el general, lo antes posible.

—¡Poco es fusilarle!

—Eso creo; y por ello pretendo ir un poco más allá.

—Pero con mucha prudencia.

—Pierde cuidado.

Aquella misma noche tornaron á hablar á solas Olaechea y *Cencerrita*.

—Vamos á ver—le dijo el esposo de Cayetana:—¿qué nos podemos proponer conseguir de Soult?

—No puedo asegurártelo.

—Y ¿cómo lo sabríamos?

—Enviándole una persona de confianza, que le dijera...

—¿Quiéres ir tú?

—Yo...

—¿De quién fiarnos entonces? La iniciativa es tuya: yo, en cambio, me comprometo á facilitar la entrada en Cádiz, si las proposiciones me convienen.

—¿De qué modo?

—Dejando libre la Cortadura una noche, con lo cual pueden llegar á Puerta de Tierra sin que nadie se aperciba de ello.

—No es bastante: por lo menos haría falta un fuerte.

—Eso habría que combinarlo. Pero creo que Soult aceptará mi proposición.

—Con esa oferta tan solo, no me expongo á ir, amigo mío.

—Vaya, pues iré yo.

—¿Tú?

—¿Tratas de impedírmelo?

—No.

—Pues entonces...

—Tú haces falta aquí, y yo no puedo realizar cosa alguna. En fin: todo lo más creo que será una negativa.

—Y habremos perdido el tiempo, pero no otra cosa.

—Pero para salir de aquí, hace falta...

—Eso corre de mi cuenta: ¿cuándo quieres marchar?

—De hacerlo, lo antes posible.

—Pues toma mis papeles: con ellos se te abrirán todas las puertas dentro de la ciudad.

—¿Incluso la de Tierra?

—Yendo yo contigo...

—Pues vamos.

—Vamos.

Ambos llegaron á la famosa puerta.

Olaechea habló con el jefe que mandaba las fuerzas, y *Cencerrita* emprendió el camino con entera libertad.

Al día siguiente, á la caída de la tarde, tornaba el traidor, diciendo:

—¡Buen chasco me he llevado!

—¿Cómo es eso? ¿Se niega el francés porque supone que va á conquistarnos?

—Todo lo contrario.

—¡Ah!

—Tan descorazonado está, que acepta con alma y vida, y ofrece tanto para nosotros, que casi he llegado á dudar.

—¿Pues qué te ha dicho?

—Que nos dará cinco millones y nos hará capitanes, y títulos, y...

—Los cinco millones son los que nos hacen falta. De modo que si garantiza la entrega, trato cerrado.

—Pero, ¿en qué forma?

—En esta: al llegar á la Cortadura, me darán el dinero.

—Eso me dijo que haría; pero como yo no podré estar allí...

—¿Por qué no? Tú vendrás con los que traigan el dinero, y...

—De ese modo...

—Pasado mañana me toca de guardia en la Cortadura. Pasado mañana se puede terminar este asunto.

—Entonces me vuelvo para decirle...

—Díle que conviene que mañana arrecie el fuego, á fin de que al día siguiente la gente esté algo cansada, y siendo menor el cañoneo, se entregue al descanso.

—Así se lo diré.

—De modo que quedamos en que tú vendrás con el dinero.

—Por supuesto.

—En caso contrario, no pasa nadie.

—Descuida; ¿pero, qué garantías les puedo ofrecer?....

—¿No te lo he dicho?

—Como la otra vez, cuando llegó Alburquerque, pasó lo que sabes mejor que yo...

—¿Tienes poca confianza en mí?

—Yo no; pero como el gato escaldado huye del agua fría...

—Pues para que no tengan reparo alguno, les dices que yo marcharé al frente de ellos: que esto

tendrá lugar durante la noche, y que, por lo tanto, llegaremos á Cádiz sin dificultad alguna.

—Eso es ya otra cosa.

Cencerrita se marchó satisfecho, pues iba persuadido de que el negocio que realizaba era redondo de todas maneras.

Porque cuando menos, partiría con *Olaechea* el dinero que le dieran.

En cambio el exnovicio, de acuerdo con las autoridades militares, dispuso las cosas para que el plan del francés fracasara, costándole algunos hombres.

Pero mientras llega la hora del desengaño para los vándalos civilizados que se nos habían entrado por las puertas, retrocedamos un poco, para, acto seguido, seguir nuestra narración histórica.

Hemos dicho que á José le esperaba una sorpresa al llegar á Madrid.

Y en efecto, así fué.

Que los momentos en que se disponía á montar en el carruaje en el palacio de Aranjuez, se le presentó *Idleta*.

Sorprendido el intruso, se quedó como petrificado; y aquella audaz aventurera, con el mayor cinismo, entró en el coche, arrojó de él á una mujer que se disponía á viajar hasta la corte con el rey sin corona, y hecho esto, dijo mirando fijamente al aturdido José:

—Cuando vuestra majestad disponga, podemos partir.

Y aquel hombre sin dignidad y sin decoro, subió al coche dando las órdenes de marcha.

Pero también dispuso que entrara con él un ayudante.

—Veo que vuestra majestad me tiene miedo, y lo siento, porque tengo que decirnos cosas que sólo vos deberíais escuchar.

José no respondió.

Y la italiana prosiguió de este modo:

—Como me molesta dar tratamiento á quien tengo costumbre de hablar familiarmente, y aquí no puede oírnos más que el ayudante que nos acompaña, desde ahora desisto de cumplimientos.

—Bueno; pero ten mucho cuidado con lo que tengas deseos de decirme.

—Si una vez fuí débil, si la sorpresa me dominó ante la que pretendiste hacer tu manceba y supo burlarse de tí, no creas que ha de repetirse. Me costó muy caro, y de esto es de lo que principalmente deseo que hablemos.

—¿Cómo que te costó caro?

—Sí; porque me robaron un cofrecito en el cual tenía muchas alhajas.

—Si empiezas por mentir, mal vamos á quedar.

—Yo demostraré que aquel oficial es un ladrón.

—Y yo te podré demostrar, que le pretendías para tu amante.

—No te esfuerces en ello; que yo te juro que lo

ha sido algunos meses, que pensé huir con él, y que bajo tal concepto le entregué las alhajas.

Tanta despreocupación, tan absoluta falta de decoro y decencia, en vez de irritar á José, le hicieron exclamar:

—¡Luego es cierto que te ha robado! Yo le castigaré.

—Á eso aspiro.

—En la primera parada escribiré á Soult para que le prendan, le recoja lo robado, y le fusile. ¿Qué más deseas?

—Nada más, porque no aspiro al puesto que ocupaba.

—¿Y si yo te lo ofrezco?

—Lo rechazaría.

—¿Es posible, Idleta?

—Me voy cansando de esta vida agitada, y trato de pasar el resto de mis días tranquila.

—¿De modo que me abandonas?

—Te dejo con tu Cayetana.

Tanto sarcasmo hubo en estas palabras, que José respondió:

—De sobra sabes que no logré...

—En realidad debió pasarte lo que al duque de Quik, tu amigo predilecto.

—¿Qué le ha pasado?

—Recibir una puñalada, que le partió el corazón.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—La perdono.

—Cualquiera diría que esa mujer estaba bajo tu dominio. ¿Qué falta le hace tu perdón?

—¿La defiendes?

—Pudo mandarme matar, y me dejó en libertad... tengo que defenderla. Y vamos al último punto.

—Habla.

—Voy á casarme.

—¿Tú?

—Sí; yo: una mujer que aún conserva rasgos de su belleza pasada y que tiene dinero, no es un absurdo que pueda comprar un apellido que oculte el suyo.

—Yo no lo consentiré.

—Y ¿quién eres tú para impedirlo? ¿Qué dominio tienes sobre mí?

—Soy tu rey.

—Es cierto; pero tu hermano es tu emperador, y él me autoriza.

—No lo creo.

—Pues para que salgas de tu error, te diré que me caso por orden suya, debido á los trabajos de tu desdichada esposa.

—¿Esto más?

—Sí; el emperador me ha mandado que me case cuanto antes, y ha dispuesto que tú seas mi padrino de boda.

—¡Qué locura!

—El emperador me dota con tres millones de

francos... Desde que se ha traslucido, tengo otros tantos millones de pretendientes.

—Eso sí que lo creo.

—Y lo demás también. Tan luego como lleguemos á Madrid, te presentaré á mi futuro esposo. Confío en que le harás un buen presente.

—El mejor sería el verdugo.

En esto cambiaron de tiro el carruaje, y se descansó para almorzar.

Idleta comió por separado.

Cuando se puso de nuevo en marcha la comitiva, la italiana no subió al coche: pero se acercó al estribo y dijo á José:

—En Madrid nos veremos: vaya pensando vuestra majestad en el regalo que como padrino debe hacerme, ni olvide tampoco escribir á Soult.

El coche partió, y José se dejó caer en el fondo del pesado carruaje de camino, sintiendo renacer en su depravado pecho todo el fuego del vicio que Idleta supo tiempo antes alimentar.

La astuta italiana había logrado cuanto se proponía.

Pasados tres días, Idleta se presentó en Palacio acompañada de un joven elegantemente vestido, y cuya figura nada desmerecía del traje.

Al llegar á presencia de José, dijo la italiana aparentando gran respeto:

—Señor: tengo la alta honra de presentar á vuestra majestad á mi futuro esposo el barón de Carlier.

—¡Un francés!

—¿Hubiera preferido vuestra majestad que fuera un español mi esposo?

—¡Un demonio! es lo que yo hubiera preferido para la que....

—Termine vuestra majestad la frase.

—Pues sí, la terminaré; para la que fué mi manceba.

José creyó producir grande efecto en el barón; pero se engañó.

Aquel hombre le hubo de oír con la mayor indiferencia del mundo.

—Seguramente—dijo Idleta,—vuestra majestad había pensado que yo había ocultado la verdad al que me da su apellido y me eleva al rango de baronesa; pues habéis padecido un error, que no tuteo en calificar de grosero. El señor barón conoce toda mi historia, y me acepta tal y cual he sido.

Irritado José, y buscando modo de lastimar al barón, respondió:

—Lo que acepta son los tres millones de francos que te da el emperador.

Entonces habló el barón para decir con absoluta tranquilidad:

—Naturalmente, señor: acepto á Idleta con los tres millones y el cofrecito que le robó el oficial francés.

Poca dignidad tenía José; pero por la muestra, el barón le superaba.

La entrevista fué larga; pero no nos interesa repetir mil faltas de pudor y de dignidad, por lo cual pasamos al término de la conversación.

Que fué el siguiente:

—Cueste lo que cueste—dijo el intruso,—yo no consiento esa boda.

—¿Cueste lo que cueste?—preguntó Idleta buscando una afirmación que ratificara aquellas palabras.

—Sí; eso he dicho y lo sostengo.

—Pues la cosa es sencilla. Todo se puede arreglar á vuestro gusto: el barón, de seguro que no se opone.

—¿De qué modo?

—Fingiéndolo que me caso con él, y recogiendo los tres millones...

—¿Y qué más?

—Pues dándonos vuestra majestad una suma igual.

—¿Y de dónde la saco?

—Esa es cuenta vuestra. Buscad el dinero con brevedad: yo pasaré por la esposa del barón... pero viviré á vuestro lado.

—¿Accedes á ello?

—¿Cuándo dejé de amaros?

José creyó volverse loco de alegría.

Algunas horas después había reunido la cantidad pedida por Idleta, y el barón se hacía cargo de ella, girándola sobre Londres.

Por espacio de quince días, esto es, el tiempo

preciso para que el dinero estuviese seguro, Idleta fué la que antes había sido.

Pero tan luego como se persuadió de que el cofrecillo no parecía, y de que el dinero no corría peligro alguno, desapareció de la corte, dejando una carta escrita para el estúpido José, en la cual le decía:

«Ni tu esposa, ni el emperador, se han ocupado de mí, ni yo he pensado jamás en casarme.

»Deseaba, sí, vengarme de tu ridícula majestad: ya lo he logrado.

»Gracias á tu necesidad, soy rica: el supuesto barón, y supuesto futuro esposo, te da las gracias por el millón de francos que le he regalado en tu nombre.

»Quizás te vuelva á ver algún día...

»Si llegas á carecer de pan, siempre tendrá para su *rey y señor* una limosna su manceba predilecta.»

José sólo servía de blanco para burlas.

En realidad no era digno de otra cosa.

Volvamos ahora á Cádiz.

Cencerrita entró en el campo enemigo para disponer, de acuerdo con las tropas que habían de avanzar, la hora, el momento más oportuno para dar el golpe.

Por parte de Olaechea, las cosas estaban perfectamente preparadas, á fin de que si llegaban con alguna nueva exigencia, no hubiera necesidad de consultar para decidir.

Porque si aquel golpe no resultaba en falso, podía decidir de la suerte de la patria.

Al mismo tiempo, el ejército aliado, con lord Wellington al frente, auxiliado por todos los generales españoles y los guerrilleros, reanudaban la campaña de primavera, poniendo tan en cuidado á José, que juzgó precisa su presencia en Valladolid.

Y la corte partió, seguida de un ejército formidable, que, unido á los que andaban por Aragón y Cataluña, hacían un total de trescientos mil hombres bien armados y municionados.

De algo de esto se tenía noticias en Cádiz, pues Wellington, al ir á la isla el invierno anterior y tomar asiento en la Cámara, hubo de exponer á los regentes su plan para la próxima campaña.

Por el norte, pues, iba á reñirse la batalla decisiva, al menos por mucho tiempo, pues al ser derrotados los españoles, seguramente habría guerra para dos ó tres años más.

El momento supremo para el plan de Olaechea se aproximaba.

La noche había cerrado, y *Cencerrita* se presentó acompañado de cuatro soldados y un oficial.

—Ya estamos aquí—dijo el bandido.

—Tiempo era, pues no hay momentos que perder—respondió Olaechea.

Y añadió:

—¿Viene el dinero?

—Sí—le dijo el oficial;—pero traigo órdenes de no entregarlo, sino dentro de uno de los fuertes exteriores.

—Comprendo que tengáis desconfianza, y no me molesto por la exigencia. ¿Cuántos hombres traéis?

—Un batallón de suizos.

—No es mucho.

—Luego vendrán más.

—Podían haber llegado ya, y de ese modo terminaríamos antes.

—Hay tiempo en toda la noche.

—Allá vosotros: yo, en cumpliendo lo estipulado, nada tengo que hacer. Pero el dinero...

—Entrará con nosotros en el fuerte.

—Pues en marcha.

—En marcha.

Olaechea partió delante.

Detrás de él, los que le habían hablado, y luego los suizos, conduciendo en acémilas el precio estipulado.

Así llegaron al primer fuerte, sin tropiezo alguno.

Olaechea dió el santo y seña convenido, y las puertas se abrieron.

Antes de entrar, dijo Olaechea al oficial:

—Podéis montar la guardia, por más que estaría en mi derecho no consintiéndolo hasta después de que estuviera terminado el asunto por vuestra parte, como lo está por la mía; pero deseo que com-

prendáis que procedo como ofrecí, y por eso os doy tantas garantías.

—El que sirve bien al emperador, jamás tiene motivos para arrepentirse.

—Eso lo veremos después.

—La guardia española hizo la entrega á los suizos, y el fuerte quedó por ellos.

Y en el cuerpo de guardia se descargó el dinero y se hizo la entrega.

Pero no del total.

—Aquí no está lo estipulado—dijo el exnovicio.

—No: pero os entregaré este documento—y sacó un papel doblado,—con el cual haréis efectivo el resto en Madrid.

—¿Y si yo no estuviera conforme?

—¿Qué remedio os queda? Aceptad, pues de lo contrario os exponéis á quedaros sin cosa alguna.

—Eso lo veríamos.

—Tenedlo por visto.

—Ó no.

El oficial, en vista de la actitud de Olaechea, tiró del sable, y amenazándole le dijo:

—Eres mi prisionero.

Pero Olaechea sacó una pistola, y apuntando al oficial respondió:

—Ó te rindes ó te mato.

—¡Traición!—gritó el oficial.

Y añadió:

—Favor al emperador.

A la puerta se agolparon varios soldados, y Olae-

chea, jugando el todo por el todo, disparó el arma.

El oficial se echó ambas manos al pecho y cayó de boca.

La bala le había partido el corazón.

Casi al mismo tiempo se oyeron varios disparos dentro del fuerte.

Y luego gritos y gran tumulto.

Los soldados que vieron caer al oficial, quedaron un instante en suspenso.

Y de seguro dieran muerte á Olaechea, á no oír el fuego que se hacía á su espalda, y los ¡viva la independencia! ¡viva España! que resonaban bien cerca de ellos.

Debido á esto, en vez de atacar al matador del oficial, pensaron en su propia salvación.

El exnovicio no desperdició la ocasión que se le presentaba, y disparando la segunda pistola, logró abrirse paso.

La lucha dentro de las galerías y el patio central, era espantosa.

Los suizos se defendían á más no poder, pues aceptaron la lucha creyendo que era fácil dominar al enemigo.

Este era en total la partida de Cayetana, y quince soldados, que fueron los que estaban dando la guardia.

La lucha se hizo pronto cuerpo á cuerpo, que era lo que gustaba á Cayetana.

La navaja y el cuchillo de monte, constituían las armas de los españoles.

Los suizos retrocedieron ante el empuje de aquella gente que se batía de modo tan extraño para ellos.

En vista de lo que pasaba, trataron de ganar la salida...

Pero allí estaba Olaechea con los quince soldados para impedirlo.

Que al escapar del cuerpo de guardia, su primer acto fué apoderarse de la salida, haciendo prisioneros á los que la guardaban.

¿Qué remedio quedaba á los suizos?

Dudaban los jefes qué partido tomar, cuando oyeron los disparos que se hacían desde las murallas de Cádiz.

Ya no cabían dudas.

Y gritaron:

—Si dais cuartel nos rendimos.

—¡Damos cuartel!—gritó Olaechea.—Rendid las armas.

Los suizos pusieron las culatas de los fusiles hacia arriba.

Momentos después estaban desarmados.

Y el cañón seguía atronando los aires.

¿A qué obedecían aquellos disparos?

A la noticia llegada á la plaza por un emisario, según la cual, más de diez mil hombres avanzaban hacia la Cortadura.

Para evitar cualquier contratiempo, se enfilaron cuatro cañones sobre la lengua de tierra, y se destacaron tropas, á fin de proteger á Cayetana y

Olaechea en la arriesgada empresa que se les había encomendado realizar.

Tan luego como los suizos se rindieron, dispuso Olaechea que la artillería estuviese dispuesta para cualquier evento.

Y mientras mandaba á Cádiz los prisioneros y se recogían los heridos. él, seguido de ocho hombres, se encaminó hacia tierra firme, con el fin de averiguar lo que había.

Y escuchó atentamente por largo espacio.

El entrepuente estaba levantado, y nada se oía ni cerca ni lejos.

Natural era que sucediera así.

Que Soult había comprendido que una vez más era víctima de la astucia de los españoles, y al ver que las balas llovían sobre las tropas, y que las granadas estallaban por todas partes, dispuso la retirada de sus soldados, casi persuadido de que no había modo posible de vencer la heroica resistencia que ofrecía la ciudad de Cádiz.

Satisfecho Olaechea de lo ocurrido, ni siquiera se acordaba de *Cencerrita*.

De aquel bandido y al par traidor á la patria, que merecía mil veces la muerte, cuando se le presentó diciendo:

—Creo que el gobierno nos premiará.

—¿Por qué?

—¡Hombre! ¿Por qué ha de ser? ¿Te parece poco lo que hemos hecho?

—En verdad á tí se debe todo.

—No digo tanto.

—Si tú no hubieras sido un traidor, de seguro que no logramos lo hecho.

—¿Yo traidor?

—Traidor á la patria.

Comprendió *Cencerrita* que no debía agriar la conversación, al menos por aquellos momentos, pues de seguro le costaría la vida, y con acento de amargura dijo:

—Tantas veces recibí la misma recompensa, que no me produce sorpresa. ¡Yo traidor, y fuí el primero que gritó dentro del fuerte!...

—Sí: gritaste: pero, ¡viva el emperador!

—¿Quién te ha dicho eso? Yo te juro...

—¡Más te valiera que una bala te arrancara la vida miserable que tienes!

—¿Eso quiere decir...?

—Que tendrás mal fin.

—¿Piensas matarme?

—Pienso dejarte en libertad. Anda, vete, y díle á tu amigo el general Soult, cómo hemos sabido burlarnos de él. Díle también que hemos rendido á los suizos, en lucha con ellos: por la fuerza de la razón, unida á la fuerza de las armas... Y díle, por último, que sesenta hombres supieron vencer á quinientos.

—¿Y si no quisiera marcharme?

—Te mandarían ahorcar: los traidores no deben morir de otra manera.

Cencerrita no supo responder.

Y Olaechea mandó bajar el puente, y arrojó al traidor al campo enemigo.

La noche pasó tranquila.

Al rayar el alba, el fuerte fué custodiado por tropas como lo estuvo hasta la noche anterior, y Olaechea entró en Cádiz al grito de ¡viva la independencia!

Apenas había salido el sol, todos los catalejos se dirigieron hacia los puntos ocupados por el enemigo.

Y algunos de aquellos que con más empeño escudriñaron el terreno desde la muralla, creyeron distinguir un hombre ahorcado de un árbol.

CAPITULO XVII

El golpe supremo.



AN luego como pisó tierra firme, *Cencerrita* se dejó caer entre unas matas que le ocultaban por completo.

Sus malos instintos, predominando, le impulsaban á atentar contra la vida de *Olaechea*, sin tener en cuenta la generosidad que con él había tenido.

Las almas ruines jamás sienten la gratitud.

Y *Cencerrita*, por instinto y por educación, sólo sabía abrigar ideas criminales, perversas.

Pero sus deseos tropezaban con un grande obstáculo: había perdido la ocasión durante la refriega en el fuerte, y aún se podía decir que en la Cortadura al ser arrojado de Cádiz.

¿Cómo tornar al lado de aquel hombre contra el cual sentía tan malas intenciones y deseos?

Cuando la ira aconseja, nunca se termina bien un plan.

Porque la ira es hermana gemela de la codicia, y ambas están emparentadas con las falsas pasiones que despierta el amor.

Y el amor va acompañado por la locura.

El amor es la fuente; y como camina con los ojos vendados para que el vulgo no descubra que es ciego, necesita de lazarillo.

Consecuencia: que la envidia y la ira, padecen de ceguera, por ser enfermedad ó afección propia de la familia.

Y si camina á ciegas, tropieza con harta frecuencia, y cae en no pocas ocasiones, sobre todo cuando se empeña en caminar deprisa.

Quizás alguna de nuestras lindas lectoras se enoje al oírnos decir que el amor es la fuente de todos los vicios.

Tengan presente, se lo rogamos, que también hemos dicho que «de las malas pasiones que engendra.»

Porque mal podríamos atacar al amor puro que brota en el seno de púdica doncella, amor que, hijo legítimo de las leyes inmutables de la madre naturaleza, nos incita, nos obliga á cumplir con los preceptos divinos, según los cuales debemos contribuir á la perpetuidad de la especie á que pertenecemos.

Ese amor es santo, es digno.

Pero, ¿cuántas veces se siente y se experimenta?

Los hombres peritos en la materia, aseguran que sólo una vez.

Y añaden «que no es siempre la primera.»

Por nuestra parte, podemos asegurar, que sobre todo, en el hombre, es frecuente que ni aun esa vez tenga efecto.

El hombre ama con la cabeza, por regla general.

La mujer, por regla general también, ama con el corazón.

Por eso el hombre engaña, seduce á la mujer, y por rarísimo caso sucede que sea la mujer la que seduce al hombre.

Antiguamente todo se hacía por «conveniencias de familia.»

Un hijo era cura, porque «convenía á la familia» conservar los restos de las capellanías.

Una hija se casaba con aquel que «convenía á los intereses de la familia...»

Y no se tuvo en cuenta que ni el hijo tenía vocación de sacerdote, ni que la hija mirara hasta con horror á aquel que la conducía al altar.

En cuanto á los *segundones* de casa solariega que no eran curas, se dedicaban á las armas, aunque fuesen cobardes y pusilánimes.

Y respecto á las hijas, entraban en un convento, no para «servir á Dios,» sino para servir al diablo.

Hoy se ha modificado mucho todo esto.

Que en tanto que el cañón ametrallaba la isla

gaditana, los legisladores destruían las costumbres de la edad media, aboliendo señoríos y viendo la manera de evitar que el hijo mayor fuese el tirano de los que llevaban su misma sangre.

Pero hoy, en que las capellanías, los vínculos, los mayorazgos y hasta la autoridad paterna han sufrido modificaciones; pues ni los padres pueden legar sus bienes á un extraño con perjuicio de los propios, hemos tomado otro camino al cual también habrá que poner correctivo.

Las bodas, sobre todo, son un *negocio especulativo*.

Los hombres abusamos de nuestra superioridad, la cual se funda en lo que dejamos dicho; ó sea en que amamos con la cabeza, en tanto que la mujer con el corazón: todo lo perturbamos hasta el extremo de ser la causa de que desaparezca la paz del hogar, primera cosa á que estábamos obligados al *constituir familia*.

Sí; los hombres somos los malos.

Y nosotros los primeros.

Exigimos que las mujeres *estudien* nuestros gustos para tenernos contentos, y maldito si nos cuidamos de estudiar los suyos, ni aun para corregirlos, cuando no son convenientes al estado social y moral.

Pero basta de digresión, y vamos á *Cencerrita*, que se había enamorado de la idea de matar al *ex-novicio*.

Ciego, obcecado, pensó lo peor.

Y al efecto se puso en camino, con el fin de buscar á Soult, y siguiendo las indicaciones de Olachea, referirle lo pasado, si bien cuidando de colocarse él en el mejor lugar.

Ni una hora llevaba andando, cuando le dieron el alto.

Poco después se encontraba en presencia de Soult.

Este le interrogó detenidamente, sin dirigirle por el momento cargo alguno que pudiera inquietar á *Cencerrita* ni despertar en él sospechas.

Y ya creía el bandido haber resuelto lo principal de su plan, cuando el general le dijo con acento duro:

—Pero, ¿cómo has venido hasta aquí?

El aludido se inmutó.

Aquella pausa, aquel cambio de color, le había perdido.

Sus ropas estaban secas, lo cual demostraba que no había salvado la distancia nadando, único modo de llegar á tierra firme tratándose de la Cortadura.

Un tanto repuesto, y maldiciendo de su torpeza, de no haber caído en mojar sus ropas, como el mejor pretexto para justificar su presencia, respondió:

—La astucia me ha salvado. Fingí, al ver mal las cosas, que era enemigo de los franceses, y me brindé á venir aquí para ver de engañaros.

—Pues no lo conseguirás—le respondió Soult.

Y acto seguido dispuso que le ahorcaran de un árbol.

Cencerrita protestó, juró, maldijo, pidió perdón...

Todo inútil.

La orden fué cumplida.

Y el cadáver de aquel miserable, colgaba de unas ramas al rayar el día.

A esta misma hora mandó Soult romper el fuego contra la plaza.

Treinta piezas de gran calibre comenzaron á vomitar todo género de proyectiles sobre Cádiz.

La pólvora francesa se aprovechaba bien.

En cambio la española se gastaba en salvas, pues la artillería enviaba proyectiles sobre un enemigo casi invisible.

Pero así y todo, el francés no avanzaba.

El día entero siguió el sitiador descargando del mismo modo sobre la plaza.

Por lo visto se había propuesto convertirla en ruinas, ya que no le era posible rendirla ni hacerla capitular.

Dentro de aquellas murallas, tenían efecto actos de valor y de caridad imposibles de definir.

Pero nada bastaba para detener, ni el curso de la epidemia, ni los destrozos producidos por la artillería enemiga.

—¡Cobardes!—exclamaba Cayetana cada vez que estallaba una bomba, sembrando la muerte y la destrucción.

Y saltando por entre escombros, sin reparar en

los peligros que corría, prestaba auxilios á los necesitados.

Olaechea, con todos los suyos, prestaba ayuda á su esposa.

Los fusiles eran inútiles: sólo el cañón funcionaba, pues sólo la artillería podía salvar la distancia á que se encontraban los franceses.

Sobraba gente para la defensa.

El enemigo sabía perfectamente que cuerpo á cuerpo sería vencido, y ni siquiera intentaba acercarse á la Cortadura.

Triste experiencia tenían de ello, pues no era fácil olvidar cómo en campo abierto habían caído á centenares los «hijos de San Luis,» y cómo quedaron en montones al intentar los asaltos.

Primero la astucia, luego los cañones, siempre la mala fe, y en último caso la infantería.

Al contrario que en España, donde la infantería era y es, lo primero y lo principal.

Cuatro días iban pasados sin que cambiara el aspecto de las cosas.

Cuatro días en los cuales se hizo indispensable dar á los muertos sepultura en el mar, pues no había medio hábil de enterrar tantos cadáveres.

Los nobles patricios que deliberaban bajo el fuego del cañón, como si vivieran en una paz octaviana, daban grandes ejemplos.

Que en más de una ocasión removieron escombros...

Y no se verificó que faltara representación del

gobierno y las Cortes al ser arrojados al mar los cadáveres de los que habían fallecido víctimas de la fiebre, ó á consecuencia de las balas ó de los hundimientos.

En pró de aquellos infelices que morían aplastados, nadie trabajaba como Cayetana y los suyos.

Las armas habían sido trocadas por herramientas; y donde quiera que se suponía que habían quedado personas bajo los derrumbamientos, allí estaban ellos hasta salvar al desgraciado ó extraer los cadáveres.

Soult podía estar satisfecho de su obra.

El no vencería; pero en cambio la epidemia, favorecida en su desarrollo por los pestilentes olores emanados de los restos que no se habían podido extraer, llevaba trazas de acabar en pocos días con la vida de aquellos heróicos defensores de la patria.

Entre los amigos de Cayetana y Olaechea, se distinguía mucho el padre Gil.

No había empuñado las armas, porque no hizo falta; pero en cambio trabajaba como un obrero, y al par cumplía con su elevada misión sacerdotal, no sólo oyendo á los moribundos, sino animando á todos con su palabra y su ejemplo.

Al sexto día de bombardeo, arreció más y más.

Las furias del averno parecía que se habían desatado sobre Cádiz, y que todas las legiones infernales se habían reunido, para de consuno convertir la plaza en ruinas.

Lo natural era creer que iban á intentar forzar la Cortadura, apoderándose de los fuertes, y desde ellos batir en brecha.

Había que vivir prevenidos para todo, y se dispuso reforzar la guarnición de los puntos amenazados.

Pero como al propio tiempo no era posible estar en todas partes, Cayetana optó por quedarse en la ciudad.

Por el momento allí estaba el peligro, toda vez que las granadas caían cual granizo en tiempo de tormenta.

Lo que pasaba dentro del recinto murado, era una tristísima realidad.

Lo que podía pasar fuera, una suposición, si bien con buenos fundamentos de que también llegara á realidad.

Pensando así, se dijo Cayetana:

—Para acudir á cerrar el paso al enemigo que amenaza, hay tiempo; pero para abandonar tantas y tan grandes desgracias, es preciso que lo exija la patria de un modo imperativo.

De su misma opinión fueron Olaechea, Pedro Herria y el padre Gil.

Mas Pedro, por disposición de Cayetana, se unió á las tropas, con el fin de traer noticias ciertas de lo que pasara.

Al efecto, á más de su fusil, llevaba un catalejo de gran potencia, pues permitía distinguir los objetos á una distancia considerable.

San Fernando, parecía que se tocaba con la mano.

Y los cañonazos aumentaban, cual si fueran la viva demostración del coraje y del enojo de que se hallaban poseídos los sitiadores.

El tránsito por las calles se iba haciendo cada vez más peligroso.

Pues no sólo las bombas amenazaban de continuo, sino que dificultaban el paso los escombros al par que amenazaban aplastar á los transeuntes las paredes cuarteadas y próximas á derrumbarse.

Pero la caridad, el verdadero amor al prójimo, aquellos actos de abnegación verdadera, pues no son ejecutados para buscar la recompensa ni el aplauso de los que comercian con los vicios y con las virtudes de los demás, une al valor la prudencia.

Y como esta era la caridad que guiaba á Cayetana y á los suyos, y muy en especial al padre Gil, hasta la hora en que nos estamos ocupando de ellos, no habían sufrido ningún accidente lamentable.

Pero hay cosas que nadie puede evitar.

Y una de estas fué, que estallara una bomba á tan corta distancia del punto en que aquellos héroes ejercían su misericordiosa obra.

El estampido tuvo lugar en una calle estrecha, cuyas casas estaban resentidas.

Y las consecuencias no se hicieron esperar ni un momento.

Pues estallar la bomba y caer á tierra los edificios, todo fué obra de unos instantes.

La nube de polvo que se levantó, fué tan compacta, que impedía averiguar qué suerte habían corrido Cayetana y los suyos.

Mas todo era de temer, pues ni ayes ni voces se escuchaban.

A juzgar por aquel silencio sepulcral no parecía sino que todos habían perecido.

Así al menos lo supuso *Manoliyo*, que por casualidad se había retrasado un poco, á lo cual debió no quedar también envuelto entre aquellas ruinas.

¿Qué podía hacer él sólo?

Poco ó nada.

Pero esto no obstante, seguro de no ver cosa alguna ni aun por los costados, se lanzó entre aquella masa compacta de polvo, entre la cual se dejaba escuchar de vez en cuando el fatídico estrépito de las paredes que se desploman.

Y aunque sin esperanzas de que le respondieran, comenzó á llamar por sus nombres á cuantos conocía.

En un principio nada escuchó; pero no bien se hubo internado, pudo oír débiles lamentos.

Manoliyo se asfixiaba: casi no podía respirar aquella atmósfera enrarecida, y que en realidad podía decirse que se mascaba.

Y allí hubiera perecido de seguro, á no levantarse de improviso un furioso huracán, que en pocos instantes disipó, despejó la calle.

¡Qué cuadro tan espantoso!

Todos cuantos se veían, estaban como cadáveres.

Manoliyo se acercó á varios, y les creyó difuntos.

Su ánimo decayó de tal modo, que ni fuerzas tuvo para llorar.

En aquella actitud hubiera pasado largo tiempo, á no ser porque oyó que le llamaban.

Y porque conoció la voz de Cayetana.

—¿Dónde estás?—preguntó á grandes voces.

—Sigue de frente—le respondieron.

Manoliyo, torciendo la cabeza hacia la izquierda con objeto de ver el frente por su costado, comenzó á caminar.

De aquel modo llegó á un montón de escombros.

El camino estaba cerrado: no podía seguir adelante.

Entonces preguntó de nuevo:

—Cayetana, ¿dónde estás?

—Tú sólo no puedes hacer nada: nosotros no podemos ayudarte: busca gente y que nos saquen de esta prisión donde estamos á punto de perecer.

—¡Gente! y ¿dónde está? Mientras que la busco perderé tiempo.

Y así diciendo, comenzó á remover escombros con las manos.

Cada vez que quitaba un témpano de pared ó de tabique, venían sobre él los que, colocados encima, formaban el montón.

Más de una vez rodó por el suelo, y sufrió magullamientos y contusiones.

Pero se levantaba, y sin sentir el dolor que el golpe le produjera, ni hablar una sola palabra, tornaba á quitar cascotes.

En una de aquellas ocasiones, dijo:

—Cayetana, ¿estás sola?

Nadie le respondió.

Aquel silencio le heló la sangre.

Pero en vez del desaliento que antes había experimentado, redobló sus esfuerzos hasta el punto de desviar un trozo de muro que imposible pareciera que pudiesen moverlo dos hombres.

Y se produjo un estrépito espantoso.

Que aquel montón de escombros que ocultaba á Cayetana, cayó de una vez sobre *Manoliyo*.

Y se pudieron ver unos maderos cruzados, y detrás de ellos un hueco.

Á esto llegaban gentes en socorro de los que estaban bajo el hundimiento...

Las cuales pudieron ver á Cayetana con el rostro ensangrentado, que aparecía entre los maderos.

Á ella acudieron presurosos, con el deseo de sacarla de allí.

Pero la heroica hija de Cádiz les dijo:

—Yo puedo valerme por mí misma: venid á ayudarme.

Todos penetraron por entre los maderos, y después de ímprobo trabajo, pudieron descubrir el lugar en que se encontraban Olaechea y el padre Gil.

Ambos estaban vivos; pero en situación tan desesperada, que Cayetana lloró un momento su prematura viudez.

Pero como su alma tenía un temple tan especial, pasado el primer dolor, exclamó:

—Sea lo que Dios disponga: la que antepuso la patria á su padre, no va á posponerla ante su marido.

Y en tanto que se llevaban á Olaechea y el padre Gil, dijo:

—¿Dónde está *Manoliyo*?

Nadie supo responderle.

Y temió lo que era verdad.

Tan luego como el sacerdote y su esposo quedaron bien instalados, tornó Cayetana á las ruinas en las cuales estuvo á punto de perecer, y se puso á trabajar como cualquier hombre.

Y tropezaron á *Manoliyo*...

Pero muerto.

De igual manera extrajeron hasta diez personas más.

Las restantes estaban heridas ó casi asfixiadas.

Y ya se retiraban, cuando otra bomba vino á estallar en el mismo sitio.

Apenas cesó el ruido, se oyó el llanto de un niño.

Como una loca se lanzó Cayetana en socorro de aquel ser desgraciado.

Ayudada por algunos, llegó hasta el lugar en que lloraba la criatura.

Allí había tres cadáveres, producidos por la primera bomba.

Eran una mujer y dos niños, como de seis y ocho años.

La niña, que lloraba sobre una pobre manta y envuelta en más pobres ropas, estaba intacta.

La habitación no ofrecía peligro.

En las paredes se veían clavados cascos de metralla, que, á juzgar por la dirección en que se encontraban, habían penetrado por la ventana, cerca de la cual debían encontrarse los tres muertos.

Cayetana tomó en sus brazos á la niña, y se dispuso á salir.

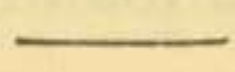
Pero antes deseó saber algo de aquella familia, y al efecto registró en torno suyo con la vista.

Y vió un arca de madera que estaba abierta.

Se acercó á ella, levantó la tapa, y al ver las iniciales bordadas en una camisa de hombre, exclamó:

—¡Dios tiene misericordia de mí, puesto que me permite cumplir lo que había prometido y hube de olvidar!

Y con la niña en los brazos, tornó al lado de su esposo y del padre Gil.



Mientras tanto, hablaba Pedro Herria al general gobernador de este modo:

—Os juro, mi general, que los franceses levantan

tan el campo con precipitación. Algo grave debe pasar para ello.

—Como pudiera ser que el deseo te hubiera engañado, juzgo prudente esperar más noticias. Ya ves: el cañoneo no cesa; lejos de suceder eso, se aumentó desde el amanecer, y así continúa.

—Pues dadme veinte hombres; disponed que salga Olaechea...

—Quizás haya muerto.

—¡Jesús!

—Y casi todos los suyos.

—¿Cayetana también?

—Esa está herida en la cara.

—¡Santos del cielo!... Pues bien: dadme los veinte hombres que os pido, y tened por seguro que me traigo por lo menos un cañón.

Tanto y de tal manera insistió Pedro, que al fin se decidió el general á ir al fuerte, para ver por sus propios ojos lo que Herria le aseguraba con tanta firmeza.

Y se persuadió de que, en efecto, los franceses levantaban el campo.

En vista de esto, dispuso una salida.

El sol declinaba, y el cañoneo iba disminuyendo.

Esto obedecía á que los enemigos iban retirando los cañones.

Cuando llegó la noche, cesó el fuego de cañón; pero, en cambio, se dejó escuchar el de fusilería.

Era el que hacían los tres batallones que envió

el general desde Cádiz, que luchaban contra los últimos artilleros franceses que habían disparado.

Al toque de ánimas, todas las campanas de la ciudad repicaban alegremente, y las músicas recorrían las calles y las plazas, para celebrar, no sólo el levantamiento del sitio, sino también la entrada de ochenta prisioneros y tres piezas de batir, cogidas por los valientes que hicieron la salida.

¡Qué contrastes los de la vida!

Los hospitales llenos de enfermos; la ciudad casi destruida; la mar esperando los cadáveres que habían de caer al agua...

¡Luto, desolación, espanto y muerte!...

¡Y las músicas entonando aires nacionales!...

¡Y las campanas repicando!

Y Cayetana á la cabecera de dos moribundos, y teniendo en sus brazos á la niña que milagrosamente estaba viva.

¿Quién se acordaba de ella en aquellos instantes de amargura?

Sólo un hombre: Pedro Herria, que en vez de tomar parte en el regocijo, se presentó á Cayetana y hubo de decirle:

—De todos tus verdaderos amigos, sólo vivo y sano estoy yo. Dispón de mí: la patria no me necesita por el momento; después de España, tú.

CAPÍTULO XVIII

A paso de carga.

LA retirada de las tropas francesas obedecía á órdenes apremiantes del emperador.

Que había comprendido, en vista de las primeras evoluciones realizadas por lord Wellington, que se trataba de una campaña decisiva.

Y al efecto, dispuso que todas las fuerzas se dirigieran hacia el Norte, para allí dar la gran batalla y terminar de una vez.

Al efecto, salió José de Madrid con un respetable contingente de tropas, y la mayor parte de los palaciegos.

Éstos iban bien provistos de cuantiosas riquezas robadas á España, y seguían al ejército, como el mejor modo de llegar á la frontera sin peligro.

Y al propio tiempo se puso Soult en marcha, para proteger las maniobras del ejército de José, que sumaba *ochenta mil* hombres de todas las armas.

Ahora bien.

Puesto que el emperador sabía que aquella iba á ser la última campaña, ¿por qué no se presentó para dirigirla?

Ya que tantas veces amenazó con pasar la frontera, ¿por qué no lo realizó en momentos tan solemnes para él?

Porque no ignoraba que, de salir vencido, podía costarle la corona, y de seguro el poco prestigio que le quedaba.

Y no era grano de anís, y menos para él, caer de un golpe desde la altura á que le habían elevado su osadía y sus traiciones.

Sus panegiristas, dicen unos, «que otorgaba tan poca importancia á España,» que desdeñó presentarse.

En cambio aseguran otros que estaba enfermo y gravemente ocupado y preocupado con las amenazas de los republicanos.

Ni lo uno, ni lo otro.

Que ni los republicanos se movían, ni estaba enfermo, ni mucho menos despreciaba los resultados de la campaña.

La verdad fué ésta:

Conocía el carácter español: estaba seguro de que los españoles no se darían por vencidos por derrota más ó por derrota menos...

Y temió ser arrollado y tener que entrar en Francia perseguido.

Teniendo esto presente, acumuló tropas para

evitar un desastre en sus huestes, en tanto buscaba remedio al mal en una nueva felonía.

Y fué esta, autorizar á su hermano José para que viera el modo de que las Cortes le reconocieran rey de España, «aun cuando fuera bajo la condición de que en el término de dos meses, no quedara en la Península más francés que él.»

Pero José le respondió que ya lo había intentado, sin lograr resultado alguno.

A todo esto los españoles y los ingleses habían roto las hostilidades, y avanzaban arrollando los obstáculos.

José quiso cerrarles el paso...

Pero fué derrotado de la manera más completa y vergonzosa, y el ejército invasor entró en Francia «de cabeza,» según frase de un historiador portugués, que sufrió la misma suerte.

Las riquezas acumuladas en Vitoria por los ladrones invasores; toda la impedimenta del ejército, multitud de armas y de prisioneros...

Hasta el coche en que viajaba José, y dentro del cual se halló un corsé de señora, unas ligas, y otros objetos que la decencia no permite nombrar, fueron los trofeos de aquella batalla, que puso término á la dominación extranjera.

Soult llegó tarde para vencer; pero con tiempo sobrado para entrar en Francia empujado por las armas españolas.

Y hé aquí que los españoles fueron á buscar al emperador á su misma casa.

Y que ni aun en Tolosa de Francia, el «primer capitán del siglo XIX,» el bú de Europa, el genio inmortal, el conquistador temido, se *dignó* presentarse.

Pero el león castellano rugía en los Pirineos, y el águila altanera no tuvo más remedio que abandonar su nido.

De otro modo, hubiera subido á la picota como Luis XVI...

Sí; el pueblo le hubiera guillotinado.

En malas condiciones entraba en combate.

Tras el desastre en Rusia, Alemania, Austria é Italia, iniciaron movimientos de resistencia.

Derrotado en España, y falta de prestigio entre los suyos, tenía que habérselas con su más mortal enemigo...

Con la Inglaterra.

Y fué derrotado también, y quedó prisionero de los ingleses.

Fernando estaba libre, y emprendió el camino de España.

Era un cruel verdugo, y se presentó como una víctima.

El pueblo, siempre noble, siempre confiado, le recibió en palmas.

El mal hijo y peor rey, juró en el Fluvia la Constitución fechada en Cádiz bajo el fuego del cañón, el hambre y la peste...

Pero á los dos días la abolió, restableciendo el régimen absoluto, y prendiendo, desterrando, en-

carcelando y ahorcando á aquellos mismos que le habían defendido á costa de su sangre.

Y su iniquidad llegó al extremo de arrancar de los hombros de Agustina Zaragoza la charretera que le otorgaron las Cortes y la que le concedió Palafóx.

De un plumazo abolió la Constitución, y de otro todo cuanto habían legislado y hecho las Cortes.

Ni aun los gastos de la guerra y las deudas contraídas por España para sentarle en el trono, quiso reconocer.

Argüelles, el *divino Argüelles*, arrastró el grillete en un presidio...

Y algunos escaparon del furor y de la saña de hiena de Fernando, huyendo á buscar un refugio entre aquellos contra los cuales tanto tiempo habían estado peleando en la Península.

Para lo único que le faltó valor, fué para restablecer la Inquisición.

Pero, en cambio, nombró comisiones militares que procedieron de igual modo que lo había hecho Murat para vengarse de los heroicos hijos del Dos de Mayo de 1808.

Tantas iniquidades, barbarie semejante que eclipsaba la de los emperadores romanos, produjo los resultados que eran de esperar.

Esto es, que el pueblo, indignado, conspirase... ¡no contra Fernando!... sino para convertirle en rey constitucional.

¡Cuántas víctimas! ¡Cuánta sangre costó llegar

al grito dado por Riego en Cabezas de San Juan.

Por aquellos días, esto es, al cabo de cinco años de martirios más crueles que los impuestos por los franceses durante la guerra de la Independencia, se vió obligado Fernando á decir:

«Sigamos todos con lealtad, y yo el primero, por la senda constitucional.»

¡La lealtad de Fernando!

¿Cuándo la tuvo?

Cedió á la fuerza.

Napoleón había roto sus prisiones, y en pocos días tornó al poder.

Pero de nuevo fué derrotado por los ingleses en Waterlloo, y al rendir su espada, había exclamado:

—¡Sálvese el que pueda!

Fernando tuvo presente esta frase, y juró la Constitución para salvarse de las terribles consecuencias que para él hubiera traído una negativa.

Preso de nuevo el emperador en la isla de Santa Elena, y restablecida la monarquía legítima en Francia, los vientos de libertad que pasaban la frontera, pusieron en cuidado al hijo del imbécil Carlos IV.

Y pensó en buscar el favor del rey de Francia en contra de la Constitución española.

Pero no encontró eco su petición en un principio.

Mas pasados dos años, los liberales franceses habían retrocedido un tanto, y los españoles avan-

zado de tal modo, que la misma Francia llegó á temer.

Y recordando lo propuesto por Fernando, le hizo algunas indicaciones.

¡Qué más podía apetecer!

Ocasión semejante no era fácil que se le presentara dos veces, y aprovechándola, pidió la intervención francesa.

Pero ocultando cuáles eran sus intenciones, y encareciendo que no se supiera que él tenía arte ni parte en lo que por él estaba pretendido.

Y en efecto, un ejército francés, al mando del duque de Angulema, primo de Fernando, invadió á España.

Los franceses entraron llenos de recelos, pues no habían olvidado cómo salieron pocos años antes.

Pero las cosas habían cambiado, pues no llegaban contra Fernando sino á favor de Fernando, y los absolutistas batieron palmas y hasta nombraron una regencia en Bayona.

Fernando quería esperar á Angulema en Madrid; pero las Cortes dispusieron trasladarse á Sevilla, y el rey no tuvo más remedio que emprender la marcha.

Sin resistencia llegaron los franceses hasta Madrid, y siguieron el camino de Andalucía.

Y los absolutistas nombraron segunda regencia y hasta ministerio.

Éste formó los batallones de voluntarios realistas, dió la denominación de «negros» á los libera-

les, y patrocinó una exposición en la cual se pedía «el restablecimiento del Santo Oficio.»

Como las tropas francesas seguían caminando sobre Sevilla, y no era posible oponerles seria resistencia, se dispuso que una vez más fuera Cádiz el baluarte de la libertad.

Fernando se negó en redondo á moverse de Sevilla.

Y hasta llegó á amenazar á las Cortes.

Estas, dispuestas á todo, votaron la incapacidad del rey; y ya declarado «loco,» se apoderaron de él, y por la fuerza fué conducido á Cádiz.

La regencia de Madrid lanzó anatemas contra los liberales.

Y comenzó una persecución tal contra todo aquel sobre el que recaían sospechas de que fuese constitucional, que Angulema tuvo que dar un manifiesto en Andújar, á fin de poner cortapisas á los desmanes de la regencia.

Pero ésta protestó á su vez, y prosiguió su camino.

Los generales Morillo y Ballesteros, capitularon con los franceses.

Y fueron asesinados en la Coruña *cincuenta y dos* absolutistas, mientras que á los pocos días tenían que rendirse los liberales.

Así las cosas, y ya las Cortes en Cádiz, cometieron la torpeza de volver sobre su acuerdo de Sevilla, otorgándole á Fernando la *capacidad* que le habían negado.

El acto no podía ser más absurdo: más quijotesco.

Fernando mismo se burló descaradamente de las Cortes, exclamando:

—¡Hola!... ¿Conque ya no estoy loco? Gracias por la noticia de mi curación.

Y se rió á mandíbulas batientes.

¿Qué había sido en tanto tiempo de nuestros antiguos conocidos?

Vamos á decirlo.

El padre Gil había muerto.

Las heridas y las contusiones que recibió el día de la catástrofe, le produjeron una fiebre que tomó los caracteres de la infección que diezmó la ciudad.

Ni la ciencia de curar, ni los cuidados de Cayetana, eran bastantes para combatir el mal, agravado por la edad del sacerdote, pues contaba cerca de setenta años.

Y murió «como un santo.»

Como un santo, dentro de la doctrina católica, en cuanto se relaciona con el Evangelio de Jesús.

Esto es, perdonando y pidiendo perdón, según nos enseñó Cristo en el árbol santo de la Cruz.

Y rogando á Dios por la paz y la felicidad de España.

En esto no fué escuchado.

En España no podía haber paz.

España no puede llegar á ser feliz.

Somos como las víboras...

Criamos hijos para que nos devoren.

Díganlo si no los absolutistas.

Escudados con las leyes liberales; prevalidos de la indulgencia, de la nobleza con que siempre fueron tratados, no perdonan ocasión ni eluden pretexto para provocar días de luto y ríos de sangre.

Puede haber paz á intervalos más ó menos largos; pero siempre aparente, ficticia.

Pero felicidad, ¡jamás!

Las batallas políticas, las luchas financieras, dejan rastros aún más espantosos que las batallas campales.

Y aquí, donde sobran hombres de talento, de valor incomparable, no encontramos un político de verdadero genio, ni un hacendista que nos libre de la miseria.

España, por su cielo y por su suelo, por su clima y por sus mujeres, es un edén...

Si llegara á tener un buen gobierno, se convertiría en un Paraíso sin serpiente.

En cuanto á Olaechea, curó de sus heridas, pero no de un modo completo.

Tan luego como pudo abandonar el lecho, pensó en trabajar para atender al sustento de su esposa y de la niña que había adoptado.

Aquella niña que sacó de la mansión de la muerte, y que era la hija menor del honrado hombre

del pueblo, á quien hubo de recomendar el padre Gil á la caridad de los gaditanos.

Cayetana había vivido mal, muy mal.

Que sobre ella pesaba el cuidado de su esposo y de la niña, y carecía de recursos para atender á las más apremiantes necesidades de la vida.

Desde el día en que las Cortes salieron de Cádiz para recibir á Fernando, nadie se había vuelto á acordar de ella.

No parecía sino que era el grano de sal que cae en el agua y que desaparece como por encanto á la vista de todos.

Sólo el inválido Pedro Herria le acompañaba, y al par la iba sacando de los mayores apuros.

Pedro era un hábil curtidor de pieles, y aunque el trabajo no abundaba, iba sacando algún provecho.

Cayetana no sabía cómo pagarle.

¡Y todo esto, cuando Olaechea había tenido en sus manos una fortuna que nadie le podía disputar; cerca de tres millones!...

Pero aquel dinero le parecía mal ganado, y lo entregó, á fin de que nadie tuviera derecho á dudar de sus actos ni aun de sus intenciones.

Si en vez de seguir tal conducta, se hubiese guardado lo que le entregaron, de seguro que no le faltarían aduladores, y gentes, que con tal de explotarle, refrescaran de continuo la memoria de sus hechos.

En tal caso, los nombres de aquellos héroes hu-

bieran pasado á la posteridad de una manera indudable.

Pero procedieron con nobleza, y hoy en el día todos tienen derecho hasta para negar la existencia de aquellas gentes, y cuando más, se les otorga un puesto entre el montón anónimo de los que perecieron luchando por la independencia de la patria, y supieron humillar la arrogante y altiva cerviz del endiosado Bonaparte.

De aquel que había paseado en carrera triunfal su caballo por toda Europa.

Sólo Olaechea, el exnovicio de la Cartuja de Jerez, logró que su nombre fuera inscrito entre los defensores de Cádiz.

Pero con tan poca exactitud, que se le dió por muerto muchos años antes de que tal desgracia sucediera.

De estas deficiencias de la historia no se puede culpar á los historiadores tan sólo.

Sus omisiones obedecen, por regla general, más que al descuido en proporcionarse datos, á las envidias nacidas en los testigos presenciales, pues es natural que sobrevivan aquellos que menos se arriesgaron, y que ellos sean los encargados de facilitar las notas, en las cuales se ocultan nombres, á fin de que los lectores sospechen que el narrador era uno de los héroes.

A esto hay que añadir la ingratitud de los hombres y el acicate de las pasiones políticas.

Así se explica que se tengan por indudables he-

chos contra los cuales hay pruebas irrecusables, y que se hayan cambiado nombres y fechas.

¿Dónde está aquella célebre María Pita que venció á Drake en Coruña?

Tal María Pita no ha existido.

La esforzada matrona, hija del pueblo, casada cuatro veces, y que tomó parte en la defensa de la Coruña contra los ingleses; que obtuvo paga de sargento, y á quien hace poco se le han rendido honores de capitán general, con motivo de haberse colocado una lápida conmemorativa en honor suyo, se llamó en vida Mayor Fernández de la Cámara y Pita.

Pues del mismo modo han pasado muchas cosas; de igual manera está falseada la historia en hechos, no ya particulares, sino también generales y de grandísima importancia.

¿Puede haber suceso de mayor trascendencia que la derrota sufrida por don Rodrigo, último rey de los godos, y que abrió á los árabes las puertas de España por espacio de ocho siglos?

Pues demostrado está que no hubo tal batalla del Guadalete; que el hecho tuvo lugar en otro punto.

Sin embargo, hasta en las escuelas del Estado y en los centros docentes, se enseña que don Rodrigo perdió la batalla de Guadalete, y que pereció en sus aguas; como así, que la ruina de los godos se debió á los amores del rey con la famosa Florinda, llamada la *Cava*.

Y tan falso es lo uno como lo otro.

Florinda es un ser fantástico.

Don Rodrigo pudo tener, tuvo sin duda alguna amores; pero de esto á lo consignado como verdad innegable, hay gran distancia.

Cayetana había de quedar ignorada para la generalidad de los españoles, y para el resto de los vivientes.

Los extranjeros no habían de conocerla: ni aun los franceses, aquellos mismos que tan diarias lecciones habían recibido de su propia mano, la recordarían jamás.

Pasado el peligro, se retiró á su casa.

Mujer honrada, se dedicó al cuidado de su esposo y de la niña *Milagros*, que hubo de adoptar por hija...

Y como «con las glorias se olvidan las memorias,» y como tras aquellas alegrías tornaron los momentos de angustia y de dolor bajo el peso fatídico de Fernando el *Deseado*, la hija del pueblo, entre el pueblo quedó confundida é ignorada.

Nosotros hemos tenido la buena suerte de tropezar con su nombre en una orden del día expedida por don Tomás de la Morla, poco tiempo después de la rendición de la escuadra francesa, y sentimos orgullo al haber hallado ocasión de darla á conocer del noble pueblo español.

En los momentos en que volvemos á Cádiz en

compañía de las Cortes y del falso y desleal Fernando VII, Olaechea ayudaba á Pedro Herria en el trabajo del curtido de pieles.

Ambos trabajaban, y Cayetana administraba los jornales de ambos.

Aquella pobre casita, tan humilde como limpia y tranquila, era la envidia de las gentes.

Tan la envidia, que no faltó quien intentara echar en ella un puñado de lodo, dando falsa y torcida interpretación á la presencia de Pedro Herria en aquella casa.

Tan infame calumnia hubo de llegar á oídos de Pedro.

Y hombre digno, formó el proyecto de atajar la maledicencia, cambiando de domicilio.

Pero ¿cómo realizarlo sin decir á Olaechea la verdad?

Y ¿cómo decírsela?

Difícil era la solución.

Porque, miradas las cosas bajo otro punto de vista, Olaechea trabajaba poco, pues no le permitían hacer más sus achaques.

El verdadero sostén de la casa era Pedro Herria.

Al alejarse, perjudicaba á sus buenos amigos.

Por espacio de algunos días disimuló el malestar que sufría; pero la perspicacia de la mujer es tanta, que hubo de descubrir Cayetana en el semblante y en las actitudes de Pedro, algo extraño, algo que exigía una explicación.

Al efecto, consultó con su esposo y le dijo:

—Pueden ser muchas cosas; pero en mi concepto, el disgusto que se nota en Pedro debe proceder del deseo de recobrar su libertad.

—¿Quién se la quita?

—Su dignidad: de seguro cree ofendernos, aparecer como mal amigo al separarse de nosotros, y sufre y calla.

—Pronto saldremos de dudas.

—Eso deseo: la verdadera amistad consiste en...

Herria se presentó.

El momento había llegado.

Y sin preámbulos enojosos ni digresiones imperinentes, dijo Olaechea:

—Vamos á ver, Pedro: Cayetana ha notado en tí algo que traduce porque estás violento á nuestro lado.

—Yo...

—Déjame terminar.

—Prosigue.

—Ni élla ni yo dudamos de tu buena amistad, pues hartas pruebas tenemos de ella bajo todos conceptos... Y no hemos de ponerla en tela de juicio porque, fundado en razones que no te preguntamos, desees alejarte de nuestro lado. Lo sentiríamos, nos causaría un pesar no compartir contigo las penas y las alegrías; pero cree firmemente, que mucho más ha de mortificarnos saber que procedes con violencia, debido, sin duda alguna, á los nobles sentimientos de tu corazón.

—Olaechea, yo...

—Dispénsame: no he terminado.

—Es que sufro mucho oyéndote.

—Tanto, por lo menos, padezco yo hablándote de este modo.

Y luego añadió:

—De tres panes que entren en esta casa, traes tú dos ó más. Por afecto, por egoísmo, por todo, tu ausencia será para nosotros una pérdida irreparable; pero ¿qué vale lo que podemos sufrir nosotros, comparado con la violencia que te produzca permanecer aquí? Libre eres: te quedas ó te marches, Cayetana y Olaechea serán siempre los mismos para tí... Y si tornaran días difíciles para España, los cuales veo muy cerca, juntos combatiremos como en los tiempos pasados. Procede, pues, como creas que debes: nadie te pide explicaciones... lo único que te rogamos es que no permanezcas con violencia á nuestro lado.

—Jamás la tuve, Olaechea; por mi gusto, por mi voluntad, jamás me alejaría de vosotros; pero hay circunstancias en la vida...

—Eso es más extraño aún; ¿obedecen á una fuerza independiente de tu voluntad?

—Sí, amigo mío: creo un deber de conciencia separarme de vosotros.

—Cada vez me confundes más; pero sea lo que fuere, en tanto que los causantes no seamos nosotros...

—No; te lo juro.

—Cállalo, pues.

Hasta aquel instante, Cayetana había escuchado y oído en silencio; pero con su gran penetración adivinó algo de lo que era la verdad, y, no siendo dueña de contenerse, terciando en la conversación, dijo:

—Creo llegado el momento de proceder de modo distinto al que nos habíamos propuesto, pues no dependiendo ni de Pedro ni de nosotros la separación, sólo puede haber una causa que realmente la motive.

—¿Qué nos importa?—dijo Olaechea, con el fin de terminar la conversación.

—Si es lo que me figuro, nos interesa á los tres mucho.

—Olvida eso.

—Quisiera poder hacerlo; pero á veces se oyen palabras á las cuales se les niega importancia, y llega un día en el cual se recuerdan y adquieren un carácter grave.

—No te comprendo.

—Pues te lo explicaré: hace tiempo oí una conversación que hube de olvidar en el acto... y ahora sospecho que pudiera aludir á mí.

—¿Á tí?

—Y más diré; si la determinación de Pedro obedece á lo que entonces se dijo donde yo pudiera escucharlo, no debemos consentir que salga de casa.

—Habla de una vez.

—Pues sabe que, á mi juicio, se pone en duda la

lealtad de nuestro amigo y la honradez de tu esposa.

Pedro se inmutó.

—¡Dudar de tí!—exclamó Olaechea abrazando á su esposa.

—Sí, de tu Cayetana.

—Díme, Pedro; ¿es cierto lo que supone aquella á quien llevé al pie de los altares y de la cual no puedo dudar?

—Sí, es cierto.

—¡Ah!...

—Hace poco tiempo lo supe: desde aquel día ando buscando un pretexto, pues causa no había de hallarla, para separarme de vosotros.

—Pues seguirás á nuestro lado: ahora soy yo el que ruega, el que como amigo te exige, que no salgas de aquí.

—Mi conducta se ajustará á lo que dispongáis: aquello que ordenéis, aquello, y no otra cosa, se hará.

Así pasaron los días, hasta que Olaechea recibió un anónimo encareciéndole que vigilara á su esposa.

El escrito fué del dominio de Cayetana y de Pedro; pero ninguno de los tres pudo calcular quién fuese el autor.

Un segundo anónimo, en el cual se acusaba á Pedro también, acabó de indignar á los tres.

Y se propusieron averiguar de dónde procedía aquella conducta tan infame.

Para conseguirlo, Pedro, de acuerdo con Olachea, y lo mismo Cayetana, pusieron en práctica un plan.

Y este consistía, en hablar con poco recato el uno del otro, con el fin de ver si llegaba un tercer anónimo refiriendo algo de lo que alguno de los dos hubieran dicho.

Pues en tal caso, fácil era averiguar de dónde procedía.

No se hizo esperar el tercer escrito sin firma; y en él se consignaban palabras que en secreto había confiado Cayetana á una vecina.

Ya tenían un cabo por el cual sacar el ovillo, pues desde luego supusieron que aquella mujer no era la verdadera delincuente, puesto que ni sabía escribir, ni aun cuando supiera, se expresaba del modo en que lo hacían las acusaciones.

Sin embargo, era preciso comenzar por aquella mujer.

La cosa era sencilla, y puesta en ejecución, dió los resultados que ahora veremos.

Poco práctica en aquellos manejos debía ser la vecina, pues tan luego como se encontró descubierta, no tuvo fuerzas para negar, y dijo:

—Yo sirvo á una señora la cual quiere muy mal á Pedro: élla es la que hace tiempo le viene siguiendo los pasos, y yo, como me paga bien... la he servido. Pero os juro que estoy arrepentida, y que si me perdonáis, haré todo aquello que se me mande.

¡Una señora que odiaba á Pedro!

¿Quién podría ser?

Todos los cálculos se estrellaban contra la falta de fundamento, pues ninguno de los tres conocía á la señora, que, según la vecina, era muy rica y se llamaba la condesa d'Olite.

El título parecía francés.

Desde aquel día, la vecina sirvió con lealtad á Cayetana, y ésta logró al fin ver á la señora condesa.

¡Cuán grande fué su asombro!

De vuelta en su casa, y hablando con su esposo y con Pedro, les dijo:

—Ya sé quién es la «señora condesa.»

—¿La conocías?—le preguntó su marido.

—Y tanto.

—¿Dónde la viste ó la trataste? porque no recuerdo...

—Esa infame, esa... desgraciada, no es á Pedro al que odia, sino á mí.

—Pero, ¿de dónde la conoces?

—¡De días muy tristes! Esa mujer que ahora se titula condesa, era la favorita del intruso José... entonces se llamaba Idleta.

—¡Ah!...

—Le perdoné la vida, le concedí la libertad, y no contenta con negarme gratitud, procura labrar mi deshonra, en recompensa de los favores que recibí.

—¡Caro le ha de costar!

—Calma tu enojo, que yo confío en que sabré vengarme de esa mujer.

En efecto, era Idleta la autora de los anónimos.

Rica y libre, decidió vivir en España, donde los galanteos son tan frecuentes, y viajaba bajo el título de condesa d'Olite.

Quizás ni se acordaba de Cayetana cuando llegó á Cádiz.

Mas hubo de verla, de conocer á Olaechea, y en su maldad formó un plan.

Este consistía en separar al matrimonio, y no contenta, procurar que el exnovicio la requiriera de amores.

Digno de ella era el plan, y más digno aún, el medio por el cual soñaba conseguir su objeto.

Con los antecedentes dados por Cayetana, había bastante para perder á Idleta.

Que sobraba con denunciarla como usurpadora de estado civil, para que la justicia diera buena cuenta de ella.

Pero esto no satisfacía á Cayetana.

Y por su consejo, la vecina logró que la supuesta condesa llamara á Olaechea para encargarle el curtido de unas pieles de tigre que le habían remitido de Sierra Leona.

Y Olaechea se presentó.

Idleta hubo de proceder con torpeza, toda vez que buscó pretextos demasiado absurdos para obligar á Olaechea á que tornara para recoger las pieles.

Y con más torpeza aún, toda vez que en la segunda entrevista recibió al curtidor en traje tan deshonesto, que claramente indicaba el objeto que se proponía.

Pero que no logró, si bien entre ambos medió una cita, que por las circunstancias en que había de realizarse, se asemejaba á un rapto realizado por la condesa.

Afortunadamente para Olaechea, Idleta no experimentó simpatías por él.

Deseaba tan sólo dar un mal rato á la infeliz Cayetana.

De otro modo, el exnovicio se hubiera visto obligado á tirar de la manta, y dar una lección muy dura á la descocada condesa.

Y llegó la hora de la cita.

Idleta se presentó en el lugar indicado y á la hora convenida.

Esto es: fuera de Puerta de Tierra, y momentos antes del toque de la oración.

La antigua favorita de José Bonaparte, creyó pasar la noche fuera de Cádiz, y quizás alejarse de la isla por algunos días, acompañado de Olaechea.

Y llegó al ventorro que fué de *Mano de Hierro*.

Pero ¡oh desengaño!

Quien la esperaba allí en primer término, era Cayetana.

Idleta quiso huir; pero encontró el paso cerrado por Pedro.

Intentó gritar... pero la mano de Olaechea le tapó la boca.

Entonces fingió un ataque de nervios, y se dejó caer al suelo.

El nuevo dueño del ventorro, que estaba de parte de Cayetana, cerró la puerta.

Después, y viendo á la condesa en el suelo, dijo:

—Estas cosas suelen pasar, desabrochando á los que lo padecen, y echándoles un poco de aguardiente encima de la boca y las narices. Conque manos á la obra: vosotros á desabrocharla, y yo en tanto por el aguardiente.

Pedro y Olaechea, que juzgaron verdadero el accidente, se dispusieron á poner por obra las indicaciones hechas.

Pero Cayetana les dijo:

—¡No os mancheis las manos tocando ese cuerpo impuro!: yo lo haré con el mismo puñal que me sirvió para dar muerte al duque de Quik.

Y con el arma en la mano, se inclinó sobre Idleta.

Pero ésta, sospechando que trataba de asesinarla, lanzó un grito penetrante, y trató de esquivar el golpe.

En esto llegó el dueño del ventorro, y exclamó:

--¡Milagro!... ¡Milagro!

Y así diciendo, dejó caer más de un cuartillo de aguardiente sobre Idleta.

La escena se convirtió en cómica.

La supuesta condesa rodaba por el suelo como una pelota entre un charco de aguardiente.

Sus cabellos sueltos, sus ropas descompuestas, sus ojos fuera de las órbitas, y su rostro, en el cual estaba retratado el terror, sólo á Cayetana inspiraron compasión al par que asco.

Y el asco llegó á producir náuseas, cuando aquella mujer rompió á hablar y á prometer en cambio de su libertad.

¡Si no hubiera sido por Cayetana!...

¡Ah!...

La impúdica ramera hubiera sufrido lo que merecía.

Pero Cayetana no sabía valerse de la superioridad para vengarse, y se declaró su protectora.

Gracias á élla, tan luego como llegó el día pudo tornar á Cádiz, recoger su equipaje, y escapar como alma que lleva el diablo.

Hemos dicho que á Cayetana y Olaechea no les quedaba más amigo que Pedro, y no era cierto.

Tenían otro amigo, que no estaba en Cádiz.

Este era el jefe sorprendido en San Fernando, el cual había tenido que sufrir las iras del rey legítimo.

Viley, como él mismo dijo, tomaba las armas en favor de España y en contra del emperador, no de Francia.

Natural era, que al caer el imperio, recobrará su libertad de acción.

Juzgando esto lo procedente, se negó á jurar á Fernando y á seguir en las filas del ejército de la independencia.

Por gusto de Fernando, hubieran ahorcado á Viley; pero no se atrevió, si bien en cambio dispuso que le condujeran á las Marianas.

Durante el tiempo que estuvo preso, Cayetana cuidó de su anciana madre; y el día en que le sacaron para embarcarle, logró que se escapara, escondiéndole en un barco holandés, anclado en el puerto.

El rey ignoró lo de la fuga, pues de haberlo sabido, hubiera hecho una de aquellas atrocidades que distinguieron su funesto reinado.

Y Viley pudo llegar á Francia, donde se le unió su madre.

Era, pues, un buen amigo de Cayetana y de Olaechea; pero amigo que en nada podía favorecerles.

Que había perdido su posición oficial en el ejército francés.

Y era pobre, pues su fortuna sólo la constituía su espada.

Así estaban las cosas, cuando el duque de Angulema pasó la frontera, decidido á poner paz en España, bien ajeno de que lo que conseguiría era centuplicar las palmas del martirio que por todas partes iba arrojando.

Defender á Fernando, equivalía á matar de trabajo al verdugo; á hundir la libertad, y á sancionar el crimen.

Pero Angulema venía engañado.

Creía que su primo estaba prisionero de los liberales, y deseaba darle la libertad.


¡Cuánto se arrepintió de ello!

Arrepentimiento tardío, pues el daño estaba hecho.

Pronto lo veremos demostrado.

CAPÍTULO XIX

La traición del rey.

L ejército francés estaba cerca de Cádiz.

La situación en que llegaba, le favorecía mucho, pues contaba con no pocos adictos en la Península, toda vez que lejos de llegar en són de conquistador, como antes, se presentaba como amigable componedor entre los dos partidos rivales.

Pero los constitucionales no se fiaban mucho de Fernando, y en cambio los absolutistas lo fiaban todo «de la libertad del rey.»

Debido á esto, una parte de España prestaba su concurso á Augulema, en tanto que otra se le presentaba hostil en todas partes.

La táctica seguida por el general francés, era la más adecuada á granjearse simpatías, pues midiendo por la ley y no por las opiniones, se mezclaba

lo menos posible en las luchas fraternales, y hacía constar de continuo, que él sólo ambicionaba «la libertad de Fernando,» y que conseguida ésta, abandonaría á España sin dilación alguna, y sin exigencias de ninguna clase.

Debido á esta política, algunos generales españoles se unieron á los franceses.

Como ya hemos dicho, uno de estos generales fué Ballesteros, que lejos de procurar detener al enemigo, no sólo le dejó el paso franco, sino que emprendió el camino de Cádiz para prestar ayuda á Angulema.

Tan mal aspecto iban tomando las cosas para los constitucionales, que se juzgó necesaria la intervención de un hombre, que, por su carácter de diputado, su valor fuera de toda duda y sus simpatías en el ejército, pudiera desbaratar lo que Angulema venía haciendo.

Al efecto se brindó don Rafael del Riego, hombre grande entusiasta de la libertad, valiente soldado y no mal táctico.

Pocos motivos tenía para querer á Fernando; pero en cambio amaba al pueblo tanto como el pueblo á él.

Con tales condiciones, salió de la isla en busca, no de los franceses, que carecía de fuerzas materiales para cerrarle el paso; sino en demanda de tropas españolas que defendieran la libertad.

Cerca de Córdoba se tropezó con las fuerzas mandadas por Ballesteros.

Este comprendió su superioridad, y le presentó la batalla.

Mas Riego se adelantó, y tan luego como estuvo á distancia desde la cual su voz pudo ser oída de las tropas de Ballesteros, las arengó en nombre de la patria.

Y los soldados prorrumpieron en vivas y aclamaciones á Riego y á España.

Ballesteros, al notar lo que pasaba, trató de escapar; mas Riego le detuvo, y en vez de fusilarle, por traidor á la patria, le dió su bastón de mandó, le declaró jefe de las fuerzas, y hasta se puso á sus órdenes.

¿Cómo pagó Ballesteros acción tan noble?

Abandonando pocos días después al valiente y generoso Riego, abandono del cual partió la pérdida de la libertad, y la muerte del mismo don Rafael del Riego.

Pero como para el fin propuesto todo cuanto pase fuera de Cádiz es incidental tan sólo, tornaremos á la isla gaditana, ya amenazada seriamente por Angulema, con gran contentamiento de Fernando, en cuyo corazón iban creciendo las satisfacciones que producen la seguridad de una venganza ruín y miserable.

El pueblo de Cádiz seguía siendo el mismo de siempre.

Ánimos le sobraban para luchar contra los franceses; pero dentro de aquellas murallas había penetrado la mayor de las traiciones...

La traición del rey.

Y seguían sus pasos los palaciegos, que no descansaban ni un momento buscando adeptos entre los jefes y oficiales del ejército.

De modo, que mientras los buenos patricios trabajaban para defender la Constitución contra el mismo Fernando, este procuraba entregar la plaza á Angulema, para que sufriera las consecuencias de un asalto y de algunas horas de saqueo.

¡Cuánto gozaba aquel alma innoble pensando en las matanzas, el robo, las violaciones y el incendio á que daría lugar la rendición incondicional de Cádiz!

No podía entenderse directamente con Angulema, que había fijado su cuartel general en el Puerto de Santa María; pero lo consiguió por medios indirectos.

Y estos fueron voladores y cometas.

El rey se aburría como todo tirano que no puede verter sangre á torrentes, y pretextando distraerse, mandó construir varias cometas, cada una de un color diferente.

Desde luego llamó la atención del ejército francés la frecuencia con que subía una cometa verde y bajaba para que se remontara otra amarilla ó encarnada.

Pero nadie comprendía el lenguaje enigmático de aquellos trapos sujetos con varillas y dependientes de la voluntad del que sostenía la cuerda.

En cambio, y aunque parezca imposible, dentro

de Cádiz, sólo el pueblo se preocupaba del modo extraño que tenía el rey de divertirse.

El gobierno, las Cortes, los prohombres liberales, ó tenían cosas entre manos á las cuales les daban mayor importancia, ó comenzaron por creer que en efecto Fernando se distraía remontando cometas.

Y le dejaron quieto y pacíficamente en disfrute de su diversión.

En cambio le prohibieron terminantemente que pescara en lancha.

Esto podía dar pretexto á que se fugase al campo enemigo.

En realidad, Fernando estaba prisionero de los constitucionales.

Pero como debieron ahorcarle por faltar tantas y tan repetidas veces á su «real palabra y su fe de caballero,» resulta que aún tenía que agradecer mucho al conservar la cabeza sobre los hombros.

En buena lógica, tomando por base que nadie pensaba en proclamar la República en España, lo que debió suceder, al ser derrotado y quedar prisionero Napoleón, fué nombrar rey electivo á un español.

La casa de Austria, la casa de Saboya, la casa de Borbón...

¡Siempre extranjeros!

La culpa era de los españoles.

No extirparon el mal; lejos de eso, le cultivaron...

Y brotó Fernando, el más inepto, el más vicioso, el más cruel de los Borbones.

Angulema procuraba comprender lo que podían significar aquellas cometas y aquellos voladores que, contra toda conveniencia, hacía subir por los aires Fernando.

Y dispuso intimar la rendición á la plaza, y enviar un emisario al rey.

Tanto uno como otro, iban perfectamente alicionados al fin propuesto.

Sin dificultad alguna penetraron en la plaza, y fueron conducidos cada cual al desempeño de su misión.

Pero astuto cual la serpiente, Fernando se negó á recibir al enviado de Angulema, en tanto que sus ministros no estuvieran presentes.

Para que esto sucediera, forzosamente tenía que volver el emisario.

Esto era lo que Fernando se había propuesto que sucediera.

Por aquellos días tuvo lugar un lamentable suceso.

Era ministro de la Guerra el general Sánchez Salvador.

Liberal, ó, mejor dicho, constitucional de corazón, hombre honradísimo hasta el punto de anteponer su buen nombre á todo cuanto existía, sintió

amarga pena al ver á los franceses dentro de España una vez más, y no disponer de elementos para atajarles.

Como ministro de la Guerra, á él estaba encomendada la salvación de la patria.

¿Podía cumplir con su misión?

¿Le era dable llenar cumplidamente su puesto?

No.

Que ya sabemos que gran parte del ejército se había colocado del lado de los franceses, como consecuencia legítima de estar mandados los cuerpos de las distintas armas, por hombres apegados al régimen absoluto.

Que Fernando cuidó mucho, desde el día en que abolió la Constitución en Valencia, de tener al frente del ejército á aquellos hombres más retrógrados que conocía.

En cambio, al llegar el año 20, no se cuidaron los constitucionales de quitar aquellos jefes y sustituirles por hombres de su confianza; y resultó lo que naturalmente tenía que suceder.

Que el ejército era del rey.

Ninguno de los famosos guerrilleros á quienes tanto se les debía, ocupaban puestos desde los cuales pudieran defender la Constitución.

Riego era el único que figuraba, por haber sido el que, al sublevarse en Cabezas de San Juan, determinó el cambio de forma de gobierno.

Y así y todo, al ser elegido presidente de las Cortes, Fernando le negó la sanción á la votación

de la Cámara, en quien, con el rey, residía la soberanía.

Tal estado de cosas llegó á preocupar al ministro de la Guerra de un modo tal, que no bastaban á disuadirle de que no le alcanzaban responsabilidades, ni las palabras de sus amigos, ni las pruebas de confianza que le daban las Cortes y sus compañeros de gabinete.

Y tan luego como tuvo noticias de que el célebre barón de Eroles, Murillo, Ballesteros y otros, habían simpatizado con los franceses, tomó una resolución extrema y funesta.

—¡No hay más que un medio para que jamás se me pueda creer cómplice de la muerte de la libertad!

Así exclamó, y una hora más tarde apelaba al suicidio, como protesta de su honradez.

¡Desgraciado general Sánchez Salvador!

Un error, una falsa creencia del cumplimiento de sus deberes, le condujo á seguir un camino que nada resolvía en beneficio suyo ni de la patria.

Pero cuando una idea se fija en el cerebro, cuando logra dominar al hombre, éste se convierte en su esclavo, y la razón se oscurece, y el ser humano se trueca en una máquina.

Máquina que, mal dirigida, acaba pronto por estallar.

La muerte de Sánchez Salvador fué muy sentida.

Sólo Fernando se burló de aquel hombre que

prefería la muerte á la deshonra... á la duda de su conducta.

Y hasta hizo indicaciones para que el cadáver de aquel valeroso defensor de la patria no recibiera sepultura sagrada.

El general francés Bordesoulle, fué el primero que llegó ante Cádiz.

Acto seguido intimó la rendición.

El gobierno ni aun quiso oír las proposiciones.

Las Cortes siguieron deliberando con una tranquilidad tal, que no obstante ser aparente, tenía engañado al mundo entero.

Que sabían y conocían la ineficacia de cuanto se hiciera para defenderse contra Angulema, contra Fernando y contra la masa inconsciente, fanatizada y numerosa, que con la ayuda del clero, gritaba: «¡vivan las cadenas!»

¿Pero debían demostrar miedo?

No.

Cada cual en su puesto, debía esperar hasta el último trance.

¿Podía pedirse más abnegación?

¿Merecía Fernando tales sacrificios?

El 16 de Agosto llegó Angulema al Puerto de Santa María, y prosiguió las operaciones comenzadas por Bordesoulle.

Después, ya sabemos que envió emisarios...

Veamos ahora el resultado que obtuvieron aquellos extranjeros.

Reunido el Consejo de ministros, el encargado de hablar al rey, le dijo:

—Señor: mi única misión consiste en poner en manos de vuestra majestad esta carta, que os dirige mi general el duque de Angulema.

—¿Cómo está de salud mi querido primo?—preguntó Fernando tomando la carta.

—Bien—respondió con sequedad el embajador, molestado quizás por la pregunta hasta impropia de aquel momento.

Fernando entregó el escrito á un ministro, y con aquella sonrisa burlona que le caracterizaba, le dijo:

—Toma: lee tú esa carta: los reyes constitucionales sólo servimos de pantalla á los gobiernos.

Lenguaje tan impropio y tan bajo, molestó á los ministros.

Y el que había tomado la carta, dijo:

—Los reyes constitucionales, señor, son irresponsables, porque cargan con las responsabilidades los ministros. Pero esto se entiende en la política y en la administración. Esta carta, ignoro si es del pariente de vuestra majestad ó del general invasor. En este caso, el Consejo es quien debe entender en ella, para aconsejar á vuestra majestad... Pero si es particular, nosotros ni debemos ni deseamos conocerla.

—Otra te queda en el cuerpo—respondió usando de la entonación y del lenguaje de los barrios bajos que tanto agradaba á Fernando.

El oficial francés estaba admirado.

No comprendía cómo aquellos ministros sufrían con paciencia tantas groserías.

El ministro, por toda respuesta, colocó sobre una mesa inmediata al rey la carta de Angulema, y se volvió á su sitio.

Entonces Fernando, siempre sonriente, le dijo á su secretario:

—Toma, léela tú en alta voz: vendrá escrita en francés... léela en español para que todos la entiendan.

Y el secretario, tomando el pliego y cumpliendo las órdenes de Fernando, leyó de esta manera:

«Querido hermano y primo:

»La España está libre del yugo revolucionario: algunas ciudades fortificadas, son las que sirven de refugio á los hombres comprometidos.»

Fernando interrumpió al secretario para preguntarle:

—¿Nada más que «comprometidos» dice el duque?

—Nada más, señor.

—Poco es: prosigue.

Y el secretario leyó:

«El rey, mi tío y señor, había creído, y los acontecimientos no han cambiado su opinión, que, restituida á vuestra majestad la libertad y usando de clemencia, sería conveniente conceder una amplia amnistía como se necesita después de tantas discusiones, y dar á los pueblos por medio de la convo-

catoria de las antiguas Cortes del reino, garantías de orden, justicia, y buena administración.»

—Ya lo habéis oído—dijo Fernando sin dejar que terminara la lectura.—Mi querido primo me juzga en libertad; pero como yo sé que estoy prisionero, no puedo dar la amnistía. Disponed el documento, y tan luego como quede libre, lo firmaré... no obstante *mis narizotas*.

El oficial francés retrocedió un paso.

Aquel «*mis narizotas*,» le produjo un efecto desastroso.

Fernando lo notó y le dijo:

—Los españoles estamos siempre con ganas de broma: cuando no tenemos de quién burlarnos, lo hacemos de nosotros mismos... Y como yo tengo estas narices tan hermosas y esta *cara de pastel*...

Soltó una sonora carcajada, y dijo al secretario:

—¿Falta mucho de la carta?

—Poco, señor.

—Pues termina.

Y el aludido leyó de este modo:

«Cuanto la Francia pueda hacer, así como sus aliados y la Europa entera, se hará; no temo asegurarlo para consolidar este acto de vuestra sabiduría.»

—¿Cuál acto?—preguntó Fernando.

El oficial francés le respondió:

—Convocar las antiguas Cortes...

—¡Ah!... ya: gracias, señor embajador, por ha-

berme sacado del aprieto. Amnistía, Cortes, paz, justicia y buena administración... Y Europa entera me ayudará... ¡pues trabajo le mando!

El secretario tornó á leer de este modo:

«He creído de mi deber dar á conocer á vuestra majestad y á todos aquellos que puedan precaver aún los males que les amenazan, las disposiciones de mi tío y señor: si en el término de *cinco días* no he recibido ninguna contestación satisfactoria, y si vuestra majestad permanece todavía privado de libertad, *recurriré á la fuerza* para dársela; y los que escuchen sus pasiones con preferencia al bien de su país, serán sólo los responsables de la sangre que se vierta.»

Así terminaba la carta, á la cual había puesto entrecomados Fernando interiormente.

Y alzando la voz, dijo:

—Confío en que antes del plazo señalado tendrá respuesta satisfactoria el duque de Angulema. Los que me rodean me aprisionan... pero con buena voluntad y mejor deseo, como lo demuestra que me hayan devuelto la razón y el juicio que me negaron en Sevilla. Es buena gente; un poco díscola y altanera... pero por lo demás... ¡buenas personas! Saludad en mi nombre á vuestro general, y reiteradle el aprecio y la gratitud que siento hacia él y su tío y señor el rey de Francia.

Dicho esto se alejó, olvidándose de que los re-

yes constitucionales no están eximidos de tener educación como los absolutos.

De mal talante salió el oficial encargado de la misiva; pero no juzgó oportuno demostrarlo de palabra.

Con los honores correspondientes fueron despedidos los dos emisarios.

El que había hablado con el gobierno, llevaba impresiones bien diferentes que aquel que presenció la lectura de la carta.

Que éste había visto la parte indigna de la situación, y el otro la parte noble y varonil del pueblo español,

En el camino cambiaron sus impresiones, sin poderse poner de acuerdo.

El que había hablado con el rey, notó que llevaba un papel en el bolsillo de la casaca...

Y, sacándolo, quedó admirado al ver que decía en el sobre:

«Para mi hermano y primo, el duque de Angulema.»

Aquel papel le había sido colocado en el bolsillo sin que él lo notara.

Ya en presencia del duque, le dieron ambos cuenta de lo ocurrido, terminando por entregarle el pliego encontrado:

Roto el sobre, se vió que decía:

«Mi vida y la de toda mi familia corren peligro.»

»Creo más conveniente la astucia que la violencia.

»De cuanto ocurra, te tendré al corriente por medio de las cometas y voladores.

»No hagas caso más que de aquello que yo te comunique por el medio indicado; esto es, por los voladores y las cometas.

»Adjunto la explicación de lo que significa cada color, y la combinación de todos ellos.

»Confío en tí y en la Francia.

FERNANDO.»

Mala impresión produjo el escrito al duque, pues unido el contenido de la carta á las noticias que le habían dado, y esto al modo de remitir la misiva, dedujo consecuencias poco favorables al rey.

Y decidió esperar los cinco días señalados en su carta, si bien dispuso que se observara constantemente para conocer la situación de Fernando, por medio de los signos convenidos.

Mientras tanto era conocido del pueblo de Cádiz y del ejército, el texto de la misiva enviada por Angulema.

Y todos se fijaron más en las amenazas del final, que en los consejos que el francés daba al soberano español.

El disgusto se hizo público, y los gritos contra Francia resonaron por las calles.

Y tal carácter tomó la manifestación, que las autoridades, temiendo algún desmán, publicaron un bando, prohibiendo los grupos.

Pero el bando fué desobedecido, y se hizo necesario amenazar con la fuerza.

Hasta entonces nadie se había acordado de Cayetana.

Y si alguno había pensado en ella, lo calló, con objeto de no darle importancia ni personificación.

Ella en cambio arreglaba las cosas para el día de la batalla.

Que en tanto el francés no rompiera el fuego, deseaba quedar quieta y tranquila en su casa, pues á más de su marido tenía que cuidar de la niña Milagros.

Ninguno de los dos era un obstáculo para que defendiera á la patria; pero sí para que se mezclara entre las turbas y fuese agitadora como antes.

Que dentro de Cádiz estaban el rey, el gobierno, las Cortes y el ejército, suficiente para resistir una acometida.

Al menos, con peores elementos, se había sabido defender Cádiz algunos años antes.

Pero no le valió desear vivir ignorada hasta el momento de la lucha, ni fué lo suficiente la intención de aquellos que pretendían dejarla olvidada.

Pues alguien pronunció su nombre; y como á él iba unido el recuerdo de sus hechos, comenzaron á aclamarla.

No poco trabajo costó á las turbas convencerla de que debía salir á la calle y tomar la defensa del pueblo.

Pero al fin la persuadieron, y seguida de su es-

poso y de Pedro, se puso á la cabeza de la manifestación.

Mas como esta no era tumultuaria como al principio, sino pacífica, pudo lograr que su voz fuera oída.

Que el gobierno autorizó á las masas para que nombraran una comisión que expusiera en debida forma sus deseos.

De esta comisión no quiso formar parte Cayetana.

Sus deseos de figurar como actora, estaban amortiguados.

La comisión la presidió Olaechea.

Y el gobierno supo, que el pueblo de Cádiz no admitía imposiciones de ninguna clase: que el rey, como tal, podía hacer lo que mejor le pareciera con respecto á su persona; pero no humillar á los que tantas veces humillaron á los invasores.

Conocía Fernando cuanto pasaba, y puede decirse que tal era su miedo, «que no le llegaba la camisa al cuerpo.»

El gobierno celebró un largo consejo con el rey, el cual, lleno de temores, terminó por decir:

—Contestad á Angulema, que yo no estoy preso ni privado de libertad; que yo no pedí la mediación de Francia para que invadiera la Península, y que por lo tanto hará muy bien marchándose cuanto antes. Y añadid, que de no evacuar á España en plazo breve, solicitaré la alianza de Inglaterra, para arrojarle de aquí.

—Pero señor—le respondieron,—no somos nosotros los que podemos hablar estando presente vuestra majestad.

—Bueno, pues decir eso mismo en mi nombre.

—Quizás fuera más conveniente...

—¿Que lo firmara yo?

—Eso es.

—Pues lo firmaré. Así verán que tengo completa confianza en la lealtad del pueblo de Cádiz, y más que en los gaditanos, en las Cortes y en mi gobierno.

Y acto continuo añadió:

—¿Qué viento corre?

—Noroeste, señor—le respondieron.

—Pues entonces, y en tanto que redactáis el documento... dadle carácter de carta particular; yo voy á remontar una cometa. Porque en verdad sea dicho: en Cádiz me divierto bien poco... ¡Cuántas ganas tengo de verme en el Pardo cazando conejos!

La traición del rey, no podía estar más patente.

Antes de firmar, ya iba á remontar cometas, con el fin de desvirtuar el documento que se redactaba y que autorizaría.

Y en verdad que á no estar comprobados todos los puntos que vamos señalando, habría que rechazarlos.

Porque, ¿cómo admitir un hombre tan falso, tan tristemente astuto y tan cobarde?

Engañando al ministerio, engañó al pueblo.

Y éste se retiró tranquilo á sus casas, al menos por lo que á Cádiz correspondía.

A la mañana siguiente, Fernando, pretextando que estaba delicado, y que aún disponía de cuatro días para contestar, no firmó la carta.

Sin duda esperaba las consecuencias de las señales que había hecho.

Pero éstas no llegaban.

Angulema era hombre de honor, y no podía faltar á su palabra, rompiendo el fuego como Fernando le había dicho por medio de señales.

Y pasó otro día más, en el cual las cometas estuvieron en el aire y el francés no se movía.

Entonces no tuvo más remedio que firmar la carta, que ya estaba desautorizada.

Cuando Angulema la recibió, discurrió de este modo:

—O mi primo está preso y carece en absoluto de autoridad, en cuyo caso debo correr en su defensa, ó es un infame, un verdugo cruel, y entonces debo abandonarle.

Y á esto se inclinaba; pero sin tiempo para comprobar la verdad, ni para consultar con su gobierno, contra el torrente de su gusto decidió romper el fuego tan pronto como pudiera.

Desde el momento en que partió el emisario con la carta, el pueblo prorrumpió en vivas á Fernando, y se aprestó á la lucha.

Y el rey invirtió sus ocios en buscar entre el

ejército quienes se pusieran al lado de los franceses, pues juzgaba que bastaría conque un sólo batallón se pusiera frente al gobierno, dentro de Cádiz, para que Angulema lograra fácilmente entrar en la isla.

¿Puede darse mayor infamia?

Sí; puede darse, pues ya veremos hasta qué punto llegó aquel hombre, que en mal hora vino al mundo; y del cual podemos decir con Job:

«Maldito el día en que nació, y la hora en que ese varón fué concebido.»

CAPÍTULO XX

En la brecha.

ERA una verdad que se había solicitado la intervención de Inglaterra; pero á su vez la era también, que el representante de la Gran Bretaña en Gibraltar, en vez de comunicar á su gobierno la pretensión del gobierno español, á la cual le faltaba la sanción del rey, la envió á Angulema.

Para esto había una razón política.

La Francia imperial no existía ya, y en cambio reinaba en la nación un rey hechura de Inglaterra, toda vez que ella había sido la restauradora del trono llamado legítimo.

Los tiempos habían cambiado: los ingleses, amigos de Francia, no podían empuñar las armas contra ella.

Cuanto se hiciera en tal sentido, era perder el tiempo.

No quedaba más remedio que reñir la batalla y perderla más tarde ó más temprano, puesto que la mayor parte de España estaba bajo las órdenes y autoridad que el mismo Angulema había dado á la regencia establecida en Madrid.

Cierto que luego se la hubo de quitar al ver el mal uso que hacía de ella; pero cierto y verdad también, que la regencia protestó, siguiendo su camino sin obstáculos.

Las intenciones del general francés eran buenas: esto nadie lo ponía en duda por un momento.

Pero, ¿podría realizar sus deseos?

En este punto todos opinaban de un modo pesimista.

Porque la regencia por un lado y el rey por otro, obstáculos habían de ser insuperables.

Las horas pasaban; Fernando no hacía otra cosa que remontar cometas y trabajar para que tuviera efecto en el interior de la plaza una sublevación militar, y el pueblo, en particular la milicia nacional, se aprestaba en los castillos de Matagorda y Fuerte-Luis, para rechazar al enemigo.

El paisanaje, y entre él Cayetana, Olaechea y Herria, con parte de las tropas, guardaban á Cádiz.

Grande era la confianza que todos tenían en los dos fuertes, los cuales no pudieron ser tomados durante la guerra de la Independencia, por más

que el general Soult cuente entre sus victorias la toma de uno de ellos.

Nosotros sabemos cómo entraron en Matagorda los franceses, pues ya lo hemos referido anteriormente.

Pero nuestros vecinos no perdonan ocasión de alardear de sus triunfos en España, cuando en realidad fueron una completa derrota y la caída del imperio.

Sabía Angulema, por las señales que Fernando le hacía, cuanto con respecto á la defensa se estaba haciendo.

Podía marchar el francés con los ojos cerrados hacia el Trocadero.

Que tenía la certeza de que los castillos, dispuestos para la defensa por mar, tenían poca importancia para la resistencia por tierra.

Y á más le constaba, que sólo gente poco habituada al fuego, era la que guarnecía las defensas exteriores.

Al frente de aquellos valientes constitucionales estaba el coronel Grases, militar tan valiente como pundonoroso.

Al tomar el mando de aquellas fuerzas, hizo presente al gobierno, «que aceptaba el cargo por deber, por amor á la causa liberal... pero sin esperanzas del triunfo.»

—¿Tanto es vuestro desaliento?—le preguntaron.

Y Grases respondió:

—Tanto y tan grande, que juro no entrar por mi pie en Cádiz.

Dicho esto, se dirigió á su puesto de honor, con la frente levantada y el rostro animoso.

Era el 30 de Agosto.

A la caída de la tarde sonó el primer disparo, al cual respondieron los fuertes.

Desde luego se vió que lo que había dicho Gra-
ses era una verdad.

El francés atacaba con un vigor al cual no era posible corresponder.

En pocos años, Francia había mejorado su material de guerra de un modo notable, y en cambio España seguía con el mismo armamento que cuando empezó la guerra de la Independencia.

Armas viejas y de poco alcance; cañones que reventaban fácilmente, produciendo bajas en los que los disparaban.

Y por si esto era poco, gente mal avenida con los preceptos de la milicia y los rigores de la ordenanza.

La desventaja no podía ser mayor.

Las balas enviadas por los castillos, no llegaban hasta el enemigo.

En cambio los franceses iban poco á poco abriendo brecha y produciendo gran número de bajas.

Todo el heroísmo del mundo no bastaba ni para resistir aquella situación.

Porque cuando el hombre muere, pero matando, lógico es que no retroceda...

Mas cuando ve que le asesinan impunemente, natural es que huya.

Y en huir pensaron algunos.

Pero Grases se impuso con su valor personal, logrando infundir el colectivo.

Al oscurecer, estaba practicable la brecha en Matagorda.

Los sillares caían hechos pedazos, y en vano se procuraba atajar los progresos de veinte piezas de batir, enfiladas impunemente á un mismo sitio.

Desde Cádiz veían y comprendían el desastre... lo lloraban... pero, ¿cómo remediarlo, cuando el pueblo declaraba traidor al que hablara de rendirse ó de capitular?

Fernando recibía noticias detalladas del curso de los sucesos.

Y llevó su cinismo hipócrita hasta á decir que él tomaría un fusil, para pelear por la Constitución.

Mas no bien había hecho conocer «este rasgo liberal,» envió nuevos emisarios á las tropas con las cuales estaba de acuerdo para dar el golpe de gracia á la Constitución y á la libertad.

Si el pueblo de Cádiz no hubiera tenido una idea tan equivocada de lo que eran y de lo que valían los dos castillos, en vez de acongojarse por lo que pasaba, hubiera pedido su completo abandono, y replegadas las fuerzas á la ciudad, en ella hubieran demostrado una vez más cuánto es de esperar de los buenos españoles.

Pero los castillos reconcentraban todas las esperanzas.

De perderse el Trocadero, se juzgaba perdida la Isla.

Por creerlo así, Cayetana dispuso marchar en defensa de los castillos, seguida de su esposo, de Pedro y de algunos paisanos más.

Cuando llegaron al fuerte, era un montón de ruinas, y los franceses avanzaban en correcta formación al asalto.

Quizás no contaban veinte bajas mientras habían producido más de mil, y se dirigían á la brecha creyéndose invulnerables.

Pero bien pronto vieron cuán grande era su error.

Que aquel puñado de valientes les recibió con los honores que debía, llegando á luchar cuerpo á cuerpo.

La columna de asalto fué rechazada y perseguida por Cayetana y los suyos.

Pero comprendiendo aquella heróica mujer que no había elementos para resistir el segundo asalto, al tornar al castillo dijo á Grases:

—Aquí no hacemos nada, mi coronel; al menos así lo creo yo.

—Sí, podemos morir—le respondió.

—¿Y no fuera mejor defender á Cádiz desde la muralla?

—Lo sería; pero yo no abandono el castillo aun cuando me dejen solo en él.

La segunda columna avanzaba después de una veintena de cañonazos.

Angulema seguía la táctica de Napoleón I, que consistía en hacer con los cañones la parte principal de las batallas.

Que es fama que decía:

—Más vale gastar pólvora que hombres.

La acometida fué espantosa.

Grases, persuadido de que había llegado el fin de la jornada, fué el primero en acudir á la brecha.

La lucha fué encarnizada.

Desde un principio, el coronel cayó mortalmente herido.

Pero Matagorda no se rendía.

Y la plaza no enviaba socorros.

Toda la noche duró aquella lucha de titanes...

Y el combate llegara hasta el amanecer, á no haber dicho una voz de autoridad:

—¡Milicianos, á Cádiz! ¡Viva la Constitución!

Entonces se declaró la desbandada.

Y el francés pudo ensañarse en los que abandonaban el fuerte, buscando salvación en las lanchas.

Fuerte-Luis fué abandonado también.

El Trocadero estaba por los franceses.

A Olaechea le alcanzó una bala, y cayó en tierra.

Al recogerle Cayetana, vió que el balazo estaba en la cabeza y que era mortal, pues le había entrado por la nuca y salido por la frente.

Pero creyó que aún vivía, y apoyada por Pedro, le tomaron en brazos.

A los pocos pasos, caía Cayetana con una herida en un hombro.

Al caer, perdió el conocimiento.

¿Qué hacer?

El caso no podía ser más apurado y comprometido para Pedro.

Un hombre en otras condiciones de carácter, al ver cómo los franceses fusilaban á los que huían sin oponer resistencia alguna, huyera para salvarse de aquella espantosa matanza.

Pero Herria era hombre de condiciones superiores á la generalidad, y amigo de sus amigos como pocos, y en vez de amilanarse y sentir miedo, una vez persuadido de que Olaechea había muerto y nada podía hacer por él, mientras que Cayetana solamente se hallaba herida, la tomó en sus brazos, y con ella partió hacia Cádiz.

Afortunadamente, dentro de tanta desgracia, los franceses no pensaron en seguir á los fugitivos.

Habían tenido grandes pérdidas, estaban rendidos de la lucha, y como por otra parte sabían ó se figuraban que Cádiz les había de oponer una tenaz resistencia, pensaron en descansar siquiera un día, en el cual intimarían de nuevo la rendición.

Cuando los restos dispersos llegaron á la ciudad, el pánico fué espantoso.

El pueblo creía inexpugnables los castillos, y al verlos en poder del enemigo, convirtió en acci-

dente desastroso, lo que en realidad era un incidente.

Porque ¿qué importaban aquellas fortalezas que no podían hacer fuego contra la isla ni á los que estaban en ella?

¿Ni qué ver al enemigo dueño de la entrada de la lengua de tierra, cuando desde la muralla, con sólo cuatro cañones enfilados, podían detenerse los ejércitos de Atila?

En realidad, la pérdida de los castillos no tenía, ni con mucho, la importancia que se pretendía darle.

Pero el pueblo abultó el peligro, y el gobierno desconfió más y más de obtener un resultado feliz de aquella lucha.

Por otra parte, no llegaban tampoco noticias de la intervención ó mediación de Inglaterra, y fué preciso pensar en librarse de los horrores de un asalto, al cual antecedería el bombardeo.

Fernando se reía en su interior, y se gozaba en cuanto sucedía.

Que comprendía que su venganza iba á ser completa, pues al propio tiempo que le daban detalles de la pérdida de los castillos, le comunicaban la para él fausta nueva, de que había un batallón dispuesto á sublevarse en contra del gobierno.

Y llamó á los ministros, y les dijo:

—Espero que sabréis guardar mi persona y toda mi real familia, de los desmanes que pueda intentar mi primo el de Angulema. Yo quiero lo que

quiera el pueblo y lo que juzguen más acertado las Cortes y mi gobierno. Si pensáis en capitular, poned á salvo los sagrados intereses que os están confiados; si optáis por la resistencia, preparad las cosas para que podamos embarcarnos con tiempo, y desde las Baleares, ó el punto en que desembarquemos, daremos una protesta tan enérgica como lo exigen las circunstancias.

Los ministros no sabían qué pensar de aquellas palabras, y ninguno respondió á ellas.

Pero Fernando, que «se pasaba de listo,» comprendiendo lo que ocurría, añadió con gran firmeza de voz:

—No temáis que oponga resistencia alguna á salir de Cádiz con vosotros, como lo hice en Madrid y en Sevilla. Entonces creía que Angulema llegaba para cumplir lo que se le había pedido al rey de Francia, y os juzgaba mis enemigos; pero hoy conozco la verdad, y por nada del mundo me separaré de vuestro lado.

Los ministros acabaron, como buenos progresistas, por darle crédito; y después de expresar las más encarecidas gracias, y de reiterarle que respondían con sus cabezas de toda la familia real, se retiraron á deliberar.

Y Fernando subía á la azotea, y remontaba una cometa encarnada.

¡Una traición más!... Pero no la última de Fernando.

Que en aquel alma ruín y aquel corazón de cie-

no, el mal no tenía límites, ni término la sed de venganza y de sangre.

Á todo esto, don Rafael del Riego, gracias á la felonía de Ballesteros, que le abandonó cuando más falta hacía su ayuda, entraba en Madrid prisionero, á disposición de la regencia.

Que los franceses, no soñando siquiera lo que pudiera resultar, le entregaron á los realistas atado de pies y manos.

¡Pobre don Rafael!

¡Cuán caro iba á pagar su amor á la causa constitucional, y su afecto por el traidor Fernando!

CAPÍTULO XXI

La real palabra.



AL recobrar el conocimiento Cayetana, se encontró en el lecho asistida por Pedro.

Y, como era natural, preguntó por su esposo, sospechando la verdad de lo ocurrido.

Pedro deseaba ocultarle la triste realidad; pero al propio tiempo comprendía lo inútil y estéril de hacerlo así.

Y le respondió:

—La herida... ya la viste, Cayetana: era mortal de necesidad.

—Sí; pero ¿dónde está su cadáver?

—Supongo que le habrán recogido.

—¡Supongo!... ¡Ah!... ¿por qué no me dejaste á su lado? ¿Para qué quiero la vida, cuando ni la esperanza de salvar la honra de Cádiz me queda?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie.

—Entonces...

—Soy yo, que sospecho...

Bajó la voz, y añadió:

—Que sospecho que el rey nos hace traición, y que abrirá las puertas de la Isla á los franceses. ¡Pedro!... Mi pobre y desgraciado esposo andaba á caza de gente sospechosa... y como esas gentes están al lado del rey, yo, que voy más lejos que fué él, dudo del monarca.

—Pero las Cortes, el gobierno, el pueblo...

—Lo que el pueblo no haga no lo hará nadie. La política, le oí decir á Muñoz Torrero, es la antítesis de la nieve. Ésta, cuanto más alta, es más pura y más blanca... aquélla, mientras más elevada, más llena está de cieno. Y añadió: «El pueblo es la nieve en las cumbres de las montañas... y su pureza y su blancura sólo la política puede enlodarla.»

—Pues ahora no será.

—¡Qué equivocado vives! Al pueblo se le engaña con facilidad.

—Pero no al gaditano.

—Lo mismo que á otro cualquiera.

—Yo haré...

—Harás que te ahorquen: olvidemos nuestras glorias pasadas; lloremos nuestras desdichas presentes; y si eres, como creo, mi bueno y cariñoso amigo, ayúdame á buscar el cadáver de Olaechea. Quiero que repose junto al de mi buen padre.

—Ahora es imposible; caeríamos en poder del enemigo. Además, tú estás herida y la prudencia aconseja...

—Sobre la prudencia está el deber. Vé, averigua lo que pasa, y vuelve para decírmelo.

Pedro Herria cumplió los deseos de Cayetana, y no bien había pasado una hora tornó á su casa.

La varonil mujer estaba levantada, y con el brazo izquierdo en cabestrillo.

—¿Pero qué intentas?—le preguntó Pedro Herria.

—Dime lo que hayas averiguado, y después responderé á tu pregunta.

—Pues lo único que supe, es que cunde el desaliento por todas partes, y que dentro de un rato saldrá el general Valdés con una misiva para Angulema.

—De modo que el fuego está suspendido.

—Sí; por lo menos hasta que vuelva el parlamentario.

—Pues ahora voy á responder á tu pregunta.

—Habla.

—Estoy decidida á ir en busca del cadáver de Olaechea; sola ó acompañada.

—Sola, no.

—¿Piensas venir conmigo?

—Sí.

—Pues aprovechemos los momentos.

Las noticias de Pedro eran exactas.

El general Valdés partía para el Puerto de Santa María, cuartel general de Angulema, llevando nada menos que una carta escrita de puño y letra del rey, en la cual autorizaba al dador, «para ajustar una paz honrosa, ó cuando menos una suspensión de hostilidades, pues él protestaba de cuanto sucedía.»

Llegó Valdés á su destino, y recibido con la mayor cortesía por el duque de Angulema, le presentó la carta.

Pero éste le dijo:

—Os ruego que me dispenséis; no pretendo hacer os un desaire... pero no puedo recibir esa carta.

Es de su majestad el rey don Fernando VII.

—Así lo creo; pero tengo órdenes de mi rey y señor de no tratar más que con el monarca español en libertad absoluta, y no creo que un militar, y militar español como vos, tache y afee mi conducta. Yo nada puedo hacer por mí: obedezco órdenes...

—Si deseáis tratar con su majestad, podéis venir á Cádiz.

—Ya os he dicho que ha de estar libre de todo género de trabas.

—Eso quiere decir...

—Que podéis volver escoltando á su majestad. Tan luego como llegue aquí, yo os empeño mi palabra de honor, de que no sólo me alejaré de Cádiz, sino que en el acto daré las órdenes para eva-

cuar á España. De seguro es esto algo más de lo que pide la carta que me traéis... pues tened la seguridad de que lo cumpliré. La Francia real no es la Francia imperial. Vuestro rey pidió que se le devolviera la libertad, auxilios contra los constitucionales, «que le tenían preso,» y para darle esa libertad vine yo.

—Dispensadme, general; lo que España solicitó fué...

—Yo sólo hablo de lo que pidió don Fernando de Borbón, como rey de España. Y ahora, para que comprendáis que me intereso por España en general, os diré que estoy arrepentido de haber pisado el hermoso suelo español, para mezclarme en cuestiones hartamente enojosas. Y llegado este caso os aconsejaré, sin pretensiones de dómine, que soltéis al rey... pero que antes le exijáis garantías para vuestras personas... Porque yo, de continuar las cosas como están, no tengo más remedio que arrasar á Cádiz... y como elementos me sobran para ello, lo conseguiré más tarde ó más temprano con hartamente pesar mío.

—Lo tendré presente; pero debía tratar de una capitulación con vos...

—En vez de tratar conmigo, tratad con el rey; y tan luego como tengáis garantías, enviadle á este puerto; que, os repito, aquel mismo día doy las órdenes para que el ejército evacue en seguida á España.

Mal impresionado salió el insigne Valdés de

aquella entrevista, y sin dilación se encaminó hacia Cádiz.

Cayetana y Pedro Herria, forzando la consigna, lograron ponerse en camino del Trocadero.

Al efecto tomaron una lancha, y se fueron en derecha al lugar del combate.

Los franceses les miraban desde los fuertes.

Mas como solo iban un hombre y una mujer, ésta herida, y no se veían armas en la débil embarcación, sólo les inspiraron curiosidad.

Por otra parte, como no había orden de hacer fuego sin ser agredidos, nadie disparó contra ellos.

El campo de batalla estaba lleno de cadáveres insepultos, y en las aguas se veían flotar algunos cuerpos muertos.

Como por el traje de paisano era fácil conocer á Olaechea, y hasta entonces sólo había tropezado con infelices milicianos nacionales, la barca seguía su derrotero.

Pero ya cerca de Matagorda, les dieron el alto, y fué preciso no seguir adelante.

Pedro alzó un remo, en cuya pala colocó un pañuelo blanco, y esperó.

Poco después estaban al habla con un oficial joven, casi un niño, que les preguntó el objeto que les llevaba á aquel sitio en tales circunstancias.

Cayetana se lo dijo sin rodeos.

Y el joven oficial le preguntó:

—¿Cómo se llamaba vuestro esposo?

—Olaechea.

—¡Ah!...

—¿Le conocíais?

—No; pero estoy seguro de que vos os llamáis Cayetana.

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Qué os importa? Habéis venido á buscar un cadáver... Pues bien; yo mismo os acompañaré.

Cayetana no salía de su asombro.

¿Quién era aquel joven que, sin conocerla, sabía su nombre?

Mas las circunstancias eran tan apremiantes y tan tristes para ella, que pronto se olvidó de todo para emprender el trabajo de buscar entre los muertos.

Este trabajo no fué largo, pues Pedro recordaba perfectamente el lugar donde cayó Cayetana, y á él se fué en derechura.

Allí estaba Olaechea, tendido, con los brazos abiertos en cruz y la cabeza deshecha.

Cayetana vertió una lágrima sobre aquellos restos queridos, y se dispuso á conducirlos á la lancha.

Pero en esto llegó un capitán, que con acento duro reprendió al joven oficial, y se opuso á lo que se estaba haciendo.

—Mi capitán:—respondió el joven.—Cumplí como mandaba el deber al asaltar la brecha: dejadme ahora pagar una deuda de gratitud.

—¿Qué puede ligaros á esa mujer?

—La vida y la honra de mi padre: que á esa

mujer debió ambas cosas el almirante Roselly. Yo os ruego, yo os suplico que dejéis á esa desgraciada que recoja el cadáver de su esposo.

—¡Vos el hijo del almirante francés!...—exclamó Cayetana.

—Sí, yo su hijo menor: ahora comprenderéis por qué sabía vuestro nombre sin haberos visto jamás.

—¿Vive vuestro padre?

—Pudiera decir que no; que no es vivir el de los hombres perturbados.

—Pero vive.

—Sí: hablando eternamente de Cádiz: deseando pagar á Cayetana lo mucho que le debe.

—Nada hice.

—¡Dichoso yo, si pudiera hacer otro tanto por vos!

El capitán, moderando sus ímpetus primeros, autorizó que Cayetana se llevara el cadáver de Olaechea.

Fernando pudo ver desde el punto en que seguía *divirtiéndose* en remontar cometas, aquella lancha que conducía un cadáver.

Y mandó averiguar qué era aquello.

Bien pronto le dijeron la verdad.

Esto es, la verdad conocida; ó sea, que aquella hija del pueblo, tan varonil y esforzada, había ido al campo enemigo en busca de aquel cadáver, que era el de su esposo.

—¡Demonio!—exclamó Fernando:—pues esa

mujer es más temible que un regimiento. Hay que vigilarla, no sea que intente alguna broma pesada. La que de ese modo se arriesga entre enemigos, si se le antoja... Nada, nada, que la vigilen de cerca.

Cuando llegó el general Valdés con la respuesta dada por Angulema, gozó mucho interiormente Fernando; pero como su doblez era tanta, fingió apenarse mucho.

Y para ser creído, dijo:

—Dadme recado de escribir: vamos á ver si ahora persuado á mi primo.

Y escribió de este modo:

«Cuando un rey no puede conceptuarse libre, es cuando está alejado de sus súbditos y en medio de extranjeros.

»Por esta razón no puedo tratar contigo en el Puerto de Santa María como deseas.

»Donoso fuera que me constituyese tu prisionero, siendo tú el que vienes á darme lo que tengo: la libertad.

»Pero como te conozco muy bien, y adivino las intenciones del rey de Francia, ya que tú no te fias ni aun de mi palabra real (lo cual doy por ignorado), y por lo tanto no te atreves á venir á Cádiz para hablar conmigo, todo lo que te puedo conceder es que partamos las distancias, y en terreno neutral conferenciemos.

»Espero que accedas á mi demanda, pues en caso

contrario tendré que morir en la muralla, defendiéndome de *mi defensor*.»

Fernando leyó en alta voz la carta ante sus ministros, los cuales opinaron que estaba concebida en términos bastantes fuertes.

Pero Fernando insistió, y el general Valdés partió de nuevo para el Puerto de Santa María.

Y como de costumbre, Fernando subió á la azotea, y remontó una cometa con listas rojas y negras.

¿Qué significado tenía aquella señal?

Por los efectos que produjo se puede calcular.

Que Angulema ni siquiera se dignó recibir al emisario.

Visto el fracaso, Valdés tornó á Cádiz, y el francés dispuso que continuara el fuego.

Fernando aparentó grande indignación y enojo, y juró y perjuró que Francia entera le había de pagar el duro trance en que le tenía.

El pueblo de Cádiz, algo repuesto del desaliento que le produjo la pérdida de los castillos, se dispuso á la defensa.

La primera en acudir á los sitios de mayor peligro, fué Cayetana.

Estaba débil; casi inútil para hacer fuego; pero aquellas deficiencias, suplidas estaban en gran parte por su valor y su abnegación.

Pedro la acompañaba á todas partes.

El día 16, fué un día de luto.

El francés logró prender fuego á la Carraca, y el arsenal presentó desde luego el aspecto de las grandes catástrofes.

¿Cómo apagar el incendio producido con los cohetes lanzados por Angulema, de acuerdo con Fernando?

¿Cómo salvar las cuantiosas riquezas allí amontonadas?

Casi imposible era lograrlo; pero se intentó por tres veces, pues el enemigo seguía haciendo fuego de cañón y sin pensar en el asalto.

En medio de aquel desastre, se acercó Pedro á Cayetana y le dijo:

—¡Ya no tengo duda alguna: estamos perdidos! ¡El peor enemigo que tenemos, es el rey!

—Nunca lo puse en duda. Pero, ¿qué nueva desgracia ocurre?

—Que cuando más descuidados estemos, un regimiento entero dará el grito en favor de los franceses.

—¿Pero de los que están dentro de la Isla?

—Pues claro está.

—Y ¿cuál es?

—El de San Marcial.

—Deben haberte engañado.

—¿Por qué?

—Porque ese regimiento es el de mayor confianza que tiene el gobierno.

—Pues sostengo lo dicho.

—Si tan seguro estás, convendría poner en antecedentes al gobierno.

—Pues no perdamos el tiempo.

Difícil era hablar con los ministros.

El francés había comenzado á maniobrar con la escuadra conque bloqueaba, y todo hacía temer un golpe de mano sobre Santi-Petri.

Y como perdido este punto, el camino de la isla quedaba franco, la cosa requería grande atención y cuidado.

Pero á falta de los hombres que buscaban, pudieron ver á Valdés.

Este escuchó á Pedro Herria, y cuando hubo terminado le respondió:

—Dame pruebas de lo que dices.

—No es difícil: que me acompañe un hombre de toda vuestra confianza, y vucencia tendrá la prueba que exige.

—¿Cuándo hace falta ese hombre?

—Tan luego como oscurezca.

—¿Dónde ha de estar?

—Aquí: yo vendré por él.

Con una poca de perspicacia, posible era descubrir todas las tramas que contra la libertad se fraguasen dentro de Cádiz.

Pues siendo muchos los buenos y pocos los malos, la cuestión estaba reducida á tener alguna malicia y menos astucia.

Pero la confianza absoluta, sobre todo en política, es la mayor de las perdiciones.

Que el hombre, por naturaleza, es tornadizo, y por educación, voluble.

Porque, ¿cómo llegaron á las altas posiciones del Estado la mayoría de los hombres?

Doloroso es decirlo; pero, ¿qué remedio tiene?

Nuestro deber es decir la verdad, pese á quien pese.

Mirad á los hombres que figuran en primera línea.

¿Quiénes son?

Por regla geral, tráfugas políticos, traidores á todas las causas.

¿Cambiaron de actitudes pensando en el bien de la patria?

¿Mudaron de partido por convicciones?

No: sus saltos hacia atrás ó hacia adelante, tuvieron por origen el egoísmo, la codicia, la soberbia, todas las malas pasiones, todos los vicios.

Y si no: ¿cuántos cambiaron de opinión, de actitudes, para acto seguido perder lo que tenían?

¡Ah!... estos hombres están más claros que las moscas blancas.

Pero dirigir los ojos hacia el pueblo, hacia los desheredados de la fortuna y de las consideraciones sociales, veréis con cuánta frecuencia se hallan hombres que pierden su medianía, su pobreza, y se miran frente á frente de la miseria, del presidio y aun del verdugo, por defender sus ideales.

Se me dirá que estos ideales son siempre buenos.

No lo negaremos; pero nadie habrá que ponga

en duda, que fijos en lo que juzgan bueno, aun cuando no lo sea en general, arrostran todo género de peligros y rarísima vez retroceden.

¿Cómo triunfó el cristianismo?

¿Cómo fueron arrojados los moros de España?

¿Cómo triunfamos de la invasión francesa de 1808?

Siendo constantes, perseverando.

¿Y qué ganaron aquellos cristianos, aquellos vasallos y aquellos súbditos?

Para ellos, nada material.

Que los provechos propios los hubieron de recoger otros.

¿Y cuántos nobles, cuántos aristócratas pueden contarse entre las víctimas de los tres grandes hechos históricos que acabamos de apuntar?

Entre los apóstoles, no hubo más que hombres del pueblo: entre las víctimas de los emperadores romanos, figuran rara vez personas acomodadas.

El núcleo fué siempre el pueblo.

Y si detallamos la reconquista y la guerra de la Independencia, veremos algo parecido á lo dicho.

En Cádiz, la mayoría era pueblo.

En las Cortes predominaban los hombres poco tiempo antes oscuros, desconocidos, y que, como hijos del pueblo, no dudaban en hacer sacrificios.

Pero allí estaban los palaciegos y la familia real para las traiciones.

En cuanto á Fernando, ya le conocemos lo bastante.

Ni aun los historiadores reaccionarios, se atreven á defender su memoria.

Tantas y tan grandes son las manchas que pesan sobre su reinado.

Los traidores tenían que andar con pies de plomo.

De no haber estado distraído el gobierno con tantos y tan grandas peligros como le rodeaban, y á no haber tenido una confianza tan ciega en el rey, de seguro hubiera bastado el primer paso dado por ellos para quedar descubiertos.

Tenían la vista fija en el francés, juzgándole el único enemigo...

Y en realidad, era el enemigo menos temible de todos.

Pedro Herria sospechó; puso su pensamiento tan alto, que él mismo se estremecía sólo al juzgar sus ideas.

Pero, buen patricio, la patria era para él lo primero.

Quizás en momentos dados ni recordaba la Constitución...

Que enfrente estaba el francés, y ante el extranjero cedían todas las demás ideas.

Y pudo recoger algunos datos durante el incendio de la Carraca.

Luego las confirmó...

Veamos ahora cómo llegaron á noticias del gobierno.

Herria se presentó á la hora señalada, y acom-

pañado de un hombre, á quien conocía de vista por haberle hallado haciendo fuego en Matagorda, se encaminó á uno de los barrios extremos.

Tan extremos, que la casa donde entraron lindaba con la muralla.

Pedro llamó, y la puerta quedó de par en par.

Subieron una estrecha escalera, pasaron dos habitaciones, luego bajaron á un patio, y, por último, se vieron en una taberna, cuya puerta exterior estaba cerrada.

Sólo la mortecina luz de un candil iluminaba la estancia.

En un rincón estaba sentado un hombre, al cual dijo Pedro:

—Buenas noches, tío Andrés.

—Ya creí que había pasado algo—respondió el aludido.

—No, gracias á Dios; pero como tenía que venir con este amigo...

—¿No traes más gente?

—¿Para qué? Por el momento no podemos hacer cosa alguna con respecto á los conspiradores, á los enemigos de la libertad.

—Y ¿por qué?

—Porque sin pruebas plenas, no se atreve nadie contra el jefe de la conjura.

—¡Mal rayo! ¿De modo que tengo yo que seguir de esta manera? Pues juro...

—Un poco de calma: quizás mañana termine este asunto.

—Te advierto que no me importa que me ahorquen.

—¿Y qué se logra con eso? Paciencia y mala intención: eso es lo principal.

Y cambiando de tono, añadió:

—¿Vino esa gente?

—No, pero ya no tardarán.

—Pues dadnos de beber y esperaremos.

Al efecto, se dirigieron á un cuarto interior, en el cual, á más de una mesa y cuatro banquillos de madera, había en la pared un cuadro pintado en lienzo y sostenido por dos clavos grandes.

Tan luego como entraron, el tabernero alcanzó el cuadro, y subido en uno de los banquillos sacó de la pared ambos clavos.

Hecho esto en el mayor silencio, trajo un jarro de vino y dos vasos.

Cerró la puerta, se llevó la luz, y se volvió al rincón donde lo encontró Pedro.

Éste y su acompañante permanecieron en silencio y á oscuras un buen rato.

Pasados algunos minutos, preguntó el desconocido:

—¿Pero tenemos que beber en tinieblas?

—No hay más remedio; en tinieblas y en el más profundo silencio, sobre todo cuando veamos luz por los dos agujeros de los clavos.

—¿Cómo es eso?

—Los agujeros pasan al otro lado, porque ese tabique es sencillo. La habitación inmediata está

más baja que esta, y los agujeros tocan casi en el techo. Esto, como la suciedad de las paredes, evita que puedan ser vistos de los congregados ahí dentro, y da lugar á que nosotros podamos ver y aun oír lo que suceda.

—Siendo de ese modo...

—Esa habitación es la carbonera de la casa, y el sitio elegido por los conspiradores como el más oculto de ella.

—¿Pero cómo lograron?...

—De este modo: el tío Andrés, patriota de los mejores, regaló al rey su mejor vino. Y como de costumbre, le dieron las gracias. Con este motivo le conocían los palaciegos, y un día le pidieron una habitación reservada. Les enseñó ésta, pero no les agradó por comunicar con la calle. Y á fuerza de dar vueltas eligieron la carbonera. Ignoraba el tío Andrés de lo que trataban aquellos hombres, pero como entró en sospechas, pues yo las desperté ó las avivé en él, abrió estos dos agujeros, merced á los cuales hemos sabido de lo que trataban. Esto es, en pocas palabras, lo ocurrido.

Al decir de este modo, se iluminaron los agujeros.

Pedro bajó la voz, y dijo:

—Ahí están: vamos á escucharles.

Ambos se encaramaron á las banquetas y miraron por los agujeros.

Después aplicaron el oído.

Cerca de hora y media permanecieron allí, al

cabo de cuyo tiempo los conspiradores se marcharon.

Y Pedro y su acompañante se pusieron en marcha también.

¿Qué habían sabido?

En concreto, que el regimiento de San Marcial lanzaría el grito tan luego como para ello le dieran la orden.

Las noticias de Pedro estaban comprobadas.

Y el gobierno lo supo todo.

Mas ya hemos dicho que el regimiento de San Marcial era aquel en el cual tenía mayor confianza el gobierno, y se decidió estar prevenidos, pero no tomar medidas de rigor, ni hacer cosa alguna que infundiera sospechas.

Porque lo grave estaba en que los conspiradores habían hablado en nombre de Fernando, y los ministros no se atrevían á fijar tan alto los ojos.

Así llegó el día 20, en el cual la escuadra maniobró resueltamente, y, protegida por las baterías de tierra, embistió á Santi-Petri.

En defensa de aquel punto acudieron los más esforzados paladines de la Constitución.

Cayetana no podía faltar.

Cuatro horas duró el combate, en el cual se realizaron prodigios de valor y de abnegación por todos, y muy en especial por los hijos de Cádiz.

Pero las fuerzas eran desiguales, toda vez que nuestra escuadra, alejada de aquellas aguas por orden de la regencia, no podía impedir las manio-

bras de los navíos franceses, codiciosos de tomar desquite de los sucesos de principios del siglo.

La victoria se declaró desde los primeros momentos por los sitiadores, pues á su número había que añadir la superioridad de elementos con que contaban.

Esto no obstante, costó no poca sangre á los franceses su triunfo.

Como en otras ocasiones, habían pagado con creces los resultados que lograron.

Pues si bien mientras duró el cañoneo mataban impunemente, tan luego como se acercaron caían en montón.

Fernando contemplaba desde la azotea de su regia morada el combate, y su espíritu padeció mucho temiendo que Angulema fuera rechazado por las armas españolas.

Fijo en los acontecimientos, pudo distinguir varias mujeres que luchaban con ardor, y entre ellas á Cayetana.

Á ésta pudo conocerla, aun cuando jamás la había visto, por llevar el brazo en cabestrillo y disparar con una pistola de arzón.

—¡Maldita mujer!—exclamaba.—No hay remedio: tan luego como esté libre, es preciso que la ahorquen.

En un momento en que, al estallar una bomba, juzgó que la había matado, alzando los brazos al cielo, dijo:

—¡Gracias á Dios!

Pero luego, más tarde, al persuadirse de que estaba viva, añadió:

—Mejor: así la mandaré ahorcar.

Fernando había empeñado su real palabra muchas veces, y jamás cumplió como rey ni como caballero.


Y cuando vió que Santi-Petri estaba en poder de Angulema, y que, por lo tanto, tenía andada más de la mitad del camino, llamó á los ministros y les dijo:

—Por lo que pudiera suceder, traedme extendido un documento con arreglo á lo que decía la carta del infame Angulema. Que deseo hacer constar lo mucho que tengo en aprecio lo bien que me habéis servido y me estáis defendiendo. De este modo, ni la regencia facciosa que reside en Madrid, ni nadie, podrá molestaros en lo más mínimo. Esta es mi voluntad, este mi mandato, y esto lo que os ofrezco, empeñando mi real palabra de que lo haré cumplir.

Y á todo esto, comenzaban á faltar los víveres, y el desaliento tornó á manifestarse en todos.

CAPÍTULO XXII

La mayor infamia.

L regimiento de San Marcial debía dar el grito tan luego como se decidiera por el gobierno seguir resistiendo.

Aquellas tropas debieron ir á Santi-Petri para batirse, pues así se había dispuesto, con el fin de quitarse el peligro de encima, ó de que cayeran al mar, empujados por el pueblo, si llevaban su traición hasta el punto de dar el grito al frente del enemigo.

Pero Fernando se opuso á que «las tropas en las cuales había más confianza política,» se separaran de su lado.

Y el gobierno, siempre débil, accedió, si bien cambiando algunos jefes y oficiales.

Esto no agradó tampoco á Fernando; mas lo sufrió con paciencia, pues su confianza estaba principalmente en los sargentos.

Y subió á la azotea; y tales señales debió hacer, que algunas horas más tarde llegó un parlamentario con un escrito, en el cual se decía:

«Ofrezco pasar á cuchillo á las Cortes, al gobierno, á los consejeros del Estado, á los ministros, á los generales y toda clase de funcionarios públicos, si se atenta á la vida del rey.»

Á este escrito respondió Valdés con el proverbial quijotismo español, á lo cual denominamos *altiva dignidad*, del siguiente modo:

«La seguridad de la real familia no depende del miedo que produzca la espada del duque de Angulema, sino de la lealtad de los buenos españoles.

»Y tened entendido, que si podéis vencernos por medio de las armas, nada ni nadie os concede derechos para insultarnos.»

En verdad que nadie había pensado en atentar contra Fernando.

Pero el escrito amenazador de Angulema debió servir de pauta para obligarle á levantar el sitio y retirarse.

Porque en nuestro humilde concepto, la respuesta debió decir:

«Si disparáis un cañonazo contra la plaza; si en el término de veinte horas no os habéis retirado de Cádiz, rodarán por el suelo las cabezas de todos los individuos de la real familia, siendo la primera la del rey.

»No enviéis emisarios, pues serán fusilados en el acto.»

Seguros estamos de que Angulema hubiera cambiado de modo de pensar, sobre todo desde el momento en que no hubiera vuelto á ver las cometas en los aires.

Pero, lejos de esto, se le daban seguridades de respetar á Fernando...

Y, engreído Angulema, dispuso que las operaciones continuaran.

El momento había llegado: el gobierno optaba por la resistencia, y á Fernando le agradaba poco que las bombas estallaran cerca de él.

Mientras «había visto los toros desde el andamio,» no se apuró mucho; pero tan luego como las cosas variaban, tembló.

Y dispuso la sublevación.

Defendía el regimiento de San Marcial uno de los principales puntos de la isla, cuando dió el grito deseado por Fernando.

Pero como había tomadas algunas medidas de precaución, y el paisanaje se le puso frente á frente, los jefes y oficiales tornaron sobre su acuerdo, prefiriendo faltar á su compromiso á morir á manos de los hijos de Cádiz.

La refriega fué corta, pues sólo resultaron algunos heridos por ambas partes.

Apagada la sedición, se formó consejo de guerra, y, como siempre, pagaron los vidrios rotos los que menos culpa tenían.

Esto es, cuatro soldados.

Á la vista del enemigo se les fusiló.

Fernando quiso presenciar la ejecución de «aquellos traidores.»

Mas el gobierno se opuso con una energía más propia de otras circunstancias.

Tanto, que amenazó con presentar la dimisión si el rey persistía en acudir al lugar del suplicio.

Las torpezas se pagan siempre; y la serie de ellas que los progresistas venían cometiendo desde que incapacitaron al rey en Sevilla, forzosamente tenía que dar sus resultados.

Con el fusilamiento de aquellos cuatro desgraciados, parecía conjurada la tormenta.

Pero el gobierno comenzó á dudar de la sinceridad de Fernando, y á comprender que cuantos esfuerzos se hicieran resultarían tardíos y contraproducentes.

Tal efecto produjo en el campo francés la ejecución de los cuatro sentenciados, que Angulema dispuso suspender el ataque, temiendo un desastre en la Isla.

Lo cual prueba, que si el gobierno se hubiera conducido con la energía propia de aquel que se mira con el agua al cuello, y en vez de quijotismos hubiera respondido á las amenazas de Angulema con otras amenazas, los papeles se hubieran trocado en el acto.

Pero, lejos de esto, se reunieron las Cortes, y en su seno manifestaron los jefes militares, «que era

imposible vencer; que todo lo que se podría lograr era la destrucción y ruina de Cádiz,» en vista de lo cual las Cortes delegaron sus facultades en el gobierno, autorizándole para que soltara al rey.

Que sólo de este modo se podía evitar una rendición vergonzosa é indigna para todos, incluso la misma España.

El gobierno no acordó, por el momento, la libertad del rey.

Y nombró á Valdés para que de nuevo tratase con Angulema.

Éste se mostró irritado contra «los que privaban de libertad á Fernando,» y no quiso tratar con el gobierno.

Con tales noticias tornó el general.

El gobierno se intimidó ante la idea de tener que rendirse á discreción, en tanto que las Cortes firmaban una protesta referente á cuanto pudiera suceder.

En tales circunstancias, los ministros se presentaron á Fernando y le dijeron:

—Señor: sin exponer la preciosa vida de vuestra majestad, Cádiz no puede oponerse á la fuerza de las armas francesas. Si vuestra majestad y toda su real familia estuviesen libres de sufrir los azares del bombardeo y el asalto, Cádiz no se rendiría ahora como no se rindió en otras ocasiones; pero el deber nos ordena guardar y hacer que todos guarden la vida de vuestra majestad, y hemos decidido que, mañana 27, salga vuestra majestad

para el Puerto de Santa María, donde le espera el general Angulema.

Fernando cerró los puños, y esgrimiéndolos contra la mesa, exclamó con voz ronca:

—¡Cobardes!... ¡Me entregáis en manos de mis mortales enemigos! ¿Para esto me sacásteis de Madrid? ¿Para esto me declarásteis loco en Sevilla? Más os hubiera valido pensar más cuerdamente cuando yo me resistí á emprender este viaje.

Las palabras del rey produjeron la natural indignación, y no faltó quien le respondiera:

—Señor, dicho sea con el respeto debido, los cobardes son aquellos que minan el ejército al frente del enemigo, y que por medio de señales comunican al duque el estado de la plaza sitiada. Pero nosotros no, que ahora, como siempre, estamos dispuestos á morir por la patria, y que cedemos por respetos á vuestra majestad, que tan mal nos trata y nos conoce.

—¡Yo en poder de Angulema! ¡España, con su rey á la cabeza, á los pies de Francia! ¿Dónde están aquellos esforzados guerrilleros del año 1808 al 15?

—En sus puestos de honor; esperando, por no saber castigar, al que anubla las glorias de esta infeliz nación. Una sola palabra nuestra, bastaría para que cayera el traidor á la Constitución hecho pedazos, y la vida renaciera en España; pero desconocida la justicia de nuestra causa, quizás se nos llamara «asesinos...» y nosotros preferimos morir

á que se pueda poner por alguien en duda nuestra lealtad.

Esta contestación asustó á Fernando.

«Bastaba una palabra para que el traidor cayera hecho pedazos,» y como la alusión resultaba tan clara, Fernando contestó:

—No quiero que seáis vosotros los únicos que hagan sacrificios; y puesto que juzgáis necesario entregarme, mañana partiré; pero antes quiero firmar el documento propuesto por Angulema, con el fin de que nadie pueda molestar á mis leales servidores.

¡Cuánta maldad! ¡Cuánto cinismo!

Al enterarse los milicianos nacionales, que desde Madrid habían seguido hasta Cádiz al gobierno, se sublevaron al grito de ¡viva España!

Y rodearon el edificio donde se hospedaba el rey, dispuestos á impedir que saliera de la Isla.

Grandes fueron los esfuerzos que se hicieron para convencer á los milicianos.

Pero éstos, más precavidos que el gobierno, se negaron á ceder en su demanda, ínterin no se les ofrecieran garantías personales.

Y tornó Valdés al campo francés.

El resultado fué una negativa rotunda.

En vista de esto, sometieron á la aprobación de Fernando el real decreto de amnistía, documento que llevaba la fórmula absolutista y no la constitucional.

Fernando, pues, era de nuevo rey absoluto.

Las Cortes, la Constitución, los organismos... todo había desaparecido en un momento.

Radiante de alegría, pero ocultándolo, firmó el rey el escrito y un manifiesto á la nación, prometiendo un gobierno justo y exento de venganzas.

Ni una sola palabra tachó Fernando; pero, en cambio, añadió de su puño y letra:

«Así no quedarán dudas de mis intenciones.»

El engaño resultó completo.

Fernando partió, embarcándose en el puerto, sin que resonara un viva ni se le hiciera la menor demostración de simpatía.

Sólo los cañones haciendo las salvas de ordenanza, hablaron cual fúnebre campana que tañe al despedir de la vida humana al que entra en la eterna.

Porque si bien Fernando estaba vivo, y toda su familia, en cambio con él marchaba el cadáver de la Constitución y el sudario de la libertad.

Antes que Fernando, había llegado al Puerto de Santa María el manifiesto en el cual firmaba el rey como antes del año 1820; esto es, como absoluto.

Angulema cayó también en la red urdida por su primo, y juzgó terminada su misión de un modo satisfactorio.

El presidente de la regencia de Madrid, que estaba en el Puerto, demostró desde luego disgusto por lo que respectaba á la parte dispositiva, pues

todo quedaba en el mismo ser y estado que durante los tres años de gobierno liberal.

Que los españoles seguirían gozando de los sueldos y empleos que en la actualidad disfrutaban, sin que nadie tuviera derecho á exigirles responsabilidades por lo hecho durante aquellos tres años.

En el desembarcadero del Puerto de Santa María, el recibimiento fué una mezcla de entusiasmo y de furor.

Allí estaban:

El duque de Angulema, el presidente de la regencia de Madrid, su ministro de Estado, los embajadores de la Santa Alianza, los principales prohombres de la corte absolutista, algún pueblo y las bayonetas extranjeras.

Fernando, al saltar á tierra, se arrojó en brazos de Angulema, y con grandes demostraciones de afecto, le dijo:

—¡Ah... primo mío! ¡Qué servicio me has hecho!

—Sólo he cumplido con mi deber.

Terminadas las fórmulas de la etiqueta, el rey absoluto de España se dignó recibir en audiencia particular al generalísimo de los ejércitos franceses, pues éste solicitó una audiencia.

Es decir: que Fernando era el mismo de siempre; ingrato con todo el mundo.

El duque, con la autoridad que le daba su categoría, su parentesco con Fernando y las bayonetas que le acompañaban, dijo al rey:

—He cumplido el encargo que me hizo mi rey y señor: vuestra majestad está libre, y como tal, puede proceder... no según su antojo, sino con arreglo á lo que ha firmado y prometido de su libre y completa voluntad. Si para ello hace falta el apoyo de la Francia, aquí estoy; pero si, como supongo, no soy necesario, hoy mismo dispondré la evacuación del territorio.

—Creo que puedes hacerme mucha falta, primo mío: los liberales han creído lo que digo en el manifiesto publicado en Cádiz; pero yo no pienso en cumplirlo...

—¡Señor!

—Quise librarme de la canalla.

—Lo comprendo; pero el rey no puede jugar de ese modo con su real palabra.

—Tratándose de liberales, de españoles, las palabras, aun cuando estén escritas y firmadas, se las lleva el viento.

—El pueblo español es un pueblo de valientes.

—De bandidos osados, como Riego, Mina, Porlier, Lacy y otros mil; y contra los bandidos todo proceder es bueno. Así que ahora mismo voy á expedir otro manifiesto.

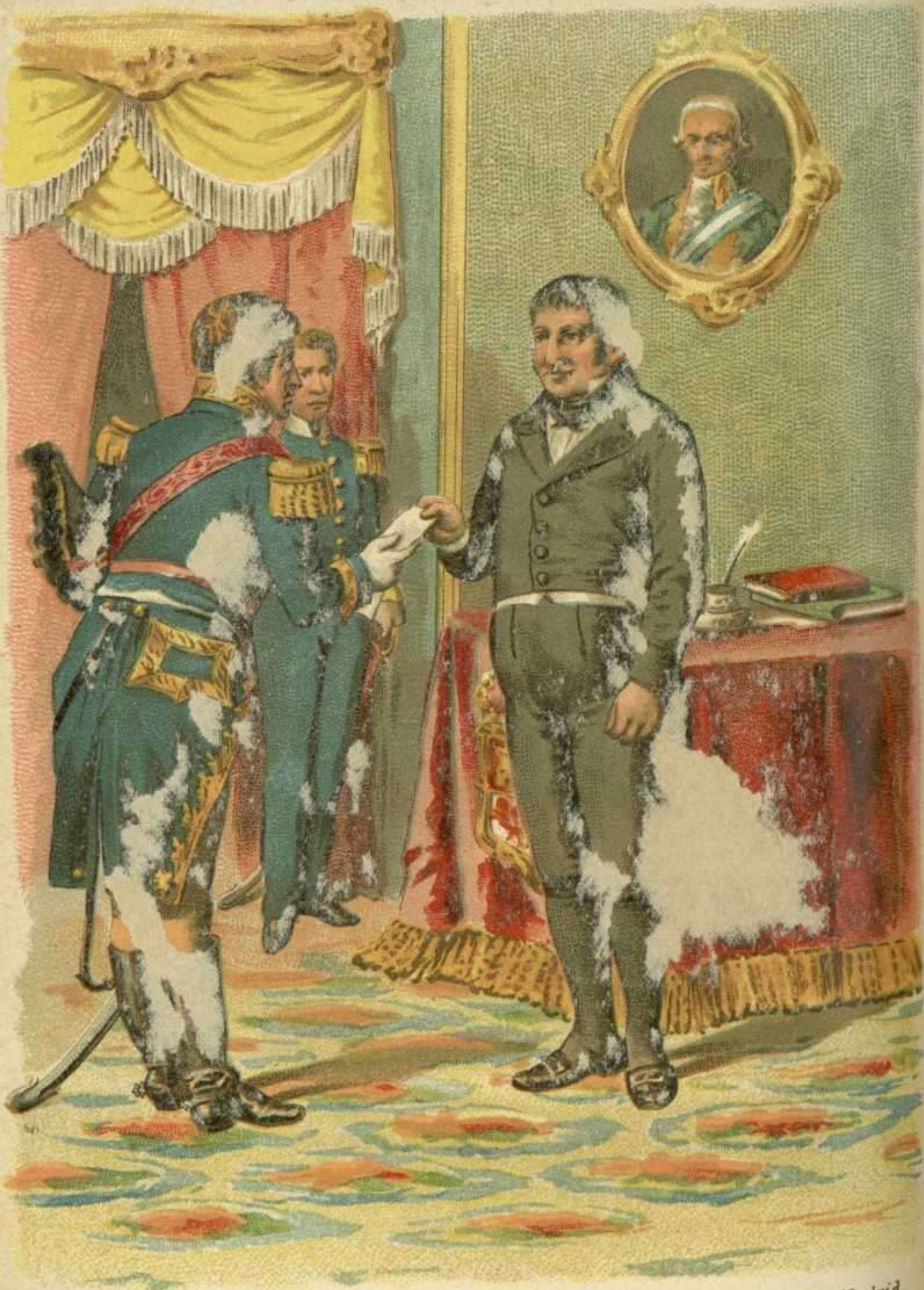
Y sacando un pliego doblado del bolsillo del pecho, añadió:

—Toma, y mira cómo empieza.

Angulema estaba descolorido.

La indignación le ahogaba.

Cumplido caballero, sentía haber favorecido las



Lit. J. Mateu - Madrid.

-Espero que V. M. romperá este papel.

perversas intenciones de aquel mónstruo de maldad.

Desdobló el pliego, y leyó:

«Bien públicos y notorios fueron de todos mis vasallos los escandalosos sucesos que precedieron, acompañaron y siguieron al establecimiento de la democrática Constitución de Cádiz en el mes de Marzo de 1820.

»La más criminal traición, la más vergonzosa cobardía, el desacato más horrendo á mi persona, y la violencia más inevitable, fueron los elementos empleados para variar esencialmente el gobierno paternal de mis reinos, en un código democrático, origen fecundo de desgracias y desastres.»

Angulema dobló el pliego, y respetuosamente se lo devolvió á Fernando.

—¿Qué, no quieres seguir leyendo? Pues lo más sustancial no lo conoces.

Angulema miró al rey con fijeza, adoptó una actitud digna, y hasta cierto punto enérgica, y con voz firme dijo:

—Espero que vuestra majestad romperá ese pliego.

—¿Por qué?

—Ayer mismo se ha publicado un manifiesto en armonía con la carta que tuve la honra de dirigir á vuestra majestad, y lo que ahora leo es...

—Acaba.

—No es el miedo; es el respeto que como caballero me debo á mí mismo, el que me obliga á no

calificar la conducta que piensa seguir vuestra majestad.

—¿Tan mala te parece?

—Tan mala, que de haberlo sospechado siquiera, me vuelvo á Francia sin disparar un tiro.

—¡Ya!

—Tan mala, que lógico hubiera sido que, al suponerla los constitucionales, os hubieran arrancado de las sienes la corona con la cabeza.

—No son pocas las que yo mandaré cortar por mano del verdugo.

—¡Pobre España!

—Antes soy yo.

—Pues cuidado mucho de que los constitucionales no vuelvan á imponerse, si tanto os interesa conservar la vida.

—Yo te juro que no volverán al poder.

—Y yo os juro no tornar á España, más que en el caso de que se restablezca el Santo Oficio; pues entonces vendré para dar el gobierno á los constitucionales.

Y sin pedir la real venia para retirarse, salió diciendo bastante alto para que Fernando pudiera oirlo:

—¡Qué villanía en un monarca!

Si Angulema no hubiera tenido detrás de sí un ejército y una escuadra, de seguro le manda fusilar.

Pero como estaba bien guardado, no se atrevió ni aun á protestar de aquellas palabras.

Pero tampoco retrocedió.

Que al día siguiente se publicó el manifiesto, y cuantos infelices confiaron en la «real palabra,» comenzaron á sufrir los efectos de su torpe credulidad.

Pues los realistas principiaron á hacer de las suyas, siendo uno de sus primeros actos ahorcar á don Rafael del Riego, después á Lacy, luego á Porlier, más tarde al Empecinado...

Y en los intermedios morían aplastados como reptiles hombres y mujeres de todas las clases sociales, tan luego como se sospechaba que eran constitucionales.

Fernando no se atrevió á restablecer el Santo Oficio, por miedo á que tornara Angulema.

Pero estableció unas especies de consejos de guerra, permanentes en todas las provincias, y los verdugos llegaron á protestar de tanto trabajo, pidiendo aumento de sueldo, ó al menos una gratificación.

Aquellos consejos se denominaban *Comisiones militares*, y sus fallos eran inapelables.

Pero los carlistas del porvenir, nacieron al ver que no había inquisición.

Y unas veces los constitucionales, y otras los *ángeles exterminadores*, como primeramente se llamaron, luego los *apostólicos*, y, por último, los *carlistas*, puesto que deseaban destronar á Fernando y poner la corona sobre la frente de su hermano, no dejaron día en paz y sosiego.

Mas Fernando se distraía ahorcando á *blancos* si se daban *negros*, y á *negros* si se daban *blancos*.

Porque aprendió á saber que los constitucionales no pensaban en destronarle, y los absolutistas sí.

Y una mañana se levantaba liberal y fustigaba á los absolutistas, y otra reaccionario y se revolvió contra los liberales.

Él sólo gozaba haciendo daño, y hacía cuanto le era posible.

Por los mismos días funestos en que Fernando recobró la libertad para hacer mal, quedó también abolida en Portugal la Constitución, y restablecido el poder absoluto.

Esto le favoreció mucho, porque los constitucionales, no pudiendo estar cerca de las fronteras españolas, se alejaron de ellas.

Sólo algunos pocos se quedaron en Gibraltar; pero la mayoría se embarcó para Inglaterra, y aun algunos para América.

El mismo día en que Fernando salió con dirección á Madrid, pues ya había habido tiempo para que se cumpliera su orden, según la cual, en *siete leguas* á la derecha y la izquierda de la carretera, no habría ni un solo constitucional, se acordó de aquella mujer varonil que, no obstante estar herida, se batió bravamente en Santi-Petri.

Y ya en el coche, dió órdenes para que la prendiesen y la ahorcaran.

Y seguro de que al día siguiente estaría todo eje-

cutado, emprendió la marcha pisando cadáveres de infelices constitucionales.

Pero las cosas no salen siempre á medida del deseo, aunque el deseo proceda de un rey absoluto como Fernando VII.

Que los emisarios buscaron inútilmente á Cayetana por espacio de algunos días.

Estaba en Santiponce.

Y no por su voluntad, sino porque sabía ejercer la caridad.

Que había jurado no abandonar á la niña Milagros, y esto la llevó allí.

Pero los realistas pecaron siempre de vanidosos y de osados; y como en Cádiz la semilla absolutista no echaba raíces, fácil le fué á Pedro Herria saber lo que pasaba.

Acto seguido buscó á Cayetana y le dijo:

—Por conveniencia tuya, por evitar que las gentes murmuren de tí, hace algunos días que vivimos separados. Pues bien: ahora es preciso que vivas en mi casa.

—¿Por qué?—preguntó.

—Porque te buscan para matarte de orden del traidor Fernando, y yo no he de consentirlo mientras viva. ¿Es que no me das crédito?

—Motivos me sobran para creerte; pero aunque así no fuera, bastaría que se tratara de ese... hombre, para que te creyese.

—¿Luego estás decidida?

—Sí: ahora mismo te seguiré.

—Y yo, antes de una hora, seré realista en la apariencia.

Cayetana y Pedro tornaron á Cádiz.

La niña quedó en un modestísimo colegio establecido en Santiponce.

De haber sabido lo que iba á pasar, el mismo día que Fernando salió para el Puerto de Santa María Cayetana se hubiera marchado á Gibraltar.

Pedro cumplió su palabra.

Que aquel mismo día, después de haber jurado sobre los Evangelios defender al rey absoluto, tomó posesión del odioso cargo de policía en aquellos tiempos.

Pero todo le importaba poco, con tal de salvar á Cayetana.

Naturalmente, por todas partes se registró menos por las casas de los realistas.

Y Cayetana podía vivir tranquila.

Pero deseando alejar hasta las sospechas, inventó una fábula, según la cual la Cayetana buscada debía haber muerto como consecuencia de las heridas, pues en el hospital se tenían datos de una mujer herida en un brazo, que había fallecido el mismo día en que el rey partió para el campamento francés.

Y como en efecto había muerto una mujer de aquellas señas y en aquel día en el hospital de sangre, la falsedad pasó por hecho cierto.

Pero andando el tiempo, tiempo en el cual no se presentó ocasión propicia para marchar á Gibralt-

tar sin peligro, los realistas supieron, conocieron la existencia de la niña Milagros en el colegio de Santiponce.

¿Qué tenía aquella niña que ver con la varonil matrona que tantos y tan nobles ejemplos había dado?

Ni aun parienta próxima ó remota era de ella, á no ser que nos remontáramos á la creación de la tierra, según el *Génesis*.

Pero para los realistas bastaba conque Cayetana la hubiera prohijado, para que la miraran como responsable de los *delitos* de su protectora.

Entre los policiacos sólo había dos hijos de Cádiz, y Pedro Herria era uno de ellos.

Naturalmente á ambos recurrieron para que averiguaran la verdad.

Por desgracia, ni Pedro se fiaba de su paisano, ni éste de él.

Y le fué preciso á Herria aparentar que era más realista que su compañero.

Al efecto, hizo presente, antes de que el otro lo pudiera averiguar, que en efecto estaba en Santiponce la niña Milagros, y añadió que iba á ser mandada al Hospicio, porque debía dos meses de pensión.

Con esto creyó que el asunto quedaba terminado, pues no podía suponer que aquellos hombres pretendieran hacer víctima á una inocente criatura, que sólo contaba ocho años de edad.

Gran chasco y gran contrariedad fué la de Pe-

dro, al saber que se había dispuesto que trajeran á Cádiz á la niña «en calidad de presa.»

Y más le sorprendió, no ser él de los encargados de la conducción.

Lleno de pena, comunicó á Cayetana lo que pasaba, y aunque en la firme persuasión de que no habría tribunal que la condenara, como de aquellos hombres todo era de temer, Cayetana adoptó en el acto una resolución extrema.

Y cubierta de harapos, encorvando el cuerpo hacia la tierra, y apoyándose en un palo, aquel mismo día partió para Santiponce.

El trabajo de Pedro en Cádiz consistía en detener la salida de los emisarios el mayor tiempo posible, como medio de que Cayetana llegara antes al punto en que se encontraba la niña.

Poco fué lo que pudo conseguir.

La provincia de Cádiz, y en general toda Andalucía, libre estaba de constitucionales, pues en ella fué donde precisamente se dió primero á conocer la traición del rey.

En los demás puntos de España, excepto aquellos por donde pasó Angulema de retorno á Francia, vivían bien ignorantes del segundo manifiesto real.

Y allí seguían confiados los liberales.

Pero como las malas noticias llegan antes que las buenas, resultó que hubo puntos en los cuales fué conocido el segundo manifiesto antes que el primero.

Gracias á Angulema, que en todas partes repetía «que de haber sabido él quién era Fernando, jamás hubiera venido á España,» se salvaron muchos hombres importantes en la política.

Y decimos «importantes,» porque eran los llamados de *acción*, tales como Mina y otros.

En cambio sucumbieron, como ya hemos dicho, Riego, Lacy, Porlier, Juan Martín el *Empecinado*, y otros muchos que ya opusieron resistencia, ya confiaron en que los servicios prestados á su patria, méritos serían bastantes para tenerles á cubierto de un atentado.

Pero los realistas eran de los que sostenían «que donde caía el burro allí debía llevar los palos,» y aplicando el refrán á los constitucionales, ya que habían caído, se divertían en matarles, después de hacerles sufrir tormentos que ni el Santo Oficio tuvo valor para crear.

Buen ejemplo el del *Empecinado*, que, metido en una jaula de hierro, era sacado todos los jueves al mercado, para que la multitud de feriantes se entretuvieran tirándole piedras y pinchándole con palos aguzados.

Tal martirio, sólo los realistas del año 1823, de funesta memoria por la barbarie que le distinguió, pudieron ser capaces de llevar á efecto.

Debido á la tranquilidad que reinaba en la provincia de Cádiz, pues nada más tranquilo que un

cementerio, los realistas gobernantes no perdieron tiempo en salir para Santiponce.

Pedro comprendía los peligros que iba á correr Cayetana.

Estaba seguro de que no salvaría á la inocente Milagros, y que, en cambio, era lo natural que ella pereciese en la demanda.

Y como en realidad ya no tenía objeto su permanencia en Cádiz, se fingió enfermo; y tan luego como fué dado de baja en el servicio, partió con la misma dirección que los infames emisarios.

Mas éstos le llevaban alguna delantera, y Herria, prevalido de la medalla que le autorizaba, embargó un caballo, le puso al galope, y, dispuesto á reventar al animal, salió como un rayo.

En cambio, Cayetana adelantaba poco terreno, toda vez que obligada se veía á seguir ejerciendo su papel de mendiga, pues de lo contrario despertaría sospechas.

Cayetana no era la misma mujer de otros tiempos, por lo que se relacionaba con su hermosura.

Conservaba rasgos bien característicos en su semblante; pero como éste se hallaba ennegrecido por el sol, y endurecido por las fatigas de la guerra, en conjunto parecía otra mujer.

Añadiendo á esto su actitud y sus ropas, segura podía estar de que no la descubrieran.

Pero, ¿qué sucedería tan pronto como, erguido su cuerpo, se presentara en cualquier parte?

Cuando caminaba entre las sombras de la noche,

corría como un gamo; pero á la luz del día, forzosamente ejecutaba los movimientos como la tortuga.

¿Qué plan llevaba?

¿De qué elementos disponía?

Los elementos eran aquel puñal con que dió muerte al duque de Quik.

El plan, librar á Milagros de la crueldad cínica de los realistas.

Esto, en concreto; en detalle, nada.

Pero tuvo bastante con el embrión para ponerse en camino, diciendo:

—Los medios hay que ceñirlos á las circunstancias: ó salvo á Milagros, ó perezco con ella.

¡Qué alma tan grande y tan generosa!

CAPITULO XXIII

Cuerpo á cuerpo.

PEDRO Herria no se paró en barras.

En la primera jornada formó un plan detallado, y se confirmó en él al día siguiente.

Pues al llegar á un mesón, en el cual pensó tomar algún alimento, pudo ver en amigable consorcio á los que iban por Milagros.

Y se ocultó cuidadosamente para no ser descubierto, pues en tal caso todo había fracasado.

Comió poco, mal y deprisa, y cambiando de caballo, siguió su derrotero hacia Sevilla.

Santiponce dista sólo una legua de la capital, y tenía por aquel entonces unos ochocientos vecinos.

En menos de una hora era posible salvar la distancia, y Pedro se encaminó primeramente á la capital.

Sin duda alguna pasó bien cerca de Cayetana; pero no la hubo de ver.

Los esbirros caminaban despacio; Pedro, á escape tendido; Cayetana, todo lo más deprisa que le era posible.

Pedro Herria habría de detenerse en Sevilla, y la viuda de Olaechea, por mucho que deseara hacer y que hiciera, difícilmente llegaría antes á Santiponce que aquellos cuyas jornadas eran hechas en caballerías embargadas.

En la capital de Andalucía se encontraba Fernando, esperando que le fueran abriendo paso los realistas, y viendo si le proporcionaban una andaluz que le hiciera olvidar su cautiverio en Cádiz.

Porque, eso sí: á sus malas intenciones y sus instintos perversos, unía una naturaleza tan viciosa, que, siendo joven, lo presentaba como viejo.

No agradaba mucho á Pedro que el rey estuviera en Sevilla; pero, después de todo, como llevaba su medalla, y el monarca no le conocía personalmente, puso en práctica su proyecto.

Y este fué el siguiente:

Se presentó á las autoridades, se dió á conocer como realista, y les hizo saber que era portador de una misión... la de comunicar que unos hombres, con documentos falsos, se disponían á entrar en la provincia de Sevilla, para, en nombre de las autoridades gaditanas, llevar á efecto actos repugnantes y dignos de castigo.

—¿De qué se trata?—le preguntaron.

—De salvar á aquellos que por orden terminante del rey nuestro señor, debían estar ahorcados.

—De modo que se trata de constitucionales, ¿no es eso?

—Sí; yo no quería pronunciar semejante odiosa palabra. En Cádiz se ha sabido esto, y me han enviado para que avise á los que pueden evitar los propósitos de esos hombres.

—¿Queréis ver á su majestad?

Temiendo que aquella pregunta fuese una añagaza, respondió:

—No me atrevía á solicitar una honra tan alta como inmerecida.

—Pues esta tarde le veréis. Que toda vez que se trata de mandatos suyos especiales, es conveniente que sepa lo que se hace ó lo que se intenta hacer en contra suya; y nadie mejor que vos se lo podrá explicar.

El apuro era grande para Pedro; pero no había manera de excusarse, y aquella tarde fué recibido por Fernando, que desatendió las graves cuestiones de Estado, pues daba la preferencia á los cuentos y á los chismes que le llevaban.

Por esto, tan luego como supo que había llegado un emisario de Cádiz con noticias referentes á órdenes suyas, dispuso que se le presentara.

El *bondadoso* Fernando, le recibió de esta manera:

—Vamos á ver, hombre: ¿qué es lo que traes dentro del cuerpo? Porque según sea ello, ó sales de aquí para la horca ó para un alto puesto. A mí me da lo mismo.

Haciendo un esfuerzo respondió Pedro Herria:

—Honrado me juzgaría aun en manos del verdugo, si de esa manera quedara cumplida vuestra real voluntad; y es tanto el amor que profeso á su real persona, que si como gustoso he comprometido mi existencia cien veces, y en una de ellas quedé cojo, de igual modo...

—Bueno, bueno: vamos al grano.

—Divieso le llamo yo, toda vez que molesta mucho y habrá que reventarlo.

—¿Reventarlo nada menos?

—¿Qué remedio queda contra aquellos infames que tratan de favorecer á los enemigos de vuestra majestad, y llevan su osadía hasta el extremo de ejercer una autoridad que no tienen fuera de su provincia?

—Pero, ¿de quién se trata?

—De una niña que desean y pretenden entregar á la más constitucional de la mujeres.

—¿Quién es ella?

—Una tal Cayetana, viuda de un exnovicio de la Cartuja de Jerez.

—¿La que sacó á su marido de entre los franceses?

—La que extrajo el cadáver de su esposo casi de los muros del fuerte: la que luego en Santi-Petri...

—¿Pues no ha muerto á consecuencia de las heridas?

—Han engañado á vuestra majestad.

—Pues caro han de pagarlo.

Agitó una campanilla, y al gentil hombre que se presentó le dijo:

—Que pongan á disposición de éste —y señaló á Pedro— los hombres y los elementos que necesite para lo que tiene que ejecutar.

Y dirigiéndose á Herria añadió:

—Puedes retirarte, y ten cuidado, pues estoy dispuesto á cumplirte lo que antes te hube de ofrecer.

Pedro se arrodilló ante Fernando; tocó con los dedos de la mano derecha los pies de éste, y luego se besó la mano.

Hecho esto, acto humillantísimo del cual no dispensaba á nadie Fernando, salió de la cámara real.

Los primeros pasos los había dado sobre seguro: las cosas salían á medida de su deseo.

Las autoridades realistas de Cádiz, habían creído prestar un gran servicio, presentando á la niña en lugar de Cayetana, á quien creyeron muerta.

Y no repararon en nada.

¿Que la niña estaba fuera de su jurisdicción?

Y eso ¿qué?

Para servir á Fernando, en todos los lugares se creían con poder y autoridad.

Y en efecto, nada les hubiera pasado, sin andar de por medio Pedro Herria.

Este aprestó ocho hombres, y pidió una cantidad con que atender á los gastos que ocurrieran.

Entre los ocho hombres, le pareció ver un rostro conocido.

Pero disimuló la contrariedad que esto le proporcionaba.

Como policías que eran, todos llevaban pistolas y puñales, y sus correspondientes medallas.

Mas este disimulo era inútil.

Bastaba ver aquellos nueve hombres, para conocerles.

Ya entrada la noche, salieron de la ciudad, para llegar á Santiponce al toque de ánimas, hora en la cual nadie se atrevía á poner el pie en las calles, y por ello la más oportuna para no ser vistos ni oídos.

Conforme salieron al campo, aquel al cual creyó conocer Pedro, se le acercó y le dijo casi al oído:

—¡Cabo Herria!

—Este se sobrecogió un tanto, y echó mano á una de las pistolas.

—¿Qué es eso? ¿No me conoces, hombre?

En aquel momento unió Pedro la voz del que le hablaba con el parecido que descubrió en su rostro, y respondió:

—¡Mi teniente!

—Sí, hombre, el mismo, Adelantémonos un poco, pues deseo que hablemos sin que nos oigan.

Así lo hicieron, y el llamado «mi teniente,» habló de este modo:

—¿Cuántos son los policías que vamos á buscar?

—Dos ó tres.

—Y ¿son verdaderamente realistas?

—Hasta más no poder.

—Pues no volverán á Cádiz.

—¿Cómo?

—Nada: que les mataremos: nunca gozo más que cuando uno de esos cae en mis manos.

—¿Es posible?

—¡Hombre!... ¿Quién te ha dado derecho para dudar de mí? Yo por mi parte, jamás te creí capaz de ser un infame.

Aún dudaba Pedro de lo que estaba oyendo, cuando el teniente añadió:

—Estaba de guarnición en Galicia cuando nuestro general se pasó á los franceses. Yo no le quise seguir, y abandoné mi regimiento, quedándome de paisano. Perseguido anduve algún tiempo, hasta que me atraparon los realistas. ¿Cómo salvar la vida? Pues aparentando que era de los absolutistas presos en la Coruña, que había logrado escapar de los constitucionales.

—Muchos han hecho lo mismo.

—Y tú uno de ellos.

—¿Por qué negarlo?

Al decir esto, amartilló una pistola por lo que pudiera ocurrir.

El teniente no se apercibió de ello, y prosiguió de este modo:

—Desde entonces soy realista en el nombre, y sirvo á mis amigos; que doy parte por medio de anónimos á aquellos á quien sé que tratan de pren-

der, con lo cual consigo que mis compañeros de oficio ó de empleo, sufran fracasos que les cuestan bien caros.

—Pues ahora...

—Ya libraremos el cuerpo. Ahora, dime toda la verdad, pues no es cosa de que por no marchar de acuerdo, tengamos un fracaso y perdamos en vez de ganar.

—Pedro, que conocía bien al teniente, dejó de dudar, y en pocas palabras le hizo la relación de los sucesos.

—En ese caso—dijo el teniente tan luego como Pedro terminó,—creo que saldremos bien del lance.

—¿Pero á qué llamáis salir bien, mi teniente?

—En primer lugar, yo no soy teniente, sino policía, y me llamo Barragán y Alonso.

—No lo olvidaré.

—Cuando se te ocurra llamarme, dime Alonso, con el fin de que crean que es mi nombre de pila.

—Está bien.

—Y háblame de tú.

—Lo haré.

—Pues vamos á lo otro. ¿Cuándo crees que podrán venir esos hombres?

—Mañana lo más pronto.

—¿Y Cayetana?

—Eso sí que no puedo precisarlo.

—De todos modos es igual: están fuera de su provincia, y cuanto hagamos pasará por bien hecho. Y si de paso podemos hacer algún negocio...

—¿Negocio? ¿De qué clase?

—Yo he variado mucho en cierto terreno. Los absolutistas me han quitado mi espada, que era cuanto tenía, y sin sentir escrúpulos de conciencia, á realista que cae por mi banda, como pueda le quito hasta la camisa.

—¡Ah!...

—Pero unámonos á la gente, y que tomen algo en este ventorro.

En efecto; entraron en uno de mal aspecto que había á la derecha del camino.

—¿Qué hay de comer y de beber?—preguntó Alonso al hombre que estaba en el mostrador despachando vino.

—Poca cosa á estas horas: van á dar las ánimas, y...

—Y no se puede despachar más que por la puerta del corral, ¿no es esto?

—Con otra mala lengua como la tuya, ahorcan á cualquiera.

—Tiempo hace que debieron ahorcarte, bribón.

A estas palabras, el hombre se inmutó.

De aquella manera no se hubiese atrevido á hablar un hombre cualquiera.

En esto llegaron los otros policías.

—Cierra la puerta—le dijo Alonso:—para tí han dado ya las ánimas esta noche.

El hombre no se hizo repetir el mandato de Alonso, y cerró.

—¿Qué más tenéis que mandar?

—Que saques lo mejor que tengas en casa. Y cuida de no engañar, pues te ato codo con codo, y por constitucional te llevo preso á Sevilla, si no es que se me antoja matarte por el camino.

—Yo juro...

—Y yo sé que levantaste una partida...

—¡Por Dios!... ¡Perdón!...

—Danos de cenar á todos.

Cuando el hombre se retiró para disponer la cena, dijo Alonso á Pedro:

—Este es de los buenos; pero no conviene que nos conozca.

—Pero...

—No tengas cuidado: ahora pasa un susto que nos servirá de mucho: luego... ya le dejaremos contento.

Alonso y Pedro, como jefes, se sentaron en distinta mesa.

La cena fué todo lo mejor que se pudo esperar.

Cuando estaban terminando, llamó Alonso al hombre y le dijo:

—Tío *Picardías*, venga hacia acá, que tenemos que hablar.

El llamado *Picardías* obedeció.

Y así que hubo tomado asiento, le dijo Alonso en voz baja:

—¿Qué mujeres han venido por aquí en todo el día?

—Ninguna forastera.

—Cuidado con mentir.

—¡Que me parta un rayo!...

—Bien: y ayer, ¿hubo por aquí alguna cara desconocida?

—Tampoco.

—¡Hombre!... Piénsalo bien: ¿no llegó una pobre mendiga...

—Estoy seguro de que no.

—Vamos á ver: ¿qué tal persona es el alcalde?

—¡Así le coja un toro!...

—¿Por qué?

El tío *Picardías* no pudo contestar; pero, en cambio, los ojos se le arrasaron en lágrimas.

—Vamos, habla pronto, claro y breve.

—Yo le creía un hombre honrado, por más que sabía que era absolutista. Cuando se proclamó la Constitución, le protegí cuanto pude, y como tenía algunas influencias, le libré de que le prendieran. Pero desde el 1.º de Octubre cambiaron las cosas, y...

—Habla sin miedo.

—¡Un cobarde he sido cuando no le partí el corazón á estas horas! Pero... no se me escapará, aun cuando luego me tuesten vivo.

—Continúa.

—En cuanto empuñó la vara de alcalde, se presentó en mi casa y, arrollándolo todo, nos prendió á mi mujer y á mí. Pero á mi mujer no la llevó á la cárcel, sino á su casa, «para que fuese su ama de llaves.»

—Ya comprendo.

—Tres días después me soltaron; al saber lo que pasaba, fuí por mi mujer dispuesto á todo... Y me la dieron... pero enferma. Al día siguiente murió la infeliz, confesándome que estaba libre á costa de la honra, que el señor alcalde pisoteó por la fuerza. ¿Queréis más?

—De modo que tu mujer...

—Aún no hace veinte horas que la enterraron. Y yo estoy aquí, aparentando completa tranquilidad; pero...

—Esta noche podrás vengarte á tu sabor.

—¿Cómo?

—Toma por la cena, guárdalo y vente con nosotros.

—Pero este dinero...

—Es para tí.

—Si me engañáis...

—¿Qué interés podemos tener en ello?

El tío *Picardías* salió con Pedro y con Alonso.

Ya cerca de Santiponce, donde llegaron más tarde de lo que pensaron, le preguntó el teniente:

—¿Cuáles son los realistas más malos de la localidad?

—¿Los peores?

—Sí.

—El alcalde...

—Á ése ya le conocemos.

—El sacristán, que es el jefe de los realistas, y un cuñado suyo.

—¿Y el cura ó los curas?

—Hasta la hora presente no hay quejas de ninguno, que yo sepa.

Por esto conocieron Pedro y Alonso que aquel hombre hablaba con verdad.

Con razón, en la mayoría de los casos, el pueblo liberal aborrecía al clero.

El tío *Picardías* era de los tenidos por herejes...

Y, sin embargo, no hablaba mal de los sacerdotes de la localidad.

—Y, vamos á ver. ¿Por qué es malo el sacristán, y por qué su cuñado?

—Porque entre ambos mataron á la madre de la mujer del sacristán.

—Madre también del cuñado.

—Eso es.

—¿Y qué más?

—Que luego mataron á la mujer, porque quería hablar tan luego como lo supo.

—Y ¿por qué mataron á la madre?

—Por robarla. La pobre vieja tenía unos ocho mil reales escondidos, y... bien les lució el dinero después.

En esto entraron en Santiponce.

Por primera providencia, prendió Alonso al sacristán y su cuñado.

Y á poca costa comprobó cuanto le había dicho el tío *Picardías*.

—Ya tenemos justificantes de todo—dijo Alonso á Pedro.

—No te entiendo.

—Pues es muy fácil: estos dos van á ser los constitucionales á quienes venían á dar aviso los de Cádiz.

—Pero...

—No tengas cuidado: ni como asesinos ni como ladrones fueron á la horca... Ahora les llevarán como liberales.

Después de dicho esto todos ellos se situaron bien para esperar.

Y ya amanecía, cuando se presentaron los que venían por la niña.

Pedro les conoció, y les dió el alto.

Tranquilos esperaron, y más tranquilos aún presentaron sus medallas.

—Eso no sirve aquí—les dijo Alonso.

Y añadió:

—Dáos presos.

Pero uno de ellos conoció á Herria, y, apuntándole con una pistola, exclamó:

—¡Muere, traidor!

Y disparó.

Al mismo tiempo recibió un golpe en la cabeza, por detrás, el que había disparado.

Y resonaron tres detonaciones más.

Trabada la lucha á tiros, cundió la alarma por todo el vecindario.

Y el alcalde, orgulloso con su autoridad, salió para averiguar qué era aquello.

Al presentarse en el lugar del combate, este había terminado.

Tres hombres había en el suelo, bañados en sangre.

—¡Anda con él!—dijo Alonso al tío *Picardías*, tan luego como vió al alcalde.

Pero al oír esto aquel hombre, y conocer al que se lanzaba sobre su autoridad, salió corriendo como un gamo.

El tío *Picardías* echó detrás de él.

Y cerca de su casa le alcanzó.

Pero el alcalde, al verse perdido, hizo uso de una pistola.

Y en el mismo instante en que sentía la hoja de acero que rasgaba su pecho, hizo fuego.

Y ambos cayeron bañados en sangre.

Cuando el vecindario se repuso un poco de la sorpresa, ya era de día.

Y tres heridos estaban en el hospital, y un muerto en el cementerio.

Los heridos eran los dos policías de Cádiz y el tío *Picardías*.

El muerto, uno de los que acompañaban á Alonso.

En cuanto al alcalde, le habían entrado en su casa, y el médico pronosticaba desfavorablemente.

Pero, ¿quiénes habían sido los que entablaron la lucha?

¿Quiénes se habían llevado al sacristán y su cuñado?

El vecindario no se lo podía explicar.

Las gentes hipócritas ó fanatizadas, atribuían lo ocurrido á obra, sin gracia, de los demonios del

infierno, presididos por el mismo Lucifer en persona.

Pero aquellos, menos amigos de atribuir los fenómenos naturales á las artes de los seres forjados por los hombres con el fin, ya de especular ó de contribuir á que se tenga siempre á mano una razón que nos explique lo inexplicable para el hombre, confiaron en saber algo positivo por medio de aquellos que resultaron solamente heridos en la refriega.

Pero el alcalde no podía hablar.

La herida era profunda, y debía haberle interesado los pulmones ó la región cardiaca.

El médico dispuso que en el acto se le administraran los Santos Sacramentos, y esto sólo era una mala señal.

El tío *Picardías* era el que estaba menos mal, toda vez que cayó al suelo más bien atolondrado por los efectos de un disparo á quemarropa, que por la herida.

Esta era una gran rozadura en la cabeza, que como tal, sólo interesó la piel.

Y no por mala puntería, sino porque la bala, al tropezar con el frontal, resbaló, describiendo una curva por el cuero cabelludo.

Los dos policías llegados de Cádiz, no eran conocidos en el pueblo: estaban moribundos, y sólo por los documentos que llevaban, se pudo averiguar quiénes eran.

Los comentarios llegaban á lo increíble, cuando

se presentaron tropas en Santiponce, que en son de guerra penetraron en el pueblo.

El vecindario cerró las puertas y se escondió.

Parecía el pueblo una ciudad abandonada ó asolada por la peste.

Sólo el padre Martín se arriesgó á presentarse al jefe de las fuerzas, deseoso de evitar mayores desgracias.

Las canas del sacerdote, su actitud verdaderamente evangélica, y su palabra dulce y cristiana, elementos eran bastantes para, por lo menos, dominar las primeras circunstancias que se presentarían en aquellos instantes.

El jefe le recibió bien, pues tenía noticias de que el clero de Santiponce era digno de respeto por regla general.

Después del natural saludo, el padre Martín trató de explicar lo ocurrido; de referir, mejor dicho, lo que sabía por los resultados.

Pero el jefe le detuvo, diciendo:

—La verdad entera, la sé yo: vos no. Vuestro relato de seguro no aclarará cosa alguna, y yo traigo el tiempo tasado.

—Dispensad...

—Os agradezco vuestro buen deseo; pero lo que por ahora me interesa es saber cómo siguen los policías de Cádiz... Cómo el tío *Picardías*, y cómo el alcalde.

Después de referirle lo que ya conocemos, añadió el sacerdote:

El tío *Picardías* parece grave; pero en mi concepto teme hablar y por eso calla.

—Pues yo le haré hablar.

—¡Tened piedad del que sufre!

—Es un *negro*.

—Es un hermano en Jesucristo: es un prójimo... Y de igual modo que defendí á los unos, tengo que ponerme, en cuanto no infrinja las leyes, al lado de los otros... La religión no tiene política: según Nuestro Señor Jesucristo, su santa doctrina es compatible con todas las formas de gobierno.

—Hablais como constitucional.

—Hablo como mi conciencia me dice que debe hablar un sacerdote. Si con esto delinco, castigadme: sufriré con paciencia, y por la muerte y pasión de Cristo, la suerte que me esté reservada; pero no por eso faltaré á lo que como sacerdote creo que constituye en mí un sagrado deber.

Había tanta humildad, tanta mansedumbre, destellos tan claros de verdad en cuanto aquel anciano decía, que el jefe le respondió:

—Ya sé que en toda época habéis sido padre de almas y no de armas. Auxiliásteis á todo cristiano que lo solicitó, y á vuestro ejemplo se debe mucho bueno; pero, ¿cómo no habéis podido evitar lo que ha pasado?

—Quizás porque la Providencia puso una venda en mis ojos, á fin de que alejado de los sucesos los ignorase, y se cumplieran castigos, en mi concepto merecidos. No puedo acusar á persona alguna:

ruego á Dios por todos... pero no tengáis duda de que en todo esto hay algo de providencial.

—Pero en lo cual tiene que intervenir la mano del hombre.

Y cambiando de tono, añadió:

—Espero que me acompañaréis á visitar á los enfermos.

—Estoy á vuestras órdenes.

La primera visita fué para el alcalde.

Solo al verle, dijo el jefe militar:

—Aquí no tenemos nada que hacer; y es una lástima, porque debería morir á manos del verdugo.

La familia tembló al oír aquellas palabras.

En el hospital habló con el tío *Picardías*, que en aquellos momentos justificó su apodo.

Astuto y ladino achacó lo pasado á obra del diablo, que, con sus artes, le sacó de su casa y le obligó á batirse.

También dijo que él no sabía si durante la refriega habría causado algún daño.

A esto le contestaron:

—Estoy satisfecho de vuestra conducta: no fué el diablo, sino Dios, quien os sacó de vuestra casa para castigar por vuestra mano á un criminal. Podéis estar satisfecho de haber matado al alcalde: el gobierno tendrá presente los buenos servicios que le habéis prestado.

Y volviéndose hacia el sacerdote, añadió:

—Os recomiendo, espiritual y materialmente á

este hombre, padre Martín. Tomad ese dinero, y que nada le falte hasta que se disponga otra cosa.

Con esto, que dejó aturdido al tío *Picardías*, pasaron á ver á los otros heridos.

Uno de aquellos dos hombres estaba en un momento de lucidez, y pudo decir, aunque con trabajo:

—¡Pedro!... ¡Pedro!... ¡Malditos negros!

Como el sacristán se llamaba Pedro, el jefe no pudo ni aun imaginar que se trataba de Herria.

Y le contestó:

—Morirá á manos del verdugo, como vosotros debísteis morir, infames.

El aludido quiso responder; pero el padre Martín se interpuso diciendo:

—¡Por Dios vivo!... Esta es hora de perdonar para que el Señor nos perdone!

Dos días más tarde, el tío *Picardías* tornaba á su casa, aparentando que estaba en gran peligro, y el alcalde y los otros dos policías eran conducidos al cementerio, pues los tres fallecieron.

Aquella misma noche sufrió una sorpresa el hombre del ventorro, pues se le presentó Pedro Herria acompañado de una mujer, y le dijo:

—Lo mismo que te hemos salvado de la horca, te podemos mandar á ella. Te confiamos á esta mujer: con tu vida nos respondes de ella.

—¿Y quién es?

—Quien no te importa; al menos por ahora.

—Está bien.

—Aquí pasará por tu criada; pero una vez cerrada la puerta, mírala como á tu ama.

—Descuida: pero si preguntan...

—Dices que es hermana de tu difunta esposa, y me avisas enseguida. Pero como estará aquí pocos días...

—¿Y adónde te aviso?

—Ella lo sabe.

Cuanto había pasado era el producto de los trabajos de Pedro, y en particular de Alonso, que no se cansaba de perseguir á los realistas en pleno reinado del absolutismo.

Por aquel hecho fué premiado por el rey, y Pedro logró el nombramiento de policía secreto al lado de la corte.

De modo que se había constituido en una garantía del rey.

Pero esto le agradaba poco, pues de ninguna manera estaba conforme con abandonar á Cayetana, que en casa del tío *Picardías* acababa de dejar depositada.

CAPITULO XXIV

¡Pobre pueblo español!

Y no había que tener cuidado con respecto á Cayetana, toda vez que Fernando no tornaría á ocuparse de ella, persuadido de que, por buscar un ser ilusorio, se había descubierto una conspiración, habiendo resultado cuatro muertos por lo pronto.

Y más contento aún, porque en breve serían ahorcados el sacristán y su cuñado, pues resultaron complicados en la trama para la libertad de un constitucional, que osaba permanecer á una legua de la corte, cuando él había dispuesto que el más cercano estuviera á siete.

Las autoridades realistas de Cádiz, tan luego como conocieron el resultado del viaje de sus emisarios, se precipitaron á desautorizarles por completo, diciendo en una exposición que elevaron al rey:

«Protestamos con el mayor respeto de la falsedad de los titulados policías.

»Y aseguramos que los documentos que llevaban eran falsos.»

Esto decían en síntesis; pero á pesar de sus protestas, no se libraron de perder sus empleos.

Por contento se dieron con ello, toda vez que el que más y el que menos temió que le ahorcaran sin oírle.

Nadie, pues, se ocupó de Pedro para cosa alguna, y confirmado en el puesto de confianza que le habían otorgado, no tuvo más remedio que disponerse para partir con la corte.

Doloroso y sensible le era dejar á Cayetana.

Pero ¿cómo llevarla consigo?

El día antes de partir, fué al ventorro, y en conversación con el tío *Picardías* y con Cayetana, les dijo lo que pasaba.

A la narración de Pedro, contestó Cayetana diciendo:

—Hace tiempo que estamos tocando la paz y la tranquilidad, sin poder conseguir ninguna de las dos cosas. Dios lo dispone: es forzoso que vivamos alejados el uno del otro.

—Cuando un carro se tuerce—dijo el tío *Picardías*,—ni anda derecho con resignarse ni con desesperarse. Pedro está que se lo llevan los demonios; tú, en cambio, inclinas la cabeza, callas y sufres... pero yo, que sé cómo se arreglan estas cosas, voy á proponeros un plan.

—Y ¿qué plan es ese?—preguntó con grande interés Pedro.

—Uno muy sencillo.

—Veamos.

—Este es: mañana por la mañana parte la corte hacia Madrid.

—Eso es.

—Pues mañana mismo saca Cayetana la niña del colegio, y pasado mañana le traspaso á mi sobrino el ventorro, y nos ponemos también en camino.

—Pero...

—Nada, hombre.

—Cayetana, con un nombre cualquiera, con el mismo de mi difunta esposa, pasará por mi mujer... y la niña, por hija de los dos.

—Eso es expuesto...

—¿Á qué? No temas, Pedro; que por más que me llaman el tío *Picardías*, porque arreglo el agua de modo que parece vino de lo bueno, y hago chorizos de caballo que da gloria comerlos, cuando se trata de asuntos tan serios como este, sé llegar hasta donde el que más.

—En realidad, yo he hablado sin derecho para ello: Cayetana es la que debe decir si está ó no conforme.

—Lo estoy, Pedro; y digo que sí, en primer lugar porque creo conocer bien al hombre á quien me confiaste; y en segundo, porque aún tengo energía para defenderme.

—Y bien lo sé yo: si no es por el palo que diste

en la cabeza al que disparó sobre Pedro, de seguro que no estaría aquí á estas horas.

Aceptado el plan por Cayetana, Pedro lo aprobó también.

Y como habiendo dinero las cosas se arreglan bien y pronto, dos días más tarde iban todos camino de la corte.

De los palaciegos, el que más y el que menos iba preocupado.

Que habían llegado noticias de las palabras pronunciadas por Angulema, y al propio tiempo de la ejecución de don Rafael del Riego.

Y temían las consecuencias.

Sólo Fernando sintió que se le despertaba el apetito, al saber que Riego había sido ahorcado y descuartizado como un cerdo, sin duda por el parecido que tenía con Calígula, el cual, para comer á gusto, disponía que durante el tiempo que duraba la comida, estuvieran martirizando á algún infeliz en su presencia.

Los tiempos habían cambiado mucho, y debido á esto Fernando no llegó á tales extremos.

Pero sentía gran satisfacción el día en que le daban noticias que se había vertido sangre.

En Madrid, y ya rey absoluto y sin regencia, siguió tomando por modelo á los emperadores romanos.

No abrió á su madre en canal, porque había muerto; pero, en cambio, hizo todo el daño que pudo á propios y á extraños, siendo lo más digno

de notar, que sólo depositaba una confianza ciega en su hermano Carlos, que era el mayor enemigo que tenía en el mundo.

La época se prestaba á que Fernando pudiera satisfacer sus malas pasiones.

Colocado en un medio ambiente político insostenible, resultaba liberal para los absolutistas que deseaban la Inquisición, y en extremo tiránico para los que defendían el Código fundamental de Cádiz.

Y ya los unos, ya los otros, se levantaban en armas.

De aquí que el verdugo no dejara de trabajar, y que los fusilamientos fueran diarios en toda España.

Y de aquí también, que hiciera con los *apostólicos* en Cataluña lo mismo que con los liberales en Valencia y en Cádiz.

Esto es: darles una amnistía amplísima, y luego fusilarles en montón.

Á todo esto, pasaban los años, y Cayetana, su supuesto esposo y la niña Milagros, estaban establecidos en un ventorro en las afueras de la Puerta de Alcalá.

Allí vivía con ellos Pedro, también en calidad de huésped.

Poco trabajo tenía, y, en cambio, disfrutaba de buen sueldo.

Se había fijado por norma la conducta de su teniente.

Cuando podía favorecer á un constitucional, lo hacía.

Y cuando le era dable perjudicar á un absolutista, lo hacía también.

En realidad, gozaban los cuatro de una calma relativa, que ni soñar pudieron algún tiempo antes.

Pero, en cambio, la nación estaba cada vez más agobiada, y el pueblo, aquellos que producen más que todos juntos, iba de Herodes á Pilatos; de Málaga á Malagón, siendo siempre el punto sobre el cual todos descargaban el puñetazo, cual si fuera la *cabeza de turco* en la cual prueban los gimnastas las fuerzas de su hercúleo brazo.

Que bastaba una delación anónima, para que un hombre fuera á presidio.

Y tan luego como existía la menor sospecha de que la delación podía ser cierta, de seguro el infeliz acababa sus días en el cadalso.

Á tiro limpio iba pasando el tiempo.

Fernando se casó la cuarta vez, y como su esposa, doña María Cristina de Borbón, llamada la *Napolitana*, dominó á su esposo, España entró en una nueva faz.

Pero como de aquel matrimonio no quedó varón, sino dos hembras, á la muerte de Fernando reclamó la corona, con las armas en la mano, su hermano don Carlos.

Siete años de guerra fratricida, dieron por término el triunfo de la causa liberal.

¡Cuánta sangre vertida!
Horror da recordarla.

Ni María Cristina, como regente del reino, ni luego su hija Isabel, como reina, supieron caer del lado de la libertad.

Y esto fué origen de nuevas luchas intestinas, que al fin dieron al traste con el trono y con la dinastía.

De esto es de lo que ahora vamos á ocuparnos, toda vez que el comienzo de la verdadera era de libertad nació en Cádiz, ó, mejor dicho, brotó de sus cenizas, como el Fénix de la fábula.

Pero antes de ocuparnos de este asunto, debemos decir algunas palabras referentes á Cayetana, á Herria y á la niña Milagros.

Después seguiremos enumerando los días gloriosos de Cádiz, días que jamás pueden ni deben borrarse de la mente de todo buen español.

En Cádiz fué votado y sancionado el Código inmortal, al cual debemos no ser hoy feudatarios del extranjero, pues levantó tanto el espíritu patrio, y engendró tanto amor á la libertad, que en vano pretendieron los tiranos posteriores al grito salvador, sujetarnos con cadenas, por más que en muchas ocasiones nos las presentaron cubiertas de flores para seducirnos.

Y en Cádiz quedó sepultada la libertad, en el mismo edificio en que naciera, gracias á la inicua traición de Fernando VII.

Traición que no alcanzó á Cayetana, por los motivos que ya hemos expuesto.

Tan luego como los *apostólicos* se alzaron en armas contra Fernando, comprendió éste que malos, muy malos los liberales, no iban tan allá como los absolutistas, pues jamás habían pensado en destruirle.

En cambio, los *apostólicos* querían que ciñera la corona don Carlos, pues éste, ó, mejor dicho, su esposa, les había ofrecido restablecer el tribunal del Santo Oficio.

Este era el sueño dorado de los *apostólicos*, pues no quedaban satisfechos sino con quemar vivos á los hombres.

El verdugo les parecía poca cosa, cuando sólo ejercía su oficio en público, dando garrote ó ahorcando á cualquiera.

Bien caro lo pagaron: que Fernando les engañó como él sólo sabía hacerlo, y tan luego como el incendio quedó extinguido, hizo un degüello general.

Para ello contaba con dos generales de tristísima recordación.

Fué el uno, el conde de España.

Fué el otro, González Moreno.

El uno en Barcelona, y el otro en Málaga, dejaron memoria eterna.

Mas como en el libro siguiente hemos de ocupar-

nos de estas cosas, con el fin de dar á conocer á aquellos sobre los cuales debe caer el desprecio y las maldiciones de todos, vamos ahora á proseguir nuestro relato.

Poco acomodaba á Pedro Herria el lucrativo destino que le habían dado, pues en la mayor parte de las ocasiones, sobre no sacar provecho alguno, se exponía á ser descubierto.

En realidad, aunque en lucha con su conciencia, tenía algunos ahorros: que en un principio no desperdició las ocasiones que se le presentaron de explotar á los enemigos de la libertad.

Después se abstuvo de seguir aquel camino, tanto porque le repugnaba, como por los consejos de Cayetana.

Esta tenía cifrado todo su deseo en tornar á Cádiz.

Allí había nacido, y allí deseaba morir.

Mas Pedro Herria no era dueño de abandonar el destino; y como, por otra parte, era expuesto tornar á la isla gaditana, forzosamente tuvo que resignarse.

Mas tan luego como murió Fernando VII, y María Cristina de Borbón tomó las riendas del Estado en concepto de regente y de tutora de sus hijas, las cosas habían cambiado.

Y Pedro pidió que le jubilaran, en la esperanza de que, con sueldo ó sin él, quedaría libre.

Que bien sabía que si deseara continuar en el puesto, sostenido hubiera sido por los hombres á

quienés tantos favores y tan grandes servicios hubo de prestar.

Algunos días después, le era otorgada una jubilación de *cuatro reales* diarios.

Cayetana vió el cielo abierto, tan luego como Pedro le dijo:

—Ya podemos volvernos á Cádiz; ya nadie me manda.

Y dispusieron la marcha.

Pero tuvieron que detenerse unos días, á causa de la enfermedad del tío *Picardías*, enfermedad que desde el primer momento tomó carácter grave.

El desenlace fué rápido y funesto.

El dueño del ventorro murió, y Cayetana hubo de encontrarse dueña absoluta de la casa y de cuanto en ella había.

Lo natural era, toda vez que la marcha era cuestión resuelta, vender el ventorro.

Cuando las cosas se dan á bajo precio, nunca falta quien las compre.

De aquí que ocho días más tarde emprendieran el camino de Cádiz.

Pero no con todo el dinero que debían llevar, pues Cayetana obligó á Pedro á que diera para los pobres los ahorros que tenía.

—Con el producto de la venta del ventorro, tenemos bastante,—dijo Cayetana.

—Tienes tú bastante; pero yo...—respondió Pedro.

—Cuanto has tenido, fué para mí: cuanto yo

tenga, tuyo debe ser, tuyo es. Por otra parte, tú sabes trabajar, y seguramente no te morirás de hambre.

—Comprende, Cayetana, que no hay desdoro para tí en nada de lo que yo he hecho; y que, en cambio...

—No termines.

—Es que...

—Hay algo superior en la vida de la criatura...

—¿Por qué te detienes?

—Porque leo en tus ojos que sabes lo que voy á decir.

—¿Qué has leído?

—Lo que callas hace mucho tiempo; lo que seguirías callando toda tu vida; lo que nació en tí la noche en que me confiaste al que acaba de morir.

—¡No en mis ojos; en mi corazón has leído, Cayetana!

—Pues en ese caso, toda vez que no hube de equivocarme, voy á hablarte con entera franqueza.

—Eso deseo.

—Pues oye.

Y añadió:

—No puedo ofrecerte un amor tan grande como el que profesé á Olaechea, pero sí tan puro.

—¿Qué más puedo ambicionar?

—¿Te satisface?

—Sí.

—Pues entonces, ya ves cómo puedes aceptar el dinero que legítimamente poseo, y que en parte

ganado está por mí haciendo el papel de esposa de un hombre con el cual ni afecto personal me unía. De modo que bien puedes dar para los pobres lo que en realidad no está bien ganado, y, aceptando lo que es mío, manejarlo y hacer que nos proporcione lo preciso para vivir.

Aún dudó algunos momentos Pedro; pero tan luego como reflexionó un poco, y dedujo que con el dinero de Cayetana podía curtir pieles por su cuenta, y hacer quizás una fortuna, hizo entrega de la cantidad al párroco de San José, para que, «en descargo de sus pecados,» repartiera aquella cantidad á los pobres, en las fracciones que estimara oportuno.

Por entonces no había mejor modo de hacer donaciones.

Los curas párrocos sabían más de estas cosas que hoy la sección de Beneficencia municipal y provincial; más que los gobernadores y que toda la policía.

Que los párrocos eran los que, inmiscuidos en los secretos del hogar, conocían perfectamente los vicios y las virtudes, las holguras y las estrecheces de todos aquellos que estaban bajo su jurisdicción.

¿Qué sabía nadie, ni quiénes se morían, ni quiénes se casaban, ni quiénes eran bautizados, más que ellos?

De suponer es que harían un buen reparto del dinero: nosotros, que, sin pruebas para acusar, siem-

pre nos inclinamos hacia el bien, desde luego admitimos que aquel sacerdote cumplió fiel y lealmente la voluntad del donante.

En esta misma confianza marcharon Cayetana y Pedro, llevando á Milagros, que ya parecía una mujer.

Como que había cumplido por aquellos días los once años.

Al llegar á Sevilla, se detuvieron con el fin de realizar la boda, pues no querían dar que decir en Cádiz.

Llegando casados, y no haciendo ostentación de quiénes eran, lo natural sería que nadie se fijase en ellos.

El dinero todo lo allana: y Cayetana y Pedro, mediante la suma de *quinientos reales*, cantidad bastante crecida para entonces, fueron dispensados en la mayor parte de los requisitos ordinarios, y en dos semanas lograron que la bendición cayera sobre ambos.

El primer cuidado de Pedro fué adoptar á Milagros; y el primero de Cayetana, dotarla en cuanto poseía.

—De este modo—dijo aquella mujer ejemplar—no es tuyo ni es mío el dinero. Es de nuestra hija, y como de quien es, has de mirarlo. Esto no quita para que emprendas tus negocios: para que aumentes el capital, si la fortuna te ayuda, ó para que lo disminuyas, si la suerte te fuera contraria. Que yo he dotado á Milagros en «lo que poseo;» y como

no fijo la cantidad, nadie podrá ahora, ni nunca, pedirte cuentas bajo ningún pretexto.

Para Milagros los tiempos no habían cambiado.

¿Qué tenía ella que ver conque Pedro y Cayetana fueran ó no marido y mujer?

A su lado había crecido.

A su lado estaba.

Con el mismo afecto que la trataron la trataban...

Nada aumentaba y nada disminuía para ella de presente.

Además; ya por su edad, ya por la educación que Cayetana le daba, no era fácil que pensase siquiera en lo que sucedía.

Tan luego como llegaron á Cádiz, y sin cuidarse de buscar las antiguas relaciones, se establecieron modestamente, á fin de no llamar la atención.

Cayetana tuvo buen cuidado de visitar las sepulturas de su padre y de su esposo, llorando, no sólo la pérdida de aquellos seres queridos, sino lo que para ella constituía una desgracia.

Ignorar dónde reposaban los restos de su madre.

De otro modo, hubieran venido á quedar junto á los del tío Paco el zapatero.

Aquella primera visita al cementerio tuvo también otro objeto.

Que Cayetana era un tanto supersticiosa, y deseó inspirarse ante el recuerdo de Olaechea para amoldar su conducta.

Natural parecía que, dadas sus creencias, hu-

biera dado este paso antes de casarse con Pedro.

Pero después de realizado el enlace, ¿qué remedio tenía, si llegaba el caso en el cual se creyera desautorizada por el exnovicio?

Las supersticiones son todas iguales, y dan los mismos resultados.

Rara vez nos acometen antes de realizar un acto cualquiera; vienen después, cuando ya no tiene remedio, y, sea lo que quiera lo que pase, lo amoldamos á nuestro antojo, haciéndonos felices ó desgraciados con la misma facilidad.

Cayetana hizo mentalmente una confesión general ante la tumba de su esposo.

Puso á Dios por testigo de sus actos y de sus palabras, y, cual si estuviera en presencia de un ser vivo, aguardó la respuesta.

Esto es, la aprobación ó desaprobación de sus actos.

Mas como para ella ofendía menos la memoria de su esposo siendo legítima mujer de Pedro, que dando lugar á que la creyesen su manceba, en lo cual se ajustaba á lo que la sociedad tiene establecido, resultó lo más favorable.

Y fué, que creyó escuchar una absolución que, saliendo del fondo de la tumba, llegaba hasta ella.

¡Cuán cierto es que toda la vida es sueño, y los sueños sueños son!

Cuando nos apercibimos de las cosas, y por influjos de la imaginación las seguimos viendo largo tiempo, creemos que estamos despiertos; y cuando

la ilusión es pasajera, decimos sin reparos que hemos soñado.

Todo es un sueño.

Cuando la naturaleza humana descansa para reponer las fuerzas perdidas por efectos del trabajo material ó intelectual, vemos, oímos y entendemos del mismo modo que durante la aplicación material del organismo á lo que llamamos «actos de la vida.»

Durante el sueño, como durante las vigili-
as, las funciones fisiológicas están en actividad.

¿Qué es, por lo tanto, lo que descansa?

Sólo la materia bruta; la parte corrupta; aquella que se descompone, que se pudre, que se reduce á tierra.

Porque el cansancio procede del desgaste de la sustancia cartilaginosa que se interpone entre nuestros huesos articulados, para evitar que se rocen los unos con los otros.

El trabajo destruye el cuerpo blando interpuesto; los huesos se aproximan, llegan algunas veces á tocarse, y en tal caso, el cansancio nos rinde hasta hacernos desfallecer.

Pero pasamos algunas horas en quietud, las cosas tornan á su estado normal, y el cansancio desaparece.

Lo mismo pensando, que empuñando una herramienta, se consume fósforo.

Pero el desgaste del fósforo del cerebro, puede producir la anemia y la locura, mientras que el

trabajo corporal jamás tiene tan funestos resultados.

Cayetana había trabajado toda su vida más con la inteligencia que con las manos.

Y esto había originado su manera de ser especial, y acentuado las supersticiones que desde niña había adquirido.

No había temor de que se acostara sin santiguarse, y sin rezar ciertas oraciones.

Y tan por costumbre hacía lo uno y lo otro, que muchas veces ni aun se daba cuenta de ello, creyendo al despertar por la mañana que no lo había hecho, y temiendo que Dios la castigara por aquel olvido involuntario.

Que así se lo había enseñado su madre, y así lo creía sin dudas de ninguna clase.

Cuando salió del cementerio, iba satisfecha: Olachea había aprobado su determinación, y desde aquel día quiso más á su segundo esposo.

Si Cayetana hubiera conocido las palabras de San Pablo, según las cuales, las segundas nupcias sólo significan «falta de continencia,» y que excluía del servicio de los templos á las que eran viudas de más de un marido, seguramente no se casa con Pedro Herria.

En realidad, no hay motivo legítimo que justifique ciertas bodas.

La unión de un hombre y una mujer, como sacramento, significa, y tiene por motivo, las palabras del Génesis «creced y multiplicáos.»

Ahora bien: cuando las mujeres llegan á cierta edad, no pueden, por razones fisiológicas, ser madres.

¿Cómo, entonces, se les aplica el sacramento y se les otorga marido?

La inutilidad material del hombre ó de la mujer solteros para perpetuar la especie humana, es el único motivo legal que existe para la anulación del matrimonio realizado.

¿Por qué, pues, se autoriza el casamiento de aquella que no puede ser madre bajo ningún concepto?

Á esto contestan que «razones de moral universal aconsejan la tolerancia.»

Luego se autoriza el vicio por medio de un sacramento.

No queremos proseguir por este camino, pues llegaríamos á deducciones que, sobre no ser oportunas en este lugar, tal vez herirían algunas susceptibilidades.

Y nos daremos por satisfechos con decir, que Cayetana no podía ser madre, y que ignoraba los preceptos de San Pablo.

¡Dichosa élla, si los seguía ignorando siempre!

De otra suerte, sufriría de un modo espantoso, creyéndose la mujer más criminal del mundo.

Establecidos, comenzaron á trabajar.

Por su gusto, Pedro se hubiera unido á las hues-

tes liberales tan luego como la guerra tomó carácter con la presencia de don Carlos en las provincias vascongadas, y los actos realizados por Zumalacárregui, y que tantas influencias le dieron.

Pero al estado que habían llegado las cosas, su deber le detenía cerca de su esposa.

Por otra parte, como hombre inútil para el servicio militar, por más que bien probado tenía todo lo contrario, seguro de que no le admitirían, dejó seguir los acontecimientos, procurando ni aun conocer noticias.

Á esto contribuía que Cayetana, afecta hacia las cosas religiosas, creyendo que, en realidad, los liberales eran enemigos declarados de Dios, sentía preferencias hacia la causa carlista.

Ella, hasta entonces, sólo había defendido á España.

En aquella guerra, tan españoles eran los unos como los otros.

Durante los años del 20 al 23, vió muchas cosas que no le gustaron, tales como la merma en las atribuciones de los prelados, la abolición de los señoríos y otras.

¿Qué entendía ella de política ni de administración?

Luego deploró los excesos cometidos por los absolutistas, aun bajo el nombre de *templados*.

Y, por último, á la muerte de Fernando VII, fué testigo de aquel desbordamiento de pasiones que trocó á los hombres en fieras.

Y como desde luego siguieron los que ella llamaba, por llamarlo así el clero, «ataques á la religión y á sus ministros,» sin darse clara cuenta ni perfecta idea de ello, se inclinaba platónicamente hacia los defensores «del trono y el altar.»

Pero bien pronto cayó en la cuenta de que los carlistas eran menos religiosos y mucho más crueles que los liberales, y se verificó en élla un cambio.

Más pacífico, tranquilo y satisfecho se encontró Pedro desde que hubo de notar la mudanza que se había operado en Cayetana, y con mayor entusiasmo se dedicó á su trabajo.

Pero las noticias que llegaban de la guerra les hacían sufrir mucho.

Que comprendían la imposibilidad de una paz pronta y saludable en bienes, y no se les escapaba que, de prolongarse aquella terrible situación, fácil era que llegaran años como los de 1811 y 12, en los cuales las gentes caían desfallecidas por las calles á causa del hambre; en los que morían familias enteras sumidas en la mayor miseria y abandono.

Ellos, sin embargo, no podían quejarse de la fortuna.

Pedro tenía trabajo, ganaba menos que en tiempos normales; pero así y todo, le producía su industria para realizar algunas pequeñas economías.

¡Qué pocos podían decir lo mismo!

Sobre todo en el Norte, que era el punto princi-

pal de donde partía el incendio que amenazaba devorarlo todo, como en Castilla la Vieja, Aragón, Cataluña y Valencia, puntos en los cuales por dejarse sentir con grande intensidad los efectos de las órdenes de la corte carlista, ni los campos se cultivaban, ni los ganaderos procuraban el aumento de sus reses, ni la industria ni el comercio podían dar un solo paso.

En cuanto á las artes y las letras, puede decirse que habían dejado de existir.

Aquella terrible época sólo era buena para los muñidores políticos de ambos campos, y para los prestamistas y acaparadores de todo género.

Y, como lógica consecuencia, el pueblo era el que pagaba los vidrios que otros rompían á cada paso.

El sudor de la frente del pueblo, la sangre de ese mismo pueblo, ¡siempre el pueblo! eran los alimentos de todos.

¿Qué le importa al hombre trabajador y honrado que mande Juan ó que mande Pedro?

Lo que le hace falta es moralidad y economía bien entendida en los gobiernos, y paz duradera, á cuya benéfica sombra ganar el pan.

Pero de ningún modo puede acomodarle el derroche y el despilfarro, y que venga un extraño á robarle el fruto de sus desvelos.

Y esto era lo que estaba pasando.

Que los ejércitos destruyen y no crean, al menos durante la lucha.

Los ejércitos son una plaga por donde quiera que pasan.

Todo queda asolado; todo incapaz para producir en mucho tiempo.

Y para colmo de males, arranca del seno de la familia los brazos útiles para el trabajo, y deja en las poblaciones sólo á aquellos que por edad ó enfermedades, ni pueden siquiera ganar el pan.

Y esta era la situación, la tristísima situación en que se encontraba el pueblo español, gracias á las ambiciones desmedidas de una mujer funesta: de la infanta doña Francisca, esposa de don Carlos.

¡Pobre pueblo!

Desde los comienzos del siglo venía luchando por su independencia y por su libertad...

¿Para qué?

Para que cuatro ambiciosos y ocho malvados pudieran gozarse en la efusión de sangre.

En un principio tomó la guerra tal giro, que, engañados muchos, como le pasó á Cayetana, se colocaron del lado de don Carlos.

Que aquella corte era moral, estaba bien administrada, y sus batallones, al mando de Zumalacárregui, eran modelo de disciplina y de valor.

Pero bien pronto cambió todo.

Don Carlos se entregó en manos del clero, fanático y egoísta, y huyó espantada la moral y la buena administración, tomando carta de naturaleza el vicio y el despilfarro.

Más aún: el crimen.

Que tuvieron comienzo las envidias y los recelos entre ellos mismos, y el inepto Carlos de Borbón, influído por las camarillas de obispos y canónigos, era una máquina más bien que un hombre y que un soberano.

Consecuencia de esto, la muerte de Zumalacárregui cuando más falta hacía á don Carlos y á su causa.

Muerte ó asesinato, que más es de creer esto que aquello, que fué una herida mortal para la causa del pretendiente.

¿De qué generales disponía?

Para sustituir, no ya con ventajas, sino con igualdad de circunstancias, á Zumalacárregui, ninguno.

Gómez era arrojado, emprendedor; pero no le cabían *diez mil* hombres en la cabeza.

Villarreal, fanático hasta el delirio, perdía el tiempo y la ocasión por rezar un Padre Nuestro, ó acudir al santo sacrificio de la misa.

González Moreno, el *verdugo de Málaga*, era incapaz de mover un ejército, más que como los niños hacen evoluciones con los soldados de plomo.

Pero, en cambio, era cruel y sanguinario hasta un punto increíble.

En cuanto á Maroto, aún no había llegado á la categoría de general; y Cabrera figuraba como un cabecilla temible, pero sin condiciones aún para general en jefe de los ejércitos carlistas.

Bien pronto se dieron á conocer Cabrera y Ma-

roto como hombres de importancia militar; pero don Carlos, al huir á las puertas de Madrid, se malquistó con Cabrera.

Quedaba Maroto.

Tan luego como fué elevado, todos se le volvieron en contra.

En Estella, el mismo gobierno absoluto fraguó una conspiración contra él.

Pero Maroto lo supo: fué á Estella, sorprendió á los conspiradores, y les fusiló sin formación de causa.

Amedrentado don Carlos, le perdonó en vez de castigarle.

Mas los cortesanos siguieron trabajando contra él, hasta que le obligaron á concertar la paz con Espartero en los campos de Vergara.

Y el pueblo español, sufriendo y pagando, como víctima de las miserias de los políticos endiosados y de los administradores sin conciencia.

CAPITULO XXV

La vida es un soplo.

TERMINADA la guerra que durante siete mortales años fué un torrente de sangre, todos esperaban un largo período de paz, de bienandanza, que sirviera para restañar, al menos en parte, las grandes calamidades que habían caído sobre España en los últimos treinta años.

Pero las guerras, sobre todo cuando tienen un término como el de la primera carlista, dejan tales semillas tras sí, que en vano se intenta evitar que germinen.

Que, por lo pronto, nos presentan un plantel de jefes y oficiales, á los cuales es imposible satisfacer en sus aspiraciones.

Y al propio tiempo, como resultan preteridos los leales, y premiados los traidores, la lucha toma un carácter de exterminio que, si bien no se traduce

en hechos, tampoco queda tan oculto que no se pueda traslucir.

¿Cuántos fueron los jefes y oficiales convenidos en Vergara?

Poco importa el número.

Lo que interesaba á los liberales, era que estos jefes y oficiales habían sido reconocidos en sus grados y empleos, con lo cual ocupaban puestos en las escalas, impidiendo el movimiento general.

Y, lo que era más intolerable aún: que un carlista de ayer mandaba en jefe á un isabelino de toda la vida.

Pero todo esto se hubiera podido ir arreglando, de haber habido concierto y armonía en las altas esferas del poder.

Desgraciadamente, entre aquellos que eran los llamados á dar calor y vida á las instituciones liberales, fué donde la gangrena se presentó más imponente.

Bien pudo el duque de la Victoria aplicar el cauterio ó la amputación al mal, fusilando á su mortal enemigo don Ramón María Narváez.

Pero, incapaz de tomar una venganza, como Narváez nada hacía malo más que contra él, ni siquiera le persiguió ni le trató como adversario político.

Á todo esto, Cristina se inclinaba hacia el gobierno absoluto.

Aquella mujer, ídolo del pueblo liberal, después del triunfo comenzó á retroceder.

Y vinieron las sublevaciones.

Vencida, tuvo que emigrar voluntariamente, entregando á España en manos de Espartero.

Éste, tan experto y valiente en los campos de batalla, fué débil en el gobierno.

No le preocupaban veinte cañones vomitando fuego sobre él, y temblaba ante la idea del «qué dirán.»

La política no era su elemento.

Y se le acusó de tirano de la reina.

Y se descargaron sobre él tal cúmulo de infames calumnias, que provocaron un alzamiento, un ataque contra palacio, con el fin de «salvar á la reina niña.»

Al frente debían ponerse Narváez, los dos Conchas y León.

Éste atacó, fué vencido y prisionero.

Y abandonado de sus amigos, bien á pesar de Espartero, fué pasado por las armas.

Mas al poco tiempo estalló otra sublevación más imponente, y, vencido Espartero por las intrigas más que por la fuerza de las armas, tuvo que emigrar á Londres.

Y Narváez dominó.

Declaró *mártires* á don Diego León y cuantos, como Fulgoso y otros, perecieron por la misma causa, y, para terminar su obra del momento, desposeyó á Espartero de sus títulos, honores y condecoraciones, declarándole *traidor*.

Luego, más tarde, mató la libertad, y educó á

la reina niña, no en el amor al pueblo que la había elevado y sostenido en el trono de San Fernando, sino en el desafecto á cuanto tuviera color ó sabor liberal.

Al efecto, hizo venir á Cristina para que le ayudara en su funesta empresa.

Pero de igual modo que él traicionó á Espartero, O'Donnell le traicionó á él.

Y día tras día aumentaban las luchas por el poder, y se apretaban los tornillos que estrujaban al pueblo.

Espadas eran triunfos, y á las espadas había que estar sujetos.

Tras la tiranía del clero, vino la de los militares.

Si odiosa fué aquella, espantosa era ésta.

Y Narváez cayó desplomado.

O'Donnell necesitaba otra víctima, y se fijó en Espartero.

Éste, siempre bondadoso é incapaz de pensar mal, aceptó al conde de Lucena por amigo, y le dió la cartera de Guerra.

Dos años después, Espartero se retiraba á Logroño y O'Donnell adquiría personalidad propia.

Y transigió con Narváez, estableciéndose un turno en el poder.

Los gobiernos cambiaban, pero para el pueblo los resultados siempre fueron idénticos.

El soldado se había acostumbrado á sublevarse ó á pronunciarse, como se decía, desde Vicálvaro.]

pues sabía que, al vencer, tenía, cuando menos, dos años de rebaja en el servicio.

De esto, que tantos males ha traído, tuvo la culpa el conde de Lucena, pues fué el primero que pensó en recompensar á los soldados por los servicios que prestaban pisoteando la ordenanza y arruinando los pueblos en beneficio de éste ó de aquél.

Tal era la situación de España, que ni años después de la guerra de África, en la cual ganamos muchos laureles, pero perdimos *veinticinco mil* hombres y más de *sesenta millones*, pudimos lograr paz y tranquilidad interior.

Que los carlistas hicieron una intentona, cuyo resultado fué el fusilamiento del general Ortega y otros jefes y oficiales, y la prisión de Montemolín, su hermano y el general Elío.

Pero faltó corazón para fusilar al pretendiente, lo cual no hubiera pasado si la prisionera hubiera sido doña Isabel; y las cosas quedaron como estaban.

Por su parte, los moderados y los demócratas atacaban al gobierno vicalvarista de todos modos y de todas maneras, siendo el general Prim, marqués de los Castillejos, el jefe principal del movimiento anti-borbónico, al par que democrático.

La primera intentona le salió mal: la segunda peor aún.

Y corrió la sangre, pues el ya duque de Tetuán creyó que amasando los cimientos de su poder con

vidas de demócratas, se inmortalizaría en el poder.

Pero la sangre, cuando procede de mártires de una causa justa, da savia á las ideas, fortalece los corazones y corroe los pedestales de los ídolos.

Y O'Donnell cayó con estrépito.

Desde luego marchó al extranjero, desde donde pensaba obligar, con las armas en la mano, á la reina, á que abdicara en su hijo y le diera la regencia á él.

La muerte le impidió realizar su plan, cuando llevaba gran parte del camino andado.

Poco después murió también Narváez, y el poder pasó á manos de un hombre civil.

De don Luis González Bravo.

Su tiránica presión precipitó los acontecimientos.

Y de nuevo tornaron á triunfar las espadas.

¿Cómo?

De ello vamos á ocuparnos, toda vez que el movimiento se inició en Cádiz, ciudad que parece designada por la Providencia para personificación de las libertades patrias.

Pero antes séanos permitido recorrer, con la rapidez que los acontecimientos políticos, lo que en tan largo período de tiempo sucedió á nuestros amigos Cayetana, Pedro y Milagros.

Poco después de terminada la guerra carlista, enfermó Pedro.

Al mal había que añadir el exceso de trabajo,

del cual no se apartaba, ni aun comprendiendo el daño que le hacía.

Que Cayetana había depositado en él cuanto dinero tuvo, éste era para Milagros, y él deseaba aumentarlo á toda costa.

Su esposa, que veía con dolor, con verdadera pena, acercarse el día de su segunda viudez, puso de su parte cuanto pudo para lograr que el funesto momento se dilatara lo más posible.

Para lograrlo, dijo á su esposo:

—Desde el día en que te dí palabra y mano de esposa, tu voluntad fué la mía: jamás hube de mezclarme en tus asuntos; escuché lo que juzgaste prudente decirme, y no te pregunté sobre lo que callaste, pues deduje que no debería saberlo.

—Y ¿á qué viene eso?

—Á que, con harto pesar mío, tengo que mezclarme en tus asuntos.

—¿Qué te disgusta de cuanto hago?

—Sólo una cosa.

—Dí cuál.

—Deseo que no trabajes tanto... por mi gusto, no trabajarías nada, y dedicarías el tiempo á restablecer tu salud.

—El día en que no tuviera cosa alguna que hacer, créeme, Cayetana: de seguro que la hipocondría me mataba.

—Por eso te he dicho que deseo que trabajes menos; pero, al mismo tiempo, que te cuides más.

—Tengo un deber...

—Que has olvidado, Pedro.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Cuál?

—El que contrajiste al casarte conmigo, y el que tienes para con Milagros. Deber tuyo era aumentar los bienes que poseíamos; pero no lo es menos guardar tu vida para sostén de las dos.

—¡Ah!

—Milagros, aun cuando cuenta con edad bastante para ser tenida por mujer, bien sabes que sigue siendo una niña. Tampoco ignoras que le sobran pretendientes, pues joven, de buena figura y con algún dinero, son muchos los que pretenden su mano. Á tu sombra, se podrá escoger lo mejor; sin tí, ¿qué puedo yo hacer? Por ella y por mí, Pedro, cuida de tu salud; no atentes á tu vida, aunque con noble intención.

Cuanto decía Cayetana era cierto: Milagros se veía asediada por hombres que ambicionaban casarse con ella, aun cuando no contaba más que dieciocho años.

Ella no había marcado predilección hacia ninguno de ellos, pues en realidad, como decía Cayetana, con edad más que suficiente para ser conceptuada como mujer, seguía siendo niña.

Entre aquellos aspirantes los había de bien distintas clases sociales.

Que, ya porque el amor no admite jerarquías, ya porque la ambición ciega á los hombres, desde el hijo de un rico comerciante, hasta un pobre carpintero, se contaban en el número.

Pedro siguió los consejos de su esposa, y dejó el trabajo material, aunque no la dirección de los negocios.

Y mejoró un tanto.

Sentado estaba en su despacho, cuando se le presentó un caballero á quien Pedro conocía de vista no más.

Al pronto creyó que se trataba de algún asunto comercial.

Pero bien pronto comprendió que era de otra cosa de lo que se trataba.

Que el caballero, en pocas palabras, le dijo que iba á pedirle la mano de su hija Milagros, para su único heredero.

Sorprendido Pedro, no respondió en el acto á la demanda.

Mas, repuesto, dijo:

—Mucho me honra vuestra petición; pero antes de contestar á ella tengo que hacer algunas observaciones, porque habéis partido de un error, y yo no he de consentirlo.

—Vos diréis.

—Comenzaré por deciros que Milagros no es mi hija.

—Sí; creo que ya *la tenía* vuestra esposa al casarse con vos.

—En efecto, la tenía, caballero; pero no de su primer matrimonio, ni de acto alguno ilegítimo.

—Dispensad... no quise ofenderla.

—Lo supongo. Milagros fué recogida por mi esposa cuando aún vivía su primer marido, pues la sacó de entre escombros de una casa el último sitio que sufrió Cádiz durante la guerra de la Independencia...

—¡Ah!... ¡Esa señora estaba en Cádiz por aquellos días!...

—Fué una de tantas como supieron defender la independencia de la patria.

Dicho esto, relató la familia á que pertenecía Milagros, haciendo resaltar que su cuna no podía ser más humilde.

Y el comerciante respondió:

—Todo eso es de poca monta: mi hijo la ama, y si el dote corresponde á la posición que yo ocupo...

—Dispensadme: Milagros no tiene, no tendrá nada mientras viva mi esposa.

—¡Ah!...

—Si al pensar en esta boda formásteis planes sobre lo que poseemos, olvidad que habéis estado aquí.

—Bueno es que dos jóvenes que piensan en casarse se amen; pero mucho mejor, si al cariño se añade un buen capital.

—Pues ya lo sabéis: Milagros es pobre de presente; quizás lo sea toda su vida, pues yo puedo tener desgracia en los negocios. El que la preten-

da, pobre ha de quererla. Además, yo ignoro si la que llamo mi hija con orgullo, es gustosa en ese enlace.

—Ya he dicho que mi hijo la ama.

—Pero ignoramos si élla le corresponde.

Hubo unos momentos de silencio, que rompió el comerciante diciendo:

—De modo que no hay dote.

—Y puede que ni aun esperanzas.

—Bien; pues lo consultaré despacio, y os enviaré la respuesta.

—Por si acaso fuera afirmativa, yo consultaré á mi hija.

El caballero se marchó.

Al día siguiente se comentaba la visita en muchos sitios, y hasta se daba como un hecho la boda.

Dentro de la fábrica de curtidos se habló del caso.

Aquel día había llegado un barco cargado en su mayor parte de pieles finas, recogidas en distintos mercados del mundo.

Que allí se veían de oso blanco de la Siberia; de tigres y de panteras y leopardos de Asia y de América; de nutrias, de armiño, y de ciervos y corzos cazados en España.

El cargamento constituía una riqueza.

Pedro podía dar por ganados algunos miles de duros en pocos meses.

Con motivo del desembarco, bajó al muelle, y después fué á la tenería.

Terminada la descarga, y cuando ya se retiraba, uno de los maestros le preguntó:

—¿Es cierto, y dispensadme la pregunta, que se casa vuestra hija?

—Sabéis más que yo: puedo aseguraros que, por lo menos, no se casa con quien muchos se figuran.

—Mi curiosidad es colectiva: que todos deseaban saberlo, para...

—No os molestéis: el día en que se case mi hija, agradecerá mucho un recuerdo, proceda de quien proceda; pero no admitirá objeto alguno de valor, ni particular ni colectivo. Al casarse, será pobre; y las pobres no es prudente que reciban obsequios de valor, así como debe grabar en su alma un recuerdo para todo aquel que la felicite de corazón.

La manera natural y franca con que Pedro hablaba siempre á todos los dependientes y operarios de la casa, era quizás la razón principal de lo mucho que le querían.

No dejó, sin embargo, de llamar la atención que dijera que Milagros era pobre.

Pero nadie replicó.

Ya cerca de la puerta de salida, estaba trabajando un oficial de los mejores, puesto que pronto subiría á maestro.

De buena figura, y trabajador y aplicado como pocos, no dejaba de despertar algunas envidias.

Pero no habían salido á la superficie.

Al pasar Pedro por delante de él, le dijo con afecto:

—¿Estás enfermo, Antonio?

—No, señor—respondió el joven;—es que...

—Estás pálido; ojeroso; cuídate: tu edad es peligrosa si te abandonas: los veinte años son fatales para los curtidores de pieles.

—Mis pulmones son de hierro.

—También lo fueron los míos, y ya ves: he tenido que dejar el trabajo... cuando ya era tarde á lo que comprendo.

Antonio suspiró.

Y Pedro le dijo:

—Cuando termines, pasa á mi despacho: tenemos que hablar.

Antonio obedeció.

Si pálido estaba cuando Pedro le habló en la tenería, más lo estaba al entrar en el despacho de su jefe.

—Siéntate—le dijo al tiempo que él se levantaba y cerraba la puerta.

Antonio no sabía qué pensar de todo aquello que veía.

¡Él en el despacho del jefe! ¡Él sentado ante Pedro y cerradas las puertas!...

Le faltó el valor, y tembló.

Pedro, al notarlo, le dijo:

—Cualquiera que no te conociese como te conozco yo, pensaría, al contemplarte, que habías cometido un delito.

—¡Quién sabe si pensé... si pienso en él!

—¿Cómo has dicho?

—Soy muy desgraciado: no me hagáis caso... ¡estoy loco

—¿Loco de qué?

—Os ruego que me dispenséis: no puedo contestaros.

—¿Y si yo lo exigiera?

—Como mañana mismo saldré de Cádiz, y no pienso volver...

—Grave debe ser lo que te pase.

—Quizás cuando lo sepáis os produzca risa; en cuanto á mí, el cielo se me cae encima, y me aplasta.

—¿Puedo saber lo que es ello?

—Sería lo mejor, toda vez que habéis dicho que deseáis hablarme, que seáis vos el que empecéis: lo mío puede mirarse como secundario.

—Tal vez fuera muy principal, desde el momento en que...

—Como lo mandéis y queráis: mi resolución está tomada, es irrevocable, y, por lo tanto...

—¡Resolución irrevocable!

—Sí, señor.

—Allá veremos. ¿Qué es ello?

—No pienso molestaros largo tiempo: las cosas deben decirse en las menos palabras que se pueda.

—Escucho.

—En mi cerebro se formó una idea; en un principio la rechacé por absurda; pero, contra mi voluntad, tomó cuerpo, llegando á cegarme.

—Sólo el amor tiene esas cualidades.

—De amor se trata; de amor acariciado en el fondo del pecho, pues, como hijo del alma, vivía, y aún vive y vivirá, engendrando ilusiones; mas ha llegado el momento en el cual toco una triste realidad; que, aun cuando muera el amor, preciso es que no hable. Para ello necesito alejarme de Cádiz; vivir lejos de la mujer amada... y si algún día toda esperanza desaparece, ya que mi amor no muera, tendré que matarle.

—Pero ¿qué obstáculos se oponen á la realización de ese amor?

—La diferencia de fortunas.

—¡Ah!...

—Ella es rica; yo soy pobre. Sus manos, finas y blancas cual el armiño, no pueden unirse con las encallecidas y negras del obrero.

—No sé por qué, no veo la razón.

—Yo no me la explico; pero la presiento, aun partiendo del punto de que en las almas no existe diferencia alguna.

—Pero esa joven, ¿corresponde al amor del obrero?

—Supongo que sí; tal vez me equivoco, pues juzgué por apariencias; quizás me equivoqué al leer en sus ojos, pues pude ver lo que pasaba en mi pecho... pero yo la amo; otro hombre la codicia; su posición corre parejas con la de ella... ¿Qué debo esperar? El más terrible de los desengaños; el que sólo podría desaparecer el día en que enviudara.

Calló Antonio, y Pedro aprovechó aquellos momentos de pausa para reflexionar.

Bien pronto lo hizo, por lo cual le preguntó al joven:

—¿Estás seguro de que ese amor es tan verdadero que no se entibiaría si la mujer amada quedara pobre en un momento dado?

—El día en el cual yo pudiera compararla conmigo, aquel en el que el pan que llevara á la boca fuera mío, exclusivamente mío, sería el pobre Antonio el hombre más dichoso de la tierra. Si ella fuese pobre, no pensaría yo en alejarme de Cádiz: por el contrario, quieto aquí, lucharía con valor hasta morir en la demanda ó conquistar el triunfo que tanto apetezco.

—Siendo así, y deseando como deseo contribuir á la felicidad de los hombres laboriosos y honrados, sólo faltan dos cosas para que yo tome parte en el asunto.

—¿Dos cosas?

—Sí.

—¿Dependen de mí?

—Son dos respuestas.

—¿Cuáles?

—Una, la certidumbre de que esa joven rica no rechaza al obrero.

—Yo lo sabré lo antes posible.

—Y en caso afirmativo, el nombre de esa joven.

—Tened presente que empecé por reconocer que no soy digno de ella.

—Más que todo el oro del mundo, valen las callosidades formadas por el trabajo.

—Gracias.

—Cuanto poseo, trabajando lo gané.

—Por eso sabéis ser jefe: por eso os queremos todos.

—Y yo os lo agradezco.

Pedro se levantó, y dijo:

—Por hoy hemos terminado: cuando haya alguna novedad, ven á decírmela.

—Pero, ¿y el asunto de que deseábais hablarme?

—Lo mismo tiene hoy que mañana: es tarde, y...

—Con vuestro permiso, me retiro.

—Ve con Dios, y que Él te ilumine...

Tan luego como salió Antonio, cruzó Pedro las manos, y mirando al cielo, exclamó:

—¡Santo Dios!... No me quitéis la vida hasta que vea feliz á mi buena Milagros.

Debemos advertir al amable lector, que algunas horas antes, Pedro había hablado á la joven, con el fin de hacerle presente su entrevista con el caballero rico que la pretendía para esposa de su hijo único.

Y de aquella entrevista, y de lo que después le dijo Cayetana, dedujo que era Antonio el hombre preferido por Milagros, por más que jamás había hablado con él de amores.

Debido á esto, llamó al obrero á su despacho;

pero como la conversación tomó desde un principio el giro que hemos visto, cambió de plan, y en vez de sondear al joven, le dejó hablar espontáneamente de lo que le interesaba.

Tan pronto como terminó su entrevista con Antonio, tornó á hablar con Cayetana.

De aquella conversación resultó, que á la mañana siguiente partirían para Chipiona la madre y la hija, con el fin de pasar dos ó tres días en una pequeña finca que habían adquirido aquel mismo año.

Para el viaje de retorno, Pedro iría por ellas.

Al conocer el viaje Antonio, sintió pena, pues tenía que retrasar el logro de sus deseos, que eran, por el momento, obtener el beneplácito de Milagros, para poderle decir á Pedro lo que mostraba deseos de conocer.

En cambio Pedro estaba contento, notando la contrariedad que sufría el obrero.

Así pasaron dos días.

Persuadido Pedro de que, en efecto, ambos jóvenes se amaban, llamó de nuevo á Antonio, y le dijo:

—¿Qué has averiguado?

—Nada.

—¿Cómo es eso?

—Los pobres tardamos mucho en llegar hasta los ricos... en ocasiones no llegamos jamás.

—Eso quiere decir que yo he adelantado más camino que tú.

—¿Más que yo?

—Sí, y voy á describirte á la mujer que amas con tanta locura.

—¡Imposible!

—Ahora lo veremos.

Y después de una pausa:

—Se trata de una joven sin padres.

—No.

—Déjame hablar. De una joven, como ya he dicho, que no tiene padres, por más que el mundo crea otra cosa. Esta joven, digna de ser amada por sus virtudes, no es una deidad, por más que tampoco puede decirse que la naturaleza le negó todos sus dones. Esta joven es pobre, aunque criada entre riquezas y como mujer bien acomodada. Puede ser que algún día, aquellos que la criaron y la educaron, se acuerden de ella; pero al presente es pobre, más pobre que tú, puesto que no sabe trabajar para ayudar á su marido al sostenimiento de la casa. Bajo tal concepto, no te conviene para esposa.

—No la conocéis: os han engañado; no es esa la mujer que yo amo.

—Yo creo que no. Templa tu amor en las aguas de la pobreza de la mujer amada; ten presente lo que te acabo de decir, de que no reúne condiciones apropiadas para la mujer de un pobre, y dime después si persistes en unirte con ella.

—Yo trabajaré por los dos.

—Mucho decir es eso.

—Lo que vos habéis hecho, lo puede hacer otro hombre.

—Es cierto.

—Pues, Dios mediante, y adiestrado por vuestro ejemplo, confío en igualaros.

—En ese caso, vé á tu casa, cámbiate de ropa... tenemos que salir juntos.

—Pero...

—Haz lo que te digo. Si la mujer á quien te voy á presentar no es la que amas, te autorizo para que en alta voz lo consignes.

—En alta voz, no; os lo diré al oído.

—Es igual.

Antonio tornó bien pronto, creyendo que iba á ser conducido á una casa de la ciudad.

Mas cuando vió el camino que emprendían, su corazón comenzó á latir con violencia.

Sin embargo: como Pedro le había hablado de una joven sin padres, y él ignoraba la historia de Milagros, cada paso que le acercaba á Chipiona, engendraba en él una duda.

Cuando llegaron al término del viaje, era tal la emoción de Antonio, que varias veces intentó hablar, y las palabras no hallaron eco en sus labios.

Á recibir á los viajeros salieron Cayetana y Milagros.

Lo más lejos que podía tener la joven de su imaginación, era que Antonio acompañara en el viaje á Pedro.

La turbación de ambos, notada por Cayetana y por su esposo, hizo decir á éste:

—Hija mía, te presento al futuro jefe de los talleres de tenería: que tan satisfecho me encuentro de su honradez y laboriosidad, que deseo confiarle mis intereses. Con el fin de ponernos de acuerdo, libres de testigos importunos, como al propio tiempo para darle una prueba de aprecio y consideración, le he traído conmigo; espero, pues, que, tanto tú como tu madre, sabréis obsequiarle como él se merece y yo deseo.

—¡Me estáis confundiendo!—exclamó Antonio turbado.

—Gran parte de mi fortuna es debida á los que con su trabajo me ayudaron á ganar honradamente el dinero: justo es que con ellos tenga algunas deferencias.

—¡Yo no soy digno de nada!—exclamó Antonio, cayendo á los pies de Pedro, al mismo tiempo que Milagros se arrojaba en brazos de su madre, sin poder contener una lágrima, que no sabía definir si la engendraba el dolor ó la alegría.

Y Pedro preguntó:

—Pero ¿qué significa esto?

Antonio, sin cambiar de actitud, replicó:

—¡Que, osado, puse los ojos en vuestra hija... que debéis despreciarme!

—Milagros no es mi hija.

—¡Ah!

—Milagros es pobre, y está educada de modo

que no es apta para mujer de un obrero, pues no sabe trabajar.

—Yo trabajaré para los dos: lo que vos habéis hecho, puedo hacerlo yo también.

Pasaron dos meses, en los cuales Antonio siguió trabajando como antes.

Pero con la categoría de maestro.

Un mes más tarde, persuadidos Cayetana y Pedro de que, en realidad, aquellos dos jóvenes se amaban y eran dignos el uno del otro, decidieron que se realizara la boda.

En aquel enlace no hubo lujo ni ostentación; pero, en cambio, se repartió una buena cantidad á los pobres.

Antonio se quedó á vivir en la casa que llamaba *de sus padres*, y que ni lo eran de Milagros.

Mas por eso no dejó de asistir á la tenería, ni de trabajar como otro obrero cualquiera.

CAPÍTULO XXVI

La gloriosa.

EN un continuo batallar por «quítate tú para ponerme yo,» habían pasado los años, y llegó el de 1868.

González Bravo, aquel hombre que, bajo el pseudónimo de *Ibraím Clarete*, había atacado á María Cristina hasta llegar al insulto y la ofensa personal...

El, que desde las barricadas saludó «á la joven democracia,» señalándole un brillante porvenir y un próximo triunfo...

Él, que hablando de los ministros sostuvo que «el bello ideal de la justicia humana» era ver ahorcado á un consejero de la corona...

Aquel don Luis González Bravo, que estuvo á punto de perder la existencia en el duelo que llevó á efecto con don Antonio de los Ríos y Rosas, que

después se vendió á los moderados, y que fué el complemento del gobierno tiránico de Narváez, por muerte de éste, ocupó la presidencia del Consejo de ministros.

Que la reina no se acordaba de Espartero, y aun cuando hubiese pretendido llamarle, de seguro no se lo habrían consentido las gentes que la rodeaban, y que poco á poco, de ídolo del pueblo, la iban trocando en antipática y odiosa.

Sin aquellas gentes egoístas, quizás infames y desleales, la reina hubiera perdonado al capitán Espinosa, y la revolución, cuando menos, quedaba aplazada.

Pero el duque de Tetuán contaba con el apoyo de aquellos personajes, y la real palabra empeñada quedó á los pies del general O'Donnell.

Desde aquel momento comenzó á disponerse la mina para la explosión.

De acabarla de cargar, de ponerle la mecha y hasta de prenderle fuego, se encargó González Bravo, comenzando por desterrar á varios generales.

Con esto logró lo que menos podía apetecer: que conspiraran con más libertad que antes.

La tormenta se dibujaba tan clara en el horizonte, que no hacía falta haber nacido profeta para comprender que era tanta la electricidad que traía, que al estallar había de conmover los cimientos de España.

Pero el hombre civil pensó en que le sería facti-

ble vencer al elemento militar desencadenado por él y contra él, y optó por la resistencia y por el castigo.

Hubiéramos comprendido aquella actitud de González Bravo, si la hubiera justificado de algún modo.

Es decir, si en vez de desterrar generales, lo cual patentizaba que les temía, les hubiera fusilado con la ordenanza en la mano, que motivos sobraban para ello, pues entonces todos le hubieran reconocido tanto valor cívico como personal había demostrado.

Todo era preferible, y de mejores resultados que lo que hizo.

Entre los generales desterrados estaba el duque de Montpensier, esposo de la infanta Luisa Fernanda.

Es decir, que ni á los individuos de la familia real dejó de perseguir.

Sin duda alguna, como los hechos lo demostraron después, el duque conspiraba contra su cuñada.

Y no porque ambicionara la corona para su mujer; sino porque la quería para él, como rey democrático.

¡Demócrata el duque!

¡Un Orleans!

Cierto que los Orleans estuvieron con la revolución francesa que llevó á la guillotina á los Borbones; pero cierto también, que luego retrocedie-

ron, llegando hasta pretender y obtener en parte el apoyo de los legitimistas franceses.

Poco había que fiar, pues, en la democracia del duque.

Pero la época era democrática; todo lo que no fuera liberal, no cabía dentro de la revolución.

Mas aun así no hubiera sido contado entre los conspiradores, á no ser por sus riquezas.

Hombre tacaño hasta rayar en miserable, había aumentado lo que tanto él como su mujer aportaron al matrimonio, de tal manera, que pasaba por una de las primeras fortunas de España, donde tantas y tan grandes había.

Y como las revoluciones modernas no se hacen sin dinero, el duque fué mirado como una esperanza de primera magnitud en aquellos momentos.

Otro de los generales desterrados lo fué el duque de la Torre.

Aquel general á quien inocentemente llamaba la reina, cuando aún estaba soltera, «el general bonito.»

Aquel hombre que tanto debía á la reina bajo todos conceptos.

Otro general, lo era don Juan Prim, marqués de los Castillejos por acción de guerra.

Prim también debía tener grandes motivos de gratitud hacia doña Isabel, puesto que había dicho:

«No es buen español, ni hombre honrado, quien no defienda con su espada, su honor y su hacienda, el trono excelso de doña Isabel II.»

Y el cuarto general que figuraba á la cabeza del complot, era un marino: don Juan Topete.

Ninguna relación particular ni familiar parecía ligarle al trono; pero bastaba con ser el hombre de confianza en el departamento de Cádiz, para que no fuera lógico sospechar siquiera una traición de parte suya.

Cuatro eran, pues, los principales personajes que estaban dispuestos á dar el golpe.

Pero sólo figuraban tres.

El infante duque de Montpensier, estaba detrás de la cortina, facilitando dinero para cuanto hacía falta.

¡Cuántas penas pasaría al ver cómo don Juan Prim era pródigo con el dinero que salía de otro bolsillo!

Mas como, sin duda alguna, pensaba indemnizarse cuando fuera rey de España, y seguramente con réditos bien crecidos, no puso reparo á las cantidades que se le pedían.

En tanto, el pueblo, siempre caminando de buena fe, creyó que la caída de doña Isabel era, no sólo un destronamiento ni la terminación de una dinastía, sino la muerte eterna de la institución monárquica en España.

Y pedía puesto en el combate.

Pero se lo negaban.

Los jefes de la revolución no querían dar armas al pueblo para que al día siguiente de la victoria pidiera participación en el botín.

En una palabra: aquella revolución no era antimonárquica ni antidinástica.

Pero como no se podía decir que significaba el pensamiento de O'Donnell, aunque algo corregido, pues entonces no era fácil que encontrara apoyo en ninguna parte; y como, por otro lado, no existía un acuerdo definitivo entre Prim, Serrano y Topete, si bien estaban conformes en que no fuera rey de España el duque de Montpensier, todo eran vaguedades, mucho hablar de libertad, de licenciar el ejército, de quitar los consumos: cosas que halagaban mucho á las masas, pero nada más.

De haber entrado en la revolución como jefe un hombre civil, la torta no se hubiera podido amasar tan fácilmente, y en vez de torta resultara pastel.

Porque el pueblo, al comprender que nada iba ganando de cuanto se hiciera, es más que probable, cierto, que hubiera dicho:

—Para malo, basta con lo conocido.

Y esto era lo que no acomodaba á los revolucionarios de Septiembre.

Pero faltaba un colmo.

Y este lo fué la ceguedad de González Bravo, que, teniéndolo ante la vista, no vió cómo se seducía al ejército de Andalucía, y cómo se agitaban los generales emigrados, y en especial el marqués de los Castillejos.

La soberbia le cegaba.

Al verse dueño de la situación, y halagado por

aquellos que le explotaban, tan luego como desterró á los generales, se echó á dormir á pierna suelta, como aquel que está satisfecho de sus actos.

Tanto fué así, que la reina salió á veranear, como en los tiempos más tranquilos de su reinado.

Los médicos habían dispuesto que la corte pasara unos días en Lequeitio, «por convenir así á la salud de su majestad la reina.»

Y allá fué la corte.

Pero doña Isabel, que comenzaba á ver más claro que sus ministros, concibió la idea de celebrar una entrevista con el emperador de los franceses, en Biarritz.

Al efecto, partió el conde de Ezpeleta con un autógrafo de la reina para Napoleón III, y la corte se dirigió á San Sebastián.

¿Qué pasaba por aquellos días en Cádiz?

Vamos á decirlo; pues aun cuando los sucesos aquellos son recientes, la verdad anda bastante desfigurada.

Y como nosotros tenemos la clave de cuanto pasó, creemos justo poner de manifiesto lo ocurrido.

Hasta hoy no fué posible hacerlo.

La historia verdad sólo es conocida cuando la pluma puede correr sin trabas de ningún género; y no fueron los revolucionarios de Septiembre los más liberales con la expresión del pensamiento por medio de la imprenta.

Grandes voces, estruendosos gritos, desenfreno de las pasiones bastardas; todo cuanto fuera hacer

leña del árbol caído, se permitía y hasta se autorizaba.

Pero ocuparse de la situación; publicar los datos demostrativos de los hechos, y poner de relieve la falta de plan á que obedecía aquel movimiento que nació con el pomposo adjetivo de *glorioso*, era demasiado.

La fruta revolucionaria no estaba madura, y, de dejarla comer al pueblo, posible era que se hubiese visto en la práctica la fábula de la mona en el nogal, y por ello que, como el cuadrumano, al morder la cáscara y hallarla amarga, arrojase la nuez.

El día 16 de Septiembre de 1868, entró en el despacho del gobernador civil de Cádiz un hombre de buen aspecto, aunque con traje de artesano, y, después de saludar á la autoridad ceremoniosamente, le dijo:

—No extrañe usía que, al presentarme, lo haga de distinto modo que en otras ocasiones. Esto consiste en que hoy no es el amigo el que se presenta, ni como particular ni como político.

—Pero, Antonio: ¿qué pasa?

—Bien conocidas son de usía mis opiniones en todos los terrenos: deseo la paz, como fuente de ventura; pero esto no obsta para que ame la libertad y la defensa.

—No comprendo...

—Voy á explicarme. Enemigo declarado de los

gobiernos elegidos por la reina, no puedo admitir que, bajo la máscara hipócrita *del bien del pueblo*, se trate impunemente de trastornar hasta los cimientos de la nación, para sumirla en la miseria y en el desprestigio, con provecho de cuatro ó cinco, y en especial de un extranjero.

—Hablad de una vez.

—Lo haré: Andalucía es el foco de una revolución antidinástica; de una revolución sin apellido, que nos conducirá al caos. Y el centro de esa revolución que ha de perturbarnos, es Cádiz.

—Nombres, datos...

—Sólo con carácter de reservado, puedo por el momento dar algunas noticias.

—No lo demoréis.

Antonio, el esposo de Milagros, pues él era, dió cuenta al gobernador de cuanto sabía; y la autoridad, sin perder un momento, transmitió á Madrid la noticia en telegrama cifrado.

—En tanto que llega la respuesta—dijo el gobernador,—hablemos como lo que somos: como dos buenos amigos.

—De noticias, nada más puedo decir; sólo me sería posible emitir mis opiniones sobre el particular.

—Y ¿cuáles son?

—Opino, y esto se lo digo al amigo Belmonte, no al gobernador, que la revolución es fácil ahogarla al nacer, pues bastaría para ello un gobierno presidido por el general Espartero.

—También lo creo así.

—Es más: con sólo llamar al ministerio de la Guerra á Prim ó á Serrano, es posible que la tenebrosa nube se disipara en un momento. Esos hombres no se levantan en armas mirando al bien del país, sino al suyo propio. En realidad, no tienen solución para la empresa que pretenden llevar á la práctica, pues sentar en el trono á un Orleans, no resultaría simpático al pueblo español.

—Estamos conformes.

—La ambición, pero de lo desconocido é imprevisible, les impulsa al combate armado, quizás porque pesa una mordaza sobre la palabra y el pensamiento escrito. Pues si esos hombres vieran realizados sus sueños de poder antes de disparar un solo tiro, de seguro que terminaríamos en paz y en gracia de Dios.

De este modo hablaron más de dos horas.

Y cuando ya se despedía Antonio, le entregaron al gobernador un telegrama oficial, que decía así:

«Siendo, efectivamente, infundado lo que se teme de los comandantes, oficiales y guarnición de los buques, el gobierno tiene seguridad de que esa misma fuerza sería la que más contribuyese á reprimir y castigar cualquier rebelión.

»Procure usted medidas de tranquilidad, y esté seguro de que nadie viene de Canarias é Inglaterra, ni de parte alguna.

»El gobierno está por momentos enterado de todo cuanto se hace é intentan en todas partes, y

la seguridad con que ha desbaratado hasta ahora los planes mejor combinados, es una garantía de su acierto en esta ocasión.»

Antonio quedó estupefacto al conocer el contenido del telegrama.

—Pero ese despacho telegráfico—preguntó,—¿estáis seguro de que es del ministerio de la Gobernación?

—Sí, de la subsecretaría: trae todas las contraseñas.

—Y ¿qué pensáis hacer?

—Averiguar cuanto pueda, é insistir. ¡El gobierno está ciego, y nos encamina al precipicio!

Antonio le ofreció ayudarle, y su casa como refugio en caso apurado.

Al día siguiente telegrafió de nuevo el gobernador, señor Belmonte, insistiendo en sus temores, pues ya había comprobado las noticias de Antonio; y sin esperar contestación, pues no podía responder del orden público, resignó el mando en la autoridad militar, pidiendo la declaración del estado de guerra.

En el despacho del capitán general estaba aún el gobernador civil, cuando recibió otro telegrama del presidente del Consejo de ministros, que decía así:

Debemos advertir, que estos documentos son oficiales.

«Procure vucencia no pasar adelante en las disposiciones que ha tomado.

»Estoy perfectamente seguro de que la agitación que por ahí nota, no es otra cosa sino que se empiezan á conocer planes que puede decirse abandonados ya.

»El gobierno tiene informes seguros sobre esto; está bien que vucencia haya comunicado á las autoridades lo que dispone el artículo 29 de la ley; pero procure que sólo quede entre las autoridades mismas, y que no trascienda al público.

»Recomiendo á vucencia mucho *que no demuestre la menor sospecha* de los comandantes de los barcos de guerra, pues el gobierno *tiene absoluta confianza en su honor y su lealtad*, dígase lo que se quiera en contrario; y antes bien, si las circunstancias lo exigen, acuda vucencia reclamando su cooperación para sostener el orden público, en la seguridad de que lo obtendrá.

»Vea vucencia al capitán general de ese departamento de marina, y entérele de este despacho.

»Contésteme lo que le parezca sobre este despacho.»

Cualquiera diría que el gobierno estaba de acuerdo con los revolucionarios para realizar el acto de fuerza que se disponía.

Y, sin embargo, nada más inexacto.

El gobierno estaba cegado por la soberbia, y no

veía ni aun aquello que le ponían delante de los ojos.

No obstante el telegrama, se declaró el estado de guerra.

Aquel mismo día, á la una, visitó al gobernador una comisión en nombre del brigadier Topete, para rogarle que aceptara la revolución, evitando por este medio la efusión de sangre.

Al efecto le suplicaron que les acompañara á la capitania general.

Pero Belmonte se negó á ello en absoluto, y la comisión se retiró para visitar al general.

Belmonte telegrafió á Sevilla, y le contestaron que le enviaban dos batallones.

En esto se presentó Antonio, y dijo al gobernador, su amigo:

—Creo lo más prudente, que veáis la manera de libraros de una agresión, y vengo á ofreceros por segunda vez mi casa.

—Gracias, mi buen amigo; pero tengo esperanzas de lograr...

—Nada: en estos momentos está el general Topete en la *Zaragoza*, y según noticias que tengo de San Fernando, hoy, ó mañana á más tardar, se dará el grito. También tengo noticias de que en Sevilla andan las cosas mal para el gobierno.

—Para el trono y la dinastía.

—Por el momento, no: el movimiento es contra el gobierno tan sólo... después... después Dios sabe lo que sucederá.

—¡Y los marinos!...

—El general Lazaga y el mayor Ramos Izquierdo, que, como sabéis, es hermano del capitán general interino, protestan del movimiento.

—Entonces...

—Nada conseguirán.

En esto resonaron varios cañonazos.

Averiguado lo que significaban, se supo que era una señal convenida, á la cual respondieron desde algunos barcos con vivas á la reina.

Esto animó al gobernador civil.

La población permaneció como indiferente hasta la puesta del sol, en cuya hora se supo oficialmente que la revolución había estallado en San Fernando.

A esta noticia hubo que unir otro telegrama del gobierno, confirmando los anteriores.

Belmonte quiso contestar diciendo cuanto pasaba; pero las líneas telegráficas y la del ferrocarril estaban cortadas.

El día 17 de Septiembre, Topete dió un manifiesto á los gaditanos, en el cual sólo se hablaba mal del gobierno.

En cuanto á la reina, ni al plan político y administrativo de los revolucionarios, nada se indicaba siquiera.

El manifiesto fué un jarro de agua fría lanzado sobre la cabeza del pueblo, al cual ni siquiera se le denominaba *soberano*.

Con aquel documento se presentó Antonio á Ca-

yetana, que, no obstante sus setenta y nueve años, conservaba la cabeza firme, y le dijo:

—Madre: nadie como vos debe aconsejarme en esta ocasión.

—¿Pues qué pasa, hijo mío? ¿Está Cádiz sublevado al grito santo de libertad?

—No.

—¿Cómo es eso?

—Según el manifiesto publicado por Topete, el grito es: «abajo el gobierno, y viva España con honra.»

—¡Ah!

—¿No os satisface?

—Ni poco ni mucho: auguro, de triunfar los revolucionarios, días amargos de luto y de miseria para esta infeliz España.

—Y ¿qué debo hacer?

—Nada; estate quieto en tu casa; deja correr el tiempo, y él nos dirá lo que después debe hacerse.

—Creed que me duele continuar en la inacción cuando...

—Cuando no hay motivo para otra cosa, hijo mío. Esos hombres son iguales á los otros: ambicionan el poder, no la dicha de la nación... y tú, como lo hice yo y mi desdichado Pedro, que Dios tenga en su santa gloria, debes pelear, pero con toda tu alma, sin reparar en sacrificios de ninguna clase, por la patria, pero no por mezquinas personalidades.

Tan nobles y elevadas palabras produjeron un

grande efecto en Antonio, que decidió esperar, como la anciana le había aconsejado.

Al día siguiente, esto es, el 18 de Septiembre, don Juan Prim lanzaba otro manifiesto, no á los gaditanos, sino á los españoles todos.

El lenguaje de aquel escrito delataba á sus autores.

Al uno, por la forma dramática; al otro, por su fondo bilioso.

El pensamiento era de don Juan Prim; la letra, de don Adelardo López de Ayala, bohemio hasta entonces de los más caracterizados y conocidos en Madrid.

Como que fué el que cerró la era de los poetas melencólicos.

El documento iba firmado: en primer término, por el general Serrano; luego seguían las firmas de Prim, Dulce, Serrano Bedoya, Nouvilas, Primo de Rivera, Caballero de Rodas y Topete.

De este manifiesto surgió el primer conflicto.

Prim quería ser el jefe de la revolución, y Serrano fué el primero que firmó.

El manifiesto tampoco tuvo gran eco en el elemento civil; pero, en cambio, en el militar llegó quizás más lejos de lo que se pensaba.

Así tenía que ser.

En la guerra de África y en las expediciones á Santo Domingo y Méjico, se habían prodigado las gracias.

Pero dado el número de jefes y oficiales ex-

cedentes, ¿quién podía pensar en ascender sin una revolución?

Por esto los militares vieron con buenos ojos el alzamiento de aquellos que rechazaban el dictado de rebeldes, y pretendían restaurar la honra de España.

En la madrugada del 19, desembarcaron en Cádiz Prim y Topete, al frente de los sublevados.

La autoridad militar no opuso ninguna resistencia.

Visto esto por el gobernador civil, abandonó su despacho, trasladándose al piso segundo, sin procurar ocultarse á la vista de los que ya tomaban por asalto el edificio.

Momentos después, el capitán general, que con la artillería se había retirado al castillo de Santa Catalina, resignó el mando en Topete, después de firmada una capitulación, según la cual saldría la tropa con armas y bandera.

El mismo día 18 comunicó el ministro de Estado á la reina lo ocurrido.

Y don Luis González Bravo, al ver cuánta había sido su torpeza, presentó la dimisión, aconsejando á doña Isabel que nombrara presidente del Consejo á un general.

La reina siguió el parecer de González Bravo, y firmó el decreto á favor del marqués de la Habana.

Inmediatamente juró, y se puso en camino para Madrid.

Su primera disposición fué dividir á España en cuatro distritos militares.

Castilla la Nueva y Valencia quedaron bajo la custodia del marqués del Duero.

Cataluña y Aragón, á las órdenes del conde de Cheste; Andalucía, bajo el mando del marqués de Novaliches, y Castilla la Vieja, Asturias y Galicia, fueron encomendadas al general Calonje.

El anciano marqués de Miraflores escribió á Concha, de quien era muy amigo, dándole algunas ideas salvadoras.

Entre éstas estaba la formación de un ministerio presidido por el general Espartero; la vuelta á Madrid de la corte, y la separación de don Carlos Marfori y otros personajes, contra los cuales se había manifestado por muchos disgusto y desagrado.

Concha miraba como secundaria la formación de nuevo gabinete, pues todo lo concedía á la cuestión militar.

El día 20, en tanto los sublevados se organizaban á su gusto, sin que nadie les molestara, telegrafiaba Concha á la reina, haciéndole saber que era urgentísimo que la corte regresara á Madrid.

Doña Isabel pidió en el acto un tren para ponerse en camino.

Pero sus enemigos, ó, mejor dicho, sus amigos mientras fuese reaccionaria, evitaron sus deseos.

El mismo día por la noche repitió el telegrama Concha; y en vista de la respuesta dada por Mar-

fori, el 21 telegrafió de nuevo, diciendo «que la salvación del trono dependía de la vuelta de la reina á Madrid.»

Y añadía:

«Siendo muy conveniente que se quede en San Sebastián don Carlos Marfori.»

Tan fácil es la narración de la historia cuando los siglos han pasado sobre los hechos, como difícil cuando los acontecimientos pertenecen á los mismos que los han de leer y de referir.

Porque aquello que fué en tiempos lejanos, no envuelve gravedad del presente; y en cambio puede haber hasta quienes se juzguen calumniados con la referencia de hechos que por haber ocurrido en los días de grandes trastornos, ni aun la prensa periódica tuvo tiempo para averiguarlos y consignarlos.

Entre estos hechos hay algunos realizados por actuales personalidades políticas, y que si bien por entonces hicieron gala de ellos, hoy darían más de lo que su conducta les valió, por borrarlos de una sola plumada.

Pero á nosotros no nos duelen prendas.

Que demostrado tenemos que ni las dádivas nos seducen, ni las amenazas nos intimidan; y para demostrarlo una vez más, tanto al separarnos ahora de la revolución de Septiembre, como luego al tratar de los sucesos de Cartagena, á los cuales dedi-

caremos un libro, dispuestos estamos á decir toda la verdad, ya por lo que hemos visto, ya por lo que consignan documentos oficiales, desconocidos por completo del público.

Dicho esto, prosigamos nuestra narración.

En tanto que el marqués de la Habana telegrafiaba encareciendo la urgencia de la vuelta de la corte á Madrid, *pero sin que la acompañara Marfori*, y que la reina se disponía á emprender el viaje hasta sin sus hijos, el general Vasallo, capitán general de Andalucía, descifraba un telegrama, que decía así:

«Urgente:

»Aquí se ha constituido una Junta revolucionaria por las turbas del pueblo, capitaneadas por personas del partido progresista.

»La fuerza de carabineros no ha creído poder resistir, interrogada por mí.

»Aunque destituido de la autoridad, dirijo este telegrama, porque no se han apoderado del telégrafo.

»La guardia civil se retiró ayer de esta localidad, y la rural no se ha presentado.—Puerto de Santa María.

»EL ALCALDE.»

El general Vasallo dispuso las cosas para hacer frente á la revolución.

Crejó que para el 20 dispondría de todo lo necesario, y tanteó el espíritu de las tropas.

El mismo día 19, supo que el marqués de Novaliches era el general en jefe de las fuerzas de Andalucía, y aprovechando los momentos para saber de un modo indudable lo que deseaba y necesitaba, dispuso que las tropas estuvieran dispuestas para recibir dignamente al general.

El segundo cabo, general Izquierdo, que estaba con los revolucionarios, anticipó la hora; y persuadido de que el nombramiento de Novaliches había sido mal recibido, exploró el ánimo de los jefes y oficiales

Ni de Cádiz, ni de San Fernando, volvió á recibir noticias Vasallo.

Las líneas estaban cortadas.

En cambio recibió muchas comunicaciones de Madrid, entre ellas una, según la cual, el marqués de Novaliches no iría á Sevilla.

En vista de esto, mandó retirar las tropas.

Según los partes del jefe militar del campo de Gibraltar, el general Prim *no estaba* en Cádiz; pero se sospechaba que estuviera en *la bahía*.

A las cinco de la tarde se hallaban reunidas en la capitanía general de Sevilla todas las autoridades civiles y militares menos el general Izquierdo, que andaba trabajando por la revolución, si bien protestando de su fidelidad á la reina.

Todos los jefes y oficiales respondieron de la fidelidad de las tropas.

Sólo el comandante graduado, teniente coronel del batallón de Segorbe, preguntado en secreto dijo:

—Si alguda duda pudiera haber respecto á fidelidad, debe recaer en el jefe y el batallón de Segorbe.

En vista de esto, nadie se atrevió á dudar de la buena disposición de las tropas.

Este comandante graduado, se llamaba don José Garcés.

Izquierdo, que deseaba dar prueba de su lealtad por el momento, dijo á su ayudante:

—Ve á casa, que me traigan el revolver, y avisa para que no me esperen á comer hasta más tarde.

Vasallo, al oír esto, le respondió:

—Coma usted conmigo: la comida está dispuesta, según creo.

Izquierdo aceptó.

Ya iban á sentarse á la mesa, cuando un ayudante penetró en el comedor, y dijo á Vasallo:

—El subinspector de artillería (Jácome) y el coronel del segundo regimiento montado (Blengua), desean hablar con urgencia á vuestra excelencia.

Sin rodeos, sin más saludo que una inclinación de cabera, dijo Blengua:

—Mi general: según me acaban de decir algunos soldados, esta misma tarde se subleva la infantería.

Jácome manifestó lo mismo.

Desde el despacho del general, se veía la plaza denominada de Gabidia, en la cual estaba el cuartel ocupado por Segorbe.

Notado que á las puertas del cuartel había muchos paisanos, llamó Vasallo á Izquierdo, y le dijo:

—Observe usted cuánta gente hay allí reunida: algo estarán... Vamos á verlo: voy á ceñirme la espada: espéreme usted para ir juntos.

—No se moleste usted, mi general: yo estoy listo, y llegaré más pronto y avisaré.

A esta pérfida contestación de Izquierdo, respondió Vasallo:

—No, no; iremos juntos.

Sin duda sospechaba ya de Izquierdo.

Pero aquellas sospechas se trocaron en realidad y certeza, cuando al volver Vasallo, se encontró conque el segundo cabo se había ido.

Indignado, en vez de salir por la puerta principal, tomó por la de caballerizas, que daba á la mencionada plaza de Gabidia, pues deseaba ver si alcanzaba á Izquierdo antes de que llegara al cuartel.

Pero no lo logró.

En vista de esto, preguntó á unos paisanos si era cierto lo que se decía, y uno de ellos le respondió:

—Mi general... ¡bien engañado han tenido á vuestra excelencia! Esta misma tarde dará el gri-

to Segorbe, llevando á la cabeza al general Izquierdo.

Sin responder cosa alguna, Vasallo se dirigió al cuartel; pero le vieron llegar, y cerraron.

Persuadido de que nada conseguiría allí, y acordándose de lo mucho que le tenía que agradecer el batallón de cazadores de Tarifa, pues había indultado de la pena de muerte á un soldado á quien emborracharon, y borracho hirió á un oficial; y recordando que había mandado aquel cuerpo y que muchos oficiales eran amigos particulares suyos, se fué en su busca, para hacer entrar en razón á Segorbe.

Pero la puerta del cuartel, que era el mismo que el de Segorbe, si bien tenía la entrada por otra calle, se cerró con tal precipitación, que dejaron fuera al centinela.

Vasallo se acercó á la mirilla, y al ver al teniente coronel Cuervo, le dijo en tono amistoso:

—Mande usted que me abran la puerta.

—No puedo complacer á usted, mi general,—respondió Cuervo.

—Y ¿por qué?

—Mi general: en la vida de los hombres hay momentos en los cuales se juega uno la cabeza: hoy nos la hemos jugado nosotros. Estamos reunidos, y vamos á deliberar acerca del pronunciamiento; por lo tanto, no puedo complacer á usted.

—¿Cómo, señor Cuervo!... ¿Desconoce usted mi autoridad? ¿Sabe usted el crimen que comete? ¿Se

acuerda usted, y en particular el batallón, de mi conducta para con él?

—Tiene usted razón; pero en el estado en que estamos, le suplico á usted que se retire del cuartel, para evitar una desgracia.

En vista de esto, torna á su casa, monta á caballo y se dirige al cuartel ocupado por Simancas.

Pero Simancas estaba también sublevado y con la puerta cerrada.

Tocando todos los registros, se encaminó en busca del segundo montado de artillería.

Allí estaba Jácome, el cual, así como todos los oficiales, se pusieron á las órdenes del general.

Desde el cuartel manda por los lanceros de Santiago y la guardia civil.

¡Los lanceros de Santiago!

Allí estaban don Manuel Blanco y Antonio Barbarín, que habían sido ayudantes suyos.

Barbarín, sobre todo, contaba *catorce* años de íntima amistad con Vasallo.

Pues bien; estos señores le manifestaron «que los oficiales no querían perder sus empleos, y que seguirían la suerte de la infantería.

Y hé aquí á Vasallo sólo con los artilleros.

No pretendemos negar la importancia política de la revolución de Septiembre, por más que juzgada por la conducta posterior de sus hombres, debería ser anatematizada.

¡Destruir un trono de fuertes cimientos para levantar otro sobre arena!...

¡Y siendo esto poco, tornar á lo antiguo después de algunos remiendos!

¿Qué fé, qué constancia, qué convicción la de aquellos hombres que dieron el grito y que le apadrinaron cuando más tarde sirvieron rendidos á don Amadeo, á la república, á la interinidad, á don Alfonso y hoy á la regente?

No, la revolución de Septiembre, no fué el deseo de *restaurar la honra de España*.

Fué tan sólo el fruto de la ingratitud más espantosa que registran los anales de la historia...

Y el resultado de la ambición más desmedida y más injustificada.

Mal estábamos en tiempos de doña Isabel; pero peor, mucho peor, estuvimos luego y estamos ahora mismo.

La revolución fué para cuatro caballeros particulares que en Septiembre hicieron su *Agosto*.

Encerrado Vasallo con los artilleros fieles, llegó un paisano al cuartel, y le dijo:

—Toda resistencia es inútil: Serrano, Prim y Topete, están en Cádiz... toda la provincia se ha sublevado.

—Pero ¿cómo sabéis?

—Vengo de Cádiz por el río... por donde tenéis que marchar si no aceptáis la revolución.

—¡Nunca!

—Pues sabedlo todo: la escuadra ha dado el gri-

to. Serrano emprenderá el camino por tierra hacia Madrid; Prim y Topete recorrerán la costa.

Estas funestas noticias dieron lugar á que los oficiales de artillería se condolieran de la situación en que se hallaban, pues tenían que disparar las armas contra sus hermanos, derramando sangre inútilmente.

Pero así y todo, dispuestos estaban á no abandonar al general.

Este quiso cerciorarse de la verdad de las noticias, pues no quería creerlas, y al efecto preguntó al paisano:

—¿Quién sois? ¿Quién os garantiza? Porque yo no os conozco.

—Esta carta del exgobernador de Cádiz, que no acepta la revolución.

Y le entregó un pliego abierto, firmado por Belmonte.

Después de leído con todo detenimiento, y después de una pausa, dijo Vasallo:

—Según lo que veo, sois amigos: amigos verdaderos, ¿no es esto?

—Así es, mi general.

—¿Y sois rico?

—Tengo buena posición, gracias á mi trabajo y á los bienes de mi esposa.

—Y ¿qué pensáis hacer?

—No lo sé á punto fijo: pero no estoy conforme con lo que pasa.

—¿Pero algo queréis?

—Quiero, pretendo salvar la vida á vucencia, y luego seguir hacia Madrid, por si es tiempo de ganar para la libertad y para España, tanto como hemos de perder con el triunfo de unos hombres que ni tienen plan, ni concierto, ni unidad alguna. De ello podrá convencerse vucencia por estos documentos.

Y le entregó los manifiestos de Topete y Prim.

CAPÍTULO XXVII

La fosa del olvido.

No había remedio: ó morir sólo haciendo frente á todo el ejército, ó abandonar á Sevilla.

Esta era la disyuntiva en que estaba colocado Vasallo á las diez de la noche, hora en la cual le oficiaba Izquierdo en los siguientes términos:

«Adoptada por la guarnición y el pueblo de esta capital la actitud patriótica que vuecencia conoce, no es posible que se oculte á vuecencia la necesidad de que vuecencia salga inmediatamente de Sevilla y su distrito.

»La prudencia aconseja que desde luego preven- ga vuecencia á las fuerzas que aún no se han adherido á tan entusiasta alzamiento, para que lo verifiquen en evitación de innecesaria y estéril efusión de sangre entre compañeros de armas, que no deben esgrimirlas sino en defensa de la causa nacional.

»Se garantiza á vuecencia la seguridad personal y la de los ayudantes que le acompañen, así como le serán guardadas las consideraciones que se merece.

»Dios guarde á vuecencia muchos años.—Sevilla, 19 de Septiembre de 1868.—*Rafael Izquierdo.*

»Excmo. Sr. D. Francisco de Paula Vasallo.»

Á este oficio respondió el capitán general resignando el mando en don Rafael Izquierdo, y dirigiéndose al río, para desde luego ausentarse de Sevilla.

Ya en el vapor en el cual había arribado Antonio, rogó Vasallo que esperasen la llegada de su esposa; pero un tal Anguita le respondió:

—Tengo orden del nuevo capitán general de disponer la marcha tan luego como vuecencia llegara.

Dicho esto, zarpó el vapor.

Vasallo desembarcó en Gibraltar el 21 de Septiembre.

Antonio le despidió, dándole palabra de atender á su esposa.

Y tales fueron sus deseos; mas en toda la noche no pudo llegar hasta ella por el estado de la población, pues eran de temer mil abusos, sobre todo por un hombre que no estaba afiliado al movimiento.

Á la mañana siguiente, cuando menos lo espera-

ba, recibió un telegrama, en el cual su esposa le llamaba con toda urgencia.

En vista de aquello, y estando expedita la vía férrea entre Sevilla y Cádiz, tornó á la Isla.

Mientras tanto, el general Prim, en la fragata *Zaragoza*, y seguido de otros varios sublevados, emprendía la obra de sublevar el litoral.

El primer punto en que tocó fué Cartagena.

El general gobernador Lassousaye, se defendió cuanto pudo; pero en vista de la falta de elementos para vencer, evacuó la ciudad.

La guarnición se sublevó, siguiéndole la de Murcia.

Luego fué á la Coruña; pero el general Riquelme pudo evitar que Prim desembarcara.

Mientras tanto, el general Calonge se encaminó á Santoña, donde había fuerzas sublevadas; pero en el camino supo que el núcleo principal iba hacia Santander, y, cayendo sobre los sublevados, sostuvo largas horas el fuego, logrando apoderarse de la ciudad.

Desde Santander telegrafió Calonge lo siguiente:

«Después de seis horas de empeñado combate, con muy sensibles pérdidas, me hallo hace una hora en esta ciudad, de la que han sido arrojadas las fuerzas rebeldes que la ocupaban.

»La mayor parte de los paisanos comprometidos se han embarcado en los vapores mercantes que tenían embargados, haciéndose todos á la mar y llevándose los fondos del Estado.

»Las tropas de todas las armas é institutos han cumplido leal y bravamente sus deberes.»

Mientras tanto González Bravo huía como un cobarde.

Estaba medio loco.

En verdad, no le faltaban motivos para ello.

Le habían avisado mil veces, y no quiso hacer caso.

El verdadero culpable era él.

La revolución triunfaba por culpa suya.

Porque aquel movimiento no era popular, sino puramente militar.

Obedecía, pues, como otros muchos movimientos revolucionarios, á las aspiraciones más ó menos justas de algunas entidades políticas; pero nada más.

El pueblo no hacía cosa alguna.

Si algunos paisanos se unieron al movimiento, no eran lo que por regla general llamamos «pueblo,» y su actitud fué en todas partes como en Santander.

Cargar con los fondos del Estado y emigrar, para luego presentarse como víctimas.

¡Buena honra daban á la España con su conducta!

A todo esto se encaminaba el general Novaliches hacia Córdoba, para cerrar el paso al general Serrano.

Entre los jefes que llevaba á sus órdenes estaba el conde de Girgenti, infante de España.

Tiempo hacía que no presenciaba España cosa parecida.

Los príncipes modernos ignoran á lo que huele la pólvora en los campos de batalla.

Concha, desde Madrid, telegrafió á Novaliches el día 27, diciéndole:

«El ministro de la Guerra al general en jefe:

«La situación de la costa del Mediterráneo es tal, que se hace absolutamente necesario que obtenga vucencia mañana una victoria.»

Como en el capítulo siguiente nos hemos de ocupar de la batalla de Alcolea, teniendo á la vista como tenemos datos irrecusables para referir toda la verdad, vamos por unos momentos á Cádiz, con el fin de conocer el objeto de la llamada de Antonio.

Este era, un accidente sufrido por Cayetana, del cual vamos á dar cuenta á los amables lectores.

La pobre anciana, y decimos pobre no porque careciera de recursos, sino por lo mucho que sufría viendo desgarrada á España por sus mismos hijos, tenía por costumbre pasear los días buenos por la muralla.

Casi siempre la acompañaba Milagros.

Cayetana no quería auxilio ajeno, y debido á esto, sólo al terminar el paseo, solía tomar el brazo de la que llamaba «su hija.»

La conversación favorita de la anciana era cuanto se refería á la rendición de la escuadra francesa.

Pero jamás se le ocurrió relatar ni uno solo de los hechos en que había tomado parte.

Y es más: cuando alguno de sus oyentes le recordaba alguna cosa relacionada con ella, respondía en el acto:

—Eso son fábulas, cuentos: ¡pobre de mí! ¿Qué pude hacer yo? Nada.

Y cuando le pedían su parecer respecto á lo ocurrido últimamente, encogiéndose de hombros contestaba:

—¡Lástima de sangre que se va á derramar inútilmente. El pueblo honrado lo que desea es paz y trabajo: de estas *bullangas* son pocos los que logran algún provecho. Cuando se pelea pensando en la recompensa, no hay honra, sino interés. En mis tiempos... ¿Qué provecho sacó el pueblo de Cádiz de la rendición de la escuadra francesa? ¿Qué de los sitios y bloqueo de los franceses? ¡Provecho! Pero en cambio se cubrió de gloria. Hizo falta que viniera á la Isla Fernando VII para que el francés pisara á Santi-Petri y consiguiera la victoria que codiciaba.

Estas eran las ideas de Cayetana, y en nuestro entender tenía razón.

Al menos, en gran parte, ha venido el tiempo á dársela bien cumplidamente.

No obstante sus setenta y ocho años, conservaba

fresca la inteligencia y la memoria: estaba ágil y se alimentaba regularmente.

De deducir era, que Cayetana cumpliría el siglo, pues sólo tenía un achaque.

Ciertos desvanecimientos pasajeros, que solían ser mayores cuando se fijaba en las olas desde alguna altura.

Ella atribuía aquello á recuerdos de su juventud, pues decía:

—Se me figura ver que se abren las aguas como aquella noche terrible en que fuimos...

Al llegar á este punto cerraba los ojos con fuerza: movía la cabeza y cambiaba de conversación.

No fué muy del agrado de Cayetana que Antonio partiese para Sevilla, y menos que se dirigiera á Madrid; pero como no creía justo hacer una oposición terminante, hizo sólo algunas atinadas observaciones, que, como hemos visto, no fueron atendidas.

Cádiz era una olla de grillos: cada cual quería y pedía una solución distinta, consecuencia lógica de la ambigüedad del manifiesto de Prim.

En cuanto al general Serrano, estaba deseando salir de Cádiz.

De otro modo, esto es, de permanecer allí, le hubieran trastornado el juicio.

Día y noche, no hacían más que pedirle destinos, recomendaciones y dinero.

Esto último, para *levantar partidas*.

De todo hizo un poco; mas como los pedigüeños

no se acababan, y ya era sobrada la molestia, partió para Sevilla, dejando en Cádiz más disgustados que contentos.

El mismo día en que el general Serrano se alejaba de Cádiz, deseó Cayetana dar un paseo hacia Puerta de Tierra, con el fin de presenciar la marcha de las tropas.

Ella había formado su juicio respecto á las consecuencias de la revolución, y quiso, en vista de la actitud de las tropas al despedirse del pueblo, y de éste al mirar alejarse á los que habían constituido situación en un extremo de España, acabar de confirmarse en sus opiniones ó variarlas en justicia como acostumbraba.

Al efecto, presenció el desfile.

¿Qué vió?

Tropas que marchaban alegres hasta el punto de parecer insubordinadas y sin respeto á los jefes que las conducían, toda vez que fué testigo presencial de hechos impropios de tropas bien sujetas á la ordenanza.

Que aquí se separaba un soldado de las filas para hablar con un amigo ó para beber; que allí un cabo encendía su cigarro cuando aún no había llegado la hora de marchar «á discreción;» que más acá ó más allá resonaban palabras obscenas, irrespetuosas, de esas que la moral universal rechaza por soeces y mal sonantes...

Y también vió y oyó que los jefes hacían «oídos de mercader,» y vista «de empleado de aduanas» á cuanto pasaba.

¿Qué era lógico deducir de aquello?

Lo que Cayetana dedujo.

Esto es: que la revolución de Septiembre, no venía á resolver el problema social hartamente complicado; pero que en cambio traería sobre España, cuando menos, un largo período de perturbaciones, que costaría ríos de oro y torrentes de sangre.

También observó al pueblo atentamente, y pudo notar que aquellos que en otras ocasiones supieron defender la honra y la integridad de la patria, estaban excluidos de toda participación; pero que en cambio abundaba el elemento perturbador; la masa terrible que sólo se presenta, como los buitres, cuando huelen la carne muerta, próxima á corromperse.

Y fué tanta su tristeza, tanta la pena que le embargó el corazón y que trastornó su cerebro, y hubo de sufrir uno de aquellos desvanecimientos que la privaban del sentido por algunos minutos.

Y como estaban cerca del mar, cayó al agua.

El criado que la acompañaba no hubo de notar en el momento lo que ocurría, pues se hallaba distraído mirando cómo se alejaban las tropas por la carretera, con el fin de ir recogiendo cuantas fuerzas encontraran por toda la provincia.

Sólo cuando oyó decir que una mujer había caído al agua salió de su estado contemplativo y hubo

de notar que su ama no se encontraba junto á él.

Pero no sospechó siquiera que la mujer de que hablaban fuese aquella que confiaron á su cuidado.

Y buscó por todas partes, pero inútilmente.

Entonces concibió sospechas, y acudió al lugar del suceso.

Varios hombres trabajaban para encontrar el cuerpo que había caído.

Pero como estaba la resaca en toda su fuerza, la operación era difícil, pues naturalmente las olas se habrían apoderado de la mujer, arrastrándola hacia su seno.

También podía haber sucedido que estuviera aprisionada entre las peñas, ó sujeta en la cavidad de alguna.

Por si era esto, se buscaba; porque de ser lo primero, el trabajo resultaba inútil.

El criado corrió en busca de Milagros, para decirle que «su señora se le había extraviado entre el bullicio.»

Pero nada le manifestó respecto á sus sospechas de que Cayetana fuese la mujer ahogada.

Desde luego se procedió á buscarla por todo Cádiz, y bien pronto se vino en consecuencia de que era ella la víctima del mar.

Pero ¿qué suponía para aquellas gentes enfatadas con sus repentinas y pingües posiciones, la muerte de una anciana?

¿Quién de entre aquellos improvisados personajes recordaba ni quería recordar que la mujer ahoga-

da supo ahogar en sangre extranjera las ambiciones y las codicias de Napoleón I?

De aquí que el suceso careciera de importancia para las autoridades revolucionarias, y que el caso quedara reducido á uno de tantos como ocurrían, ya por descuido, ó ya premeditadamente.

Para la generalidad, la muerte de Cayetana pasó por suicidio.

Algunas horas después, sólo Milagros y sus dependientes se ocupaban del suceso.

Cuando llegó Antonio y supo lo ocurrido, pues ya no cabía duda de la verdad, hizo cuanto pudo y más por arrancar de las aguas aquellos restos queridos.

Pero sin resultado alguno.

Sus actos dieron lugar á que de nuevo se hablara de Cayetana.

Pero bien pronto procuró el mismo Antonio que se olvidaran de ella, pues notó, que la señalaban «como enemiga del movimiento revolucionario.»

¡Así es la sociedad humana!

Desconocen una vida entera de sacrificios y actos heróicos, y graba en su corazón todo aquello que no se amolda á sus deseos.

Cayetana, nombre glorioso para España, por decir la verdad, por asegurar que aquella revolución no restauraría la honra de España, cayó de la altura para siempre.

De una altura ignorada por la mayoría de los

españoles; de una altura que ella misma trató de ocultar cuanto pudo; de una altura que España debió descubrir, adivinar, que se trocaba en motivos de acres censuras por «el delito» de expresar de un modo terminante opiniones, llenas de verdades que la experiencia puso de manifiesto bien pronto.

Pero ni aun esto bastó para reivindicarla á los ojos de la nación.

El anatema había caído sobre ella, y la ingratitude se sobrepone siempre al agradecimiento.

Cayetana había encontrado la más ignorada de las tumbas.

La fosa del olvido.

Aquella sobre la cual no se puede derramar una lágrima y colocar un ramo de siemprevivas ó pensamientos.

¡El mar!

Fosa insondable: cementerio hirviente, movilidad eterna...

Pero también tumba que no puede ser profanada, ni está sujeta á los caprichos de los hombres.

El cuerpo que cae en el fondo del mar, libre queda de la mano del hombre y de las artes de la política.

Sí, de la política.

Porque no han faltado en nuestros días políticos deshechados, que á falta de mejor pensamiento para inmortalizar su nombre, pensaran y aun pu-

sieran en práctica aquella famosísima idea de arrancar á los pueblos los restos inmortales de sus hijos, para llamándose *descentralizador*, centralizar hasta los muertos.

¿Quién no recuerda la gestión de don Manuel Ruiz Zorrilla, según la cual viajaron las cenizas de españoles ilustres?

¡Ah!...

¡Sin duda pensó que algún día reposarían las suyas presidiendo las de Quintana, Calderón, Espronceda, Jovellanos, Mina, Cervantes, Lope de Vega y Cisneros!

Don Manuel anuló la frase «sólo en la paz de los sepulcros creo.»

Y abusando de su poder, profanó, quizás por orgullo, las tumbas de los genios que fueron ornamento y gloria de esta infelice nación.

El de Cayetana quedó para siempre, no sólo en el fondo del mar, sino hasta hoy, en el olvido más espantoso.

Y como al honrar la memoria de los que fueron para ser siempre, creemos que nos honramos á nosotros mismos, hasta con orgullo, con noble orgullo, pues no humilla á personas ni desprecia cosas, buscamos y escudriñamos para tener la satisfacción de presentar personajes gloriosos cuyos nombres, bien por olvido involuntario, bien por refinada malicia, se excluyeron de la lista de los héroes.

La ingratitud y el empeño que puso Antonio en que no sirviera el nombre de Cayetana de mofa á los envidiosos y maldicientes, fueron causa principal de que ni aun se tornara á hablar de aquella esforzada hija de la ciudad de Cádiz.

La política, los sucesos que en aquellos días se desarrollaban y en los cuales hubo víctimas que pasaron por verdugos, y verdugos que pasaron por víctimas, contribuyeron también á que echara en el olvido la memoria de aquella mujer ejemplar.

Que el general Serrano caminaba hacia Córdoba triunfalmente gracias á la conducta del general Izquierdo, precedido del brigadier Caballero Fernández de Rodas, que con dos batallones llegó á la *Vieja Sultana*, sin saber cuál era su misión ni aun del presente.

Pero, por si acaso, destituyó todas las autoridades: nombró otras nuevas, entre ellas gobernador civil al conde de Hornachuelos, á quien luego elevaron á la categoría de duque que hoy disfruta, y mandó asesinar al famoso criminal *Pacheco*.

Hemos dicho «asesinar,» y como pudiera llamar la atención de nuestros amables lectores la dureza de la palabra, vamos á explicarla con brevedad y concisión, pues fuimos testigos presenciales del hecho.

El delito de *Pacheco*, ó José Cordón, pues así se llamaba, consistía en defenderse de la Guardia civil, que le empezó á perseguir con motivo de ha-

berse apoderado *Pacheco* de un gallo inglés, que su dueño no quiso venderle.

Por *ladrón* se le encarceló, y se escapó de la cárcel.

La guardia civil, en cumplimiento de su deber, le persiguió.

Y *Pacheco*, que no era hombre de los que ceden á la fuerza, y sí se inclinan ante la razón, se defendía de la fuerza armada.

Dos años estuvo perseguido por los términos de Córdoba, Sevilla y Málaga, y cada vez que le encontraban era tan sólo para que pagase con la vida algún guardia el arrojó de intimarle la rendición.

Aquello era un escándalo.

¡Tres mil hombres en persecución de uno sólo, y sin poder cogerle ni vivo ni muerto!

Pero llegó la revolución, y en nombre de ella se le ofreció el indulto.

Pacheco lo creyó, y á caballo se presentó en Córdoba con el fin de dar las gracias «á sus padrinos.»

Ya en la ciudad, le emborracharon: cosa fácil, pues jamás bebía vino.

Y ya borracho, en la plaza de la Trinidad, en la misma puerta del futuro duque de Hornachuelos, la guardia del cuartel inmediato hizo fuego sobre él á mansalva.

Como que se cerró media puerta, y por la mirilla se hizo el disparo que le partió el corazón.

Muchos datos podríamos consignar que demos-

traran que *Pacheco* no era un ladrón ni un salteador de caminos; y que, en cambio, bien dirigido, pues se dejaba mandar, hubiera sido un hombre útil para la patria.

Pero como con lo dicho creemos que basta para justificar la palabra «asesinato,» proseguiremos la narración de los hechos.

Mientras sucedían estas cosas, de acuerdo, ó, mejor dicho, por mandato del general Concha, marqués de la Habana y presidente del Consejo de ministros, el brigadier Lacy se puso al frente de los batallones de cazadores de Madrid y Barcelona, y el regimiento de húsares de Pavía, que estaba en el Carpio.

La primera división, compuesta de seis batallones de línea y cuatro de cazadores, quedó al mando del general García Paredes.

La segunda, compuesta de igual número de fuerzas, operó bajo la autoridad del general Echevarría.

Cuatro regimientos de caballería, que fueron los de la Reina, Talavera, Montesa y España, quedaron mandados por el general don Miguel de la Vega; y una brigada de artillería, á las órdenes del brigadier Camús.

Así dispuestas las cosas, conferenciaron los generales isabelinos.

El general Echevarría, que acababa de llegar

de Madrid con instrucciones, dijo al marqués de Novaliches:

—El ministro de la Guerra desea, siempre que las circunstancias no dispongan otra cosa, que de encontrar resistencia en el puente de Alcolea, se emplace la artillería en las alturas que dominan el puente. Que desde allí se rompa el fuego, y que no cese el cañoneo, hasta comprender que el enemigo flaquea. Llegado este caso, como el río es vadeable por varias partes, que las tropas de la derecha pasen el otro lado, sobre el camino de Córdoba.

No hubo de parecer mal al marqués de Novaliches el plan, pues creyó que le sería fácil realizarlo.

Al efecto se dieron las órdenes oportunas, y el brigadier Lacy se dirigió inmediatamente á tomar las posiciones en las cuales se había de emplazar la artillería.

Puede decirse que estando á la vista los combatientes, manifestó al duque de la Torre don Adelardo López de Ayala, de que sería correcto escribir al marqués de Novaliches, á fin de ver si había modo de evitar la batalla.

El duque accedió, y Ayala puso á la firma de Serrano el documento que vamos á copiar, pues contiene grande interés.

Hélo aquí:

«Excelentísimo señor marqués de Novaliches, capitán general de los ejércitos nacionales.

»Muy señor mío: Antes que una funesta eventualidad haga inevitable la lucha entre dos ejércitos hermanos; antes que se dispare el primer tiro, que seguramente producirá un eco de espanto y de dolor en todos los corazones, me dirijo á usted por medio de esta carta, para descargo de mi conciencia y eterna justificación de las armas que la patria me ha confiado.

»Ya supongo que en tan solemnes circunstancias habrá llegado oficialmente á sus noticias todo cuanto puede contribuir á ilustrar su juicio acerca del verdadero estado de las cosas.

»Sin duda usted no ignora que el grito de protesta que ha lanzado unánime *toda la armada*, ha sido inmediatamente secundado por las plazas de Cádiz, Ceuta, Santoña, Jaén, Badajoz, Coruña, Ferrrol, Vigo y Tarifa, y por las ciudades de Sevilla, Córdoba, Málaga, Huelva, Santander y otras, con todas sus guarniciones, entre ellas las del campo de Gibraltar, y por otra porción de poblaciones, que sin temor de equivocarme, puedo asegurar que habrán ya tomado parte, ó tomarán las armas con el mismo propósito.

»Difícil es saber cuál es la mejor manera de servir al país cuando éste calla ó muestra tímida y parcialmente sus deseos; pero hoy habla con voz tan clara y tan solemne, que no es posible, á los ojos de nadie, aparezca oscura la senda del patriotismo.

»Hay un punto sobre el cual no es lícita la equi-

vocación; tal es la imposibilidad de sostener lo existente, ó, mejor dicho, lo que ayer existía.

»Estoy seguro de que dentro de sí mismo encuentra usted la evidencia de esta verdad, y en tal caso no podrá usted por menos de convenir conmigo en la misión del ejército en estos momentos, sencilla como sublime, consiste sólo en respetar la aspiración universal y en defender la vida, la honra y la hacienda del ciudadano, en tanto que la nación dispone libremente de sus destinos.

»Apartarle de esta senda, es convertirle en instrumento de perdición y de ruina.

»Las pasiones están afortunadamente contenidas hasta ahora por la confianza que el país tiene en su victoria; pero al primer conato de resistencia, á la noticia del primer combate, estallará furiosa y terrible, y el primero que la provoque será responsable ante Dios y ante la historia de la sangre que se derrame y de todas las desgracias que sobrevengan.

»En presencia del extranjero, el honor militar tiene temerarias exigencias; pero en el caso presente, usted sabe, también como yo, que el honor sólo consiste en asegurar el país y la ventura de los hermanos.

»En nombre de la humanidad y de su conciencia invito á usted á que dejándome expedito el paso, en la marcha que tengo resuelta, se agregue á las tropas de mi mando, y no prive á los que le acompañan de la gloria de contribuir con todas sus

fuerzas á asegurar la honra (sic) y la libertad de su patria.

»La consecuencia de los continuos errores que todos hemos sufrido y lamentado, producen hoy indignación y lástima; evitemos que produzcan horror.

»Ultimo y triste servicio que hoy podemos prestar á lo que ya se derrumba por decreto irrevocable de la Providencia.

»Su propio criterio esforzará mis razones; su patriotismo le aconsejará lo mejor.

»Mi enviado, don Adelardo López de Ayala, lleva encargo de entregar á usted este documento, y de asegurarle la alta consideración y no interrumpida amistad con que es de usted su afectísimo amigo y seguro servidor,

Q. B. S. M.

FRANCISCO SERRANO.»

Muchos y graves comentarios podríamos hacer á la carta; pero como el juicioso lector suplirá nuestro silencio con el recuerdo de lo que luego pasó, no para honra, sino por baldón de España, toda vez que buscando honra «tuvimos que acogernos á los escombros de lo caído,» pasamos por alto nuestras reflexiones, y diremos que, enterado el marqués de Novaliches de la carta, y después de meditar en calma, respondió de esta manera:

«Excelentísimo señor duque de la Torre, capitán general de los ejércitos nacionales.

»Muy señor mío: Tengo en mi poder el escrito que se ha servido usted dirigirme por su enviado don Adelardo López de Ayala en el día de hoy 27 de Septiembre de 1868, aun cuando por equivocación haya usted puesto la fecha del 78.

»Profundo es mi dolor al saber que es usted el que se halla al frente del movimiento de esa ciudad, y estoy seguro de que en el acto de escribir el documento y antes de recibir mi contestación, habría usted adivinado cuál sería esta.

»El gobierno constitucional de su majestad la reina (q. D. g.) doña Isabel II, me ha confiado el mando de este ejército, que estoy seguro cumplirá con su deber, por muy sensible que le sea tener que cruzar bayonetas con los que ayer eran sus camaradas; esto sólo puede evitarse, reconociendo todos la legalidad existente, para apartar de nuestra desventurada patria mayores desgracias.

»La reina y su gobierno constitucional lo celebrarán, y el pueblo, que sólo anhela paz, libertad y justicia, abrirá su pecho á la esperanza, librándose de la pena que hoy le agobia.

»Si lo que es de todo punto improbable, la suerte no favorece este resultado, siempre nos acompañaría á estas valientes tropas y á mí, el justo orgullo de no haber provocado la lucha; y la historia, severa siempre con los que dan el grito de guerra civil, guardaría para nosotros una página gloriosa.

»El mismo enviado lleva encargo de entregar á usted esta respuesta, que debe mirar como la expresión unánime de todas las clases del ejército que tengo el honor de mandar, sin que por esto deje de dudar de la alta consideración y no interrumpida amistad con que es de usted afectísimo seguro servidor,

Q. B. S. M.

NOVALICHES.

»Cuartel general de Montoro, 27 de Septiembre de 1868.»

La respuesta que acabamos de consignar, era digna.

El marqués de Novaliches no cometía las imprudencias ni incurría en las fatuidades del duque de la Torre, diciéndole á este que se le uniera y pusiese bajo su mando.

Tampoco habló el marqués de *honra*, palabra que, tratándose del general Serrano, sin duda le hubiese herido en lo más íntimo.

Porque ¿dónde estaba la honra de la revolución?

¿La representaban los hombres que como culebras se habían arrastrado ante las gradas del trono?

No somos defensores del reinado de doña Isabel; pero como somos historiadores, tenemos que consignar que aquella señora *era irresponsable* por la Constitución, y que, sin embargo, fué la única que sufrió el castigo de las faltas cometidas por todos.

Malo era aquello...

Peor fué lo que vino después.

Y seguramente el mismo general Serrano hubo de «caer de su burro,» cuando algunos años después se inclinaba humildemente ante don Alfonso XII, y ante su madre.

Y sin embargo, la honra sólo tiene una faz: no admite distingos.

Y la revolución llamó *espúrea* á la raza de los Borbones.

Y luego, aquellas gentes besaron la tierra que pisaba un Borbón.

De modo que antes había honra, ó no pudo haberla después.

El duque de la Torre, antes de romper el fuego, solicitó hablar reservadamente con el brigadier Lacy, que fué el primero que le cerró el paso.

En la entrevista, dijo Serrano las siguientes palabras:

—Puede que tenga usted por un acto de incalificable alevosía este movimiento *contra el gobierno de Madrid.*

Y en el curso de la conversación, añadió:

—Casi toda la nación alza el estandarte revolucionario *contra el gobierno de la reina Isabel.*

De estas palabras se deducía, en buena lógica, que el acto de fuerza no era contra la reina, sino contra su gobierno.

¿Lo creía así Serrano?

¿Deseaba engañar á Lacy?

El duque de la Torre sabía menos de lo que había de suceder, que el último aldeano.

Era la máquina impulsada por Prim.

En cuanto á Topete, sabía menos que Serrano.

¿Qué podía resultar de aquello?

En el siguiente libro lo veremos.

Vamos ahora, para terminar el presente, diciendo la verdad de la batalla de Alcolea.

CAPÍTULO XXVIII

El caos.



El general Serrano había practicado los medios conducentes á justificar su conducta y la de la marina de guerra.

Bajo el pretexto de que «no quería efusión de sangre,» tocaba todos los registros para demostrar la justicia de la causa que defendía.

Pero ¿cuál era esta?

Al tornar Ayala con la respuesta de Novaliches, habló de este modo con el duque de la Torre:

—Perdemos el tiempo inútilmente, mi general. En mi hospedaje del Carpio, donde fuí atendido con toda consideración por el general Vega, pude persuadirme de que sólo de un modo sería posible una inteligencia.

—Y ¿cuál es ese modo?—le preguntó Serrano.

—Mejor que yo lo sabe el duque de la Torre.

—Os declaro que lo ignoro: de saberlo lo hubiese puesto en práctica, pues mi mayor alegría estriba en que sobre el puente de Alcolea firmemos las paces Novaliches y yo.

—Entonces os diré lo que he hablado y lo que he entendido.

—Os escucho; pero sed breve, porque el tiempo apremia y no podemos dormirnos.

—Pues entonces os diré tan sólo lo que he podido comprender, y de esa manera pondré término en pocos minutos.

—Comenzad.

—Estoy persuadido, tengo la evidencia, que tan luego como manifestéis al marqués que la actitud revolucionaria no es contra el trono, todos seremos unos.

—Eso no puedo asegurarlo.

—Ni lo contrario tampoco: ya lo sabía, pues no en vano escribí el manifiesto en Cádiz. Sin embargo, al dar el grito á bordo de la *Zaragoza*, nadie habló de república.

—Como que ninguno la queremos.

—Lo cual no quita para que se haya consignado, «que España se dará el gobierno que más le plazca.»

—Es verdad.

—Pues supongamos que hemos vencido, que se reúnen Cortes Constituyentes, y que proclaman la república. ¿Qué hacemos?

—Levantarnos contra las Cortes.

—Pues supongamos que votan á doña Isabel. ¿Qué sucederá?

—No hablemos de eso. España es monárquica como es católica, y...

—Tenéis razón: tan católica como monárquica: con eso está dicho todo. Pues adelante, y que salga el sol por Antequera ó por donde le parezca con tal que nos alumbré.

—No hemos tenido tiempo para ponernos de acuerdo.

—Ya lo sé; y como además el duque de Montpensier...

—Ha dado mucho dinero.

—Pero no tanto como hace falta para comprar un trono por medio de la revolución. Por fortuna no se ha presentado...

—Pudimos impedirlo, diciéndole que por el momento no sería simpática su presencia, pues al fin es cuñado de la reina doña Isabel.

—¿Le llamáis reina aún?

—¿Por qué no? En tanto que no estén vencidos Cheste, Concha y en particular Novaliches, no es prudente aventurar palabras.

—Vamos—dijo Ayala en tono de burla para no ofender á Serrano;—eso quiere decir, que si fuéramos vencidos, diríamos que sólo nos sublevamos contra el gobierno. Bien pensado: eso es saber nadar y guardar la ropa.

Ayala había dicho una gran verdad: los hombres de la revolución jugaban en la seguridad de

no perder más que en parte, y para esto no en la mayor.

Desde luego habían engañado al país, diciéndole que «sería árbitro de sus destinos.»

Y el pueblo cayó en las redes que le habían tendido Serrano, Prim y Topete, desde la fragata *Zaragoza*.

¿Dónde estaba la voluntad de la nación desde el momento en que ni España podía ser republicana, ni monárquica de doña Isabel?

La traición de los jefes revolucionarios para con el país, era tan grande como la ingratitude que cometían contra la reina.

Porque España entera tenía hondos motivos de inquina contra doña Isabel, por haberse apartado cuanto pudo de la senda liberal, por la cual subió al trono; pero Serrano, Prim y Topete, como caballeros, obligados estaban á defenderla hasta en sus errores.

Y lo afirmamos y lo repetimos: hasta en sus errores.

¿Qué hubieran sido los tres, juntos ó separados, sin aquellas «lamentables equivocaciones» que la reina declaró haber cometido sus gobiernos al leer un discurso de apertura de Cortes?

Más que generosa, pródiga había sido doña Isabel con los tres.

Caso de honra obligado en la cácareada hidalguía española, para los tres era defenderla.

Quizás debido al grito de la conciencia, jamás

dormida ni aun en los mayores criminales, callaron sus intenciones y malos deseos, ocultándolos bajo la pomposa y hueca frase de «España con honra.»

Sí; al dar el grito en Cádiz, fueron los tres traidores á su reina; al dar el manifiesto, traicionaron al país.

La historia tiene que señalar la revolución de Septiembre, al ocuparse de sus hombres, como un borrón que la mancha.

España había comprado, á precio de su sangre, su independencia y su libertad, y tenía derecho á ambas cosas.

Pero ¿eran Serrano, Prim y Topete los llamados á quitar los obstáculos que se presentaban tan arrogantes cual si fueran eternos y obra emanada de la diestra de Dios Omnipotente?

Eso no.

Además ¿pretendían hacer la justicia del pueblo «aun á costa de su propia estimación,» como dijo Serrano al ver cómo y con cuánta justicia se le re-
criminaba y se le hacía responsable de los males de la patria?

Tampoco.

En sus actitudes, no hay medio de descubrir cosa alguna que les justifique bajo ningún concepto.

Esto mismo sostuvimos á raíz de aquellos hechos, con la imparcialidad del que no espera perder ni ganar en la contienda, y juzga los sucesos sin presión de ninguna clase.

Y esto repetimos y repetiremos mil veces, pues, desgraciadamente, los hechos han venido á comprobar cómo fué el país la burla y el escarnio de aquellos hombres funestos.

El momento estaba próximo.

Novaliches dió las órdenes para atacar el puente, teniendo á la vista el plano del terreno que el ministro de la Guerra le había enviado.

Y ya á punto de romper el fuego la brigada Lacy, después de la entrevista de éste con el duque, enseñó Novaliches al general Sartorius los apuntes que tenía á la vista, y le dió instrucciones por lo que pudiera ocurrir.

Pero Sartorius se fijó en el plano del terreno y dijo:

—Mi general: permítame usted que le diga, que si la brigada Lacy sigue ese derrotero, lo probable es que á estas horas esté copada.

Novaliches miró con algo de altivez á Sartorius, y éste respondió á lo que le querían decir, de este modo:

—Me permití hablar de este modo, porque yo, que conozco el terreno palmo á palmo, garantizo que esa carta está mal hecha hasta el extremo de colocar puntos estratégicos donde hay barrancos. El lugar al cual marcha Lacy, es un desfiladero en el que, con veinte hombres, me comprometo á detener tres regimientos.

Lo que Sartorius decía era la verdad.

Novaliches lo comprendió así, y exclamó:

—¡Estamos vendidos! ¡No es Serrano quien nos vende... sino... quien nos ha enviado este plano topográfico!

Así era: pero ¿de parte de quién estaba la venta?

¿Era cosa del marqués de la Habana, ó de los oficiales del depósito de planos del ministerio?

Aún no lo hemos podido averiguar, y seguramente pasarán muchos años sin que se sepa.

En vista del engaño, hubo que modificar en el acto el plan de campaña.

Y se extendieron las órdenes para Echevarría y Lacy.

Éste, cumpliendo con su deber, estaba en el punto que le habían designado, aun cuando comprendiendo que le era imposible defenderse.

En tal situación, recibió un parte, que le llevaba un ordenanza, en el cual se distinguían modales poco en armonía con las tropas.

El parte iba dirigido á Echevarría, pero según el sobre, podía entregarse á Lacy si se encontraba antes.

Así fué, y Lacy leyó el papel, que decía textualmente:

«General en jefe: Echevarría:

»La topografía *no es la que nos dijeron*: mando con Gamarra el batallón cazadores de Barbastro; tiene orden de tomar las camillas y las municiones en Villafranca; yo detendré la marcha para dar

lugar á que avancen las tropas de su mando; ocultar las fuerzas al llegar cerca del puente (dehesa de Pendolillas). Mucho orden: economía de municiones; el ordenanza que se quede con usted; se recompone la vía.—De usted afectísimo, Novaliches.»

Lacy, que estaba harto comprometido, puso por debajo también con lápiz:

«Estoy al frente del enemigo: espero órdenes.—Lacy.»

¡Todo se conjuraba!

El batallón de Barbastro que debía incorporarse á cazadores de Madrid que estaba con Lacy, engañado por los datos falsos que tenía del terreno, se extravió.

Consecuencia de esto, que llegara á Villafanca después de doce leguas de camino inútil, rendidos los soldados, y en las peores condiciones para entrar en acción.

Así lo comprendió Echevarría al verles.

Preguntó por Lacy, le dijeron dónde estaba, y al punto se fué en su busca.

Cuando el brigadier le vió, le dijo:

—Mi general: estamos perdidos.

—¿Cómo es eso? ¿Qué pasa?

—He seguido marchando con mis batallones en la confianza de que el puente de Alcolea estaría ocupado por nuestras tropas, y me veo unido á las fuerzas sublevadas; éstas son muy superiores, y me tienen enteramente envuelto y sin poder maniobrar: estos batallones están copados.

—Pero ¿cómo copados?

—He hablado con el duque de la Torre y con otros jefes y oficiales, los cuales, haciendo uso de nobleza, me han excitado á que evite derramamiento de sangre inútil.

—¡Ah!

—Recíprocamente nos hemos invitado á tomar la iniciativa en romper el fuego. Mis jefes y oficiales han estado hablando con los contrarios, y creo que tenemos que capitular.

—¡Capitular!

—Yo, por mi parte, he empeñado mi palabra de honor de no romper el fuego sin avisar al duque de la Torre.

Echevarría, comprendiendo lo apurado del trance, tomó una determinación rápida, y dijo:

—Señor brigadier: yo no puedo someterme á semejantes condiciones; tengo deberes que cumplir, y sabré cumplirlos. El marqués de Novaliches, general en jefe, me dió órdenes terminantes de combatir, y le obedeceré, y de ello daré cuenta anticipadamente al duque de la Torre.

Mientras tanto, no oyendo el marqués de Novaliches fuego por Pendolillas, supuso que Echevarría no habría llegado aún y creyó comprometido á Lacy.

Para protegerle, dijo al brigadier Trillo Figueroa que inmediatamente se dispusiera, y le habló de este modo:

—Brigadier Trillo: tengo comprometido á Lacy,

en la margen derecha del río: le dí orden de protegernos en los vados de que me hablaron, próximos á nuestra actual posición: *los vados no existen*. Tome usted el batallón de Alba de Tormes, y con la velocidad posible, diríjase usted sobre la barca de Villafranca; pase usted el río, vaya usted á reforzarlo, y corriendo á la derecha, tome usted las alturas que le dominan para escapar del peligro que corre, si el enemigo se apodera de ellas. Si Echevarría no ha llegado tome usted el mando hasta que se presente. En uno ú otro caso, que se rompa el fuego, pues será la señal para que yo ataque al puente.

El día avanzaba; y como Novaliches no oía disparo alguno, pensó que sería posible esperar hasta el amanecer del día siguiente.

Pero en aquellos momentos se batía bien el cobre en el barranco de Buenas-Aguas, donde ambos ejércitos daban pruebas del valor indomable que caracteriza al soldado español.

No estaba tan distante el general en jefe; pero teniendo lugar el combate en terreno hondo, y siendo el aire contrario, ni ruido ni humo se veía.

Lacy estaba desesperado; con su anteojo divisaba el cuartel general, y no se explicaba por qué no rompían el fuego los artilleros.

Echevarría iba de un lado para otro sin reparar en peligros; que más de una vez se vió envuelto por las tropas contrarias.

Pero lo desigual del número, el cansancio de las

tropas, la falta de municiones, de médicos y de hospital, causas eran bastantes para sufrir un contra-tiempo.

Sin embargo, llegada la noche se conservaban algunas posiciones, por más que el enemigo logró destrozar y envolver el ala izquierda y parte de la derecha.

Ya de noche, y comprendiendo Echevarría que aun cuando Novaliches había roto el fuego, aquella posición era insostenible, decidió retroceder un tanto para colocar sus tropas en mejor ó menos mala situación.

Entonces pudo verse á un ayudante del general Echevarría, que estaba herido, llevando del diestro su caballo, sobre el cual cabalgaba un soldado imposibilitado para marchar por su pie.

¿Quién era aquel soldado?

El mismo que había llevado el parte escrito con lápiz á Echevarría.

Antonio, el marido de Milagros, que se unió como voluntario al ejército de la reina, pues amaba la libertad tanto como aborrecía el libertinaje.

Y desde luego comprendió que ni Serrano, ni Prim, ni Topete, eran los caudillos verdaderos del pueblo.

El fuego cesó al entrar la noche, ó sea hora y media después de jugar la artillería.

Todo iba del revés, gracias á los planes del terreno equivocados.

Pero ya bien de noche, recibió Novaliches un telegrama que decía:

«El ministro de la Guerra ha hecho dimisión: marqués del Duero, ministro accidental. Agitación en Madrid. Dé usted paso franco á las tropas del duque de la Torre.»

El telegrama no traía firma.

Pero media hora después, llegó otro despacho que decía:

«Gobierno provisional.—Madrid pronunciado con grande entusiasmo sin derramamiento de sangre.—El ejército ha fraternizado con el pueblo, al grito de viva la libertad y la soberanía nacional.—General Ros de Olano.»

En vista de esto, exclamó el marqués de Novaliches después de consultar con algunos jefes, entre los cuales estaba el conde de Girgenti, esposo de la infanta Isabel:

—Está bien: pasará el duque de la Torre; pero por cima de mi cadáver.

Y dispuso su gente para atacar, cual si no hubiera recibido los telegramas.

En efecto; poco tiempo después, el bizarro general caía mortalmente herido á la entrada del puente.

¿Qué había pasado en Madrid?

¿Qué pasaba en San Sebastián?

Vamos á decirlo rápidamente, y sin rencores ni afecto hacia personas ni cosas.

Los Conchas estaban, como toda su vida habían

estado, detrás de la cortina, para recibir las maduras y que otros cargaran con las verdes.

Pero el marqués de la Habana no se atrevió á presentarse favorable á la revolución, y entregó el mando á su hermano, que de tiempo atrás estaba de acuerdo con Prim.

La consecuencia fué la natural: Madrid se sublevó cuando aún ignoraba el ministro de la Guerra que se había roto el fuego en Alcolea.

El duque de la Torre conoció el desastre del llano de Panjiménez, lugar de la acción, por cuatro compañías de Alcántara, que abandonando á los heridos que custodiaban, se pasaron al enemigo á la mañana siguiente.

Serrano se retiró á Córdoba.

El puente no había sido tomado por ninguno de los dos ejércitos.

Serrano creyó aquel combate el principio del drama; pero fué el fin, gracias á las actitudes de los Conchas.

La noticia de la acción dada en el puente de Alcolea cayó en San Sebastián como una bomba.

Las circunstancias aconsejaban de un modo imperativo que la corte se trasladase á Madrid cuanto antes.

Y no faltó quien aconsejara á la reina que pasara par Logroño, donde el general Espartero, el ídolo del pueblo, al frente del ejército á las órdenes

del general conde de Cheste, podría aún dominar los progresos de los revolucionarios.

La reina escuchó atentamente aquellos leales consejos, y por segunda vez en pocos días, mandó poner un tren especial.

Esta segunda vez pudo llegar á la estación y subir al coche.

Pero ya en él, los cobardes palaciegos, los que sólo sabían llamar «canalla» al pueblo achacándole los actos en que no había tomado parte, fingieron un telegrama según el cual la línea férrea estaba cortada.

—¡No importa!—exclamó doña Isabel.—No por mí, sino por mi hijo, debo volver á Madrid para defender la herencia de mi padre y el patrimonio de mi hijo Alfonso. Marchemos hasta la cortadura: allí veremos lo que conviene hacer.

Pero los palaciegos tenían miedo: el miedo que procede de los gritos de la conciencia, y rogaron á la reina que esperara hasta recibir contestación de Madrid al parte que se había puesto.

Apremiada por tantas exigencias, exclamó:

—Bien: esperaré; pero dentro del coche en que estoy.

Momentos después, no era tan sólo la vía la cortada, sino el telégrafo también.

Y tan falso era lo uno como lo otro, pues los trenes seguían llegando con toda regularidad.

La reina estaba dominada por la camarilla.

Aquellas gentes no cesaron hasta arrancar de

las sienes de su protectora la corona de San Fernando.

Doña Isabel estaba bien castigada: el mismo pecado le servía de penitencia y expiación.

De vuelta en su morada, y sabiendo que *todo estaba perdido*, cuando ni Cataluña, ni Castilla la Vieja, ni Galicia, se habían sublevado, se pensó y se propuso dirigirse á las Baleares, para desde allí protestar.

Pero, ¿en qué barco?

La escuadra estaba sublevada.

También se pensó en dirigirse á Cuba; pero tampoco era posible, por la misma razón que no se podía ir á las Baleares.

Doña Isabel, con una energía impropia en una mujer, y que la hubiera salvado de ser habitual en ella, decidió partir para Francia.

Al manifestar su resolución, pudo conocer á los leales...

¡Cuán pocos fueron!

Muchas palabras huecas; mucha adulación...

Pero al partir, poco faltó para que sólo le acompañaran sus hijos.

Que el que más y el que menos, sentía el momento que pasaba sin colocarse al lado del vencedor, para pedir parte en el botín.

Doña Isabel fué despedida con los honores reales...

Pero, ¡oh volubilidad humana!

Aquella misma banda militar que entonaba la

marcha real en el andén, tan luego como el tren partió, entonó el himno de Riego.

Pero, ¿qué había pasado para que la reina emigrara?

¿Qué había resuelto ó decidido?

En la comunicación que el 29 firmó el duque de la Torre, había un párrafo que decía:

«Sería prejuzgar una cuestión que ha de resolver el sufragio universal, á que hemos apelado, y que yo aceptaré, el manifestar, por mi parte, si la voluntad nacional será que sea reina ó no de España doña Isabel II.»

Y por si esto es poco, hablando con el brigadier Trillo, que como parlamentario fué á Córdoba, le dijo el duque estas textuales palabras:

«Brigadier: yo he querido entrañablemente á la reina, y admirado en muchas ocasiones su magnanimidad y sentimientos...

»...Yo no he venido, no, á derribar el trono; no he desnudado mi espada para eso.»

De donde podemos deducir lo mismo que venimos diciendo: esto es, que los generales Serrano, Prim y Topete sabían dónde comenzaba la revolución; pero ignoraban dónde podía terminar, si bien al mismo tiempo Prim no quería ni la restauración ni la república.

No es justo dejar en el olvido los nombres de aquellos que siguieron á la reina por afecto ó por egoismo.

Entre las personas que la querían verdaderamente, estaban:

La marquesa de Novaliches, que no obstante saber la gravedad de su esposo, acompañó á la reina hasta la frontera: las marquesas de Villamagna, Peñaflores y Remedios.

Estas dos últimas, al servicio de los príncipes desterrados.

Y basta de damas, que sólo fueron cuatro las que aceptaron la emigración.

En cuanto á los hombres leales á doña Isabel, se encontraban:

El conde de Ezpeleta, don Julio Sesa y don Antonio Oñate.

Como militares, los generales Alós y Belestá y el coronel Campos.

Los egoistas y medrosos, estaban representados por don Carlos Marfori y el padre Claret.

Por el camino hasta la estación, al ver la reina con cuánto respeto le despedía la población en masa, hubo de decir:

—Aunque por pocos momentos, aún soy la reina de España.

Y tampoco faltó un soldado de ingenieros que dijera:

—Vamos con ella á Madrid, mi capitán: aun cuando somos pocos, venceremos.

Ya en la estación, gritaban los alabarderos y los ingenieros á don Genaro Alós:

—¡Mi capitán!... ¡que no se vaya!

Desde el estribo del coche, ya en el momento de partir el tren, gritó el conde de Fuente Blanca:

—Muchachos... ¡viva la reina!

La respuesta fué unánime y atronadora.

Las tropas que acompañaban á la reina, llegaron hasta Hendaya, pues el emperador lo autorizó así.

La desgracia había comenzado para doña Isabel, y en cambio había aumentado para España.

El pueblo, el verdadero pueblo, aquel que ni aun en cabeza propia escarmienta, engañado, aceptó como buena la revolución.

Los desengaños que sufrió de Fernando VII, de María Cristina y de doña Isabel, no fueron bastantes para ponerle en guardia contra los que asumían el poder.

CAPITULO XXIX

La última epopeya.

LAS legítimas consecuencias de la revolución, no tardaron en dejarse sentir.

La primera fué el hambre: la segunda el inmoderado afán del medro personal.

La población jornalera, cansada de trabajar mucho y de cobrar poco; molestada al ver los capitales que se formaban con el sudor de su frente al amparo de leyes injustas y depresivas para los hijos del trabajo, creyeron, al ver triunfante la revolución, que había llegado la hora de que «los adoquines se colocaran en los tejados.»

Y teniendo razón, trabajaron en contra de su causa por ignorancia.

El capital había dominado al trabajo muchos años; y en vez de buscar un acomodo, se pensó solamente en que el trabajo se impusiera al capital.

Estas ideas, más absurdas y violentas aún que las otras de que se quejaban, fueron alimentadas por la avaricia de los Estados Unidos.

Porque los norteamericanos, han tenido siempre puestos los ojos en la isla de Cuba, y jamás repararon en los medios para conseguir su objeto apetecido.

Al efecto, desembarcaron en Cádiz personas al parecer de gran posición social, pues daban el dinero á puñados, al par que alentaban á los obreros á rebelarse.

En el Puerto de Santa María saltó el chispazo que había de trocarse en hoguera un poco más tarde en Cádiz.

Del Puerto fueron arrojados los revoltosos, con pérdida de seis hombres, habiendo tenido las tropas dos heridos.

Para sofocar aquel conato sedicioso, salieron algunas tropas de Cádiz; y en el mismo momento, fueron cortadas las líneas férrea y telegráfica.

El día antes había llegado Antonio, herido, si bien convaleciente.

Contra él, como contra todo lo que representaba capital, iba la asonada.

Las cosas tomaban mal carácter, y la autoridad militar, representada por el general Peralta, atacó á los revoltosos.

Como estos no contaban con tropas, pronto fueron estrechados.

Y tomaron por punto estratégico, la casa Ayuntamiento.

Allí pudo aniquilarles Peralta; pero deseando evitar efusión de sangre, intentó lograr que se rindieran.

Pero una bala alcanza al general Peralta, y los sediciosos, que se titulaban «socialistas,» invadieron toda la población, y se apoderaron de los edificios más importantes.

Aquello era serio, y la artillería, por mar y por tierra, jugó sin descanso.

Los cónsules extranjeros enarbolaron bandera blanca, y pidieron un plazo para poner á salvo sus familias y sus intereses.

Merced á la actitud de los cónsules, se pactó un armisticio de cuarenta y ocho horas, durante las cuales pudieran abandonar la ciudad cuantos quisieran.

Durante aquel plazo se pudo ver, que aquello que habían comenzado por unos cuantos sediciosos, en pocos días había reunido fuerzas que sumaban tres mil hombres.

¿De dónde habían salido?

¿Eran hijos de Cádiz?

No.

También se supo el nombre del jefe.

Este era conocido por el ciudadano Fermín Salvoechea.

En Madrid se achacaban aquellos sucesos á los manejos borbónicos.

En parte no les faltaba razón, porque don Carlos, Borbón es, y él y los Estados Unidos eran el alma del alzamiento.

Y mientras tanto se oía preguntar por todas partes:

—Pero ¿dónde está el hombre que nos saque de esta anarquía en que vivimos?

El hombre no existía, como lo ha demostrado el tiempo.

Mal podía parecer.

Por último se pudo sofocar aquella rebelión; pero el mal estaba hecho, y cundió por toda Andalucía.

Caballero de Rodas atacó á Málaga y logró entrar en ella.

Pero aquello era sólo el principio de la gran catástrofe que se preparaba, y que, por desgracia, había de durar algunos años.

Por su parte, Antonio, desengañado de la política, á la cual tanta afición le había tomado, que abandonaba por ella sus intereses, decidió realizar cuanto tenía, y marchar al extranjero en compañía de Milagros, próxima á ser madre.

Grandes pérdidas le produjo aquella determinación; pero así y todo, era lo mejor que podía hacer.

Del modo que estaba España, forzoso era ser ladrón á ser robado: víctima ó verdugo.

Hombres sin instrucción, pues escribían en las órdenes de pago «pájese,» como lo hemos visto; y

otros, que pedían una plaza en «suicidio» para su hermano...

Y, por último, entidades políticas, que habiéndoles regalado un magnífico barómetro preguntaron «para cuántos días tenía cuerda,» ocupaban las altas esferas del poder.

Y de un mal peatón, se hizo un diputado.

De un sereno de villa, un concejal y teniente alcalde...

Todos estaban admirados, no sólo de ver cómo se escalaban puestos, sino cómo se improvisaban fortunas.

Que sujetos que el día de la revolución daban sablazos de á peseta, y aún de á menos, un mes más tarde tenían coche propio.

Consecuencia lógica de todo esto:

Que fueron muchos los que, como Antonio, enagenaron sus bienes á cualquier precio, y se ausentaron de España.

Y lógica consecuencia también: que arreciara el hambre, en particular entre la clase media, pues las artes, las ciencias y las industrias estaban paralizadas.

En cambio había puntos como la isla de San Fernando, donde se pagaban *once mil* reales diarios por jornales en el ayuntamiento.

¿Cuántos verdaderos artesanos y jornaleros había entre aquella masa que en toda España pedía trabajo en los municipios?

En un principio bien pocos: luego... todos.

En los primeros momentos se cobijaron bajo el nombre de braceros todos cuantos jamás habían trabajado y temían, con razón, que el nuevo gobierno limpiara á España de tanto vago, de tanto ratero, y de cuantos elementos de perturbación existían.

Pero bien pronto vieron que nadie les molestaba; que ganaban más sin trabajar ni poco ni mucho, y dejaron los puestos á los verdaderos necesitados.

A aquellos que no encontraban trabajo, que rechazaban pedir una limosna, y que se morían de hambre en un rincón.

Pero los recursos se acababan.

Los mayores ingresos que tenían los ayuntamientos eran por razón de consumos.

Y las casillas y los fielatos habían sido arrasados en todas partes.

Bien es verdad que el pueblo nada había ganado con ello, pues los artículos de primera necesidad seguían al mismo precio que antes, y aun algunos se encarecieron, gracias á las dificultades para las transacciones.

La situación no podía ser más calamitosa.

Pero, ¿qué le importaba á los prohombres de la revolución?

Para ellos no faltaba cosa alguna.

Si el pueblo, aquel pueblo á quien habían engañado llamándole *soberano*, perecía de hambre, que tuviera paciencia.

Si se levantaba en armas pidiendo lo ofrecido, de igual modo que si fuera un criminal, se le ametrallaba.

De lo cual procedió aquella tristemente famosa sociedad de secuestradores, entre los cuales ocupó el primer puesto quizás el llamado en toda Andalucía el tío Martín.

Digamos algo de él: refiramos un hecho.

Los secuaces del tío Martín habían secuestrado á un anciano, que debido á su trabajo logró tener algunos bienes de fortuna.

El anciano tenía dos hijos.

Estos recibieron un anónimo en el cual se pedían *dos mil* duros por el rescate.

Las autoridades no lograban averiguar dónde estaba el secuestrado, y los hijos, temiendo por la vida de su padre, acordaron ofrecer la mitad de la suma.

Al efecto se avistaron con el tío Martín, y éste se comprometió á averiguar dónde estaba el anciano, y ponerle en libertad mediante la entrega del dinero.

Sospecharon los hijos que debía estar allí, y al efecto vigilaron el cortijo.

Dos días después se presentaron por la respuesta.

Con el tío Martín estaba el capitán de los bandidos activos.

El jefe pasivo era el tío Martín.

Hecha la entrega de los mil duros, los cuatro

subieron á un camaranchón, donde estaba el anciano.

—Ponte la careta—dijo el tío Martín al otro bandido.

Éste obedeció.

Pero tan luego como entró en el desván, se la quitó otra vez.

El anciano, que estaba con los ojos vendados, al oír la voz de uno de sus hijos, lloró amargamente.

Pero cuando supo que le iban á poner en libertad, sus lágrimas fueron de alegría.

—¡Pobre viejo!—exclamó el capitán.

—¿Cómo? ¿Te inspira lástima?

—Tanto, que voy á quitarle la venda de los ojos.

—No harás tal, ó te mato.

El hijo tomó la defensa del padre; pero el capitán le cogió por un brazo, y empujándole le dijo:

—Quita de ahí, chaval, ó de un bofetón te aplasto.

Y levantando la mano, le cruzó el rostro.

El joven tuvo un momento de arrebató, y sacando una navaja, dió tal puñalada al capitán, que le dejó cadáver.

Mientras tanto el tío Martín, asiendo al anciano por el cuello, le estranguló.

El joven, al ver en el suelo al capitán, salió huyendo en busca de la guardia civil.

Hasta el día siguiente no pudo volver con la fuerza pública...

Pero el tío Martín, había desaparecido.

Poco tiempo después, le hallaron; y aun cuando negó toda participación en el delito, fué llevado al cortijo.

Y allí, con buenas razones al principio, y con malas después, le obligaron á cavar la tierra en el sitio en que había dado sepultura á los dos cadáveres.

Primero se descubrió el del capitán.

Debajo estaba el del anciano.

Por una vez, el delincuente iba á sufrir el condigno castigo...

¿Pero cuántos de estos atroces delitos quedaron impunes?

¿Cuántos inocentes murieron, sobre todo en la provincia de Córdoba, por sospechas de que eran secuestradores?

Y sin embargo de lo que hacía el gobernador civil señor Zugasti, el bandolerismo siguió, hasta que vino otra calamidad á sustituirle.

Mientras esto sucedía, Ayala se imponía, y, de acuerdo con Prim, formábase ministerio esencialmente monárquico.

Esto es, preparaban el golpe.

El golpe á los ilusos que supusieron llegada la hora de que el pueblo fuera *soberano*.

Soberanamente tonto, lo había sido y lo seguía siendo.

Crédulo en extremo, lo es aún hoy en el día.

¿Pero de qué rey hablaban?

De ninguno.

Pretendían que las Cortes, «genuina representación del pueblo,» declarase monárquica la forma de gobierno.

Logrado esto, buscarían rey.

¿Pero disponían de la linterna de Diógenes?

No; les bastaba con la vista natural.

Para rey vaciado en los moldes de aquellos revolucionarios, no siendo un Borbón, bastaba el primero que se presentara y se prestase á satisfacer las aspiraciones de los que le trajeran.

¡Dichoso siglo XIX!... ¡Cuántas desdichas y amarguras trajiste sobre España!

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

CARTAGENA

CAPÍTULO PRIMERO

¡Cuánta sangre!



LA revolución ha muerto!

¡Viva la revolución!

Así se gritaba en toda Andalucía, donde la renuncia de don Amadeo y la proclamación de la república el 11 de Febrero, despertaron soñados instintos de ideales imposibles.

Los pueblos necesitan de más juicio, de más tacto y de más calma, mientras más libertad se les otorga.

Porque la verdadera libertad es aquella que termina donde empieza el perjuicio de otro.

La libertad bien entendida, sujeta al hombre al bien de los más contra el de los menos, no admite compadrazgo ni distingos engañosos, y obliga á

ceder, en beneficio de la nación, representada por el pueblo.

Pero tan luego como á este pueblo, ignorante de la gobernación del Estado, se le trae y se le lleva como á maniquí de guardarropía, de un lado para otro, y cubriéndole de lentejuelas se le denomina *soberano*; en tanto que se le ata de pies y manos, para que sin acción no pueda ejercer su soberanía, la libertad se trueca en esclavitud odiosa y en repugnante agio que bien puede denominarse crimen.

Dicen que el hambre aguza el ingenio de los hombres.

Podrá ser eso en aquellos que tengan conocimientos sobre alguna materia filosófica.

Pero colocad á un pueblo hambriento en la gobernación del Estado, y veréis cómo es forzoso lamentar los mayores absurdos y los más grandes perjuicios.

Porque indocto en diplomacia y en administración, y empujado por la carencia de pan, lo primero que piensa es en comer.

Y al llegar el 11 de Febrero, el hambre era espantosa, y hasta los prohombres de la república ignoraban lo que querían, del mismo modo que jamás pudieron averiguarlo los que destronaron á doña Isabel.

Lo que no sabían ni Figueras, ni Pí, ni Castellar, ni los hermanos Salmerón, ¿cómo había de conocerlo detalladamente el pueblo?

¡Ah!

El pueblo, el verdadero pueblo, permanecía con los brazos cruzados, deplorando la situación á que le habían conducido los delirios de los unos y las ambiciones de los otros.

El pueblo, trabajador y honrado, contemplaba con asombro cómo se precipitaban los sucesos, y al recordar los hechos pasados, experimentaba frío en el corazón y angustia de muerte, viendo lo que pasaba y presumiendo lo que podía pasar.

Porque de todo se veía: de todo, menos trabajo y pan.

En aquellos días, sólo comían los ladrones de éste ó de aquel género.

Los capitales se habían ocultado ó habían desaparecido, como consecuencia de la depreciación de los fondos públicos y de las quiebras.

Ni el artista, ni el artesano ó jornalero, encontraban donde ganar un mendrugo que llevar á sus hijos.

¡Cuántas víctimas ignoradas!

Los que jamás sacaron provecho de las intrigas y de los amaños; los que por educación y por temperamento estaban tan lejos de tender una mano para implorar una limosna como de alzar el brazo para asesinar y robar, son las verdaderas víctimas.

Porque en cambio son los primeros para defender la patria, que al fin cae en manos de los muñidores que con fingidas promesas, engañan á los que sólo tienen derecho á recoger los beneficios

que reporta á la nación la liberalidad con que prodigan su sangre.

En una pobre casa, que mejor podría llamarse cobertizo de la miseria, había dos ancianos y un niño como de diez años.

Aquellos dos seres, en quien los años pesaban demasiado, miraban con ojos arrasados en lágrimas al niño que pocos momentos antes había llegado, llevando sobre sus débiles hombros una poca de leña seca.

Ya no faltaba todo en la casa.

El niño había logrado más que su padre, el cual salió al mismo tiempo que él con el fin de ver si hallaba trabajo, y á falta de éste, quien por cuenta de jornales le anticipara *algo* con lo cual llevar á los ancianos y á su hijo unas cuantas patatas, que asadas á la lumbre les sirvieran de alimento.

¡Pobre Hipólito Barriota!

No admitía de ningún modo que el hombre tuviera derechos á lo ajeno contra la voluntad de su dueño, ni admitía que «la propiedad sea un robo.»

Porque en su falta de instrucción, se decía:

—Si la propiedad es un robo, el día en que yo sea propietario, seré también un ladrón.

Y ante tal modo de discurrir se horrorizaba.

Por ello no tenían pan sus ancianos padres ni su hijo; por esto había consentido que su buena esposa partiera con dirección á Valencia, en compañía de unos labradores arruinados por aquellos que,

pensando de otra manera que él, vivían como príncipes.

Los labradores eran los padrinos de boda de Hipólito; y al marchar, lo hacían con la esperanza de encontrar en Valencia parientes y amigos que les ayudaran.

Tenían cuatro hijos, y reclamaron la ayuda de Catalina para realizar el viaje.

Comprendió Hipólito que de aquella manera comería su esposa, y desde luego accedió á la demanda de los que nada podía esperar de presente.

Cinco días llevaba ausente Catalina cuando el niño llegó con la leña á su casa, y preguntó:

—¿No ha venido padre?

—Hijo mío:—le respondió el anciano—no habrá encontrado lo que iba á buscar.

El niño guardó silencio: puso la leña sobre el hogar donde debía arder tan luego como llegara su padre, y enseguida abrió el cajón de una desvencijada mesa de pino, y de entre los rincones comenzó á tomar migajas de pan negro y endurecido.

No obstante sus pocos años, debía saber lo que era la miseria.

De seguro que más de una vez había luchado cara á cara con el hambre.

Cuando vió que habían desaparecido hasta las más pequeñas migajas, tornó á cerrar el cajón, y fué á sentarse en el suelo junto á los ancianos.

Estos quizás carecían de fuerzas hasta para ha-

blar: quizás no se atrevían á hacerlo, temerosos de lo que el niño pudiera responderles.

Que por todos sus ademanes y sus actitudes fácil era conocer que se trataba de uno de esos seres precoces que de vez en cuando aparecen en el mundo.

Más de media hora llevaban en el más profundo silencio, cuando el niño se levantó precipitadamente y corrió hacia la puerta.

Que había comprendido que se acercaba alguien, y debió conocer que era su padre.

Se había equivocado.

El que llegaba era un anciano sacerdote vestido como los hombres del pueblo.

Sólo por el alzacuello, se comprendía de quién se trataba.

El niño le besó la mano respetuosamente, y exclamó con desconsuelo:

—Creí que era mi padre.

—Pues qué, ¿no ha venido Hilario todavía, Eduardito?

—No, señor.

—Pues le dije que se volviera á casa y que me esperase, porque teníamos que hablar.

Pasó adelante, y después de saludar y de ser saludado por los abuelos de Enriquito, les dijo:

—Hará poco más de una hora que estuvo Hilario en casa: el pobre iba desesperado, y con razón. El hombre tiene derecho indiscutible á la vida, sobre todo cuando es trabajador y honrado.

—Nuestro hijo...—respondió el anciano,—es ambas cosas.

—Bien lo sé: como que es también un buen cristiano.

—Yo temía...

—¿El qué?

—Como profesas esas ideas...

—¿Qué tiene que ver eso? Hilario ama la república, porque sin duda alguna es la forma de gobierno más racional y más acomodada á la manera de ser del hombre. Los malos, los perversos, son aquellos que especulan con la política, y que al par hacen de ella un arma contra la religión.

Así decía el sacerdote, cuando se presentó Hilario llevando un bulto en las manos.

Estaba pálido, ojeroso, convulso.

El sacerdote suspiró, y alzando las manos al cielo, exclamó:

—¡Hice cuanto pude por evitarlo, y no lo conseguí!

—Padre Anastasio... yo... la verdad...

—Te dije que me esperases en tu casa, y confié en que lo harías.

—Es verdad; pero mi hijo... mis padres... no han comido cosa alguna desde ayer, y no podía tornar á casa con las manos vacías.

—Y sin embargo: tu hijo y tus padres habrían comido á estas horas, si tú hubieras estado aquí al llegar yo.

—¡Perdón!

—Cuando restituyas.

—Robé á un infame.

—Y te igualaste con él.

—Robé á un ladrón sacrílego.

—Y ¿quién eres tú para castigar? Si ese desdichado atacó á Dios y á su Iglesia, el Señor le pedirá estrechas cuentas de ello.

—Yo no puedo devolver sin comprometerme mucho...

—Pero yo sí puedo. Ahora tomad lo que yo os traigo, que no es robado: rehaced las fuerzas, y luego hablaremos de lo demás.

Dicho esto, sacó el buen sacerdote de los bolsillos de su chaqueta dos pedazos de jamón y un poco de pan.

Lo puso todo sobre la mesa, y llamando á Eduardito, le dijo:

—Para que vayas más ligero, toma un poco de jamón, que te comerás por el camino, y con estos cuatro reales compra más pan, y... nada, nada; inviértelos todos en pan: eso es lo mejor.

—Yo no debo consentir que os sacrificuéis de ese modo por nosotros—dijo Hilario, tratando de detener á su hijo.

—Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Pero yo sé que no tenéis otra peseta, y por lo mismo...

—Dios no desampara jamás á los que saben confiar en Él. Reparte eso que te he traído, y no ten-

gas reparo alguno en comerlo, por más que estamos en cuaresma. Y para quitarte todo reparo, dame á mí una parte.

—Cuando vos lo mandáis...

—No peca más que el que quiere pecar. Tú y yo pecaríamos, si teniendo algo que comer que no fuese carne, la tomásemos haciendo burla y sarcasmo de la religión y sus preceptos. San Hilarión lo enseñó: que en noche de Jueves Santo comió carne de cerdo, pues habiendo recogido en su casa á un caminante, y no teniendo nada que darle de lo preceptuado, le dió lo prohibido, y no pecó.

—Yo ignoraba...

—También nos lo enseña san Pablo, cuando dijo á los de Efeso «que podían comer la carne sacrificada á los ídolos por los gentiles, siempre que no lo hicieran en desprecio á Jesucristo.» Créeme, hijo mío: no hay nada tan hermoso como la religión cristiana... Los malos somos los hombres.

Hilario repartió lo que el sacerdote había colocado sobre la mesa, y todos, menos el ministro del Señor, comieron con ansia lo que hubo de tocarles.

Pero Eduardito tardaba mucho, y su padre comenzó á inquietarse.

—¿Qué le habrá pasado al niño?—preguntó levantándose como para salir.

—¡Dios quiera que la idea que me asalta sea un error!—exclamó el sacerdote.

—Pues ¿qué teméis?

—Que alguien haya sospechado de tí, y que las

sospechas se hayan acentuado al ver que tu hijo cambia ó gasta una peseta.

—¡Ah!

—¿Qué es eso?

—Que alguien me vió... pero...

—Pero ¿qué?

—¡Caro le costará hablar ó haber hablado!

Y diciendo esto, llegó hasta la puerta.

Pero retrocedió espantado.

—¿Qué te pasa?—le preguntó el sacerdote.

—Acabo de ver una pareja de la guardia civil, que trae á mi hijo.

—¡Sea todo por Dios!

Y acto seguido añadió:

—Dame lo que hayas robado: dámelo antes de que lleguen.

—Lo principal es esto, tomadlo.

Y desenvolviendo el paquete con que había entrado en las manos, mostró dos pañuelos de seda.

Luego entregó al sacerdote una moneda de veinte reales.

El sacerdote guardó ambas cosas, y bien ajeno de lo que podía suceder, dijo:

—Mañana estará en poder de su dueño.

En esto se presentó en la puerta la pareja con el niño.

—¿Cuál es tu padre?—le preguntaron los guardias.

—Aquel—dijo el niño señalando á Hilario, al cual delataba su palidez.

Sin duda la fuerza armada no reparó en el alzacuellos del padre Atanasio, por lo cual no le saludó siquiera.

Uno de los guardias, encarándose con el indicado por Eduardito, le dijo:

—¿Dónde has estado antes de las cuatro de la tarde?

—No lo recuerdo—respondió el aludido.

—Pues hay que tener memoria.

Y así diciendo se puso á registrarle.

Como nada le encontraron, y, sin embargo, las señas que les habían dado coincidían con las de Hilario, dispusieron registrar todos los rincones y todas la personas.

Al ver Hilario que los guardias se dirigían al padre Atanasio, no siendo dueño de contenerse, exclamó:

—Yo soy el ladrón; vamos andando.

—Ya lo sabíamos que tú eras el ladrón; pero ¿y lo robado?

—Lo tengo yo,—dijo el sacerdote—que en calidad de ministro del Señor, estoy encargado de restituirlo. Este infeliz...

—Basta: vengán los dos pañuelos y las cinco pesetas.

—Aquí está todo, tomadlo, pero conste que Hilario está arrepentido, y que yo tenía encargo de...

—Eso se lo contáis al juez: por ahora los dos quedáis presos.

Y así diciendo, les ataron.

El sacerdote estaba tranquilo, impasible; pero en cambio Hilario bramaba como una fiera.

—Calma, hijo mío—le dijo el sacerdote.—¿Qué importa que los hombres nos condenen si Dios nos perdona? ¡Harta desgracia tienen los que viven sujetos tan sólo á las leyes dictadas por los hombres!

Los dos ancianos, mudos de espanto y de terror, no se atrevían ni aun á respirar.

En cuanto al niño, tan luego como vió salir la pareja con el sacerdote y su padre, su puso en seguimiento de ellos.

¡Cuál no sería su pena al ver que les conducían á la cárcel!

La noche había llegado, y sin duda el juez no quería molestarle á tales horas; y habría dispuesto que fueran hacinando en la cárcel criminales é inocentes hasta que le viniera en voluntad tomarles declaración.

Eduardito comprendió que allí no podía hacer cosa alguna, y desconsolado se volvió á su casa.

Su pobre abuela yacía tendida en el suelo, y el infeliz anciano de rodillas ante ella y con las manos cruzadas.

Al verle entrar lloroso, exclamó el anciano:

—¡Hijo mío!... ¡Qué solo te quedas en el mundo!

Y como desplomado, cayó rodando por el suelo.

Eduardito creyó que aquello era un accidente pasajero...

Pero al tocar ambos cuerpos, notó que la quietud era absoluta.

Y pensó en dar voces pidiendo auxilio para sus abuelos.

Pero, ¿á quién?

Vivían en el campo: los vecinos más cercanos, distaban lo bastante para no oír sus voces y acudir en su demanda.

Y esperó.

Pero bien pronto pudo notar que aquellos cuerpos se enfriaban, y que sus rostros, á la medrosa luz del candil, parecían de pergamino.

La pobre criatura no experimentó en aquellos momentos la natural repulsión, el miedo que hacen brotar los cadáveres en el ánimo de gran número de gentes, y en particular, de los niños; pues los aparatos de que se rodean á los difuntos, más que respeto, despiertan repugnancia y horror.

Paños negros, velas encendidas, gentes que velan al difunto, silencio sólo interrumpido por los ayes de aquellos que lloran la pérdida de un ser querido, ó que sufren por efecto del egoísmo, pues el muerto «se llevó la llave de la despensa.»

Nada de esto había en aquella casa, y debido á ello, Eduardito no salió corriendo del miserable albergue trocado en tumba de dos pobres y desdichados ancianos.

Pasado un rato en el cual la imaginación de aquel ser inocente tal vez ni aun pensó, se puso en pie de súbito, y dijo:

—Y ¿qué hago yo ahora?

Reconcentró su infantil inteligencia, y luego añadió:

—Avisaré al señor Diego.

Salió sin cuidarse de cerrar la puerta, y fué en derechura á una huerta, que distaba unos quince minutos de aquel lugar de hambre y de muerte.

—¿Qué traes tú por aquí á estas horas?—le preguntó el señor Diego, al ver entrar á Eduardito.

El niño rompió á llorar.

—¿Tienes hambre?

—No, señor.

—Entonces...

Eduardito le dijo cuanto había pasado, y el señor Diego le respondió:

—Pues hijo mío, yo no puedo acompañarte como deseas: los tiempos andan de tal modo, que lo mismo que se han llevado preso al padre Atanasio siendo un hombre virtuoso, acusándole de encubridor de ladrones, es posible que me prendan á mí por asesino, si me encuentran en tu casa.

Razón tenía el señor Diego para hablar de aquel modo.

El aumento casi increíble que había tomado la criminalidad, daba lugar á que se sospechara de todo el mundo, y se prendiera á diestro y siniestro sin reparo alguno.

No todos los que cometían delitos eran verdaderos criminales.

Que había muchos, que, como Hilario, habían

robado y robaban, como único modo de no morir de hambre.

Que por aquellos días podía decirse con sobrada razón lo que don Francisco de Quevedo, cuando preso *por hereje*, le tenían sin comer.

La frase del célebre satírico fué esta:

—He visto á muchos sentenciados á morir; pero hasta ahora no ví á ninguno condenado á morir.

Los que por fortuna suya y desgracia de los demás, no saben lo que es tener hambre, no pueden explicarse ni compadecer á los que roban un pan.

Y en cambio negarían hasta el saludo á los que comen amasando sus grandezas con las lágrimas del pueblo.

¿Cuándo ahorcarán una talega de onzas de oro?

Cuando un rico cae, que es pocas veces, resulta á lo más, loco.

Pero si es un pobre, lo mismo antes que ahora, cuando menos es llamado «canalla y ladrón.»

Esto fué, esto es y esto será.

Los moldes en que está vaciada la sociedad, permanecen intactos desde los primeros tiempos.

Y tan fuertes son, que ni los años los rompen ni los modifican.

El señor Diego aconsejó al niño que diera parte á las autoridades, á fin de que recogieran los cadáveres.

Pero Eduardito había cogido miedo á la guardia civil, en vista de lo que había sucedido en su casa, y en vez de llamar á una pareja, tornó á su hogar con la mayor aflicción.

En la puerta sintió algo que le detenía.

Y este algo era, que la luz del candil se iba extinguendo, y la estancia resultaba medrosa, repulsiva.

Venció en la lucha entablada consigo mismo, y, llegando hasta el candil, lo cogió para arrancar el clavo formado en el pábilo de la torcida.

Entonces pudo observar que el pan no estaba sobre la mesa, ni los cuartos que había traído sobrantes.

Durante el tiempo que había estado fuera, alguien, tan hambriento como él, le había robado.

El ánimo de Eduardito decayó tanto con aquella nueva contrariedad, que el candil se le escapó de las manos.

La negra suerte de aquel niño quiso que el candil no tuviera aceite, y que por ello no prendiese fuego á sus ropas y le convirtiera en un carbón.

Porque mucho hubiera sufrido por espacio de algunas horas; pero ¿qué podían significar, comparadas con los años de angustia que el porvenir le tenía reservado?

Sin la idea de Dios, seguramente dominaríamos los instintos naturales, ó los transformaríamos, y el hombre poco á poco desaparecería de la tierra.

Porque si pensáramos en lo mucho que sufrimos,

antes de contraer matrimonio, huiríamos de contribuir á la desgracia de nuevos seres.

Hubo una escuela, la estóica, de la cual se llamó fundador Séneca, la cual aseguraba que los hijos no debían gratitud ni amor á los padres, sino indignación y odio.

Y añadía:

—¿Qué bienes nos dan? Una existencia llena de contrariedades, de desgracias, y que termina con la muerte. Luego hubiéramos ganado mucho con que no nos engendraran.

Filosóficamente tenía razón; moralmente, según la ley cristiana, como el hombre, para servir á Dios en la gloria, necesita pasar por la tierra, el padre, al engendrarlo, realiza un acto meritorio.

Á esto responden los discípulos de Séneca, que Cristo no fué casado; que sus discípulos, al menos los más allegados, tampoco dejaron sucesión.

Y de aquí deducen, que «el hombre humanitario no debe jamás producir individuos, que por cada risa han de derramar ríos de lágrimas.»

No poca culpa de que aún sostengan esto algunos, tiene la Iglesia Católica, con su actual celibato del clero y con la clausura de las monjas.

Porque tanto ellos como ellas, resultan seres que contrarían las leyes naturales, y privan á la sociedad de hombres que bien pudieran ser héroes bajo distintos conceptos, al par que niegan ángeles al trono del Señor.

Y peor aún resulta, porque hasta los gobiernos

han prohibido el matrimonio á ciertas y determinadas individualidades, aun cuando de un modo indirecto.

Por ejemplo: las pensionistas pierden al casarse lo que les servía para el sustento.

Esto es, pierden sus derechos á cobrar el *tanti cuanti* que el Estado les satisface, no por gracia especial, sino por obligación contraída y cobrada con antelación.

Esto da lugar á inmoralidades, pues tanto las aludidas, como las telefonistas, sólo tienen prohibido casarse.

Para lo demás son perfectamente libres.

Incluso para ser madres.

De modo que sobra ó falta algo para lo que se denomina «moral cristiana.»

Y en gran parte se les da la razón á los que se quitaban la vida por la menor contrariedad que sufrían, y declararon guerra á muerte al matrimonio bajo todas las formas.

¡Desdichada humanidad!

¿Qué hay dentro de todos, que nos obliga á amar, á desear lo que sólo sirve para martirio?

¿Qué es la vida más que una serie de contrariedades, de trabajos y de disgustos?

El pobre carece de pan; en cambio, el rico, hastiado, no tiene apetito.

Y unos y otros sufren enfermedades sin cuento.

Lo cual no quita para que deseemos vivir, cuanto más, mejor.

Y eso que algunos santos miraron la muerte como el mayor bien que Dios podía enviarles.

El desventurado Eduardito quedó sumido en las tinieblas, sólo con los dos cadáveres y sin pan.

Entonces sintió frío: frío que le helaba la sangre en las venas.

Y quiso alejarse; pero sus pies parecían clavados á la tierra.

Pero forcejeó para llegar á la puerta, de tal modo, que sus músculos se crisparon, y dando un salto, cayó al suelo.

El terror y el golpe le privaron del sentido.

¡Y nadie parecía por aquella casa!

CAPÍTULO II

El último recurso.

MUY de mañana salió el señor Diego de su casa, con el fin de averiguar qué había sido del padre Atanasio y de Hilario.

De éste, indirectamente, pues para sus averiguaciones, tenía bastante con preguntar por el sacerdote.

Pero antes quiso pasar por la pobre casa del preso, por si de algo podía servir al niño.

En el umbral vió á Eduardito como dormido.

Dentro, los dos cadáveres.

Llamó al niño, mas como no le respondiera, temiendo que lo que veía fuese la consecuencia de un crimen, precipitadamente fué en busca de la autoridad.

El señor Diego era tenido por un hombre muy avanzado en ideas políticas, y al propio tiempo por un hombre de bien.

Debido á esto, temiendo que algún día le nombrara el gobierno alcalde, ó tal vez gobernador civil, le respetaban un tanto, y pudo lograr que fuera el juez al lugar de la desgracia.

Para ello tuvo que referir al juez la conversación que había tenido con Eduardito.

—¡Ah!—exclamó el hombre del bastón con borlas.—¿Conque se trata de la familia del ladrón que robó á Eleuterio? Pues no merecen lástima.

—Pero la justicia sólo debe mirar con los ojos de la ley, y las leyes de España no han pasado la frontera con la señora que ocupaba el trono.

Tal entereza hubo en estas palabras, que el juez replicó:

—Siempre estuve dispuesto á cumplir con mis deberes.

—Pues ahora podéis demostrarlo.

No de muy buena gana hizo lo que debía aquel hombre, que sin duda por no estar seguro de que le dejaran en su puesto, hacía lo posible por trabajar poco, ó por no trabajar nada.

Ya en la casa, vieron que el niño estaba vivo, y el señor Diego le mandó trasladar á la suya.

Los cadáveres fueron levantados, y enviados al depósito judicial, hasta que los médicos certificaran si habían muerto de muerte violenta ó natural.

Hecho esto, que era cuanto por el momento cabía, el señor Diego dijo al juez:

—Tengo interés por saber qué ha ocurrido con

el padre Atanasio, pues me han dicho que está preso.

—Sólo puedo presentaros la denuncia hecha por la guardia civil.

En este documento se acusaba á Hilario de haber robado á Eleuterio, y de encubridor al sacerdote.

—Esto no puede ser: comprendo que Hilario, muerto de hambre, haya hurtado; pero que sea cómplice el padre Atanasio, lo niego. Respondo de él con cuanto soy y cuanto valgo.

—¿Tanto confiáis en ese hombre siendo vos tan liberal?

—¿Y qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¿Os parecería bien que porque hubiera un juez indigno de la toga y del bastón, se afirmara que todos los jueces eran unos bribones? Entre los sacerdotes, como entre los abogados, hay hombres dignos y hombres canallas.

—No lo niego.

—Pues bien: yo sé lo que ha pasado, por el hijo de Hilario: un niño, á su edad, no puede fraguar comedias. Lo natural y lo lógico es, que arrepentido Hilario, entregara para la restitución los pañuelos y el dinero al señor cura.

—Eso lo veremos en la causa: hoy tomaré las primeras declaraciones.

—Os ruego que, bajo mi garantía personal, pongáis en libertad al sacerdote.

—Lo siento mucho; pero en estos tiempos de li-

bertad democrática, casi republicana, es de un gran efecto la prisión de un sacerdote.

—Efecto que pudiera volverse contra el que temerariamente le hubiera encarcelado.

—No temo que la curia eclesiástica se mezcle en el asunto.

—Como gustéis.

—Lo deploro... pero...

—Sí, ya sé que no podéis. Yo, en cambio, veré si puedo lograr algo.

Dicho esto, saludó ceremoniosamente y salió.

El juez quedó un tanto preocupado.

El señor Diego tomó el camino de su casa, por si el niño podía darle algunos datos más.

Pero éste sólo pudo, y para eso á medias palabras, referirle lo que le había ocurrido al llegar á la mansión de la muerte.

Con tales noticias tornó á la ciudad el labrador, encaminándose á casa de Eleuterio.

Éste estaba muy satisfecho; pero cuando vió al señor Diego, y supo de lo que iba á hablarle, palideció.

—Bien sabes que te conozco perfectamente, y que si algún día yo fuera autoridad, cuando menos habías de devolver á sus dueños aquello de que te apoderaste al grito de viva la libertad y la España con honra.

Así dijo el señor Diego á Eleuterio, tan luego como, entrando en el despacho del comerciante en telas, tuvo la seguridad de que estaba solo.

Eleuterio se mordió los labios, y respondió después:

—Podría demandaros de injuria y calumnia; pero deseo vuestra amistad, y...

—No repares en eso: yo no puedo, ni quiero, ni debo ser amigo tuyo. Demándame, y de ese modo rendirás cuentas de los fondos que te confió el Ayuntamiento para pago de jornales, y de cierta escritura... pero vamos al asunto: yo no he venido á amenazar; mi visita tiene por objeto rogarte que me ayudes á dar la libertad al padre Atanasio en primer lugar, y luego al infeliz Hilario.

—Eso es cosa del juez y de la guardia civil.

—Sí; pero tú, como la persona interesada en el asunto, puedes favorecer ó perjudicar á los presos.

—Y ¿qué queréis que haga?

—Tan sólo quiero que tengas en cuenta, que si delito hay en robarte á tí por valor de cuarenta reales, mucho mayor existe en robar el pan á un pobre niño.

Aun cuando el señor Diego pronunció estas palabras para ver si movía el corazón de aquel infame, dió á sus palabras un tono tan enérgico, que produjeron en el perseguidor de Hilario un estremecimiento nervioso.

Conocedor el señor Diego del corazón humano, y más conocedor aún del hombre con quien hablaba, sospechó de él; y en vista de que guardaba silencio, añadió, dando por cierto lo que deseaba averiguar:

—Porque tú sabes que en tanto que Eduardito estuvo en mi casa demandando auxilio, la morada de Hilario fué robada, y que luego se han encontrado allí los cadáveres de los abuelos, en los cuales, según mis noticias, se notan señales de violencia.

Al decir todo esto, el señor Diego no apartaba los ojos de Eleuterio, con el fin de escudriñar el efecto que producía lo que le contaba.

Y algo grave debió advertir, porque añadió en el acto:

—Sí; tú lo sabes mejor que nadie.

—Yo no sé cosa alguna.

—Eso sí que es cosa del señor juez y de la guardia civil.

—Es que...

—Queda con Dios, si es que Dios puede estar contigo: ya te he dicho lo bastante; y por si acaso olvidaste algo, te diré una vez más, que la casa de Hilario ha sido robada, y que uno de los cadáveres presenta señales de muerte violenta.

Eleuterio quedó mudo é inmóvil.

El señor Diego volvió al lado del juez, que acababa de recibir la noticia de que sería respetado en su puesto, pues al salir de él sería con ascenso.

Y si cuando dudaba de sus influencias no tenía ganas de trabajar, al saber que estaba seguro, experimentó menos.

Cuando le dijeron que estaba allí de nuevo el labrador, respondió:

—Que espere ó que vuelva: decirle que estoy ocupado despachando.

El visitante comprendió que aquello era una excusa; mas tuvo paciencia, y tomando asiento, dijo:

—Esperaré.

Poco tiempo llevaba haciendo antesala al señor juez, cuando vió que entraba Eleuterio.

Tan preocupado debía ir, que ni siquiera reparó en el señor Diego.

Más de media hora llevaban de conversación, y cerca de una de espera el labrador, cuando éste recibió un pliego que el cartero había llevado á la posesión.

Por el sobre se veía bien á las claras el origen, pues tenía el sello del ministerio de la Gobernación.

El señor Diego hizo un movimiento de disgusto.

Rompió el sobre, leyó el contenido, y exclamó:

—El ministro se ha equivocado; pero en cambio pone en mis manos un arma poderosa para defender á los inocentes y perseguir á los infames.

Guardando estaba el pliego, que era bastante abultado, cuando el juez le mandó pasar.

Eleuterio debía haber salido por otra puerta, pues allí no estaba, ni se había marchado por donde entró.

El juez, con esa gravedad que sienta tan admirablemente en el hombre fiel cumplidor de las leyes, como mal en los que especulan con la autoridad que se les confía, le preguntó:

—Supongo que no pensaréis hacer una visita muy larga, ¿no es esto?

—Pienso,—contestó con energía el señor Diego—ocupar todo el tiempo que sea necesario.

—Os advierto por primera vez...

—Es inútil.

—Soy el juez y mando...

—Yo, en cambio, soy aquí, en estos momentos, el representante del ministerio.

—¿Vos?

—Podéis verlo.

Y sacando el pliego, añadió:

—Me basta poner mi nombre al pié de estos documentos que vienen firmados, para dejar cesante á cualquiera.

—Yo...

—No pienso hacer un mal uso de la confianza que en mí se deposita; pero si se me obliga, en defensa de los inocentes, dispuesto estoy á todo. Sin las circunstancias porque atravesamos, este pliego y su contenido, estarían de vuelta para Madrid; pero como no puedo consentir en que el padre Atanasio sufra injustamente...

—Os daré la orden para que le pongan en libertad.

—Ya deberíais haberlo hecho.

—En cuanto á Hilario...

—Sí, debe hacerle compañía el que robó el pan á su hijo y...

—Eso no puede justificarse.

—Pues yo prometo ponerlo en claro para que nadie lo dude.

—Eleuterio...

—Es un criminal; y no lo digo por lo de ahora solamente, sino también por otros actos que más tarde ó más temprano le llevarán á presidio ó tal vez á la horca.

—¡Bah!

—La ley sólo puede condenar á Hilario á unos cuantos días de cárcel por el delito de hurto en cantidad que no llega á cien reales. Que cumpla el castigo, sin tener en cuenta las circunstancias atenuantes que le favorecen; pero, en cambio, que el ladrón, quizás el asesino de dos pobres ancianos, sufra la pena que merece por esto y por sus defraudaciones al pueblo.

Y saludó con un movimiento de cabeza, en señal de despedida.

Mas al juez no le acomodaba quedar mal con aquel hombre que desde su huerta podía hacerle tanto daño como el ministro desde su despacho de Madrid, y le detuvo, diciéndole:

—Esperad un poco, os lo suplico.

—Es que no quiero molestar á la autoridad judicial.

—Desearía que desempeñárais mi puesto sólo por algunos días, para que comprendiérais que en muchas ocasiones hay que proceder de modo contrario á lo que se siente.

—Cuando una autoridad, por amistades, por pa-

rentesco ó por cualquiera razón no puede cumplir con sus deberes, antes que faltar á ellos, se declara incompetente ó presenta la dimisión de su cargo.

—Estáis muy duro conmigo.

—Os estoy haciendo un favor, pues mis palabras tienden á evitaros que algún día os encontréis complicado en una causa que os deshonne. Pensadlo bien: castigad á los delincuentes, absolver á los que no faltan en cosa alguna, y contad con mi apoyo, siempre del lado de la justicia.

Dicho esto, salió.

Algunos minutos más tarde, el padre Afanasio daba las gracias al señor Diego por la protección que le había dispensado.

—Sólo cumplí con un deber de ciudadano y de cristiano: nada tenéis que agradecerme.

—En estos tiempos, mucho.

—Ni en estos ni en ningunos.

—Ni siquiera me han tomado declaración.

—¿Y á Hilario?

—Creo que tampoco.

—Pero, ¿le han puesto en libertad?

—No, señor.

—¿Y qué pensáis hacer ahora?

—Ver á Eleuterio para devolverle los pañuelos y el dinero.

—Pero, ¿tenéis vos ambas cosas?

—Me las han entregado al darme la libertad.

—Pues no os detengáis.

—Ya estuve á ver al interesado; pero como no estaba en su casa, me dirijí á la vuestra.

—¡Todo lo temo de ese hombre!

—Y yo todo lo espero de Dios.

Dicho esto, fué el sacerdote á casa de Eleuterio.

Éste no pudo negarse, pues en aquellos momentos estaba detrás del mostrador, y el sacerdote le vió.

Ya en el despacho, y á solas, le dijo Eleuterio por saludo:

—Comprenderéis que yo no puedo ser responsable, bajo ningún concepto, de las torpezas que comete la guardia civil.

—Cumpliendo con mi deber, he borrado de mi vida las horas que pasaron desde el oscurecer de ayer á las nueve de la mañana de hoy. Para ello comencé por perdonar á los que cometieron errores conmigo, y he rogado á Dios que perdone á los que le ofendieron en mi humilde persona.

—Yo...

—Vos habéis sido perjudicado en vuestros intereses, y yo vengo á restituir...

—A mí no me ha robado nadie.

—Hilario...

—Nada tengo que reclamar contra él.

—Pero él afirma...

—Debe estar equivocado.

—¿Qué os proponéis con proceder de ese modo tan extraño?

—¿Extraño? ¿Por qué?

—Porque dísteis cuenta á la guardia civil, y por vuestra denuncia...

—Sufrió una equivocación lamentable.

—Dispensadme; pero habiendo parecido el cuerpo del delito...

—No ha parecido nada.

—La guardia civil...

—No tomó parte en esto. Podéis estar tranquilo: del mismo modo que vos habéis borrado de vuestra vida algunas horas, otros han hecho desaparecer cuanto se relaciona con este asunto.

—Pero estos pañuelos y este duro...

—Con el fin de que desaparezcan también, tomo los pañuelos, y os ruego que apliquéis las cinco pesetas por las benditas ánimas del Purgatorio.

En efecto, todo lo concerniente á los hechos que conocemos, todo lo actuado, había desaparecido.

Y no por amor á la justicia ni al prójimo, sino por miedo al señor Diego.

Pero éste, que no gustaba de aquellas componendas, se indignó al saber lo que pasaba, y quiso restablecer las cosas desde su origen.

Mas, ¿cómo?

Legalmente nada existía de lo pasado, pues hasta los ancianos estaban enterrados, en vista de una certificación falsa, de que habían muerto de enfermedad natural.

Contra tantas infracciones de las leyes, contra tanta inmoralidad y desbarajuste, sólo existían dos caminos.

Uno, encogerse de hombros y dejar que rodara la bola; otro, hacer uso de las facultades de que el gobierno había investido al señor Diego.

¿Qué hacer?

Lo segundo.

Y el señor Diego, procediendo como hombre honrado, dijo al juez:

—Habéis barrenado la ley, por no castigar á un delincuente, cuando dispuesto estábais á encausar á los inocentes. Debería destituirlos, cuando menos; pero como creo mayor castigo para vos obligaros á presentar la dimisión, os aconsejo que hoy mismo me la entreguéis.

Inútiles fueron todas las súplicas y todas las amenazas.

El señor Diego recogió en el acto la dimisión del juez.

Tan luego como lo supo Eleuterio, recogiendo cuanto dinero tenía, huyó, temeroso de lo que pudiera sucederle.

Como sucede con harta frecuencia desde que se inventó el caciquismo, fueron muchas las influencias que se pusieron en juego para que el señor Diego devolviera la dimisión al juez.

Y como no tenía contra él malas intenciones ni deseos de venganza, accedió á ello, pero con la condición de que había de proceder en justicia en el asunto que había motivado aquellos sucesos.

Pero desde luego se tropezó con la dificultad de que Eleuterio había huido.

Al mismo tiempo recibió el señor Diego una carta en la cual le decían:

«Os confío á mi hijo: quizás no vuelva á verle jamás... Abrazadle en mi nombre.

HILARIO.»

Aquel desgraciado á quien los sucesos políticos pusieron en el triste caso de cometer un delito, había tomado una resolución extrema.

Que mal podía presentarse en las calles de la población, donde podían señalarle con el dedo, y donde todos tenían derecho á dudar de su honradez.

Porque en la práctica, es un error sostener que la honradez de un hombre no padece, en el mero hecho de ser conducido á la cárcel.

Podrá ser absuelto y con todos los pronunciamientos favorables; pero sobre aquel que la justicia pone la mano, en razón á un delito común, estampa un *sambenito* que le alcanza y le sigue aún más allá de la tumba.

Hilario lo creía así, y por eso pensó en alejarse del pueblo en que había vivido.

Y como su hijo era para él un obstáculo insuperable, y conocía perfectamente al señor Diego, no dudó en alejarse solo y sin despedirse personalmente de nadie; ni aun de su hijo.

¿Qué resolución había tomado?

Pensó en trabajar; pero ¿dónde encontrar quien le diera ocupación?

Sólo un camino tenía abierto.

La milicia.

Podía sentar plaza, pues por su edad era apto para el servicio.

Aunque mezquino, tendría un premio en metálico más tarde ó más temprano...

Y sentó plaza.

Porque aquellos que habían dicho en Córdoba, antes de la batalla de Alcolea, «que ya no habría más quintas, y que se iba á licenciar todo el ejército,» olvidándolo al par que lo decían, siguieron los derroteros de aquellos gobiernos que nos deshonraban.

¡Cuánto cambian los hombres en cuanto llegan á las alturas!

Hilario quiso ir á Valencia; pero como carecía de recursos, y le destinaron con su regimiento á Burgos, sólo pudo mandar noticias á su esposa de lo que había hecho, si bien encareciéndole que lo ocultara, pues se había filiado como soltero.

Y con el fin de evitar una complicación, no le envió noticias del punto en el cual residía.

En mal hora llegó á la famosa ciudad del Páramos.

Que el gobernador civil había recibido órdenes de hacer un inventario de cuantos documentos existieran en el archivo de la Catedral.

Esto era motivado por los rumores que circula-

ban de que los carlistas intentaban lanzarse al campo.

Algo hacían, en efecto; pues para ellos eran proféticas las palabras pronunciadas por don Antonio de los Ríos Rosas, según las cuales, «atentar contra doña Isabel y su hijo, era dar el trono á don Carlos.»

Y el gobierno dispuso estar prevenido por lo que pudiera ocurrir.

Y como sabía lo afecto que era el clero á todo lo que tendiese á sentar en el trono al hijo del infante don Juan, dispuso lo necesario para que se supiera de los medios materiales de que disponía el alto clero para hacer frente á la revolución.

Y para ello, nada mejor que un inventario de sus bienes.

Era gobernador de Burgos don Isidoro Gutiérrez de Castro.

Hombre de alma bien templada, no retrocedía en su camino.

El gobierno le había confiado una provincia muy difícil de mandar en aquellos días, pues sabido es lo que domina el clero en ella, y Gutiérrez de Castro aceptó el puesto.

Cuando recibió la orden, hizo un movimiento de disgusto.

No porque le molestara la misión; sino porque suponía algo de lo que podía suceder.

Y todo porque no quería que se atribuyera á miedo adoptar ciertas disposiciones, como prevenir

al gobernador militar para que estuviese dispuesto á acudir en su auxilio.

Esto tenía otro inconveniente; cual era dilatar el cumplimiento de la orden, pues en Burgos sólo habían quedado dos compañías de las fuerzas que acababan de llegar.

Entre aquellas fuerzas estaba Hilario, que había alcanzado los galones de cabo.

Gutiérrez de Castro pasó una atenta comunicación al Cabildo catedral, anunciándole el día y la hora en la cual daría cumplimiento á lo dispuesto por el gobierno de la interinidad.

Y, en efecto, el 25 de Enero de 1869 se presentó en el archivo catedral, seguido de dos guardias de seguridad y dos escribientes.

Cuando llegó, los alrededores del edificio estaban desiertos.

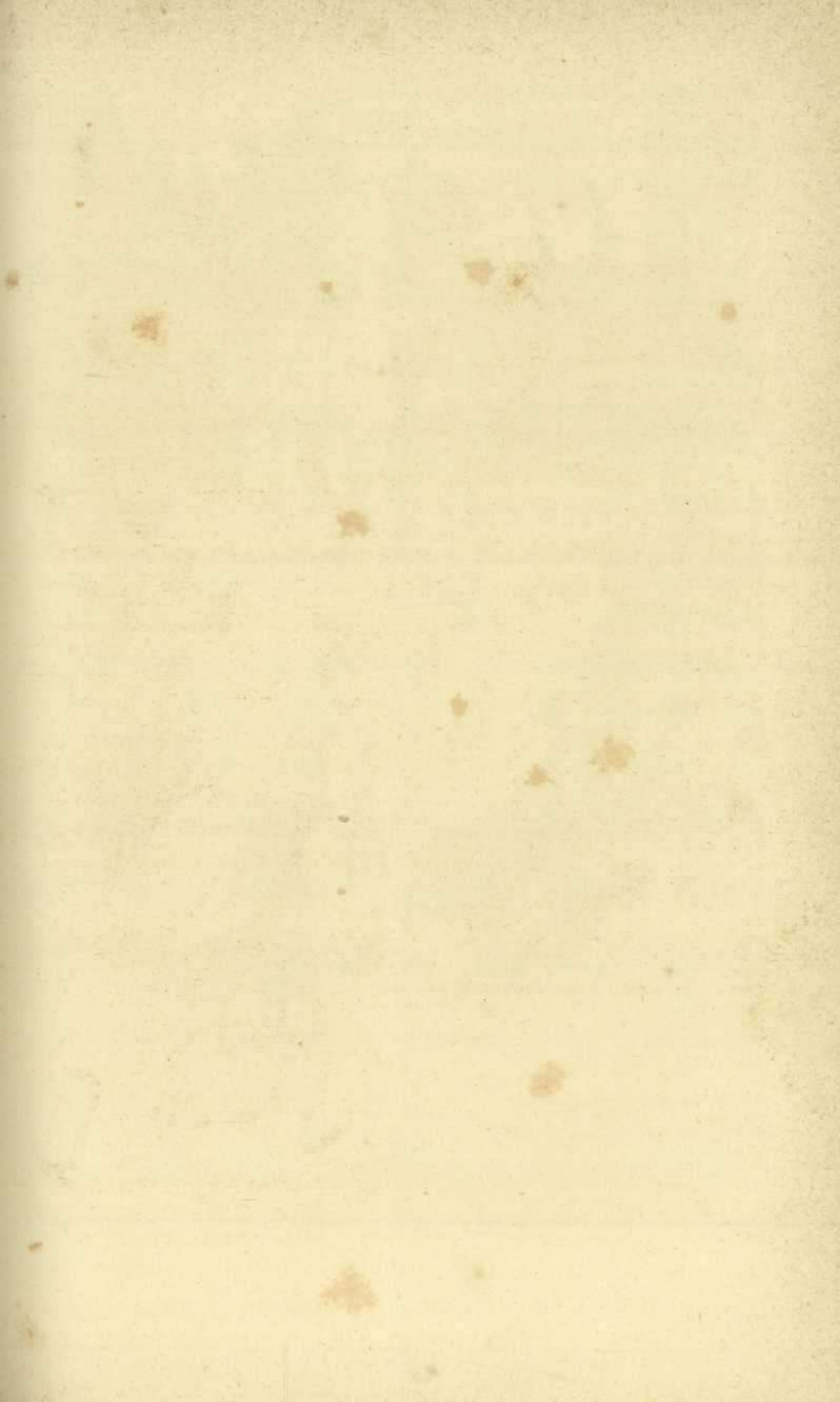
Entró en el archivo, y después de no pocas dificultades, se encontró frente á frente de persona autorizada.

¡Imposible parece! pero nada más cierto, que no haberse podido averiguar quién fué el canónigo ó dignidad de aquella catedral, que recibió al gobernador.

A todo esto, las puertas del templo se iban llenando de gente que surgía como por ensalmo.

Y muy particularmente, en la llamada de los Apóstoles, que es la que comunica con el palacio arzobispal y la plaza del Sacramento.

Cuando el gobernador comenzaba á ejercer sus





Lit. J. Mateu-Madrid.

He aqui los efectos del fanatismo religioso.

funciones, se oyeron palabras subversivas á las puertas del archivo.

Gutiérrez de Castro abandonó su asiento, miró indignado á los sacerdotes que le acompañaban, pues ninguno se movió de su sitio para acallar á aquellas gentes, y se dirigió solo, empuñando su bastón de mando, al lugar del tumulto.

Entonees oyó que gritaban:
—¡Mueran los ladrones! ¡Que nos roban las alhajas de la catedral!

Sin reparar en nada, el gobernador abrió la puerta, é indefenso, se presentó á las masas con objeto de dirigirles la palabra y demostrarles que allí nadie iba á robar.

Pero antes de que pudiera acallar el griterío, recibió en la cabeza un golpe con una piqueta, que le derribó en tierra.

La herramienta le había roto el cráneo, llegando hasta la masa encefálica.

Y tras aquel golpe cayeron mil.

Y mientras tanto le ataron por los pies, y tirando de la cuerda, bajó el infeliz las escalinatas de piedra, dando con la cabeza sobre el mármol.

Hilario vió las turbas correr, arrastrando á un hombre, y comprendiendo que él solo no podía hacer cosa de provecho en favor de la víctima, voló en busca de sus jefes para decirles lo que había presenciado.

¡Efectos del fanatismo religioso!

Así dijeron algunos.

Otros fueron más allá; que no falta historiador moderno, que achaque el suceso «á la manía de algunos gobernadores en herir el sentimiento religioso del pueblo.»

En nuestro concepto, no fué el pueblo el que asesinó al gobernador de Burgos.

El pueblo burgalés es pacífico y honrado en su inmensa mayoría, y si bien está algo fanatizado, no llega al extremo de convertirse en asesino por la formación de un inventario.

¡Pobre pueblo!

Hasta de las vilezas que cometen los de arriba te han de echar la culpa.

Porque, ¿quién avisó «al pueblo» de lo que iba á hacer el gobernador?

¿Dónde estuvo escondido hasta que entró la autoridad en el archivo?

¿De dónde y cómo y cuándo salió sin que nadie lo notara hasta que comenzó á gritar?

¿Por qué los más estaban en la plaza del Sacramento y en la puerta de los Apóstoles?

¿Qué medios puso en práctica el clero para evitar el asesinato?

No es la *manía* de los gobernadores ni el fanatismo del pueblo el origen de tan lamentables sucesos, sino la vileza de los que no reparan en los medios con tal de llegar al fin que se proponen.

Cuatro meses no más llevaba triunfante la revolución de Septiembre, y no era sólo el gobernador de Burgos el que había sucumbido entre masas, no

del pueblo, sino de los canallas que echan mano de la podredumbre que mana al conmoverse la sociedad en sus cimientos.

¿Qué había pasado en Madrid?

Invadido el palacio real y saqueado... no por hombres de blusa y gorra, sino por personajes de levita y sombrero de copa.

Lo mismo pasó en la Armería real y en infinidad de casas de gentes acomodadas afectas á doña Isabel.

Y como esto era poco, se buscó y se encontró en la calle del Barquillo á un individuo que había sido estanquero en la plaza de Antón Martín, y también inspector de policía.

Y le ataron, y le fueron apaleando hasta la plaza de Santa Ana, donde cayó al suelo, espirando á los pocos momentos.

Entonces le ataron, y arrastrando le llevaron hasta la puerta de su casa, para la bárbara satisfacción de que viera la familia del difunto aquel cadáver mutilado.

¿Es capaz el pueblo español de semejante barbarie?

No: el pueblo español es digno, mata cara á cara... jamás asesina, y menos con circunstancias tan agravantes.

Los que tales actos cometen no merecen el nombre de pueblo; son hijos espúreos de toda sacudida político-social.

¿Quién fué el hombre asesinado por equivocación?

ción, puesto que le tomaron por el bollero de la calle del Olivo?

Y, sobre todo: ¿quiénes fueron los asesinos y los ladrones?

Á esto sólo se contesta:

—El pueblo.

¡Infame mentira!

Que no fué en casa de ningún pobre donde se encontraron los tapices de palacio y las vajillas de plata.

El pueblo, el que trabaja y sufre, y cuando estalla asombra al mundo, si llega á robar, es pan para sus hijos; si mata, es cara á cara y frente á frente.

Que no es pueblo la masa que vive sin oficio ni beneficio, para deshonra de la patria.

Cuando la autoridad militar de Burgos tomó cartas en el asunto, se pudo encontrar en las calles el cadáver de González de Castro, horriblemente mutilado.

Y si no le quemaron, fué por la intervención de un oficial.

Bastó la presencia de aquel hombre para que huyeran todos, temerosos de ser conocidos y castigados.

Pero el asesinato había tenido lugar en una catedral, y fué inútil cuanto se hizo.

El cabildo respondía de todos sus dependientes.

Hasta de un pertiguero, que, según se decía, fué el que dió el primer golpe al gobernador.

Como hubiera respondido de los salvajes que atropellaron bárbaramente al señor Perez Ruiz, secretario particular de don Luis González Bravo.

El delito de este individuo, consistía en haber estado empleado en la secretaría de la presidencia del Consejo de ministros, y haber cumplido con sus deberes de funcionario público.

Inútil fué que la Junta revolucionaria le absolviera: inútil que la fuerza armada le custodiase...

La trahilla de bandidos que andaba oculta cometiendo desmanes, le hirió con tres golpes de machete en la cabeza, y con dos bayonetazos, uno en el vientre y otro en el pecho.

Casi expirante le recogieron en una casa de la calle del Arenal; pero la chusma derribó las puertas á hachazos, robó al moribundo el dinero, el reloj y la cadena, la cartera y la petaca, después de lo cual pretendieron colgarle vivo de un balcón.

Gracias al furibundo progresista don Carlos Rubio, no lo realizaron.

Porque arrostrando las furias del averno que eran dueñas de Madrid, les habló de este modo:

—Si la revolución se ha hecho para cometer atropellos y para confundirnos con los salvajes, yo la maldigo en estos momentos. Demos á entender al mundo entero que España es una nación civilizada. Este desgraciado, á quien tan inhumanamente maltratáis, no cometió el delito que le imputáis;

y aun cuando fuera un criminal, no es el pueblo el que debe fallar con menosprecio de los tribunales. Dad pruebas de vuestra generosidad, y no pretendáis manchar ignominiosamente la revolución, confundiendoos con los tigres del desierto.

Algunos se convencieron; pero otros no, y al ser trasladado el herido al ministerio de la Gobernación, recibió otros dos bayonetazos, uno en el costado derecho y otro en el hombro del mismo lado.

A la mañana siguiente, y sin esperanzas de vida, le condujeron al hospital militar, por no creer la Junta revolucionaria que el moribundo estaba seguro ni aun junto á ella.

Volvamos á Hilario, que deplorando cuanto veía, pues se le alcanzaban las consecuencias inevitables de todo lo que presenciaba y escuchaba referir, seguía cumpliendo con sus deberes, pero afligido por no tener noticias ni de su esposa ni de su hijo.

En esto recibió la orden de partir de guarnición á Valencia, y no supo si alegrarse ó sentirlo.

Iba á ver á su esposa; pero al mismo tiempo se exponía á ser descubierto.

Y como ignoraba el término que habría tenido el proceso en el cual incluyeron al sacerdote, y se había filiado, según dijimos, como soltero, temía una complicación desagradable para todos.

Estos temores no eran los bastantes para eludir el cumplimiento de su deber.

Y llegada la hora, se puso en marcha con su regimiento.

¡Pobre Hilario!

Sus temores no tenían fundamento alguno.

En cambio le aguardaban terribles pruebas y grandísimos pesares.

Que el hombre, en su inferioridad, ignora hasta lo que le conviene.

Y, sin embargo, existe el *homo sapiens*.

¿Dónde está la sabiduría del hombre?

Quizás *en su propia ignorancia*, como afirman algunos teólogos.



CAPÍTULO III

Lágrimas de sangre.

SI las cosas habían empezado mal, seguían peor de día en día.

A los sucesos que acabamos de narrar, siguieron los que nos han servido para dar término al libro anterior, y se disponían otros no menos graves.

Porque si durante la interinidad y el reinado de don Amadeo todo había sido desastres y desbarajustes, tan luego como el duque de Aosta renunció la corona de España y fué proclamada la república, llegamos al delirio.

Pero á un delirio en el cual el pueblo sacó incóme su honra tantas veces mancillada por los ladrones y asesinos de levita, asesinatos y robos que les llevaron á las cumbres del poder.

La revolución no podía parar en bien, porque

desde el primer momento no surgió el hombre que tanta falta hacía.

Serrano era un camaleón: aceptaba todos los colores con tal de ocupar, aun cuando sólo fuese en el nombre, el primer puesto.

Prim no tenía más pensamiento que la monarquía democrática, y dejaba á Serrano que ejerciera de rey sin cetro y sin corona, en tanto que él gobernaba á su antojo, faltando á la promesa que hizo de «respetar la voluntad del pueblo y acatarla.»

En cuanto á Topete, vivía asido á los faldones de la levita del duque de Montpensier, aspirante al trono de España.

Vino luego la Junta revolucionaria, y se compuso de los cuatro partidos que decían haber hecho la revolución.

Los vicalvaristas estaban representados por el marqués de la Vega de Armijo, Lorenzana y Romero Robledo.

Los progresistas históricos, por Madoz y sus amigos.

Los demócratas, por el popular don Nicolás María Rivero...

Y los republicanos exaltados por Figueras y el marqués de Albaida.

Consecuencia: que cada reunión era un escándalo: cada discusión, una disputa acalorada.

La revolución había entregado á cada partido una punta de la bandera española.

Mientras sólo se trató de arrancar de ella las iniciales Y 2 y las flores de lis, todo fué bien.

Pero terminada aquella operación, cada cual pensó en apoderarse de la enseña de la patria, para que le sirviera de escudo en sus miras particulares.

Y la tela crujía, amenazando romperse en mil pedazos, pues siendo iguales las cuatro fuerzas, y al par encontradas, la bandera desaparecería entre las manos.

Aquellos hombres ¿eran el pueblo?

No, lo representaban; pero por su sola voluntad.

Y esto bastaba para que los actos de los que se habían apropiado la representación popular, cuando eran malos, se achacaran al pueblo; y cuando buenos, á los señores de la Junta.

Poco importaba á Hilario todo esto y más que pasara en tales días, pues su espíritu acongojado le alejaba de la revolución para pensar en su esposa y su hijo.

En su esposa, á la cual iba á ver.

Pero, ¿de qué modo?

Públicamente no podía ser.

Era, pues, necesario investigar dónde vivía, advertir á la familia con quien estaba cuanto pasaba, y después presentarse.

Al llegar á Valencia las fuerzas entre las cuales formaba, y al entrar por una calle estrecha, vieron avanzar á un sacerdote con traje talar, acompañado de dos chiquillos.

Comprendió el jefe lo que aquello significaba, y mandó hacer alto y presentar armas.

Cuando pasó el sacerdote, las cornetas tocaron la marcha real, y un piquete, compuesto de quince hombres al mando de un alférez, partió detrás dando escolta.

Valencia fué siempre un pueblo que, al menos en las formas externas, mereció el nombre de buen cristiano.

Debido á esto, se atrevían los sacerdotes á salir á la calle llevando los Santos Sacramentos, si bien con la modestia que queda dicho.

Pero aquel día el acto se convirtió en solemne, pues el jefe que mandaba las fuerzas, olvidándose de que estaba en el período álgido de la revolución, cumplió con lo dispuesto durante el reinado de doña Isabel.

Y todos pudieron enterarse de que se iba á sacramentar á un enfermo.

Desde los sucesos de Burgos, Hilario miraba con cierta prevención á los sacerdotes.

Y no les odiaba, porque acudía á su imaginación el recuerdo del padre Atanasio.

Pensando en él, y dando escolta al padre de almas, dijo para sí:

—¡Quién sabe si este hombre será un alma de Dios y un protector de los pobres, como el padre Atanasio!

En esto llegaron á una casa de apariencias humildes.

El sacerdote entró con los monaguillos, y la tropa hizo alto en la acera.

Algunas personas de las muchas que acudieron al oír las cornetas, penetraron también en la casa.

En circunstancias tales, hay quien se cree con derecho á poner los pies en donde nadie le conoce.

Entre los que quedaron de la parte de afuera, no faltó quien trabase conversación con los soldados, para enterarse de dónde venían y á dónde iban.

Satisfecha la curiosidad en lo posible, preguntó Hilario á un hombre:

—¿Quién es el enfermo?

—Según creo, es enferma—respondió el aludido.

—Para el caso es igual.

—Yo no conozco bien á los que viven ahí; hace poco que llegaron no sé de dónde ni por qué motivo.

—¡Pocas son vuestras noticias!

—Lo único que puedo asegurar, es que están en la casa un matrimonio de alguna edad, y una sirviente que suele salir á la calle con uno ó dos niños.

—Pero ¿cómo se llama el amo de la casa?—preguntó Hilario con marcado interés.

—Es un apellido muy raro: parece vascongado.

En esto salió el sacerdote, y el piquete se puso en marcha.

Pero al echar á andar, preguntó Hilario:

—De modo que el ama es la que está enferma, ¿no es eso?

Y el hombre le respondió:

—El ama, no; la criada.

Hilario vaciló, cual si una bala le hubiese penetrado en el pecho.

Pero se repuso un tanto, y, siguiendo en su puesto, se dijo:

—Pronto saldré de dudas.

Las señas eran fatales.

El matrimonio con el cual había partido su esposa, procedía de las provincias vascongadas, pues los padres de ambos fueron alaveses.

Difícilmente podían convenir estas señas y las demás indicaciones que había hecho el hombre, con otras personas que no fueran las que él iba buscando.

Ya declinaba el sol cuando entraron en el cuartel, y todo se hallaba dispuesto para tomar el rancho.

Hilario no hacía más que pensar en la manera de pedir permiso para salir, cuando tan cerca estaba la noche.

Porque ¿dónde encontrar un pretexto de bastante fuerza para lograr sus deseos no siendo decir la verdad?

Y ésta ¿cómo la decía?

Terminado el rancho, el cual no probó siquiera Hilario, arrostrando por todo, se dirigió al cuarto de banderas.

Pero al llegar oyó la corneta de órdenes, que tocaba á formar.

¿Qué había pasado?

Una de tantas falsas alarmas como ocurrían por aquellos tiempos.

Pero lo suficiente para que las tropas quedaran sobre las armas aquella noche.

Si Hilario quería salir, no le quedaba otro remedio que hacerlo arrojándose por una ventana.

Porque era imposible que le dieran permiso para ir de paseo.

De haber tenido la certidumbre de que era su esposa la enferma, seguramente que, exponiéndose á que le fusilaran, hubiese salido del cuartel aquella noche.

Pero sólo tenía sospechas.

Muy vehementes; pero sospechas, al fin, de que su esposa fuese la moribunda.

Y llegó el día siguiente.

Mas hasta las diez de la mañana no se dieron nuevas órdenes, según las cuales podían descansar las tropas.

Para resolver favorablemente los deseos de Hilario, se dió la orden de salida á paseo.

Pocos fueron los que, después de una noche en vela y algunos días de marcha, aprovecharon la ocasión para abandonar el cuartel.

Hilario fué el primero.

Ya en la calle, quiso recordar la casa en la cual había estado.

Pero siéndole esto imposible, pues ignoraba el nombre, decidió ir á la que, según sus noticias, ocuparon al llegar á Valencia los que buscaba.

Si seguían viviendo en el mismo sitio, la moribunda no era su esposa.

Mas como no sabía andar por Valencia, preguntó la dirección de la calle del Desengaño.

No sin trabajo llegó á ella, y preguntó en el número 13 por «una familia que hacía poco residía en la ciudad, y cuyo jefe se llamaba Iparraguirre.»

—Hace algunos días que se ha mudado ese caballero—le respondieron.

—Y ¿podéis decirme dónde?

—A la calle de las Angustias, núm. 4.

—¿Está lejos de aquí?

—No: yo os acompañaré.

En efecto; pocos minutos después llegaban á la mencionada calle, pero por el punto opuesto á la casa.

Esto es, por el final, no por el principio.

Tan luego como Hilario vió el rótulo de la calle y se fijó en la numeración, exclamó:

—¡Gracias, gracias!... amigo mío.

Y salió corriendo.

Algunos pasos le faltaban para tocar la puerta del número 4, cuando se paró de repente.

Que de aquella casa sacaban un féretro, bien humilde por cierto.

Y para mayor dolor y tormento, vió que por todo acompañamiento seguía al cadáver un hombre...

Y que aquel hombre era el señor de Iparra-
guirre.

Tanta fué su emoción, que tuvo que apoyarse en
la pared para no rodar por el suelo.

Y la fiebre se apoderó de él.

El mismo dolor le dió fuerzas para andar, y aun-
que con paso vacilante, pudo incorporarse á su an-
tiguó amigo.

—¡Hilario! ¿Tú aquí?—le preguntó lleno de sor-
presa Iparraguirre.

—Yo, sí señor: yo que no llegué con tiempo de
verla viva... pero en el cementerio lograré ver su
cadáver.

Dicho esto, le refirió entre suspiros y lágrimas
cuanto había pasado.

Y llegaron á la mansión de los muertos.

El cadáver quedaría en depósito, hasta pasadas
más de veinticuatro horas.

Iparraguirre quiso tenerle en casa; pero razones
de salud pública lo impedían, y no tuvo más reme-
dio que obedecer.

Ya en el depósito, dijo Hilario:

—Yo me quedo aquí hasta que le den sepultura.

—Piensa en que eso no puede tener efecto hasta
mañana.

—¡Así tardase cinco días!

—Pero... ese uniforme...

—No tengáis cuidado por mí.

—¿Quieres que avise...?

—¿Para qué?

—La milicia...

—Ya os dije que podéis retiraros tranquilo.

La calma conque hablaba y su actitud, dieron á comprender á Iparraguirre que era inútil insistir.

Y se despidió de Hilario hasta el día siguiente.

Desde luego formó la idea de avisar al cuartel lo que pasaba; pero hasta cerca de la noche no pudo saber dónde se acuartelaban las fuerzas.

Habló con el oficial de guardia, y le refirió lo pasado.

Tranquilo, por esta parte, se retiró á su casa en busca de descanso.

Cuando á la mañana siguiente volvió al cementerio, Hilario no estaba en el depósito de cadáveres.

¿Qué había sido de él?

Vamos á referirlo.

Como había faltado á la lista y á los ranchos, se le dió por desertor.

Y se puso en conocimiento del jefe.

Mas cuando llegó Iparraguirre y comunicó la noticia de dónde estaba y por qué, el jefe mandó suspender la sumaria, y dispuso que fueran en su busca.

Hilario estaba querido de sus jefes, y se pensó en castigarle de una manera leve, en atención á su buen comportamiento hasta el día.

Hasta fácil era que le absolviesen, alegando que había estado enfermo, á cuyo efecto bastaba con una certificación facultativa.

Con tan buenos ánimos por parte de todos, se le mandó buscar.

Inmóvil, como si también estuviera muerto, le encontraron el alférez y el sargento que fueron en su busca.

Hilario ni aun siquiera se dió cuenta de los que llegaban, hasta que el alférez le dijo:

—Cabo Hilario, arriba: vamos al cuartel.

El aludido no se movió; pero en cambio dijo con una resolución y una firmeza que no daba lugar á dudas:

—Después que entierren á mi esposa.

—No empeoréis vuestra causa: lo que podremos hacer pasar hoy por una falta leve, mañana será grave.

—Eso quiero, que me fusilen: es preferible á que yo me pegue un tiro.

—Comprenda, cabo Hilario, que yo traigo órdenes que he de cumplir.

—¡Quién sabe!

—En mal terreno os colocáis: mal correspondéis al afecto de todos. Se debió mandar fuerzas que os prendiesen, y he venido yo para aconsejaros.

—Pues perdéis el tiempo. Cuando un hombre llega á los extremos que yo, ni reconoce superiores ni le importa cosa alguna lo que suceda.

—Eso quiere decir...

—Quiere decir y dice, que procederéis con gran prudencia, alejándoos, pues de grado no he de sa-

lir de aquí hasta que mi esposa quede cubierta por la tierra.

Hilario, sin quererlo, quizás sin darse cuenta de que ofendía la dignidad de un oficial delante de un sargento, había hablado de aquel modo.

Sin la presencia del sargento, el alférez hubiese intentado aún persuadir al cabo de que le siguiera; pero sin quedar rebajado á los ojos de un sargento, le era imposible proseguir de aquel modo.

Y cambiando de entonación, dijo:

—Basta de contemplaciones, arriba.

Y le tocó en el hombro.

Como el tigre herido se incorporó Hilario, y con ademán amenazador, exclamó:

—¡He dicho que no, y no!

—De grado ó por fuerza.

—Eso lo veremos.

Al decir esto, se lanzó sobre el oficial y trató de desarmarle.

En la lucha, produjo algunos arañazos en el rostro al alférez.

Pero el sargento le aprisionó por la espalda, y como la debilidad y la fiebre le consumían, no pudo resistir.

Las gentes del cementerio, entre ellas el capellán, despertaron y acudieron al depósito tan luego como se produjo la alarma.

Hilario forcejeaba inútilmente por romper las ligaduras que le sujetaban; y no pudiendo lograrlo, se echó al suelo.

Para sacarle de allí fué preciso una camilla á la cual tuvieron que atarle.

El escándalo había sido espantoso.

Los delitos, dos.

Uno de profanaciór y otro de agresión á un superior.

No cabía indulgencia.

Hilario no veía enterrar á su esposa, y en cambio sería pasado por las armas.

Cuando el señor Iparraguirre supo por el capellán lo ocurrido, corrió en demanda del jefe de las fuerzas para impetrar el perdón.

Pero no había remedio: ni aun la locura podía librarle de ser fusilado.

Según la ordenanza, el loco por la pena es cuerdo.

Y quiso ver á Hilario.

Pero se lo negaron, en atención á que se le tenía incomunicado.

En su buen deseo, el señor Iparraguirre puso en juego todas sus relaciones en favor del preso.

Y como era natural, el hecho fué conocido de gentes que jamás hubieran sabido la verdad ni se hubieran ocupado del asunto, pues el fusilamiento de un soldado tenía poca ó ninguna importancia en aquellos días.

Esto dificultaba la clemencia que los señores del consejo desearan tener; que fueron conocidos los motivos por los cuales se castigaba, pero en conjunto, no en detalle.

Para la generalidad de las gentes, se trataba de un desertor, que al ser aprehendido, había opuesto resistencia y herido á un oficial.

Hilario, en tanto, en vez de lamentarse del fin que le esperaba, ni siquiera le daba importancia.

Pero, en cambio, lanzaba acusaciones espantosas contra sí mismo, por no haberse sabido defender de los que le prendieron.

En su declaración hubo de decir:

—¿Qué más podría haberme ocurrido de haber dado muerte á los que fueron á prenderme? La sentencia hubiera sido la misma, pues no hay mayor penalidad que la que ahora se me ha de imponer. Y en cambio hubiese dado el último adiós á mi desventurada esposa.

Estaba, pues, convicto y confeso, y ni siquiera se mostraba arrepentido de lo hecho.

El consejo de guerra tenía poco que estudiar para el fallo.

La ley estaba terminante; y por más que el ofendido perdonó, como la ordenanza no tiene entrañas, Hilario fué condenado á muerte.

Aprobada la sentencia, el reo pasó á la capilla.

Detrás de él, penetró el capellán.

A las primeras exhortaciones del sacerdote, respondió:

—¿Á qué perder el tiempo en inútiles razones? Hasta ahora cumplí con mis deberes de cristiano... pero Dios me abandona, y...

El capellán no le dejó proseguir.

Hombre de más estudios y de más claro talento que lo que por lo regular eran por aquellos no lejanos días los que formaban el clero castrense, le dijo:

—Sin saberlo, acabas de blasfemar: esto es, de cometer un delito mayor que aquel que te pone en este duro trance. Porque, ¿qué significan las ofensas inferidas á los hombres con aquellas que directamente se hacen á Dios? Sin embargo: este atroz delito, se borra por medio del arrepentimiento. Porque siendo infinita la Misericordia divina, todo lo borrará con un «yo pequé,» dicho en penitencia con el corazón.

—Todo me es igual. De lo único que estoy arrepentido, es de no haber hecho cuanto debía para que no me sacaran del cementerio. ¡Cobardes! ¡Se juntaron tantos contra mí!... ¡Ah! ¡Si yo hubiera podido apoderarme del sable del oficial!...

—Hubieras sembrado la muerte en derredor tuyo, sin ventajas para tí. Las lágrimas y las recriminaciones habrían llovido sobre tí, y hubiera sido más difícil que alcanzaras piedad en el Señor, pues para que Él perdone, hace falta que perdone-mos y que seamos perdonados.

Hilario se encogió de hombros.

Mucho trabajó el capellán para ver si lograba que muriese como cristiano; pero Hilario había caído en una especie de estupidez, que le hacía insensible.

A la hora de comer no probó bocado.

El médico militar le pulsó, y declaró que la fiebre no era tan intensa como aparentaba la actitud externa del sentenciado.

Jamás se había tomado con tanto empeño como entonces, que un hombre no muriese fuera del seno de la Iglesia Católica.

«Porque no convenía el mal ejemplo.»

Debido á esto, fueron muchas las personas que visitaron al reo.

Pero como no respondía á nada de lo que le preguntaban, ni siquiera cambiaba de postura, le juzgaron demente ó idiota.

Nada de eso.

Hilario oía y veía perfectamente.

Pero se había propuesto no discutir.

Pensaba en su esposa: en los medios que pudo y debió, según él, poner en práctica para lograr lo que se había propuesto y no consiguió.

Así iban pasando las horas, y acercándose el término fatal.

Sólo el capellán no había desistido de la empresa de reconciliar al reo con la Divinidad, bajo la forma humana adoptada por la Iglesia.

Era más de la media noche: faltaban sólo horas para la ejecución...

Y el capellán, comprendiendo que aquel hombre, como todos, á tales horas perdería energía, pues son dominados por el cansancio, emprendió una vez más la ímproba tarea de atraer la atención del reo.

Y buscó todos los recursos imaginables para conmover á Hilario.

Porque sabido es que cuando las lágrimas aparecen en los ojos, el corazón se rinde al dolor ó al convencimiento.

Al efecto, comenzó por hablarle de su esposa, luego de su madre... ambas en el cielo rogando á Dios por él...

El preso daba pocas, muy pocas muestras de sensibilidad.

Pero apurados todos los resortes que le eran conocidos, tocó uno en el cual no había pensado, y le preguntó:

—¿No has tenido hijos?

A esta pregunta, Hilario botó sobre su asiento.

Que desde que hubo de llegar á Valencia, no había vuelto á ocuparse de Eduardito.

Y sin darse cuenta de que hablaba en alta voz, exclamó:

—¡Mi hijo!... ¡Ah!... ¡Yo necesito vivir para él!

El capellán procuró sacar el mejor partido posible de aquella actitud, y al efecto le dijo:

—Desde el cielo se cuida de los hijos mejor que desde la tierra. Pero para llegar al punto de las perfecciones, á la región de las almas puras, es preciso sentir verdadero dolor de haber ofendido á Dios, y perdonar á todos nuestros enemigos.

—¡Bien, bien! Ya hablaremos de eso: tiempo nos queda.

—Bien poco, hijo mío: ha pasado la media no-

che, y como una hora después de haber amanecido...

—No será.

—Desgraciadamente para tí...

—Yo os juro que no será.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada.

El capellán creyó que aquella cabeza no regía bien, y juzgó oportuno dejarle unos momentos á solas, á fin de luego más tarde emprender de nuevo la penosa tarea que su ministerio le imponía como deber ineludible.

Hilario quedó sólo, pues el centinela que daba guardia en la puerta de la capilla, estaba de la parte de afuera.

La luz que alumbraba consistía en dos velas de sebo colocadas ante la imagen de un Santo Cristo pintado en una cartulina y encerrada con marco de pino.

La claridad era bien escasa.

Sólo una persona acostumbrada á aquella semi-oscuridad que allí reinaba, podía distinguir bien los objetos.

Hilario veía como si el sol iluminara la fúnebre estancia.

Y distinguió un clavo metido en la pared de la derecha, que sin duda había servido para algún cuadro.

En su rostro apareció la alegría, cual si aquel clavo fuera la libertad.

Y sin reparar en nada, llegó hasta él, y agarrándolo con fuerza, trató de sacarlo rápidamente de la pared.

Al primer esfuerzo no cedió, pero al segundo tuvo algún movimiento, y exclamó:

—¡Ya es mío! ¡Cinco minutos no más, y mi hijo tendrá padre!

¿Estaba loco?

Pronto veremos que no.

CAPÍTULO IV

De mal en peor.



ÚN no había pasado un cuarto de hora de la salida del capellán de la capilla, cuando de nuevo se presentó en ella.

El centinela terció el arma como era de ordenanza al pasar un jefe ú oficial, y dió un fuerte golpe en el portafusil.

El sacerdote bajó la cabeza, para corresponder al saludo.

Ya dentro, observó que el preso estaba acostado y con la cara hacia la pared.

La postura no le pareció natural; pero tampoco le llamó la atención lo suficiente para hacer averiguaciones.

En la creencia de que el reo dormía ó por lo menos estaba con el sopor de la calentura, se hincó de rodillas y oró.

Aquel sacerdote no era defensor de la pena de muerte.

Fundándose en los Evangelios, sabía bien que el hombre no tiene derechos sobre la vida de otro.

Y que no es una razón que éste ó aquél hiera ó mate, para que venga un juez y le sentencie á morir.

Pero se resignaba con lo dispuesto por las leyes, si bien siempre que tenía ocasión daba á entender, que ni es expiación la pena de muerte, ni produce ejemplaridad, ni nadie tiene derecho para aplicarla.

De aquí que lamentara, la frecuencia con que se cometen robos durante las ejecuciones, y el aumento que iba teniendo la criminalidad, no obstante el número de ejecutados que registra la historia.

Pensando en Hilario, y en las pocas horas que le faltaban para la ejecución, se le arrasaron los ojos en lágrimas.

Pero el deber estaba por cima de la sensibilidad, y el capellán se santiguó, y alzándose en pie, dijo en alta voz:

—¡Hilario, hijo mío: oye la voz de la verdad, la santa palabra de Dios, en cuya presencia estarás muy en breve!

Pero Hilario no respondió.

Se acercó al lecho, y tornó á llamarle por su nombre.

Tampoco escuchó respuesta.

Entonces le tocó para despertarle, y no bien puso su mano en aquel cuerpo, retrocedió espantado.

Se miró la mano, y vió sangre en ella.

—¡Se ha suicidado!—exclamó.

Y pidió auxilio.

Pero el centinela había desaparecido.

En breve llegaron en socorro del que lo demandaba, y enterados del caso por el capellán, se dispuso reconocer al reo.

Pero para ello había que llenar varias formalidades, en las cuales se invirtió más de media hora.

Presentes las autoridades militares, se procedió al examen del cadáver.

¡Cuál no sería el asombro de todos al ver que aquel hombre no era Hilario, sino el centinela que estaba á la puerta de la capilla!

La indignación y la alarma fué grande en todo el edificio.

Pero resultando imposible que hubiera salido del cuartel, se dispuso hacer en él un escrupuloso registro.

Al efecto, se tomaron todo género de precauciones, pues natural resultaba que se defendiera, produciendo nuevas víctimas.

En efecto: Hilario estaba dentro del cuartel y sin saber por dónde andaba, pues no conocía el local.

Pero, ¿cómo se había escapado?

¿Cómo ocupaba el centinela la cama que le tenían destinada?

En aquellos momentos él mismo no se lo hubiera sabido explicar.

Que sólo recordaba que con el clavo destrozó el cierre de los grillos que le sujetaban los pies, y que humildemente, ó, mejor dicho, hipócritamente, llamó al centinela, y éste entró en la capilla.

Después... nada.

Y andaba de arriba para abajo sin encontrar salida.

En esta situación se apercibió de la alarma, y pensó la verdad, esto es, que le buscaban, pues la suplantación había sido descubierta, y armado de una bayoneta, se dispuso á morir; pero matando.

Mas esto, lo último.

Quería la vida para su hijo, y á toda costa deseaba conservarla.

Buscando donde esconderse, que al par fuera un puesto desde el cual él pudiera agredir, entró en una galería donde había varios cajones.

Aquellos cajones le eran bien conocidos, puesto que llegaron con ellos en la impedimenta.

Contenían pólvora.

Una idea infernal cruzó por su mente, que le hizo estremecer.

Registró sus bolsillos, y quiso el acaso que encontrara un fósforo de cartón.

Ya podía realizar su pensamiento.

Pero se detuvo, pues comprendiendo que él sería

la primera víctima de la explosión, no quiso apelar á este medio hasta el último extremo.

Pero bueno era vivir prevenido, y al efecto, trocando en herramienta la bayoneta, quitó una tabla del tercer cajón, y se ocultó detrás de él.

Para buscarle, pues aún faltaba más de una hora para que amaneciera, se hacían necesarias algunas luces.

Como todos sabían que allí estaba la pólvora, dejaron aquella galería para la última.

Pero los jefes apremiaban, é Hilario pudo oír que ya estaban allí sus perseguidores.

Y pensó en amenazarlos con poner fuego á la pólvora; pero desistió de ello, pues supuso que tan luego como le encontraran le cercarían, y, ó tenía que rendirse, ó que morir de hambre.

Y rozando el fósforo de cartón contra las tablas del cajón, lo encendió.

Ya estaba ciego y loco.

Arrojó el fósforo sobre la pólvora, y como el instinto de propia conservación puede más que todo en nosotros, salió corriendo.

Pero fué distinguido, y le dieron el alto, no atreviéndose sus perseguidores á disparar en aquel sitio.

Hilario siguió corriendo, siendo perseguido.

Pero pronto se inflamó la pólvora.

Al estrépito acudieron todos; pero los destrozos eran tantos, y la oscuridad tan completa, que los soldados retrocedieron.

La fuerza de la explosión fué tal, que derribó paredes y arrancó rejas.

Y gracias á que la galería estaba separada de un patio de grandes dimensiones, tan sólo por un tabique sencillo, que cerraba los arcos, no voló todo el edificio.

Que la parte más débil cedió, y la catástrofe no tuvo las consecuencias que eran de esperar.

Pero los cuatro hombres y el cabo que habían entrado en la galería, quedaron destrozados horriblemente.

Y cargaron con la responsabilidad de la catástrofe, pues se supuso que ellos, sin duda por un descuido, habían inflamado la pólvora.

Y como males mayores quitan menores, por el pronto nadie se ocupó de Hilario.

Éste se había salvado, si bien llevando memoria eterna de aquella noche.

Que algo le alcanzó y buenas señales llevaba en la cara.

Medio ciego, aturdido, saltó al campo por una ventana.

La noche le favoreció, y sin rumbo y sin dirección, salió corriendo.

Cuando el cansancio le rindió, se dejó caer en el suelo, quedando como muerto.

Al despertar, notó que carecía de fuerzas para moverse: que la debilidad le producía desvanecimientos.

¿Cómo alimentarse?

Carecía de dinero.

Pero aun cuando lo hubiese tenido, ¿de qué modo adquirir pan siquiera?

Aquel uniforme que vestía le delataba: con él, imposible llegar á ninguna parte.

Tampoco era posible presentarse desnudo ante las gentes.

Meditó un momento y exclamó:

—¡Camino de mal en peor!

Decía bien: mucho más le hubiera valido morir fusilado.

Al menos no tendría sobre su conciencia seis muertes, ni se vería expuesto á morir allí de hambre.

En la situación en que se había colocado, no le quedaba otra manera de vivir, que como salteador de caminos.

Al incorporarse, apoyó las manos en el suelo.

Con una tocó un cuerpo duro.

Miró lo que era, y abrió extremadamente los ojos.

Era una bellota.

Estaba en un encinar.

Pero como no había alzado la vista, no pudo verlo hasta que sus manos tocaron el cuerpo duro.

—¡Ya no me muere hoy de hambre!—exclamó, disponiéndose á comer las bellotas que habían sobrado al ganado de cerda que era cebado en aquel lugar.

Allí pasó el día.

Llegada la noche, pensó en seguir andando sin dirección fija.

¿Cuántas leguas anduvo sin tropezar alma viviente ni caserío alguno?

Lo menos diez.

Aquella soledad de los campos, era natural: los labradores estaban atemorizados desde que comenzaron los secuestros en Andalucía, pues de vez en cuando no faltaban partidas de bandoleros por ninguna parte.

Ya amanecía, cuando distinguió un caserío.

¿Qué hacer?

Aquella vida errante no era sostenible por mucho tiempo, y determinó entrar en demanda de algún socorro.

En aquel instante tuvo una feliz idea.

La de presentarse como víctima de los salteadores de caminos.

Al efecto se despojó de la casaca y los pantalones, y en ropas menores, y tiritando de frío, llegó y llamó con un «Ave María Purísima.»

La extraña presencia del caminante, no dejó de sorprender á los encargados del cultivo de la finca.

Un hombre medio desnudo y con el rostro quemado...

¿Quién podría ser?

De seguro se figuraron que era un desdichado: todo, menos un criminal.

—¡Amparad á un desgraciado que vive milagrosamente, hermanos!

Así dijo Hilario, á lo cual le respondieron:

—Pase, hermano: siéntese á la lumbre, y si tiene hambre, le daremos pan y leche, que es lo que por el momento tenemos.

—Dios les pague la buena obra.

Tomó asiento á la lumbre, y con avidez comió el pan y bebió la leche.

Entonces le dirigieron algunas preguntas.

Y como esto era lo que él deseaba, contó una historia de desgracias de la cual había sido víctima, terminando por decir:

—Persuadidos los criminales de que no podían conseguir rescate por mi persona, decidieron matarme de un balazo, ya que no me había muerto de hambre. Yo estaba sentado junto al fuego que habían encendido para calentarse y asar una pierna de carnero, única cosa que les quedaba del día anterior. ¡Qué tormentos pasaba sólo al olor de la carne chamuscada! Uno de los bandidos debía estar enfermo: no hacía más que quejarse de frío. Entonces me despojaron de mis ropas para dárselas á aquel hombre.

Hilario suspiró é hizo una pausa, que sus oyentes atribuyeron al dolor.

Pero en realidad obedecía á ganar tiempo, en el cual acabaría de dar forma á la fábula que estaba refiriendo.

Y prosiguió de este modo:

—Cuando más descuidados estaban, se oyó un tiro, y una bala penetró en la lumbre esparciéndo-

la. Los bandidos escaparon atropelladamente; pero yo no me libré de un golpe que me hizo caer de cara sobre el fuego.

Cuando pude levantarme, estaba sólo: no conocía el sitio en que me hallaba, y comencé á caminar á la ventura. Ya conocéis la historia de mis desgracias del momento: aquí me tenéis sin ropa, hambriento, sin recursos de ninguna clase, pues llevaba encima toda mi fortuna, la cual deseaba poner á salvo de tanto infame como ha nacido al calor de la revolución.

—Pero ¿de dónde veníais?—le preguntaron.

Como nada exponía en señalar un punto cualquiera, dijo sin titubear:

—De Murcia: antes había estado en Málaga, donde sufrí los horrores del asalto dado por Caballero de Rodas. Escapé del bombardeo, del robo, de la matanza... ¡para después caer en manos de los bandidos!

Compadecidos al oír aquel relato que nada tenía de extraño por aquellos días en que la vida, la honra y la hacienda estaban á merced del más osado, le dieron ropas, le obligaron á que descansara, y al día siguiente, con algunos recursos, aunque pocos, se alejó de allí, pretextando ir en busca de su familia.

Ya había algunas partidas de carlistas por Cataluña y las provincias vascongadas.

Es decir: partidas latro-facciosas, toda vez que al grito de viva Carlos VII y la religión, cometían

toda clase de desafueros, con reprobación de los verdaros carlistas, pues lo mismo atacaban á blancos que á negros, con tal de sacar utilidad de sus correrías.

Hilario pensó en unirse á aquellas gentes, pues era el único modo de resolver el problema de su vida.

Como carlista, libre estaba de castigo el día del triunfo de la causa absolutista, pues sus hechos, por ser contra los liberales, en el campo opuesto de seguro merecería elogios y premios.

Pero contra esto estaban sus pocas simpatías hacia la reacción; el ningún afecto que experimentaba por el titulado «duque de Madrid y Carlos VII.»

Tiempo tenía para pensar y para decidirse por esto ó por lo otro.

El desbarajuste que había en Madrid, donde estaba entablada la lucha de las pasiones y la guerra de la ambición, trascendía naturalmente á provincias.

Y ni las autoridades disponían de fuerza moral ni material, ni su falta de fijeza en la política que debían seguir, les autorizaba para cosa alguna de provecho.

Lo ocurrido en el cuartel de Valencia, había caído en el más completo olvido, pues las noticias de los sucesos de Tarragona absorbieron toda la atención.

En dicha ciudad, según se decía por referencias

de buen origen, había sido asesinado el gobernador interino, y como el propietario de Burgos, arrastrado por las calles.

La repetición de hechos tan escandalosos, tenía sobre ascuas á todas las autoridades civiles y militares.

Que no era soberano el pueblo, sino la chusma, la canalla.

El pueblo, si cooperó alguna vez á tales desmanes y crímenes, fué engañado; y tan luego como vió la verdad, huyó con espanto de aquellos que le deshonoraban.

El verdadero culpable de lo que había ocurrido en Tarragona, lo era el general don Blas Pierrad.

Y lo decimos, porque no sólo provocó el conflicto con su desconocimiento de la autoridad civil y la destemplanza de su lenguaje, sino que pudiendo evitar el asesinato, no lo intentó siquiera, continuando su carrera triunfal sobre el cadáver del representante genuíno del gobierno, y, por lo tanto, de la autoridad y *legalidad* vigente.

Que así lo creyeron todos, queda demostrado con lo que luego sucedió.

El general Pierrad fué preso: las turbas pretendieron ponerle en libertad.

Pero el gobernador propietario había tomado el mando, y dió orden de fusilar al general en las prisiones tan luego como alguno intentara sacarle de las de la cárcel pública.

Mas pasaron los días; los ministros subían y ba-

jaban del poder, como los cómicos por escotillón en las comedias de magia: el poder judicial no tenía tal poder más que en el nombre...

Y el general salió en libertad, y el bárbaro asesinato quedó impune.

Cada día iban peor las cosas.

Por horas empeoraban las circunstancias.

Y todo ¿por qué?

Sencillamente: porque la revolución de Septiembre no recibió el agua del bautismo en Cádiz.

Porque el pueblo fué engañado con halagadoras promesas.

Porque los jefes de aquel movimiento eran monárquicos, y no tuvieron valor y decisión para decirlo.

Querían el triunfo, y para ello dijeron «que la nación podría darse el gobierno que mejor le pareciera.»

Infame mentira que dió lugar á la ruina de la nación y á la pérdida de millares de hombres.

Y ¿para qué?

Para terminar restaurando en el trono de España á los Borbones.

¿Se quiere mayor sarcasmo?

¿Puede darse burla más espantosa?

Cuanto pasaba favorecía á Hilario, pues, atemorizadas las gentes, tan luego como veían llegar á sus puertas á un forastero, temblaban; y si sus

exigencias no eran muchas, tiempo les faltaba para acceder á ellas.

Y como Hilario era hombre corpulento y de fuerte musculatura, sólo con presentarse lograba pan cuando menos.

De esta manera llegó un día á una finca, donde había cinco hombres armados, causando grandes perjuicios y tratando de atropellar á las mujeres bárbaramente.

Aquella partida de latro-facciosos se imponía á las gentes de la finca.

Cuando Hilario se apercibió de lo que pasaba, ya era tarde para alejarse, pues le habían visto y dado el alto.

Y entre huir y avanzar, optó por esto.

El jefe le salió al encuentro, y por salutación le dió una bofetada.

Hilario montó en cólera, y lanzándose sobre aquel hombre, le derribó en tierra de un puñetazo en el pecho.

Al caer el bandido, se le disparó una de las pistolas que llevaba al cinto.

Hilario creyó que era un disparo que le había hecho, y, furioso, se arrojó sobre él, logrando estrangularle.

Natural parecía que los de la partida ayudaran á su jefe; pero, contra lo que era de esperar, aplaudieron á Hilario.

Y, no contentos con esto, le proclamaron jefe de la partida.

Tal sería el muerto, que hasta sus mismos amigos se alegraban de su desaparición.

Hilario no pudo resistir la tentación de ser jefe, y dijo á los cuatro hombres que formaban la partida:

—Debo advertiros que yo no consiento que se haga lo que aquí se preparaba: mis opiniones son otras. Se pide lo que haga falta; se toma, si no quieren darlo... Pero en ningún caso se atenta á las mujeres. En cuanto á matar, se mata cara á cara, como lo habéis visto... Ahora, si os convenigo como jefe, adelante.

El programa no disgustó á aquellos hombres.

Y mucho menos á los habitantes de la finca, que desde luego pusieron á su disposición cuanto había en la casa, en agradecimiento á haber librado á todos de una muerte cierta y de una deshonra inevitable.

Por el momento creyó Hilario que había resuelto el problema de su vida.

Pues no tan sólo disponía de hombres, sino que contaba con elementos bastantes para vivir.

Pero ¿cómo?

De esto no había llegado aún la hora.

Se encontraba satisfecho; soñaba quizás con un porvenir tranquilo no muy lejano, y la conciencia, dormida á causa de tantos y tan opuestos afectos, le dejaba ancho campo para forjar ilusiones.

Acababa de dar muerte á un hombre, y ni siquiera pensaba en él.

Cierto que de aquella muerte podía decir que había sido en defensa propia.

Pero ¿estaba en el mismo caso respecto á los que perecieron en la explosión, y, sobre todo, del infeliz centinela?

No; pero la naturaleza humana es así, y no somos nosotros los que lo hemos de enmendar ó variar.

La costumbre es el todo.

El que se cría entre inmundicias, siente repulsión hacia el aseo y los buenos olores.

Los que mueren asfixiados por los gases desprendidos del carbón, no se dan cuenta de aquel olor.

En cambio, cualquiera persona que penetrara de pronto en tal estancia, retrocedería instintivamente primero: luego, huiría con espanto.

En lo demás, ocurre lo mismo.

El hurto del pañuelo y de los veinte reales, le produjeron un efecto desastroso, porque no tenía costumbre de robar.

El asesinato del centinela, le produjo también horror de sí mismo...

Pero ya no le pasó lo propio al prender fuego á la pólvora, y respecto al bandido, se mantuvo indiferente.

Sus inclinaciones no eran malas mientras estuvo entre gentes honradas.

Pero colocado entre ladrones, y sabiendo que, tan luego como le cogieran, le conducirían al pa-

tíbulo, su ser cambió en relación directa á las circunstancias, y fijo tan solo en su provecho aceptó cuantos medios pudieran conducirle al fin que se proponía.

Su hijo, aquel hermoso niño que había dejado con el señor Diego, tornó á borrarse de su imaginación.

Que tan luego como abandonó la finca, supo por unos labradores, que andaban por allí cerca dos columnas de tropa de línea, en persecución de los *merodeadores*.

Que así llamaban aquellas gentes á los latro-faciosos, como el mejor medio de no incurrir en el desagrado de los perseguidos ni de los perseguidores.

En vista de tales noticias, decidió Hilario dirigirse lo antes posible á las montañas de Cataluña.

Por aquellos terrenos, cuatro hombres podían burlar perfectamente la persecución, y hasta realizar alguna sorpresa picando las retaguardias.

El sistema de los guerrilleros de la guerra de la Independencia, así como el de los cabecillas de la guerra de sucesión, pretendía Hilario ponerlo en práctica.

Pues de continuo exclamaba:

—¡Si yo llegara, como Mina, á ser dueño de Pamplona! ¡Si yo pudiera, como Cabrera, dominar en el Maestrazgo!...

Hilario no pensaba en que ni los tiempos, ni sus aptitudes, eran las mismas.

Tanto Mina como Cabrera, habían tenido ideas propias y supieron sostenerlas.

Ambos estaban fanatizados.

Mina, por la libertad.

Cabrera, por la religión.

Pero por esa religión que predica la muerte y el exterminio, y que no es ni puede ser la del Divino Nazareno.

¿Estaba Hilario en igualdad de circunstancias? ¿Contaba con el genio militar de cualquiera de aquellos dos hombres?

No.

Pues soñaba despierto, al recordar tales nombres y al aspirar á ser lo que aquellos fueron.

Además: aunque cruel y sanguinario, Cabrera no mereció el nombre de asesino en los principios de su carrera militar.

Al menos, por su mano, no había cometido tal delito, hasta que, herido por la desastrosa muerte de su madre, mandó fusilar á las señoras que tenía en rehenes, y no prisioneras como algunos han pretendido sostener.

En cambio, él había comenzado por robar en los momentos en que menos justificación podía tener, toda vez que el padre Atanasio le había dicho que se marchara á su casa y allí le esperase.

Y después había asesinado.

Por otra parte: tanto en la guerra de la Independencia, como en la civil, había falta de generales.

Después de la revolución, sobraban individuos de altas graduaciones.

¡Desdichado Hilario!

En poco tiempo, de hombre honrado y trabajador se había convertido en un ser despreciable y digno de los más ejemplares castigos.

¿Podía tener buen fin?

Ya veremos á lo que estaba predestinado.

CAPITULO V

Ésiones bastardas.

DE los primeros y lamentables sucesos de que fué teatro Madrid, no bien triunfó la revolución, se culpó hipócrita y falsamente al pueblo.

Pero bien pronto se pudo ver que los que atropellaban las leyes, los que hacían escarnio de sus propias palabras, eran los señores de la Junta.

Un día se embargaban cuarenta baúles, bajo el pretexto de que debían ser de González Bravo.

Otro, sin auto judicial, allanaban el domicilio del primero que se les ocurría.

En provincias pasaban cosas semejantes.

Por ejemplo: la Junta de Sevilla acordó la supresión de *treinta y cuatro* templos, entre parroquias y capillas.

Esto podría haber pasado, si á renglón seguido

no hubieran decretado la libertad de cultos, y autorizado la fundación de una capilla evangélica.

¿Qué entendería por libertad la Junta de Sevilla? ¿Qué por libertad de cultos, cuando suprimía uno?

Y no contenta con suprimir, la Junta mandó demoler.

Cincuenta y siete templos, entre grandes y chicos, cayeron al suelo.

¿Había venido la revolución á eso?

¿Se restauraba de aquel modo la honra de España?

¿Era justo arrojar á las calles á personas que, al amparo de las leyes, no las habían pisado desde la niñez?

¿Era justo profanar sepulcros venerandos, destrozar riquezas artísticas y anular glorias nacionales?

Pero ¡ah! cuando se increpó á aquella Junta por su conducta, se escudó diciendo:

«Había que dar de comer al pueblo.»

¡Siempre el pueblo!

Pero para descargar en él cuanto malo y detestable se hace.

Más en armonía con los deseos del verdadero pueblo, Valencia y Palma de Mallorca declararon vigente lo dispuesto por Carlos III, y, por lo tanto, la expulsión de los jesuítas.

En Málaga también se acordó algo que tendía á favorecer al pueblo.

Fué esto disponer que los bautismos y los entierros de los pobres se hicieran de balde, pero con decencia, así como suprimir los pagos llamados *de ofrenda*, y que salían de los bienes de los finados.

Respecto á estas *ofrendas*, ocasión hubo en que llegó á importar más que capital disponible había quedado.

En Valladolid se acordó la supresión del Seminario. Todo estudiante asistiría á la Universidad.

En Segovia se suprimieron todos los conventos de monjas que no tuvieran más de dieciséis profesas.

Como se ve, ocho ó diez de las provincias de España se habían declarado contra la Iglesia Católica; pero sólo dos ó tres procedieron con arreglo á los deseos del pueblo, al par que á lo consignado en el manifiesto de Cádiz.

En buena ley, debían quedar las cosas como estaban, hasta que las Cortes decidieran.

Pero no: cada Junta se juzgó una potencia de primer orden, y comenzó á legislar según se le antojó.

Y para que nada faltase, comenzaron á llegar noticias de diferentes puntos, en los cuales se habían promovido grandes tumultos y escándalos, al grito de «viva la religión, muera el gobierno provisional.»

De este modo llegaron las elecciones, de las cuales puede decirse que espantan vistas al través de

los años, y que horrorizaron á sus mismos autores.

Si fuéramos á enumerar los puntos donde hubo muertos y heridos, y donde las tropas hicieron fuego contra las masas, tendríamos que llenar muchas páginas con nombres de distritos.

Por esto nos limitaremos á decir, que ni en una sola localidad se realizó la votación sin algún trastorno.

Respecto á Cádiz, donde las cosas llegaron á mayores, ya nos hemos ocupado en el libro anterior.

Y hé aquí á Cartagena, á la liberal Cartagena, persiguiendo á un pastor protestante, porque en un sermón dijo «que la Madre de Jesús fué Virgen antes del parto, en el parto y después del parto; pero, según afirman los Santos Evangelios, después tuvo otros hijos con su esposo José.»

En efecto, así se lee en las Escrituras; pero los intérpretes católicos lo niegan en redondo, y los hijos de Cartago Nova la emprendieron con el evangélico, el cual se libró de una muerte cierta refugiándose en un buque anclado en el puerto.

Y mientras tanto, aquellos perseguidores que se titulaban *republicanos librecultistas*, atropellaban los conventos de monjas y blasfemaban en alta voz.

¡Republicanos librecultistas!

¿Cuántos hombres del pueblo había entre ellos?

Por aquellos días tratamos de averiguarlo, y resultó que tan sólo un oficial de carpintero y un maestro albañil.

Para que se forme el amable lector una idea de lo que pedían algunos, vamos á copiar un párrafo de una proclama lanzada al pueblo en vísperas de elecciones.

Dice así:

«¡Mártires del siglo XIX! ¡Hijos de seis mil años de pruebas irritantes!... ¿Por qué vamos á pelear? Si no os conocéis á vosotros mismos, es imposible que sepáis pedir con la convicción necesaria todo aquello á que tenéis derecho, y que es la condición indispensable del desarrollo de vuestra vida; de esta vida, rebósando de dolorosas y punzantes privaciones, de esclavitud y de ignominia. Sí; de ignominia y de envilecimiento, porque la vida, llevada en oposición constante contra sus principios esenciales y constitutivos, es una vida repugnante y apóstata contra sí misma; una puñalada cobarde y traidora del hombre contra el hombre, su igual y por su igual, sufrida y aguantada con toda la pesadez y la calma de los esclavos tiempos del paganismo, en medio de una sociedad que se titula á sí propia cristiana-católica. ¿Por qué vamos á pelear? Vamos á pelear porque el trabajo sea el único fundamento del derecho de propiedad; para que el que hace la casa, tenga un retiro propio donde guarecerse; el que hace zapatos, no ande descalzo; el que hace vestidos, no esté desnudo... Y mientras tanto, los que nada trabajan ni nada hacen, gocen de todos los placeres, de la agricultura, de la industria, de las artes, de las ciencias

y de todos los *progresos* y *adelantos* de la civilización moderna.

De esto al socialismo puede decirse que no había distancia alguna.

Los que no se atrevieron á proclamar la república como forma interina de gobierno, habían llevado al país en masa á los mayores delirios y á las aberraciones más espantosas.

Había llegado la hora de conocer la verdadera voluntad del país.

Así, al menos, lo decían los ministeriales al ocuparse de las Cortes.

De unas Cortes amañadas y que llegaban para resolver asuntos tan árduos como la forma de gobierno y la promulgación de un Código fundamental, bajo la presión de un gobierno que ni trato quería con los demócratas, y mucho menos con los republicanos, y que al propio tiempo era monárquico sin tener rey.

Desde las primeras sesiones se pudo notar que muchos representantes del país pertenecían «á la clase de mudos.»

Esto es: que, traídos por el gobierno, y no elegidos por el pueblo, ocupaban un asiento tan sólo para decir un *sí* ó *no*, según les ordenara el gabinete.

También se vió desde el primer instante, que los demócratas, á cuya cabeza figuraba Rivero, deseaban una monarquía tal, que el jefe del Esta-

do resultara una figura decorativa... menos aún que un presidente de una república.

Por su parte, los republicanos ocultaban cuidadosamente la forma que deseaban aceptar.

Y los socialistas eludían toda ocasión de sostener en el Congreso lo que habían predicado á las masas, dando con ello motivo á las calamidades que en especial cayeron sobre Andalucía.

Todos aquellos hombres juntos se habían burlado mil veces del general Espartero, porque tenía por lema «cúmplase la voluntad nacional.»

Pero lo habían olvidado, y sin reparo alguno repetían las mismas palabras.

Pero ¿no disponían ellos de esa voluntad? ¿No representaban al pueblo? ¿No traían mandato de sus electores? ¿No consignaron sus opiniones al solicitar los sufragios de todos?

Pues entonces ¿por qué andaban tan medrosos para decir qué eran y qué pretendían?

¡Ah!

No había tal voluntad nacional, pues faltaba unidad, y hasta mayoría, en la solución del problema.

El país estaba desquiciado por completo; la inteligencia entre unos y otros faltaba, y la máquina, impulsada por fuerzas contrarias, acabaría por estallar.

Que aquellas Cortes no eran la representación de la voluntad nacional, lo demuestra el poco entusiasmo que hubo para votar.

En otros tiempos, con sufragio restringido, solían acudir á las urnas más electores.

Algunos días llevaba Hilario en compañía de su gente, cuando de una vez supo quiénes eran y lo que querían.

Que uno de ellos le pidió permiso para ir á Barcelona, asegurando que volvería con ocho ó diez hombres más.

Hilario tenía á aquella gente por carlista, si bien no tan fanática como otros que anteponían el rezo á todo lo demás.

Y casi estaba arrepentido de haber aceptado la jefatura.

De aquí que pensara que aquel hombre deseaba abandonarle; y como esto le agradaba que sucediera, sin reparo alguno le otorgó el permiso.

Dos días después tornó seguido de otros cuatro.

Venían cargados de papeles impresos de los que aquellos días habían circulado por Barcelona, donde vieron la luz, y desde donde fueron enviados á provincias.

Entre aquellos papeles había una especie de cartilla, que tenía por título:

«*Catecismo.*»

Después decía:

«Cartilla ciudadana, que contiene:

»Las obras constitucionales.

»Los mandamientos de la ley suprema.

»Los mandamientos de la política.

»El Credo.»

Hilario tomó aquel folleto, y, comenzando por el *Credo*, leyó:

«Creo en Dios y en la Junta revolucionaria, creadora del bienestar y de la libertad; creo en la libertad, su única hija y señora nuestra, que fué concebida por obra de la marina y del ejército, y nació de la divina voz del pueblo, que padeció bajo el poder de los Borbones.»

Hilario no quiso leer más, y, llamando á uno de sus compañeros, le preguntó:

—Pero ¿qué significa esto?

—Nuestra obra.

—¿Cómo?

—De este modo: todas estas herejías y blasfemias están escritas por los prohombres de nuestras ideas, con el fin de desacreditar la revolución.

—Eso es otra cosa—respondió Hilario, que aparentó estar conforme, con el fin de saberlo todo.

—El catecismo está escrito por un señor canónico que sabe más latín que San Jerónimo. En su trabajo le ha ayudado otra dignidad eclesiástica de *muchas campanillas*, y la idea dicen que fué de un señor obispo que estima mucho á nuestro rey don Carlos VII.

—De modo que estos papeles...

—Como el fin es bueno... Yo, por lo menos, estoy absuelto.

—¿Y los demás?

—Tan luego como lo soliciten.

—Lo solicitaré.

—En este otro papel están los nombres de las personas que debemos presentar como aptas para ser reyes de España; porque lo único que nos está prohibido, bajo pena de excomunión, es gritar en favor de la república.

—¡Yá!

—En particular nos es lícito todo; hasta presentarnos como socialistas.

—Y ¿qué nombres son esos?

—Oidlos.

Y desdoblando un papel, leyó:

«Don Casto Méndez Núñez: don Nicolás María Rivero (emperador): don Francisco Topete: don Francisco Serrano Domínguez.»

—¡Pero es absurdo!

—Pues por lo mismo. Y como el candidato más probable es hoy por hoy el duque de Montpensier, se ha hecho una gran tirada de una circular de la Junta revolucionaria, en la cual se dice lo que voy á leer ahora:

«El duque de Montpensier fué quien, hasta lo último, alentó á su padre para que resistiera al pueblo: fué quien, en 1855, se hizo acreedor á solemnes censuras de un ministerio liberal, por haber rendido en Venecia público homenaje al conde de Chambord; él, que jamás, ni aun en sus funestos excesos de ambicioso delirio, ha querido entenderse ni ligarse con el partido liberal español; él, que

ahora mismo inspira publicaciones neo-católicas francesas...»

—Basta: ya veo que Montpensier tendrá que renunciar á sus deseos.

—Para ello se cuenta con el infante don Enrique, que le odia.

Las noticias que circulaban en Barcelona eran ciertas.

En la hermosa ciudad tenían relación exacta de cuanto pasaba en la corte, y prevaleándose de las circunstancias, el elemento carlista del Principado hacía cuanto estaba de su parte para atizar la tea de la discordia.

En realidad, no hacía falta que se tomasen aquel trabajo, que, después de todo, resultó indigno, indecoroso, impropio de los que blasonaban de católicos, no siendo otra cosa que infames especuladores con las desdichas de la patria.

Porque es digno de respeto en sus ideas, aquel que vierte su sangre en defensa de un ideal; pero no merece consideración alguna, aquel que hiere por la espalda y cubre su rostro con un antifaz para gozar impunemente de sus maldades.

Y llámese *blanco*, ó llámese *negro*, para nosotros es igual: que en todas partes hay hombres honrados, y en ninguna faltan canallas.

¿Qué calificativo merecían los que lanzaban aquellos escritos á la publicidad, siendo ellos los primeros llamados á anatematizar los ataques á las personas y cosas religiosas, y á defender el catoli-

cismo, no con un fusil, sino con la palabra de Dios «que es espada de dos filos?»

Esto pensaba Hilario, y él, que había cometido crímenes, se horrorizaba de la conducta de aquellas gentes.

Razón tenía.

Sus delitos, cometidos estaban contra el hombre: los que aquellas gentes cometían, iban directamente contra Dios.

Él, había dado muerte á seis hombres... pero, ¿cuántos morirían al calor del entusiasmo que despertaba en los ignorantes aquel catecismo del pueblo?

Entre los hombres amantes de las ideas antiguas, encendía el deseo de pelear: entre los que pretendían ir más allá de lo justo, la impiedad, la ausencia de la caridad, única virtud eterna, según afirma San Juan el Teólogo en su admirable *Revelación*.

En otras circunstancias, Hilario se hubiera apartado de aquellos hombres, que al cometer un robo se santiguaban...

Y cuando la empresa era ardua, ofrecían oraciones, penitencias, y hasta fusiles de cera á los santos, si les sacaba con bien.

¡La corte celestial cómplice de los delitos más bárbaros!

Pero las circunstancias lo imponían.

Hilario dió el primer mal paso, y ya puesto en la pendiente, tenía que llegar hasta el fondo.

Como jefe de aquellos que decían: «robamos, pero somos buenos católicos, porque confesamos y oímos misa,» nada le faltaba de lo necesario para la vida material.

¿Y su hijo? ¿Por qué no se acordaba de él?

Dicen «que cuando Dios quiere castigar á un hombre, le ciega.»

Para nosotros, esta afirmación de los católicos es una espantosa herejía.

Porque si el ser humano está cegado por la mano de Dios, Dios consiente, autoriza, empuja al crimen...

En buena lógica, el criminal lo sería Dios.

¿Puede admitirse tal absurdo?

¿Es comprensible que la justicia infinita llegue á mayor grado de perversidad que la humana?

Ignoramos la razón por la cual Hilario no se acordaba de su hijo; pero negamos en absoluto que fuese porque Dios le cegara.

¡Ah! Si aquel hombre hubiera visto en sueños á su hijo, ¿quién duda que así como huyó de la capilla, hubiera huído también de sus funestos compañeros?

Entonces, por medio de crímenes espantosos, puesto que fueron víctimas seres inocentes, eludió un castigo humano; y ahora, hubiera evitado ó atenuado un castigo divino.

Pero la figura de Eduardito no surgía en su mente.

¿Quién era el responsable de aquella defección,

que no sólo había de mortificar un cuerpo, sino también de poner en grave peligro su alma?

Lo ignoramos.

La mezquina inteligencia humana no llega hasta tal punto.

Ve las cosas, las oye y las palpa... pero jamás distingue las causas que las producen.

Y aquellos que pretenciosamente tratan de explicarlo todo, y de todo saberlo, no teniendo por dónde ni cómo dar solución al asunto, le echan la culpa á Dios.

A un Dios que sufrió como hombre todas las vejaciones imaginables: que espiró en la cruz entre dos ladrones, perdonando á los que le asesinaban.

La naturaleza humana es una contraposición de la esencia divina.

La lucha entre la materia y el espíritu que la anima, constante y sangrienta.

Pero el alma es fuerte en la justicia, y el cuerpo fuerte también en la rebeldía.

El espíritu tiene por armas el consejo, y por escudo la memoria.

El cuerpo empuña trozos de hierro, y se guarece tras el pecado.

Cuando el cuerpo cede, pues el alma no se rinde jamás, el hombre vive todo lo feliz que puede ser en la tierra, y puede y debe confiar en la eterna paz del alma.

Si Hilario se hubiera rendido á la evidencia; si en aquellos tristes momentos, en los cuales, por

culpas ajenas, llegó á carecer de pan, hubiese seguido los consejos del alma, nada de lo que pasaba hubiera tenido efecto.

Pero se dejó llevar de los impulsos de la materia, y se hundió en el cieno.

Quizás su alma, desde entonces anestesiada con el dolor de aquella conducta, perdió algo de su energía.

Quizás el letargo fuera largo, pero no eterno.

Hilario sólo veía el presente.

Estudiaba el medio de separarse de aquella gente, y no sólo no lo encontraba, sino que por momentos se iba identificando con ella.

Porque, si bien los carlistas sólo andaban en componendas secretas para después dar el golpe, como Cabrera se negaba á ponerse al frente de las huestes carlistas, las cosas iban despacio; pero esto no quitaba para que las partidas latro-facciosas fueran protegidas por los partidarios de don Carlos, y para que, como cabecilla, Hilario tuviese que adquirir compromisos con determinadas personalidades, entre las que figuraba en primera línea el clero.

Tanto fué así, que dos días después de haber conocido el catecismo del pueblo, escrito por el canónigo, se le presentó un señor cura, que le dijo:

—Vengo con encargo especial de absolver á todos vosotros de los delitos que hayáis cometido al castigar á los malditos liberales.

—¿Delitos?—preguntó Hilario.

—Quise decir *pecados*; porque es fácil, dada la debilidad y flaqueza humana, que al herir, al matar ó despojar á un enemigo de Dios, se experimente placer y alegría por haber dado muerte ó causado perjuicio al prójimo.

—¡Ya!

—Y como esto es pecado, tengo autorización para perdonarlo cuantas veces suceda, á fin de que vuestras almas puedan subir limpias al cielo.

—Es de agradecer.

—También estoy autorizado para conceder cuarenta días de indulgencia por cada soldado liberal que matéis, y plena cuando el muerto sea un general.

—Decidme, padre; ¿y si, faltos de elementos para luchar, se los pidiéramos á un carlista y los negara? ¿Qué debemos hacer?

—Si los tuviera y los negase, tratadle como á un negro; peor aún, puesto que su delito es mayor.

—Bueno es saberlo.

—¡Vamos viento en popa!

—Mejor.

—Ya sabemos de un modo positivo lo que ha pasado en Málaga: nuestros trabajos resultaron eficaces.

—Más vale así.

—Hicimos creer á la milicia que la iban á desarmar cuando sólo trataban de reorganizarla, y Caballero de Rodas, uno de los prohombres de la revolución maldita, ha entrado á sangre y fuego,

causando miles de destrozos. Lo sensible ha sido que nuestro emisario, codicioso de la destrucción de Málaga, y puesto á la cabeza de un pelotón, ha muerto.

—Lástima es.

—Pero, como todo aquel que muere en defensa de la justa causa, está en el cielo recibiendo el premio de su martirio. No alcanzarán perdón, en cambio, el coronel Burgos, el segundo comandante de Barbastro, ni el ayudante Verges, si llegan á morir á consecuencia de sus heridas. En cuanto á los muertos, todos están en los infiernos.

—Amén.

—¡Un revolucionario ametrallando á los que gritan viva la libertad! ¡Esto es hermoso, magnífico...! Y tendrá por término acabar con todos los herejes habidos y por haber.

Hilario comparaba aquel lenguaje con el del padre Atanasio, y más de una vez sintió impulsos de estrangular al cura.

Pero contuvo sus deseos, y vió la manera de sacar el mejor partido posible de aquellas circunstancias.

Al efecto, dijo:

—De buen grado partiría: en Cataluña hacemos poco de provecho: á lo mejor nos faltan municiones y pan, y corriendo grandes riesgos que pasan sin ser notados ni presenciados, tenemos que ir á buscar lo que nos falta á casa del enemigo, que se defiende tenazmente, y que nos produce no pocos

daños. En Andalucía, por ejemplo, se puede vivir mejor, y...

—Nada de eso; allí hay gente bastante; y si no sostenemos aquí las partidas, mal andaremos.

—Pero es que...

—Esta noche habrá dinero, y armas y cuanto haga falta.

—Tengo pólvora.

—Pues para mañana habrá hasta una acémila para que lleve la impedimenta.

En efecto: hicieron una marcha de tres leguas, y llegaron á un pueblecillo.

Como era de noche, las calles estaban oscuras y solitarias.

—Haced el menor ruido posible—les dijo el cura:—no conviene que se sepa lo que aquí tenemos.

Bien pronto llegaron á una casa, en cuya puerta llamó de un modo especial el cura.

La puerta se abrió, y todos penetraron en una habitación interior, cuyo testero estaba ocupado por un santo Cristo de talla, al cual alumbraba una lamparilla de aceite.

El cura se arrodilló, y dándose golpes de pecho, permaneció breve rato.

Después penetró en la estancia un hombre de alguna edad, que respetuosamente besó la mano al cura.

Y éste le dijo:

—Os presento al jefe de estas fuerzas: al cabeci-

lla Hilario. Tiene órdenes reservadas que cumplir, asume grandes responsabilidades, y su firma es garantía sobrada para que se le complazca.

—Así lo haré, padre: ya sabéis que mi mayor satisfacción...

—Es servir á Dios: todos lo sabemos.

—¿Y qué hace falta por el momento?

—El jefe de las fuerzas os entregará una lista firmada, y luego os dará un recibo que os sirva de garantía.

—Conformes; y si os parece, con el fin de que Dios nos ilumine á todos, rezaremos el santo rosario.

—Sí, pero de prisa, pues tenemos poco tiempo, y no conviene que las gentes del pueblo nos vean salir de aquí.

—Aún falta bastante para que raye el día.

En aquel momento penetraron dos mujeres.

Eran la esposa y la hija del dueño de la casa.

Ambas traían los ojos fijos en el suelo.

Pero Hilario pudo verles el rostro á las dos, notando que ambas eran agraciadas, pues la madre, mujer de unos cuarenta años, se conservaba bien.

En cuanto á la hija, frisaba en los veinte.

Ambas besaron la mano al señor cura: la hija con respeto: la madre con entusiasmo.

Después, y con un movimiento de cabeza, á los hombres de la partida.

El dueño de la casa presentó á Hilario como

jefe y amigo á su esposa é hija, y comenzó el rosario.

Al terminar éste, se rezó un Padre Nuestro por el exterminio de los liberales, y otro por el triunfo de don Carlos.

Durante el rezo, Hilario no había quitado los ojos de la joven; y ésta le había mirado algunas veces; pero más con curiosidad que con malicia, pues le habían hecho creer que todos los cabecillas eran hombres superiores á los demás.

Acabadas las oraciones, Hilario formuló la petición.

Y en buenas monedas de oro, le fué entregada la suma que juzgó oportuno pedir.

También le dieron armas mejores que las que llevaba la partida.

Y se despidieron.

Ya fuera del pueblo, se acercó el cura á Hilario y le dijo:

—Como hay que pensar en todo, bueno fuera que dispusieses algunos sufragios para las benditas ánimas del Purgatorio, y que al efecto...

—Ya os comprendo; y como no quiero que las ánimas queden disgustadas, decidme lo que deseáis que os entregue para ellas.

—Eso ha de ser á tu voluntad.

—No; á la vuestra.

—Pues dame cincuenta duros.

—Veo que las ánimas son muy modestas. Tomad, pues.

¿Qué efecto había producido en Hilario la visita de aquella noche?

Dos funestos: despertar su codicia con respecto á la hija del depositario de los fondos, y la ambición por el dinero.

¡Ya no deseaba alejarse de la partida de malhechores!

¡Pobre Hilario!

CAPÍTULO VI

Fuego, sangre y cieno.

PASARON algunos días desde aquel en el cual dió Hilario el dinero para las ánimas, sin que ocurriera novedad alguna.

Pero en aquel tiempo se arraigó más y más en él la codicia que había sentido hacia la hija del depositario de los carlistas en Cataluña.

Y como podía ir á verle sin correr riesgo alguno, cuando menos esperado era se presentó.

Bien recibido por el padre y por la hija, les dijo:

—Soy un hombre muy especial: lo que algunos llaman «rarezas mías,» me han perjudicado siempre; pero lo que entra con el capillo sale con la mortaja, y ya voy siendo viejo para cambiar.

—Pero ¿á qué viene todo eso?

—Á que no consiento infamias.

—¿Y habéis visto aquí alguna?

—Sí y no.

—Espero que os expliquéis, porque yo tampoco consiento cosa alguna que ataque á mi honra.

—No se trata de vos ni de vuestra hija: por ese lado nada tengo que objetar.

—Pues entonces, ¿por quién?

—Salvando los respetos que debo á los hábitos, diré que por el señor cura que me ha presentado aquí.

—¡Algo sospechaba!

—Me alegro de que la cosa no os coja de nuevas por completo.

—Y ¿qué es ello?

—Creo que puedo, y, por lo tanto, que debo hablar con toda confianza y con entera franqueza.

—Eso deseo.

—De no hacerlo así tendría que cambiar, y ya he dicho que soy viejo para...

—Vamos al caso, pues me tenéis con cuidado, y las dudas....

—Sí; son peores que las realidades, por tristes que sean.

—Así es.

—Pues voy al caso. Ese señor cura no es un defensor «de la justa causa,» sino un especulador con la religión y con aquellos que dan su sangre por ella.

—Proseguid.

—Y afirmo cuanto acabo de decir, porque á mí me ha traído á vuestra casa, más bien que para

que me facilitarais medios de sostener la partida, para llevarse él algo entre las uñas, con el pretexto de las ánimas. Esto es infame, digno de herejes... y, por lo que pudiera ocurrir, he venido á avisaros.

—Habéis hecho bien: yo avisaré á otras personas, y estad seguro de que le retirarán la confianza que en él tienen depositada.

—Á mí me dieron intenciones de pegarle cuatro tiros; pero me contuve, porque, vistiendo hábitos, sin estar autorizado para ello...

—Bien pensado: desde luego merece un castigo; pero no podemos ser nosotros los que lo apliquemos.

—Yo no sé el por qué las simpatías se engendran sin que nos demos cuenta de ello, y así como no me fué agradable el dichoso cura, en cambio...

Dirigió una mirada á la hija de aquel hombre, y luego añadió:

—Más vale que calle: mis palabras podrían ser mal interpretadas, y lo más oportuno será no decir lo que siento.

—Aquí podéis...

—Cuando menos se me tomaría por adulator. Mi sistema es demostrar con actos lo que siento: que «obras son amores, y no buenas razones.»

Al decir esto, tornó á mirar á la joven.

Y se encontró con los ojos de aquella niña, que, ruborizada, los bajó.

Seguramente su padre no hubo de apercibirse

de lo que pasaba, pues, preocupado con la política hasta la ceguedad, sólo tenía sentidos corporales para la causa de don Carlos.

Tampoco era fácil que le cruzara por la mente la idea depravada de Hilario, pues su hija, como ya hemos dicho, era una niña á pesar de sus veinte años, y de ella se cuidaba su madre con ese esmero de las familias fanatizadas, esmero que se reduce á cumplir los preceptos y frecuentar los Sacramentos, ó, lo que es lo mismo, á cubrir las apariencias y engañar al mundo, al par que se engañan á sí mismos.

Porque para ser un buen cristiano, es preciso «amar al prójimo como á nosotros mismos,» y la política, al mezclarse con la religión, en vez de amar al prójimo, le da contra una esquina.

La niña era una hipócrita consumada por educación, defecto que la hubiera perjudicado menos al no ir unido á una vida perezosa y sin preocupaciones de ninguna clase fuera del rezo.

Porque aquella persona que no tiene en qué ocuparse, oye con más atención la voz de la naturaleza.

Y, por lo mismo que ignora, quizás lo que más le convenía saber, para librarse de ello, fluctúa entre la falta de conocimientos, y lo que la ley natural les indica, y con más facilidad que los *despiertos*, caen, por estar *dormidos*.

El error dimana de la falsa interpretación que se le ha dado á las palabras bíblicas, que afirman

«que está maldito el que despierta al que duerme.»

Esto es; al que «abra los ojos al ignorante.»

Pero esto jamás puede entenderse con lo relacionado y previsto por la naturaleza.

Falta, aquel que encenaga á los jóvenes en los vicios: el que les induce, el que les proporciona los medios para que no cumpla con sus deberes de hijo ó de ciudadano.

Pero no delinque la madre que advierte á sus hijas de los peligros á que están expuestas aquellas que no tienen una idea de las afinidades entre el hombre y la mujer.

Lo que la madre no enseñe á las hijas de buena manera, llegan á saberlo de mala por personas extrañas.

Y llega la perdición.

Las leyes deberían castigar á esas madres que lanzan á sus hijas con una tupida venda en los ojos en medio de la sociedad, en la cual jamás faltan seres corrompidos.

¿Cuántos estragos no habían causado en un momento las dos miradas de Hilario?

Y ¿cuán lejos no estaban sus padres de lo que sucedía en el pecho de aquella joven, que rezaba por costumbre y hacía pasteles por rutina?

Toda su diversión, todo su entretenimiento, consistía en vestir y desnudar un Niño Jesús de talla que se conservaba en una urna de cristal.

Niño Jesús, al que tenía gran devoción, y por el cual juzgaba á los hombres.

Pues aun cuando parezca exagerado, la joven creía que los hombres, debajo de sus ropas, tenían una armadura de madera como la del Niño Jesús.

Porque así se lo había hecho creer su madre, como el mejor modo de conservarla en la *santa ignorancia*.

Después de unos momentos de recapacitar el depositario, dijo:

—¿Habéis expuesto que os gusta demostrar con obras vuestros sentimientos? ¿No es así?

—Así es.

—Pues voy á daros una misión delicada, que si sabéis cumplirla, os reportará grandes beneficios, los cuales podréis utilizar en provecho de nuestra causa.

—Dispuesto estoy á todo.

—Vais á ir á Barcelona.

—¿Con la partida?

—No: solo.

—¿Y qué hago de la gente?

—Darles suelta por cuatro ó cinco días, que son los que tardaréis en volver.

—Como dispongáis.

—Conviene que la gente descanse algo. Al efecto daréis á los duros á cada uno, á fin de que lleven algo á sus casas.

—Esta noche pensaba dar un golpe...

—Dejémosle para más tarde: lo principal es que

llevéis una carta mía á Barcelona. ¿Qué méritos puedo alegar en vuestro favor?

—Haber volado medio cuartel en Valencia, dando muerte á cinco ó seis liberales, con riesgo de mi vida, y haber matado también al centinela que estaba en la puerta de la capilla, pues querían fusilarme porque no era revolucionario, ni servía á gusto en el ejército de herejes.

—Basta, basta: con eso hay de sobra para que yo pueda recomendaros con eficacia.

Y se puso á escribir.

Pero de pronto, soltando la pluma, dijo á la joven que, cruzada de manos, estaba inmóvil como una estatua:

—Mira, Clotilde, lleva á este amigo donde esté tu madre, y en tanto que yo escribo, obsequiarle, pues es digno de nuestro afecto.

—Bien sabe Dios cuánto os lo agradezco, señor don...

—Llamadme Fernández y nada más.

—Pues bien, señor Fernández, os agradezco en el alma vuestras palabras, porque en realidad, buena falta me hace tomar algún alimento.

—Ya lo oyes, hija mía: Hilario tiene hambre: cumple con una obra de misericordia.

La ocasión que se le presentaba á Hilario, no podía ser mejor para sus infames designios.

Y sin guardar la formas siquiera, tan luego como salieron de aquella habitación, cogiendo á Clotilde por una mano, le dijo:

—¡Qué feliz soy en esta casa! ¡Todo es aquí santo, bueno y hermoso!

Clotilde no intentó siquiera separar su mano de la de aquel hombre.

Y como no respondiera, Hilario le preguntó:

—¿Sabéis, hermosa Clotilde, lo que es amor?

—Yo quería preguntároslo, pero no me atrevía á tanto.

En el primer momento, Hilario la creyó tonta, pero luego supuso que era hipócrita, por lo cual le dijo:

—Yo os diré lo que es amor; pero no ahora: cuando vuelva del viaje.

—¡Cinco días!

—¿Os parece mucho?

—¡Ya lo creo!

—No es cosa que se puede explicar en breve rato: además, conviene que estemos solos, para que nadie nos interrumpa. De modo que, en cuanto vuelva... una noche...

—Sí; después que todos se acuesten. Lo malo será que...

Como habían hablado y andado, Clotilde no pudo continuar, pues estaban en la puerta de la cocina, donde se encontraba la madre.

Pero Hilario estaba satisfecho: sus malévolos deseos, no encontraban obstáculos por lo pronto.

Aquella niña, tonta, hipócrita ó lo que fuera, allanaba el camino de su deshonra.

Clotilde repitió á su madre cuanto Fernández le

había dicho, y aquella mujer tan de pueblo, hizo grandes extremos al visitante.

Y le sirvió una comida sólida y bien preparada, aun cuando sin los atildamientos de la mesas aristocráticas.

—¿Conque váis á Barcelona?—le preguntó á Hilario.

—Así lo desea vuestro marido, y yo, que tengo un grato deber en complacerle...

—Allí veréis al señor cura que os trajo á esta casa para que la honráseis.

—Gracias, señora: el honrado soy yo: en cuanto al señor cura, es probable que le vea. ¿Deseáis algo para él?

—Únicamente «que no nos olvide.» Porque á la verdad, hay tan pocos buenos amigos en el mundo, que cuando se tropieza con uno...

—Sí; se desea tenerle al lado todo el mayor tiempo posible.

—Justo. Ya le iréis conociendo. ¡Qué modo tiene de explicar las cosas! ¡Yo me quedo con la boca abierta oyéndole!

—Lo creo.

—Cuando le explica á la niña la doctrina cristiana...

—¿Es su maestro?

—Eso querría yo, pues viviría en casa con nosotros. Pero no puede ser. Paciencia: no nos convendrá.

Hilario luchaba entre lanzar un taco y echarlo

todo á rodar, ó seguir sufriendo tanta hipócrita insolencia.

Pero en esto salió la madre al comedor por postres, y aprovechando Hilario los momentos, dijo á Clotilde:

—¿Por qué no habéis preguntado al señor cura qué es el amor?

—Ya dijo que me lo explicaría; pero como no fuí á confesar con él...

—¡Ah!

—¡Sólo me dijo!...

—¿El qué?

—Que el verdadero amor es una cosa tan buena, que hay que ocultársela á todos, para que no la codicien.

—¡Veo que es un sabio ese señor!

—¿Conque es cosa buena?

—No hay nada mejor en el mundo: como que es un precepto divino «amar al prójimo.» ¿No os lo dijo el señor cura?

—De modo, que para que haya amor es preciso...

—Un hombre y una mujer.

La madre se presentó.

Por segunda vez la conversación había quedado interrumpida, cuando llegaba á un punto álgido.

Clotilde lo deploró.

Hilario se felicitó de la interrupción, pues no deseaba proseguir, temeroso de que Clotilde bus-

cara en aquellos cinco días quien la enseñara á amar al prójimo.

Terminada la comida, recibió abierta la carta que había de entregar en Barcelana.

Pero Hilario cerró el sobre, diciendo:

—Os agradezco la confianza; pero no creo prudente hacer uso de ella.

—¿Qué dinero necesitáis?

—Tengo bastante.

—Pero la gente...

—Para todos hay.

—¡Este es el mundo! Mientras unos roban siendo ricos, otros...!

—No prosigáis.

Y después:

—Los ladrones de dinero son de poca importancia junto á los ladrones de honras. A esos sí que les tengo la guerra declarada. Estoy en acecho de uno: como le coja, yo le juro que lo pasará como merece.

Al decir esto se fijó mucho en la madre de Clotilde; pero no pudo advertir cosa alguna en su semblante.

Esto le desconcertó un poco.

Porque se preguntó:

—¿Es posible que me haya engañado?

Pero después añadió:

—Hay cosas que saltan á la vista, y esta es una de ellas. No, no pude engañarme: esta mujer deshonra á su marido: tiene amores sacrílegos con

el señor cura, el cual trata de extender su maldad hasta la hija en cuanto pueda. Pero yo lo evitaré, y en provecho mío.

Recriminaba lo mismo que estaba haciendo él, si bien con la atenuante de que no era sacerdote, y de que, como hombre viudo, podía reparar la falta que trataba de cometer.

Y con la agravante de que no pensaba en las consecuencias, pues estaba limitado á buscar la posesión de sus antojos tan solamente.

En el momento actual, fuera de esto, no se ocupaba de otra cosa.

Tomó la carta, y con ella partió en busca de su gente.

La partida se dió por muy satisfecha al recibir dos duros por persona, y prometió estar á los cinco días en el lugar en que se separaba.

Acto seguido, emprendió Hilario el camino de Barcelona.

En la ciudad condal, pudo conocer el estado de las cosas en España.

Y deducir de las noticias, que estábamos á punto de llegar á tales extremos, que tal vez se haría preciso una nueva intervención extranjera.

La sola idea de que Francia tornara á mezclarse en los asuntos de España, despertó el dormido patriotismo de Hilario.

—Todo antes que eso,—exclamó.

Pero ¿de qué medios disponía él para evitarlo?

Con la conducta que estaba siguiendo, con la que pensaba seguir, con la que, sin duda, por la fatalidad que le perseguía, había de coronar la obra de perdición, inaugurada con el robo de los pañuelos, lo único que lograría sería acentuar más y más las desgracias de la patria.

La Junta secreta carlista establecida en Barcelona, recibió al visitante y leyó la carta.

Dicha carta fué sujeta á un procedimiento químico, y aparecieron nuevas palabras que nadie hubiera podido distinguir entre los renglones.

Hilario no vió nada de esto, y no pudo llamar su atención.

Pero sí notó, que desde media hora después de la lectura, se aumentaron los agasajos que se le hacían, y que se hablaba delante de él con mayor libertad y desparpajo.

Para aquella noche á las ocho fué citado, pues convenía que presenciara una sesión de las muchas que celebraba la Junta, y enterado de todo, pudiera dar pormenores al señor Fernández.

Nadie le llamaba de otra manera, por lo cual creyó que aquel hombre ocultaba su verdadero nombre y apellido.

Invirtió el día en pasear por la ciudad y en hacer averiguaciones.

Cuantas noticias recibía, eran fatales para la patria.

El desconcierto no podía ser mayor, ni la situación más apremiante.

Las diferencias, las distintas opiniones que habían nacido del incoloro manifiesto de Cádiz, y que germinaron al comprender la traición de los hombres que habían destronado á la reina, traicionando al par al pueblo, llegaba al delirio.

—El pueblo es el que, como soberano, debe mandar,—decían unos.

—El derecho de elegir forma de gobierno para España es nuestro,—gritaban otros.

Y todos tenían razón.

Pero como no se la daban, estos y aquellos apelaban á la fuerza de las armas.

Esta estaba con el gobierno.

Y hoy una población, mañana otra, todas iban cayendo bajo el yugo opresor de los titulados *liberadores*, en vez de *liberticidas*.

Sangre, fuego y cieno, eran los elementos predominantes en España.

¿Se había acabado la raza de los héroes y de los hombres de honor?

¿Había llegado la sin par España á peores condiciones que Berbería?

¿Era éste un país de salvajes?

¿Un bosque de fieras hambrientas y sanguinarias?

Sí; todo eso y más era en aquellos días de vergüenza y de espanto.

Pero, ¿por causa del pueblo?

Eso no: el pueblo era la primer víctima de la perturbación mental de aquellos que debían ser el

dique en el cual se estrellasen las aspiraciones sin nombre.

El mal venía de arriba: en las altas esferas de la política, era donde estaba el cáncer que corroía la sociedad en masa.

Y el pueblo estaba imposibilitado para corregir tantos males, pues ni las elecciones de diputados á Cortes, de diputados provinciales, ni de concejales, eran una verdad.

En todas partes el amaño y el dolo: en todo sitio, imperante el agio y la voluntad de los falsos gobernantes.

Llegó lo hora señalada.

Las ocho de la noche.

Hilario se encaminó al punto de la cita sin demora.

Y fué introducido en una habitación que le pareció regia, donde había varias personas reunidas.

Al entrar, le pareció oír música.

No se equivocaba.

Los conspiradores daban bailes y conciertos para disimular ante el pueblo y engañar á las autoridades.

Esto lo conseguían.

Pero al propio tiempo irritaban al pueblo, que veía en aquellas fiestas domésticas un insulto á la miseria del país.

Hilario fué presentado como un hombre de ente-

ra confianza, al cual había que proteger, «pues en su día, España, la España católica, vería en él á una de sus más poderosas palancas.»

Y tomó asiento entre los conjurados.

Y oyó sus deliberaciones, en las cuales manaba el mismo fuego, sangre y cieno que en el resto de la nación.

Matar liberales, recoger dinero, sin reparar en la procedencia.

Autorizar hasta los actos más inmorales...

Y todo ello en nombre de la religión y de don Carlos, fué lo que pudo apreciar Hilario.

También se enteró, de que se preparaba un nuevo movimiento republicano en sentido cantonal.

Los carlistas, en unión de los moderados históricos que cayeron con doña Isabel, lo estaban preparando.

Había que debilitar al gobierno á toda costa, para después, triunfar.

Allí sonaron nombres de personas importantes, pues ni faltaban obispos, ni títulos de Castilla, ni banqueros.

De tal modo se presentaban las cosas, que Hilario creyó inevitable el triunfo de la reacción al estilo del año 23, cuando menos.

Terminada la sesión, se dió cuenta de los fondos recaudados.

Estos sumaban algunos millones.

Entre los ingresos, figuraba el robo de una teso-

rería de provincias, y la contribución impuesta á una pequeña aldea.

Y aquello se aprobó, porque según escuchó Hilario, «para defender la santa causa de Dios, todo era lícito, santo y digno de premio.»

La Junta acordó enviar respuesta al señor Fernández por medio de Hilario; para ello se encargó al secretario que escribiera «cuando sus ocupaciones se lo permitiesen.»

En tanto que esto sucedía, Hilario fué hospedado hasta con lujo, y se puso á su disposición cuanto pudiera desear.

Dinero, vinos y tabacos; y para que nada tuviera que apetecer, á más de una mesa espléndida y habitación comfortable, una familia que le mimaba «como á un hijo.»

Su única mortificación era tener que rezar el rosario después de la cena; mas cumplido con este precepto carlista, dueño era de hacer cuanto se le antojara.

Cuatro días estuvo viviendo de aquel modo, que hubiera deseado convertir en cuarenta, á no ser porque no dejaba de acordarse de la mojigata que le esperaba para que le explicase lo que era el amor.

¿Qué había pasado en el pueblo durante aquellos cuatro días?

Cosas estupendas.

Pero no por eso admirables bajo ningún concepto pues no en balde se trataba de un hipócrita, de

uno de esos seres que deshonran los hábitos que visten.

Dadas las personas, todo debía admitirse como moneda corriente.

Pero como moneda falsa que, no obstante, circulaba como de buena ley.

De ello daremos cuenta en el menos espacio posible; pero en capítulo aparte.

CAPÍTULO VII

El hombre propone...

No era cosa de abandonar un buen negocio.

Aquellos cincuenta duros que el señor cura había tomado de manos de Hilario «para sufragios por las almas de los carlistas que estuvieran en el Purgatorio, debido á los berrinches que les hubieran hecho pasar los liberales,» le agradaron tanto, que de nuevo fué en busca de la partida antes de lo que le parecía conveniente.

Porque la madre de Clotilde no le esperaba, lo cual era indicio cierto de que habían convenido en época más lejana.

Pero buscó la partida, y no encontrándola ni pudiendo adquirir noticias de ella, decidió hacer una visita clandestina á la señora de Fernández.

Al efecto se aproximó á la casa por la parte de la puerta, é imitando al graznido de una ave nocturna, esperó la respuesta.

Pasado un rato, repitió el mismo sonido por dos veces, y dijo:

—Como no me aguarda... ¡bien profundo tiene el sueño! De seguro que su esposo se estará santi-
guando á estas horas, para que Dios le libre del
agorero graznido que yo he dado.

En esto distinguió luz en una ventana que esta-
ba entreabierta.

—Vamos, me oyó: más vale así, porque me hu-
biera agradado bien poco pasar una noche entera
al raso.

Y luego añadió:

—La verdad es, que esta estúpida señora es ca-
paz de creer que vuelan los burros, con tal que yo
se lo diga. Lo más lejos que tenía de mi imagina-
ción, era lo que ha pasado. ¡Una mujer tan meti-
culosa, tan mística!... Como que no hay miedo de
que en su mesa se ponga cosa de carne en toda la
Cuaresma, aun teniendo bula, buleto y licencia del
Ordinario. Y, sin embargo, ella misma fué la que
á la cabecera de mi cama cuando estuve enfermo,
me abrió camino para...

En esto sintió que abrían la puerta del corral, y
frotándose las manos añadió:

—¡Ya está aquí!

En efecto, aquella mujer que en apariencias era
una santa, pues hasta para recibir á su amante lle-
vaba pendiente de la cintura el rosario, era la que
abría la puerta.

Y el cura entró diciendo con acento hipócrita:

—Santas y buenas noches nos dé Dios, hermana mía muy querida.

La mujer se arrodilló ante él y le besó la mano con marcado respeto.

El cura á la vez alzó la diestra, y bendijo á la adúltera sacrílega.

Sin hablar cosa alguna, ambos pasaron á una habitación baja, la cual se comunicaba con una capilla, en la que veneraban á una Virgen de talla, compañera del Niño Jesús, con el cual se entretenía Clotilde.

Asidos de las manos penetraron en la capilla, y arrodillados rezaron.

Cualquiera que les hubiera visto, creyera que se trataba de dos seres que no tenían su imaginación y su razón muy seguras.

Terminado el rezo, salieron de nuevo á la antecapilla, y hablaron de este modo y manera:

—Te habrá sorprendido que venga esta noche, cuando no te he avisado; pero tenía precisión de ver al jefe de la partida que os presenté, y como se me hizo tarde, no creí oportuno mandar recado ni presentarme á tu esposo.

—Habéis hecho perfectamente, padre: Dios me ha oído.

—¿Cómo es eso? Pues ¿qué ocurre?

—Que Fernández está irritado contra vos; pero muy irritado.

—Pero ¿por qué? Dímelo.

—Lo ignoro, señor.

—Debiste averiguarlo.

—No pude.

—Pues hay que hacer un poder.

—Lo haré por vos.

—¡Demonio de hombre! ¿Qué mosca le habrá picado? ¡Irritarse conmigo de ese modo, cuando no hago más que favorecerle en cuanto puedo! Eso es inexplicable.

—Yo no hago más que rogar á Dios para que me ilumine y pueda penetrar en su pensamiento.

—Pues en vez de pedir tonterías, lo que hay que hacer es aguzar el ingenio y, metiendo embustes, sacar verdades.

—Pero mentir es pecado.

—Cuando no se trata de favorecer á un sacerdote que tanto os quiere á todos, y en particular á tí. Lo que perjudica á un ministro del Señor, hay que evitarlo á toda costa. En obsequio de un sacerdote todo es lícito. De no ser así, pecarías al amarme, y ya ves que ningún mal has tenido en ello.

—Cada día estoy más satisfecha...

—¡Bueno, bueno! Ya hablaremos de eso: lo primero, por ahora, es que yo me marche cuanto antes.

—¿No os queréis quedar?

—No: tu marido puede levantarse temprano, y, al ver que yo ocupo la habitación que me tenéis destinada para cuando vengo, puede que diga...

—Diría que había tenido efecto un milagro, pues

con las puertas cerradas habíais llegado á vuestro aposento.

—Eso sería bueno al no estar irritado contra mí. Hasta que yo no sepa los motivos en que se funda... No soy tan tonto que voluntariamente vaya á meterme en la boca del lobo. Nada, nada; prefiero pasar la noche al raso ó buscar albergue en una posada cualquiera, á exponerme á un arrebató de ese hombre, que, blasonando de buen cristiano, se atreve á irritarse contra mí.

—Pero ¿no pensáis volver?

—¡Pues no he de pensarlo! Yo no empiezo las cosas para dejarlas sin terminar. Tu hija necesita de mis enseñanzas y consejos; tú también necesitas de mí, y yo de ambas, por lo cual... si pasa algún tiempo sin que sepamos lo que ocurre, búscame en el confesonario, y allí hablaremos.

—Iré todos los días á la primera misa.

—Y yo estaré esperándote siempre que pueda. Pero, ahora que caigo: ¿con quién confiesa tu marido?

—Con el padre Antonio.

—¡Malo!

—¿Por qué?

—El padre Antonio es un bendito de Dios que no sirve para el caso.

—¿Qué caso?

—El de averiguar la verdad y decírmela. Si confesara con el otro cura...

—Dice que no le gusta cómo confiesan.

—Señal de que tiene pecados gordos contra la causa de don Carlos; porque el tal cura es descendiente de los Tristanis de la primera guerra, y hombre de pelo en pecho. Pero me voy entreteniéndome demasiado, y cada minuto es un peligro. Adiós, hija mía; hasta que nos veamos en el confesonario. ¡Ah! No te olvides de llevar á la niña, para que yo la confiese.

—Su padre no quiere que...

—¿El qué no quiere ese beduino? ¿Que confiese conmigo?

—Dice que prefiere al padre Antonio.

—Ya se me va sentando en la boca del estómago el tal señor; pues verás cómo, en cuanto llegue á Barcelona, hago que le manden, aun cuando sea con ascenso, á otra parte cualquiera.

Y sin detenerse un punto, abandonó el asiento y se dirigió á la salida.

La noche estaba bastante clara, y podían distinguirse perfectamente los bultos.

Y Fernández, que no pudo conciliar el sueño desde que oyó los graznidos lanzados por el padre cura, abandonó el lecho y se puso á rezar.

Así estaba, cuando le pareció oír ruido; y temiendo «que fuera el demonio, que estuviera oculto,» se dirigió á la ventana para cerrarla bien.

Antes apagó la luz, para que el diablo no se enterara de que él tomaba precauciones contra el espíritu infernal.

Santiguándose llegó hasta los vidrios, y, sin que-

rerlo, le pareció distinguir dos bultos junto á la puerta.

La idea del demonio desapareció de su mente, y, en cambio, surgió la de una cuadrilla de salteadores, que ya le habían robado y huían.

Precipitadamente abandonó la ventana en busca de un arma de fuego, y con ella volvió á su observatorio.

Pero ya no vió cosa alguna.

Su valor no llegaba hasta el punto de bajar y registrar la casa.

Pero tuvo ánimos para dirigirse á la alcoba de su esposa, para dar la voz de alarma.

Temiendo asustarla, llamó con gran cautela.

Ya estaba allí la esposa sacrílega, y con no poco sobresalto, preguntó:

—¿Quién llama?

—No te asustes: soy yo. ¿Has oído ó visto algo?

—¿De qué?—preguntó ella sin abrir, pues se estaba desnudando á toda prisa.

—Abre y te lo diré: es preciso que registremos la casa.

—¡Dios mío!—exclamó ella cuando, en realidad, estaba ya un tanto más tranquila, al oír el tono en que hablaba Fernández.

Á medio vestir, ó, con más propiedad dicho, á medio desnudar, abrió la puerta.

Al ver á su esposo con una escopeta en la mano, temió que la matara, y precipitadamente se refugió en un rincón.

—No temas nada de mí, esposa mía: no estoy loco; que loco tendría que estar aquel que atentara á una mujer tan buena y tan santa como tú.

—Como vienes armado...

—Porque hay ladrones en la casa.

—¿Ladrones?

—Quiero decir que los hubo, pues yo les he visto salir por la puerta del corralón.

—No puede ser.

—Cuando te digo que yo les he visto.

—Pues yo te aseguro que has soñado despierto.

—Repito...

—Mira dónde tengo la llave de esa puerta que has visto abrir y cerrar.

—Pero ¿no han podido tener otra llave?

—Sí, han podido; pero siendo las tapias tan bajas, lo natural era que hubiesen saltado por ellas.

—Tienes razón; pero juraría...

—Vamos á registrar la casa; pero, por Dios, no despertemos á la niña.

—Hay que llamar á los criados.

—¿Para qué? Estoy tranquila; además, con ver tu despacho tenemos bastante: el dinero está allí.

Cubrió sus hombros con un mantón, y, llevando una luz en la mano, fueron al despacho.

Todo estaba en el más completo orden.

—¿Lo ves cómo has soñado?

—Sí, eso debe ser; eso ha sido: estaba pensando sin quererlo en ese infame que comercia con las ánimas de un modo harto descarado, y... hasta se

me figuró que uno de los ladrones iba vestido con hábitos.

—¡Qué sacrilegio!

—¡Hija, qué quieres! Hay hombres capaces de todo lo malo que se pueda imaginar, y ese hombre, por las noticias que voy adquiriendo...

—¿Pero te refieres á nuestro amigo, á tu protector?

—¿Pues á quién ha de ser?

—¡Cómo estás pecando!

—Pues hija, somos muchos entonces los que pecamos; porque todo el mundo habla pestes de él. En fin, con su pan se lo coma; por mi parte, ya hice lo que debía, y he rogado á Dios por él y por mí, para que me perdone si por ignorancia he pecado.

Con hombre de otras condiciones, difícilmente hubiera podido salir del atolladero aquella hipócrita viciosa, cuyo temperamento, igual al de su hija, le conducía á creer justo y bueno cuanto malo y detestable le agradaba.

Como faltaba poco para que amaneciera, el matrimonio se entretuvo en rezar de ese modo especial con que rezan los que lo tienen por costumbre, y no por devoción ni por creer que cumplen con un precepto divino.

Esto es: mezclando entre las oraciones asuntos particulares que acuden á su memoria, señal evidente de que no oran con el corazón, sino con los labios.

Tan luego como tocaron á misa de alba, misa que decía el padre Antonio, la esposa de Fernández se dispuso para salir.

Su esposo quiso acompañarla.

Pero ella le dijo:

—No creo que pueda convenir á tu salud salir de casa á estas horas: la tos te molesta mucho, y el frío de la mañana te haría daño.

—Á las ocho hay otra misa...

—Sí, á esa es mejor que vayas: así te habrás desayunado y no correrás tanto peligro; esta parroquia es muy fría.

—El pobre padre Antonio no dispone de medios para mejorar las condiciones del templo. De diez bautizos, de diez entierros y de diez casamientos, no llegan á la mitad los que le valen algo.

—Peor para él.

—Sí, desde luego; pero mejor para el prójimo. ¿Sabes lo que me dijo el otro día, hablando de este asunto?

—¿El qué?

—Pues óyelo: «Nada de lo que la Iglesia manda que se haga, debía costar el dinero. Todos los Sacramentos debían ser gratuitos; el que quisiera lujo, que lo pagara; pero los que se dieran por satisfechos con lo de ritual, nada.»

—Eso no lo hace nadie.

—Lo hace él.

—Y hay días que no tiene pan para comer unas sopas.

—Cristo no llevó dinero por ninguno de los milagros que hizo.

—Veo que... pero allá tú con tu conciencia. De todos modos, creo que debo decirte que pecas atacando de esa manera al clero.

—Yo ataco las costumbres que creo perniciosas, y nada más.

—Y como esas costumbres son disposiciones que emanan de Roma, censuras al pontífice y pecas mortalmente.

En esto sonó el segundo toque que llamaba á misa, y la adúltera se arrodilló ante su esposo, y, como siempre que iba á salir á la calle, le dijo:

—Dame tu bendición.

—¿Para qué quieres la bendición de un hombre que está en pecado?

—Porque eres mi marido, el cabeza de familia, y te debo obediencia.

El pobre Fernández se hallaba dominado por su mujer, que sabía de memoria cuanto había de decir á su marido, por habérselo enseñado su amante.

Al llegar al templo la infiel esposa, había dentro de él no pocos hombres y mujeres, que esperaban haber cumplido con el precepto de la Iglesia, para después encaminarse á sus quehaceres agrícolas y domésticos.

Los dos confesonarios que había en la nave central, estaban ocupados por dos sacerdotes.

No había que preguntar.

El amante se había quedado aquella noche en el

pueblo, y quizás en casa de alguna otra hija de confesión.

El disimulo, por parte de la adúltera, fué completo.

Pasó por el centro del templo, para que pudiera verla quien á ella le convenía, y fué á colocarse cerca del altar mayor.

Pero para verificar esto, cubrió su rostro con el tupido velo del manto; cruzó las manos en alto, y con paso trágico llegó al presbiterio.

Las mujeres que la vieron pasar, se hablaron al oído.

Unas, para llamarla «la santa.»

Otras, para denominarla «la carlista.»

Algunas, para murmurar de ella bajo distintos aspectos.

La misa comenzó.

El padre Antonio, anciano venerable bajo todos conceptos, pues no era hipócrita y procuraba llenar honradamente su alta misión sacerdotal, salió de la sacristía.

Los fieles é infieles se arrodillaron, y comenzó la conmemoración del cruento sacrificio.

Y fué de ver y de oír las actitudes y los suspiros de aquellas gentes.

Que unos besaban el suelo, y otros llevaban los pañuelos al rostro, cual si llorasen, mientras que por todos lados se oían quejidos lastimeros.

Seguramente nada de aquello debía hacer gracia al padre Antonio, pues el día del cual nos ocu-

pamos, después del *Sanctus*, se volvió al auditorio y dijo:

«Hermanos míos en el Señor:

»La Iglesia celebra en este día, y trae á la memoria de todos, las palabras que Cristo Nuestro Señor dirigió á los Apóstoles para hablarles de los hipócritas. De aquéllos que, sin fe en el corazón ni sincero arrepentimiento, aparentan santidad para engañar á las gentes.

»Esto pueden lograrlo fácilmente; pero, en cambio, no lo alcanzarán ante Aquél que lee en los corazones, sin que haga falta que el labio pronuncie las palabras.

»No son, hermanos míos, las exterioridades las que llevan al cielo: el mejor camino para la gloria del Señor, es el opuesto.

»Justo y bueno que demostremos con actos externos nuestro amor y nuestro temor al Creador; pero malo, y muy malo, que después de estos actos no sigan los latidos del pecho por la misma senda.

»Yo debo creeros arrepentidos de todos vuestros pecados, y con propósito muy firme de no volver á pecar...

»Soy hombre, y podéis engañarme con facilidad suma, porque mi deber es daros crédito: creer en vuestras palabras y actitudes.

»Y dicho esto, que debéis no alejar de la memoria y meditar sobre ello, os recomendaré que también tengáis presente que el fariseo que daba gra-

cias á Dios por haberle hecho *bueno, caritativo* y, por lo tanto, *justo*, pereció á los ojos del Señor.

»Y que, en cambio, el publicano que se alejó del templo llorando y diciendo *que era indigno de perdón*, halló misericordia en Jesús.

»Que aquél que se enorgullece es humillado; y, en cambio, el que se humilla es ensalzado por el Hijo del Hombre.»

Dicho esto, continuó la ceremonia.

El padre Antonio había esparcido la buena semilla.

Pero la tierra, en su inmensa mayoría, era estéril, y pocos granos fructificaron.

Terminada la ceremonia, las gentes abandonaron el local.

Pero la adúltera estaba á la rejilla del confesionario, desde donde el sacerdote celebrante echó la bendición.

Había que decir mucho en poco tiempo, y así lo hicieron.

Cuando ella terminó de referirle todo lo ocurrido, dijo él:

—¡De modo que desde hoy será difícil que nos veamos, y más difícil que tu hija oiga mis consejos y escuche mis enseñanzas!

—Desgraciadamente, sí.

—Pues yo veré de cambiar las cosas: que del mismo modo que protegí á tu marido, de igual manera podré perjudicarlo.

—Yo sufriré con paciencia...

—Tú no sufrirás nada en tanto que yo viva. Tu marido será excomulgado, y tú no deberás vivir con él... Entonces te convertirás en mi ama; ambos cuidaremos de tu hija, y viviremos en paz y en tranquilidad.

No se atrevió aquel infame á decir «en gracia de Dios.»

Como el tiempo apremiaba, el adúltero sacrílego sacó la diestra del confesonario; su sacrílega compañera la besó; la bendición criminal cayó sobre ella, y, en tanto que la penitente oraba ante un Santo Cristo de talla, el mal sacerdote hincaba la rodilla ante Jesús Sacramentado, aparentaba orar, y luego se encaminó á la sacristía.

Acompañando al padre Antonio, llegó con él á su casa, y con él tomó chocolate.

Aprovechando la ocasión, le dijo:

—Siempre os tuve por un sacerdote ejemplar; pero hoy he acabado de convencerme de ello.

—Creed que me mortifican los elogios.

—Pues pasad esto más, amigo mío, por Dios Nuestro Señor.

Y después:

—Un hombre de vuestras condiciones no debe estar sumido en un pueblo como este. Aquí no lográis que la santa semilla arraigue en ninguna parte. Y lo digo con fundamento, puesto que llevo algún tiempo confesando por temporadas en esta iglesia, y veo que las gentes son detestables.

—Pecadores arrepentidos desea Dios.

—Perfectamente; pero aquí no se arrepienten ni se enmiendan los pecadores.

—La carne es flaca: aun después de muerto el cuerpo, pecará.

—Sí; pero no es justo «que el justo padezca» tanto como vos sobre la tierra: ya vais estando viejo, y otros, con menos razón que vos, ocupan una canongía.

—Yo no la deseo...

—Eso no importa.

—Aunque viejo, aún puedo...

—Podéis y debéis obedecer las órdenes del prelado.

—¡Ah!...

Y sonriendo, dijo:

—Tomáis un chocolate detestable... pero, en cambio, otros lo toman exquisito á vuestra costa.

—Yo...

—Dais más de lo que tenéis; la parroquia produce poco; pero ese poco lo dáis, y... vamos, yo me opongo á que sigan así las cosas.

—¿Queréis que crea en mi eterna condenación?

—¿Por qué?

—Porque, parafraseando las palabras de aquel pontífice, diré: cuando fuí simple cura, creía en mi salvación; cuando llegué á párroco, dudé de salvarme... Ahora, que pretenden hacerme canónigo, estoy seguro de condenarme. Sí, amigo mío: cuanto más alto se coloca al hombre, más grandes son sus faltas ante Dios y mayores sus de-

beres... las dificultades aumentan... Dejadme ignorado del mundo; Dios me ve, y no me abandona... ¿Qué más puede apetecer el cristiano?

—Vuestro deber es salvar almas: San Pedro dejó, por voluntad divina, de ser pescador de peces, para trocarse en pescador de hombres... de almas para la gloria del Señor.

En los ojos del padre Antonio apareció una lágrima.

Y quedó solo y triste, pensando en lo que había escuchado.

Desde allí, y con la mente fija en el nuevo destino del padre Antonio y en la excomunión que pretendía lanzar sobre Fernández, recorrió algunos pueblos, para al llegar á Barcelona, poder exponer ante la Junta cuanto hubiera visto y cuanto pudiera inventar.

Debido á esto, no se encontró con Hilario en la ciudad condal.

Al presentarse á la Junta, expuso la conveniencia de destituir á Fernández, pues había fundadas razones para sospechar que administraba mal, y al propio tiempo recomendó eficazmente al padre Antonio para una canongía.

La Junta, prevenida contra él, pidió pormenores respecto al depositario.

Y el acusador, que iba prevenido, contestó que había encontrado algunos defectos en los libros, y un déficit al hacer el balance.

Y á las palabras acompañó unos apuntes.

Cuanto decía era cierto; pero Fernández lo ignoraba.

Confiado en aquel infame, daba lo que él disponía, y apuntaba con los signos que le mandaban.

De modo que, inconscientemente, estaba en descubierto.

Si el visitador hubiera querido, las cosas sucedieran de otro modo distinto, esto es, que habiendo desfalco, hubiera resultado moral la conducta del depositario.

Colocada la Junta en el dilema de tener que dar crédito á uno de los dos denunciadores, optó por oír á Fernández antes de condenarle.

Al efecto, y para evitar el escándalo que descubriría la verdad, nombró á un individuo de su seno, que girara una visita extraordinaria y diera sus primeros pasos para la formación de un expediente secreto.

Pero en esto se invirtieron algunos días.

El tiempo preciso para que llegara Hilario con la respuesta de la Junta.

Esta no podía ser más satisfactoria, razón por la cual, el portador de tan faustas noticias, fué obsequiado hasta el punto de ofrecerle, para aquella noche, la cama que se tenía dispuesta para el señor cura.

Hilario se juzgó dueño de lo que tanto codiciaba.

Pero como no conocía bien la casa, y á más no tuvo tiempo material para ponerse de acuerdo con

Clotilde, si bien no durmió ni un sólo minuto, vió amanecer como había visto anochecer.

Ni el menor ruido pudo escuchar en toda la noche.

Tan luego como fué de día y abandonó la habitación, encontró levantado al matrimonio.

La niña, en cambio, como madrugaba menos, no fué vista por Hilario.

Y desesperado, tuvo que ponerse en camino para unirse á la partida.

—¡Qué ocasión he perdido!—iba exclamando, cual si tratara de una cosa lícita y honesta.

En cambio, en la casa, todos eran elogios para Hilario...


Y el señor cura le elevaba á las nubes ante la Junta, y hasta le ponía por testigo de la infamia que había practicado contra Fernández.

Como que tenía la seguridad de que tan pronto como le viera y le ofreciese el puesto de depositario, declarararía en contra de aquel cuyo pecado principal era la credulidad y la confianza.

¡Cuántos desengaños iba á sufrir.

CAPÍTULO VIII

Rodando al abismo.

 EL día siguiente de los sucesos que quedan consignados en el capítulo anterior, se presentó el delegado especial para hacer un arqueo.

Con la mayor naturalidad puso Fernández á la disposición de aquel hombre libros y dinero.

Y cada vez que le hacían una observación, contestaba:

—El visitador general sabrá de eso: yo no hice más que anotar lo que él dijo, con las contraseñas que me dió.

Hecho un minucioso exámen de cuantos documentos guardaba, el delegado especial no juzgó conveniente proceder en consonancia á lo que se había acordado.

Que algo había visto que le hacía dudar del delator.

Desde casa de Fernández fué á la del padre Antonio, al cual preguntó indirectamente.

Los informes no pudieron ser mejores respecto á él.

El silencio que aquel buen padre cura había guardado respecto á la esposa y á la hija, fué otro nuevo dato para no llevar á efecto la destitución.

Y tornó á Barcelona.

El cura sacrílego, mientras tanto, fué en busca de Hilario, y le dijo todo lo que pensaba hacer, y lo que ya había hecho.

Cuando terminó, le dijo Hilario:

—¿De modo que Fernández será destituido en breve?

—Quizás lo esté ya.

—Y su esposa, divorciada de él, pasará á ser vuestra ama.

—Justamente.

—Y con ella, irá su hija.

—¡Claro!

—Y yo, por declarar en contra de Fernández, ocuparé su puesto.

—Lo juro.

—Pues... acepto. Y en verdad que un hombre sólo está mal en el mundo. De buena gana me casaba con Clotilde en plazo breve.

—Yo me encargo de arreglar eso.

—Pero ¿cuándo?

—Antes de un mes.

—Corriente.

—¡Ahora sí que marcharemos bien!

—¡Ya lo creo!

—Seremos los amos del dinero, y podremos ahorrar para la vejez.

—Eso es bueno. ¿Y cuándo nos veremos?

—Yo me marcho hoy mismo otra vez: en cuanto sepa el día designado para destituir oficialmente á Fernández, vendré, y juntos iremos allá.

—En lo cual invertiráis...

—Dos días.

—Pues... salud, y hasta la vista.

Tan luego como se separaron, Hilario tomó el camino del pueblo, y, por medio de un muchacho, le envió un recado á Fernández, para que fuese á una huerta inmediata.

El hombre acudió á la cita, é Hilario le dijo:

—¡Buena os la está jugando vuestro amigo el cura!

—Pues ¿qué hace ó qué ha hecho?

—Tened calma, y oídme.

Más de una hora invirtió Hilario en dar cuenta á Fernández de lo que sabía.

Éste estaba mudo de espanto: ni siquiera se le ocurría una palabra, ni un gesto, ni un ademán.

Era una estatua.

—Hay que tener valor para arrostrar los males. Esto... no llega á tanto, porque estando yo de por medio...

—¡Me han perdido!

—¿Os acusa la conciencia?

—No.

—Pues ya saldremos adelante.

—¿De qué modo?

—Todavía no lo sé; pero ya habrá algún medio. Lo principal es que celéis á vuestra esposa, pues temo que esté de acuerdo con ese infame.

—¡Dudar de mi mujer!

—Y ¿qué remedio? Aquellos ladrones que salían sin llevarse nada que se pudiera ver...

—¡Les mato!...

—Nada de eso: hay que confiarles, para que caigan en el garlito y no tengan escape.

—¡No respondo de mí!

—Pues hay que hacerlo. ¿Cómo vais á probar que os estaba deshonrando un señor cura?

—Yo...

—Como á vuestra casa sólo puede ir de noche, y en mi busca sólo puede venir de día, lo mejor será que yo duerma en vuestra casa, sin que vuestra esposa lo sepa.

—Eso es fácil.

—Pues entonces dejad lo demás por mi cuenta; y tan luego como oigamos la lechuza... Pero tengo otra idea: esta noche, á las diez, os espero aquí.

—¿Para qué?

—¿Confiáis en mí?

—Confío.

—Pues no faltéis.

El resto del día lo pasó Fernández encerrado en su despacho dando vueltas á los libros, y sin que-

rer dar crédito completo á lo que había escuchado.

Así llegó la noche, y los dos hombres tornaron á reunirse antes de la hora señalada.

Desde allí se fueron á la puerta del corralón, y en ella imitaron á la lechuza por dos veces.

Un momento después, se veía luz en la ventana de la habitación de la adúltera.

Cinco minutos más tarde, la puerta se abría con el mayor silencio.

Y Fernández, abalanzándose como un loco sobre su mujer, dijo con voz ronca, más por la emoción que por la ira:

—¡Infame!... ¡Me estás deshonrando!

Natural parecía que aquella mujer sorprendida de tal modo por su esposo, gritara, se desmayase, ó pretendiera huir...

Nada de eso.

Cayendo de rodillas ante su marido, dijo con acento natural:

—Yo lo hacía por tu bien.

Poco faltó á Hilario para soltar la carcajada.

Que sabido es la facilidad con la cual en los actos más serios de la vida, asoma la risa á los labios.

Pero se contuvo y dijo:

—Vamos á quitarnos de aquí. Podría llegar la verdadera lechuza, y no conviene perder momento. Allá arriba veremos lo que conviene hacer.

Atendidas las palabras de Hilario, después de cerrar la puerta, penetraron en la casa.

La escena que allí tuvo lugar, fué culminante; pero como no nos interesa, sólo diremos que se descubrió toda la verdad á los ojos del marido, y que Hilario trazó el plan que debía seguirse para coger al señor cura.

Este bramaba como la fiera acorralada en aquellos momentos.

La destitución de Fernández estaba acordada, pero en cambio también á él se le quitaba el cargo, imposibilitándole para ejercer otro alguno.

Sus planes habían caído por tierra en absoluto, y esto le tenía furioso.

¿Cómo presentarse á Hilario sin cumplirle lo ofrecido?

Esto era imposible: la mujer sacrílegamente amada se le escapaba, y el negocio en dinero que pensaba realizar con Hilario también.

Tales cosas no eran tolerables para un hombre de sus condiciones morales.

Y dispuso cometer una nueva felonía.

Al efecto reunió algunos hombres, y con ellos se puso en camino.

Su intención era, de grado ó por fuerza, llevarse el dinero y con él á Clotilde y á su madre si era preciso.

El plan le pareció facilísimo de realizar.

La puerta quedaría franca para él y los que le acompañaban...

Y una vez dentro, matar á Fernández con el mayor sigilo posible, robarle cuanto tuviera, escapar

con las mujeres, cerrar de nuevo la puerta, y que la justicia buscara luego á los criminales.

Todo aquel que en los asuntos procede criminalmente, deja un cabo suelto, comete un error que le delata.

Y el cura discurría torpemente.

Porque ¿dónde habían de estar los criminales más que con la mujer y la hija del difunto?

Llevadas por la violencia, ó de buen grado, ellas, al huir de su casa, debían conocer los detalles.

Pero el cura arreglaba esto diciendo:

—Ellas huyeron de los ladrones y asesinos, y sabiendo que yo era el protector del muerto se refugiaron en mi casa.

Y como él se daba por satisfecho con esto, creía que la justicia haría lo mismo en cuanto hablara de aquel modo.

La infiel esposa estaba encerrada.

Pero para todos, incluso para Clotilde, aquello era porque cumplía una penitencia que ella misma se había impuesto.

En aquellos días tuvo Hilario algunas ocasiones de las que tanto había buscado.

Pero, astuto, no quiso aprovecharlas.

Habían pasado tres días: Fernández estaba destituido oficialmente... pero el cura no parecía para cumplir su palabra, ni llegaba el hombre al cual se le había de hacer la entrega.

Mas á la cuarta noche, se oyó la lechuza.

Hilario y Fernández, bien armados, se dispusieron á bajar.

—No hagáis fuego; dejadle que entre: es lo mejor que le cojamos vivo y que se lo llevemos á la Junta.

Así dijo Hilario, y bajaron.

La puerta se abrió, y el cura entró decidido.

Cuando pudo comprender la torpeza con que hubo de proceder, los seis hombres que le seguían estaban dentro.

No era posible retroceder, y el cura disparó un pistoletazo sobre Fernández, que cayó al suelo.

Hilario hizo también otro disparo, y cayó el señor cura.

Los que seguían á éste echaron á correr.

Hilario, sin cuidarse de los que se agitaban bañados en sangre, tornó á la casa, se apoderó del dinero que pudo...

Y encontrando medio desnuda á Clotilde, le dijo:

—¡Sígueme: tu padre lo manda!

La joven obedeció.

Cuando acudieron los vecinos, encontraron el cadáver del cura y á Fernández desmayado.

Había perdido mucha sangre.

Pero la herida no era mortal de necesidad según el médico.

Estaba en la cabeza: por eso cayó como herido del rayo.

La esposa de Fernández fué sacada del encierro, y como no supo explicar lo que había ocurrido,

pues lo ignoraba, la justicia se puso en persecución de fantasmas.

Tal era la preocupación de aquella mujer; desde que reconoció el cadáver de su amante, al cual dijo no conocer, que ni siquiera se acordaba de su hija.

Sin que Fernández diera señales de vida, esto es, hablara ó se moviera, pasó todo el día.

Ya por la noche, la madre se acordó de la hija. Fué á buscarla; preguntó á los vecinos, creyendo que alguno la tendría recogida...

Pero no la halló por ninguna parte.

Como ignoraba que Hilario hubiese estado allí, mal podía sospechar de él.

Hilario había marchado en dirección á Barcelona.

Había preparado una comedia en combinación con Clotilde, que, amaestrada en pocas horas, era materia dispuesta para mentir en cuanto pudiera favorecer á Hilario.

Con ella se presentó, diciendo:

—Según me comunica esta joven, que ha solicitado mi auxilio, en su casa penetraron ladrones noches pasadas. Y según los detalles que conoce, de la refriega que se trabó resultaron dos hombres muertos, siendo uno su padre y el otro un bandido. Aquí la traigo para que preste declaración, pues habiéndome hecho saber que desea portarse como amazona de la religión, la he dado plaza en la partida volante.

Clotilde confirmó cuanto Hilario había dicho; la Junta se dió por enterada, y las cosas quedaron tranquilas en la apariencia.

De haber muerto Fernández, nadie se hubiera vuelto á ocupar del asunto; pues su esposa, dueña de algunos bienes y satisfecha por no tener testigos de vista, de seguro no hiciera grandes esfuerzos por encontrar á su hija, y sí para conseguir otro amigo tan íntimo como el que había perdido.

Jamás se distinguió por su perspicacia la justicia española; pero en aquellos días era una nulidad completa.

Las circunstancias tenían la culpa.

Eran tantos los accidentes y de tal volumen, que la muerte de un hombre ó de dos, y el robo de algunas pesetas, sólo constituía un incidente.

Desagradable, pero incidente.

Como tal, sin importancia.

¿Que había desaparecido una joven de su casa?

¡Bah! Las monjas desaparecían de los conventos; los curas de sus parroquias; los militares de sus filas...

Esto último sí preocupaba bastante.

Porque cada jefe ú oficial significaba dos enemigos para el gobierno llamado democrático, formado y establecido, no por la voluntad del pueblo, según prometió el programa de Cádiz, sino por la voluntad del general Prim, que llegó á dominarlo todo.

El enemigo peor era el carlismo.

Ríos Rosas había dicho en las Cortes:

«Antes que el triunfo de don Carlos, que España se hunda y que la mar la trague.»

Y España había hecho suyas estas palabras.

Pero los ambiciosos, prevalidos del disgusto y del mal estado del verdadero pueblo, alzaba por todas partes bandera de rebelión; evitaban que las medidas contra las huestes absolutistas fueran enérgicas, y por ello se trocaban en protectores de don Carlos.

No veían, ó no querían ver, que labraban su ruina.

Porque, suponiendo que hubieran triunfado los cantonales, ¿qué medios quedaban á su alcance, si todo lo habían desorganizado para combatir con ventajas al pretendiente?

¡Qué días tan amargos!

La justicia, como todos los organismos, estaba á la voluntad de aquellos que lograban imponerse en las localidades.

Y como jamás se impone el más prudente, sino que siempre domina el más osado, el desconcierto resultaba terrible.

En el asunto de Fernández había mucho de esto.

La generalidad le tenía por carlista; y como la mayoría del pueblo pasaba por liberal, pues entre sus habitantes no dejaban de figurar gentes que pretendían proclamar la independendencia de Cataluña, ni el muerto, ni el herido, ni el robo, ni la desaparición de la hija, fueron motivo bastante para

que la persecución fuese tan activa como correspondía al motivo.

Pero Fernández mejoró, y, enterado de cuanto pasaba, llamó al juez.

Bien pronto se supo por el pueblo la verdad de lo ocurrido, y que el paciente deseaba entablar el divorcio por adulterio, como que la inocente niña había escapado con Hilario, llevándose dinero en no poca cantidad.

Más hizo Fernández.

Decir que él era el apoderado ó administrador de la Junta carlista de Barcelona, y cuanto con el asunto se relacionaba.

Las cosas cambiaron.

Y el pueblo se declaró á favor del herido, que hacía protestas de separarse para siempre «de los que, bajo el manto de la religión,» comerciaban con los incautos, entre los cuales él había sido una de las víctimas.

¿Por dónde supo la Junta lo que el herido había declarado?

Se ignora; pero fué el caso, que ni rastro ni señal se encontró de aquellos señores que poco antes figuraban en la Junta.

Pero por esto, nadie dudó de la verdad de lo consignado por Fernández, pues pudo comprobarse el adulterio de su esposa, y por los libros, cuya clave facilitó el herido, las relaciones que existían entre él y los que no parecían.

También era un hecho la existencia de la parti-

da llamada del Murciano, y su desaparición de aquellos contornos.

Y poco más tarde lo comprobó todo, el hallazgo de Clotilde, abandonada por su amante, y próxima á ser madre.

Fernández no rechazó á su hija, y en cambio prosiguió la demanda de divorcio, y la petición del castigo impuesto por las leyes á la esposa adúltera.

Para no rechazar á la hija tenía una razón poderosa.

Estar convencido de que él era el principal culpable, por más que sólo parecía cómplice de su esposa.

En realidad, lo pasado á Clotilde era el fruto legítimo de la educación que había recibido, en particular de su madre.

Pero, ¿qué había pasado para que Hilario abandonara á la joven después de pasados algunos meses en su compañía?

Lo diremos con brevedad.

Con ella huyó de Cataluña, y buscó el medio de ocultar el haber pertenecido á las huestes carlistas, pasando á Andalucía para defender la causa contraria.

¡Se le había olvidado que tan luego como fuese reconocido, caería sobre él el castigo de sus delitos.

Mientras tuvo dinero, todo fué bien y á gusto de la partida.

Pero tan luego como hubo que buscar que comer, aquellas gentes suspiraban por su país.

Hilario logró dar dos golpes de mano; pero con mucha exposición y poca utilidad.

Después, se dedicó al merodeo.

Las cosas iban de mal en peor.

Y la gente le hizo saber que le abandonaba, y hasta llegó á amenazarle.

Entonces se acordó de su hijo; y una noche, seguido de Clotilde, pues ella se lo aconsejó, abandonaron la gente, llevándose cuanto tenían.

Y ambos, aparentando ser marido y mujer, y con nombres supuestos, se dirigieron á la huerta en la cual suponían que debía estar el niño Eduardito.

Grande fué la sorpresa del anciano al ver llegar á Hipólito, que le saludó diciéndole:

—Creía que antes de presentarte aquí para deshonra de tu hijo, te pegarías un tiro que te partiera el corazón. ¡Huye, desdichado; huye si no quieres morir en el patíbulo!... Tu vida es bien conocida de todos... Líbrate de la vergüenza que te espera, y libra de un baldón á tu hijo.

Dicho esto, cerró la puerta de la casa, y dejó á los recién llegados en el campo.

Hilario creyó volverse loco; y sin hablar una sola palabra, salió corriendo cual si alguien le persiguiera de cerca.

La idea del verdugo le aterró.

Clotilde quiso seguirle.

Pero su estado se lo impedía, y cayó al suelo desmayada.

El anciano la recogió y la cuidó.

Cuando estuvo algo mejorada, y pudo decir la verdad, aquel hombre se compadeció de ella, le facilitó dinero, y la puso en camino de la casa de sus padres.

Pero todos los cuidados no fueron bastantes para evitar que Eduardito se apercibiera de que su padre había estado allí.

Y para que una tarde, estando sentado el anciano á la puerta de la huerta, y el niño, de pie junto á él, éste le preguntara:

—Pero esa mujer que se ha marchado, ¿qué es de mi padre?

—No te importa saberlo, hijo mío.

—¿Pero tampoco me importa saber de mi padre? ¿Estuvo aquí con ella? ¿Por qué no me vió?

—No te repetiré que no te importa, al preguntar por tu padre; pero sí te diré que no te conviene hacer averiguaciones respecto de él.

—¡Eso es muy triste!

—Más lo sería la realidad.

—Pero...

—Más vale que no te acuerdes de tu padre.

—¿Tan malo es?

—Peor de lo que puedes imaginarte.

Y cambiando de entonación, añadió:

—Tu padre soy yo: á mí sólo tienes que volver los ojos en el mundo. ¡Dios me conserve la vida



Lit. J. Mateu, P.^o del Prado, 30.

Mas vale que no te acuerdes de tu padre



hasta que pueda verte convertido hecho un hombre honrado!

El niño enjugó una lágrima, y el anciano, tomándole en sus brazos, le besó con grande afecto y cariño.

¿Qué había sido de Hilario?

Sólo, sin recursos, empujado por la mano de la fatalidad, rodaba precipitadamente al abismo que él mismo fabricó por efecto de su natural impetuoso y altivo.

Su situación no podía ser más crítica.

En el campo carlista, no tenía cabida: en el liberal, tampoco.

¿Qué hacer?

Ser salteador de caminos.

Pero solo.

Lo cual lo convertiría forzosamente en rate-ro, que es lo más expuesto de todo.

Porque aquel que lleva gente que le siga, impone temor.

Y el que sólo cuenta con su persona, no puede acometer más que á algún caminante, el cual, al verse frente á frente un hombre como él, acude á la defensa.

A más de esto, tal y como estaban los tiempos, nadie viajaba llevando dinero encima, ni cosa que lo valiera.

Todo esto lo pensó, y discurriendo sobre ello, se dijo:

—Comenzaré como la vez pasada; pediré por el amor de Dios, y tan luego como tenga una ocasión, tornaré á formar partida.

Pidiendo y robando lo que podía en los caseríos donde le daban albergue, pasó dos semanas.

Su hijo tornó á borrarse de su imaginación, así como hasta la idea de Clotilde.

Un día cayó en sus manos el peatón que conducía el correo.

El hombre iba descuidado, y de un golpe con un palo que le asestó Hilario, cayó al suelo.

Apoderado de la balija, se internó con ella en el monte.

Allí abrió una por una las cartas, por si alguna conducía dinero.

Y encontró *cien* pesetas.

Instintivamente fijó sus ojos en el escrito, y vió que aquellas *cien* pesetas, eran los recursos que mandaban á un joven que marchaba á Buenos Aires en busca de fortuna.

Por la carta pudo enterarse de cómo y en qué condiciones el joven pretendía hacer el viaje con tan poco dinero.

Y se dijo:

—Esto me abre camino: en buena hora acometí al peatón.

Como estaba cerca de Cartagena, decidió embarcarse en dicho punto, pues había establecidos allí agentes de emigración.

Se juzgaba salvado.

Pensaba que las antiguas colonias españolas manaban oro y plata, como en los tiempos en que Colón descubrió el Nuevo Mundo.

El único peligro, que, según él, podía correr, era que le conociesen.

Pero contra esto, ya tomaría sus precauciones.

Hilario se conceptuaba feliz con las cien pesetas y las noticias que contenía la carta.

CAPÍTULO IX

Cambio de opinión.



A causa carlista tomaba incremento.

Don Carlos andaba solicitando el apoyo de Cabrera, pues comprendía que á él le faltaba prestigio para penetrar en España y ponerse al frente del ejército que se formara.

Al propio tiempo, y para desesperación del Pretendiente, Elío se negaba á estar bajo el mando de cualquiera que no fuese el temido *Tigre del Maestrazgo*, y los banqueros de París no daban fondos sin la garantía del conde de Morella.

Pero éste se negaba á empuñar de nuevo las armas.

En la última intentona, llevada á cabo por Montemolín, éste, su hermano y Elío quedaron prisioneros; y Cabrera hubiese caído también, á no ser por su poderosa estrategia y valor personal.

Unido á esto que después de haber vivido mu-

chos años en un país tan adelantado en todo como Inglaterra, le había hecho cambiar mucho de opiniones y de costumbres, y rematando el cuadro la persuasión que tenía de que don Carlos no reunía condiciones de rey, ni por educación ni por instinto, no hubo medio de persuadirle á que empuñara las armas.

Pero don Carlos supo mentir, engañar á Elío...

Y los que le vieron en España dieron por seguro que Cabrera no tardaría en llegar, y empuñaban las armas más en defensa de los fueros, que por amor al principio religioso de la bandera carlista.

A esto se debió que las partidas aumentaran en número y calidad, y que el gobierno no supiera cómo apagar el incendio que amenazaba abrasarlo todo.

Y esto era también causa suficiente, para que se hubiera echado en olvido la cuestión Fernández.

La demanda de divorcio seguía sus trámites pesados y costosos; pues en esta clase de asuntos, se busca en el tiempo y los gastos, motivo para una reconciliación.

Pero Fernández, que hubiera cedido en un principio, de ninguna manera transigió al ver á su hija deshonorada, y sin esperanzas de que Hilario reparase su falta por medio del matrimonio.

Para aplacar á Fernández, hacía falta el padre Antonio.

Pero éste no estaba en el pueblo.

Le habían elevado á la dignidad de canónigo, y

aun cuando resistió cuanto pudo, la obediencia le hizo ceder.

Así llegó el momento en el cual Clotilde, que sólo sabía llorar, y que deploraba todo lo ocurrido y estaba sinceramente arrepentida, sintió llegado el momento de dar la vida por aquel hijo del pecado que cometió á efectos de la educación recibida por su madre.

El momento era espantoso para el pobre padre.

De que lo que naciera era sangre de su sangre, no podía dudar.

¿Qué hacer?

¿Arrojarle á la casa de maternidad?

¿Criarle para tener siempre ante los ojos patetizada su deshonra?

Sin resolverse á cosa alguna llegó el instante temido.

El parto se presentó laborioso.

Los disgustos, los temores y la quietud en que había permanecido mucho tiempo, causa fueron bastante para que sobreviniera una catástrofe.

A más de esto, en el pueblo no había los elementos necesarios para un caso como aquel.

Y el médico declaró que la paciente estaba en gravísimo peligro.

La religión acudió con sus consuelos.

Tan luego como Clotilde se persuadió de que iba á morir, llamó á su padre.

La escena fué terrible.

El pobre Fernández lloraba amargamente per-

donando á su hija y rogando á Dios que la recibiera en su santo seno.

Y rogaba al médico que hiciera los imposibles para salvar á su hija.

Pero á tal estado había llegado la joven, que, algunas horas más tarde, había dejado de existir, sin poder dar á luz.

Sólo un espíritu cristiano, no adopta en aquel caso una resolución funesta.

Pero Fernández se dió por satisfecho con rezar, con disponer sufragios por el alma de su hija.

Y en cambio, arreció el enojo contra su esposa, la cual estaba en un convento depositada.

Aquella mujer deploró la muerte de su hija.

Pero al par decía que su muerte era un justo castigo por el pecado que cometió.

Pecado que consistía en haber faltado á sus deberes con Hilario.

Pues ¿y élla?

¡Ah! Ella era otra cosa: su falta no parecía tal, porque su amante la absolvía del pecado tan luego como quedaba cometido.

¿Puede darse mayor aberración en el mundo?

Al cabo recayó sentencia.

La culpable era condenada á tres años de *Gale-
ra*, en Alcalá de Henares.

Fernández sintió frío.

Llevar á su mujer á presidio, era colmar su deshonra.

En los asuntos civiles, sobre todo en las deman-

das de adulterio, sólo se cumplen y ejecutan las sentencias á petición de parte.

Fernández podía dejar las cosas como estaban.

Y no reclamó el cumplimiento de la sentencia.

Se contentaba con que su esposa estuviera en el convento.

Mas ella, al saber lo que le esperaba, puso en juego cuantos recursos pudo, y una noche desapareció del convento.

Esto irritó á Fernández, que pidió responsabilidades á la Comunidad, y se cumpliera lo mandado.

A una mujer sola y sin recursos, no es difícil darle alcance.

Dos días fueron suficientes para hallarla desmayada de hambre.

Y la sentencia se cumplió.

El día en que Fernández supo que ya había ingresado en la *Galera*, fué tanto su dolor, que sufrió un ataque apoplético.

Y como no tuvo tiempo material para perdonar, la adúltera tenía que cumplir el tiempo de condena.

Hilario ignoraba todo esto.

De saberlo se hubiera alegrado mucho, porque le libraba de algunos compromisos.

Más de una vez se había dicho:

—Fuí un torpe en robar aquel puñado de billetes la noche en que me llevé á Clotilde; porque sin aquel acto, podía haber vuelto con ella, pedir

perdón, casarme y ser rico. Pero yo creía que el padre había muerto... ¡Bah! bien hecho está lo hecho.

Y pasaba largos días sin acordarse del asunto. Cuando llegó á Cartagena, fué en derechura á casa del agente de emigración á que la carta se refería.

Éste le dió cuantos detalles pudo necesitar, y desde luego aceptó Hilario el compromiso.

Había que esperar una semana.

Antes, no zarparía el vapor á cuyo bordo debían embarcarse los veinte pasajeros que desde Cartagena emigraban.

Esto no le agradó mucho: en siete días podían ocurrir muchas cosas desfavorables para él.

Pero como no había más remedio que esperar, se resignó.

Y tantos eran sus deseos de emigrar, que estando bien cerca de su hijo, ni siquiera pensó en intentar una vez más ir por donde estaba.

Al segundo día de estar esperando oyó que se hablaba de un movimiento cantonal.

Pero prestó poca atención á lo que decían, porque ya no se fijaba en cosa alguna que no fuera el viaje á Buenos Aires.

¿Qué había pasado en España desde que Hilario adoptó la triste resolución que fué origen de cuantos males le ocurrían?

Lo diremos en pocas palabras.

La revolución de Septiembre había fracasado en un principio.

Derribó un trono y una dinastía de hondos ci-
mientos, para sobre arena, y después de grandes
vergüenzas, humillaciones y actos tiránicos, levan-
tar otro trono y otra dinastía, que costaron la exis-
tencia á don Juan Prim, jefe real y efectivo de la
revolución.

Tan luego como faltó la cabeza, flaquearon los
pies.

Don Amadeo de Saboya entraba en España del
modo peor que era posible imaginar y creer.

Sólo un valiente, un hombre de pundonor á toda
prueba, desembarcaría en Cartagena como él lo
hizo, después de saber que el marqués de los Cas-
tillejos había sido asesinado en la calle del Turco.

Y un hombre menos digno y amante de su apelli-
do, al pisar las calles de nuestra primera plaza
fuerte en el Mediterráneo, y ver los balcones enlu-
tados y que algunas campanas en vez de repicar
tocaban á muerto, huyera despavorido volviendo
el rostro hacia atrás.

Pero el duque de Aosta, ni siquiera preguntó la
causa de aquel recibimiento.

Cuando le dijeron que aquello era debido al luto
que España guardaba al general Prim, sonrió con
naturalidad, y siguió adelante.

Don Amadeo tuvo que abdicar la corona en las
Cortes, persuadido de que no tenía simpatías como

extranjero, y al mismo tiempo porque á su alrededor no hallaba los hombres que le hacían falta para sostenerse sin imposiciones violentas.

Y llegó el memorable 11 de Febrero de 1873.

Este era precisamente el día en el cual Hilario no quiso oír la conversación á que nos hemos referido, fijo en emprender la marcha á Buenos Aires.

Pero al día siguiente cambiaron las cosas para él de un modo rápido y por completo inesperado.

Porque el que no quiso oír una conversación particular, tuvo que oír los vivas á la república federal, las músicas que recorrían las calles y los voladores que atronaban los aires.

La actitud de Cartagena no le sorprendió cosa alguna.

Sabía que aquella plaza fuerte fué la primera que dió el grito de independencia contra los franceses en 1808.

Conocía los hechos del héroe don Baltasar Hidalgo de Cisneros, los del marqués de Camarena la Real, los de don Gabriel Císcar y los de otros muchos por haber oído á su padre hablar de aquellos sucesos en los cuales el pueblo cartagenero rayó á grande altura.

Sabía también la participación que aquella ciudad había tomado en los sucesos políticos de 1843.

No ignoraba la parte activa que tuvo en los de 1844.

Por experiencia conocía el auxilio que al grito

de libertad, dado por O'Donnell en Vicálvaro en 1854, prestó Cartagena al enemigo de Narváez.

También había sido testigo de cómo, en 1868, recibió la ciudad al general Prim, cuando se presentó á bordo de la fragata *Zaragoza*...

Recibimiento que obligó al gobernador militar á abandonar la plaza.

¿Cómo llamarle la atención que los habitantes de Cartagena se entusiasmaran al grito de ¡viva la República!, cuando siempre habían peleado por la libertad?

Pero si no le produjo admiración lo que pasaba, en cambio despertó en él la idea de quedarse en España.

Nada había hecho por la República; pero como tampoco trabajó contra ella y el nuevo orden de cosas no podía fijarse en la procedencia de aquellos que se presentaban para prestar ayuda material, creyó que, cambiando de nombre, podría ingresar en las filas republicanas.

Y hasta se olvidó de que le era imposible cambiar de semblante, y por ello de que era fácil que alguien le reconociera cuando menos lo pensara.

Á esto dió lugar el desbarajuste que desde los primeros momentos dominó.

España no estaba preparada... aun hoy en el día no lo está tampoco, para el establecimiento de una república que pueda sacar á España del caos.

No había una sola ley á la cual amoldarse.

Los gobernantes tenían que mandar con las mo-

nárquicas hasta que las Constituyentes hicieran un código.

Aun cuando se gobernaba y legislaba por decretos, éstos no eran bastantes para satisfacer todas las necesidades.

La máquina tenía muchas ruedas y resortes, que sólo á fuerza de tiempo podían ser sustituidas.

Los gobernantes no podían desprenderse del elemento militar, porque en él estaba la fuerza material, y la fuerza sólo podía dominar.

Tampoco le era posible romper abiertamente con el clero, porque era dar armas á los carlistas, cuando ya contaban con elementos sobrados para tener á España en jaque.

Y al propio tiempo era forzoso satisfacer al pueblo, y para ello rebajar las contribuciones, cuando no había dinero en las arcas del Tesoro: suprimir las quintas cuando mayor falta había de soldados.

Y hacer mil cosas imposibles, dada la funesta ocasión en la cual fué proclamada la República.

De aquí que no hubiera ni leyes que cumplir, ni autoridades que respetar.

De aquí, que aquellos ilusos que soñaron en que la República era una sucursal de Jauja, sólo pensarán en apoderarse de lo ajeno, fundados en que *la propiedad es un robo*.

Es decir, que deseaban ser ladrones reconocidos por sus mismas doctrinas, puesto que aspiraban á ser propietarios.

Á estos pensó unirse desde luego Hilario, para

obtener dinero, y en caso de ser descubierto, emigrar.

Pero con los bolsillos bien repletos.

Don Estanislao Figueras, primer presidente de la República española, tuvo que huir de la Península.

La desmoralización en que todo se encontraba, asustó al eminente criminalista, gloria del foro español.

Y la actitud de Savalls en Cataluña, donde Berga, Solsona, Reus y Manresa estaban por don Carlos ya; y las provincias vascas, donde parecían haber vuelto los tiempos de Zumalacárregui, llegaron á apoderarse de tal manera de su espíritu, tan batallador en los Parlamentos como timorato ante la guerra, que abandonó el poder, creyendo que su cabeza era la responsable de cuanto pasaba.

Esto aumentó el desconcierto.

Y mientras los cabecillas carlistas ganaban terreno y arrollaban á las fuerzas del gobierno central, los republicanos se dividían y subdividían, haciendo estéril cuanto algunos trabajaban para sostener la República.

El nombramiento, la elección para presidente de don Francisco Pí y Margall, despertó las ambiciones y las esperanzas de los federales, algo aquietados con la fuga de Figueras.

Y se inició el desastroso movimiento cantonal.

El señor Pí, hombre frío como la indiferencia hacia el bien y hacia el mal, encontró á España al subir á la suprema jefatura, como él mismo había contribuído á que fuese.

Cucala y el cura de Alcabón, vagaban por Castilla la Vieja, cobrando contribuciones á su placer, sin que las partidas volantes que iban en persecución de aquellos facciosos, lograran darles caza ni destruirles.

Y como si todo esto fuera poco, las Cortes, en vez de unirse contra el enemigo común, se entretenían en discusiones ociosas y en derribar ministerios.

Los malos ejemplos son contagiosos.

Y á tenor de lo que hacían las Cortes, en Granada vinieron á las manos los voluntarios de la República contra los carabineros.

La tropa de línea se puso de parte del pueblo armado, y los carabineros tuvieron que rendirse.

La autoridad quedaba por el suelo.

Don Francisco Sorlier, diputado á Cortes, se fué á Málaga, y proclamó el cantón malagueño.

La lucha se trabó en las calles, y vencedor el señor Sorlier, exigió del gobierno *que no* mandaran tropas.

El señor Pí y Margall accedió á ello, y la provincia de Málaga quedó entregada á la anarquía.

En Sevilla también se declaró el cantón.

En Alcoy... ¡horroriza solo recordar los efectos que allí produjo el cantonalismo!

En otras muchas poblaciones se cometieron horrores.

Y hasta en el mismo Madrid hubo conatos de cantonalismo el 29 de Julio.

La cosa quedó reducida á unos cuantos tiros y otros tantos petardos.

¡El cantón madrileño!

¿Puede darse absurdo más terrible?

¿Cómo y con qué pensaron vivir los cantonales de esta provincia árida y pobre hasta lo increíble?

Éste estado de cosas tan desastroso, fué aumentando con la sublevación de Cartagena, quizá la más importante de todas, pues el gobierno se iba quedando sin defensa, y los países extranjeros trataban de intervenir en los asuntos de España.

La situación no podía ser más favorable para Hilario.

Unido á unos cuantos hombres sin más opinión que la de robar, había realizado algunos golpes de mano, que le valieron no pocas onzas de oro y alhajas.

Como él no era jefe, no podía disponer nada.

Sin embargo, como uno de tantos, era escuchado por todos.

De asaltos y de robos hablaba poco; pero en cambio no se le caían de la boca las palabras *cantón murciano*.

Esto dió lugar á que una noche se dispusiera el asalto y saqueo de la huerta del *alcalde*, nombre que habían dado á aquella en la cual estaba su hi-

jo, y á la cual no conocía por semejante denominación.

Como que le llamaban así desde muy poco tiempo.

Desde que Hilario huyó y sentó plaza, en atención á que el protector de su hijo había sido alcalde.

Tranquilamente parecía que descansaban los moradores de la huerta á la hora en que se dispuso el asalto.

Pero no era así.

Cuando menos velaban los perros, y dieron la voz de alarma con sus ladridos.

Pero no era cosa de retroceder, pues se tenían noticias de que allí había una respetable cantidad de oro depositada por un banquero, que no pudiendo sacarla de España, decidió confiarla á aquel hombre tan honrado y tan liberal.

La noticia podría ser cierta ó falsa; pero como la mejor manera de conocer la verdad es ver las cosas y tocarlas, aquella partida de bandoleros que se disfrazaban y escudaban con el nombre de republicanos cantonales, cargaron con la bayoneta calada sobre los perros, les dieron muerte, y se lanzaron sobre la casa.

Tan ciego iba Hilario, que no conoció el lugar en que se encontraba.

Verdad que la noche era oscura y amenazaba tormenta, por lo cual, ni el fulgor de las estrellas podía quitar la tupida venda de la codicia que le cegaba.

Los salteadores fueron recibidos con una descarga, que dejó fuera de combate á un hombre no más.

La partida contestó con otra, en tanto que uno se acercaba á la puerta, para de un tiro hacer saltar la cerradura y tener el paso franco.

Mas la puerta tenía una mirilla, y por ella dispararon un tiro.

Un ¡ay! seguido de una espantosa blasfemia, salió de labios de aquel hombre.

La puntería fué certera, y el bandido rodó por el suelo.

Pero no obstante tener ya dos hombres fuera de combate, los bandidos no desistían.

Más de media hora duró el fuego, sin que ni unos ni otros cedieran el campo.

Pasado este tiempo, se acordó penetrar por las tapias de los corrales, en tanto que cuatro hombres sostenían el tiroteo por la fachada principal.

Hilario fué de los destinados á dirigirse cautelosamente por la espalda de la casa.

Aquel sitio le era más conocido que la puerta principal, pues muchas veces entró y salió por los corrales, cuando por encargo del dueño trabajaba para la finca.

Y hubo de darse, no una clara cuenta de donde estaba, sino una somera idea nada más.

Fué lo bastante para que retrocediera un paso.

Y uno de los compañeros le dijo:

—¡Cobarde! ¿Vas á retroceder?

—¡Yo cobarde!

Y al exclamar así, dió un fuerte golpe con la culata de la escopeta al que juzgando por su movimiento involuntario, había calificado á Hilario tan duramente.

En poco estuvo que no se trabara lucha entre los dos.

Que lo evitó un disparo que hicieron desde una ventana sobre el grupo.

La agresión fué contestada en el acto, las tapias se escalaron, y los bandidos pisaron desde luego los corrales.

Hilario aspiraba sin duda á ser el jefe, ó por lo menos á recoger la mayor parte del botín, y se adelantó á todos.

En la ventana distinguió un bulto; y antes de que pudiera dar tiempo para que disparasen sobre él, enfiló el objeto y tiró.

—¡Adelante, muchachos!—gritó con voz ronca Hilario.

Y desde la ventana sobre la cual había hecho fuego le respondieron:

—¡Miserable!... tú habías de ser mi asesino y el de tu hijo.

Hilario quedó petrificado al oír aquella voz: como clavado á la tierra.

Pero los que iban con él siguieron caminando hacia adelante.

Y otra voz añadió:

—¡Yo vengaré vuestra muerte sea quien fuera el asesino!

Aquella voz le anonadó.

Que Hilario reconoció en ella la de su hijo; y tanto fué su espanto, que como herido por el rayo cayó al suelo.

¿Qué pasó luego?

La lucha se entabló dentro de la casa.

Sus defensores estaban reducidos á dos nada más.

Un anciano pastor, y un niño.

CAPITULO X

Sin norte y sin guia.

Dos horas más tarde, cuando ya comenzaba la aurora á anunciar el día, Hilario despertó de aquel sopor que le convirtió en materia inerte.

Crejó al pronto que había soñado, ó que estaba loco.

Pero cuando pudo recordar el lugar donde se encontraba, dudó entre huir y penetrar en la casa cuyas puertas estaban abiertas.

Y decidió esto último.

Con paso vacilante pisó aquellos umbrales, y con miedo cerval entró en la casa.

Por hábito antiguo, por costumbre, dijo desde la puerta:

—¡Ave María Purísima!

Nadie le contestó.

Cada vez más medroso, penetró en la cocina.

Allí vió dos cadáveres.

Quiso retroceder, y no pudo.

Contra su voluntad, llegó hasta los cuerpos tendidos en el suelo.

La indecisa luz del día, y su estado, no le daban lugar á distinguir bien quiénes podían ser.

Y siguiendo el impulso de una fuerza misteriosa que le empujaba hácia los dos cadáveres, les tocó.

¡Ya veía! ¡Ya no podía tener duda de la triste realidad!...

Pero como no quería dar crédito ni á su tacto ni á sus ojos, se pasó la mano por el rostro varias veces, y otras tantas tornó á mirar.

¡No había duda alguna!

Allí estaban su hijo y el hombre honrado que le recogió y le educaba.

En el corazón de Hilario se trabó una lucha espantosa.

Las ideas se agolpaban á su mente.

Pero no podía dar forma á nada de lo que acudía á su imaginación.

Al cabo de un rato, aquellos pensamientos quedaron reducidos á dos.

El primero consistía en suicidarse sobre el cadáver de su hijo.

El segundo, vengar la muerte de Eduardito.

Esta idea triunfó.

Besó la frente del niño, y sin poder derramar una lágrima, salió.

Sin armas, con la cabeza hundida en el pecho y marchando lentamente, comenzó á caminar.

Y sin ver ni oír andaba, cuando se vió detenido.

Entonces volvió en sí, y comprendiendo el peligro que corría, pues estaba entre fuerzas del ejército, pensó en escaparse por medio de la astucia.

En un principio no despertó sospechas.

Su actitud, y el dolor que se retrataba en su semblante, le hicieron pasar más por una víctima que por un criminal.

Pero aquel hombre, por aquellos sitios y á tales horas, podía muy bien saber cuando menos algo de lo que hubiera pasado.

Y por esto le detuvieron.

Le interrogaron y respondió:

—Sé algo, y bien desgraciado para mí.

—Refiere lo que sepas,—le dijo un paisano, en quien Hilario reconoció á la autoridad judicial, por el bastón de borlas que empuñaba.

—Señor—respondió forjando una fábula que le librara de un severo castigo:—anoche oí disparos de arma de fuego; y como sonaban hacia el lugar donde estaba mi corazón, corrí presuroso.

—Continúa.

—Cuando llegué pude ver abiertas las entradas de la huerta del alcalde, y como allí encaminaba mis pasos, penetré. ¡El cuadro que se presentó ante mis ojos fué horrible!

—¿Y qué más?

—Sólo he visto dos cadáveres... el uno el del dueño de la finca, mi buen amigo... á su lado... á su lado un joven, casi un niño... ¡mi hijo!

Y se llevó las manos á los ojos, como si en realidad llorara...

Pero en verdad, para observar mejor el efecto que producían sus palabras.

El primer movimiento fué de compasión.

Hilario, al notarlo, alentó.

Pero como no era cosa de fiar en las primeras palabras de un hombre desconocido, le mandaron que sirviera de guía.

No era posible negarse, y con las tropas llegó hasta la casa.

Allí no tuvo que fingir dolor.

Que las lágrimas acudieron á sus ojos, y los ayes partieron del alma.

Pero la justicia conocía algo de la historia de Hilario, relacionado con las razones por las cuales tuvo que huir, y deseando averiguar algo más, le dijeron:

—¿Es ese vuestro hijo?

—Sí, señor.

—¿Entonces os llamáis Hilario Barriota?

El aludido se inmutó.

En primer lugar, porque el representante de la ley no le había hablado con la familiaridad que antes; y en segundo, porque conocían su nombre y apellido, y bien podía ser que también conociesen sus hechos.

Y como aquellos que tienen costumbre de tratar con criminales descubre la verdad en los gestos ó palabras más insignificantes, dando por supuesto

que Hilario, si no en aquella ocasión en otra, habría delinquido, el juez le preguntó:

—¿Qué ha sido de vos desde que abandonásteis á vuestro hijo?

—Yo no le abandoné: carecía de trabajo y fuí á buscarlo, dejando á mi Eduardito bajo la custodia de mi amigo y protector.

—Bien: pero ¿qué habéis hecho durante el tiempo que estuvísteis ausente?

—Trabajar.

—¿Dónde y cómo?

—¡Ah!... ¡ya comprendo! Hace falta una víctima y soy yo el designado. No era bastante con el dolor de ver muerto á mi hijo, y...

—Muerto por vuestra causa.

Estas palabras eran de esas muchas que usan los curiales para desconcertar á los declarantes.

Porque tenían doble sentido.

Que lo mismo podían significar «lo dejásteis aquí y por eso ha muerto,» como «fuísteis de los que atacaron la huerta.»

Cuando el declarante está inocente entiende desde luego la primera interpretación y responde:

—Es verdad; yo no debía separarme de mi hijo.

Pero cuando sucede lo contrario, el criminal palidece y cuando menos titubea al contestar, y busca excusas que le comprometen.

Hilario estaba en el segundo caso, por más que en realidad ignoraba á quién pertenecía la finca á la cual iban encaminados.

Y se juzgó descubierto.

Entonces aparecieron en sus labios las palabras más duras y más violentas contra la autoridad.

Seguía el peor camino.

Y fué atado, á fin de que no pudiera escaparse.

Después se procedió á levantar los cadáveres, y á registrar toda la casa y sus alrededores.

Todos los muebles estaban en desorden: todos los objetos con cerradura, abiertos violentamente.

En el piso alto se encontró otro cadáver.

En los alrededores de la finca se hallaron otros dos muertos.

Hilario manifestó rotundamente que no les conocía.

La comitiva se puso en camino de Cartagena.

Cinco muertos, tendidos en un carro, presidían la marcha.

La huerta quedó al cuidado de los vecinos lindantes, los cuales manifestaron conocer á Hilario.

Pero nada más.

Por pronta providencia, Hilario ingresó en la cárcel en calidad de detenido.

Y comenzó el proceso.

Pero con la lentitud de siempre, y más en aquella época, en la que cualquiera se erigía en autoridad, y mandaba soltar á los criminales, del mismo modo que prender á los inocentes.

Hilario podía tener padrino de importancia; esto es, algún osado de los que se imponían al gobierno, como había sucedido en Málaga, Sevilla y

otros puntos, y era prudente no correr el peligro de una repulsa primero, y luego de una venganza.

Pero tampoco era cosa de dejarle en libertad, cuando por lo pronto había antecedentes que le perjudicaban.

¿Qué había sucedido en la huerta?

Nadie lo sabía.

Pero todos conocían los resultados.

Podía ser Hilario uno de los bandidos asesinos; estaba en lo posible que hasta tuviera responsabilidades como parricida...

En tanto que se aclaraban los misterios que envolvían al crimen, prudente era retenerle en sitio seguro.

Así pasaron tres días.

Según la ley, forzoso era decretar la prisión ó dejarle en libertad.

Y el juez, corriendo el albur de lo que pudiera venir como consecuencia de sus actos, dictó auto elevando la detención á prisión.

Como cargos por lo de la huerta, poco ó nada resultaba contra Hilario, toda vez que había sido materialmente imposible comprobar cuanto había dicho respecto á su persona; pero, como ya sabemos, los antecedentes le perjudicaban mucho.

Tan luego como supo la determinación adoptada por el juzgado, su espíritu decayó notablemente.

La soledad del calabozo en que le metieron; la escasa luz que penetraba por un ventanillo cerca-

no al techo; el olor nauseabundo de la humedad que brotaba de las paredes; el ruido de las cadenas que le sujetaban; el golpear de las puertas de los calabozos que con estrépito se abrían y se cerraban...

Y, sobre todo, los cánticos de los presos; cánticos, por regla general, monótonos y tristes, llegaron á dominar aquel corazón endurecido, y á dar espacio al severo juez de la conciencia, para que pudiese acusarle de lo que en realidad era: un parricida.

Al pensar én esto, las lágrimas acudían á sus ojos.

Él no había matado á su hijo: él ignoraba que en aquella finca pudiera estar Eduardito, pues no sabía el punto que iba á atacar.

Pero esto no obstante, él había hecho fuego contra la huerta; quizás tuvo tiempo para evitar que la catástrofe hubiera sido tan grande.

Y no lo hizo.

Fuerte para el mal, fué débil para el bien.

Con valor temerario castigó al que hubo de llamarle «cobarde», y luego lo fué al reconocer la voz del anciano.

En aquella inconcebible debilidad estribaba su mal peor.

Porque si al saber de una manera indudable dónde se encontraba, se hubiera lanzado á la casa, y puesto de parte de sus moradores, cuando menos habría salvado á su hijo.

Hilario discurría de este modo, y, por tanto, se acusaba de parricida.

—¡Cuanto me pase lo tengo merecido!—Así exclamaba, sintiendo que el corazón se le oprimía.

¿Estaba en camino de regenerarse?

¿Pisaba en la senda católica, según la cual el hombre puede salvar su alma con un acto de contrición, por más que su arrepentimiento no ablande el corazón de los hombres, y entreguen al delincuente en manos del verdugo?

¿Era aquel arrepentimiento hijo de la situación en que se encontraba, y sólo de lugar y de tiempo pero no de dolor del corazón?

¿Confundía la angustia que le causaba lo que pudiera resultar del descubrimiento de la verdad con el pesar de la muerte de su hijo?

Tanto podía ser lo uno como lo otro, pues dado el carácter veleidoso de Hilario, todo era de creer y de pensar.

De todos modos, las cosas iban para largo.

Había mucho tiempo por delante.

Sus crímenes estaban enlazados los unos con los otros, y tan luego como se tropezara con la punta del cabo de la madeja, esta daría que hacer lo bastante para que el proceso se eternizara, toda vez que hasta resultaría competencia entre las autoridades militares y civiles.

Cuando pensaba en esto, se tranquilizaba un tanto.

A largo plazo, largas esperanzas.

En uno ó dos años, fácil era que ocurriesen cosas que le pudieran ser favorables bajo algún concepto.

Poco importaba que lo que para él fuese un bien, resultara un mal para los demás, y menos aún que cobijara á la nación entera.

Así vivía Hilario sin norte y sin guía, vagando por los espacios y las suposiciones, mientras en Madrid reinaba el caos más absoluto, y nadie se daba clara cuenta de cuál pudiese ser el término de la falta absoluta de condiciones de mando de don Francisco Pí y Margall.

Porque de un hombre que transigía con aquellos que gritaban contra el poder central, y que escuchaba impávido cuanto sucedía, no era fácil sospechar nada bueno, ni lícito confiar en él.

Así lo entendieron las Cortes, y le pusieron la proa.

Cortes que, como ya hemos dicho, no tenían más satisfacción que derribar ministerios y producir trastornos en el país.

Cada diputado quería una cosa distinta.

Y como cualquiera proposición que se encaminara á lo justo, era rechazada por aquellos á los cuales no les convenía, lógico era que prevaleciese lo malo.

Pero tampoco por mucho tiempo.

Los hombres de la república eran pocos.

Pocos, los que tenían condiciones para ocupar el poder.

Figueras se había inutilizado al fugarse abandonando el gobierno.

Pí, que le había sustituido, en pocos días se gastó, toda vez que sus ideales, tan bellos en la teoría, eran irrealizables en la práctica, y en las Cortes encontraban una grande oposición.

En este estado de cosas estalló la insurrección cantonal de Cartagena.

La alarma fué espantosa.

Razones sobran.

Que dentro de aquel puerto estaba lo más florido de nuestra marina de guerra, y el gobierno central quedaba desde luego vencido, pues no disponía de elementos para conjurar el conflicto.

El hombre de *yeso*, como por entonces llamaron al señor Pí, fué el único español que no se alteró.

¿Estaba de acuerdo con Gálvez y Contreras, jefes de aquel movimiento?

Así al menos se sospechó, fundándose en que don Francisco se cruzaba de brazos, y dejaba á los insurrectos que camparan por su respeto.

El gobierno procuraba defenderse en el Congreso; pero con tan mala suerte, que en vez de aplacar los ánimos los irritaba más y más.

Según aquellos hombres, la guerra carlista absorbía todos los elementos y recursos, no habiendo, por lo tanto, manera de adoptar medidas contra los cantonales.

Lo cual equivalía á decir, que lo mejor era dejar las cosas como estaban, y que mientras el Norte se

declaraba carlista, Andalucía y toda la costa del Mediterraneo se declarase cantonal.

Y hubo «mientes como puños y puños como mientes.»

El gobierno comprendió que no podía sostenerse, y dimitió en manos de don Francisco.

Las ambiciones se despertaron entonces de un modo más vivo que en la crisis anterior.

Todos querían ser ministros.

Los cargos de subsecretarios, directores generales y otros, parecían insignificantes aun á aquellos que ni para éscribientes podían servir.

Había que ser ministro del poder ejecutivo de la República, ó permanecer en oposición á todo aquel que mandara.

El hombre de *yeso* quiso formar un nuevo ministerio, al cual denominó antes de que naciera, de «gabinete de ponderación.»

Esto es: de situación de fuerza: de organismo de resistencia.

Para esto tenía que imponerse.

Los tiempos no estaban para discursos, y don Francisco sólo sabía y podía hablar en sinalagmático conmutativo bilateral.

Es decir, de modo y manera que no le entendiesen aquellos que más enterados debían quedarse de lo que se pretendía y deseaba.

Y resultó, que donde todos querían ser ministros, no pudo encontrar ni uno siquiera.

Entonces sintió algo de aquello que puso en fu-

ga precipitada á su antecesor, y dió órdenes terminantes para que se atacara á Cartagena.

Pero ya era tarde.

Ni aquel arranque, que una semana antes le hubiera sostenido, le sirvió en la situación á que habían llegado las cosas.

Y tuvo que renunciar á la primera magistratura de la nación.

Las Cortes tenían previsto el caso, y hasta acordado candidato.

Dos eran los hombres que podían ser presidentes. Diplomático el uno y enérgico el otro.

Por aquellos días no era posible pensar en diplomacias, y la elección cayó sobre el segundo.

España entera, esto es, la parte sana y sensata, concibió esperanzas al saber que el señor Salmerón estaba designado para el poder supremo.

En las Cortes, como en la prensa, demostrado tenía su amor á la justicia y á la libertad, así como ser un hombre serio y de empuje en los momentos supremos.

Estas cualidades, patentizadas en la oposición y aun en el primer ministerio republicano, decayeron notablemente en la presidencia de la República.

Pero como no conviene que adelantemos tanto los sucesos, volvamos á Cartagena, y conozcamos detenidamente su situación.

Cartagena es una de las poblaciones de España más dignas de estudio.

Y aun cuando nosotros no hemos de referir toda su historia, séanos lícito, al menos, trazar á grandes rasgos sus hechos más gloriosos.

Para ello emplearemos capítulo aparte, confiados en la creciente predilección que nuestros amabilísimos lectores nos prestan.

CAPÍTULO XI

Cartago Nova.

SE ignora cuál fuese el nombre de la población ibera ó fenicia que existía donde hoy se encuentra Cartagena.

Pero no admite duda ninguna que en 227 Asdrúbal fundó la población cartaginesa con el nombre de *Cartago*.

Dicho nombre se deriva de *Carta hadath*, que, traducido al castellano, significa *Ciudad Nueva*.

Los cartagineses conocieron bien la importancia de la plaza.

De aquí que la convirtieran en centro de todas sus transacciones mercantiles, y centro al par de las operaciones militares.

Por entonces estaba ya algo mermado el poder de los cartagineses; pero sin embargo; ya que no como dueños absolutos en cuanto á lo militar, en cuanto al comercio iban á la cabeza en todo el occidente del Mediterráneo.

Del astillero que fundaron, salieron los barcos más notables de su escuadra.

También fué Cartagena la residencia del gobernador que la república tenía en los dominios de España.

Y de aquí, que ganara mucho en importancia bajo todos conceptos.

El año 208, Publio Escipión vino á España, y aun cuando inferior en genio militar á Aníbal, como le superaba en actividad, creyó que con ventajas podía atacar á Cartagena.

Bien combinado el plan, la escuadra romana se presentó á la entrada del puerto, al mismo tiempo que aparecía Publio Escipión con su ejército por tierra, ante los muros de la ciudad.

Previsor en todo, examinó la profundidad del mar en el brazo que corría de Sur á Norte; y viendo que era vadeable en las bajas mareas, dispuso que sus soldados se lanzaran por allí á la pelea.

Para animarles, y, según cuenta la historia, persuadido de que ninguno de aquellos hombres conocía el fenómeno del flujo y reflujo de las aguas, les arengó diciéndoles:

—Soldados: el dios Neptuno, dueño de las aguas y aliado de Roma, ha dispuesto que el mar os deje paso franco para el asalto. Al efecto, el terreno quedará casi seco, y nadie podrá impedirnos llegar hasta la muralla. Una vez allí, de vuestro valor se espera todo, pues Neptuno os protegerá. El que volviese la espalda, perecerá entre las olas.

Dicho esto, se preparó él por tierra firme para atacar, con el fin de que la defensa, débil de por sí por el lado de la ría, fuese más débil aún, y cuando los cartagineses se dieran cuenta del asalto por aquel lado, fuera ya tarde para evitar el mal.

Comenzó el combate en plena marea baja.

Los soldados que veían descender poco á poco las aguas, dieron completo crédito á las palabras de Publio Escipión, su jefe, y llenos de arrojo y de ardimiento, pasaron con agua á la cintura el brazo de mar.

El éxito fué completo.

Nadie esperaba aquella acometida, y la sorpresa dió el triunfo á Publio.

Magón, célebre cartaginés, mandaba la plaza. Resistió hasta lo último; pero al fin tuvo que entregar la ciudad al vencedor de Cartago.

Los frutos que Escipión sacó de aquella victoria, fué hacer esclavos á diez mil hombres libres, apoderarse de setenta y tres embarcaciones cargadas de trigo, y de grandes riquezas, no sólo en plata y oro, sino también en infinidad de objetos de arte y materiales de construcción.

Ya no había duda: los romanos superaban á los cartagineses dentro de la *tierra escondida*, como llamaban á la península Ibérica.

Durante la larga dominación romana, Cartagena tuvo grandísima importancia.

Y lo demuestra, que Tito Livio la denomina «Cabeza de toda España.»

Y otro sabio, Estrabón, la llama «la ciudad más importante.»

Para calcular la riqueza de Cartagena, basta con decir que en una sola mina de plata, se empleaban *cuarenta mil* hombres.

Estos datos son auténticos: no admiten discusión, pues existen documentos que lo acrediten.

Dependían del gobierno de Cartagena, *sesenta y dos* ciudades.

Los romanos la llamaron Cartago Spartaria, por el mucho esparto que se criaba en sus inmediaciones.

El historiador antiguo Dion Casio, la llama *Carchedonia de la Iberia*, y, según dicen, después de la batalla de Munda, Sexto Pompeyo se apoderó de ella.

Pero Augusto la conquistó, dándole el nombre de *Julia* en recuerdo eterno de su tío.

El año 425, los vándalos arrasaron la ciudad: en 554, Justiniano la reedificó, dándole por nombre *Justina*, para perpetuar la memoria de Justiniano su pariente; en 589, quedó completada su reedificación por Comiciolo, general enviado por el emperador Mario.

En 625, Suintila la volvió á destruir.

Los moros, dueños de España por la muerte de don Rodrigo, último rey de los godos, le dieron á Cartagena la importancia que en sí tenía, y la reedificaron una vez más.

En 1078, Abén-Abed se apoderó de cuanto en-

cerraba la ciudad, durante la guerra que como emir de Sevilla sostuvo con el de Toledo.

En 1244, cayó en poder de Fernando el Santo. Los moros tornaron á apoderarse de ella; mas al poco tiempo se la hizo perder para siempre Jaime I de Aragón.

El 17 de Mayo de 1509, levó anclas la escuadra formada en Cartagena, y á cuyo frente iba el Cardenal Cisneros y el célebre Pedro Navarro.

En 1585, saqueó la ciudad el terrible Drake.

En 1706, también la saqueó la escuadra anglo-holandesa.

En 1808, Cartagena fué la primer ciudad que dió el grito de independencia.

Lo que ha pasado en los años 1843, 44, 54 y 68, ya lo hemos indicado.

Nos falta ahora para completar este brevísimo relato de la historia de Cartagena, decir, también en el menos espacio posible, cómo estaba la ciudad en el momento de declararse en cantón.

Ni la casa de Austria ni la de Borbón dieron grande importancia á Cartagena, razón por la cual era casi un montón de ruinas, cuando el general don Leopoldo O'Donnell gastó allí cuanto hacía falta, para poner á punto tan importante á cubierto de cualquier asechanza.

Así, que al estallar el movimiento cantonal, disponía de cuantos elementos de guerra eran conocidos entonces.

Sus murallas están erizadas de cañones.

Por mar, á más de las baterías, defienden el puerto, los castillos de Galeras y San Julián, y los fuertes de Isabel II, Podaderas y otros menos importantes.

Por tierra estaba también perfectamente defendida.

El total de su artillería era el de *quinientas ochenta y tres* piezas.

La dotación de estas consistía en *ciento ochenta mil* proyectiles, y cuatro mil trescientos treinta y dos quintales de pólvora.

Las fuerzas de tierra con que contaba la insurrección, eran:

El batallón de infantería *Iberia*, el batallón de cazadores de Mendigorria, un batallón de infantería de Marina, dos compañías de artilleros de á pie, trescientos milicianos movilizados, *dos mil* voluntarios, cuarenta carabineros y veinte soldados de caballería.

Por mar se sublevaron las fragatas blindadas *Numancia*, que era la mejor que cruzaba los mares, la *Victoria*, la *Tetuán* y la *Mendez Núñez*.

Y las de madera *Almansa* y *Ferrolana*, con más algunos vapores.

Con tales elementos, claro es que la insurrección resultaba indominable, sobre todo cuando en Málaga y Sevilla, sin disponer ni de la octava parte, estaban haciendo lo que querían los cantonales.

Las discusiones de las Cortes tenían alejados de

la ciudad á aquellos republicanos que habían demostrado mayor templanza y mejor deseo de llegar á un acuerdo entre las distintas fracciones en que como por ensalmo se había dividido el partido republicano, como natural consecuencia de la inesperada solución dada el 11 de Febrero.

Porque nadie pudo calcular que unos cuantos hombres entre los cuales tan sólo había cinco ó seis dignos de figurar como capaces de sostener las ideas republicanas en el Parlamento, pero no en los campos de batalla, lograran imponerse á una mayoría monárquica tan grande que sumaba las cuatro quintas partes.

Como que eran hechura de un gobierno monárquico democrático.

De un gobierno que rendía pleito homenaje á don Amadeo de Saboya, y á cuyo frente estaba el demócrata don Manuel Ruiz Zorrilla.

Aquel gobierno había demostrado la inexactitud en que se apoyaba la defensa del sufragio universal.

Los partidarios acérrimos del voto general, habían dicho:

—«Es más difícil envenenar las aguas de un río que las de una fuente; y la dificultad llega al imposible, cuando las aguas son del mar.»

El sufragio restringido era la fuente fácil de envenenar.

El sufragio por capacidades, esto es, otorgado á cuantos supieran leer y escribir, era el río.

Y el sufragio libre en absoluto, el mar donde todo veneno perdería su acción por completo.

¡Qué error tan grande!

Desde las Constituyentes que proclamaron la monarquía extranjera hasta las Constituyentes que comenzaron la obra de formar el código que no llegó á promulgarse, todo se había hecho por sufragio universal absoluto.

¿Y qué resultó?

Que el mar vió envenenadas sus aguas con mucha más facilidad que antes se envenenaron las de las fuentes.

Todos los gobiernos que se habían sucedido desde que se estableció el sufragio universal, tuvieron mayoría.

Pero mayoría grande.

¿Era posible achacar esto á que el país cambiaba de opinión según cambiaban los hombres del poder?

El pueblo revolucionario de 1868, ¿había desaparecido siendo reemplazado por otro pueblo monárquico democrático, que á su vez se borraba cual el guarismo en el encerado para ser sustituido por otro pueblo republicano?

Esto es inadmisibile.

En cambio todos hemos visto cómo los servidores de doña Isabel lo fueron de la interinidad, luego de don Amadeo, y más tarde de la República, para terminar, por ahora, tornando á ser borbónicos.

¿Qué puede y debe deducirse de aquí?

Lógicamente, que el sufragio universal estaba falseado como antes de restringido.

Y que el pueblo, el verdadero pueblo, seguía siendo la víctima propiciatoria de los ambiciosos.

¡Siempre lo mismo!

Era el memorable 13 de Julio de 1873, cuando los ministros se reunieron en consejo en vista de las graves noticias que acababan de llegar de Cartagena.

Según estas noticias, el gobernador militar, general Guzmán, en vista de que por mar y por tierra se había proclamado el cantón bajo la denominación de *Cantón murciano* y formado gobierno, había abandonado la plaza seguido de las tropas leales al gobierno central.

Estando reunidos los ministros llegó otro telegrama, en que se decía que el coronel Piernas había sublevado á las tropas, las cuales abandonaron al general Guzmán, tornando á Cartagena.

Ante la gravedad de estas noticias, el consejo decidió que el ministro de Marina se pusiera en camino.

Pero ¿con qué elementos?

En cambio, el general González, ministro de la Guerra, declaró solemnemente que no disponía ni de un sólo soldado para mandar á Murcia.

Al consejo le disgustó mucho la manifestación, pero no sospechó cosa alguna.

Y las gentes murmuraban.

Que de boca en boca corría la versión de que el general Velarde, que se encontraba de Murcia, como á dos jornadas, había telegrafiado varias veces al ministro de la Guerra, pidiéndole instrucciones, y que no habiendo recibido contestación alguna, se dirigía á Albacete.

Esta versión llegó á oídos del ministro, el cual dijo que era inexacto que hubiera recibido telegrama alguno.

Pero como no admitía duda el que Velarde estaba casi en Murcia al estallar el movimiento cantonal, resultaba siempre que no era exacta la afirmación de que no había ni un soldado que enviar contra Cartagena.

¿Cuál era la verdad?

¿Ignoraba el ministro González la situación de Velarde?

¿Estaba de acuerdo con el presidente de la República para proteger indirectamente el movimiento cantonal?

Esto fué lo que todos creyeron, y lo que dió origen á que, como ya hemos dicho, dimitiera el gobierno, el señor Pí no pudiera formar ministerio, y bajara del poder supremo para no volver á ocuparlo jamás.

Al ser elegido el señor Salmerón, el cantón murciano funcionaba de una manera desastrosa.

Antonio Gálvez capitaneaba las turbas dejándolas cometer toda clase de excesos.

El general Contreras no tardó en presentarse, y «el gobierno quedó constituido» según la voluntad y el capricho de Gálvez y Contreras.

El pueblo no tuvo participación en nada de aquello.

El sufragio universal quedaba burlado por completo.

Es decir, que aquellos hombres que tanto habían gritado contra las tiranías monárquicas, comenzaban por seguir sus mismas huellas.

Don Nicolás Salmerón y Alonso, formó el siguiente ministerio:

Soler y Plá, Maisonnave, Carvajal, González Iscar, Moreno Rodríguez, Oreyro, González (don Fernando) y Palanca.

El gobierno se presentó á las Cortes, y dió lectura de varios telegramas, que eran una larga serie de pronunciamientos, declaraciones de cantones y demandas de auxilios.

Y á continuación hizo saber, que el gabinete estaba dispuesto á proceder con toda energía hasta lograr la paz entre los republicanos, á fin de acudir con todas las fuerzas posibles al Norte, donde el carlismo había llegado á tales extremos, que amenazaba venir sobre Madrid.

En comprobación de estas manifestaciones, fueron disueltos los cuerpos que habían fraternizado con los cantonales.

Acto seguido, se declararon piratas los buques que estaban con la insurrección cantonal...

Y se dispuso la formación de un ejército que marchara á Cartagena.

Madrid recobró un tanto el ánimo perdido.

El día 19 de Julio, esto es, seis días después que Cartagena, se declaró en cantón Valencia.

Contra los valencianos partió Martínez Campos.

Pero al propio tiempo se sublevaba el batallón cazadores de Mendigorria, que iba para Cataluña, siendo maltratados los oficiales.

El mal tenía hondas raíces.

Ni el temor de que pudiera dominar don Carlos se tenía en cuenta.

Lejos de eso, no parecía sino que se trataba de proteger al Pretendiente.

Tan seguros se juzgaban los cantonales de Cartagena, que el 17 formaron una expedición por mar al mando de Gálvez.

La componían la fragata *Victoria* y el vapor *Vigilante*.

Á bordo iban tropas de desembarco.

Y se presentaron ante Alicante.

El gobernador militar contaba con fuerzas para evitar el desembarco; pero en vez de resistir, abandonó la plaza.

Al amanecer del día siguiente, el vapor *Vigilante* era apresado por una fragata prusiana, devolviéndolo al gobierno central.

Sofocado el movimiento de Valencia, el general

Salcedo cayó sobre Chinchilla, donde derrotó á dos mil cantonales que llegaban en dos trenes procedentes de Cartagena.

Aquellos sublevados, al verse acometidos, tornaron precipitadamente á los trenes, y á todo vapor se alejaron.

Los que no pudieron saltar á los coches, quedaron prisioneros.

La victoria alcanzada en Valencia, la derrota de los *dos mil* hombres en Chinchilla, y el apresamiento del vapor *Vigilante*, así como la sumisión forzosa de Málaga y Sevilla, dejó casi reducido el cantonalismo á los límites de Cartagena.

Fué nombrado el general Martínez Campos, el vencedor en Valencia, para apaciguar á Cartagena.

Y marchó acto seguido á unirse con el general Salcedo.

Las fuerzas que se reunieron para combatir la insurrección, fueron:

Dos batallones del regimiento infantería de Galicia.

Dos compañías de cazadores de Alcolea.

Un batallón de ingenieros.

Una batería de artillería.

Cincuenta y cinco soldados de caballería de Sagunto.

Dos piezas de 16 centímetros y un mortero.

Los elementos no podían ser menos.

Que, como hemos dicho, la plaza disponía de

quinientas ochenta y tres piezas y *ciento ochenta mil* proyectiles.

Para colmo de males, se presentaron algunas fuerzas carlistas por las inmediaciones de Murcia.

En cambio el almirante Lobo, pudo emprender las operaciones por mar.

Porque los cantonales se habían dedicado á saquear la costa, y cuando las fragatas *Vitoria* y *Almansa* se dirigían á Málaga para imponer contribuciones y recoger víveres, fueron apresadas por la escuadra extranjera que las perseguía.

La gente de á bordo quedó en libertad, y pudo volver á Cartagena; pero las fragatas quedaron bajo el mando del gobierno central.

La situación interior de la plaza iba empeorando.

Nadie ignoraba dentro de ella, que Martínez Campos había pedido refuerzos, con el fin de entablar un sitio en regla.

Y todos sabían que de un momento á otro, el sitiador dispondría de un tren de batir, que había salido de Sevilla.

Entonces se pensó en lo peor que pudo haber en cabeza revolucionaria.

Como la desesperación comenzaba á imperar, y como las municiones de boca iban escaseando, cuántas ideas acudían á la mente de aquellos hombres, resultaban descabelladas.

Aprobado el desatino, se abrieron las puertas de la cárcel y las del presidio.

A cada rematado, como á cada presunto delincuente, se le dió un arma; y á más se le ofreció la libertad, y aun alguna recompensa.

Calcule el lector los efectos que produciría tan descabellada resolución.

¡Horror da el recordarlo!

Como consecuencia de la medida, Hilario se encontró en la calle y bien provisto de armas y municiones.

Pero como allí había hombres que todo lo tenían perdido, y él no lograba capitanear una partida, pensó en hacer traición al que le devolvió la libertad.

Al efecto se presentó á Gálvez, y so pretexto de ir á investigar la situación del enemigo y traer noticias, logró que le dejaran salir.

Y pudo llegar hasta el general sitiador Martínez Campos.

Allí dijo de dónde venía; que deseaba el triunfo del gobierno central, aun á costa de su vida, y añadió la situación en que se encontraba la plaza.

Como en ello nada perdía el general, le autorizó para que trabajara en Cartagena, á fin de dar un golpe de mano que evitara sangre, y que los presidiarios pudieran escaparse.

Dos días después, tornó Hilario con la noticia de que «la insurrección estaba sostenida por los carlistas y los moderados históricos, que pretendían por este medio hacer inevitable la restauración de doña Isabel.»

—¡Mal camino llevan!—dicen que exclamó Martínez Campos.

—No creo posible—respondió Hilario—lo del golpe de mano; porque los presidiarios no han de consentirlo; y los prohombres carlistas y restauradores, tampoco. Lo que sí pudiera ser, es que algunos jefes y oficiales se entendieran directamente con vos, y...

—¿Puedes hacer tú eso?

—Puedo hablarles.

—Pues marcha, y cuenta con una buena recompensa.

Hilario intentó hacer lo que había prometido, logrando que algunos oficiales le escucharan con agrado.

Y hasta llegó á conseguir que dos de ellos, disfrazados de manera conveniente, llegaran hasta el campamento enemigo y hablaran con el general.

Para ello hizo saber á Gálvez que el general Martínez Campos había dejado sin tropas un punto importante, y que era posible caer sobre él de improviso.

Gálvez no dió crédito á la noticia, lo cual era lo que Hilario deseaba, por lo cual, aparentando estar ofendido, dijo:

—Pues para que conste siempre que yo he dicho la verdad, disponed que me acompañen gentes entendidas en la materia, y que certifiquen de lo que tengo expuesto.

Por este medio pudo salir de la plaza á media noche con los dos oficiales.

Pero fué inútil.

O Martínez Campos ofrecía poco, ó los oficiales demandaban tanto, que el general no creyó que decorosamente podía aceptarlo.

Y los tres volvieron á Cartagena sin haber arreglado aquel asunto.

CAPÍTULO XII

Situación apremiante.



HABÍA grandes dificultades para arreglar todas las cuestiones.

Y hasta la entrega de las fragatas apresadas, tropezó con obstáculos.

Debido á esto no era posible empezar las operaciones por tierra, pues sin ser apoyadas por mar, se perdería el tiempo lastimosamente.

A esto había que añadir la inferioridad de los sitiadores.

Esto es: de los que amenazaban con un bloqueo, que, convertido en sitio, fuera el principio del fin de la insurrección cantonal.

Y los días pasaban, y Martínez Campos no recibía refuerzos, ni entraba en negociaciones serias con los sublevados, que cada día se mostraban más altaneros, al ver que no se decidía el general á atacarles.

En cuanto á Hilario, ya no podía salir de la plaza.

El general Contreras había prohibido que se permitiera la salida á persona que no formara parte de fuerza armada.

La orden obedecía á que algunos soldados habían desertado, y muchas familias huían del espectáculo de un bombardeo.

Y como al mismo tiempo iban faltando dinero, y más que dinero comestibles, temió el jefe de aquel movimiento que [todos le abandonaran, quedando sobre él sólo la responsabilidad [de haber soltado el presidio.

No confiaba Contreras en el triunfo, pero sí en una capitulación que le conservara su alto puesto en la milicia.

Pero ésto no lo confiaba á persona alguna.

Y para disimular en el interior y engañar en el exterior, comenzó á disponer una salida.

Todos los presidiarios querían ser de los expedicionarios.

Pero la idea era bien conocida, y se dispuso que sólo salieran tropas.

Esto produjo un gran disgusto entre aquella población de criminales, pues tal podía llamarse á una plaza en la cual la mayoría arrastraba un grillete pocos días antes.

También pretendió Hilario marchar con las tropas; pero tampoco pudo conseguirlo.

Esta contrariedad le irritó mucho.

—¡Fuí un tonto—exclamó— cuando no escapé al ver que mis planes habían fracasado!

Y añadió:

—¿Qué tengo yo que hacer aquí que sea de provecho? ¿Queda algo de lo cual pueda yo sacar partido? Las casas están saqueadas, en los almacenes no hay víveres casi... Sólo una bala es lo que me puede tocar.

Tenía razón. Cartagena había llegado al último extremo, y los carlistas y moderados trabajaban dentro de la plaza cuanto podían para aumentar los males.

Al efecto comenzaron por hablar mal de Contreras y de Gálvez, que eran los prohombres de aquella situación tan escandalosa.

Y por todas partes se comenzó á murmurar de los jefes, bajo el supuesto de que preparaban «una villanía que matara para siempre el triunfo de la libertad.»

No era Hilario de los que menos ayudaban á los que á toda costa querían un Borbón en el trono de España.

Conocido por los monárquicos, fué llamado.

En la entrevista que tuvieron, el hombre fué conocido como materia dispuesta para cualquier cosa, con tal de que hubiese dinero.

Esto bastó para que le atacaran por el lado débil, y para que Hilario se decidiera á ser un pregón constante en contra de Gálvez y Contreras.

El día mismo en que el general Martínez Cam-

pos, persuadido de que no se le enviaban elementos para establecer ni aun el bloqueo, presentó la dimisión del cargo por telégrafo, hablaba Hilario en una taberna con varios presidiarios del siguiente modo y manera:

—Sí, amigos míos: estamos vendidos por los jefes.

—Eso no basta con decirlo; es preciso probarlo —respondió uno de los contertulios.

—Cuando yo digo una cosa, es porque tengo motivos para ello.

—Pues habla.

—A tí, como á otros muchos, no os conviene que la plaza se rinda ni que capitule, pues volveríais al presidio; pero al general le tiene eso sin cuidado, y sólo tratará de sacar el mejor partido que pueda.

—Eso es ó será, si le dejamos.

—¡Ahí duele!

—Pues ahí dolerá.

—Si podemos...

—¡Ya lo creo!

—Lo primero que habría que hacer, era apoderarse de la *Numancia*.

—Eso es difícil.

—Pues no lograremos cosa alguna que nos favorezca. Desde el día en que dimos el grito, la *Numancia* no ha apagado sus calderas, ni se dió un momento de reposo á la gente; y esto dice bien á las claras que se tiene dispuesta la fragata para

escapar los peces gordos si las cosas vienen mal dadas.

—En la *Numancia* cabe mucha gente, y nosotros...

—Nos quedaremos en tierra. Pero si el barco fuera nuestro, nada más fácil que escapar y que se trocaran...

—En eso tienes razón; pero ¿en qué te fundas para dudar de Contreras?

—En que no hace nada. ¿Qué gente tenemos delante? ¡Cuatro gatos con un general á la cabeza! Y nosotros con los brazos cruzados, dando lugar á que traigan un tren de batir, á que acumulen elementos, y á que nos sitien por hambre. Muchos días hace que deberíamos haber obligado á esas gentes á levantar el campo, con lo cual estaría abierto el camino para buscar recursos por tierra, ya que por mar nos lo impiden las escuadras extranjeras.

—Es indudable que tienes razón, y razón te sobra para alarmarnos; pero nosotros confiamos en Gálvez.

—Ese hombre, ó está de acuerdo con el general, ó engañado por él.

—Pues no hay más que hablar: fusilamos á los traidores...

—Eso es: y dueños de la *Numancia*, en último caso, tenemos el camino libre para marchar. Pero ahora soy yo el que tiene reparos, toda vez que se habla de una salida...

—En la cual no nos dan parte.

—Ya lo sé: hay desconfianza de nosotros, y se nos deja encerrados. Pero como tenemos tiempo por delante y á más de esto conviene cargarse de razón, creo prudente una cosa.

—¿Cuál?

—Que esperemos el resultado de la salida que hará la tropa; y si, como es de temer, los que salgan no vuelven por haberse pasado al enemigo...

—Si va con ellos el ciudadano Contreras, mal negocio.

—No le dejamos salir.

—Lo cual conviene que se sepa. Así, de un modo terminante. «Nosotros nos oponemos á que el general abandone la plaza.»

—Estamos de acuerdo.

—Pues á ello.

En pocas horas fué conocida la oposición de los presidiarios á que Contreras saliese de la plaza.

Muy demócrata y muy republicano era el general Contreras; pero hirió su amor propio aquella imposición, y pensó castigarla, tornando á encerrar á los presidiarios.

Pero ¿con qué elementos contaba para desbaratar lo hecho?

Gálvez hizo los imposibles por calmar al general, y al propio tiempo corrió la voz de que Contreras había jurado morir ó vencer en las murallas, y que, por lo tanto, era calumnioso cuanto se decía contra él.

Pero ni el general ni los presidiarios se daban por convencidos.

Quizás entonces deploró por primera vez sus errores el general Contreras.

Que jamás pudo imaginar verse preterido y agraviado por gentes como las que dominaban en Cartagena.

Y quizás también entonces, pensó por primera vez en abandonar aquel recinto donde ni honra ni provecho podía esperar.

En cambio las tropas se colocaban del lado de aquel á quien habían elevado á jefe cantonal, y se estableció una funesta división entre militares y paisanos.

El síntoma era fatal.

Aprovechados aquellos momentos para atacar, el triunfo hubiera sido seguro y rápido.

Pero el gobierno central se entretenía en discutir la dimisión de Martínez Campos, y no ver de buscarle sustituto.

Tras larga discusión, se optó por el relevo del general.

Este obedeció á noticias que se habían recibido.

Pues sin aquellas noticias, en vez de aceptar la dimisión, se le hubiesen enviado los refuerzos que pedía, tomado en cuenta su comportamiento en Valencia.

¿Qué noticias eran las que decidieron al gobierno para el relevo?

Estas, en sustancia:

Cuando Martínez Campos tornó de Valencia, fué recibido y felicitado por muchas personas.

Pero entre ellas predominaban los moderados históricos, que ya iban adoptando la denominación de alfonsinos.

Y se notó que el general atendía con marcada preferencia á los amigos de doña Isabel II.

Aquello fué una nube que pasó como un meteoro.

Pero al partir para Cartagena, los moderados no supieron disimular su alegría, y el gobierno entró en sospechas.

Después se supo, que el general había sido visitado, estando ya al frente del ejército central, por personas importantes, amigas de la dinastía caída.

Debido á esto, no se le mandaban quizás los refuerzos que pedía, pues era de temer que al disponer de diez ó doce mil hombres, lanzara el grito de restauración, complicando más y más las cosas.

Cuando vieron que dimitía el mando, y que lo realizaba en términos comedidos en los cuales no había ni asomo de contrariedad, se dudó de cuanto se sabía, y se temió enemistarse con un general que sabía serlo en los campos de batalla.

Pero predominó la aceptación, y se le nombró sucesor.

¿Había algo de verdad en que el general Martínez Campos era afecto á la restauración?

Indudablemente.

Sus actos posteriores lo han demostrado así, y su

alejamiento de todo mando desde lo de Cartagena, le denunciaban.

El nuevo general nombrado, formó una comisión que estudiara las fuerzas que hacían falta por tierra para establecer el bloqueo.

Esta comisión emitió un dictamen que decía en síntesis:

«Para bloquear en debida forma la plaza de Cartagena, hacen falta *ocho mil quinientos* infantes, *setecientos* caballos y treinta piezas montadas.»

A todo esto pasaban los días, y ni los de dentro ni los de fuera hacían cosa alguna.

Al fin, el día primero de Octubre se dispuso la salida de *mil hombres* bajo el mando de Contreras.

Los presidiarios quisieron protestar.

Pero se les hizo entender que de oponer la menor resistencia serían arrojados de la ciudad para que el enemigo les castigara, y aun cuando no faltaron agitadores que capitaneó Hilario, las cosas se hicieron á gusto de Contreras, al menos en la apariencia.

Porque en realidad salió casi á escondidas del pueblo criminal, de aquella masa de delincuentes que, de seguir por el camino que iba, era seguro que acabaría por imponerse á los que se habían constituido en autoridades.

El general Ceballos, que era el relevo de Martínez Campos, tenía ya noticias de que el almirante Lobo estaba al mando de las fragatas apresadas.

De modo que con la *Zaragoza* eran tres los bu-

ques de guerra que tenía, y, por lo tanto, se hallaba en disposición de poder operar.

Los mil hombres mandados por Contreras, no iban bien dispuestos para el combate.

Les faltaba el entusiasmo, que tanto influye en las operaciones militares.

Así tenía que ser.

La insurrección cantonal estaba dominada en todas partes; en Cartagena escaseaba todo menos armas y municiones de guerra; las personas honradas eran víctimas del pillaje de los presidiarios; la administración pública no existía; el principio de autoridad desconocido por completo; y si algo quedaba que sostuviera aquel estado de cosas, eran los trabajos de carlistas y moderados.

¿Cómo ir á la lucha con entusiasmo y decisión?

Ceballos se apercibió con tiempo de lo que intentaba Contreras, y dispuso su gente de modo que, tras un breve combate, los mil hombres fueron rechazados tornando con el mayor desaliento á la plaza.

La consecuencia fué lógica.

Los cantonales comprendieron que perdían el tiempo y con él podían perder la vida inútilmente, y comenzaron las deserciones, sobre todo en la oficialidad de los cuerpos de ejército.

A estos oficiales siguieron algunos paisanos, y después bastantes presidiarios. Ni Contreras, ni Gálvez, ni el principal agitador Roque Barcia, podían lograr contener el movimiento emigrante. En

cuanto á Hilario, permaneció en la plaza, pues formaba parte integrante de los carlistas y moderados. Como que éstos tenían dinero, y dinero era lo que Hilario buscaba en primer lugar.

Así llegó el 10 de Octubre, en cuyo día tornaron á salir de la plaza otros mil hombres con cuatro piezas de artillería.

El resultado fué desastroso para los cantonales; pues donde no hay disciplina, á mayor número de hombres mayor desbarajuste.

El ánimo iba decayendo por momentos.

Ni los discursos al aire libre de Gálvez, ni los escritos horripilantes de Roque Barcia, lograban despertar el entusiasmo en aquellos ánimos abatidos por el convencimiento de su impotencia para triunfar.

Y para que las cosas fueran de mal en peor, el día 11 se libró un combate naval entre la escuadra insurrecta y la mandada por Lobo, quedando la victoria por éste.

Cartagena estaba bloqueada por mar y por tierra desde aquel momento; y como no podían negar los prohombres del cantonalismo que eran españoles, surgió la división y hasta el antagonismo entre las autoridades civiles y militares.

El pueblo tomó parte en aquellas querellas, y se fraccionó también.

Para apurar más la situación, se corrió la voz de que «había que poner á media ración á cuantos dependieran del gobierno cantonal.»

Esta situación tan anómala, aun dentro de la anormalidad de las cosas desde su principio, fué agravada por las actitudes de los carlistas y moderados, que para el mal supieron unirse á una sóla voluntad.

Y decimos «para el mal», no por los perjuicios que pudieran producir á los cantonales, sino por los que hacían á España, sobre todo los moderados, uniéndose á los eternos enemigos de la libertad.

De los trabajos realizados por aquellos siete hombres, que bien pudieran llamarse «los siete pecados capitales», puede juzgar el lector, con saber que la masa que formaba el pueblo cantonal, se dividió, hasta el extremo de que, al tratarse de nombrar nueva Junta de gobierno, hubo muchos que pidieron que la votación se hiciera por sufragio restringido.

Y se fundaban en que los presidiarios no podían ó no debían votar, toda vez que por las leyes estaban privados de todos los derechos del ciudadano.

Razón tenían bajo el punto de vista legal.

Pero aquella legalidad que invocaban, ¿estaba vigente en Cartagena?

¿Reconocían los cantonales las leyes bajo las cuales gobernaba el poder central, residente en Madrid?

A esto contestaban:

—Si no hay razón legal, no podrán negar que la hay moral; los presidiarios son más que nosotros: si los dejamos hacer, se erigirán en gobierno.

Esto era de más peso, y Contreras se decidió á

falsear el sufragio, puesto de acuerdo con Roque Barcia, que con Gálvez formaban la cabeza de los cantonales más tenaces.

Aún no es tiempo de saber si Contreras engañaba á los hombres civiles, y por ello si tuvo participación en la actitud de las tropas, que por algunas horas lograron imponerse. Porque el elemento civil, viéndose perdido, lanzó el grito de «traición» contra los militares, apoyándose en lo que Hilario había contado de los tratos y contratos con Martínez Campos, y de las deserciones que había. Tanto dominó el elemento civil, que varios jefes y oficiales fueron reducidos á prisión, y aun sometidos á un proceso.

En esto había pasado todo el mes de Octubre, y llegado el de Noviembre. Durante el tiempo transcurrido, el general Ceballos seguía recibiendo recursos y levantando nuevas baterías. La plaza continuaba de mal en peor.

Cada día más división entre los sitiados: cada hora, más próxima aquella en la cual faltara el pan. Contreras vió cómo se desmoronaba su obra, y quiso hacer un último esfuerzo.

Al efecto, dispuso otra salida el 5 de Noviembre para destruir algunos trabajos del sitiador.

El éxito fué fatal: los cantonales, rechazados desde el primer momento, tornaron á la plaza de «cabeza», según afirmó un testigo presencial. Bajo tales auspicios, se nombró la nueva Junta, en la cual predominó el elemento intransigente.

El general Ceballos recibía de continuo órdenes para atacar la plaza. Esto era muy fácil de decir pero muy difícil de llevar á la práctica, pues contra *quinientas* bocas de fuego de grueso calibre, no había manera de vencer con ochenta.

El general Ceballos lo manifestaba así de continuo, y aseguraba que la plaza se rendiría en breve sin grande efusión de sangre, ni perjuicios para la población, tan enormes como los que producía un bombardeo.

Y el gobierno replicaba, autorizándole *para todo*, menos para indultar... á los principales jefes. Es decir, que los que formaban la Junta y ejercían mando, no podían ser indultados, y en cambio sí los presidiarios.

Tantas ganas tenía el gobierno de acabar con el cantón.

Tanta falta le estaban haciendo las tropas para combatir á los carlistas, dueños de gran parte de España. Pero Ceballos insistía en que no contaba con elementos para arrostrar las consecuencias del bombardeo, pues sólo disponía de ocho mil hombres mal contados, en tanto que Contreras disponía de más de doce mil. Esto sin contar la superioridad de la artillería de la plaza sobre la sitiadora. Salmerón empezó á comprender que le era imposible salir airoso del *maremagnum* en que nos encontrábamos, y comenzó á buscar una cosa cualquiera que le sirviese de pretexto para abandonar el poder, antes de que le echaran, pues el país se iba conven-

ciendo de que no era él el hombre llamado á salvar la situación de España.

Razón tenía para ello.

Pues sobre las actitudes de la Península, se iban sobreponiendo las noticias que llegaban de Cuba.

Que el grito de libertad hubo de despertar en aquella isla el mal dormido deseo de independencia y emancipación, y por todas partes saltaban chispazos.

La madeja se enredaba demasiado, y don Nicolás, que según se ha visto, era defensor ó cuando menos partidario de «Cuba libre», se veía entre la espada y la pared, sin decidirse á la derecha ó á la izquierda.

Porque el español luchaba con el hombre político.

Como republicano y como filósofo, creía que Cuba debía ser libre, por la liberalidad de España, «sin que quedaran entre la Isla y la Península otras relaciones que las de los hijos agradecidos.»

Pero como español, miraba las cosas de otro modo, y deploraba el desmembramiento de la madre patria.

Vistas las cosas con la imparcialidad del historiador, no encontramos falta ni delito en creer que España no tiene derecho para seguir tiranizando las fértiles tierras que hemos logrado convertir en estériles.

Y, por lo tanto, en una carga pesada para la Península.

Pero como españoles, deploraremos siempre que

Cuba se emancipe; y deploraremos más que sea por causa de los malos gobernantes.

Pasaron los días en los cuales se dominaba por el terror.

Estamos en la época del amor, del cariño... cuando menos, del afecto.

Cuba pide justicia.

¿Por qué negársela?

Pretende subvenir á los gastos de la Metrópoli, como los gremios á las cargas del Estado.

Que se juzga mayor de edad, y pide que termine una tutoría ruinosa.

Este es el caballo de batalla.

Caballo que *cocea* para aquellos que por centenares marchan á Cuba á buscar una fortuna no siempre honrada.

Pero nos hemos desviado, sin quererlo, de nuestros propósitos.

Por otra parte, no somos nosotros los llamados á resolver el problema, y por ello perdemos el tiempo en discurrir sobre lo que otros han de resolver.

Como los gladiadores romanos, don Nicolás buscaba una postura académica, airosa, para dejar la presidencia del poder ejecutivo.

Que era preciso quedar en disposición de tornar á las altas esferas en tiempos más bonancibles.

Por aquellos días, las tropas se negaban con frecuencia á batirse en el Norte.

Y dando gritos de ¡viva la república!, se burlaban de sus jefes, á los cuales les mandaban bailar.

Desmoralizado el ejército, el triunfo era de los carlistas.

Y como para restablecer la disciplina solo se conoce militarmente un modo, se pensó en fusilar á aquellos que llegaron hasta á maltratar de obra á sus jefes.

Salmerón había decantado mucho contra la pena de muerte, y en aquellas ejecuciones vió el pretexto que tanto había buscado.

Como jefe supremo, tenía que aprobar con su firma las sentencias de muerte.

Y cuando llegó la causa á su poder, dijo:

—Antes que firmar una sentencia de muerte, me cortarían la mano derecha.

Acto seguido presentó la dimisión del cargo que ejercía.

En pocos meses, la República española había tenido tres presidentes.

Y vino el cuarto.

La voluntad nacional se fijó en el eminente tribuno don Emilio Castelar.

Y fué elegido.

Castelar ha demostrado siempre que es un héroe en materia de valor cívico.

Y aceptó, pensando en el bien de España nada más, puesto que es fama que dijo á un su amigo que le felicitó:

—Aquellos que bien me quieran, deben entriste-

cerse de mi subida al poder, en lugar de felicitarse. En pocos días voy á perder la popularidad de que gozo, y de la cual tanto me he vanagloriado.

Por aquellos días presentó Ceballos la dimisión de su cargo.

Había llegado á perder toda ilusión al saber que Castelar era el presidente de la República, y no quiso arrostrar lo que pudiera venir, pues veía el horizonte cada vez más cargado de electricidad.

Y se fundaba en la historia política de don Emilio.

Juzgando por el pasado, tenía razón Ceballos para discurrir de modo poco favorable.

Castelar se había presentado en el campo de la política como enemigo del clero, como adversario de la pena de muerte, como detractor de las quintas.

Su popularidad había comenzado el día en que gritó:

—¡Pobres madres á quien os arrancan de los brazos al hijo de vuestras entrañas!

¿Qué podía esperar Ceballos de aquel *damagogo*, enemigo de las quintas en unos días en los cuales lo que hacía falta eran soldados?

El nuevo presidente tenía formado un alto concepto, como militar y como político, del teniente general don José López Domínguez, sobrino del duque de la Torre.

Y tan luego como recibió la dimisión de Ceballos, le mandó llamar.

De mala gana acudió el interesado, pues deseaba eludir aquello para lo cual le llamaban.

Tan luego como se presentó, aseguran que dijo Castelar:

—No admito excusas, amigo mío: hoy mismo es necesario que se ponga usted al frente del ejército de Cartagena.

—Pero...

—Nada, nada: lo que haga falta... más de lo que faltara, se hará.

—Sin Artillería... esto es, sin jefes...

—No termine usted: mañana mismo, á ser posible, quedará reorganizada la Artillería.

—Difícil lo veo.

—Y yo fácil: querer es poder.

—Bien; pero necesito tropas: allí no llegan á ocho mil hombres los que bloquean la plaza.

—Porque lo sé, porque veo las desgracias que pesan sobre España, preparo una quinta de *cien mil* hombres.

—Pero eso es contrario...

—Sí, contrario á cuanto he dicho toda mi vida; pero entre mi popularidad, que es humo vano, y la dicha de la patria, que confía en mí, la patria antes mil veces.

—Mucho me agrada oír esas patrióticas palabras en el presidente de la República; pero como amigo leal y sincero, debo advertir algo que...

—No se detenga usted; ¿qué es lo que pretende ó desea?

—El ejército está indisciplinado.

—Pues se le sujeta á la ordenanza.

—Pero es que la ordenanza impone la pena de muerte.

—Lo cual no es culpa mía; yo no la hice ni la autoricé; pero la encuentro hecha, y en tanto que no la modifiquen los que pueden hacerlo, no me opondré á que se cumpla.

—Siendo así, acepto.

—Pues parta usted lo antes posible, y rinda á Cartagena: tiene usted amplios poderes para todo.

López Domínguez salió «haciéndose cruces» de lo que había oído.

A veces pensó que aquello era un sueño.

Que es difícil concebir que haya un hombre capaz de inutilizarse á sabiendas, como lo pretendía Castelar.

Y aun con el pie puesto en el estribo dudaba, cuando leyó el decreto por el cual volvían á sus puestos los jefes y oficiales que habían sido dados de baja en el escalafón del cuerpo de Artillería, en las postrimerías del reinado de don Amadeo.

Ya no podía tener dudas.

España, en general, recibió con aplauso la determinación adoptada.

Pero los tres presidentes anteriores le declararon la guerra, y con ellos sus parciales.

Los monárquicos vieron en aquel acto una nueva prueba del valor cívico de Castelar, y aunque egoístamente, le aplaudieron.

López Domínguez tomó el mando, y esperó refuerzos.

Estos no tardaron en llegar, y comenzó á disponer el ataque.

En los primeros momentos, los sitiados cobraron nuevo vigor, y se dispusieron á la lucha.

Pero el elemento civil había logrado imponerse, y el militar obedecía de mala gana.

Por temor á que, como el coronel Pernas y otros, fueran encerrados en el castillo de Galeras, bajo la acusación de traidores.

El momento decisivo se acercaba.

Frente á Cartagena se levantaban baterías y reductos.

En las murallas de la ciudad, se aglomeraban proyectiles.

El duelo era á muerte: la lucha, fratricida... pero las circunstancias lo ordenaban.

¡Cuánta sangre!

¡Cuánto incendio!

¡Cuánta ruina y desolación!

CAPÍTULO XIII

El bombardeo.

LA situación de la plaza iba siendo por momentos insostenible.

Entre los elementos allí reunidos, reinaba el mayor desconcierto, y sabido es que donde falta la unidad falta la fuerza.

Pero tal era el compromiso de los cantonales ante la nación, que se hacía imposible ni aun pensar en una capitulación, no siendo después de un señalado triunfo.

Porque en estos documentos siempre se exceptúan los delitos comunes; y en Cartagena eran muy pocos los que por propia voluntad ó impulsados por las circunstancias, no tenían algo de que acusarse y ser acusados ante los tribunales.

Sobre todos, estaba la población penal, que bajo ningún concepto transigía á volver á arrastrar el grillete.

Tal andaban las cosas, que Alemania exigió de los cantonales seis mil duros de daños y perjuicios á un súbdito suyo, é Italia también demandó, con las bocas de sus cañones, otra indemnización.

Ambas fueron satisfechas, pues de lo contrario el conflicto aumentaba de un modo harto serio para los sitiados.

No hacía falta ser un lince para ver claramente que por aquel camino la derrota era cosa cierta y rápida.

Por ello, Hilario, que no tenía nada de torpe, comprendió lo que tan cercano estaba, y comenzó á buscar los medios de fugarse por mar ó por tierra.

Pero no con los bolsillos vacíos.

Difícil era robar en aquellos días.

Los hacendados huyeron desde los primeros momentos, llevándose cuanto les fué posible recoger.

En cuanto á los fondos del Estado, estaban en poder de los gobernantes, los cuales los guardaban mucho por si les hacían falta á ellos.

Y por su parte, los que conservaban algo, lo tenían escondido siete estados debajo de tierra, á fin de que no cayera en poder de aquellas gentes cuyo oficio era el robo, por lo mismo que llamaban «ladrón» á todo el mundo.

Afortunadamente uno de los artículos que más iba escaseando, era el vino.

¡Tal prisa se habían dado á beber!

Y esto evitó mucho.

Que probado está los estragos de la embriaguez, y lo poco castigada que está.

Esto no obstante, no hay delito que no reconozca por origen una taberna, ni delincuente que deje de buscar una atenuante en la embriaguez.

Las pasiones enardecen y conducen á extremos deplorables.

De estos casos ocurren pocas veces, cuando el hombre está en su estado natural.

El juego ciega, y por lo regular conduce á la intranquilidad del hogar, y aun en algunas circunstancias, al suicidio.

Pero de la embriaguez, jamás resultó otra cosa que un desastre.

Cuando menos, el hombre borracho pierde su dignidad, y se pone en el más completo ridículo, pues sirve de mofa á cuantos le contemplan trocado en idiota, dando traspiés, con el rostro desencajado y las ropas en desorden.

El hombre ebrio es materia dispuesta para todo lo malo.

En rarísimas ocasiones, se tropieza con «una mona sensible.»

Quevedo, allá en sus tiempos, preguntaba cuando le hablaban de muerte ó de robo:

«¿Quién es ella?»

Si ahora viviera, preguntaría:

¿En qué taberna fué?

Entonces, el lema de la época, decía textualmente:

«Por mi Dios, por mi rey y por mi dama.»

El lema de hoy es:

«Por el vino.»

Verdad es que en España habrá dentro de poco más vino que agua.

Las malas cosechas de Francia despertaron la codicia, y se arrancaron magníficos olivares para plantar viñas.

Los resultados ya los estamos tocando.

Que hay varios puntos donde la arroba de vino vale á *tres reales*.

Lo cual no quita para que en la mayoría de las grandes poblaciones, y en especial en Madrid, se beba malo y á muy altos precios.

Esto del «alto precio» debía ser una rémora para la embriaguez.

Pero como hemos dado en la gracia de decir que el vino alimenta, y que sin él el pobre «no podría vivir,» resulta que fomentamos el vicio de la bebida.

No; el vino es bueno cuando el que lo bebe come bien, porque evita en parte los estragos de la gula.

Es bueno para facilitar la digestión; pero malo, y muy malo, para aquel que come poco y con escasa sustancia.

Pero... perdemos el tiempo.

Que aquí, donde perseguimos algunos juegos y reglamentamos la prostitución, hasta el punto de convertirla en un *oficio*, no pensamos en poner ni aun en el código un paliativo á la embriaguez.

Porque si bien, según las leyes, se convierte en agravante cuando es *habitual*, como jamás falta un testigo que afirme lo contrario, resulta atenuante en la generalidad de los casos.

Si en Cartagena hubiera habido vino de sobra en aquellos días ¿qué no hubiera pasado?

Ni vino, ni casi pan.

La cosa era muy seria.

En cuanto al precio de los artículos, poco importaba á la mayoría.

Mejor y más pronto que con el dinero, se alcanzaba con la mano lo que hacía falta y tenía otro.

En el arsenal, y en varias partes, había objetos de mucho valor.

Pero en aquellos días carecían de él, pues no había manera de venderlos.

Hilario se rozaba con los prohombres civiles, desde que por indicaciones suyas se sobrepusieron á los militares.

Y con ellos hablaba y trataba de potencia á potencia.

Debido á esto, conocía algunos secretos, de los cuales trató de sacar partido.

Para ello, buscó á unos cuantos presidiarios, y les dijo:

—Se nos presenta un buen negocio.

—Tú dirás—le respondió uno de ellos.

—Yo sé dónde hay mucho dinero.

—Eso me agrada.

—Pero está tan escondido, que hay que tener

mucha suerte y más audacia, para llegar hasta él.

—Venga el sitio, que lo demás...

—Lo demás es otra cosa.

—¿Cuál?

—El modo de salir de la plaza con él. Porque poco ó nada importa tener dinero, si nos quedamos aquí y nos lo quitan luego.

—Pues eso de escapar...

—Hace tiempo que os dije que teníamos que apoderarnos de la fragata *Numancia*, pues de lo contrario...

—No pienses en eso: Gálvez, el traidor, está en ella con unos cuantos pillos de esos que nos comprometen, y por más que hagamos...

—Pues entonces, no hablemos más.

—Yo creo que sí.

—Tú dirás.

—Lo que no se puede lograr en una fragata, es fácil conseguirlo en una lancha pescadora.

—Nos apresarán.

—No lo creas; los buques grandes no se pueden arrimar á la costa, y en ella hay mil escondrijos.

—Pero en una lancha... cabemos pocos.

—Hasta diez hombres van bien.

—Hacen falta más para dar el golpe.

—Pues el que sea más torpe que se quede en tierra.

—Como Hilario lo que deseaba era engañar, respondió:

—Pues aceptado.

—Y ¿cuándo damos el golpe?

—Tan luego como empiece el bombardeo: los primeros disparos producirán entusiasmo; pero al poco tiempo dominará el terror. Todos andarán de cabeza, porque aquí no hay ninguno que valga dos cuartos, y entonces...

—¿Pero van á bombardearnos? Nosotros podremos más.

—Eso conviene que crea la gente, para que todos acudan á la muralla.

—Pero, dime: ¿dónde está el dinero?

—Eso es mi secreto; y no lo digo por desconfianza de tí, sino porque fuera fácil que se supiera y adelantaran el golpe.

—No me gusta mucho...

—Pues...

Se acercó al oído de aquel que parecía jefe de los demás, y le dijo:

—El dinero está en los sótanos del gobierno civil.

—Pues para allí tengo yo buena entrada.

—De verdad.

—Llegaremos sin que se entere la tierra.

—¿Cómo?

—Ahora debía yo decirte que «ese es mi secreto»; pero no me gusta proceder mal con un amigo que me ha buscado prefiriéndome á otros.

—Como quieras.

—Yo conozco un camino subterráneo que nos llevará á los sótanos.

—¿Es posible?

—Sólo hay que derribar un tabique de medio pie: ya ves que la cosa no merece la pena.

—¿Estás seguro?

—Así lo estés tú de que allí está el dinero.

—Pues entonces lo que hay que hacer, es tener dispuesta la lancha; porque, según mis noticias, de mañana á pasado comienza el bombardeo.

—No faltes tú á lo ofrecido, y por lo que á mí respecta, puedes descansar en mi palabra honrada.

¡Siempre lo mismo!

¡El hombre blasonando de aquella virtud ó cualidad que más distante está de él!

Sin embargo, los ladrones, los asesinos, suelen ser *honradísimos* los unos con los otros.

Entre ellos no hay secretos ni misterios: los repartos los hacen con toda pulcritud; se ayudan con verdadero desinterés.

Proceden como gente honrada.

Y esto consiste, en que no miran como prójimos á aquellos que viven de un oficio, de una profesión, y, sobre todo, de una renta.

Entre todos los hombres de las distintas fracciones políticas, los hay honrados á carta cabal.

Lo cual no es un obstáculo para que al estallar una guerra fratricida, se juzguen en libertad completa para producir perjuicios al enemigo.

Después de la entrevista, Hilario se fué en busca de Gálvez, y le dijo:

—Tengo noticias de que tratan de robar los fondos que hay escondidos en los sótanos del gobierno civil; yo vengo para que lo evitemos, trasladando esos fondos á la *Numancia*.

—¿Quién te ha dicho?

—Me han buscado para que sea uno de tantos.

—¡Difícil es que entren!

—Por el contrario, es muy fácil.

Dicho esto, refirió lo que ya sabemos respecto al subterráneo, y añadió:

—Si mañana empieza el bombardeo, como se cree, mañana darán el golpe.

—Ya pondré yo fuerzas que lo eviten.

—Si el general no las destina á la muralla. Lo más acertado es poner á salvo los caudales, y después ver el modo de apoderarse de los ladrones, entre los cuales estaré yo.

—No vayas con ellos.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque me matarán á la más leve sospecha; y yo, que dispuesto estoy á morir por el cantón murciano, no quiero que me maten acorralado por gente que en mal hora se puso en libertad.

—Puede que tengas razón.

—La tengo: desgraciadamente el gobierno triunfa en todas partes: estamos solos y aislados, y cercados... Tengo, en vista de esto, por seguro, que no nos quedará más remedio que escapar. La única ventaja que tenemos, es que ninguna de las

fragatas blindadas que manda Lobo, tiene el andar de la *Numancia*, lo cual asegura la huída. Tengamos el dinero á buen recaudo, y después...

—Nuestra artillería es muy superior á la del enemigo.

—Conformes; pero nuestros artilleros valen menos, porque son de la clase de tropa, y nos sobran tantos proyectiles como paisanos faltan.

—Te has empeñado...

—En salvar el dinero.

—Pues sea: esta noche comenzará la operación del traslado.

Hilario había conseguido su objeto.

El dinero iría á la *Numancia*, con lo cual él aseguraba un puesto á bordo para la huída, y á más alguna recompensa.

Lo cual no evitaba que él se apoderase de alguna cantidad, pues donde el oro se maneja á granel, ninguna dificultad ofrece quedarse con alguno.

Y como Hilario se creía feliz con unas cuantas onzas de las llamadas *peluconas*, creía haber hecho un negocio redondo.

Aquel mismo día dió el general López Domínguez un manifiesto, ofreciendo *clemencia* á los que se presentaran.

Pero tuvo poco efecto.

Como que la inmensa mayoría de los sitiados eran autores ó cómplices de delitos comunes, y contra éstos no hay contemplaciones en los trata-

dos, por más que conseguida la paz, ejerce *la manga ancha*.

A todo esto, estaba muy próxima la reapertura de las Cortes, convocadas para el día primero de Enero.

Y Castelar quería que á toda costa estuviera la insurrección dominada para aquella fecha.

Por bien no era posible.

No quedaba otro medio que la fuerza de las armas.

Y ordenó el bombardeo.

Mientras tanto seguía perdiendo aquella popularidad que tanto había procurado adquirir, y por la cual tanto había trabajado.

La quinta de *ciento veinte mil* hombres sin talle y sin redención, le malquistó no sólo con el pueblo, sino también con gran parte de la aristocracia, poco acostumbrada á servir á la patria, y menos deseosa de contribuir á sostener aquel estado de cosas.

Después, firmó sentencias de muerte, con el fin de restablecer la disciplina militar, pues á tales extremos habían llegado las cosas, que podía decirse que en España reinaba el caos y la anarquía, sin que surgiera el hombre que supiera imponerse.

Pero aún le faltaba algo más que hacer, y al efecto, *hizo* obispo al cura Martínez Izquierdo.

Y decimos «al cura», porque no ocupaba ninguna dignidad dentro de la Iglesia Católica, si

bien era tenido por un hombre de talento, al par que por un carácter enérgico en demasía.

¿Quién había de decirle que pasados los años, aquel señor Izquierdo había de ser el primer obispo de Madrid-Alcalá, y que moriría el domingo de Ramos á las puertas de San Isidro asesinado por el cura Galeote?

Á todo esto, pasaban los días del modo monótono y acompasado con que giran los astros en el espacio, y se aproximaba el terrible momento de la apertura de la Asamblea.

¿Qué sucedería si al abrirse las Cortes estaban aún en armas los cantonales de Cartagena?

¿No era fácil que del mismo modo que unas Cortes monárquicas habían votado la República como forma de gobierno, aquellas Constituyentes votaran el cantón como adjetivo de la República?

¿Y era posible que ningún hombre que pensara en el porvenir de España pudiera aceptar una forma de gobierno que equivalía á firmar la sentencia de muerte de muchas provincias, al par que se exponía á otras á caer en manos de nuestros ambiciosos vecinos los franceses?

El patriotismo aconsejaba evitar el triunfo de los cantonales, y don Emilio Castelar, que iba comprendiendo la imposibilidad de sostener una república con leyes monárquicas, no dejaba descansar el telégrafo, á fin de que López Domínguez activara las operaciones.

Pero esto era más difícil de lo que parecía, pues

si bien habían llegado algunos refuerzos en artillería, en cambio la tropa de línea era demasiado escasa.

Las murallas de Cartagena no son de aquellas que se baten en brecha con facilidad.

Sobre su buena construcción, está su espesor y su artillería, capaz de tener á raya al más osado.

Pensar en un asalto era un mito.

Lo cual no fué obstáculo para que se llevaran escalas.

López Domínguez sabía lo que tenía entre manos, y antes de romper el fuego procuró estar prevenido para las eventualidades, toda vez que las desventajas estaban de su parte en una cantidad tal, que era presagio de un descalabro.

Al efecto dispuso la reparación de la vía férrea hasta la casa llamada de Bosch, y construyó trincheras y estableció paralelas.

Una de las mejores baterías era la denominada *La Leona*; pero fué volada.

El accidente no interrumpió las operaciones.

De aquel contratiempo se indemnizaron los sitiadores, al saber que la fragata *Tetuán* había sido pasto de las llamas.

Eran dos los buques de guerra que le costaba á España la insurrección cantonal.

La explosión de la *Tetuán*, al llegar el fuego al polvorín, resultó espantosa, y produjo bastantes destrozos.

Las consecuencias eran lógicas.

Todo andaba en manos inexpertas, y el fin no podía esperarse que fuera otra cosa sino un espantoso desastre.

Desde los primeros momentos, en los cuales se formalizó el ataque, quedaron por los sitiadores el barrio de San Antonio y el lugar denominado el *Calvario*.

Poco después fueron tomados otros puntos de poca importancia, puesto que todo ello, si bien era un triunfo moral, significaba poco donde estaban los castillos y la ciudad murada.

Así llegó el primero de año, y la Asamblea se reunió.

Desde los primeros momentos se pudo notar la inquina que los llamados «representantes del país,» traían contra Castelar y contra el gobierno en masa.

Con el mayor descaro se hablaba en los pasillos del Congreso de «prestar ayuda á los heroicos cantonales de Cartagena,» sin que faltaran algunos que trataran de presentar una proposición, pidiendo que la forma de la República fuese la cantonal.

Lo que tanto se había temido, era llegado.

Había que adoptar una medida enérgica, pronta, radical.

Castelar se veía abandonado de todos aquellos que más debían contribuir á prestarle ayuda.

Que tanto Pí, como Salmerón, se habían declarado sus enemigos irreconciliables.

Dos sesiones iban celebradas, y los escándalos

habían llegado á un punto, que el miedo anidó en los corazones más varoniles.

Pero aquellas dos sesiones sólo habían sido un preámbulo de la que se disponía para la tercera.

El pánico era espantoso.

Pero Castelar, con un valor cívico incomparable, dispuesto estaba á ser arrastrado por las masas y *lynchado* por sus amigos, antes que consentir lo que se intentaba para deshonra de aquella España que hizo la revolución para buscar «honra.»

Pero antes de llegar al memorable *tres* de Enero, tornemos á Cartagena, donde los cantonales celebraban la Nochebuena en medio de los mayores escándalos.

Porque aquella noche era la designada para llevar á efecto la entrada en los sótanos del gobierno civil, y apoderarse del dinero.

Todo estaba dispuesto; hasta la barca pescadora.

Que las sombras de una noche fría y desapacible, eran un grande elemento para burlar la vigilancia de sitiados y sitiadores.

CAPÍTULO XIV

El tres de Enero.

SEGÚN las conveniencias de Hilario, se habían dispuesto las cosas.

Con el mayor sigilo se había sacado la mayor parte del dinero del lugar que estaba escondido, y trasladado á la fragata *Numancia*.

Esto había dado margen á que Hilario se guardara algunas onzas de oro, con las cuales se juzgó feliz, siempre que pudiera escapar.

Por consejo suyo, se habían dejado en los sótanos algunos miles de duros.

Cuatro ó cinco mil.

De este modo, los presidiarios no podían llamarse engañados.

Con aquel dinero se embarcarían.

Pero si fuesen sorprendidos, perderían el dinero y las vidas.

Todo aquello era plan de Hilario.

Plan tan bien combinado, que le aseguraría escapar.

Porque habiendo dicho á las autoridades un punto opuesto al acordado para el embarque en la lancha pescadora, no había temor de que la sorprendieran.

Y una vez en franquía, dueño era, no solo de lo que llevaba en los bolsillos, sino de la parte que le correspondiera en lo robado.

A la hora señalada se reunieron los presidiarios, y con las precauciones necesarias penetraron en el camino de tierra que debía conducirles al dinero.

Hilario iba con ellos.

Como había dicho el hombre con el cual habló Hilario, llegaron á un punto en el cual estaba cerrado el camino.

—A trabajar con sigilo—dijo aquel hombre, y acto continuo se comenzó con puñales á quitar la argamasa de las juntas de los ladrillos.

La dificultad estaba en quitar los primeros.

Después, la operación era facilísima.

Y como aquellos hombres eran expertos en tales maniobras, no tardaron media hora en abrir un agujero, que con rapidez fué ensanchando hasta dejar espacio para que pasara un hombre.

Con tal silencio se había realizado aquella operación, que ni aun habiendo habido gente apostada

para sorprender á los ladrones, se hubiera dado cuenta de ello hasta verles en el sótano.

Hilario fué de los primeros que penetraron por el boquete.

Y en derechura se fué al lugar donde sabía que estaba el resto del dinero que hasta entonces se había guardado allí.

—¡Por poco damos el golpe en balde!—exclamó en voz baja.

—Pues ¿qué ocurre?

—Que seguramente preparan una traición, pues aquí hay ménos que lo que dejamos hace unos días.

—Pero ¿dejaron algo!

—Mirarlo.

En efecto, al resplandor de una linterna sorda, el presidiario pudo ver algunos talegos.

—¿Es oro?—preguntó.

—No: es plata. ¡Si fuera oro!...

—Por eso preguntaba, pero de todas maneras no se ha perdido el tiempo, si bien no se ha ganado tampoco como yo deseaba.

Y volviéndose á su gente añadió:

—Vamos, muchachos; cargad con eso, y fuera de aquí lo antes posible.

Sin tropiezo alguno lograron su intento.

Hilario estaba persuadido de que nadie les molestaría tampoco en la huída, pues por el lado que caminaban nadie les podía acechar.

Pero esto no obstante quiso cerciorarse, con el

tin de no dar un golpe en vago, precisamente en los momentos en que había realizado todos sus deseos del presente.

En cuanto á los del porvenir, consistían en emigrar como político, á un punto lejano de América.

Ninguna afección le ligaba á España, y en cambio por todas partes le amenazaban peligros.

El último, que, según él, le quedaba allí, era una sorpresa al embarcarse.

Y para evitarlo, dijo á su compañero:

—Conviene establecer espionaje: las salidas están bien guardadas, y fuera una triste gracia que tropezáramos en el último escalón.

—¿Y cómo se evita tropezar?

—No yendo todos reunidos, y, sobre todo, caminando alguno de confianza por el muelle.

—Ese debes ser tú.

—¿Yo?

—A tí te conoce bien esa gente, y no hay miedo de que infundas sospechas.

Esto era lo que Hilario deseaba; pero por lo mismo añadió:

—Nosotros dos no debemos separarnos para nada.

—Ya nos juntaremos en la lancha.

—Pero...

—¿Es que desconfías de mí?

—No.

—Pues entonces...

—Sea como quieras.

—Y procura no retrasarte.

—Eso es cuenta mía.

Hilario tomó el camino indicado, y los demás siguieron el suyo.

Estos llegaron al punto de embarque, y aquel, al encontrar á los que acechaban, les dijo:

—Estad muy prevenidos, pues ya no deben tardar.

—Todas las salidas las tienen cerradas, y no se escaparán. Esta misma noche les colgamos.

—¡Pues á ellos!

Y se dispuso á alejarse.

Mas le detuvieron, diciéndole:

—Oye, tú: ¿cuántos son?

—Cinco...

—Pues quédate aquí, porque nos haces falta.

—Más estoy haciendo en otra parte.

—Tengo órdenes de que...

—Yo también las tengo de presentarme en la *Numancia*; y, como de no hacerlo me tendrían por traidor... Ya hice cuanto me mandaron en éste asunto; lo demás os toca á vosotros.

Dicho esto, apretó el paso cuanto pudo, con dirección opuesta á la que debía seguir.

Pero tan luego como no temió que le vieran, torció á la derecha, y ya no andaba, corría.

Iba lleno de temores.

Temores que vió confirmados, pues la barca no estaba en el puesto que de antemano se dispuso.

Y llevándose las manos á la cabeza, exclamó:

—¡Me han robado!

Ciego de ira, tornó al muelle en busca de aquellos con quienes había hablado antes, y con tono iracundo les dijo:

—¡Infames! ¡Por haberme detenido se nos han escapado!

—Pero ¿por dónde?

—Aún es tiempo de darles caza; van en una lancha pescadora... con una de vapor, quedarán apresados en breves momentos.

Razón tenía Hilario.

Una hora hubiera bastado para darles alcance; pero ¿quién se atrevía á salir del puerto cuando la escuadra española bloqueaba y la extranjera no dejaba aquellas aguas con el fin de hacer *buenapresa* en la fragata *Numancia*?

Además, sin órdenes terminantes de los jefes ¿cómo hacerse á la mar?

Ante estas razones, Hilario comprendió la imposibilidad de dar un paso siquiera que condujese al apresamiento de los que iban en la lancha pescadora.

Y contrariado hasta el mayor extremo, se encaminó á la capitanía general.

Allí contó una historia que en nada le perjudicaba.

Pero que no produjo los efectos que él supuso, porque la pérdida de cinco mil duros no significaba nada en comparación de los peligros del bombardeo.

Y este no cesaba.

Pero la plaza disparaba cañonazos casi á tontas y á locas, pues el enemigo formaba poco blanco, y á más eran poco expertos los que hacían de oficiales, mientras que los sitiadores tenían un blanco inmejorable, y las piezas, aunque pocas, estaban dirigidas por sus antiguos jefes.

Otra ventaja tenían los sitiadores.

No les faltaba que comer, en tanto que á los sitiados, si no fuera por la pesca, huyendo del hambre, hacía dos semanas que hubieran tenido que escapar.

Al día siguiente, y cuando Hilario vagaba de un lado para otro como un loco sin saber qué partido tomar, corrió la voz de que estaba ardiendo el arsenal.

El espectáculo fué espantoso: aquello acabó de desconcertar á cuantos estaban en Cartagena.

Y las bombas seguían cayendo en la ciudad por todas partes, pues la escuadra ayudaba á López Domínguez.

Sin embargo, no las tenía todas consigo el mariscal de campo, pues sabía que el castillo de Atalayas no había manera de rendirle sino por hambre ó por traición.

Los moderados y los carlistas que en inícuo consorcio andaban juntos dentro de Cartagena, al ver las cosas mal paradas para los cantonales, rompiendo por todo, y engañando á Contreras, lograron salir de la plaza.

Eran *manos muertas*, como se llamaba á cuantos no empuñaban las armas, y casi se alegró el general de que salieran, siempre que no les acompañara dinero.

Había que salir con la ropa puesta y los bolsillos vacíos.

Lo cual importaba poco á aquellos españoles que traicionaban á la patria, y después achacaron al pueblo lo que sólo había sido obra suya, y muy suya.

Tan luego como llegaron al campo del sitiador, mostrando en la punta de una vara un pañuelo blanco, dieron cuenta del estado de la plaza.

Pero López Domínguez no se hizo ilusiones.

Sabía y conocía el terreno que pisaba, y no ignoraba tampoco que Contreras no era de aquellos que se intimidan al primer contratiempo.

En esto llegó el memorable *tres de Enero* de 1874.

Desde muy temprano, y sin que nadie se apercebiera de ello, el capitán general don Manuel Pavía tenía dispuestas las cosas «por lo que pudiera tronar.»

La noche antes había hablado con Castelar, el cual le dijo:

—Mañana me dan la batalla: enarbolan los enemigos bandera *negra*... pero yo no cedo: antes me arrastran vivo, que consentir en que las Cortes den un voto favorable á los cantonales de Cartagena.

Y después, con voz ronca, añadió:

—Eso equivaldría á abrir de par en par las puertas de Madrid á don Carlos de Borbón.

—Lo cual no es posible; no se borran en un instante tantos años y tanta sangre como ha costado implantar el régimen constitucional.

Como Castelar no contestara cosa alguna, añadió Pavía:

—¿Con qué elementos contáis?

—Con pocos, amigo mío; ¡los hombres que más debían estar á mi lado para defender la República, son mis mayores enemigos!

—¿De modo que no tenéis esperanzas de triunfar?

—Eso no puedo asegurarlo. En política suceden cosas muy extrañas. Á veces, una sola palabra, un gesto, basta y sobra para cambiar el aspecto de las cosas. Yo contaba con más de *cien* diputados... hoy... quizás no tenga *cuarenta*. Pero ya he dicho que á veces basta una palabra...

—Y ¿qué queréis que yo haga?

—Acatar la decisión de las Cortes, pues son las soberanas.

—También fueron soberanos don Amadeo, y antes doña Isabel.

—Sí; pero en la República no deben pasar las cosas como en la Monarquía.

—Eso debían tener entendido los señores diputados, con lo cual nos ahorraríamos de estos tropezos.

—Los actos de los unos, no pueden jamás justificar los de los otros. Sostened á todo trance el orden público; que no haya excesos ni efusión de sangre... Si acaso resulta alguna víctima, que sea yo.

La presencia de algunos personajes interrumpió aquella conversación.

Y Pavía se alejó pensando en las últimas palabras de Castelar.

Por lo cual, al llegar al ministerio de la Guerra, iba diciendo mentalmente:

—Castelar lo ha dicho: mi deber es sostener el orden público á todo trance, sin ver quién es quien lo altera. Descuide el presidente del Poder ejecutivo: cumpliré con mis deberes de capitán general de Madrid.

Inmediatamente, y con el mayor sigilo, avisó á los jefes de los cuerpos por medio de volantes que decían:

«Las tropas saldrán mañana de paseo hasta las dos de la tarde; á esa hora, *todo el mundo en los cuarteles.*

»Es de la mayor importancia la absoluta reserva.»

Y amaneció el día tres, sin que el vecindario pudiera tener la menor sospecha de «una militarada.»

En cambio, los diputados eran visitados hasta por personas á quienes jamás habían visto, y las inmediaciones del Congreso se veían invadidas por

una multitud de hambrientos, que confiaban en que subirían sus amigos para tomar por asalto los destinos públicos.

Allí tampoco había pueblo.

Como en Cartagena, solo había *populacho*.

Los que deseaban trabajo honrado para atender á sus necesidades, huían de aquellos sitios en los que honradamente nada podían ganar.

Dos horas antes de que comenzara la sesión, algunos representantes del país, ó de los chanchullos que habían realizado, penetraron en el *santuario* de las leyes.

¡Qué sarcasmo!

¿Santuario un lugar donde se fabrica la deshonor de la patria?

No. En aquellos días era un antro infernal.

Y ¿por qué no decirlo?

Los peores de todos eran los que pretendían volver á la forma monárquica, sin ver que pisoteaban el decoro de la nación y el suyo propio.

Tan envalentonados estaban los unos y los otros, que nadie se fijó en que á la una de la tarde, todos los soldados habían desaparecido, y ni un solo jefe ni oficial había ni por las calles ni en los cafés.

Los que buscaban en la derrota de Castelar un modo de subir á puestos con los cuales jamás pudieron ni aun soñar, andaban locos de alegría por los pasillos del Congreso, formando cálculos á cual más disparatados.

Y los que pretendían que viniera el caos para que de entre ruinas surgiera la restauración, hacían el *diablo á cuatro*.

Tampoco estaban ociosos los carlistas, pues comprendiendo que España no podía tolerar aquellas cosas, trataban de empeorarlas, soñando con que el país llamara al trono al hijo del infante don Juan.

Antes de comenzar la sesión avisaron á Castelar de que Pavía tomaba precauciones militares.

Y Castelar contestó:

—Sabrá sostener el orden público: ve la catástrofe que se viene encima, y procura que los daños sean los menores posibles.

De estas palabras se dedujo luego que el golpe del 3 de Enero había sido preparado por el señor Castelar.

Nada más inexacto.

Lo que más lejos estaba del presidente del Poder ejecutivo, era lo que iba á suceder.

La sesión comenzó.

Desde el primer momento pudo notarse una animación en los escaños poco común.

Y hasta se advirtió que había dentro del salón gentes que no tenían derecho para estar allí.

Pavía colocó personas de confianza para que le tuviesen al corriente de cuanto pasara.

Bien pronto llegó el primer recado.

El capitán general de Madrid, que esperaba con las botas de montar puestas y el caballo ensilla-

do, envió dos ayudantes con misiones especiales.

Media hora después la tropa se presentaba en la calle del Florín.

La muchedumbre invadió el Congreso, dando la voz de alarma.

La noticia llegó al salón de sesiones.

En aquel momento se iba á proclamar el baldón de la bandera española.

Pero al saberse que la tropa estaba dentro del local, una voz gritó:

—¡Traición!

Y otra añadió:

—¡De aquí saldremos con la república ó muertos!

En esto sonaron dos disparos á las puertas del salón de sesiones.

Y los escaños quedaron desiertos.

La república había muerto; pero los diputados gozaban de perfecta salud.

El *amo* era Pavía, que exclamaba:

—Salvé el orden público: los que lo perturbaban estaban aquí reunidos.

Cuando los diputados salieron á la calle, encontraron un cañón en cada esquina.

Y para mayor tormento suyo, pudieron ver cómo los comercios estaban abiertos, los soldados eran obsequiados por los dueños de los cafés y las tabernas, y cómo Madrid entero se paseaba por entre los cañones como en los días de gran parada.

En aquellos momentos, al encontrarse tan solos, debieron sentir vergüenza de sus actos.

Sin una gota de sangre, había terminado aquel estado de cosas tan desastroso.

Fué un *militarada*, que aplaudió el pueblo; quizás el único acto de fuerza que merece disculpa á partir desde la proclamación de doña Isabel II hasta la fecha.

Como hemos dicho, Pavía era *el amo*.

Pero ó le faltó ambición, ó le pareció demasiado carga aquella que se había echado sobre los hombros, y, como «dueño del cotarro,» se lo regaló al duque de la Torre.

El cual nadó entre la república y la monarquía, pues ni fué rey ni fué Roque, siendo ambas cosas al propio tiempo.

Por desgracia para todos, habían cambiado los collares; pero los perros eran los mismos.

Que ni la política ni la administración mejoraron en lo más mínimo.

En lo único que no perdíamos era en la guerra. Los carlistas no pasaban el Ebro.

Pero nos daban tanto que hacer, que había para desconfiar de un término pronto y favorable.

A todo esto, ¿qué efecto había producido en Cartagena el golpe de Estado que dió Pavía en Madrid?

El más desastroso.

Ya nadie se acordaba del incendio de la fragata *Tetuán*, ni de la ruina del arsenal.

Que perdida toda esperanza de encontrar apoyo

en la nación, fué preciso pensar en librarse de un castigo rápido y enérgico.

Y se enviaron proposiciones á López Domínguez, que éste rechazó.

Las circunstancias empeoraban por momentos, pues los presidiarios se habían insubordinado.

Nuevas proposiciones de Contreras para entregar la plaza, y nueva repulsa de López Domínguez.

Éste no concedía indulto á cuantos hubieran ocupado puestos oficiales en el cantón.

En esto, se rindió el castillo de Atalaya, donde el hambre y la desesperación habían llegado al colmo.

¿Qué había que esperar?

Nada.

La *Numancia* tenía encendidas las calderas y los cañones dispuestos.

Y como no había barco que pudiera darla alcance, pues navegaba tres ó cuatro millas más por hora que todos los barcos mandados por el almirante Lobo, todos acudieron al buque.

Los más comprometidos, aquellos para los cuales no alcanzaba la gracia de indulto, fueron los primeros que se refugiaron á bordo.

Después entraron hasta *dos mil* trescientas personas.

Hilario llegó tarde.

Cuando el bote en que iba estaba casi al costado de la fragata, ésta se puso en movimiento.

Luchó desesperadamente por cogerse á un cabo y trepando por él subir á cubierta.

Pero no pudo lograrlo.

Entonces pensó en engañar al vencedor, poniendo por testigo á Martínez Campos.

La fragata, desde el momento en que salió del puerto, abrió el regulador, y en línea recta partió como el rayo.

Contaba con muchas ventajas, y la mayor de todas, la desesperación de todos los que la mandaban.

Y la *Numancia* se escapó.

Pero Cartagena estaba por las tropas del gobierno central, y López Domínguez satisfecho bajo todos conceptos.

Que su tío, el general Serrano, era la autoridad suprema de España, y esto, sobre la victoria, motivo era para que se mostrara satisfecho.

Con ocasión de aquellos sucesos, fué ascendido á teniente general.

¡Ya tuvo el segundo entorchado!

Sólo le faltaba un paso que dar en la milicia para llegar al último puesto.

CAPÍTULO XV

¡Triste desenlace!

LA satisfacción, la alegría que experimentó el pueblo español al ver disueltas unas Cortes que amenazaban dar al traste con el país, y anular los sacrificios de nuestros abuelos y nuestros padres, fué como el relámpago, pues ni aun llegó la ilusión y la esperanza á consolidarse por breves horas.

Afortunadamente, pues hasta en las mayores calamidades hay fortuna si se considera que el mal puede ser mayor, los carlistas de la última guerra eran los mismos de siempre en punto á procedimiento.

Valientes hasta la temeridad; osados hasta el fanatismo, guardaban todos sus bríos para pelear en su casa.

Porque decirle á un carlista que tiene que alejar-

se de su hogar, es casi lo mismo que renunciar á sus servicios.

Y como carlistas sólo se hallan en el Norte de España, las cosas no habían sucedido como era lógico que sucedieran, dadas las circunstancias.

Porque lo natural hubiera sido, que aprovechando aquellos momentos tan críticos para España, don Carlos se hubiera dirigido á Madrid.

Y ¿quién sabe?

Tan cansado estaba el pueblo de que jugaran con él á la pelota y tan harto de no poder ganar honradamente el pan, que si el Pretendiente se aproxima á las puertas de Madrid en aquellos días de prueba, no fuera extraño que se le recibiera en palmas sabiendo lo que era, como se recibió á Pavía ignorando lo que pensaba hacer.

Y ¿cómo saberlo?

¿Lo sabía él acaso?

Ciertamente que no.

Vió hundirse á España, y le echó un cable para sacarla del atolladero.

Y aquel cable, lo mismo pudo darnos en la cabeza y producirnos la muerte, que tocar en las manos y resolver el problema.

Pero no fué ni lo uno ni lo otro.

En España sucede siempre, que andamos á la greña con la lógica.

Que aquí no se cumplen ni las leyes físicas.

Las cosas que se inclinan hácia la derecha se caen hacia la izquierda.

¿Cómo, si no, hubiera tornado al poder el hombre que presidió la interinidad y á quien pareciéndole buenos todos los príncipes extranjeros para reyes de España, aceptó la república como hubiera aceptado al moro Muza?

Desprestigiados andaban todos.

Pero pocos como el duque de la Torre.

¿Qué se podía esperar de él?

Todo, menos una solución grata al país.

Como militar, era valiente.

Mas esta cualidad la poseen todos nuestros soldados, debido á lo cual pierde importancia.

Como político, era una de tantas nulidades como nos han conducido á la ruina en que vivimos...

Y como general, ni tenía fortuna en los campos de batalla, ni nadie le ha considerado como estratégico ni como táctico.

Prueba de ello, que la guerra no mejoraba de condiciones: bien por el contrario, empeoraba.

Pero tornemos á Cartagena, sobre cuyas ruinas se alzaba la bandera de una segunda interinidad, tanto más desastrosa cuanto que faltaba aquel don Juan Prim que, respetado siempre por las balas, murió asesinado cobardemente en la calle del Turco, por el delito de no ser republicano ni querer la emancipación de Cataluña.

En los primeros momentos, cuando López Domínguez fué dueño de la ciudad, se mostró benigno con los vencidos que no podían tomarse como verdaderos cabeza de motín.

Entre los acogidos sin violencia, estaba Hilario. Sus pasos acerca del indulto, fueron de buenos resultados.

Aparecía como víctima de los cantonales, y no como cantonal ni como traidor á todo el mundo.

Esto le hizo confiar en que escaparía á todo castigo.

Y para asegurar sus deseos, pensó en alejarse de España, tan luego como llegara algún barco extranjero.

No estaban los tiempos para que el comercio se rehiciera tan pronto, y los días iban pasando.

Solo por mar podía evadirse.

Que por tierra, cada paso que diese era un peligro.

Poco á poco se iban normalizando las cosas, y poco á poco iban ingresando en la cárcel hombres que hasta entonces habían conseguido, como Hilario, burlar la justicia.

Esto le hizo pensar detenidamente, y se dijo:

—Lo mejor será que sienta plaza con nombre supuesto. Pues por pronto que averigüen quién soy, antes habré logrado evadirme.

Y en efecto, con diferente nombre y apellido, se filió.

¿Quién reparaba en aquellos días en cosa alguna al presentarse un voluntario?

Al que se presentaba, se le admitía sin hacerle ni una pregunta siquiera.

Para mayor satisfacción suya, fué destinado á

las fuerzas que, según se decía, iban á quedar de guarnición en la plaza.

Y decimos «satisfacción,» porque fijo en la idea de embarcarse, no cayó en la cuenta de que era fácil que allí le conociera alguno y le delatara.

Paseaba una tarde por el muelle en expectación de sus ilusiones, cuando se le acercó un hombre, y tocándole en el hombro, le dijo:

—Creí no volverte á ver más.

Aquel hombre era un anciano en cuyos ojos brillaba el fuego del exterminio.

Al pronto no le reconoció Hilario; pero tan luego como se fijó bien en él, exclamó:

—¡Fernández!

—Sí; Fernández soy; el padre de aquella desdichada hija á quien perdiste y á quien mataste.

—Bajad la voz; todo se puede arreglar aún.

—Si mi hija viviera, podría salvarse un gran abismo; pero muerta ella...

—No me delatéis, y quizás pueda aún satisfaceros en algo.

Midió el anciano, pues en poco tiempo envejeció mucho, las consecuencias de un choque personal con Hilario, y dominando sus ímpetus dijo:

—Veamos: ¿qué puedes hacer?

—Cuanto queráis.

—Eso es decir tanto, que equivale á no decir nada.

—Pensad lo que mejor os convenga.

—A mí no me conviene cosa alguna.

—¿Ni vuestra rehabilitación ante la Junta de Barcelona?

—Tú no puedes hacer eso.

—Estáis equivocado. Aquí, durante el sitio, he conocido personajes carlistas, por cuya cuenta trabajo, y tan satisfechos están de mí, que creerán cuanto yo les diga.

Comprendía Fernández que todo aquello era una farsa; pero aparentó darle algún crédito.

En vista de esto, añadió Hilario:

—Tengo que marchar á la lista; y como no podré veros hasta mañana, decidme dónde nos encontraremos.

—Aquí mismo.

—A las tres de la tarde estaré aquí.

—Antes que tú llegaré yo.

Hilario se alejó casi tranquilo, pues tuvo por cierto que Fernández caería en las redes que él le iba tendiendo.

Pero el padre de Clotilde, no perdió ni un momento.

Deseaba ver agarrotado á aquel infame que tantos daños había causado, y le delató.

Dormido estaba Hilario, soñando quizás con haberse librado del peligro que para él era Fernández, cuando le llamaron por su nombre verdadero.

Tal fué su emoción, que ni pudo hablar una sola palabra.

Le obligaron á levantarse, y con las debidas precauciones le bajaron al cuarto de banderas.

Desde la puerta vió á Fernández entre los oficiales de guardia.

—¡Estoy perdido!—exclamó.

Y arrojándose á los pies del padre de Clotilde, exclamó:

—¡Perdón! ¡Fuí un infame con vuestra hija!

—Y otro infame con vuestro batallón en Valencia,—le respondió un capitán.

Todo estaba descubierto.

Tal certidumbre cegó á Hilario, el cual, sin saber lo que hacía, exclamó:

—¡Cara venderé mi vida!

Y dando un salto de tigre ganó la puerta, arrojando á los que estaban en ella.

Nadie esperaba semejante arretrato, y debido á ello, Hilario pudo ganar la salida del cuartel, llevándose de paso un fusil.

Aún no había andado cincuenta pasos, cuando hicieron fuego sobre él.

Pero el fugitivo disparó á su vez el fusil, y siguió corriendo.

Reconocido el lugar en que se hallaba al recibir la descarga, se vió un rastro de sangre.

A los pocos pasos, el rastro desapareció.

Pero bien pronto tuvieron nueva pista.

Hilario estaba herido en el costado derecho.

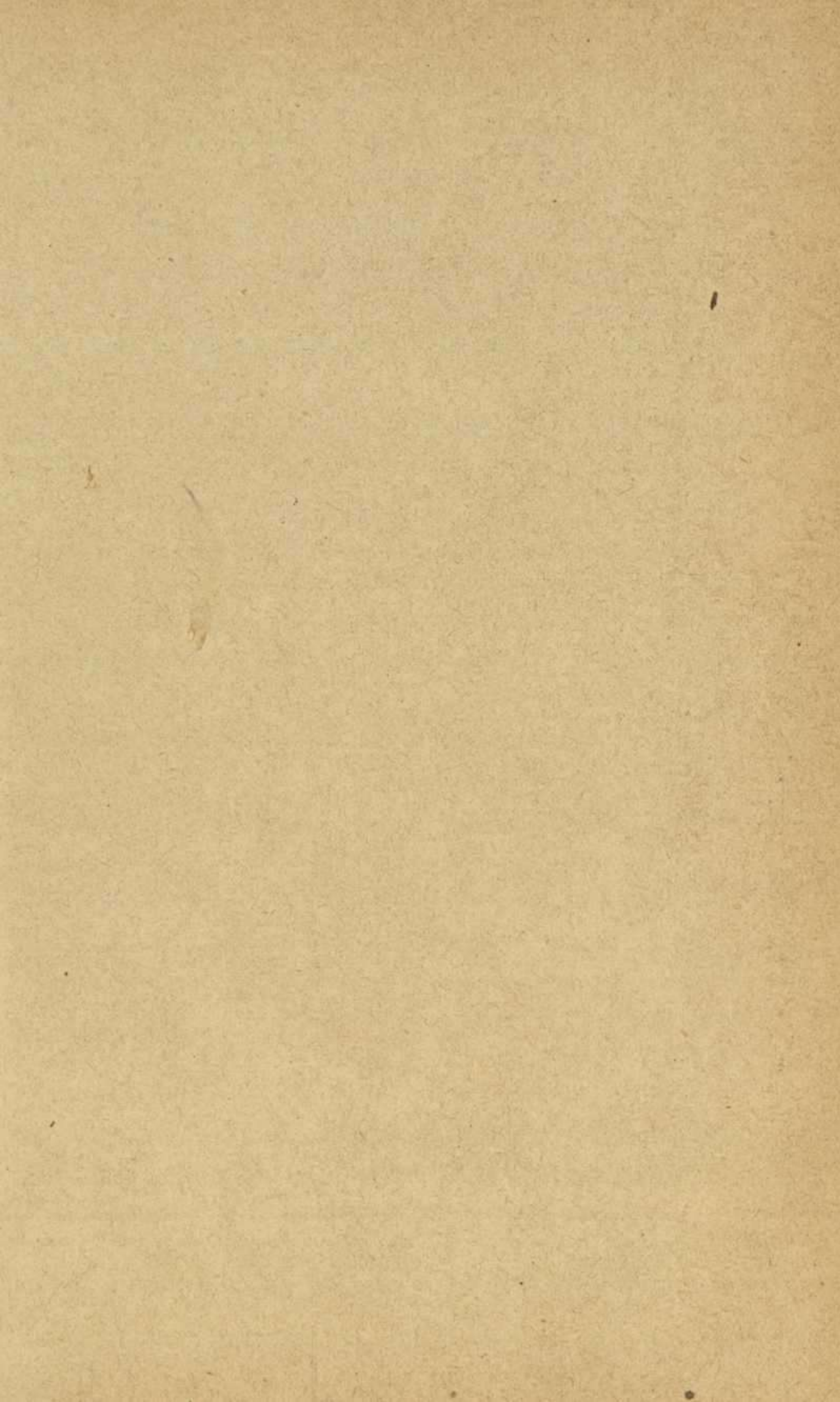
Pero el temor de caer en manos de sus perseguidores, le dió fuerzas para buscar un rincón donde esconderse por lo pronto.

Y penetró en una de aquellas casas casi destruí-



Lit. J. Mateu, P.º del Prado, 30.

¡Muerdo deshonrado.!



das por el bombardeo, decidido á ocultarse en una habitación.

Allí se acordó de su hijo.

Que aquellas paredes le recordaron la pobre morada donde vivió con su esposa y con su hijo, y en la cual murieron sus padres de frío, de hambre y de vergüenza.

Cuando quiso recordar, había perdido tanta sangre, que la vida se le escapaba.

El fusil se le fué de las manos, y él tuvo que apoyarse en la pared.

Pero la debilidad le mataba, y cayó al suelo en los instantes en que sentía que llegaban gentes en su busca.

Y exclamó:

—¡Muero deshonorado!

Y añadió:

—¡No merezco perdón! ¡Abrete, infierno, y traga á esta fiera humana!

Desplomado rodó por el suelo.

En esto penetraron los que le perseguían, y se apoderaron de él.

En aquel mismo lugar fué curado de primera intención, y luego transportado en una camilla al hospital militar.

La vida se le escapaba por momentos, y la ciencia hacía esfuerzos titánicos por devolverle aquella vida y arrancársela con violencia después.

Pero aquel mismo día, y en medio de sufrimientos horrorosos, falleció aquel hombre, á quien la

mano de la injusticia humana trocó de honrado y trabajador, en ladrón y asesino despiadado.

Y aquel mismo día desapareció Fernández.

Y la voz pública dijo:

—Ese infame de Hilario era un hijo del pueblo.

Pero las rectas conciencias respondían:

—No: un hijo de la maldad y la injusticia que reina en las altas esferas del poder. Si no le hubiera faltado pan y trabajo, hubiera sido lo que fué en un principio.

CAPITULO XVI

Final del drama.

LAS tragedias á que había dado lugar la revolución de 1868, no sirvieron de lección á los políticos.

¿Qué importancia tenía para ellos nada de lo ocurrido?

En cinco años había pasado España por pruebas tan terribles, que de seguro al tratarse de un pueblo menos viril y menos amante del decoro de la patria, es cierto que le hundiera en una esclavitud extranjera, tanto más vergonzosa, cuanto que al caer en ella hubiéramos sido manchados de lodo.

De una monarquía de hondas raíces, pasamos á una interinidad absurda.

De esta interinidad, y pisando el cadáver de don Juan Prim, á otra monarquía democrática y extranjera.

Aquella situación pasó como un meteoro, y vi-

no la República, más absurda aún que la interinidad...

Y en el espacio de un año, la nueva situación desacreditó á todos sus prohombres civiles, pues no los tuvo militares.

En realidad, los absurdos morían como habían nacido.

«De un sartenazo,» según frase gráfica de un político que militó en todas las situaciones desde el 68 hasta el 73.

Porque es cierto y verdad que la monarquía sa-boyana fué traída por el voto de unas Cortes, y con arreglo á las leyes del país.

Bajo tal concepto era legítima.

Del mismo modo que lo fué la República, puesto que otras Cortes la trajeron.

Este argumento parece y lo tienen muchos por incontrovertible.

Pero no lo es.

Afirmar y fundar la legitimidad en tal base, es un error, por no decir una falsedad, cometida abusando de la buena fe del pueblo.

Porque, ¿quiénes eran los que habían pisoteado las leyes para invocarlas?

El origen era un acto de fuerza; una espoliación.

Lo que de ello procediese, forzosamente tenía que llevar la mancha del origen á que le debió el ser.

Luego si estaban colocados fuera de la ley los

que trajeron la monarquía extranjera, cuantos actos realizaron tenían que ser ilegales.

Inútil era, pues, que los revistiesen con apariencias de legalidad.

Hija de la revolución, fué la monarquía democrática.

Nieta de la revolución, fué la república.

Pero como los padres fueron espúreos de la monarquía constitucional, faltos de razón de ser á la luz social, no pudieron darle á su descendencia lo que no tenían: fuerza legal.

Los Cisneros, jamás podrán borrarse el adjetivo «bastardos.»

Bastarda fué la revolución de Septiembre, toda vez que abandonó los medios legales que tenía para encauzar la situación, y apeló á la fuerza.

Esta es la verdad histórica, dígase lo que se quiera en contrario.

Porque ni los defectos de doña Isabel, y la conducta pésima de sus gobernantes, eran motivo para justificar la actitud de aquellos que, ni como reina ni como mujer, podían quejarse de ella.

Indudablemente, España ha progresado bajo algunos conceptos, desde la revolución al día de hoy; pero si pesamos en la balanza estos progresos, y en el platillo contrario los perjuicios, es indudable que el fiel marcaría una gran desproporción en contra de los que gritaron ¡viva España con honra!

A mano airada vino el derrumbamiento del trono; y á mano airada tenía que morir la república.

Que aquel que á hierro mata, á hierro tiene que morir.

Y para que la sentencia se cumpliera en todas sus partes, la interinidad republicana anodina, representada por el duque de la Torre, factotum de la revolución, sucumbió á manos de la dinastía constitucional.

Y murió á mano armada.

¡Tiempo, sangre y dinero perdidos!

¡Cinco años de constantes martirios, y de penalidades espantosas!...

¿Para qué?

Para restaurar aquel trono «tan odiado, que había pisoteado la honra de España.»

De un sólo golpe se habían borrado seis años de la historia patria.

Al llegar el año de 1874, estábamos como en primero de Septiembre de 1868.

Pero no: estábamos mucho peor, porque las mal dormidas ambiciones de los absolutistas, habían despertado.

El golpe que recibió la causa del eterno Pretendiente á la corona de España en 1860, fué tan grande, que anonadado ni pensaba en empuñar de nuevo las armas.

Pero la revolución le reanimó.

Montemolín había muerto; su hermano don Fernando también...

Y apareció don Carlos de Borbón y de Este, titulándose por propia autoridad duque de Madrid.

Esto era poco, y Cuba lanzó también el grito de libertad, imitando lo que tantas veces había hecho la Metrópoli.

Don Alfonso XII, al sentarse en el trono, tuvo que sentir la poca firmeza de las columnas que le sostenían.

Quizás sus pocos años, quizás su inexperiencia le hizo no desmayar ante estado tan desastroso como ofrecía España.

Al llegar el 29 de Diciembre de 1874, en cuya noche se sublevó Madrid en favor de don Alfonso XII, nadie se acordaba de los sucesos de Cartagena, ni menos se preocupaba persona alguna de las víctimas inocentes que hasta aquella fecha habían pagado la ambición de los políticos.

Los mismos carlistas, ni siquiera guardaban memoria de aquel Fernández, á quien juzgaron muerto por no haberle vuelto á ver desde el fallecimiento de su hija, de igual modo y manera que nadie recordaba á los presidiarios que con los cinco mil duros se escaparon de Cartagena en una lancha pescadora.

Pero nosotros no podemos dar al olvido aquellos personajes que nos sirvieron para retratar fielmente los hechos históricos, y antes de dar por terminado este libro, diremos lo que fué de todos ellos.

Los presidiarios lograron arribar á Orán.

Allí se presentaron «como emigrados de Cartagena.»

Y como allí ya se tenían noticias de lo ocurrido, y las autoridades vieron que llevaban dinero, les dejaron en completa libertad.

Pero aquellos hombres seguían una línea de conducta poco en armonía con personas de buenas costumbres.

Pasaban el tiempo en las tiendas de bebidas, jugaban y eran pependencieros.

Esto obligó á las autoridades á tomar algunas medidas de rigor contra ellos.

En vista de que podían perder todo lo ganado, pues el gobierno francés se mostraba propicio á entregar á los criminales, acordaron separarse, tomando cada cual el rumbo y giro que mejor le pareciera.

De aquí, que cuando llegó el golpe de fuerza realizado en Sagunto por el general Martínez Campos, no estuviera en Orán más que uno de aquellos presidiarios.

El cual llevaba trazas de hacerse un personaje.

Con nombre supuesto, había logrado tomar parte en algunos negocios, y realizar buenas ganancias.

En un año escaso, disponía de algún crédito y de algún dinero.

En cambio, de los otros cuatro, dos habían vuelto al presidio de Cartagena, uno estaba en el Brasil viviendo del merodeo, y el otro en Argel perseguido por su mala conducta.

Cuando más apurado se encontraba, pudo en-

trar de criado á bordo de un vapor dedicado al transporte de vino.

Dentro del barco, procuró arreglar un tanto su conducta, pues sabía la severidad de los capitanes mercantes. Debido á esto, supo que el rico propietario para el cual estaba fletado aquel barco, era su compañero de presidio.

Y como hombre malo jamás pudo tener pensamiento bueno, un día saltó á tierra y se fué en derechura de su antiguo amigo.

Desde luego pudo ver que no era tan rico como le habían dicho, puesto que no poseía ni un sólo vapor.

Ni siquiera un barco de vela.

Pero, si bien no era millonario, por el modo con que vivía, calculó que estaba en situación de protegerle.

Don Pascual Alopera, como por entonces se llamaba el presidiario, no tuvo reparo en recibir al hombre que deseaba hablarle, pues constantemente estaban llegando corredores de vinos, para ofrecerle negocios.

Al pronto no conoció á su antiguo compañero de presidio.

Pero éste, que no quería malgastar el tiempo, de buenas á primeras le dijo:

—Me felicito de verte hecho un caballero, en toda la extensión de la frase.

El supuesto Pascual tembló al oír aquellas palabras, pues desde luego dedujo que el hombre que

tenía delante era uno de aquellos que huyeron con él en la barca.

Y aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, y una liberalidad de la cual aún estaba más lejos, respondió:

—Y yo me alegro de estar en posición de poder servir á un amigo.

—Eso quiere decir que me conoces.

—Dice que creo estar hablando con uno de aquellos que *emigraron* conmigo de Cartagena.

—Así es en efecto.

—Yo lo creo; pero como por desgracia no ha faltado ya quien deseó engañarme y lo consiguió fingiéndose un antiguo amigo, agradecería mucho algún dato...

—Todos los que quieras.

Y acto seguido, le dió pormenores de cuanto había pasado.

Durante aquel relato, Pascual tuvo lugar para serenarse del todo, y hasta para formar un plan que pudiera librarle del que desde luego tenía que mirar como á un enemigo.

De aquí, que le dijera:

—Vamos á ver: ¿qué es lo que deseas?

—Pues... vivir bien.

—Pero ¿sin trabajar?

—Trabajando lo menos posible.

—¿Te conviene la vida de á bordo? Porque en tal caso puedo recomendarte de modo que te traten como á un príncipe. Como que irás en calidad de

representante mío, siendo toda tu obligación llevar nota de lo que se compra para mí en los puertos de España. Total de trabajo: dos días cada dos semanas. Vamos ¿te conviene esto?

—Me gustaría más quedarme á tu lado.

—Lo siento: yo necesitaba una persona de confianza... pero ¿qué remedio tiene? Tú no quieres... Y eso que en un año podrías tener lo bastante para manejarte por tu cuenta.

—Yo no quiero figurar; me basta con ir comiendo.

—Pues sea: te quedas aquí, y si me prometes no abusar del vino, tendrás las llaves de las bodegas.

—Ese puesto me agrada más, si bien se me hace algo duro ser tu criado.

—Porque así lo comprendía te ofrecí antes un puesto independiente, en el cual pudieras ganar...

—Me quedo aquí.

Desde aquel momento le entregó las llaves ofrecidas.

Pero temiendo cualquier atropello, avisó á la policía para que con un pretexto cualquiera, le obligara á abandonar á Orán.

Su previsión fué vana.

Que tan luego como pudo conocer las entradas y salidas de la casa, se hubo de decir:

—El tal Pascual se hizo rico en un año: yo lo seré en algunos minutos.

Y aprovechando la víspera de un día de fiesta,

cuando ya oscurecía, llegó á presencia de su protector forzoso, y sin hablar una palabra, le atravesó la garganta con un cuchillo de ancha y afilada hoja.

La víctima cayó sin pronunciar una sola palabra, ni lanzar el más ligero grito.

Y el matador tuvo tiempo durante toda la noche para registrar la casa, apoderarse del dinero que en ella había, y disponer su marcha.

Pero como la policía estaba apercebida, al ver que trataba de salir de Orán, se apoderó de él.

Un mes había pasado, cuando el asesino expiaba sus faltas entregando la existencia en manos del verdugo.

Quedaba otro bandido en el Brasil, y Fernández vagando por España.

Aquel arrastraba una existencia odiosa, que más tarde ó más temprano le conduciría á la muerte violenta.

Y este vivía medio loco, medio idiota, siendo el juguete de su mala estrella.

Porque jamás fué un malvado, y por ello no merecía lo que estaba sufriendo en este mundo.

Había sido siempre enemigo declarado del trono constitucional, porque nació y se crió entre absolutistas.

Y creía, cual artículo de fe, que era lícito cuanto se hiciera en contra de los liberales.

Tan acostumbrado estaba á no pensar, sino á creer lo que pensaban los demás, que ni siquiera

se había fijado en que Dios manda amar al prójimo y perdonar á los enemigos.

Fuera de sus ideas políticas amalgamadas con la religión exclusivista, y por lo tanto poco cristiana, era un hombre como otro cualquiera.

En ciertas cosas, mejor que muchos que pasan por buenos.

Por esto creemos, que bien castigado estaba con haber sabido de un modo indudable que su mujer le había engañado, y más aún, con el desenlace funesto que tuvo la temprana existencia de su hija.

Pero sin duda nosotros nos engañamos al juzgar humanamente al infeliz Fernández, pues no hemos de afirmar que era la Providencia la engañada, ni menos la que á sabiendas procedía con malicia, como si estuviera sujeta á los defectos de los hombres: á las flaquezas de la humanidad.

Somos en esto más creyentes de lo que muchos pueden juzgarnos.

Nuestra idea de la divinidad es tan elevada, que sentimos indignación cuando escuchamos cómo la manejan los que, por razón de su estado, tienen la obligación de comprenderla mejor y respetarla más.

Sí, Fernández no debía estar bien castigado en la tierra, cuando Dios permitía que sufriera de aquel modo y de aquella manera.

Sin guía, sin elementos de ninguna clase, salió de Cartagena al saber que Hilario había muerto

en el hospital, y como ser irracional, comenzó á vagar por los campos.

¿Sabía por dónde caminaba?

¿De qué vivía?

Vamos á decirlo.

Loco unas veces, trepaba por cerros y por vericuetos llamando á su hija, pidiendo venganza y castigo.

Idiota en otras ocasiones, seguía por carreteras ó senderos, con las manos á la espalda, la cabeza hundida sobre el pecho, y en el más profundo silencio.

De uno y otro modo, era frecuente que despertara compasión en las gentes moradoras de los campos.

Que no admite duda alguna, que entre esas gentes que viven alejadas de los grandes centros de población, existen más vivos los sentimientos de la caridad.

¿Será tal vez porque ignoran lo que son desengaños?

Nosotros creemos que no es esa la razón.

En nuestro sentir, estriba la hospitalidad y la caridad de los campos, en que siguen sus habitantes los impulsos que Dios puso en el corazón del hombre, impulsos que no ha maleficiado la tan decantada educación civil, y en especial la religión egoista.

Y Fernández era una prueba viva, fehaciente de ello.

Cuando le veían loco, procuraban calmarle llevándole la corriente de sus palabras.

Y le daban de comer

Y cuando se presentaba idiota, le socorrían, y hasta llenos de lástima hacia él, procuraban retenerle en los caseríos.

Pero él se acomodaba mal con el trato constante de las gentes.

Desde niño le habían enseñado á desconfiar de todo el mundo, y veía traidores y asesinos por todas partes.

Poco á poco iba perdiendo fuerzas y alientos; comía poco. muy poco; andaba mucho y casi no dormía.

A veces, se pasó días enteros sin gustar cosa alguna.

Tenían que dárselo, y no siempre tropezaba con caseríos ó rebaños de pastores, si bien es de creer que sin darse cuenta de ello.

Un día cayó desfallecido.

Cayó... para no levantarse más.

Pero la muerte no quiso ser benigna con él, y ya que en su espíritu no podía hacer mella, hizo presa en su cuerpo.

Y en lucha terrible con los nervios estuvo largas horas.

El cuerpo se agitaba cada vez con menos violencia.

La muerte iba triunfando.

Al cabo sucumbió.

Y ni aun sepultura pudo tener aquel cuerpo.

El hombre que pasó la vida siguiendo los consejos de los demás y prescindiendo de su criterio, de las facultades que Dios le dió, fué devorado por los lobos y las aves de rapiña.

¡Su carne, fué carne de fieras...!

¡Qué misterios tan insondables los de la vida humana!

FIN DEL TOMO PRIMERO



ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO

Cádiz.

<u>Capítulos.</u>		<u>Páginas.</u>
I.....	Los nobles hijos de Cádiz.....	5
II.....	La primera victoria.....	27
III.....	El cabo Pedro Herria.....	44
IV.....	¡Desesperadol.....	63
V.....	A sangre y fuego.....	76
VI.....	Hechos históricos.....	97
VII.....	Horas de angustia.....	119
VIII.....	El momento crítico.....	134
IX.....	Otra vez en peligro.....	158
X.....	Rasgos de valor.....	179
XI.....	Un desengaño funesto.....	202
XII.....	Mano de hierro.....	224
XIII.....	Independencia y libertad.....	244
XIV.....	El fin de la jornada.....	261
XV.....	Guerra, hambre y peste.....	281
XVI.....	¡Viva la independencia!.....	297
XVII.....	El golpe supremo.....	319
XVIII.....	A paso de carga.....	336
XIX.....	La traición del rey.....	363
XX.....	En la brecha.....	383
XXI.....	La real palabra.....	394
XXII.....	La mayor infamia.....	415
XXIII.....	Cuerpo á cuerpo.....	436
XXIV.....	¡Pobre pueblo español!.....	457

<u>Capítulos.</u>		<u>Páginas.</u>
XXV.....	La vida es un soplo.....	481
XXVI.. ...	La gloriosa.....	503
XXVII...	La fosa del olvido.....	531
XXVIII....	El caos.....	555
XXIX.....	La última epopeya.....	573

LIBRO SEGUNDO

Cartagena.

I.....	¡Cuánta sangre!.....	583
II.....	El último recurso.....	602
III.....	Lágrimas de sangre.....	626
IV.....	De mal en peor.....	645
V.....	Pasiones bastardas.....	664
VI.....	Fuego, sangre y cieno.....	685
VII.....	El hombre propone.....	703
VIII.....	Rodando al abismo.....	722
IX.....	Cambio de opinión.....	740
X.....	Sin norte y sin guía.....	757
XI.....	Cartago Nova.....	771
XII.....	Situación apremiante.....	788
XIII.....	El bombardeo.....	809
XIV.....	El tres de Enero.....	824
XV.....	Final del drama.....	849

